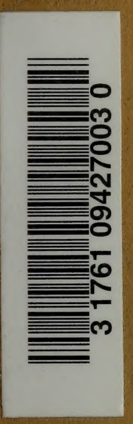
ALEMANIA

CONTRA EL MUNDO



POR EL DOCTOR

F. A. BARROETAVEÑA

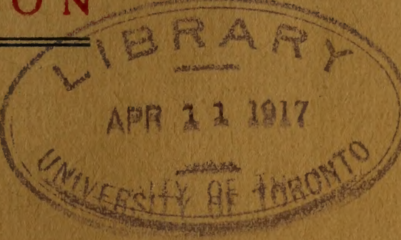
PRÓLOGO BIOGRÁFICO

POR EL POETA

PEDRO B. PALACIOS

(ALMAFUERTE)

4.ª EDICIÓN



OTERO & Co. - IMPRESORES
PERÚ, 856/58

BUENOS AIRES
1916

4.ª EDICIÓN

ALEMANIA CONTRA EL MUNDO

POR EL DOCTOR

FRANCISCO A. BARROETAVEÑA

PRÓLOGO BIOGRÁFICO

POR EL POETA

PEDRO B. PALACIOS

(ALMAFUERTE)



BUENOS AIRES

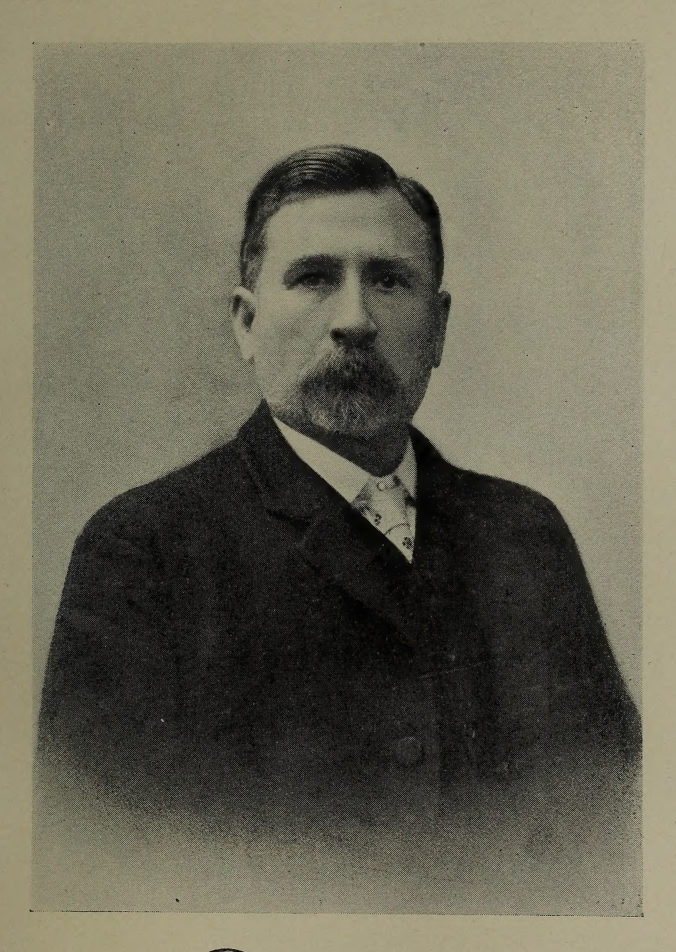
OTERO & Co. - IMPRESORES

856 - PERU - 858

1916

Obras del autor

El matrimonio Civil *(agotada)*.
Insconstitucionalidad de una ley de Entre Ríos *(Colaboración de Sarmiento y del Dr. Delfín Gallo: agotada)*.
Don Bernardo de Irigoyen — Perfiles biográficos.
Naturalización de extranjeros.
Política Contemporánea — Malestar Sud-Americano.
14 Panegíricos.
Autonomía Municipal.
Propaganda liberal.
El clericalismo y el divorcio. — La emancipación italiana.
Sociedad de Beneficencia.
Residencia constitucional para ser diputado nacional.
Reseña histórica de la Unión Cívica.
Ensayos periodísticos *(agotada)*.
La vitivinicultura en el Litoral.
Derecho de representación en la línea colateral.
Usufructo máximo de las corporaciones.
Las capellanías ante el derecho moderno.
Primas a la exportación de azúcar.
Quiebras y síndicos.
Prescripción treintenaria.
Convención nacional.
Depósito judicial a metálico.
Elena de Montenegro.
Radicalismo argentino.
Rectificaciones al Sr. Groussac.
¡Guerra al analfabetismo!
Defectos tradicionales — Su tratamiento eficaz.



F. A. Barroetavena

Origen de la 4.ª Edición de "Alemania contra el Mundo"

Homenaje al Dr. Barroetaveña [1]

Se realizó ayer en la Asociación nacional del profesorado una reunión para cambiar ideas sobre el homenaje de que se hará objeto al doctor F. A. Baroetaveña, con motivo de haberse agotado la tercera edición de su libro "Alemania contra el mundo".

Asistieron numerosos amigos y admiradores del doctor Barroetaveña, y se resolvió hacer una edición de 10.000 *ejemplares de esa obra para ser distribuídos entre los institutos docentes, bibliotecas y personas distinguidas de Europa y América. Además se decidió iniciar una subscripción con ese objeto, solicitando el concurso popular.*

Si el resultado excediera del importe de la publicación del libro, el sobrante será destinado a la Cruz Roja de los aliados.

---

(1) De «La Nación» 29 de Febrero 1916.

El libro contendrá los nuevos artículos publicados al respecto por el doctor Barroetaveña, un retrato de éste y un prólogo biográfico que escribe actualmente Almafuerte.

En acto público se entregará al doctor Barroetaveña un ejemplar de los 50 que se harán para obsequiar a los soberanos de los pueblos aliados, sus más eminentes generales y otras personalidades.

La subscripción iniciada ha dado hasta ahora el siguiente resultado: 2.130 pesos.

... ...

Han sido designados para constituir la comisión directiva del homenaje, los señores Manuel Láinez, doctor José B. Zubiaur y Enrique Papillaud.

Homenaje al Dr. Barroetaveña (1)

Promete ser todo un éxito el homenaje que amigos y admiradores van a tributar a nuestro distinguido colaborador el doctor Francisco A. Barroetaveña, los que reunidos ayer por la tarde, un buen número, en la Asociación Nacional del Profesorado, resolvieron constituirse en comisión de propaganda, designar de su seno una comisión ejecutiva e iniciar una suscripción popular (que desde hoy queda abierta en nuestro diario), para publicar diez mil ejemplares del popular libro "Alemania contra el mundo", que serán distribuidos gratuitamente, entre

(1) «El Diario» 1. de Marzo de 1916.

instituciones docentes, bibliotecas y hombres eminentes de América y Europa. Esta cuarta edición irá precedida de un retrato y biografía del doctor Barroetaveña, y contendrá los artículos posteriores a aquellos que éste ha publicado en "El Diario" y los juicios emitidos aquí y en el extranjero.

En acto público se entregará un ejemplar especial al autor. Ejemplares idénticos serán remitidos a los soberanos y personalidades eminentes de los países aliados.

De estas y otras resoluciones se da conocimiento en los documentos siguientes, así como de las primeras notas que pasará hoy la comisión ejecutiva a los diarios, a los representantes de los países aliados y a las asociaciones patrióticas belgas, francesas, rusas, inglesas e italianas:

Comisión de propaganda: Doctor Carlos Madariaga, doctor José B. Zubiaur, doctor Roberto Levingston, Pedro B. Palacios, Ramón Melgar, doctor Victoriano E. Montes, José J. Berrutti, Cesáreo B. de Quiróz, Alfonso Capdeville, Marcelino Elizondo, Jorge J. Mac Lean, doctor Ricardo Pedezert, ingeniero Julián Romero, coronel Justo Domínguez, ingeniero Antonio Babuglia, doctor José M. Armendariz, doctor José León Suárez, doctor T. L. Garrone, H. Papillaud, Carlos Thays, doctor Norberto Piñero, doctor Juan Coustau, doctor Eleodoro Lobos, doctor Carlos M. Vico, Alfonso Guerdite, coronel Francisco Verdier, Rufino de Elizalde, Francisco F. Fernández.

Comisión ejecutiva: Manuel Lainez, José B. Zubiaur, Enrique Papillaud.

Circulares

Circular a los ministros diplomáticos y presidentes de asociaciones patrióticas de los países aliados:

Buenos Aires, 1.° de Marzo de 1916. — Señor: Cumplimos con el deber de comunicarle que reunidos ayer algunos amigos y admiradores del doctor Francisco A. Barroetaveña, que deseaban tributarle algún merecido homenaje con motivo de estar agotada la tercera edición de su libro "Alemania contra el mundo", quedó resuelto solicitar una subscripción popular para publicar la cuarta edición de ese libro de dilucidación histórica y jurídica, que coincide con las declaraciones de nuestra constitución y los ideales humanitarios de nuestra democracia, edición que constará de diez mil ejemplares y será distribuída gratuitamente entre los institutos docentes, bibliotecas y hombres eminentes de este continente y del europeo. El nuevo libro contendrá los demás artículos publicados sobre el mismo asunto por el doctor Barroetaveña, el retrato y la biografía de éste y los juicios emitidos sobre aquél en el país y en el extranjero. En acto público le será entregado a su viril e ilustrado autor, un ejemplar especial, enviándose otros a los soberanos y personalidades de los países que luchan contra Alemania.

Si deducidos los gastos de impresión y propaganda, hubiese un excedente en la suscripción popular, él será destinado, por partes iguales, entre la cruz roja de los países aliados.

Al comunicarle lo resuelto, nos halaga la idea de que

ella contará con su apoyo y cooperación, así como con los de sus connacionales, por los propósitos de justicia y de humanidad que lo informan.

Saludamos a usted con nuestra más distinguida consideración. — José B. Zubiaur, Enrique Papillaud, M. Lainez.

Buenos Aires, 1.º de Marzo de 1916. — Señor director de... — Tenemos el agrado de poner en su conocimiento que reunido ayer un grupo de amigos y admiradores del eminente hombre público argentino doctor Francisco A. Barroetaveña, con el objeto de cambiar ideas respecto del homenaje que debía tributarse por estar agotada la tercera edición de su libro "Alemania contra el mundo", resolvió constituirse en comisión de propaganda, designar de su seno a los firmantes de ésta para formar la comisión ejecutiva que diera forma a sus decisiones y promover una suscripción popular para publicar una cuarta edición de ese libro de dilucidación histórica y jurídica, que coincide con las declaraciones de nuestra carta fundamental y con los ideales humanitarios de nuestra democracia, fijándose en diez mil el número de ejemplares destinados a ser distribuídos gratuitamente entre los institutos docentes, bibliotecas y hombres distinguidos de nuestro país, de la América y de Europa. Resolvióse asimismo que el nuevo libro contendrá los demás trabajos publicados sobre el particular por el doctor Barroetaveña; el retrato y un prólogo biográfico de éste y los juicios emitidos sobre aquél, aquí y en el extranje-

ro; y que en acto público, se entregará un ejemplar especial a su ilustrado y viril autor, enviándose otros a los soberanos y personalidades eminentes de los países que luchan contra Alemania.

Iniciada entre los presentes y adherentes la mencionada suscripción alcanzó a 2.130 pesos moneda nacional, como se comprueba en la lista adjunta, y quedó decidido que, deducidos los gastos, impresión y propaganda, su excedente se destinará por partes iguales, a la cruz roja de los países aliados.

Con su adhesión a esta merecida manifestación, rogámosle quiera cooperar a los propósitos referidos, recibiendo las cuotas que los lectores de su popular diario se sirvan remitirle hasta el 12 del presente, en que la suscripción quedará clausurada, pues es nuestro deseo terminar en todo este mes la honrosa misión que se nos ha confiado.

Saludamos a usted con nuestra más distinguida consideración. — M. Lainez, José B. Zubiaur, Enrique Papillaud.

NOTA — La lista de suscriptores a esta obra, irá al final del libro.

Dedicatorias

de ejemplares de "Alemania contra el Mundo" a los Generales y Estadistas de las naciones aliadas

---

El doctor F. A. Barroetaveña, al enviar su libro a los generales Joffre, Garibaldi, French, Cadorna y Gran Duque Nicolás, como también a los Jefes de Estado de los países de la Alianza, se los dedicó en los siguientes términos, honrosos para esos defensores de la libertad y de la civilización:

"Al Generalísimo JOSE JOFFRE, al vencedor del Marne, después de una retirada complicadísima y más táctica que la de Jenofonte; al segundo "Organizador de la Victoria", más difícil y gloriosa que la del Gran Carnot, pues ha vencido la avalancha formidable germana, con el comando de soldados novicios, francos, belgas y británicos, arrollados por el impulso inicial de un diluvio de nuevos bárbaros: Al militar firme, virtuoso y de temple acerado, cuyo genio estratégico quebrantó la ola pretoriana gigantesca de Postdam, con que se creía arrasar

Francia, Bélgica, Holanda y Suiza, en su primer empuje; y la Gran Bretaña en el segundo asalto. Un republicano del Nuevo Mundo, con sus homenajes al valor y al carácter, envía este libro de combate contra el imperialismo prusiano."

*
* *

"Al General RICIOTTI GARIBALDI, hijo del héroe de ambos mundos, héroe él mismo, libertador de Italia, defensor de Francia y de Grecia; padre de un grupo de jóvenes héroes de los cuales han caído bravamente los nobles Constancio y Bruno, luchando por la libertad de Francia y por las ideas de la raza latina; único caso de un heroismo familiar en tres generaciones continuadas: Al valiente y magnánimo Riccioti Garibaldi, exponente de una raza de aventuras libertadoras, envía un libro donde se procesa al militarismo ambicioso, — recordándole que su padre, Francisco Barroetaveña, sostuvo en Gualeguay la cabeza del General José Garibaldi, para que le extrajeran una bala del cuello. Reciba el voto de condolencia para los padres de los jóvenes héroes Garibaldi, y de admiración por la bravura de una raza de empresas temerarias y sublimes."

*
* *

"Al General JHON FRENCH, al héroe de Iprés, al valeroso jefe del improvisado ejército de voluntarios

británicos, que se ha medido en el Continente con los famosos veteranos del Imperio alemán, rivalizando con los mejores, en coraje, firmeza, seguridad en el manejo de las armas, y resistencia indomable, en desproporción numérica, que diezmaba sus filas. Al nivel de los belgas y de los soldados republicanos, detuvieron y quebrantaron el empuje abrumador del diluvio germano, en batallas memorables. Desde el Río de la Plata, dedico este libro al bizarro general inglés."

*
* *

"Al Generalísimo LUIS CADORNA, expresión genuina del militar competente para dominar todos los problemas de la guerra e imponerse a los contemporáneos por sólidos prestigios, dentro de la sumisión a los poderes constitucionales. La campaña contra el Austria se conduce con admirable táctica, valor y perseverancia, lentamente, en la dificilísima zona montañosa llena de fortificaciones y defensas, que va dominando palmo a palmo, sin retroceder jamás. Los esfuerzos de los alpinistas y artilleros para emplazar sus piezas en lugares casi inaccesibles, las cargas triunfales de los bersaglieri, constituyen jornadas de alto mérito militar; y la voladura del cerro macizo "Col di Lana" defendido por numerosa tropa y artillería, con una mina de cien metros de tunel, disimulada su perforación con difuso cañoneo, hasta la vertical del cono del pico montañoso, donde se colocaron cien toneladas *de dinamita que destruyó el cerro con formidable esplosión, — más que una hostilidad común*

de los hombres, parece un esfuerzo de Hércules, que destruye al enemigo, desplomándole encima una montaña. ¡Tal es el modesto general Cadorna, digno hijo, de su ilustre antecesor del mismo nombre y grado, que avanzó gallardo también a la reconquista de Trento y Trieste, y que fué detenido al final del triunfo... por la diplomacia! Allá va mi libro al virtuoso general Cadorna."

*
* *

"Al Generalísimo GRAN DUQUE NICOLÁS, tan apto para los temibles avances de invasión, como experto. sereno y previsor para la retirada de grandes ejércitos con sus parques, sin perder los efectivos ni el orden, luchando siempre con enemigo inteligente, implacable y desbordante de masas, armamentos y municiones. Tal lo comprueba su primitivo avance sobre Austria y Alemania, las batallas de éxito vario; su ejemplar retirada, y sus proezas en el Cáucaso y Mar Negro, cuando vuelve a la carga, coronadas por la toma de Erzerum y Trebisonda. El Gran Duque Nicolás, genuino representante del slavismo, está a la altura de los grandes generales de la alianza, Joffre, French y Cadorna, cerrando por el Oriente el bloqueo de acero que llevará infaliblemente a la derrota a los imperios centrales, libertando a la humanidad civilizada de las tres peores calamidades: el militarismo universitario prusiano, la horca austriaca y el fanatismo esterminador de Turquía. Es un gran capitán ruso, y me place obsequiarle con esta modesta colaboración literaria."

*
* *

"A los Jefes de las Potencias aliadas, grandes y chicas; sobresalientes en los campos de batalla, como Alberto I, Víctor Manuel III, Nicolás II y Pedro I; valientes para exponerse en las líneas de fuego sin necesidad militar, como M. Maimundo Poincaré y Jorge V, víctima de un accidente ecuestre, como pudo serlo de un obús. En la evolución general contemporánea, los Jefes de Nación se aproximan y solidarizan a los pueblos, a la opinión pública gobernante; y lo que declinan de privilegios y prerrogativas arcaicas, como en Rusia, Japón e Inglaterra, lo ganan con creces en prestigio efectivo, por el afecto del pueblo y por el concurso armónico de poderes económicos y de esfuerzos colectivos enormes, surgidos a la sombra de la libertad, del derecho y de la justicia, —para la paz y para la guerra, — muy superiores al apoyo de la sola prepotencia militar tradicionalista, que procedía de la monarquía absoluta. En el hecho, tienden a nivelarse los beneficios de los gobiernos republicanos y monárquicos, conjurando o moderando los trastornos colectivos para ir desde el absolutismo a la democracia, o desde la anarquía a las restauraciones coronadas, puesto que la armonía jurídica y las conveniencias públicas evidentes, aseguran al pueblo su felicidad y a los gobiernos el tranquilo desarrollo de la administración del Estado, inspirada en las mejores doctrinas, bajo una autoridad y jerarquía disciplinada razonables, sin cuyas bases no hay paz sólida, ni libertad, ni progreso. Por estas sensibles

transformaciones que pone en evidencia la presente conflagración, provocada por Alemania para conquistar por medio del terror y sin leyes de guerra, una prepotencia cesarista mundial, vemos fraternizar y armonizarse las supremas energías defensivas del derecho, de la humanidad y de la civilización, a las potencias y a las razas que parecían más discordantes, desde los extremos del mundo, y desde las cumbres arcaicas, revolucionarias y antagónicas, en sublime armonía humanitaria y de progreso: los Imperios Británico, Ruso y del Sol Levante; las Repúblicas de Francia y de Portugal; los formidables empujes latino, slavo y anglosajón, con sus vastas ramificaciones en Asia, en Africa, en Oceanía y en América. Frente a esta grandiosa evolución, como no la presenta más amplia, profunda y mejor la historia, para alcanzar una humanidad más jurídica y civilizada, — los demócratas de cualquier parte del mundo, tributamos sin ninguna extorsión, entusiasta aplauso a todos los fautores de esta grandeza; y yo depongo el esfuerzo mental de este libro, en homenaje a los Jefes de Estado de la Alianza antigermánica."

Prólogo biográfico

I

La presentación de ciertos hombres, por más conocidos que ellos sean, ni es una redundancia ni es una impertinencia.

Al hombre de mérito, al ciudadano útil, o en el consejo o en la acción, no hay que olvidarlo nunca. Dejarlo, siquiera sea, a esa media luz del recuerdo que se llama indiferencia, ya es un delito. Peor que un delito: es un error que suele pagarse con las mismas lágrimas con que se llora lo irreparable.

Ciertos actos, ciertos dichos nunca pierden su oportunidad; y recordar a los buenos y sus buenas obras, siempre será de algún beneficio, o, por lo menos, de algún consuelo.

Como se arranca periódicamente la ruda maleza que al pie de los hitos divisionarios amontona el tiempo, a fin de que los hitos aquellos destaquen perpetuamente, sobre la limpidez del cielo, sus perfiles determinadores de una frontera, es indispensable, también, ir al domi-

cilio de los grandes espíritus, de los hombres ejemplares, de los ciudadanos más culminantes por sus virtudes o su saber, tomarlos de la mano, conducirlos al balcón y presentarlos a la muchedumbre cien veces en cien días, si necesario fuese, para que se yergan de nuevo en la memoria popular y las malezas del olvido no les envuelvan como al hito fronterizo, borrando de la conciencia colectiva, que es su horizonte, el índice señalador que ellos significan.

Como un tomo de Plutarco o un ejemplar del Nuevo Testamento estarán siempre al alcance de la mano, sobre los veladores y las mesas de trabajo de los espíritus selectos, así la presencia de un hombre de bien, o en nuestra casa o en nuestro pensamiento, solamente fastidia a los tontos y a los perversos. Porque los hombres de bien, — todos los hombres de bien — enseñan constantemente algo nuevo y bueno, cada vez que se presentan, aunque, como los libros aquellos, no cambien jamás una sola de sus palabras, uno solo de sus gestos.

Y por último, nunca estará demás, me parece a mí, enseñarles y recordarles a los pobres, a los tristes, a los ingenuos, que son la mayoría, dónde está ubicada la tierra que produce mejor trigo y cuáles son las manos que muelen mejor harina y amasan mejor pan.

II

El autor de este libro, doctor don Francisco Antonio Barroetaveña, nació en Gualeguay, Entre Ríos, el 20 de Julio de 1856. Cumplirá 60 años el mismo mes del centenario de la Independencia Argentina.

Fué su padre D. Francisco Barroetaveña, natural de Buenos Aires, nacido en la calle Florida; y era su abuelo D. Miguel Barroetaveña, vasco, Intendente de los ejércitos del Rey, casado con Doña Nieves Pinto, hija de esta tierra.

La señora doña Nieves Pinto de Barroetaveña, abuela del doctor Barroetaveña, dió a luz al padre de éste, en Marzo de 1810, — dos meses antes de la Revolución de Mayo, mientras su esposo, el Intendente de los reales ejércitos, desempeñaba su puesto oficial en el Alto Perú, donde fué hecho prisionero por la primera expedición patriota. Conducido a San Luis, con otros jefes españoles, fué inmolado en aras de la Revolución, con motivo de aquella sublevación de prisioneros realistas, en 1817. Tal lo dicen Mitre y López en sus historias.

Así, pues, el padre del egregio autor del libro cuya cuarta edición aquí se ofrece, no tuvo tiempo de conocer al suyo.

La señora doña Nieves casó en segundas nupcias con un hermano del general Lavalle, quien profesó un gran cariño al huerfanito, sin que el amor a sus propios hijos empañara en ningún caso al que sentía por su entenado.

El huerfanito éste se hizo hombre y de Buenos Aires, su triste cuna, pasó a Entre Ríos en 1835.

Allí administró un establecimiento ganadero, propiedad de ingleses, donde fué tratado en justicia, como es costumbre inglesa y está en el carácter anglo-sajón.

Con sus economías, después de algunos años, adquirió la estanzuela "Esperanza", cercana a la ciudad

de Gualeguay, donde nacieron varios de los Barroetaveña entrerrianos, que son varios.

Pero las rentas eran escasas, la familia se hacía cada vez más numerosa; y contra su voluntad y sus deseos, el señor Barroetaveña no pudo dar instrucción profesional a sus hijos mayores.

III

Así transcurría el tiempo hacia 1870. El hoy doctor Francisco A. Barroetaveña, al rededor de los 15 años, ocupábase en los quehaceres rurales de cuidar vacas y ovejas y sembrar pequeños espacios de trigo y maíz.

Había aprendido a leer, escribir y contar, enseñado por su hermano Miguel, con positivos resultados; y no hacía otra cosa que leer, de noche hasta la madrugada y de día a la sombra de los árboles mientras pastaban sus vacas.

Un buen día cayeron en sus manos las novelas de Dumas "José Bálsamo" y "Memorias de un médico"; y se fijó su destino.

Se contrajo a su lectura con interés creciente, con una especie de sed insaciable. En ellas, como todos sabemos, figura un héroe, tal vez demasiado artificial, demasiado extravagante; pero extremadamente simpático: el doctor Gilbert, cuya juventud había sido tan parecida a la del mocetón Barroetaveña como pueden serlo dos gotas de agua sobre la misma hoja. Como Barroetaveña aquel extraño hombre era un ignorante a los 16 años, un muchacho de campo a quien vino de improviso el

anhelo, la ambición de estudiar, de ser hombre de ciencia y de provecho, consiguiéndolo mediante una perseverancia nunca vista y venciendo los obstáculos de su obscuro nacimiento, de su orfandad, de las preocupaciones sociales y de las agitaciones políticas de aquella época. Estudió solo primero; luego pasó unos meses junto a Rousseau; después ingresaría en algún establecimiento de educación, al mismo tiempo que se mezclaba ardorosamente a los movimientos revolucionarios de París. Hombre ya, se graduó de médico en Norte América; regresó a Francia y alcanzó una figuración distinguida en la Revolución de 1789.

Al terminar por centésima vez la lectura de aquellos dos libros, el joven campesino Barroetaveña se preguntó, — con los ojos puestos en la pálida figura de Gilberto, que ya no se apartaba de él ni cuando leía, ni cuando trabajaba, ni cuando dormía: ¿y por qué no podría yo imitar a este hombre?

No caviló más. Acudió a su buena madre y le comunicó sus cuitas. La señora, toda conmovida, le prometió interceder y conseguirlo.

Y así lo hizo. A los pocos días le participó llena de alegría, — más por él que por ella, — que la petición de ambos, — del hijo y la madre, — había sido resuelta favorablemente por el patriarca de la familia; que pronto lo mandarían al colegio; que ya le estaban aprontando la ropa necesaria... y que se condujese bien siempre, como se había conducido hasta ese momento.

Al desmontar, en la tranquera, el chasque de la empresa que traía la fecha precisa en que la galera de Gualeguay partiría para Uruguay, el joven Barroeta-

veña estaba sobando con mordaza un maneador de cuero fresco; y lo dejó todo junto al palo, saltando de alegría. No debe olvidarlo nunca, ni tampoco sus hijos, aunque llegasen, todos juntos, a las cumbres más altas de la ciencia, de las artes, de la fortuna, de la política: a cualquier eminencia.

Listo ya en Gualeguay, a principios de 1873, para trasladarse a su destino, sufrió una amarguísima contrariedad: estalló la segunda guerra de López Jordán y se encontró, con la rapidez de un trasmutación de "Fausto", vistiendo el uniforme del 5º. de cazadores del indomable caudillo. Como Barroetaveña no contaba sino 16 años, su hermano mayor, Alberto, generosamente ocupó el puesto del muchacho. Este regresó, más triste que la noche, a cuidar la "estancia" de su padre y a servir la posta del Estado. Algún tiempo después, la rebelión fué vencida.

Había perdido un año de estudios, en estos trajines; sin embargo no se desanimó. A fines de Marzo de 1874, él y su señor padre golpeaban las puertas del Colegio Histórico, como es de rúbrica denominarlo.

IV

Ya en el colegio, la emprendió brava y desesperadamente con sus estudios de primer año. Pero él tenía 17 y medio; era casi un hombre; sus lecturas no habían sido de estudio propiamente dicho, sino de entretenimiento mental: no sabía estudiar. Su noble cerebro se había adiestrado, por decirlo así, en la rápida compren-

sión de cosas grandes y generosas; pero no era capaz, — por su misma nobleza y en virtud de aquel ejercicio,— de esas pequeñas astucias, de esos infames procedimientos para barnizarse de apariencias, de esas recordaciones mecánicas de términos catalogados casi alfabéticamente, que es lo que se ha dado en llamar instrucción sistemada, preparación facultativa, orientación universitaria completa, segura, perfectamente redonda como una bola de billar.

Molestábales, asimismo, a él y al "cojo Warrent"— su compañero de estudios y su igual en edad y ambiciones — verse constantemente rodeados de tantos chiquillos como alumnos contaba el primer año, casi todos más listos, más vivaces, más acomodaticios al ambiente del aula que aquellos dos hombrones recién salidos de la sencillez patriarcal de los campos, de la compañía diaria de los arroyos, los bosques, los pájaros, las vacadas mansas y melancólicamente mujidoras de las "estancias" de sus padres. ¡Cuán desesperantes habrán sido para ellos, los clamorosos, los infantiles recreos de su primer año!

De pie, en un ángulo del patio, atusando nerviosamente sus largas melenas de estudiante, habrán visto pasar delante de ellos, como a las mismas brujas de Macbeth que, en vez de profetizarles su destino, se mofasen de su condición de grandullones ignorantes, las turbas risueñas, los grupos revoltosos, las cadenas resonantes de chiquilines inocentes que no se reían, que no se mofaban, sin embargo, ni de ellos ni de nadie: que reían porque sí, como cantan los pájaros y saltan los corderos.

Pero muchas veces, también aquella sublime des-

concertante, unificadora, igualitaria religión de la alegría que profesan los niños, les habrá vencido, les habrá catequizado, les habrá reconducido a sus primeros años, les habrá paternizado el corazón antes de tiempo, y, grandullones y todo, y a pesar de su rigidez imitadora del pálido Gilberto, se habrán lanzado casi como padres bonachones, casi como hermanos mayores, casi como compañeros, casi como chiquillos, al seno fragoroso de la infantil algazara; porque sólo un malvado sin corazón o un pedante estúpido, no es niño ante los niños.

En los primeros quince o veinte días, su falta de retentiva, su condición de gallina en corral ajeno, las explicaciones descuidadas, someras y llenas de fríos tecnicismos de los profesores, — para él incomprensibles en casi todos los casos, — su falta absoluta de preparación elemental y esa creencia, propia de los estudiantes serios y deseosos de saber, de que la ciencia es algo recóndito, abstruso, enterrado allá en lo más hondo de los infinitos siderales, le ponían a cada momento, todos los días, en la presencia pavorosa de enigmas para él tan indescifrables que ni el de la Esfinge, y tan simple como éste, sin embargo; claro está que después de resuelto como acontece con todos los enigmas, todas las ecuaciones algebraicas, todas las fórmulas químicas, todos los secretos de la naturaleza.

De historia, verbi gracia, el joven Barroetaveña apenas sabía lo que el genial autor de las dos novelas ya dichas había querido enseñarle de la Revolución francesa. Pero de eso no se trataba ni de lejos, en su malhadado primer año.

Hay tanta distancia, tan insalvable distancia, entre

las almas faraónicas, diremos así, y las almas de Dantón, de Mirabeau, de Saint Just, de Rousseau, de Robespierre, del mismo Marat, de los mismos Luis XVI y María Antonieta, que aquel hijo de las pampas, aquel libre pensador por naturaleza, por imperativos ambientes, por atavismos y herencias de raza y de familia, miraba desfilar estupefacto como a seres de otro planeta, como a muñecos sin vida y sin amplitud y autonomía de movimientos, a los rígidos fantasmas de los egipcios, de los persas, de los babilónicos, de los mismísimos griegos.

No lo penetraban, no los sentía, no los reemplazaba en su espíritu por otros ya conocidos, como acontece a todo el que estudia historia contemporánea, asiste a un drama, lee una novela, o simplemente se entera de un hecho policial que, si no es historia, es elemento histórico; puesto que es crónica, relato de sucedidos, vida vivida por nuestros semejantes como podríamos vivirla nosotros, o vivirla nuestro vecino si llegara el caso.

Bajo la llovizna inaguantable de los ácidos reproches de los profesores, — tanto más amargos cuanto más públicos y más imbecilmente magistrales — el héroe vivo de este rápido bosquejo produjo su reacción, su contragolpe, su contra réplica, y tomó una determinación: estudió de memoria, al pie de la letra, palabra por palabra, coma por coma. Y comenzó por la historia.

Después de una larga noche de repetir línea por línea su lección, que es el método mnemónico más primitivo, con los sesos doloridos por aquella invasión de hechos y personajes, — tan incomprensibles, para él, como los propios geroglíficos y los propios mamarra-

chos que llaman los egiptólogos, "admirables representaciones murales de la siembra, de la cosecha, de la guerra, de las ceremonias fúnebres", — se había metido íntegro, en la memoria, un largo capítulo de historia de Egipto, de historia de Babilonia, de yo no sabría decir cuál historia de la antigüedad, y lo declamó al pie de la letra, con un énfasis tal, que ni Don José Manuel Estrada, que ni el mismo verbo latino Don Emilio Castelar.

Debió ser la hazaña tan prodigiosa, que el maestro imaginó que su discípulo estaba leyendo. Disimuladamente fué acercándose al pupitre de Barroetaveña, hasta que se convenció de la verdad. Cuando éste sofrenó en el punto final, entre el asombro de la clase, el profesor, después de algunos consejos pedantescos, — porque los profesores nunca encuentran los éxitos de sus discípulos del todo puros, — lo felicitó en alta voz y lo puso por ejemplo de los demás.

El caso es que, a fin de ese mismo año, definitivamente encarrilados, Barroetaveña y el "cojo Warrent", dieron primero y segundo año de una sola vez, y pasaron a tercero.

V

Don Francisco Barroetaveña, padre y tocayo del prócer cuya niñez ejemplar acabo de referir, tan sobriamente como lo exije el espacio de este prólogo y lo manda al buen gusto,—que no abusa ni de las selvas, ni de las montañas, ni del océano, ni de los jardines, describiéndolos árbol por árbol, picacho por picacho, ola por ola,

capullo por capullo,—Don Francisco Barroetaveña, padre, era un hombre de cierta cultura y de un criterio sano, justo y rápido, con tendencias a tolerancia y al perdón.

Su ilustración, o más bien expresado: su desarrollo y preparación intelectuales, eran los suficientes para desempeñar, con acierto y beneficio público, las funciones estatales que no requieren conocimientos determinados. Como vocal de geodesia del departamento de ingenieros, ministro de la corte suprema, médico de tribunales, pongo por caso, no hubiera estado en su puesto, no hubiera llenado el vacío a colmar que toda función pública significa. Sin embargo, hubiera podido ser gobernador de la provincia de su larga residencia, con aplauso de todos.

Fué jefe político, intendente comunal y juez de paz de Gualeguay, donde universalmente se le amaba; y las varias veces que desempeñó aquellos puestos,—tan modestos, tan obscuros cuanto se quiera; pero tan erizados de dificultades y sinsabores como los más eminentes,—dió pruebas repetidas y palmarias del hermoso equilibrio, de la noble correspondencia entre su gran corazón y distinguido espíritu.

Su honradez, su ecuanimidad, su intuición natural del pensamiento de las leyes, su desinterés, juntamente con su inclinación hacia los menesterosos, cuyos dolores sentía y cuyos errores, delitos y hasta crímenes filosófica, cristianamente se explicaba, le hicieron famoso en todo Gualeguay, no como a esos caudillos amparadores de ladrones, tahures fulleros y asesinos,—tan ladrones, tan fulleros, tan asesinos como sus protegidos,—sino como a un funcionario público que sabía detener la acción cau-

terizadora de la justicia, en el mismo punto donde comienza la misericordia su obra de regeneración y de consuelo.

Antes que en Francia el juez Magnau, y sin tantos cascabeles anunciadores, él supo argumentar, de una manera conmovedora, en pró de la fatalidad de ciertos delitos, desde su casi anónimo despacho de magistrado rural de pura conciencia.

A pesar de su relativa pobreza,—puesto que su reducida "estancia" no daba, ni para lujos ni para descuidarla en quehaceres de otra especie,—las temporadas que ejerció de juez de paz, de intendente municipal, o de jefe político, distribuyó su sueldo entre los subalternos menos favorecidos por el presupuesto, y desempeñó sus cargos *ad honorem,* con el desprendimiento de un millonario que se paga sus propios honores.

Para don Francisco Barroetaveña, su actuación pública en la provincia de su adopción, fué una verdadera carga pública. Es un caso de virtud republicana, digno de ser imitado y que no imitan muchos, ni los más acaudalados, yo no sabría decir por qué contradicción psicológica, en esta tierra de la esplendidez y de la bolsa abierta.

Un solo rasgo,—el que voy a referir—pintará en todo su colorido y su relieve, la integridad moral del noble progenitor del doctor Barroetaveña.

En lo más ardoroso, en lo más salvaje de nuestras guerras civiles, fué invadido su establecimiento de campo por una partida semidesnuda, pero bien armada, de gauchos bandoleros. Su jefe, hombre de unos cincuenta años, dijo ser tropa regular y respetuosa de las personas, en su vida, honor e intereses. Aunque sospechando la fal-

sedad, el señor Barroetaveña les dió alojamiento como mejor pudo, y se entregó a la buena de Dios. No había otro remedio. Los peones de la estancia no eran numerosos, los hijos varones del dueño de casa, unos jovenzuelos, y las armas de fuego escaseaban. No era cuestión de combatir a cuchillo con aquellos fascinerosos armados hasta los dientes. Por otra parte, las mujeres de la casa impedían todo arranque de audacia, como lo comprenderá cualquiera.

Ya mediaba la noche, unos diez o doce de aquellos hombres se arrojaron sobre el dueño de casa que dormía, o fingía dormir, que es lo más natural. Lo maniataron y comenzó el saqueo. Como los peones intentaran una defensa heroica, el jefe de la gavilla enfiló su trabuco hacia la cabeza del maniatado Don Francisco. Entonces, el mismo prisionero dió las órdenes necesarias; y el despojo se realizó tan completamente, que la familia quedó, no ya sin una alhaja, sino desnuda de toda prenda de lujo, con sólo lo puesto; los hombres sin dinero, sin armas, sin chapeados, sin caballos; y el dueño de la "estancia" nada más que con el suelo y unas cuantas vacas ariscas.

Pasaron los años. El señor Barroetaveña era ya viejo y sus hijos unos hombres hechos y derechos. Una noche cruda del invierno, los peones, alrededor del fogón conversando,—entre admiraciones de los más jóvenes y sentencias filosófico-morales de los más viejos,—de lo que los paisanos de nuestros campos nunca se cansan: de cosas extraordinarias, de vidas trágicas, de castigos de Dios.

El señor Barroetaveña solía visitar la cocina, a la

hora de la tertulia; y aquella noche la visitó. Allí se enteró de la mala suerte del gaucho "malevo" que, a la cabeza de unos cincuenta de su misma calaña, le había amenazado de muerte y le había dejado sin más elementos de trabajo que sus brazos, los de sus tiernos hijos y el pequeño campito de su propiedad tan pelado como la palma de sus manos. Casi octogenario, el bandido aquel, enfermo, maniático, vestido de andrajos, merodeaba por los talares en busca de alimento y pernoctaba en la costa del arroyo más cercano a la casa de su víctima: un caso providencial, como decían los peones, aunque de otra manera; un episodio perfectamente dramático y ajustado a las pragmáticas del arte escénico, con seguridad.

Al romper el alba, el magnánimo estanciero,—que indudablemente no durmió bien aquella noche,—montó a caballo y se encaminó a la costa del arroyo. El viejo vagabundo no dormía: acurrucado en el matorral y envuelto en unas arpilleras lamentables, tal vez meditaba.

Ninguno de los dos manifestó reconocerse. El señor Barroetaveña, sin nombrarse, dió los buenos días y después de algunas vagas observaciones sobre "las vueltas de la vida", ofreció hidalgamente su casa al harapo humano aquel para que viviera tranquilo hasta el fin de sus días.

Consciente o no, el bandido tuvo un gesto: rechazó terminantemente la oferta. Había sido salteador, ladrón, tal vez asesino; pero no quiso ser "agregado".

Desde aquella mañana, Barroetaveña le hizo proveer con sus peones, de todo lo necesario para esa vida de troglodita, hasta que, un buen día, aquel hombre misterioso y raro, desapareció del pago para siempre.

De ese don Francisco, espiritualmente grande como una torre y bueno como el pan, desciende el autor de "Alemania contra el mundo"; de aquel cedro bíblico el doctor Barroetaveña es rama vigorosa; este libro ha sido labrado como un ariete formidable, en esa rama llena de vida y destilando resinas medicinales y aromáticas.

VI

Después de clausurar sus preparatorios en el colegio de Uruguay, y de recibirse de agrimensor, el doctor Barroetaveña cursó derecho en la Universidad de Buenos Aires, graduándose de abogado y doctor en 1884.

Que fué un estudiante laborioso y eximio, palmariamente lo demuestra el hecho de haber recibido gratuitamente,—él sólo en aquel año,—sus pergaminos finales.

Mientras perseguía su certificado de bachiller, en Uruguay, y en la Universidad de Buenos Aires sus diplomas de abogado y doctor en derecho, no descuidó egoístamente sus deberes y sus compromisos de ciudadano y de caballero. En Uruguay figuró entre los promotores de la sociedad educacionista "La Fraternidad",—que tenía por objeto la instrucción gratuita de los jóvenes pobres,—y adhirió entusiasta y positivamente al movimiento político que combatió las arbitrariedades del gobernador Racedo. Como estudiante de Facultad, fué un revolucionario y un agitador. El movimiento de la juventud hacia los progresos legales de carácter liberal, le contó entre los elocuentes, los activos y los más audaces. Puede asegurarse que la ley del Registro Civil de

las personas y del matrimonio como contrato puramente civil, son la obra de aquella agitación. Y en esa obra puso mucho de lo suyo el entonces estudiante Barroetaveña: sus energías, su espíritu, su versación consumada, su desprecio por la calumnia y el tartufismo, su inalterable tenacidad.

Su misma tesis doctoral explicando, a la luz del derecho y de las legislaciones más adelantadas, la ley del matrimonio civil, mantuvo vivo el debate hasta la sanción definitiva de la ley esa, en 1888.

Sin embargo, el doctor Barroetaveña no es un intolerante ni lo ha sido jamás. Sus tendencias progresistas no le llevan a la negación de toda luz, de toda justicia, de toda belleza, allí donde no se piensa como él. Este libro, que por cuarta vez vamos a leer, así lo establece: está lleno de pasión desde su primera hasta su última palabra; pero no contiene nada más que la necesaria. No es un incendio, es una antorcha.

"Pero convengamos",—dice en la página 157 de la tercera edición de "Alemania contra el mundo",—"en las virtudes notorias del kaiser, como buen padre de familia, austero y moral hasta la rigidez". Y sigue más abajo: "Estas virtudes domésticas le dan prestigio social dentro de su nación y autoridad moral en el extranjero. Ahora mismo, un escritor atribuye la neutralidad de Italia a la influencia política que ejerce la reina Elena, atraída simpáticamente a Germania, por las virtudes domésticas del emperador." En la página 89, del segundo párrafo: "Al trazar el epígrafe de este artículo y la síntesis precedente, lo hago con toda serenidad, exactitud y convencimiento, reconociendo altos méritos en la nación alemana; vir-

tud, instrucción, tenacidad y laboriosidad en su pueblo; como también aptitudes administrativas y consagración al bien público, en sus monarcas, hasta elevar a un altísimo rango al país germano, en riqueza, conocimientos, prosperidad y poderío internacional." Y en el segundo párrafo de la página 30,—hago notar muy especialmente, que abro el libro al azar, como puede hacerlo cualquiera con idéntico resultado: "Conocidos son los vínculos preciosos, frecuentes y estrechos de la Argentina con Europa, hoy conflagrada por una neurosis guerrera fatal y desastrosa. Alemania nos provee de armamentos, maquinarias, manufacturas, maestros para nuestra escuela de guerra, aprendizaje de jefes y oficiales en su ejército, reputado de lo mejor,—profesores civiles, bancos, industriales, colonos, comerciantes de gran giro, empréstitos y un intercambio valioso de intereses comerciales, científicos y artísticos." Un escritor que así mantiene su ecuanimidad, en medio al fragor de la lucha más ardiente que ha sostenido en su vida, no es un intolerante, no es un exclusivo, no es un fanático de sus propios conceptos; ni siquiera es un polemista que momentáneamente se enceguece, en el toma y trae de afirmaciones y calificativos.

VII

El doctor Barroetaveña, una vez recibido, ejerció su profesión en la metrópoli y en la provincia de Buenos Aires, con éxito satisfactorio en su faz científica. No es él de los que divide su biblioteca en dos montones: en el de la derecha, el pró, y en el de la izquierda, el contra. Y no

habiendo hecho esa división, claro está que no pudo, no puede, ni podrá nunca abogar de dos maneras opuestas, que es el secreto de casi todas las fortunas curialescas. De modo que, su estudio de jurisconsulto no ha sido, no es y no será, mientras estudio sea, una mina de Africa o un yacimiento de California; los únicos diamantes de aquella casa están en el cerebro y en el corazón de su digno jefe.

Al frente de ese estudio, y desempeñando la cátedra de historia en el Colegio Nacional de Buenos Aires, le encontraron los sucesos de 1890, que él concurrió a encender, a concretar, a que asumiesen orientaciones definitivas, con aquel artículo "¡Tu quoque juventud! En tropel al éxito", que publicó "La Nación", bajo su firma, el 20 de Agosto de 1889, fustigando reciamente la abdicación cívica de la juventud, e incitándola a una patriótica reacción que le devolviera su crédito histórico.

Aquel artículo alcanzó una resonancia estruendosa y tuvo unas consecuencias sólo semejantes a las que tuvo, en Francia, el célebre *J'accuse,* de Emilio Zola. Conmovió hasta los cimientos una situación política considerada hasta ese momento, inconmovible. Electrizó la conciencia popular. Despertó a los jóvenes y alarmó a todo el mundo. Fué el primer campanazo del enorme somatén que siguió sonando la mejor prensa de la República, hasta la renuncia forzada del doctor Juárez Celman, víctima expiatoria de un sistema que él no había inventado.

Los diarios oficiales agredieron al autor de "Tu quoque...." desde todos los extremos de la nación; pero más bien no lo hubiesen hecho y hubieran dejado resonar aquella clarinada sin un solo extremecimiento, sin el mínimo ademán ni de alarma, ni de réplica, ni de zozobra

Desde entonces, pienso yo, que obran muy cuerda, muy discretamente los malos gobiernos, cuando se niegan a fomentar una prensa cualquiera; porque no la pueden tener sino detestable.

La juventud independiente de Buenos Aires, entre las muchas otras manifestaciones honrosas para el escritor, le ofreció un banquete congratulatorio y adhesivo, que él enérgicamente rehusó. Empero, la demostración aquella dió lugar a la formación de un club opositor que denominaron "Unión Cívica de la Juventud", cuya presidencia, cuyo nudo vital, vino a desempeñar, por natural gravitación, el autor de "Tu quoque!..."

Ese club político,—justo es decirlo; porque es un hecho histórico,—constituyó, en aquellos días de fluctuaciones, de pasiones sin rumbos fijos, por anhelos indecisos o locamente ardorosos, el punto de apoyo donde hicieron pie los próceres del país, el núcleo mayor de voluntad patriótica que atrajo, rápida y poderosamente, al patriotismo de la nación, disperso en átomos incoherentes, o metido en cada conciencia, lo mismo que una mujer murmuradora dentro de las cuatro paredes de su casa.

El gran primer comité de la Unión Cívica, en el que figuraban el general Mitre, el doctor Bernardo de Irigoyen, el doctor Vicente Fidel López, los doctores Aristóbulo del Valle, Hipólito Irigoyen, Demaría, Torrent, Romero, Estrada, Gallo, Goyena, Navarro Viola y el mismo doctor Barroetaveña, presididos por el doctor Leandro Alem, no tuvo otro origen, absolutamente no tuvo otro, que aquel club de jóvenes cuya combatividad, templó, disciplinó y capitaneó el doctor Barroetaveña a los 33 años de su edad; lo mismo que el club ese, generador

del comité político más grande y más heterogéneo en sus orígenes que registra la historia política de Sud América, no tuvo otro punto de partida, otro clarín de reunión, que aquel "Tu quoque.... !" que conmovió y desazonó a la conciencia cívica de los jóvenes, como una acusación fiscal conmueve y desazona la conciencia de los delicuentes y la de sus cómplices activos y negativos.

Y la revolución se hizo. Sus consecuencias inmediatas y remotas son del dominio universal.

Las más remotas son las actuales: una ley que defiende y garantiza la emisión individual del voto; un presidente que interviene en la elección de su reemplazante, nada más que para predicar civismo y moralidad de procedimientos; una completa, una rotunda imposibilidad de la política de taba cargada, de la gestación, detrás de las puertas, de la fórmula presidencial; el alma cartaginesa, el espíritu fenicio, la voracidad californiana, que flotaban, todavía, en el ambiente de la Casa Rosada, como un hedor sui-generis, característico, propio de aquella mansión, reintegrados para siempre jamás, al círculo infernal donde besan sus cheques y hacen sonar sus monedas aquellos que, habiendo escalado el gobierno de la nación sin más capital que un par de pantalones remendados en el fundillo, y no habiendo ejercido nunca otro oficio que la política, dejaron al morir tantos millones de dólares como un rey del trigo, un rey del acero, un rey de los diamantes, con escándalo del universo y para ignominia histórica de las generaciones que tales acumulaciones permitieron, y a semejantes cacos miserables glorificaron con su admiración.

Las consecuencias inmediatas de la revolución aque-

lla, que fueron las más amargas, recayeron nada más que sobre la cabeza de sus iniciadores. El pueblo es tan pueril, tan olvidadizo, tan ingrato, tan imbuído en que él todo se lo merece, que seguramente no recordará ya ni vagamente aquellas angustias sufridas por su libertad: persecuciones, diatribas periodísticas, calumnias, envidias, emulaciones, discordias, amistades perdidas para siempre, pobrezas, desalientos, prisiones, destierros, inconsecuencias, ingratitudes, olvido; esto es: dolor en acción y en todas las formas, envuelto como en un velo color de aurora, por la esperanza que nunca se pierde y la fé que nunca se apaga en los espíritus varoniles y gallardos.

VIII

Desterrado en Montevideo, después de la revolución de 1893, el doctor Barroetaveña, fué llevado al Congreso en 1894, por los electores de la metrópoli; y en 1900, durante la gobernación de Don Bernardo de Irigoyen, por los de la provincia de Buenos Aires.

Allí se reveló un parlamentario de primera fila: elocuente, sin ampulosidades de púlpito; correcto y hasta literario, sin caer en la rotundez marmórea de los discursos de ateneo; dueño absoluto de las extensiones de su voz, de sus gesticulaciones, de sus ademanes y hasta de sus párrafos; ni Cicerón, ni Demóstenes, ni Mirabeau, ni Castelar, sino simplemente un caballero lleno de competencia y lleno de su tema, que trata de convencer a los amigos de su club; y tan ampliamente versado en todas las cuestiones de interés público que, cada discurso, cada

interrupción, cada réplica de aquel diputado enseñaron algo, establecieron alguna verdad útil y buena, señalaron algún rumbo, despejaron alguna incertidumbre.

Erudito como pocos, al tanto de lo más nuevo en todos los ramos, trabajador infatigable, intervino con preparación en todos los debates, sosteniendo siempre las tesis más constitucionales y más humanas, defendiendo siempre los verdaderos intereses del país con un gran acopio de doctrina, y dando siempre las pruebas más acabadas de su sagacidad, de un buen sentido, de un tacto, de un ojo clínico impropios, por así decirlo, de tanta erudición, de tantos conocimientos adquiridos de reflejo en el libro, en la revista, en el aula universitaria; más bien dicho: demostrando de una manera cumplida, que su observación y su penetración directa de los hombres, de los acontecimientos, de las cosas, en él no resultan inferiores a sus lecturas y sus especulaciones de gabinete, por más caudalosas y graves que éstas sean.

Presentó numerosos proyectos de ley, fundándolos clara, concreta y sólidamente, y mantuvo célebres interpelaciones y debates políticos, económicos y legislativos. El libre cambio, la codificación militar, los impuestos a los Bancos privados, el puerto de la Capital, los impuestos a las compañías extranjeras de seguros, la eximición de impuestos provinciales y municipales a los ferrocarriles nacionales, la municipalidad de la metrópoli, la pena de muerte, el divorcio, las investigaciones parlamentarias, las primas a la exportación del azúcar, las incompatibilidades parlamentarias, la enseñanza de idiomas extranjeros, la ubicación del ejército nacional, la redención de capellanías, la naturalización de extranjeros, el protec-

cionismo aduanero, las intervenciones, los privilegios parlamentarios, etc., etc., fueron temas extensa, substanciosa y acertadamente tratados por el doctor Barroetaveña durante desempeñó sus funciones de representante del pueblo de la República. Muchos de aquellos temas, como el divorcio, la pena de muerte, la naturalización de los extranjeros, le sugirieron discursos memorables que honrarían al Diario de Sesiones de cualquier parlamento: en aquel libro están a disposición de los incrédulos y los estudiosos.

Así amojonó y trianguló su actuación parlamentaria el doctor Barroetaveña. Con ese broche de oro fino cincelado, sin meticulosidades estéticas, pero cuajado, como una piocha antigua, de gruesos diamantes, dejó clausurada su vida partidaria, tan llena de adhesión a la causa abrazada como de intenso patriotismo inteligente y previsor.

Y retirado de la política de comité, de barricada, de atrio, de conciliábulo, se contrajo, tranquila, sencillamente, a su profesión de abogado en la Capital Federal y La Plata, al mismo tiempo que destinó sus domingos y días de descanso a la viticultura intensificada, en el litoral de la provincia de Buenos Aires, donde ha logrado demostrar mediante una experiencia de diez y ocho años, a los más excépticos y a los menos entendidos, el gran porvenir de aquella industria en esta región de la República.

IX

Pero el doctor Barroetaveña no es un Cincinato unilateral, a quien, sacándolo del gobierno de la cosa pública,

ya no encuentra más sitio de acción que el muy reducido de su huerta, que el muy rudimentario de sus legumbres.

En Barroetaveña, el hombre de letras, el luchador ardoroso, el político mismo, no han quedado inactivos, postrados, insumidos en el viñedo y el bufete doctoral. Aunque desempeñándose en un plano menos accesible a las pequeñeces humanas, él hace política, él gobierna.

Con sus libros, sus monografías, sus folletos, sus artículos de diarios, sus biografías, sus discursos, — sin contar sus trabajos parlamentarios, — habría material suficiente para quince volúmenes en octavo, casi todos ellos de un valor histórico, político, económico, especulativo, que solamente la lengüita filosa de un estetoide pueril, tan enamorado de la sonoridad de sus propios parrafitos como del primor de sus corbatas, podría menospreciar y zaherir desde los diminutos ajimeces de su torrecita de marfil.

Bernardo de Irigoyen, Leandro Alem, Miguel Navarro Viola, Virgilio Tedín, Oscar Lilieldad, Julio Figueroa, Delfín Gallo, José Lino Churruarín, Juan Carlos Belgrano, José Quiroga Furque, Juan Chilotegui, David Levingston, Alejo Peyret, Pío Ricardo Trelles, — algunos de los cuales, próceres ilustres; y todos ellos meritísimos hombres de bien, — tuvieron al morir su panegírico, su apunte biográfico, su extensa monografía tan justiciera como rápida y oportuna, merced a esa pluma nerviosa, acalorada, hacendosa, que el doctor Barroetaveña halla siempre al alcance de su mano, de su privilegiado cerebro, de su nobilísimo corazón, cada vez que los hombres y los sucesos de ella necesitan.

La autonomía de los municipios ha interesado muy

seriamente a los pensadores políticos de todas las épocas y países; ella, en el seno de los sistemas de gobierno más netamente contradictorios, constituye la base, el centro, el resorte maestro de toda la maquinaria política de las naciones. El doctor Barroetaveña le dedicó uno de sus mejores libros, sus más extensos y más meditados discursos del parlamento, numerosos artículos periodísticos e intencionadas alusiones en sus arengas políticas, cada vez que lo creyó de oportunidad... y lo creyó en casi todas las arengas aquellas.

Las ideas liberales y su propaganda, han tenido en el doctor Barroetaveña más que un leader vigoroso, un apóstol vehemente y abnegado. Escribo este párrafo con su libro "Propaganda liberal" abierto sobre mi escritorio. Su discurso de clausura del Congreso del libre pensamiento, reunido en Buenos en 1906, sintetiza su pensamiento liberal, reune en un solo haz lleno de sanas espigas, todas las ideas de ese matiz desparramadas abundantemente a lo largo de su vida. Sin comulgar en su mesa, — porque yo no acepto lo definitivo, sino como un corral donde se me quiere aprisionar y empequeñecer, — no dejo de presentir y profundísimamente respetar su entereza, su noble enceguecimiento, y sobre todo y más que todo, el sincero, el ingenuo, el empeñoso deseo de lo mejor que respira por todos sus poros, cada vez que de tales asuntos parla o escribe.

Su proyecto sobre "Quiebras y Síndicos", publicado en 1897, estableciendo las reformas fundamentales que, a su juicio, debían introducirse en el Código de Comercio, constituye una joya inapreciable, según los entendidos en tan áridas materias y los que por necesidad o por

oficio se rozan con ellas; y las finanzas, las relaciones exteriores, la residencia constitucional de los diputados, la inconstitucionalidad de algunas leyes, el depósito judicial a metálico, la prescripción treintenaria, el derecho representativo de la rama colateral, el usufructo máximo de las corporaciones, las capellanías, las herencias recaídas en manos muertas, la prescripción, etc., etc., fueron temas que desarrolló con amplitud y profundidad de conocimientos, enriqueciendo con beneficio de todos, el caudal bastante exiguo de nuestra literatura científica.

X

Un pueblo de analfabetos está muy próximo a la recua: el ignorante quiere amos porque los necesita, como un rengo quiere muletas porque no podría andar sin ellas.

La legislación política más perfecta, las instituciones más liberales y sabias, terminan por descalificarse y desnaturalizarse superponiéndolas a la informe conciencia de de un pueblo de ignorantes, que es, naturalmente, un pueblo de viciosos inferiores. Como se transformaría en irrisorio manto de befa, la roja gualdrapa que irónicamente se tendiese sobre los doloridos lomos de un asno viejo, así la más hermosa, la más completa carta de derechos, sobre la testa de hierro de un pueblo de brutos.

Para los asnos, todo paramento es una albarda; y para los hombres sumidos en las tinieblas de la ignorancia, toda ley es un rebenque.

Así pues: el que quiera libertar a este pueblo, debe comenzar por llevarlo a la escuela, ya, ahora mismo, sin dilaciones de ninguna especie. Cuando salga de allí, de la escuela, como de las aguas de Juvencio, saldrá libre..., ¡saldrá capacitado para la libertad, con y sin voto secreto!

La soberanía ejercida por una democracia que no lee, que no escribe, que no saca cuentas sino por los dedos, es muy semejante a la patria potestad desempeñada por un ebrio, a la administración de los propios bienes ejercida por un mentecato.

Como en el hogar donde manda un borracho siempre ha de haber el vecino clásico que bondadosa o maliciosamente intervenga, clandestina o públicamente, en la dirección de aquella familia, así en los pueblos donde reina la ignorancia, donde el analfabetismo señala con su índice negro el camino de la disolución, nunca faltarán los providenciales audaces que, llenando las apariencias constitucionales, o sin llenarlas del todo, se alcen con la suma de los derechos ciudadanos y sean, en realidad, los verdaderos soberanos.

Porque a todo disparate contra la lógica, la lógica misma, o mejor dicho, una lógica más alta, lo corrige o desplaza.

El sufragio universal, en un país de analfabetos, sería un lirismo ingenuo, casi risueño, si no fuese un atentado peligroso contra la recta naturaleza de las cosas y los dictados expresos de la lógica más elemental.

¿Han estado, entonces, dentro de esa razón más alta, dentro de esa ley de las compensaciones, las nivelaciones y los equilibrios en la naturaleza y en la historia, aquellas viejas oligarquías que se ha dado en calificar de la ma-

nera más ofensiva desde las puertas del comité político y desde las columnas, sin principios estables, de la prensa de oposición? ¿Nos salvaron de la anarquía, de quién sabe qué sorpresas terribles, de quién sabe qué dictaduras militares o civiles que nos hubiesen colocado en el mismo plano doloroso del Paraguay, de Méjico, de las revoltosas republiquetas de la América Central?

Interrogantes son estos que permanecerán abiertos hasta que los conteste y cierre, acaso dentro de un siglo, el historiador ecuánime y desapasionado de esas oligarquías tan rudamente apostrofadas en plazas, teatros, libros, folletos y carteles electorales.

Mientras aquel juicio desapasionado y ecuánime se hace página histórica, debemos tener presente que las constituciones no son sagradas, que las leyes no son respetables, sino a condición de que lleven en sí mismas la eficacia bastante, la virtud suficiente, para amparar, en todos los casos, los derechos que consagran e imponer, en todos los casos igualmente, las obligaciones que determinan.

Y para que esa virtud las acompañe siempre, es necesario, absolutamente indispensable, que no ejerzan su acción amparadora o imperativa, sobre ficciones caprichosas, sobre vanos fantasmas creados por el buen deseo, sobre democracias por definición, tan distantes de la realidad como puede estar de la cosa misma una generalización más o menos optimista, más ó menos bien intencionada, más o menos lírica.

Pongamos como caso de incongruencia, de disparidad entre una legislación ideal y la realidad de los hechos, a la misma tan aplaudida ley del voto obligatorio y

secreto, apesar de ser ella la que ha llenado los comicios y cerrado, por ahora, el ciclo de los fraudes, de las extorsiones, de las elecciones trágicas, de las viejas oligarquías.

Por la ley de la división del trabajo, — que es una ley que está en el instinto como la de conservación, como la de reproducción de la especie, — la conciencia popular cuerdamente se desvía de las urnas y dice:

"Yo soy carpintero, herrero, comerciante, artista, agricultor; la parte que yo pongo, con entera seguridad de acierto, en el progreso de mi tierra, en la vida vivida de mi país, es esa pericia mía de la cual no tengo duda y hasta me siento enorgullecido; no me niego a votar por egoísmo, por indiferencia, por tibieza patriótica; me niego al voto, por rectitud de conciencia, por alteza de miras, por instinto de lo que debe ser, por no mezclarme estúpidamente a lo que no entiendo tan claramente como entiendo mi profesión o mi oficio; para concurrir al acto comicial, sin el entero, profundo conocimiento de lo que allí voy a realizar al aire libre, frente a frente del sol, o en el cuarto obscuro, frente a frente de sus cuatro paredes y faz a faz de mi ignorancia, opto por quedarme en mi casa cepillando mis tablas, machacando mis hierros, inventariando mis mercaderías, pintando mis cuadros, podando mis frutales."

Y la gran mayoría de los ignorantes, de los analfabetos, de los desposeídos de todo bien humano, añade a los anteriores discursos, este aplastador ilevantable estrambote:

"¿Qué hago yo con esa parte de soberanía que pesa sobre mis hombros? ¿Qué haré yo en ese comicio, al que

me llevan a la fuerza, si ni siquiera soy capaz de deletrear malamente los nombres impresos en la boleta de sufragio? ¿Cómo haré yo para distinguir a los mejores, a los más honrados, a los más aptos, si mi profunda ignorancia, si mi terminante inferioridad me tienen sumido en lo más hondo y en lo más sucio de la escala social, desde cuya sombra se ve pasar a los hombres de fuste ostentando todos la misma sonrisa, los mismos ademanes, la misma fisonomía inexcrutable y olímpica? ¿Qué haré yo sin más consejero que mi ignorancia y mi vil condición, con este voto secreto que no me permite ni siquiera una interrogación al primero que pasa, so pena de multa o arresto? ¿Quién es el estúpido, más estúpido que yo mismo, que ha hecho esta ley?"

Y así es no más. La ley esa, en fuerza de mirar las cosas por su lado más negro, ha desconocido la voluntad del soberano, ha interpretado con un estrechísimo criterio de conferencista de plaza pública, la indiferencia por el comicio que ha manifestado siempre, aquí y en todo el orbe, la gran masa popular. Ella, esa ley, contradice exabrupta, dictatorial, arbitrariamente, la rectitud de procederes de la mayoría, la moralidad colectiva, el buen sentido de la multitud, el instinto de lo más prudente, de lo más razonable, de lo más lógico que palpita en todos los pueblos de la tierra con más intensidad, con más justeza, con más acierto que en las aulas universitarias, en las deliberaciones de los congresos, en las páginas de los libros.

Ya lo he dicho otra vez: si el pueblo argentino hubiera querido votar, lo hubiera hecho, apesar de todos los obstáculos, fraudes, imposiciones y mazorcadas, por

una sencillísima razón; porque él es un pueblo como todos los otros, sin un solo pelo de más, sin un solo pelo de menos. El día que, después de la perplegidad que ocasionan todas las sorpresas, quiera resistir a esta ley, la resistirá. Y el que no sepa ni leer ni escribir, no votará; y el que no crea en las bondades del sufragio universal, no votará; y los que sientan dudas sobre la sinceridad de los políticos, sobre su honradez, etc., etc., no votarán; y los que sospechamos que los gobiernos buenos o malos, no influyen de ninguna manera en la marcha de los pueblos hacia su destino, no votaremos.

Y la República no perderá gran cosa con esas honradas abstenciones; porque nada que sea honrado y justo perjudica o escandaliza a nadie: ni al que lo realiza, ni al que lo presencia, ni al que lo oye relatar, ni a la ciudad, villa o aldea donde aquel acto de honradez privada o pública, individual o colectiva, se desarrolla y resplandece como un arco luminoso en el palio gris de las nubes.

Antes por el contrario, ganaremos en cultura integral, en civilización real y verdadera, en tranquilidad pública, en respeto y confianza exteriores; porque ate nuaremos y reduciremos en parte, a ese politiquerismo desleal, ceñudo, difamador, intemperante, holgazán, disparatador, cínico, chismoso, indigno en sí mismo, y tanto más embrutecedor, y tanto más furibundo y arrasador de las buenas costumbres y de las actividades honestas, cuanto más ignorante es el pueblo en que él ejerce su acción, cuanto más honda es la napa humana a que él desciende con su lengua de víbora, con su moralidad de tahur, con sus manos húmedas, viscosas y sin callosidades honorables, como las de un ladrón de oficio, como

las de un "ave negra" de arrabal; porque esa olímpica indiferencia de la parte más sana de la nación, servirá de paragolpe a ese maldito politiquerismo, a quien la ley del voto obligatorio viene a fomentar y enardecer, como el sol a la sarna, estableciendo explícitamente, — puesto que multa y encarcela, — que es una indignidad no votar, que es infamatorio no intervenir en los comicios, aunque no se conozca la o por redonda, aunque no se entienda plenamente el problema que es motivo del sufragio, aunque se sienta la repugnancia más profunda por todos los simbolismos y principalmente por ese artículo de fé, por esa ficción constitucional de la voluntad popular, que no es la voluntad de nadie, en el sentido verdadero de la palabra voluntad, sino la suma de sugestiones maliciosas, de mentiras relumbrantes, de imperativos artificiales y despreciables, — a la influencia de los cuales muy pocos resisten, — que magnetizan transitoriamente a la multitud y la ponen en el trance de opinar, de amar o de odiar, aparentemente según su conciencia, pero realmente, pero absolutamente según los propósitos, los intereses, la voluntad soberana de sus infames magnetizadores.

Sí, ganaremos mucho, muchísimo, por lo que acabo de decir con la sinceridad propia del que no se ha imbecilizado y empequeñecido en las salas hediendo a mentira y tartufismo del comité político; y ganaremos, asimismo, porque demostraremos al mundo que no somos una recua pasiva; que la nación argentina hace lo que ella quiere, por debajo de las mallas imbéciles de su legislación copiada de las otras; que no ha votado porque ha entendido que no debe hacerlo hasta que el voto popular no se califique, y no por las teologías que se han bordado alre-

dedor de su actitud; que esa sabiduría de la ignorancia que consiste en no hacer lo que hacer no se sabe, la ha distanciado del comicio con tanta honestidad como cordura; que no somos, diré así, una compañía de bestias sabias, a quienes se les despoja de su naturaleza, de sus ademanes, de sus instintos, de su majestad de fieras salvajes, para obligarlas perentoriamente y en beneficio de sus amos, a bailar, a saltar obstáculos, a contorsionarse y ridiculizarse en presencia del público, como los cómicos y los acróbatas.

Porque así se les haya ocurrido, a un ministro cualquiera, a un congreso cualquiera dominado por aquel ministro, a un presidente cualquiera deseoso de notoriedad, ni los sistemas solares van a desviarse de su inconmensurable parábola, ni el más plástico de los pueblos habría de cambiar su fondo filosófico, su intuición de lo que él entiende por mejor, su fatalidad.

Se abusa del poder, se deprime a los pueblos,— a los propios ojos de éstos y en el concepto de los extraños,— empujándolos violentamente hacia cualquier lado que sea, a fuerza de leyes despóticas, inapelables como los rótulos prohibitivos de las ciudades alemanas.

La ley del voto secreto y obligatorio, será todo lo bien intencionada que se quiera,—no discuto intenciones jamás,—pero no pasa, a mi entender, de un reglamento de presidio. Como en esos reglamentos se establece categóricamente, bajo la amenaza de qué se yo cuántos castigos, que los penados han de levantarse del lecho a tal o cual hora; han de hacerse la policía higiénica de sus personas, a tal otra y en tal sitio; han de rezar, o cantar, o trabajar, o estudiar, o pasearse al sol, todos los días, a

las mismas horas durante los diez, los veinte, los treinta años que dure su encierro, así en esta bendita ley se nos obliga, con mayor despotismo si bien se mira, a saber todos, lo que no saben más que unos cuantos; a poder todos, lo que no podrá medianamente nada más que una insignificante minoría. Y hay que saber y hay que poder, so pena de la picota.

¡Como el chasquido de una fusta suena esta ley, sobre la cabeza de un pueblo que cuenta 700.000 niños analfabetos por falta de escuelas!

XI

Parecerá, tal vez, que este encarnizamiento mío contra el sufragio universal y la legislación electoral vigente, es un exabrupto cruel y una digresión intempestiva, demasiado larga y harto fogosa.

Puede ser que sea todo eso y algo más. Lo será singularmente, para los que hacen el tristísimo oficio de conducir multitudes a los sitios donde se vota y cifran su orgullo en el mayor número de inocentes que sonsacan, de almas robustas que reducen a la mínima expresión. También lo será para los timoratos y para los que no saben,—porque ni de oídas me conocen,—que serán los más—que soy agresivo, que soy vehemente, que me siento constreñido hacia la maldición y el anatema, cuando arremeto, en virtud de mi oficio y de mi amor a la *chusma,* contra esos adefesios, contra esos barnizados, petulantes, inflados, engreídos estafermos que suelen pasearse por el mundo, satisfechos de su intangibilidad,

echándoselas de cosas grandes, bellas, buenas, útiles, insubstituíbles, resueltamente concluídas, categóricamente perfectas, no como las míseras obras de Dios, cuyo retoque final no presenciaremos nunca, sinó como el sabio remiendo de una bota vieja, cuya última puntada no deja sitio para otra, cuya postrer pincelada de cerote constituye la suprema culminación del talento de remendar.

Por otra parte, en presencia de esos 700.000 niños analfabetos que el censo ha denunciado y el doctor Barroetaveña,—desde la llanura donde se agita, abre surcos y siembra ideas de regeneración social y política,—intenta salvar mediante su "proyecto de empréstito interno por la suma de cien, de doscientos, de trescientos millones de pesos, en títulos de renta perpetua, con interés de cinco o seis por ciento, destinado exclusivamente a difundir escuelas elementales para niños y para adultos, en ciudades y campañas"; en presencia de esos 700.000 niños, que hoy serán unos mocetones tan ignorantes como cuando recién nacieron y tan llenos de nefandas sabidurías como un presidiario, no veo yo cuál puede ser el espíritu que no se subleve, la pluma leal y discretamente patriótica que no rasgue airada la superficie del papel en que se desliza.

Por menos imaginativo que uno sea, a la sola enunciación de aquel horrible dato estadístico, inmediatamente los ve, como en una visión profética que eriza los cabellos, ya crecidos, ya emancipados, ya hombres hechos, entregados a la vorágine del mundo, así desprovistos del más indispensable de los instrumentos de lucha honesta por el propio mejoramiento intelectual, moral y económico; sin más armas que su astucia; sin otros elementos

de ascensión que sus instintos: tan desorientados y tan desarmados, a pesar de sus garras, como un charrúa primitivo en pleno Londres.

Los que hayan nacido "retardados",—serán los menos!—desempeñarán las penosas faenas del peón, del hombre de carga, en las industrias rurales, en las urbanas, en los patios, las cocinas y las caballerizas de los palacios, en las calles de las ciudades: vivirán la vida del buey, sumisos y tristes como él.

Y los más inteligentes, que serán la mayoría,—pues el talento, como la sal de los mares, está distribuído con cierta magnificencia en las muchedumbres humanas,—y los más inteligentes, los más propensos a la desviación de la recta,—en razón de que toda inteligencia despejada está sometida a la vergüenza de esas taras que el sol de la escuela neutraliza y la sombra de la ignorancia fomenta y multiplica,—rehuyendo instintivamente, aristocráticamente, filosóficamente, la esclavitud aplastadora del trabajo manual, la sumisión de sus huesos y de sus músculos a las exigencias de su sexo y de su estómago, aguzarán su intelecto nativo, llenarán de garfios su alma, tomarán por los caminos vedados donde se vive a pura base de artimañas, a pura contribución de malignas ingeniosidades, y se harán tahures, carreristas, estafadores, caballeros de industria, circuladores de billetes falsos, ladrones, curanderos, matones de oficio, vividores, clientes de comité, vagabundos, rateros y traficantes del vicio.

Y a ese montón de miserias, cuya existencia no es de ahora mismo, aunque ahora mismo acaba de señalarlo la estadística; a esa montaña de carne llena de pústulas, sin noción de justicia en el espíritu, sin el sentimiento si-

quiera instintivo de los altos destinos de la patria, sin esperanza y sin fe como un viejo de mil años, no solamente se le ha consagrado el derecho de intervenir en la cosa pública, sinó que se le ha impuesto la obligación de estampar, en ella, el decisivo visto bueno de su voto.

Yo no me imagino, yo no puedo imaginarme, en todos y cada uno de los argentinos, nada más que uno solo deseo: el repentino, el súbito, irresistible deseo de que todo lo que en la República ha sido y es dirección, superioridad, ilustración, talento, mando, poder, — presidentes, ministros, congresos, convenciones constituyentes, partidos políticos, prensa, literatura, facultades universitarias, —se convirtiera de repente, por milagro del odio, en un solo monstruo, en un solo ente visible e indivisible, para cogerlo por sus dos patas traseras, como a una hiena rabiosa, y estrellarle el cráneo, — si cráneo tuviese — feroz, despiadada, justicieramente, sobre los muros de todos los palacios públicos, en el estuco y el jaspe y el cobre de los monumentos y las obras de ornato de todas las villas y ciudades argentinas, en el duro asfalto de todas las avenidas urbanas, en el áspero granito de todas las carreteras para automóviles, en el mármol y el bronce de las rígidas estatuas de todos nuestros próceres, en la misma cruz de hierro del Santo Cristo de los Andes, en cuyas indecentes, dispendiosas proyectaciones, licitaciones y construcciones se han insumido, como el agua en las esponjas, millones de pesos, miriadas de palabras fementidas, montañas de codicia, universos enteros de cretinismo pedante y vociferante, mientras 700.000 niños, que hoy pasarán del millón, han venido careciendo, sin que nadie lo advierta, de un triste galpón para congregarse diaria-

mente, de un maestro de primeras letras que les enseñase el abecedario y la cuenta de sumar, de una cartilla de veinte centavos, de una pizarrita de diez, de una sola gota de agua espiritual para sus sedientas almitas.

Si todos los libros, los folletos, los artículos que ha escrito el doctor Barroetaveña; si todos los discursos que pronunció como diputado y que el Diario de Sesiones registrará para siempre en sus voluminosos tomos; si este mismo hermoso libro cuyo prólogo tan zurdamente, tan sin regla y sin medida voy sacando de mi corazón y de mi espíritu, se redujeran a cenizas, a polvo incoherente y voluble como las arenas de una landa movediza y árida, y sólo quedase de la extensa obra de este hombre, de su fecunda labor literaria, política y forense, nada más que ese proyecto de empréstito escolar interno que ha tenido la virtud de arrancarme tan amargos, tan flagelantes párrafos, al abrirme de par en par las puertas de la realidad. —y que nosotros podríamos llamar, como los franceses al último suyo, el empréstito de la victoria, — el doctor Barroetaveña quedaría capacitado, todavía para exigir de sus compatriotas y esperar del mundo entero, con esa pequeña página en la mano, el mismo respeto, la misma consideración que se siente por los próceres más ilustres.

XII

La actividad y la generosidad mental del doctor Barroetaveña no tiene igual entre los argentinos vivos. Hace pensamiento cuando escribe, cuando conversa y cuando calla. Es un joven de sesenta años.

La muerte de un grande hombre, las virtudes, la heroicidad y la belleza de una reina, la aparición de un libro, unos versos medianamente compuestos y medianamente leídos en público, un acto de beneficencia producido por alguien, una discusión de principios, una catástrofe, un dato estadístico inesperado, una escuela que se cierra, un árbol que se arranca, un derecho que se desconoce, un progreso que se dificulta, una esperanza de regeneración que apunta su yema en el árido ramaje de nuestra política, ya lo tienen a él, con su trabajadora, con su empeñosa pluma vigorosamente empuñada, amontonando raciocinios, — los primeros que saltan en su cerebro, — acumulando adjetivaciones, volcando su corazón sobre las carillas como pudiera guijarros que fuesen diamantes, sin curarse de los términos, sin redondear los párrafos, sin la sensación literario-musical del asunto, tal vez; pero con el ardor del convencimiento, con la noción clara, terminante de lo que se propone establecer, brillándole como un penacho de fuego en las circunvoluciones cerebrales.

Así, con esa precipitación, están hechos sus mejores libros; así fueron dichos sus discursos más notables: como quien acaloradamente conversa, como quien escribe una extensa carta informativa o de consejo, sin más tiempo que el muy extricto para escribirla y ensobrarla sin corrección posible, como quien entiende que no es necesario, que es ridículo y necio, vestir de frac y guantes blancos, para penetrar en el alma sencilla de una democracia necesitada de verdad más que de música, hambrienta de justicia más que de merengues, ansiosa del alfabeto de todas las cosas más que de las filigranas literarias de los ingenios literarios.

Su descuidada literatura, su elocuencia forense y parlamentaria, su misma charla amistosa, no son comparables a esos frágiles ñandutíes destinados a yacer sobre las mesas, las consolas, los respaldos de los sillones, con desmedro de la comodidad particular que cada uno de esos muebles satisface.

El no entiende de logomaquías, de randas verbales; su espíritu las rechaza como a una ocupación indigna de su sexo, indigna de los asuntos que desarrolla, indigna de la actualidad nacional por que atravesamos, que es de creación perentoria de cosas perentorias, para la consumación de las cuales, las cavilaciones estéticas importan un retardo y una desviación hacia lo tonto, con menoscabo y desprestigio de las ideas en crecimiento, que hay urgencia en desenvolver y colmar de respeto.

El pueblo, por sabio instinto, donde vé muchos paños bordados, entiende que debajo de ellos ha de haber un cadáver, un artefacto de funeral, una mesa derrengada; y se detiene en los bordados, sin mayor averiguación.

Los libros muy atildados, muy llenos de términos difíciles, innecesarios, muy empeñados en no ser entendidos a la primera lectura, están escritos por tontos. No casi siempre: siempre.

Todo libro cuyos lectores necesitan, para enterarse de su contenido, consultar el diccionario tan a menudo como si estuvieran haciendo una traducción, infaliblemente puede asegurarse de él, que ha sido escrito con ese mismo diccionario abierto sobre la mesa y que su propio autor, al mes, a los dos meses, no entenderá ni pizca de lo que en aquellas páginas quiso decir. Infaliblemente asimismo, puede asegurarse que no ha de haber tenido ni muchas ni muy grandes cosas que poner en ellas.

Porque hay una tendencia a desnudar lo que en sí mismo es bello y bueno, como hay un movimiento de ocultación, un pudor instintivo, que nos impele a correr un velo decorado sobre lo que estorba, perjudica o ensucia.

Y ese instinto de la ostentación o de la ocultación, según los casos, constantemente se manifiesta en las madres humanas, que son las solas que se enorgullecen o avergüenzan de su prole: al hijo hermoso y robusto lo retratan desnudo, tal como lo parieron; al enfermizo y defectuoso, empenachado de vistosas plumas y cubierto de encajes.

En estas dos conductas hay arte: pero un arte distinto. En la primera, el arte fundamental, enseñador, más pensamiento que procedimiento, con su belleza implícita en su utilidad, y con su utilidad implícita en su belleza: un hijo hermoso. En la segunda conducta, el arte prolijo, sin objeto, superficial, de prestidigitación, ocultador de vacíos, más procedimiento que pensamiento, con lo inútil implícito en él y él emplícito en lo inútil: las plumas y los encajes.

Al arte fundamental lo hacen con hacha y con martillo como un trabajo de leñadores o de forjadores, los corazones bien puestos, los cerebros capaces de lo grave y de lo hondo; al superficial lo manipulan con batidor y con horquillas, como las mujeres a sus yemas y sus bucles postizos, aquellos entes indefinidos, tan extravagantes como lelos, que abisman sus almas dentro de los incongruentes arabescos de un "camino de mesa", con el mismo pavor que si las abismaran en el fondo del mar.

XIII

Toda obra de arte, — escrita, o recitada, o pintada, o esculpida, o sonada, — ha de penetrar en el corazón y en el cerebro, difusa y rápida como la gloria del sol. Si ha de producir algún deslumbramiento, ha de ser el originado por la intensidad de su luz. Y no ha de visitar ni a un solo cerebro ni a un solo corazón, sino a los de todos o casi todos. Porque el arte no se hace para un solo hombre, o para una restringida porción de hombres: se hace para el hombre. Por medio de la verdad y de la belleza, claras y simples, se dialoga con la humanidad de todos los siglos.

Un libro, un verso, un cuadro, una estatua, que no se alojan inmediatamente en el aposento para que fueron hechos y al que fueron dirigidos, que es el alma humana, no valen la pena, por más acicalados que se presenten, — y cuanto más, menos, — de salir por ahí a preguntar lo que ellos dicen. Tienen, a la fuerza, que no decir nada, o algo tan inferior a las esquisiteces y dimicados de su forma, que sea tanto como la nada.

El que tiene alguna cosa buena que decir, o que hacer ver a los demás, tiene, también, por una razón que no necesita demostraciones, que ser dueño y señor de un cerebro tan bueno como sus ideas, o sus fantasías, que son ideas así mismo; y en un buen cerebro no caben más retóricas ni más artificios que los muy necesarios para la mayor claridad y el mayor relieve de los conceptos.

A esos tejedores de puntillas hay que dejarlos ahí

no más, en cualquier sitio, sin entrar a ningún análisis, porque son tan impenetrables como las puntillas, sin enardecer vanamente, en nosotros, el deseo de gustar su pepita, porqué no la tienen. Como se deja un ramo de trapo, en el rincón más obscuro de la sala, bajo su fanal protector, sin esperar de sus flores ni siquiera ese vago perfume con que las rosas viejas avivan nuestro recuerdo, así debe hacerse con ellos... ¡así se hace!

Un pensador, un artista, que a pesar de todos sus esfuerzos, de toda su ilustración, de todo su jugo mental y emotivo, se quedan al margen del alma de la muchedumbre, como quien dijera, bombardeando murallas que no derribarán nunca, golpeando puertas que no se abrirán jamás, no son, evidentemente no son, ni un pensador eficaz, ni un artista verdadero, por no expresarme con más severidad. El uno carece de ese pensamiento despertador de los otros pensamientos dormidos o aletargados; al otro le falta la emoción comunicativa, el arte de contagiar con su propia, individual emoción. En una palabra: ninguno de los dos pagaría, con su trabajo, lo que su esqueleto pesa, — aúnque ambos pesaran lo que un solo mosquito, — por la sencillísima razón de que todo lo que carece de eficacia, es como si no fuera.

El pensador que no despierta al otro pensador anónimo que hay en cada hombre, el artista que no se hace aplaudir por ese otro artista que está en todas partes, — aunque sea fastidioso repetirlo,—no son lo que ellos dicen, ejercen una profesión para la que no nacieron.

Ellos lo saben. Y en vez de ensayar un oficio más en consonancia con sus recursos psíquicos y hacerse modistos, maestros de baile, pongo por ejemplo, empecina-

dos en que la fama ha de sonar, para ellos también, sus trompetas de oro, se han inventado uno para el cual no se requiere nada más que un poco de *pose* melancólica; el oficio de los incomprendidos.

Por ahí se pasean, volcando su lástima soberana sobre la humanidad, desde las alturas inaccesibles del tinglado de su invención, como Jesucristo su ¡perdónalos Señor! desde la cumbre de su Cruz.

XIV

Lo primero es el hecho, la persona, o la cosa: lo segundo es lo que hay que decir de ese hecho, esa persona, o esa cosa: lo tercero es la manera de decir eso que hay que decir de aquel hecho, de aquella persona, de aquella cosa.

El hecho, la persona o la cosa, no se eligen propiamente dicho: son la circunstancias las que nos colocan en su misma línea; y es la personal idiosincracia de cada uno la que nos obliga, por así decirlo, a percibirlos o no percibirlos, a ponernos o no ponernos en su correspondencia. No todos vemos el mundo ambiente de la misma manera; y hay cosas que, aún desde el mismo punto de vista, unos ven y otros no ven.

Lo que hay que decir de los hechos, las personas o las cosas, depende, principalmente, del carácter del que ha de decirlo, de su salud, de su hígado, de sus estados de ánimo, de su talento, de su ilustración, de su sentido moral, de la calidad y la intensidad de las impresiones que haya recibido; depende también de los conceptos corrien-

tes e imperantes en la época y hasta en el mismo reducido seno social en que se agita.

La manera de decir lo que hay que decir de los hechos, de las personas, de las cosas, corresponde al arte. Pero no es del absoluto dominio de él, puesto que el concepto que nos hayamos formado de aquel hecho, persona o cosa, debe primar sobre los artificios de que nos valgamos para exteriorizarlo o exponerlo. Para decirlo de un modo más absoluto y pintoresco; ese concepto, empapado en la emoción de que seamos capaces, ha de marchar sobre los artificios y no éstos por encima de aquél. Así envuelto en emoción, el concepto ese, no necesita nada más que un poco de gramática y la sencillísima retórica con que el maestro dice en la escuela: "el mundo es redondo como una naranja."

No dijo, entonces, un absurdo ingenioso, una obscuridad sibilina, aquel que hablando del arte sentenció: "el mejor es no tenerlo."

A mi entender quiso decir esto: Después de llenarse del tema que las circunstancias imponen, una vez despertado ese mundo interior que todos llevan en el espíritu como una Jerusalem ideal; ya diseñada en el alma la imagen más o menos vaga, más o menos sintética de la obra, — cuadro, estatua, libro, etc., — lo mejor es entregarse a sí mismo.

¿Y qué será entregarse a sí mismo? Es entregarse a su entusiasmo, a su emoción, a su ingenio nativo: a sus atavismos y sus herencias; a su deseo de ser claro, preciso, expresivo natural, humano; a su ingénito sentido de las dimensiones, los equilibrios, los niveles, las conveniencias, las distancias, las cantidades; a sus audacias y sus

pudores, sus irreflexiones y sus reservas mentales; a sus peculiaridades del oído, la retina y el tacto; a su lógica personalísima de los sonidos, los colores, el claro-obscuro, la sombra y la luz; a su indignación, a su cólera, a su admiración, a su odio; a sus propias impotencias, sus propios vacíos, a sus propias taras; a esos recursos insospechados, milagrosos, que encuentran los mudos en su desesperación por hacerse entender; a esa fuerza que saca la flaqueza de su misma flaqueza; a esos caminos solitarios, de ningún sabio conocidos, por donde la ignorancia, alumbrándose con la linterna sorda de la sagacidad, llega tarde, sí, pero llega, al fin que persigue, al punto preciso que quiera alcanzar... ¡en el cual punto, acaso, le aguarda la posteridad, para decirle: tú eres el genio!

Si de la suma de todos esos esfuerzos, si de las puntas aceradas de esa legión de cinceles, de púas y de garfios, si de aquellos millones de almas que hay en cada alma y de aquellos millones de siglos que hay en cada minuto, la imagen se corporiza, la obra surge palpitante de vida, derramando imperio, sobresalto, asombro, consternación, magnetismo dominador, — aunque no tan bella como la soñada, — el hombre que la hizo habrá sido un hombre con todo lo que se necesita para serlo. El artista habrá triunfado, se habrá revelado, habrá nacido en aquella hora psicológica, sin más condición que la de ser hombre; y aquella obra, defectuosa y todo, será una obra maestra, *un capo di lavoro,* nada más que por ser la obra de un hombre; y sancionará reglas estéticas, pautas y modelos clásicos para lo sucesivo, de generación en generación, de siglo en siglo, como los frescos de Miguel Angel que fueron hechos, — lo sabe todo el universo, —

por aquel mismo tan sencillo, tan primitivo como espantoso procedimiento.

He dicho mal: establecer reglas, sean ellas las que sean, no es una victoria digna del genio y por lo tanto no podría ser su oficio. Debí decir y digo: a ese cúmulo de cosas personalísimas, a esa urbe monstruosa de bellezas únicas y de fealdades, también únicas, enlazadas entre sí como los árboles retorcidos de una selva, peregrinarán a lo largo del tiempo, los secundarios, los èstenuados, los entecos, los vacíos, los estetas de las cuatro puntas del mundo, a triangular superficies, a tomar medidas, a sacar moldes. Y fracasarán los pobrecillos; pues lo que hizo Sansón con la quijada de un asno, no lo realizará cualquier tonto, ni con la misma quijada, ni con las cien quijadas de una recua.

Los hombres que producen tales obras destruyen con ellas las pragmáticas establecidas, la cocina de todas las artes, el recetario de todas las profesiones liberales, con enojo de los técnicos, los escolásticos, los académicos y los críticos grandes y pequeños, que guardan silencio y se muerden sus lenguas, temerosos de las muchedumbres presentes y futuras que se mofarían de sus críticas y censuras, como se mofan y se mofarán por siempre jamás. de los consabidos burgueses comentarios de Moratín a la estupenda teatrología de Shakespeare. Y por una intuición soberana de lo que debe ser, después de echarlo todo a rodar como quien abre la mano llena de viento para que el viento se lo lleve, no mueven los labios ni una sola vez, para establecer una sola regla. Si alguno lo ha hecho, ha hecho una imbecilidad.

Por lo mismo que las obras de arte suponen tanta

voluntad, tanta vida acumulada en un solo punto, tantos siglos reducidos a dos o tres instantes de sublimidad, tanto dolor quintaesenciado, una suma tan enorme de condiciones personales permanentes y momentáneas, para producirlas, — el arte es una cosa, tiene que ser una cosa bien secundaria cuando se trata de hacerlo.

Lo mismo que la explicación de las funciones del cerebro, del estómago, de los órganos de la generación, que el estudio de la anatomía y la osteología humanas, que el conocimiento de los nervios, las venas, las arterias, los tendones y los músculos, son absolutamente innecesarios y hasta contraproducente, para la perfecta engendración y concepción de un hijo robusto, — así, también, para hacer belleza, — si esa belleza está por algún modo dentro del que pretende hacerla, — las reglas, las teorías y las facultades, las academias y los maestros que las codifican y las enseñan, son perjudiciales a la gestación y el parto de hijos mentales sanos, bellos y característicos. Donde entran las reglas, desaparece la espontaneidad; donde la espontaneidad desaparece, se ahoga la personalidad; donde no hay personalidad, impera el modelo; donde impera el modelo, la fantasía pliega sus alas, la belleza interior empalidece y llora, como una linda mujer cuando la comparan con otra mujer.

Lo primero es la selva, lo segundo es el león, lo tercero es el rugido; esto es: lo primero es el hecho, la persona, la cosa emocionante; lo segundo es el hombre, no el autómata, que experimenta la emoción; lo tercero es la gran voz, no el chillido ratonesco, que ha de lanzar a los vientos aquel hombre. Y todo esto junto, la obra más hermosa de Dios, llena de las imperfecciones y los vacíos que encuentran los estetas en todas las obras de Dios.

XV

He amontonado las anteriores generalizaciones, los lugares comunes que acaban de leerse, — saliéndome neciamente de mi oficio, que no es, precisamente el de maestro de procedimientos literarios, — para establecer, una vez por todas y por razones de orden más alto que mi repulsión por esas materias, que donde no hay objeto emotivo y hombre capaz de sentir emociones, que donde no hay hechos que hablen y almas que entiendan ese lenguaje, no puede haber escritor o artista posible, ni obra digna, por lo menos, de un rápido vistazo, por más esfuerzos que se acumulen, por más reglas que se practiquen, por más nobles modelos que se consulten. En definitiva: si no hay persona a quien vestir y sastre que sepa y quiera vestirla, los terciopelos y los figurines no hacen falta.

Porque un badulaque cualquiera se ponga a bordar primorosidades en el aire con un pincho de sujetar sombreros, y a meter las narices en el diccionario de la lengua y en los viejos tomos de los clásicos tantas veces como se le ocurra, no vamos a entender, por eso, que aquel badulaque es un genio y que los tesoros del pensamiento humano han doblado su volumen con las acumulaciones cerebrales de aquel mequetrefe.

La manera más cómoda, la única manera de ocultar la escasez económica o cerebral, — sin recluirse en su casa o guardando silencio, — es ese recurso del relumbrón y la meticulosidad en el escribir o el vestir, añadién-

dole, como coronación, como etiqueta, el gesto olímpico, el ademán protector mental o físico.

Como esos empleados públicos, de doscientos, de trescientos pesos mensuales de sueldo, que llevan aparentemente una vida, si no de príncipes, de gente acomodada, por lo menos, — todo a fuerza de secretos sacrificios, todo a costa de vil ingenio, de miserables supercherías, — así los literatos de la referencia.

Y aquí es oportuno y viene de perlas, decir públicamente como hacen los tales, la cocinita de sus picardías literarias. No es una suposición: los he visto cocinar en mi propia casa y podría señalarlos con el dedo.

Cogen un libro, una revista, un diario, un papel impreso, no importa cual, aunque sea un aviso de píldoras; y a medida que atentamente van leyendo van apuntando en una hoja de papel, en el margen del libro o del diario, en el puño de la camisa, aquellas palabras que mejor les suenan. Cuando han recogido diez o doce, corren al diccionario y ansiosamente se enteran de lo que las tales palabras quieren significar. Entonces, signifiquen ellas lo que signifiquen, se ponen a *laborar* su sonetito, sus cuartetitas, sus pariaditos, con una estolidez, con una desvergüenza, con un cinismo que aterra.

Esta mistificación es un símbolo, un exponente: así barnizando rápida, ligeramente, la noche anterior, su profunda ignorancia, su astuta imbecilidad, los profesores dictan sus cátedras, los estudiantes rinden sus exámenes y hacen sus tesis, los abogados defienden sus pleitos, los médicos curan sus enfermos, los jueces dictan sus providencias y sus fallos definitivos, los miembros informantes de las comisiones parlamentarias hacen sus discursos.

Así, como nuestros infames poetastros riman las palabras que más lindamente suenan en sus oídos de pajarito.

Y lo mismo que con las palabrejas que cazan al azar como quien papa moscas, hacen con las frases, las afirmaciones, los postulados, los capítulos, los tomos enteros que caen dentro del círculo de sus garras, siempre que las obras robadas no hayan alcanzado gran circulación; y aunque la hayan alcanzado, hay algunos tan cínicos que las hurtan igualmente.

Escritos en hebreo, para ellos, el gran libro de la naturaleza, la gran biblia de la vida, — cuyas páginas leen los otros mientras ellos escuchan como analfabetos, — cuando no tienen algo impreso que deletrear, no encuentran, asimismo, nada nuevo qué decir. Podría asegurarse de su destino, sin exagerar, que si todos los días se quemase un libro en el mundo, todos los días irían doblegándose hacia la tierra, insensible, paulatinamente, hasta salir caminando en cuatro patas el día mismo que se redujera a cenizas el último libro.

Son parásitos: viven de la sabia ajena, del alma ajena, de los contragolpes cerebrales o emotivos de su prójimo.

Con este vergonzante y vergonzoso método del corazón prestado, del alma prestada, de las ideas y los sentimientos adquiridos en la librería, nada más que en la librería, no es humanamente posible que la literatura argentina asuma jamás una fisonomía, un perfil, un matiz propios, ni es razonable esperar que se nos respete en el mundo, siquiera sea por nuestros errores, — como se respeta a cualquier mala bestia del zoológico, — por la simple razón de que ni nuestros errores son nuestros.

La vida egregia, las finalidades supremas, el plano astral, diré así, de las cosas, de los acontecimientos humanos, a ellos no les impresiona, no les origina orientaciones ideales hacia rumbo ninguno. Peligre lo que peligre, caiga lo que caiga, ellos están, ellos dormitan en la penumbra anestésica, en el egoismo villano de las alimañas para quienes la catástrofe no tiene sentido.

Como a los griegos sometidos a la dominación romana nada les interesaba el destino final del imperio, a estos griegos de pega sin historia que contar, no les inmuta, no les inmutará nunca ni este ni ningún otro cataclismo. Menos aún que a los médicos, los filósofos, los retóricos, los pedantes, los modistos griegos del tiempo de Nerón; porque los esclavos aquellos, dentro de su abyecta condición de tales, hacían su vengador trabajo de corrupción cívica y social, a fin de precipitar el hundimiento del poderoso imperio de que eran siervos vilísimos, mediante la depravación de las virtudes clásicas de sus amos.

Estos retóricos, gramáticos, sofistas y estetas nuestros, inferiores, en todo a los griegos aquellos, no abrigan propósitos de ningún género. No son ni buenos ni malos: son impermeables. No descendieron, no cayeron de ninguna cumbre histórica: nacieron caídos. No son la flor marchita de una civilización estenuada: constituyen el exponente de una civilización que nunca ha sido. Para ellos, ni la justicia, ni la libertad, ni el imperio del derecho, ni la civilización del Cristo, valdrán nunca lo que una palabreja exótica, lo que una rima novedosa.

Y así es: para componer y limar versitos como para pulirse las uñas,—la libertad, el derecho, la justicia, la ci-

vilización, serán siempre tan inútiles como los esplendores de la naturaleza para un ciego de nacimiento. Esas ruines orfebrerías se refugian en su propia ruindad, que es el taller donde se fabrican; están en ellas mismas como en una torre blindada; yacen tan abajo de lo malo y de lo bueno, de lo justo y de lo injusto, que es como si resplandecieran más arriba del sol: nada les alcanza.

Por otra parte: la misión de semejantes intelectuales, literatos, artistas, profesores, periodistas, etc.—sobre la tierra que pisan y en el ambiente donde, sin saber cómo, prosperan lo mismo que los hongos y las trufas, se reduce a bien poca cosa: a pensar malamente lo que otros ya pensaron bien; a referir sucesos que otros ya refirieron con arte exquisito; a cabalgar su inspiración sobre Pegasos ajenos; a bailar al son que tocan. Para una vida así, de implícito sometimiento a la voluntad extraña,—puesto que todo modelo es el dueño y señor de quien lo copia,—no es menester otra libertad que la que determinan los amos, otro derecho que el que sancionan los amos, otra justicia que la que se dignan administrar los amos, otra civilización que aquella maldita donde la belleza está por arriba de todo, donde los poetas y los artistas gozan el privilegio de sus personales depravaciones, donde juntamente con las montañas de oro que cobran por sus trabajos, reciben en sus nalgas y sus jorobas el latigazo, medio familiar, medio despreciativo, con que los tiranos de todos los tiempos despiden a sus podencos y saludan a sus bufones.

Y ahí están aguardando. Como esas pobres mujeres que pertenecen al hombre que mejores puños ostenta y más eficazmente los maneja, se han quedado sentaditos

junto a su velador haciendo *crochet,* mientras la fuerza y el derecho libran su contienda final. Serán del que triunfe.

XVI

Este libro es la voz de un hombre; y la voz de los hombres, de los realmente masculinos, es incapaz de los gorgoritos de las tiples.

Como un libro de Sarmiento, como una página de Alberdi,—guardando las distancias,—está escrito al correr de la pluma, al compás de los acontecimientos; sin más retórica que la que usan diariamente los que están acostumbrados a improvisar en la cátedra, en la tribuna popular, desde su asiento de la cámara, desde su mesa de periodistas; y sin otra musa inspiradora que el derecho y la justicia,—que son la más alta conquista de la humanidad, el único progreso que justifica la vida colectiva,—puestos en peligro por una filosofía diabólica y un César enloquecido.

No es un modelo y es un gran ejemplo. Esto es: no es un modelo literario, un dechado primoroso de términos bien ajustados como las relucientes piedrecillas de un mosaico veneciano; pero es un gesto que nos honra, una acción ejemplar que invita a los hombres a producir otras, también ejemplares.

Está escrito al son de las conversaciones de una "cabrionera" como un suelto de diario, atropelladamente compuesto como una improvisación parlamentaria, pintado a trazos rápidos, no todos eficaces, como una en-

trada de sol tomada del natural en lo que va de un minuto al otro minuto.

Ese ha de ser su defecto para los yeseros y marmolistas literarios, para los que hacen collares de palabras como una mujer hilos de perlas falsas; palabras y perlas que nunca serán perlas. Empero, por esa misma precipitación ha resultado tan apropósito, tan lógico, tan natural, como un grito de horror en presencia de lo horresco, como la voz de Dios interrogando a Caín desde las nubes. Un suelto de Láinez, un apunte de Joaquín de Vedia, una réplica de Piñero, una rápida mancha de Quirós, no serían ni menos meditados ni más espontáneos. No palpita en sus páginas el alma estéril del pálido esteta enamorado de la belleza en sí misma; no anda por ellas, apretando puntadas, el espíritu prolijo de un sastre de señoras. Se labró a la disparada como quien corta y cose para vestir a un desnudo. Allí no persiguió la línea, no se plegaron rasos, no se abullonaron tules, no se remataron cuidadosamente los interiores con agujas hadaicas. Se hizo en él lo que se pudo, se recogieron los primeros argumentos que se tuvieron a mano, se les empapó en indignación y se echaron a rodar por el mundo.

Lo constituyen cuarenta y tantos artículos redactados todas las tardes cerca de "El Diario", a medida que las atrocidades germanas se producían y el cable intercontinental las iba refiriendo. No está hecho para deleitar a nadie; es la protesta que precipitadamente se redacta, faz a faz de los abusos de un poderoso cualquiera.

Un espíritu que no entiende, que no puede, que no quiere, que no querrá nunca entender que haya belleza, ni en lo puerco,ni en lo estúpido,ni en lo feroz, por más

reflectores fantásticos con que los iluminen; un distinguido universitario que se niega rotundamente a consentir, aunque lo establezcan todas las universidades de la tierra, que el derecho, la justicia y la fraternidad humana no sean otra cosa que las fútiles hojas de papel dorado que la fuerza bestial, como una hiena de buen humor, se digna entrelazar a sus recias crines ensangrentadas, al día siguiente de la victoria; un hombre de bien, un corazón bien puesto, en toda la profunda significación de la frase, oyó los primeros horripilantes pasos de la conflagración actual, y, después de condenar el crimen de la guerra, en cálidas frases y acompañándose de Alberdi, se puso a golpear con la masa de su indignación sobre la cabeza de aquel que, desde hace medio siglo, se ha venido preparando para la perpetración del crimen ese.

Claro está que su enardecimiento no pudo llevarlo a maltratar indistintamente a todos y cada uno de los beligerantes con un criterio de agente de policía interviniendo en las diarias refriegas de una casa de mala reputación, o como quien soluciona a pedradas y jarros de agua una pelea de mastines enfurecidos.

Ni el doctor Barroetaveña es un pacifista demente, ni esta guerra puede ser comparada con una reyerta de casa *non santa* o con una conflagración de canes de la vecindad, sin deprimir al mundo entero más de lo que está.

Todo el mundo sabe que el alma sanguinaria de Atila ha despertado de su letargo de siglos, como una fiera ancestral, como un fósil antidiluviano que bajase redivivo de su pedestal del museo y se largase por entre la muchedumbre repartiendo zarpazos y dentelladas; el mundo entero entiende que hay que reducir de algún mo-

do al monstruo ese y devolverlo a su inmovilidad de cosa inerte, a su pedestal de cliptodonte petrificado, representante de los siglos pretéritos, en que la fuerza bruta era tan monstruosa como las formas mismas de la vida; y a todo el mundo le arrancaría una carcajada homérica, en mitad mismo del espanto, que un doctor Albarracín cualquiera, invocando su condición de protector de toda clase de bestias, se opusiera a la reducción de aquel vestiglo por medios que no fuesen los persuasivos, los maternales, los cuasi evangélicos con que una buena mujer arrea sus pollos. La cuestión que actualmente ha caído sobre el tapete de la conciencia del siglo, es esa y no otra.

De un lado el imperio Austro-Húngaro, con su soberano casi centenario, taciturno, fanático, impenetrable y cruel como solamente los viejos saben serlo; con una familia imperial sumida en la crápula y el crimen; con unas archiduquesas dignas, casi todas, del Buen Pastor y unos archiduques merecedores, algunos, de la pena de muerte por fraticidas; con una baja nobleza, diremos así, de masagistas, maestros de baile o equitación, arbitristas, *souteneurs*, y tahures fulleros; con el pontífice de la religión católica prisionero del veto imperial, como un padre achacoso y venido a menos pudiera estarlo de su propio hijo; con la horca por símbolo de autoridad y la fanatización religiosa como recurso de precipitación de las razas en un solo espíritu, en una sola orientación de los espíritus; con las garras constantemente puestas sobre algo ajeno y, cuando no las garras, la intención diplomática y la boca de los cañones. Del mismo lado el Imperio alemán, con su emperador lleno de atavismos, de herencias

malsanas, de degeneraciones y de lacras: atávicamente atrabiliario como el rey de Prusia que apellidaron "el sargento" y como él enamorado de los hombres gigantescos y musculosamente bien dotados; atávicamente desleal, felón, militarista, filosofastro, literatoide y cínico como su otro antepasado, hijo del "rey sargento", a quien distingue la historia con el sobrenombre de "rey filósofo"; amigo fraternal y decidido de aquel príncipe que procesaron los tribunales de Berlín, por las mismas sinrazones que motivaron la celeste fulminación de las dos ciudades bíblicas que no hay necesidad de nombrar aquí; canceroso como su ilustre padre; mutilado de nacimiento como un monstruo de feria; adherido a los chapeados y disfraces decorativos, como esos mancebos de peluquería que sueñan todo el año con el traje de conde que lucirán, tiesos o en silencio, a lo largo de los corsos carnavalescos; mistificador desvergonzado, como todos los mistificadores, y tan bruto y cerrado de intelecto como para no sospechar siquiera que sus mistificaciones, buenas para hace mil trescientos años, no encajan en el alma humana actual, sino como encajan los disparates en una reunión de gente discreta; simulador de parentescos fabulosos que se dice descendiente de Atila y que, como aquel rey bárbaro, supersticioso y sanguinario, atribuye sus crímenes al dedo de Dios que le señala los caminos; con un gesto amenazante que no es el de Augusto, que no es el de Napoleón, que ni siquiera es el de Molke o el de Bismarck, sino el gesto de un mal cómico, de un cobardón arrabalesco que, de puro miedo, pretende poner miedo al vacío y canta y silba fuerte en la soledad y la sombra de la noche; con un alma tan atravesada, tan llena de imagi-

naciones espantables, tan asombrosamente infernal que ni el alma de un inquisidor, que ni el cerebro mismo de Torquemada; y con un hijo mayor libidinoso, borracho, medio imbécil e iracundo y brutal como un primogénito feudal del medioevo, que se mete con las botas hasta las rodillas, las espuelas calzadas, el sable arrastrando sobre las baldosas, en el hemiciclo del parlamento y apostrofa y amenaza, desde su situal, a los diputados de la oposición, como pudiera amenazar y apostrofar a sus palafreneros, a los adiestrados de su jauría, a los empresarios de sus noches; el Imperio Alemán, se me permitirá repetir, con sus sabios que se ríen de la piedad como pudiera reirse del honor una prostituta ebria; con sus generales estrategas, que entienden por estrategia la devastación, el exterminio, el pánico, el horror trágico que despierta la presencia de sus ejércitos, de su soldadesca, de sus oficiales,—todos ellos, condes y marqueses, todos ellos alcoholistas, ladrones y sádicos,—en los países que invaden, en las ciudades que asuelan, cubren de deshonor y enferman de sífilis; con sus generales tácticos que usan como recurso táctico el amontonamiento hecatómbico, horresco, insensato, estúpido, suicida, de sus batallones, de sus brigadas, de sus cuerpos de ejércitos, faz a faz de los cañones y las ametralladoras del enemigo; con unos sacerdotes tan crueles y de una mentalidad tan estrecha, tan local, tan inhumana como la de los levitas del tiempo de Araón, el hermano de Moisés, que predican el exterminio, la crucifixión de todo lo que no sea alemán; porque según ellos todo lo que no es alemán es sucio, contaminado, peligroso como la carne de puerco, ascoso y enfermador como una mujer dentro de su mes, maldito de Dios

y condenado al fuego eterno; y porque Alemania, yo no sé por cual novísima resolución de la Divina Providencia, debe estar, debe resplandecer, debe pesar como el casco herrado de una bestia, sobre las espaldas del mundo; con un concepto estatal del organismo interno y del desarrollo externo del imperio, que tiene por seno centrípeto y centrífugo nada más que al ejército, a donde todo debe converger y de donde todo,—los hombres, las instituciones, los códigos, las ideas, las religiones, las artes, las industrias, el comercio, las ciencias, la literatura,—tiene que salir sumiso, sanguinario, indigno, abofeteado como sus conscriptos y hediendo a soldadesca como los muros de sus cuarteles; como un pueblo hipnotizado como un enorme *medium* colectivo a quien un Mesmer coronado, un Mesmer galoneado, un Mesmer doctorado y un Mesmer tonsurado, después de corromperlo, después de hundirlo en catalepsia diabólica, le hubiesen inducido al asesinato, al ultraje, a la mutilación y profanación de los niños, a la violación de familias enteras, al incendio, al saqueo, a la piratería, al sacrilegio, a la destrucción de todo lo existente, a la supresión absoluta, categórica, para siempre jamás, de todo derecho, de toda teoría, de toda abstracción, de toda concretación plástica de la verdad, de la belleza, de la vida humana, que no tenga detrás de sí un millón de ametralladoras, o, por lo menos una bomba explosiva, un estileto, un frasco de ácido prúsico en las manos.

Todo eso de un lado. Del otro lado no ya la Francia, no ya la Inglaterra, no ya la heroica Bélgica, la santa Rusia, la trágica Servia, la histórica Italia, el valeroso, diminuto Portugal, sino el derecho, la justicia, la humanidad; sino la soberanía, la independencia, la libertad, las

costumbres, ,las idiosincracias de los pequeños estados, tanto más apegados a todo eso cuanto más pequeños, y tanto más pequeños cuanto más ardorosos y heroicos; sino el derecho natural de ser como se ha nacido, de estar donde se ha nacido, de gobernar la tierra en que se ha nacido, de pensar según el ambiente donde se ha nacido, de poner en el acervo del humano progreso, la molécula de hombre con que se ha nacido; sino por último, la página del Evangelio donde está escrito: "amarás a tu prójimo como a tí mismo; tratarás al hombre como quisieras que te tratasen a tí"; sentencia de amor, síntesis de conducta en que hemos involucrado hasta las bestias de la tierra, hasta los peces del mar, hasta los pájaros del cielo.

Esa es la cuestión que está en el tapete y no los claveles de Andalucía, ni las entradas del sol, ni los zapatitos de la novia modelados y perfumados por sus diminutos piecesitos.

El doctor Barroetaveña tiene ese mérito: no ha rehusado su bolilla, no ha hurtado el cuerpo a las circunstancias.

Almafuerte.

La Plata, Abril de 1916.

I

El crimen de la guerra [1]

El mundo civilizado está lleno de estupor y de angustias frente a la onda roja de muerte y de exterminio que amenaza hundir en pavorosa catástrofe la civilización europea.

La consternación que produce la amenaza de estos horrores se aumenta cuando se reflexiona acerca del origen y de los promotores de las calamidades que van a desarrollarse sobre el foco más intenso de la cultura humana, la Europa occidental. La causa aparente es la raza a que pertenecía el ciudadano austro-húngaro que asesinó a los príncipes de Austria: ¡es eslavo! Luego hay que llevar la guerra a Servia (eslava), donde parece que hay cómplices del crimen de Sarajevo, sino se somete a un ultimatum humillante! Por causa análoga

(1) Este artículo, como los estudios siguientes reunidos en volúmen, fueron publicados en *"El Diario"* de Buenos Aires, en las fechas indicadas al pie, y todos bajo firma. Seguía las faces de la guerra europea en las mejores fuentes, llenas de infoımación, de *"La Prensa"* y de *"La Nación"*, como también en las publicaciones oficiales de Paris, Londres, Berlin, Viena, San Petersburgo y Bruselas.

Francia debió declarar la guerra a Italia, pues Santos Caserio asesinó al presidente Carnot; Austria misma debió cañonear a Italia (su aliada), porque Lucheni asesinó a la emperatriz enferma en Suiza; España debió guerrear con Italia porque Angiolillo asesinó a Cánovas del Castillo; etc.

Los promotores de esta catástrofe bélica son: un anciano de 84 años, con un pie en la tumba, católico ultramontano fervoroso, que se golpea el pecho, reza y comulga con profundo misticismo, recibiendo la consigna del Vaticano y de Berlín; y el fastuoso kaiser, que se enorgullece de ser el *Deus ex machina* de la guerra moderna, del imperialismo amenazador, que se siente llegar a viejo sin haber mostrado al mundo destellos napoleónicos, después de propagar con el hecho, en veinticinco años, como el mejor gobierno, la militarización abrumadora, la absoluta obediencia, y la absorción de la vida de un pueblo, en el culto a los cañones, a los acorazados y a la brutalidad pretoriana. Aquella impotencia senil y este orgullo insensato, desatan sobre la Europa civilizada la destrucción, las carnicerías humanas en proporciones nunca vistas, en guerra injusta e inmotivada, fingiendo cubrirse con la máscara de *servidores de la paz, obligados* a desenvainar sus espadas de Atila y de Gengiskan, en defensa del *honor nacional* y de *agresiones* imaginarias.

En medio del horror que empujan esos dos emperadores y de un episodio de la defensa rusa, surgen detalles cómicos y farsaicos, destinados a enfurecer la carne de cañón, el soldado ignorante y supersticioso. Francisco José, en solemnísimo ceremonial católico, impetra la ayu-

da de Dios para que dé el triunfo a sus huestes y extermine a servios y rusos (cristianos cismáticos); Guillermo manda a su pueblo, en peroración oratoria, que se arrodille y pida al Dios que acuerde el triunfo a sus ejércitos luteranos y extermine a los enemigos rusos y franceses (cristianos ortodoxos y católicos), comulgando él y toda la familia imperial, para propiciarse el auxilio exterminador de la divinidad. Nicolás, antes de ponerse al frente de sus millones de soldados, impetrará también del mismo Dios cristiano, que fortalezca a sus cosacos y extermine a los enemigos católicos y protestantes. Y estos ruegos para la matanza y el exterminio, en proporciones que aterran, son formulados por los emperadores de trescientos millones de cristianos; y van dirigidos al Dios de mansedumbre, de justicia, de perdón y de olvido, que proclama el amor como el vínculo humano más poderoso, aconsejando amar hasta al enemigo, al morir en la cruz de afrenta!

¿Qué decir de los pueblos fanatizados por la guerra, que hoy se prosternan en rogativas de esterminio, que se meten de cabeza en los templos para hacerlas más eficaces; y que mañana, cantando himnos patrióticos, se harán masacrar en los campos de batalla?

Este moderno culto terrible a Saturno ¿no recuerda la bajeza y la estupidez humana, que cubría el suelo de sacrificados para que los aplastara la divinidad que conducía al carro de Jugernaut en pueblos primitivos? ¡Y pensar que de allí han salido Kant, Goethe, Wagner, Kock, Behering, Mechnicoff, Momsen y tantos sabios y artistas geniales! ¡Qué lento es el progreso de los pueblos! ¿Qué diría el mundo si esos ejércitos colosales, llevados

inícuamente a las carnicerías, se sublevaran; si ajusticiaran a sus majestades y volvieran a sus ciudades, a la paz, a las familias y al trabajo, cantando himnos evangélicos al amor y a la fraternidad humana, a la instrucción de los pueblos y a la felicidad universal? Pero no; estaremos condenados a presenciar nuevas explosiones de barbarie, que como las que destruyeron el Imperio Romano, también proceden del Norte y del Asia! Han cambiado de nombre, pero serán más destructoras que en tiempo de los Vándalos!

En cuanto al trabajo de ese Dios omnipotente y omnisciente para decretar el auxilio y la exterminación de grandes masas de sus más fervientes feligreses en la tierra; y sobre las clasificaciones de ultratumba de los millones de almas sacrificadas por su mandato, — son problemas de subida dificultad escolástica, que corresponde solucionar a los jesuítas y a las universidades alemanas. Me parece que se trata de un problema diabólico para los prestigios de la divinidad misericordiosa; y hasta dudo de la buena fe con que se le plantea en las maniobras belicosas, pues el místico kaiser, que ordena pedir de rodillas el concurso de Dios, debe considerarlo muy problemático, cuando manda 400.000 soldados a la frontera del Este con 3.000 baterías de cañones; y 300.000 hombres a la frontera del Oeste con 2.000 baterías Krupp! A Dios rogando y con el mazo dando, enseña el fanatismo español!

Si las guerras injustas constituyen una barbarie y una abominación; si representan la quiebra de la cultura científica, religiosa, política, jurídica e internacional, — de que tanto se envanece nuestra época; si esta guerra

devastadora que va a desatarse sobre Europa, acusa la indigencia de estadistas de vuelo en países tan adelantados, la desautorización del arbitraje, de los congresos de la paz y de la justicia internacional, que se aclamaban con farsaica solemnidad hace poco, — conviene proclamar bien alto que se va a perpetrar conscientemente el *crimen de la guerra,* abominado por Alberdi y por hombres y pueblos amantes de la justicia y del derecho, — sabiendo que las soluciones de la fuerza bruta, que las victorias del cañón que saquea, desgarra territorios y humilla al vencido, son efímeras, estériles y terriblemente vengadoras, a plazos más o menos largos...

Si no bastaran para demostrar esta verdad los mismos estragos de la guerra, hoy centuplicados con las aplicaciones científicas, sobre la superficie terrestre, bajo los mares y en los aires; los centenares, los millones de cadáveres que sembrarán el fusil y el cañón en los campos de batalla, y los varios millones de huérfanos, viudas y madres hundidas en la miseria y en la ruina, — si todo no fuera suficiente para odiar las guerras injustas, contemplemos el ejemplo elocuentísimo de la última guerra franco-alemana:

Después de sacrificios cruentos de vidas y destrucción en terribles batallas, — el vencedor, abusando del derecho de Breno, creyó enriquecerse, abrumar a Francia con 5.000.000.000 de francos, humillarla con el desgarramiento de dos provincias, y sobreponer un imperio militar amenazante, a la resurrección de la democracia aplastada. Y al fin ¿qué ha logrado el soberbio vencedor? Sembrar odios, rencores y anhelos de venganzas inextinguibles; provocar la paz armada que sofoca los

pueblos; mantener un *statu quo* formidable y frágil a la vez, pues si amenaza con la fuerza, concita resistencias y enemistades enconadas; y todo para concluir, a los cuarenta y cuatro años de tantos sacrificios, riesgos y peligros, por desatar sobre el mundo civilizado los estragos de choques bélicos por mar, por tierra y por los aires, sin precedentes!

Los estadistas culpables que conducen los pueblos a crisis tan horribles, carecen de ciencia, de justicia, de previsión, de patriotismo y de humanidad; y debe caer inexorablemente sobre ellos el menosprecio del mundo civilizado.

Es deplorable el atraso mental de semejantes estadistas, y las explosiones de furor guerrero que se observan en los diversos países con erupción exterminadora. La instrucción popular, el sentimiento de justicia, del derecho y la humanidad; la propaganda socialista y la participación de la democracia en los grandes asuntos de gobierno, — todavía están incipientes, en embrión, para conjurar las grandes iniquidades, como esta guerra europea que se inicia. Y no solo entristece el atraso de los pueblos y el furor para concurrir al exterminio de masas de prójimos inocentes, — sino que el cuadro, deforme de suyo, todavía aparece manchado con el asesinato del apóstol de la paz, de Jean Jaurés, por un fanático católico.

El crimen de esta guerra dilatará sus estragos a todas partes, en angustias morales por las escenas de barbarie, científicamente intensificadas, que vamos a presenciar, y en perjuicios reales al comercio, a la riqueza y a las comunicaciones internacionales. América, la Ar-

gentina y todos los pueblos, sienten ya colazos formidables del terrible "entretenimiento" a que se entregan sus majestades Francisco José y Guillermo Segundo, con una precipitación y furor de *ultimatum* inusitados, sin duda para impedir mediaciones humanitarias y justicieras de potencias neutrales, que como la de Estados Unidos, ya había pacificado el Asia en medio de otra guerra colosal.

Decepcionados por esta crisis de civilización, de derecho, de justicia internacional, y aun de sentimentalismo religioso, — no queda más que esperar mayor cultura científica y moral en la clase gobernante, mayor instrucción y poder del pueblo, y más influencia de política exterior en las repúblicas de América, saneadas de sus defectos y robustecidas en su poder. Así podrá asentarse el derecho de gentes, en bases sólidas, y curarnos de la asfixiante paz armada, de los asaltos internacionales y del crimen de las guerras injustas, como la que cubrirá de cadáveres y de estragos la Europa del siglo XX.

Esperemos el porvenir, si no con optimismo, con reflexivo convencimiento de un progreso científico, moral y jurídico más acentuado en el mundo.

3 de Agosto de 1914.

II

El sueño del Kaiser

¡La dominación universal!

Al apreciar el formidable conflicto bélico europeo, conviene distinguir los pueblos y los jefes de naciones como asimismo las peculiaridades de éstos, pues muy bien puede suceder que las tendencias, genialidades y hasta las ambiciones y estravagancias de los monarcas, impriman demasiado el sello personal de su idiosincracia, en grave detrimento de los intereses y conveniencias nacionales.

Es, fuera de duda, que entre todos los monarcas reinantes, Guillermo II se destaca por muchos conceptos, siendo los más acentuados, la actividad y un talento general amplísimo, que abarca desde la táctica terrestre y naval (favorita), hasta especialidades artísticas, como oratoria, pintura, música, arqueología, liturgia y conocimientos industriales, legislativos, históricos, etc. A tan complejas aptitudes, une la afición ambulatoria que lo lleva de un lado a otro en cada estación, ya visitando las Cortes europeas, en jiras lejanas, a Constantinopla o Jerusalén, ya en cruceros por los mares del Báltico, del

Norte, Mediterráneo o Adriático; sin contar sus inspecciones frecuentes y hasta por sorpresa, a las plazas fuertes, acantonamientos militares, puertos marítimos de sus escuadras, fábricas de corazas, cañones y fusiles.

Es el emperador más activo y consagrado al gobierno de su país, fomentando todas las manifestaciones de actividad y de progreso nacional; sea el comercio terrestre y marítimo, las industrias, las artes, las ciencias, la asistencia pública, los seguros obreros, las grandes construcciones de obras y líneas férreas; en toda actividad alemana aparece el kaiser, ya fomentándola, ya combatiéndola; pero jamás está ausente de cuanto pasa en su imperio.

No hay inauguración ruidosa o imponente, ni fiesta universitaria o gimnástica, que no sea presidida por el emperador, entre ovasiones de su pueblo; y, generalmente, pronuncia discursos de buen corte literario, pero comprometedores de las relaciones diplomáticas y de la armonía internacional, por exabruptos guerreros y autoritarios, al extremo de que el parlamento ha debido imponerle continencia oratoria.

La Alemania adora a su kaiser y se presta dócilmente a todas sus tendencias y genialidades, desde hace un cuarto de siglo. Todos los partidos, el liberal, el agrario, el católico, el conservador y aún radicales y socialistas, hasta ahora se han prestado a todas sus grandes empresas, salvo algunas protestas de Bebel y otros audaces, que dominaba una mayoría disciplinada del Reichstag.

Debido al prestigio inmenso del emperador, a la pasividad del pueblo, y a la destreza para fomentar el engrandecimiento, la riqueza y el poderío alemán, ha im-

plantado un imperialismo anacrónico interno y exterior, en país de tanta cultura; y llevado al máximo de autoridad, su influencia militar avasalladora. Ha sido Guillermo II el factor principal del engrandecimiento germánico, por la cohesión y la obediencia pretoriana, por la superposición de la espada, a todo elemento influyente. Bajo su cetro, Alemania se ha convertido en un inmenso cuartel, y en un ejército de sesenta millones de habitantes, o mejor dicho, de soldados, que dirige en todo momento, marcialmente, su kaiser y pontífice adorado.

Las más grandes fábricas del mundo para cañones, fusiles, buques de guerra, están allá, como también los núcleos de maestros militares para adiestrar los ejércitos extranjeros y las escuelas de guerra de países lejanos; así como sus regimientos y batallones, enseñan también admirablemente el arte de matar al género humano, así como el reverso de la medalla de otros profesores alemanes, sabios en bacteriología, química y clínicas, benefactores de las ciencias y de la humanidad, con sus maravillosos descubrimientos. Pero todo este mundo de actividades, progresos y grandezas alemanas, se mueven bajo la condición *sine qua non,* de consentir, ayudar y respetar como algo sagrado, divino, providencial, el imperio militar absoluto de Guillermo II, a estilo de Luis XIV o de Federico el Grande.

La organización militar vigorosa de Alemania, tal vez ha sido una necesidad desde las humillaciones, contribución de guerra y despojo territorial que impuso a Francia en 1870; pero el kaiser actual ha sistematizado la militarización de su pueblo al grado máximo, y extendido por todo el mundo la afición a los armamentos exa-

gerados, y al militarismo dominante, superpuesto brutal y desdeñosamente a toda organización y cultura civil. Ha invertido los polos de la vida nacional, dando primacía a la organización armada para la guerra (que es la excepción), sobre la vida civil industrial y de cultura pacífica, que es lo normal. Y esta anormalidad peligrosa, aun con un jefe de talento, ha generado pretorianismos oscuros y sanguinarios, como también inmoralidades de negocios sobre armamentos, en más de un país americano, asiático y europeo, donde se ha imitado como monos al kaiser de Germania.

Reconociendo, pues, todo lo bueno que haya auspiciado y hecho Guillermo II a su pueblo, como también las cualidades apreciables de sus compatriotas, para el trabajo, la cultura, el espíritu de empresa y el hábito de orden y disciplina, — se debe proclamar como anacrónico y funesto, su militarismo absorbente y dominador, de donde han dimanado para el resto del mundo los armamentos colosales; primero, calculados para refrenar cualquier tentativa de *revanche* francesa; después para aventuras coloniales lejanas, que como la expansión de sus industrias y comercio, requerían escuadra de guerra protectora. La paz armada que arruina y sofoca a las naciones, se debe en gran parte a iniciativas del kaiser alemán, y la carrera vertiginosa y costosísima de acorazados y cruceros, ha sido impuesta por los programas amenazadores del mismo emperador.

Un monarca normal, cualesquiera de los reinantes en Europa, en lugar de Guillermo II, habría formado una escuadra respetable, defensiva y ofensiva, sin los naturales recelos que inspiraba el programa de extraordina-

nias proporciones que realizaba el kaiser, con el almirante von Tirpitz y las contribuciones enormes que le votaba el Reischtag, contra la protesta de los socialistas.

Pero el monarca excepcional, se lanzó a crear una marina de guerra formidable, compuesta de varias escuadras de grandes y poderosos barcos de combate, con el jactancioso propósito de eclipsar el podería marítimo de Inglaterra, sobrepasando ya en mucho a las escuadras de Francia, Rusia, Austria, Italia, Japón y Estados Unidos. Dueño de un ejército enorme y reputado de lo mejor, con escuadra poderosa, dentro de pocos años igual o superior a la inglesa, — la triple alianza, robustecida desde muchos años atrás, — le garantizaba las empresas guerreras más arriesgadas, para reprimir la expansión panslavista rusa, las reivindicaciones y venganzas francesas y la supremacía de Inglaterra en los mares.

Dueño de un inmenso poder militar sobre un pueblo pasivo y resignado a proporcionarle enormes tributos para la paz armada, — ha explotado las debilidades seniles del monarca vecino, para provocar guerras injustas contra Servia, Rusia y Francia, Bélgica e Inglaterra, — rápidas y con ultimatums teatrales, lanzándose de cuerpo entero a una lucha armada colosal, donde juega su corona, el prestigio y la integridad de su país, — en la cual será aplastado por mar y por tierra, entre ríos de sangre, derramada por su ambición insensata.

El absolutismo pretoriano que le tolera Alemania, ha perturbado sus aspiraciones, forjándole la perspectiva tentadora del dominio universal, que acariciaron en tiempos bien diversos y con éxitos precarios los grandes capitanes de la historia. ¿Por qué el kaiser tan arrogante y

flamígero no alcanzaría un poderío geográfico como Alejandro, como César, como Augusto, Carlo Magno o Napoleón I? Si éstos llegaron a tanta celebridad, fué debido a muchos factores que no concurren ahora; a su genio y al prestigio casi sobrenatural de su valor en grandes campañas militares, en batallas y empresas políticas memorables. Pero el kaiser alemán, no ha dirigido más que simulacros militares, ni olido más pólvora que la de maniobras de puro aparato, y de salvas en honor de su majestad olímpica, entre ovaciones de su pueblo resignado. La sombra de los grandes capitanes, el sueño de la gloria histórica, han precipitado esta conflagración terrible de Europa, han perturbado las ambiciones del emperador Guillermo, lanzándolo con su país en un salto mortal, contra potencias abrumadoras.

El kaiser habrá realizado grandes obras y múltiples progresos para Alemania; pero su pretorianismo, y el sueño ambicioso de dominación universal, deparará catástrofes y tiempos sombríos a su pueblo, que harán olvidar lo bueno, y maldecirlo como funesto hasta remotas generaciones. Al fin, la gloria de los militares de genio, cuando no sirven a la libertad o defensa de los pueblos, constituye un azote; y aun de Bonaparte se ha dicho que sirvió para conducir la Francia de los *derechos del hombre,* por una avenida de laureles, a la restauración omino-de los Borbones!

Es inútil que Guillermo II se esfuerce por aparecer el pacificador de Europa; pues él y su pueblo han sido los agentes y proveedores de la guerra en todas partes; y su política de fuerza, de presión y amenaza constante, ha constituído una pesadilla bélica para todos los pueblos.

¿Qué sería de este kaiser vencedor en la guerra actual, provocada con audacia temeraria? ¿Quién soportaría su egemonía mundial, ahora que hay muchas naciones poderosas? De seguro se abriría una era de guerras interminables.

La Inglaterra ha mantenido cerca de un siglo la supremacía de los mares y realizado conquistas territoriales para bien del género humano, pues donde flota su bandera, florecen la civilización, la justicia, el derecho y la libertad, permitiendo también la aparición de nuevas potencias navales como Estados Unidos, Japón, Italia y la misma Alemania; hasta fomenta directamente nuevas flotas como en España y Portugal, Argentina, Brasil y Chile. ¿Permitiría el kaiser germano, si venciera, el poder naval de las demás naciones? Felizmente la cooperación británica, el poderío de Francia y de Rusia, como el plausible dominio de sí mismo y sereno equilibrio de Italia, — aseguran un ocaso sangriento a la insensata ambición de hegemonía universal de Guillermo II. ¡Que así sea y pronto para bien de la humanidad y de la civilización!

El kaiser tendrá que resignarse al aciago destino de una estruendosa catástrofe originada por su propia temeridad. ¡Adiós los delirios de cesarista mundial! ¡No poder dar alguna batalla frente a las Pirámides, previa alocución brillante! ¡No abrevar su caballo de guerra en el Indus! ¡No dirigir al Reichstag un parte de victoria en tres palabras, o mejor aún, mandarle una *bota* para que presida sus sesiones, como Carlos XII! ¡No extender su imperio a toda Europa, Norte de Africa y Asia Occidental! ¡No amasar el feudalismo para constituir el primer

gran imperio europeo salido de la barbarie! ¡No pasear su marcialidad a través de mares y montañas! ¡No poder ubicar un hijo en cada trono de las monarquías europeas! ¡No fomentar, después del dominio universal, las letras, las ciencias y las artes, con el deleite del Fausto de su Goethe, para que la remota posteridad aclamara el "Siglo de Guillermo"! Todos esos sueños se desvanecerán ante los resplandores y la sangre de la *débâcle,* que tal vez le depare el suplicio del genio de la dominación universal europea, en peñón solitario y lejano, después de haber incendiado y ensangrentado al mundo con guerras criminales...

6 de Agosto.

III

Las naciones beligerantes

Vinculaciones argentinas

Frente a la formidable conflagración europea, nuestra República debe distinguir bien los países con quienes cultivamos buena y tradicional amistad, nuestro deber supremo de neutrales, y los gobiernos de las naciones en guerra, como también los orígenes del conflicto, y si es guerra justa o defensiva, ya injusta, agresiva, de amenazante hegemonía o de dominación general.

Desde luego se trata de grandes potencias ligadas a la Argentina por vínculos tradicionales de leal amistad, con varias de las cuales intimó relaciones estrechas desde los albores de la independencia, aprovechando su influencia libertadora, de cultura y de civilización, bajo muchos conceptos y épocas diversas; ya cooperando con hombres, dinero, armas y apoyo diplomático en nuestra lucha homérica; ya interviniendo, cuando la ruda tiranía, en ayuda de la libertad, sin mancharse con exigencias territoriales ni de indemnización.

Empezando por Francia, cuya influencia emancipa-

dora comienza con las luces de la filosofía del siglo XVIII, la revolución de 1789 y el *Contrato Social* de Rousseau, traducido por Mariano Moreno, para disipar las tinieblas del absolutismo colonial, — nos encontramos con la Gran Bretaña, que al brindarnos el campo de maniobras viriles de las invasiones inglesas, con la victoria efímera, primero, y luego con la propaganda tesonera de los hijos de la *Carta Magna,* oponiendo el derecho y la libertad a la sumisión absolutista de los Borbones, mientras fueron nuestros prisioneros,—nos infundieron bríos revolucionarios, que en 1810 agitaron gloriosamente la colonia; y la nueva nación aprovechó del tesoro inglés para desplegar su acción eficiente en América, como contó también con el apoyo internacional eficasísimo del gran Jorge Canning, que con Monroe, nos aseguraron personería en el derecho de gentes.

Más tarde, cuando la guerra civil y los extremos de la dictadura buscaron el apoyo de Francia y de Inglaterra, se sintió en el Plata la intromisión internacional de esas potencias amigas, más que el gobierno opresivo, de la libertad, del orden y de la justicia, que estaban eclipsados. En 1852, cuando otra intromisión extranjera cooperó a derrocar la tiranía y a organizar un gobierno regular, se pactó con Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Prusia e Italia, la libre navegación de nuestros ríos interiores, la libertad de comercio y la igualdad recíproca de impuestos y derechos. Abiertos al contacto del mundo nuestros ríos, el comercio, la inmigración de hombres y capitales, y todo nuestro vasto escenario al concurso internacional civilizado, — en vez de la clausura colonial,— con esas naciones europeas y con la gran hermana anglo-

sajona del Norte, — se multiplicaron los vínculos más fraternales, estrechos y provechosos.

El concurso de anglos, francos, germanos e itálicos al desenvolvimiento argentino fué eficaz, múltiple y dilatado, en la guerra y en la paz, en campañas de emancipación y en el desarrollo industrial. El viejo Brown fué el heroico almirante de la Independencia, como Cockhrane lo había sido de Chile; y Brandzen nos dejó una página de gloria en la carga brillante de caballería de Ituzaingó, contra la infantería alemana, al servicio de la monarquía del Brasil. Garibaldi, Rauch, Schuster, Chenau, Stegman, el barón Holmberg, Murature, Latzina, Bagman, Fotheringham, Levalle y otros tantos esforzados hijos de esos grandes países amigos, han servido lealmente a la defensa armada de la Argentina; cómo asimismo los sabios Jaques, Mussy, Peyret, Bravar, Groussac, Speluzzi, Rosetti, Lorentz, Seekam (discípulo de Liebiz), Bruland, Berg, Weelright, Batman, Howar, etc., han contribuído grandemente a nuestra cultura y obras públicas.

Después de 1852, aumentó mucho la corriente inmigratoria de hombres y capitales de las principales naciones europeas a nuestro país, y tanto a ello, más a ello, que al esfuerzo criollo, se deben nuestros progresos, sorprendentes en el último medio siglo. La cooperación de tantos extranjeros en la Argentina, presenta dos fenómenos dignos de remarcar: la persistencia en conservar la ciudadanía de origen, a pesar de las facilidades para naturalizarse, y la corrección diplomática de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, España, Bélgica, Austria y Rusia, — para no pretender jamás, ni aspiraciones de dominación territorial, ni sumisiones depresivas. Al

contrario, no solo han respetado nuestra nacionalidad y robustecido los mejores vínculos, sino que nos han prestado señalados servicios en momentos difíciles, y arbitrajes memorables, — siempre con elevación y desinterés. Naturalmente, hemos correspondido dignamente a tan buenas amistades; y cuando nuestros hermanos mayores los yankees, al expresarnos finos amores, nos creían divorciar de esas vinculaciones europeas, les dijimos con reconocida firmeza que el panamericanismo, no podía borrar nunca el siglo de cordialidades europeas, que mantendríamos por gratitud y por conveniencias notorias.

Conocidos son esos vínculos preciosos, frecuentes y estrechos de la Argentina con la Europa, hoy conflagrada por una neurosis guerrera fatal y desastrosa. Alemania nos provee de armamentos, maquinarias, manufacturas, maestros para nuestra escuela de guerra, aprendizaje de jefes y oficiales en su ejército, reputado de lo mejor, — profesores civiles, bancos, industriales, colonos, comerciantes de gran giro, empréstitos y un intercambio valioso de intereses comerciales, científicos y artísticos. Inglaterra es nuestro gran mercado de capitales, importaciones y exportaciones; nuestro proveedor de buques de guerra, carbón, maquinarias, reproductores para refinar nuestras haciendas, alta banca para nuestros empréstitos, transportador de nuestras cosechas, como también los buques alemanes, italianos y franceses. Francia influye grandemente en todo lo argentino, desde la enseñanza, la literatura, las ciencias, sirviéndonos con toda eficacia sus institutos técnicos, sus maestros, sus libros, sus capitales, artistas, industriales, inmigrantes, astilleros, comercio, mercado de lanas, intercambio de libros, pro-

fesores y hasta propaganda de prensa, que trasciende y se difunde de un país a otro, desde la cátedra, el libro y el diario.

Las analogías de raza y de idiosincracia, hasta de las respectivas capitales, mantienen vínculos estrechísimos, al punto de conmovernos la Marsellesa y los derechos del hombre y del ciudadano, como creaciones propias; no así el himno alemán, que se impone como un redoble de tambores, que precede a la descarga, en vez de los bellos acordes de Rouger de Lisle. Con Italia nos unen múltiples vínculos carísimos, por similitud de liberalismo, intercambio comercial y de servicios que nunca se olvidan; mientras que España a pesar de las explicables discordancias de la América liberal y progresista, comparada con sus tradiciones clericales y militaristas, — al fin es la madre patria, que se quiere por la sangre y por gratitud. Nada más hay que decir, porque no es seguro que estos dos países sean beligerantes — aunque el terrible kaiser alemán descarga sobre cualquier nación europea, sin decir *agua va,* un *ultimatum* y luego la declaración de guerra, tras la cual se lanzan sus hulanos de la muerte, con una calavera pintada arriba de los ojos!

Tales son nuestros vínculos estrechos, cordiales y valiosos con las grandes potencias beligerantes, siendo menores con Austria, con Rusia y con Bélgica, aunque regulares y provechosas nuestras relaciones con todas ellas. Conviene acentuar nuestro comercio de lanas con Bélgica, los sevicios que nos suele prestar su famosa escuela de guerra (donde se formó Riccheri), y la influencia que ejercen en nuestra escuela de derecho y en el foro, sus célebres penalistas, romanistas y el gran Laurent, historiador y jurisconsulto notable y erudito.

Vinculada, pues, la Argentina tan estrecha, antigua y provechosamente a todas esas naciones beligerantes, que acostumbramos contemplar como focos brillantes de civilización, no podemos menos que deplorar hoy con profundo dolor, el caos de muerte, de exterminio y de barbarie, en que las precipita el vendaval guerrero que ha desencadenado el emperador Guillermo II, por ambiciones temerarias de hegemonía napoleónica sobre el mundo. Al lado de esta emoción dolorosa, por humanidad y por estima a todas las naciones beligerantes, no debemos esquivar nuestro juicio severo contra los estadistas que han precipitado la catástrofe, ni nuestras simpatías para con los pueblos agredidos, viejas y queridas amigas Francia, Inglaterra, Italia, Bélgica y tal vez Suiza y España. Reputamos injusta la guerra que les lleva el kaiser germano, y hacemos votos por la victoria de los agredidos. Pero nuestras manifestaciones de protesta por *el crimen de la guerra,* nuestro sentimiento universal por los desastres de la conflagración, nuestras simpatías por las naciones atacadas, — no deben exceder los límites que impone la cultura de neutrales, cuidando mucho de no mortificar el sentimiento patrio de alemanes, franceses, ingleses, belgas, etc., con manifestaciones inconvenientes o molestas.

Por otra parte, los germanos tienen que resignarse a nuestra predilección por Francia e Inglaterra; nos hemos acostumbrado a ver en ellas la justicia, la libertad, la paz, sociedades civiles, mientras que Alemania, sobre su Wagnes, Goethe, Kock y Savigny, sobre sus virtudes, universidades y opulencia industrial, — su perspectiva es un vasto arsenal de máquinas exterminadoras; y su brillante

kaiser, prende fuego al mundo, fría, premeditamente, y por ello, nos parece antipático, odioso!

Todos los criollos, como los grupos de extranjeros, debemos esforzarnos en la tolerancia y en el respeto del derecho, del entusiasmo y del dolor ajeno; y la autoridad debe imponer con toda energía esta norma de conducta y de cordura.

Las proporciones colosales de la guerra, hacen presumir desastres y horrores sin precedentes en la historia del mundo; pero esa misma faz augura corta duración, como ocurre con los grandes azotes de la naturaleza, tornados y terremotos.

Casi a los cien años de las guerras napoleónicas, para sacudir el yugo de una hegemonía o dominación universal, — también cabe a la Gran Bretaña el esfuerzo heheroico, el honor y la gloria de encabezar ahora esta gigantesca resistencia, para conjurar el renacimiento de aquel azote desplazado de París a Berlín... que espera su Waterloo... con el complemento de Santa Elena!

¡Rule, Britannia! defensora de la civilización, de la justicia, de la libertad y de las nacionalidades! *Allons enfants* hijos de la Francia revolucionaria, de *los derechos del hombre,* de la escarapela tricolor, que han dado la vuelta al mundo, a despecho de los déspotas nacionales y extranjeros!

8 de Agosto.

IV

El crimen de esta guerra

La fragilidad de nuestra civilización

Al estupor que produjo en un principio la conflagración bélica europea, ha seguido una trepidación casi universal y en todos los órdenes de la vida: el comercio, la navegación, los cambios, la moneda, el crédito bancario, los términos comerciales, la exportación, la importación, el derecho internacional y el movimiento general de hombres, cosas y comunicaciones. Todas las relaciones de los pueblos civilizados, la evolución de las industrias, los intereses morales y materiales se encuentran entorpecidos, en suspenso o en crisis; sin contar las amargas meditaciones de filósofos, pacifistas e intelectuales, que no vuelven de su asombro al contemplar al mundo presa de extremecimientos dantescos, donde se están jugando los destinos de la civilización y de la humanidad.

Cada vez va apareciendo más horrible y gigantesca la guerra europea; y ante los trastornos ya producidos y las hecatombes próximas, no encuentro algo comparable sino en la escena extraordinaria de Hamlet con la madre, cuando al contestarle sobre la "acción" anunciada con

voz de trueno, para aterrarla, le explica que se trata de: *"una acción madre capaz de inflamar en la ira la faz del Cielo, y de trastornar con desorden horrible, esta sólida y artificiosa máquina del mundo, como si se acercara su fin temido"...*

Ya anuncia el telégrafo, que un millón de soldados alemanes está frente a otro millón de belgas, franceses y británicos, en Bélgica; otro medio millón de germanos frente a igual suma de franceses sobre la línea de la frontera; un millón de rusos sobre Austria, próximo a suma equivalente de austriacos; otro millón de rusos se acerca a la frontera alemana, donde le saldrán al encuentro centenares de miles de alemanes; sin contar el ejército servio, y los millones de reservistas que van cubriendo las segundas y terceras líneas de defensas y fortificaciones.

Todos esos ejércitos colosales, armados con las armas de mayor alcance y poder destructivo que ha inventado el ingenio humano; con baterías de cañones de repetición, como relámpagos, — de sitio, con proyectiles formidables y explosivos, para sembrar la muerte y enormes destrozos en ciudades, fortalezas y bastiones.

En los mares se aprestan a combates nunca vistos, que enrojecerán las ondas y sembrarán el espanto y el exterminio, los cetáceos colosales, llamados dreadnoughts, hostigados, a pesar de sus moles destructoras, por submarinos, torpederas como flechas y aeroplanos alados, con terribles explosivos: los combates navales, en los mares del Norte, Báltico, Mediterráneo y Adriático, están a punto de ensordecer en todos los ámbitos, con sus estruendos, y de echarse a pique las mayores unidades de guerra posibles; como se esperan ya las enormes carnice-

rías de las batallas campales, en breves días, quizá, cuando circule este artículo. ¡Qué horrores! ¿No estamos en vísperas de los trastornos formidables que anunciaba en su locura el príncipe de Dinamarca?

¿Y por qué causas semejante cataclismo, que ya ha enrojecido con sangre de inocentes varias comarcas de Europa? El canciller de Alemania, lo acaba de expresar en un mensaje a Estados Unidos: se trata de una guerra a muerte entre el pangermanismo contra el panslavismo, que representa media Asia, semibárbara. El kaiser, que ha provocado la guerra, se proclama *príncipe de la paz,* pero *arrastrado a su pesar,* a *defender el honor y la dignidad alemana,* que quieren *humillar* sus enemigos: y es él quien provoca y precipita la guerra, tan injustamente, que ni siquiera produce el *casus foederis* de la triple alianza, que excluye las provocaciones injustas; y que permite a Italia, decorosamente, dentro de sus compromisos internacionales, permanecer neutral, ante la empresa de Austria sobre los Balcanes y ante las temerarias aventuras de conquistas de Alemania contra eslavos y franceses.

Esta temeridad de propósitos de la belicosa Germania, no es una improvisación, sino que aparece fría y matemáticamente calculada desde hace años; y se la encuentra en obras del estado mayor alemán y en los libros de estrategia de sus autoridades militares, como acaba de comprobarlo el coronel Martín Rodríguez en *La Nación.*

El plan preconcebido del kaiser y de su estado mayor, es abalanzarse con empuje felino sobre el norte de Francia, a través de Bélgica, que supusieron tolerante en su brutal vanidad; dominar a Paris; barrer a metrallazos

los ejércitos y plazas fuertes de Francia; y, aun cuando Inglaterra batiera la armada de Germania, — imponer una paz continental con enormes contribuciones, desgarrando las provincias del norte de Francia, anexándola a Bélgica y a parte de Holanda, — con cuyo ensanche llegarían los dominios del kaiser hasta el paso de Calais, frente a la soberbia Albión!

Con esta feroz simplicidad, *Deutcheslandia*, habría trazado con la espada un "hermoso" ensanche territorial; y los escritores militares sintetizan de esta manera los triunfos militares de Alemania: la guerra de Sadowa, eclipsó al Austria y exaltó a Prusia; la guerra francoalemana, proclamó el Imperio germánico con la hegemonía de Prusia; fundó un gran tesoro de guerras y una confederación de estados sometidos; la guerra con Francia, Rusia e Inglaterra, dará un triunfo mundial a Germania; y, dentro de poco, dominará los mares, como también será el árbitro militar con sus ejércitos en toda la Europa! ¿Cómo acudir al arbitraje? De ahí las mentiras disimuladoras, los *ultimatums* y las hostilidades inmediatas...

Para este programa deslumbrante, el kaiser cuenta con la unanimidad de su pueblo: universidades, parlamento, juventud, socialismo, agrarios, pastores evangélicos, conservadores, radicales, católicos, fanáticos protestantes, jesuítas, anarquistas, hombres, mujeres, clases ricas y pobres; todo el mundo, el parlamento por unanimidad, aclama y adora al kaiser, que presenta a la ambición alemana, perspectivas tan fantásticas y deslumbradoras para cercano porvenir. La voluntad del emperador es ley sagrada, con más obediencia depresiva de la dignidad humana, que la humillación cesarista, ante los monstruos

del Imperio Romano; entonces se proclamó la fórmula: *"Quidquid principi placuit, leges habent vigorem"*.

¡No se levanta un solo hombre a protestar contra la neurosis guerrera para la dominación universal, que hundirá a la Germania entre ríos de sangre, o la exaltará triunfante entre los odios, maldiciones y alzamientos del mundo entero!

Cuando la historia enseña las locuras monstruosas o ridículas de Nerón, de Calígula y de Caracala, — se encuentran sujetos típicos de manicomio, con extravagancias comunes de los desequilibrados; pero lo que asombra es que semejantes personajes fueran dueños del mundo, y que los pueblos secundaran o tolerasen esas manifestaciones horribles del despotismo. Muy lejos de comparar a los monarcas de la guerra actual, ni al temerario provocador, con aquellos monstruos de la antigüedad; y creo haber hecho justicia a las aptitudes, grandes servicios y austeridad de vida del excéntrico kaiser; pero la injusticia, la iniquidad con que incendia la guerra más grande y destructora que registrará la historia; la sumisión, la complicidad, el soplo de bélico entusiasmo con que lo acompaña la unanimidad de una nación culta de 65 millones de habitantes; el pretexto torpe para semejante temeridad, — de no poder soportar más tiempo la paz armada y el anhelo de conquistas marciales,—tales enormidades convencen de que nuestra decantada civilización, conserva gérmenes perversos, ferocidades agazapadas, y atrasos rudimentarios, aun en los pueblos de apariencias brillantes. ¡Se trata de una crisis de civilización!

Ciertos episodios de la guerra, perfilan características de las dos razas en lucha: el pueblo de Bayardo, ve

caer a un oficial alemán al frente de una guerrilla y después de violar el territorio; se suspende el combate, y se inhuma el cadáver del enemigo con los honores militares correspondientes a su grado. El pueblo y la soldadesca de Berlín prenden fuego a la legación británica, se exige el flete del tren a M. Cambon, revólver en mano, y ultrajan brutalmente al ministro de Rusia y a las nobles damas de la embajada, cuando se alejan de la capital germana, con el salvo conducto del kaiser! ¿A qué horrores llegaremos en los campos debatalla?... Guillermo desprecia a Francia, y solo admira y envidia dos cosas: la autoridad y las dragonadas de Luis XIV, y las glorias de Bonaparte, que le quitan el sueño!

Estoy muy lejos de formular estas críticas por puro sentimentalismo, por ser adverso a la organización militar de las naciones, ni por pacifismo, aversión a la guerra y simpatía al arbitraje. Comprendo bien que los pueblos como los individuos deben tener aptitud para la lucha y virilidad para defender el país, la libertad y su independencia, con destreza y con eficacia; que las naciones deben tener ejércitos y escuadras proporcionadas a sus finanzas y necesidades, con los mejores elementos bien instruídos. Pero de estas necesidades de orden público, a la militarización enfermiza y a la paz armada agresiva y camorrera internacional, hay gran distancia, que permite condenar como un crimen de lesa humanidad, la guerra actual, que ensangrienta la Europa y que trastorna al mundo entero.

Es por demás deplorable la fragilidad de la civilización contemporánea, que permite conflagraciones tan mortíferas y vastas, por la ineptitud de los estadistas, por la neurosis de dominio universal, o por odios malsanos, sa-

crificando despiadadamente los más caros elementos e intereses de las naciones; los millones de vidas que serán segadas por la metralla; la orfandad y la miseria que cubrirá de duelo y de penas otros tantos hogares; la prosperidad sofocada, en derrumbe o destruída con saña; las industrias abandonadas o en plena crisis; la instrucción pública suspendida, cediendo su obra a la barbarie destructora; las ciudades entregadas al bombardeo, a matanzas y a explosiones, rasantes y de los aires; las familias enlutadas o en constante zozobra; los campos entregados al pillaje o a fechorías de vencedores y vencidos; el comercio marítimo y terrestre suspendido o expuesto a las depredaciones de corsarios y fallos de las presas; en fin, invertido el mundo civilizado, pacífico, trabajador y feliz, — en todos los horrores de una guerra sin cuartel, *a muerte,* como dice el canciller Guillermo II!

Debemos convenir que faltan sólidas columnas a nuestra civilización; y frenos de humanidad y de cultura, que impidan estas hecatombes sanguinarias y exterminadoras. ¿Nos aproximaremos a la crisis final de los despotismos marciales, sean ellas monarquías o democracias? ¿Daremos más intervención a la justicia, al derecho y al arbitraje general y obligatorio en las relaciones internacionales? ¿Se reducirán los armamentos excesivos y provocadores de guerras injustas?

Después del presente cataclismo, lo veremos...

17 de Agosto.

V

Atentado contra Bélgica

La historia de las guerras y de la política internacional, seguramente no registra ningún caso, siquiera aproximado, a la manera inicua y atentatoria de la presente invasión vandálica de Alemania a Bélgica.

Por más que la filosofía alemana concilie ideas divergentes y armonice el materialismo grosero con las nebulosidades del ideal, — parece difícil salvar la autoridad moral del kaiser, con la declaración inmediata de su canciller y la cruzada de sangre y exterminio acometida contra Bélgica.

En su arenga al parlamento alemán el 4 del corriente, Guillermo II, para inflamarlo en el sagrado furor de la guerra que había declarado, expresó que *el pueblo va a la lucha con la conciencia limpia y el ánimo sereno.*

El discurso del canciller, que habla en seguida al parlamento y al kaiser, declara abiertamente que Alemania, al invadir la Bélgica y el Luxemburgo, *ha violado el derecho internacional,* atropello que se excusa con la suposición de que Francia los invadiría, y que se espera atenuar con la promesa de no anexar territorio, después de

logrado el éxito militar propuesto, de atacar traicioneramente a Francia.

Pero es que hay algo mucho más grave que la cínica confesión de *violar el derecho internacional,* formulada con tanta solemnidad, y ello consiste en que la invasión de la Bélgica por Alemania a mano armada y llevando el exterminio con sus fusiles, lanzas y cañones, constituye la violación más flagrante, la infidencia más inicua de la fe pública empeñada por esa misma Alemania, en tratado solemne con Francia, Inglaterra, Rusia, y Austria, de garantizar *la neutralidad de Bélgica* en todas las guerras europeas.

Como se ve, para los planes guerreros del kaiser, para sus ambiciones de hegemonía universal o de rivalizar con Inglaterra en el dominio de los mares, no hay escrúpulo ni consideración que lo detenga, aun cuando precipite a su país, la civilización y el mundo, en una terrible conflagración, invocando los pretextos más fútiles y la farsa de su pacifismo, violando el derecho internacional y la fe pública comprometida con su firma, de la manera más solemne, en tratado de las cinco grandes potencias de Europa. Por semejante atentado, se puede calcular el derecho de gentes, la fe pública en los tratados, y la moral política del kaiser, si triunfara y dominase la Europa!

¿Por qué ese desplante tan cínico y brutal, sobre la justicia, el derecho de gentes y la fe pública, sin la que no existe derecho internacional?... *¡Quia nominor leo!...* Es decir, porque es la fiera más fuerte de la selva, el león de Numidia o el tigre de Hircania, cuya fuerza muscular, cuya mandíbula armada de terribles defensas, cuyas garras formidables para el zarpazo, — no encuentran riva-

les en el reino zoológico, y aseguran el triunfo de su ferocidad!

El furor guerrero y el audaz menosprecio del derecho y de la moral con que procede el temible retoño Hohenzollern de las indomables razas bárbaras del Norte, — comprueban que los mil años de cristianismo, de universidades y de barniz instructivo y artístico, no han penetrado muy hondo en aquellas naturalezas agrestes y brutales, — asombrando al mundo con una conflagración exterminadora; saltando sobre leyes, tratados y civilización, para aterrorizar con bramidos de cañones potentes, con los millones de zarpas, de lanzas y bayonetas, fusiles de repetición, explosiones pavorosas, *ultimatums* a los países, para que se rindan, y a las ciudades para despojarlas de sus riquezas, en medio de la consternación general. ¿No parece hallarnos entre aquel cataclismo de pueblos bárbaros que destrozaron al Imperio Romano?

Los diarios europeos y argentinos han publicado estos días una fantástica y brillante profecía de Tolstoi, sobre acontecimientos extraordinarios en Europa, que desplazarían en medio de sangrienta perturbación, las influencias dirigentes de la época, casas reinantes, orden social, jurídico y humanitario. Según esa profecía, en 1913 y en este año, comenzarán esos terribles acontecimientos; y la coincidencia de esta guerra colosal, que no se puede calcular a cuantos trastornos conducirá, coloca sobre el tapete la clarovidencia, las vistas largas del genio, que si no adivina, ve indudablemente mucho más lejos que el común de los mortales.

El doctor David Peña, en carta que me estimula a proseguir escribiendo sobre los sucesos europeos, me re-

cuerda un pasaje brillante de Renan, muy parecido a la profecía de Tolstoi, que conviene conocerlo por ser oportuno e intenso: "Vendrá una contraoscilación inmensa, como del fondo del pasado, que arrancará de cuajo la civilización, como la arrancara la invasión de los bárbaros".

Si la verdadera libertad civil que se proclamó en Holanda, en Estados Unidos, en la Carta Magna y en la declaración de los derechos del hombre de 1789, — no procede de Grecia ni de Roma sino de los *bosques de la Germania,* — ya se ve que de esas selvas, de esos parques geométricos, gimnasios y universidades, surgen también, inesperadamente, ejércitos de fieras retozonas, que aterrorizan con sus bramidos, con su exterminio, y con su voracidad de alimentos, de dinero y de territorios.... *¡Quia nominor leo!*.... que sustituye al derecho, a la justicia, a Savigny, a Blunschli, a Kant, a Goethe, a Wagner. ¡Cuidado con los *bosques de la Germania!*

La invasión vandálica a Bélgica por las huestes del kaiser, es una iniquidad sin nombre en la historia diplomática y de todas las guerras. Bélgica no tenía ninguna cuestión pendiente con Alemania, ni el más leve incidente: al contrario, vivían en cordiales relaciones de vecindad; más aún, Alemania estaba obligada por tratado solemne, a defender la neutralidad de Bélgica, la misma obligación que hace entrar en guerra a la Gran Bretaña, para mantener esa neutralidad. ¿Por qué y para qué la invade el kaiser con sus ejércitos, cañonea las ciudades, arrasa las campañas, da batallas sangrientas y pretende contribuciones enormes, con el cañón al pecho? *¡Quia nominor leo!* y porque quiere combatir de flanco los ejércitos de Fran-

cia, y asaltar a París por sorpresa, en la forma desleal que denuncia al mundo el presidente Poincaré, en su admirable mensaje a la Asamblea legislativa del 4 de Agosto, sereno, altivo y brillante.

El kaiser, con la vanidad propia de su estirpe, de un Jerjes o de un Darío, intimó con despreciativo gesto olímpico a Bélgica y a su Rey, que diera vía libre a sus ejércitos para destrozar alevosamente a Francia, por donde menos pensara—por la frontera de un país amigo—perpetuamente neutral en las guerras europeas, según tratado solemne que lleva la firma de esa misma Alemania. Procede como el Gran Rey ante las republiquetas de Esparta y de Atenas: *ultimatum fulminante,* y, allá van los cañonazos, las cargas de hulanos, y las imposiciones colosales de riquezas y de dinero. Se ha enfurecido con el pueblo heroico que detiene su invasión y quebranta las huestes, que se proclamaban invencibles, y las cóleras de este Darío germano, no tienen límites, porque es voluntarioso y domina militarmente a un país de 65.000.000 de habitantes. Mientras tanto, los belgas, — como los espartanos y atenienses en las Termópilas, Maratón y Salamina, — demoran y castigan a los invasores, no obstante su inferioridad numérica y el prestigio de los famosos hulanos de la muerte.

La historia se repite, aun a través de muchos siglos; y cualquiera que sea el éxito de esta guerra, los belgas, como los soldados de Leonidas, han inmortalizado su nombre; y pueden grabar con orgullo en los fuertes de Lieja, otra leyenda imperecedera: Caminante, ve a decir a Bruselas, a Londres y a París, que aquí hemos muerto por defender la civilización y por castigar el vandalismo internacional!

Al fin, un epitafio clásico, contestaría al *derecho* del invasor: *¡Quia nominor leo!*

La iniquidad de esta guerra exterminadora a Bélgica, que le lleva el kaiser, asume caracteres más odiosos cuando se examina que el país devastado, es el más industrioso, fabril, culto, adelantado, de menor territorio, pacifista y valiente, de toda Europa. En pequeñisimo territorio, tiene 7.500.000 habitantes; en Amberes, uno de los primeros puertos comerciales del mundo, mercado de nuestras lanas y títulos de renta; sus escuelas agrícolas, normales, primarias, industriales, universidades y afamada escuela militar, han producido intensa cultura y gran progreso en fábricas e industrias; su capital es una bella metrópoli; y su defensa nacional está admirablemente organizada; pero se le viene encima el Gran Rey, con un millón de hulanos de la muerte, y se explicaría cualquier contraste del más debil, aunque inmortalice su heroismo. Bélgica neutralizada a perpetuidad, después de haber amasado con bravura legendaria sus hijos la nueva Nación que apareció en 1830, era un país esencialmente civil, trabajador y pacífico, muy distinto de las naciones guerreras, que pasan el tiempo en afilar las armas y en adiestrarse a la matanza, para caer como fieras sobre cualquier pueblo que sorprenden, para saciar enconos o despojarlos de sus bienes y de su territorio. A nadie habrá extrañado que lo dominara fácilmente el kaiser; y el asombro del heroismo belga y la lección moral que dan al mundo sus hijos, los cubre de gloria y beneficia al género humano.

Francia, es otra cosa: una gran potencia, riquísima, tan grande de territorio como Alemania, bien gobernada,

con glorias militares conquistadas en cien combates, donde venció a todas las naciones de Europa; foco de civilización expansiva y humanitaria como ninguna; aunque con un tercio menos de población que Alemania, tiene escuadra y ejército poderosos, con armamento tan bueno o mejor que el germano, y con un espíritu y empuje para el combate, legendario, que causó asombro a Julio César, al combatir con sus antepasados galos y francos. En tales condiciones, nadie puede vaticinar con certeza el éxito de las batallas, como ocurre en los duelos, donde no siempre triunfa el más vigoroso y fanfarrón, sino el más ágil, vivo, senero y rápido para el golpe decisivo, o sea el más apto para la estrategia del terreno, entre el humo, las cargas formidables y la metralla, — deporte muy distinto de un partido de ajedrez o de una batalla sobre el papel. Allá, entre la acción mortífera de masas imponentes de guerreros, surgirán los tácticos y los héroes, — en uno u otro campo, — para dar el triunfo a Francia o a Germania; pero nadie tiene segura la victoria, hasta ese momento supremo...

Mientras tanto, en nombre del derecho internacional, de la fe en los tratados, de la humanidad y de la civilización, debemos protestar contra la inícua agresión de Alemania a Bélgica, que se cubre de heroísmo y de gloria.

24 de Agosto.

VI

Resurrección de Polonia

Susceptibilidad alemana

I

Entre los escombros, charcos de sangre, y estragos múltiples que dajará esta guerra europea, provocada por los dos imperios germánicos, o mejor dicho, por el señor feudal de la raza, por el soberano del sometido en Sadowa, debilitado por la decrepitud y por la anarquía avanzada, — entre los horrores de esta conflagración y los detalles de la paz, cuando al fin triunfe la *entente* — será muy digno de regocijo universal, la resurrección de una nacionalidad sepultada hace más de un siglo, después de tres repartos de piratería internacional y de cuatro terribles alzamientos revolucionarios para reconquistar su independencia, que fueron ahogados en sangre por sus opresores. Las fechas del ominoso reparto fueron 1773, 1793 y 1795; y las sublevaciones libertadoras en 1806, 1814, 1830 y 1866.

El zar de Rusia ha prometido solemnemente la plena autonomía para toda la Polonia martirizada y legendaria,

con sus instituciones propias, su religión y su gobierno interno propio, sin más vínculo externo que una especie de protectorado semejantes al de Australia, Canadá o Sud Africa, con que Inglaterra engrandece a sus colonias, y Estados Unidos a Puerto Rico y Filipinas.

El pensamiento político del zar es habilísimo, profundo y justiciero, porque ha resonado simpáticamente en toda la Polonia desmembrada, iniciándose ya alzamientos en la parte oprimida por Austria, que, siguiendo una ley fatal de su predominio, ha sofocado con matanzas crueles, como lo hizo durante más de cien años con Italia. Esta solemne promesa, facilita las operaciones militares moscovitas en el oriente de Alemania y de Austria, donde serán recibidos los soldados de Rusia como vengadores de las represiones germanas, y como libertadores, después de tantos sufrimientos.

El proyecto es justiciero, porque a Rusia correspondía la mayor responsabilidad en aquellos repartos y castigos inexorables, y a ella se deberá la reparación de la iniquidad, imponiéndola a cañonazos a los imperios germanos, copartícipes en el salteo y en el reparto.

También es indicio de una evolución pacífica en el vasto imperio moscovita, en el sentido de las instituciones y de las libertades modernas: pues si hay duma, autonomía comunal y Polonia autónoma, forzosamente se extenderán las reformas liberales y la instrucción del pueblo a las demás provincias del vasto imperio, — conjurando las inevitables convulsiones revolucionarias y futuros *noventa y tres.*

Es de esperar que Polonia se habrá curado de las causas de malestar que la llevaron a la anarquía, corrup-

ción y licencia, que labraron su ruina y provocaron la voracidad de los vecinos. El pueblo, ignorante y en servidumbre; la nobleza, frívola y ambiciosa; el fanatismo católico, cruel y perseguidor de toda libertad de conciencia; la clase media, egoísta y presuntuosa; la asamblea legislativa, trabada con el torpe y absurdo *liberum veto;* la monarquía, electiva y venal; todo aquello formaba un conjunto abigarrado y caótico de imposible conservación, en la paz y en la guerra, oscilando entre pronunciamientos civiles e intromisiones de los tres imperios vecinos: Polonia era piedra de escándalo.

Bien; después de cien años de dura sumisión y reparto, Kosciusko, su héroe legendario, cayó herido en el campo de batalla exclamando, según se dice, el epitafio de su pueblo: *¡Finis Pollonie!*

Bien; después de cien años de dura sumisión y reparto entre tres amos crueles y adustos, — el jefe contemporáneo del imperio que entonces presidió la inmolación y que obtuvo el mayor despojo, — movido por una alta idea de reparación histórica y de rehabilitación moral para su monarquía, — lanza a todos los polacos y a la faz del mundo, la hermosa proclama de la resurrección de Polonia, de toda la Polonia, con plena autonomía, de gobierno, de cultura y de civilización.

Inglaterra, Francia, Bélgica, Japón, Italia y América, son testigos de la solemne promesa de manumisión de Polonia, que el mundo entero debe acoger como plausible acontecimiento, y cuya realización será la piedra más brillante de la corona de los Romanoff.

II

Varios señores alemanes me suponen adversario enconado de su nación, y poseído de odios y antipatías a su pueblo y gobierno, como exageradamente apasionado a favor de Inglaterra, de Francia y Bélgica. Este desagrado proviene de los artículos críticos que escribo sobre la guerra europea, especialmente del último, en que censuro con toda dureza, razón y justicia, la invasión germana a Bélgica, sometida alevosamente a todos los estragos de una guerra de conquista y depredaciones, sin derecho de gentes, a estar a las protestas fundadas del Presidente de Francia. El desagrado de los alemanes se muestra en su diario, en juicios privados y hasta en cartas que me han dirigido, llenas de indignación, si bien corteses en la forma: hasta envuelven en su malquerencia, al diario que hospeda mis artículos.

Sin embargo, no tienen razón; y yo no quiero figurar como enemigo o antipático, ni a Germania, ni a los alemanes, por más que critique duramente la guerra colosal y exterminadora que ha provocado su kaiser, injustamente y por ambiciones desatentadas de dominación universal, desconociendo su siglo, las verdaderas conveniencias de su país, y las naciones contemporáneas.

En todos los artículos me preocupo de distinguir bien a los alemanes, del imperio militar de su kaiser, que desgraciadamente gobierna sin contralor las relaciones exteriores, la paz y la guerra. El tercer artículo se titula: *Las naciones beligerantes — Vinculaciones argentinas;* y allí expongo todos los vínculos de cordialidades, simpatías

y relaciones amistosas que mantiene nuestro país con todas las naciones en guerra, sin ocultar las explicables inclinaciones a favor de Francia, Inglaterra y Bélgica, ligadas a nosotros por lazos estrechos, medio siglo antes que nuestros tratados con Prusia y Austria; y porque nuestra organización política y civil tiene más analogías con aquellas potencias y con Estados Unidos, que con el militarismo alemán. Recuerdo en ese artículo, los principales extranjeros de todas las naciones beligerantes que se han vinculado a nuestro país. al desarrollo de sus industrias y a la cultura del pueblo en los institutos científicos, como a la preparación militar de nuestro ejército, perfeccionándose muchos jefes y oficiales en los cuerpos germanos, y trayendo profesores alemanes para nuestra escuela de guerra. Nuestros fusiles y cañones proceden de allá, desdeñando a nuestra antigua amiga Francia, que los tiene tan buenos o mejores. Reconozco también en el kaiser un gran obrero de la prosperidad alemana.

Personalmente, no tengo malquerencia a ninguna nacionalidad ligada a nuestro país, y cuyos inmigrantes amasan con los criollos fraternalmente la prosperidad de la Argentina y el hermoso porvenir que le espera. He sido discípulo estimado de dos profesores notables alemanes, Mr. Seekam, de química, y Mr. Lorenz, de historia natural, y he sido maestro de historia de varios jóvenes hijos de alemanes, como Kuker, doctor Bashmann y doctor Latzina, a quienes profeso especial cariño. En mis estudios de derecho, cuando estudiante y como abogado, encontré verdadera ciencia en el gran Savigny y en Blunstchli. Conservo relaciones cordiales y correctas con muchas personas alemanas e hijos de alemanes; y hasta mi propia

esposa es nieta de alemán, del teniente coronel Guillermo Schuster. Dadas tantas vinculaciones cordiales y simpáticas con alemanes ¿por qué tendría odios a la nación alemana, a quien supongo víctima de las ambiciones guerreras de su kaiser?

Naturalmente, mi manera de criticar al imperio militar germano, que es quien ha provocado esta guerra, disuena a los que baten palmas a todas las genialidades de su emperador, pero en América no conocemos la adoración cesárea, ni tenemos leyes de majestad. La simpatía por Francia, Inglaterra y Bélgica, que no oculto, me presenta a los mismos como un enemigo de Alemania, cuando solamente soy un censor del pretorianismo que ha desnaturalizado el gobierno civil y permanente de la nación, para deslumbrarla con aparatos marciales, precipitándola en un salto mortal a la hegemonía del mundo. Observo que el kaiser y sus súbditos, abusan del odio y de las enemistades: todo el que critica o discrepa de la disciplina germana, profesa odio y es enemigo de Alemania; sin apercibirse que el peor enemigo de aquella gran nación, es el militarismo espartano y dominador, que absorbe y deforma la vida civil y la civilización, convirtiéndola en un vasto campamento y en fábricas de máquinas para matar, cuyos dos polos son: mandar y obedecer. ¿Por qué todo el mundo aparece adverso a Germania? ¿No será por qué su pretorianismo amenaza a todos?...

Los señores alemanes residentes en la Argentina, a quienes queremos mucho por sus buenas prendas y por cooperar eficazmente a nuestros progresos, — tienen que resignarse a nuestra manera libre de críticar al lucero del alba, y a nuestras simpatías por los países de la *entente*,

sobre todo, a nuestra aversión contra todo despotismo pretoriano, y contra las guerras injustas, de conquistas y depredaciones, violando la fe pública y el honor de los tratados de neutralidad... Si a estos señores les molestan mis apreciaciones sobre la guerra europea,—encontrarán compensación en la conferencia del general Uriburu, y en los juicios de nuestros militares educados en Alemania, generalmente favorables a las huestes y hasta a la causa del kaiser. Yo miro la guerra por el lado civilista, del derecho internacional, de la justicia, de la humanidad y de la civilización; los militares la aprecian como temas tácticos, y como predominio por las armas.

La guerra actual, es un desastre para todo el mundo. Nadie acierta ni coincide al atribuirle causas que la disculpen: El kaiser declara la guerra y prodiga *ultimatums,* porque observa una confabulación de odios de todos los enemigos de Alemania; y él, sacerdote de la paz, se ve forzado a desenvainar la espada para defender el honor de la patria; el canciller del imperio, confiesa que se emprende una guerra a muerte entre el pangermanismo y el panslavismo; otros atribuyen a expansión territorial europea y a tentar guerra marítima con Inglaterra, aplastando a Bélgica y desgarrando otras provincias de Francia; algunos atribuyen la guerra a la asfixia de la paz armada; otros al avance socialista amenazador; muchos dicen que la rivalidad económica con Rusia, Inglaterra y Francia, es la causa primordial que ha precipitado la catástrofe. Entre tantas hipótesis, desaparece el asesinato del príncipe Fernando; y uno se abisma cuando reflexiona que en vez de la conflagración guerrera, se debió someter a un arbitraje de nación neutral, cualquier emergencia de aquel crimen.

La guerra provocada por los imperios germanos, se transforma para ambos en pavoroso problema de ser o de no ser, desde la grandeza y poderío a que habían llegado.

¿No han acometido una empresa temeraria y odiosa? ¡La *entente* vencerá!...

29 de Agosto.

VII

Alemania y Esparta

Analogías sorprendentes

A través de 2.600 años

I

La violación de la neutralidad de Bélgica por uno de los países signatarios de tratados solemnes para proteger esa neutralidad; la agresión sangrienta, destructora y de despojo que le ha llevado Alemania, con una crueldad sólo comparable al ataque, — trastorna reglas fundamentales del derecho internacional, invierte la moral política, y coloca la simulación y el dolo, donde estaba el honor de la nación signataria.

Asombra que una perversión, jurídica y moral tan fea, sea explicada con argucias y chicanas despreciables. Los alemanes dirigentes pretenden cohonestar su conducta agresiva, difundiendo sospechas de que Francia debería haber tenido alianza secreta, defensiva y ofensiva con Bélgica para impedir el paso de los ejércitos alemanes o

para atacarlos por ahí. ¿Para qué tendrían semejante invención, si un tratado solemne de las cinco primeras potencias de Europa, entre las que figuran Prusia y Austria, garanten con su poder la perpetua neutralidad de Bélgica? El coronel Martín Rodríguez, en defensa del atentado alemán contra Bélgica, recuerda una sospecha de lord Palmerston en 1855, cuando dijo en el parlamento que temía fuera violada la neutralidad de Suiza y de Bélgica en los casos de guerra, si ello interesaba a los beligerantes. Esta sospecha de la posibilidad de un atentado por las naciones signatarias para nuestro coronel se convierte en una *doctrina* proclamada por ingleses hace medio siglo, que ahora aprovechan los alemanes. No, coronel, doctrina es un cuerpo de principios, no la falacia y el doblez contra el honor de la firma. Lo que probaría la cita, es que los ingleses comprendieron desde hace medio siglo, de lo que serían capaces los signatarios germánicos del tratado europeo, que garantiza la neutralidad de la infortunada Bélgica, hoy teatro de crímenes y horrores.

Pero este menosprecio alemán por los tratados, por el derecho y por la independencia de las naciones, cuando se interponen su interés y sus planes de dominación, — me lleva al examen comparativo de la gran potencia militar contemporánea de Moltke, con la antigua Esparta, — ya en su constitución armada rígida en todas las épocas de la vida, ya en sus relaciones internacionales con los países vecinos, al extender su hegemonía. Al hablar de la ciudad — estado de Licurgo, y de la moral de su derecho de gentes, surgen analogías que sorprenden, con el imperio agresivo, cruel y marcial de Guillermo II.

II

Los niños de Esparta, desde la primera edad, se ejercitaban en juegos de fuerza llegando hasta luchas sangrientas: los inútiles eran sacrificados. Según Plutarco, *el valor, llevado hasta la ferocidad y la astucia, son las únicas cualidades que desarrolla esta educación*. Hasta los dioses y las diosas estaban representados con una lanza en la mano.

Sabido es que el desarrollo físico, los ejercicios gimnásticos y militares, los sports violentos, y hasta el duelo, para herirse en el rostro, — se practican en Alemania desde la escuela a los cursos universitarios, de enseñanza especial y militar, — menos con el propósito del desarrollo integral del ciudadano, que con el pensamiento dominante de obtener un hombre de pelea, un militar, adiestrado desde la niñez, a los golpes brutales y a la efusión de sangre.

Sigamos con los niños de Esparta. *Criados en los ejércicios guerreros, la guerra era su vida*. El historiador alemán Heeren, agrega: "Se ha dicho que los espartanos debían desear la guerra, aunque no fuera más que para librarse del fastidio de su monótona existencia. A decir verdad, la guerra para ellos, más que una distracción, era un ideal". ¡Hasta qué punto habían invertido la sociedad civil, natural y la vida humana!

"Los hombres dan y reciben la muerte por una violencia, digámoslo así, a la naturaleza humana; para los espartanos el día del combate era un día de fiesta", según Plutarco. Platón dirige estas palabras a un espartano:

"Por vuestra institución, más que ciudadanos, son soldados acampados en una tienda".

Según Polybio, los espartanos, "tenían carácter duro y cruel; tenían la pasión de dominar y una avaricia sin límites. Miraban más descaradamente que ningún otro pueblo, lo agradable como honrado y lo útil como justo".

"Bien pronto—dice Cicerón — el derecho internacional de los espartanos se resumió en aquella célebre máxima, de que consideraban como bienes suyos todos los campos a donde podían alcanzar sus flechas". (Pangermanismo). "Pero la mancha más grande del carácter lacedemonio es la doblez". "¡Oh, los más odiosos al género humano, de todos los mortales — exclama Eurípides — habitantes de Esparta, conciliábulos de perfidias, reyes de la mentira, fabricantes de fraudes, llenos de pensamientos tortuosos, perversos y falaces, vuestra prosperidad en la Grecia ofende a la justicia! ¿Qué crimen es desconocido entre vosotros? ¿No sóis ávidos de vergonzosas ganancias? ¿No se os sorprende siempre diciendo una cosa y pensado otra?"

Esparta empañó su carácter heroico con procedimientos culpables. La doctrina antigua no reconocía ningún *deber* respecto al enemigo, porque no existía ningún *lazo de derecho* entre los pueblos.

Los espartanos eran 30.000; los ilotas 244.000; y los periecos 120.000. Sólo los primeros ejercían el mando y tenían una organización militar, esencialmente guerrera; y los demás trabajaban como esclavos, cultivaban la tierra y ejercían las industrias en provecho de los espartanos, a quienes les estaba prohibido todo trabajo industrial, que no fuera la guerra y el gobierno.

¿No hay semejanza entre el enorme ejército permanente alemán y el pueblo trabajador?

"Se le echaba en cara un perjurio a Cleomenes, y él respondió que los dioses y los hombres consideraban como justo el mal hecho al enemigo por cualquier medio que fuese". (Plutarco). "No había ningún lazo de humanidad entre los enemigos; todo lo que el vencedor se permitía era justo. En Esparta más que en cualquier otra parte, la falta de sentimientos humanos debía ser un vicio general. La educación, exclusivamente guerrera, no desarrollaba en los niños más que el valor llevado hasta la crueldad." (Pausanias).

"Semejantes instituciones debían hacer el carácter de los lacedemonios austero, duro y aun feroz. La perfidia y la inhumanidad se perpetuaron en Esparta, como todo lo que se refería a las costumbres y a las leyes. Estos defectos del carácter nacional se manifestaron en *todas las guerras;* enajenaron las simpatías de los griegos a aquella arrogante ciudad, a quien sus virtudes militares llamaban a desempeñar el papel más importante en los asuntos de la Grecia. Esparta conquistó, es verdad, la hegemonía, pero no supo más que vencer y no conservar; la ciudad doria carecía del espíritu cosmopolita que hizo de Roma la señora del mundo. Empleó sus fuerzas en hostilidades estériles. No entraremos en los detalles de estas pequeñas guerras. Una solamente ha llegado a ser célebre por la desgracia de los vencidos; la lucha de Esparta y de Mesenia nos ofrecerá el cuadro del derecho de guerra de los espartanos, — y nos conducirá a la primera hegemonía en el Peloponeso y en las guerras médicas". (Laurent).

"La guerra contra Tegeo emprendida por tedio, la

conquista sangrienta e injusta de la Mesenia, las hostilidades contra Argos, mezcladas de perfidias y crueldades, tal fué el pedestal del poder lacedemonio. El instrumento más eficaz de su grandeza no fué su justicia, sino su virtud guerrera. Este renombre de valor, debía dar la preponderancia a los espartanos en una edad en que la fuerza era el único fundamento del poder". (Plutarco).

III

"La primera guerra contra los mesenios es un testimonio irrecusable del espíritu invasor de la ciudad de Licurgo. Ya entre los antiguos, los pretextos de que se valieron los espartanos, la muerte de su rey (Fernando), el ultraje hecho a algunas jóvenes de Lacedemonia, han tenido poco crédito (como ahora); Polybio les ha hecho justicia diciendo que codiciaban las ricas campiñas de sus vecinos. El juramento por el cual se comprometieron a no deponer las armas hasta haber reunido a su territorio los campos y las ciudades de Mesenia, demuestra que el fin de Esparta no era rechazar una injuria, sino añadir a su territorio poco fértil, uno de los países más hermosos de la Grecia. Invadieron la Mesenia sin declaración alguna de guerra (como los alemanes a Bélgica).

"En los límites de los dos países había una ciudad situada sobre una elevada colina, rodeada de agua, un sitio fácil de defender; pero los habitantes estaban tan lejos de pensar en ser atacados (como en neutralidad perpetua), que las puertas estaban abiertas y no había ni un solo hombre sobre las armas; los espartanos entraron en ella

de noche y mataron a todos los mesenios que encontraron, a unos en sus lechos, a otros en los templos y al pie de los altares; pocos escaparon de la carnicería.

"Así fueron tratados los hombres libres; en cuanto al territorio, los espartanos no usaron el derecho de guerra habitual; no cortaron los árboles, no incendiaron las casas (como en Lovaina), y es que consideraban ya a Mesenia, como un dominio de Esparta.

"Esta primera lucha de la ambición contra la independencia nacional, fué larga y encarnizada; los vencidos no pedían gracia, porque a ser vencedores no la hubieran concedido. Después de una guerra de 20 años, los mesenios sucumbieron; unos se refugiaron en los pueblos vecinos; los que quedaron en sus antiguas moradas fueron tratados como ilotas. Los historiadores hablan de los mesenios como de un rebaño de esclavos, cargados de cadenas, y tratados a palos. "Las ancianos nada tenían que temer de la muerte, y los jóvenes nada que esperar de la vida". Treinta y nueve años más tarde del fin de la primera guerra, la insurrección de los vencidos dió pricipio a la segunda guerra de Mesenia, ilustrada por la figura heroica de Aristómenes. Vencida Esparta, acudió al soborno y a la traición para sojuzgar a los mesenios, sometiéndolos a la más dura servidumbre. Aprovechándose del terremoto que destruyó Esparta y de la sublevación de los ilotas, guerrearon bravamente los mesenios. "¿Había de dejar de ser la libertad una causa sagrada, porque fuese reivindicada por los ilotas? Si la antigüedad aristocrática ha condenado las sublevaciones de los esclavos, a la democracia moderna toca el saludar en ellos a sus hermanos mayores".

Hubo una tercera guerra de Mesenia, y cuando Epa-

minondas, vencedor de los espartanos los quiso humillar, llamó a los mesenios dispersos por Italia, Sicilia y países más lejanos y les hizo reconstruir la nueva Mesenia que fué la constante enemiga de Esparta, irreconciliable.

Laurent termina esta narración con el siguiente juicio sobre la Esparta militarizada: "Allí aparece Esparta como ha sido siempre después; valiente, pero opresora; y manchando su virtud guerrera, con una mezcla de perfidia y de corrupción".

IV

Siempre he reconocido en el pueblo alemán sus progresos industriales, su cultura general y el poder expansivo legítimo de su comercio y de su engrandecimiento económico; lo mismo que sus conquistas científicas, artísticas y literarias; los hábitos virtuosos del trabajo, de la perseverancia, del ahorro y de la previsión; pero todos sus progresos, toda su actividad individual y colectiva, están supeditados a un pretorianismo imperialista y conquistador, genuinamente espartano, que absorbe y deforma la vida civil y natural de las sociedades modernas, en pos de un anacronismo terrible e intolerable, cuyo final es la conflagración de sangre y exterminio en que arde ahora la Europa civilizada. Los excesos militares de Esparta, su crueldad, su menosprecio por el derecho y por la justicia, el culto a la gloria de las armas, envenenan toda la prosperidad de Alemania y empujan al caos de la guerra actual.

2 de Septiembre.

VIII

Francia y Atenas

Cultura integral

La historia, a través de los siglos, conserva los caracteres típicos de ciertas civilizaciones peculiares, fruto de idiosincracias, tradiciones, herencias, educación, influencia del medio, etc. — que se reproducen con admirable similitud, a grandes distancias geográficas y de tiempo.

La Grecia, durante cerca de mil años, estuvo oscilando entre la influencia y educación casi exclusivamente militarista y guerrera de Esparta, y la atracción de la cultura integral de Atenas, donde no se violentaba la naturaleza humana para la fuerza, la violencia y la guerra — como misión casi única de la vida de un pueblo, — sino que, a la par del desarrollo físico y educación militar, se inculcaba en el pueblo la enseñanza industrial, artística, filosófica y científica, aunque algunos conocimientos fueran incipientes todavía. Los grandes legisladores, Licurgo y Solón, imprimieron en sus ciudades, Esparta y Atenas, los caracteres típicos y perfectamente remarcados, para prevalecer, la una, por el poder guerro de las armas, y

la otra por el desarrollo armónico de una civilización más amplia, con aptitudes militares y cultura general.

Hasta en el predominio que ejercieron durante largas épocas en la Grecia, o sea en las respectivas hegemonías, se diferenciaban netamente las dos célebres ciudades metropolitanas del helenismo. Atenas, después de las guerras médicas y como consecuencia del rol brillante que le cupo afrontar, dirigida por Temístocles, Cimón, Arístides y Pericles, extendió su cultura artística y filosófica al Archipiélago y al Asia Menor; percibió tributos para la defensa general, que desvió en gran parte para embellecimiento urbano con obras maestras; mientras que la hegemonía de Esparta fué una verdadera calamidad en todas las ciudades griegas, pues apoyó militarmente a círculos oligarcas, que se imponían por la violencia, la efusión de sangre, los despojos de los bienes de los ricos y la imposición militarista más brutal, cuando la perfidia y la falsía no doblegaban las resistencias. El célebre Lisandro fué el gran caudillo de aquella militarización opresiva e infidente, que no tenía más norte que la dominación por las armas, para gozar de riquezas mal adquiridas, descansando en vasta esclavitud, duramente explotada. En lo internacional, Agesilao llevó lejos, hacia la Persia, la influencia de la hegemonía espartana, después de haberse asentado sobre la preponderancia militar y sobre una política infidente, pero el final fué un trato indigno con el Gran Rey, en que sacrificó las ciudades del Asia Menor y muchas ciudades del Archipiélago, donde sentía vacilar su influencia por las exacciones y por el yugo exclusivamente guerrero.

Mas tarde Tebas, con sus grandes caudillos Pelópidas

y Epaminondas, y Macedonia con Filipo y, especialmente, con Alejandro Magno, ejercieron la dominación en Grecia, correspondiendo a este gran capitán llevar a los confines casi desconocidos del mundo oriental, aquella cultura ateniense resplandeciente y las ideas humanitarias y expansivas del siglo de Pericles. Pero la historia de aquellas cuatro hegemonias griegas, comprueba que el militarismo espartano, que absorbe, desnaturaliza, y sólo hace guerreros de los ciudadanos, — si bien fué avasallador como fuerza bruta en los campos de batalla, para la vida común industrial y culta de las sociedades, — fué un fracaso completo, como fuerza moral, educativa y permanente de los pueblos. La influencia militarista espartana, opresora, falsa, infidente y groseramente utilitaria, fué un azote de la antigüedad griega, sin los instintos de la organización política; de la libertad, ni de ideas humanitarias; y al fin se eclipsó entre las maldiciones de pueblos tiranizados, sin legar a la posteridad más enseñanza que el genio de la guerra y de la destrucción, con fines de predominio lucrativo.

En cambio Atenas, con la cultura integral de su gran legislador Solón, con sus escuelas filosóficas, su oratoria, poesía, teatro, democracia, escultura, historiadores, escuadra y generales ciudadanos, — ha dilatado su prestigio imperecedero a través de los siglos y a todos los continentes; Alejandro llevó la cultura ateniense a los confines del Asia; Roma la difundió en occidente; y cuando el despotismo imperial, el papado y los bárbaros creían haberla exterminado, — el renacimiento operó una renovación de la vida europea, surgiendo resplandeciente la cultura ateniense, para impulsar el progreso del mundo, con ayuda

de los gérmenes fecundos que aportaban las razas del Norte.

II

En artículo anterior he puesto de relieve las analogías de Esparta con la Alemania contemporánea — en cuanto respecta a su organización guerrera y a sus ambiciones de hegemonia mundial, usando la política de fuerza utilitaria e infidente; sin moral, ni justicia, ni libertad, ni humanidad, como su modelo griego; cuya explosión belicosa actual ha originado la guerra más injusta, más formidable, destructora y sanguinaria que recuerda la historia.

Ahora, me place apuntar las similitudes entre la Francia contemporánea y aquella lejana Atenas, que brillaba entre las brumas de la antigüedad, con los tibios resplandores de la cultura artística, de la educación integral del hombre, de la vida democrática en el Agora, de sus escuelas filosóficas, de su comercio, de su opulencia, de sus grandes políticos y oradores, que le dieron renombre universal.

Contemplemos a la democracia francesa, con su medio siglo continuado de república vivida; con el siglo de oro de su literatura; con la legión inmortal de los enciclopedistas, predicando bravamente la libertad, los principios humanitarios, y el imperio de las leyes protectoras de los derechos del hombre, frente a las tiranías, al yugo religioso y a la opresión feudal; con aquella explosión sublime y gigantesca de la revolución francesa de 1789, que renovó la Europa, entre conmociones, ríos de sangre,

tiranías de masas enfurecidas y despotismo de un César, brillante como Alejandro y como el conquistador de las Galias; con la organización admirable de una gran democracia, opulenta, cultísima, científica, artística, fuerte por su culto a los principios, a la justicia y a la libertad, como por el valor impetuoso de sus hijos, por su ejército de ciudanos y por su escuadra de combate; también fuerte y prestigiosa por el poder expansivo de todos sus ideales, y por los vastos dominios coloniales en todos los continentes; influyente en el mundo por sus pensadores, sabios, literatos y artistas; por sus escuelas de reputación mundial; por su cultura amable y seductora, por sus diplomáticos habilísimos, por sus jurisconsultos afamados, por su manufactura primorosa, por sus astilleros y fábricas de cañones, acorazados y fusiles; por su finísimo trato social, elocuencia didáctica, tribunicia y parlamentaria, elevada a la cumbre más alta por Mirabeau, Vergniaud, Dantón, e innumerables cultores del arte bello de Demóstenes, para conmover, ilustrar y regir a las multitudes y a los parlamentos.

Todo eso y mucho más encierra esa Francia grandiosa, de las jornadas históricas, que si suele deprimirse en las catástrofes y en el infortunio, surge inesperadamente vigorosa, soberbia y radiante, sorprendiendo a su siglo.

Francia, como la Atenas de Pericles, está casi siempre a la altura de los acontecimientos, con notas sublimes, caballerescas y del más fino aticismo, como la contemplamos en este instante, sacudiéndose soberbiamente con el terrible monstruo germano ya sobre París; la desolación, la muerte y el incendio en el noroeste; pero

oponiendo a la formidable invasión de nuevos bárbaros, sus tres millones de soldados-ciudadanos, al lado de ingleses, belgas y rusos; Francia, París, soberbia y encantadora, que en pleno cataclismo guerrero, anuncia el telégrafo que la defienden sobre sus muros, 350.000 soldados, mil cañones de grueso calibre, sin olvidar aquel pueblo ateniense, — después del reingreso triunfal al Louvre de la Gioconda de Leonardo, — en plena tragedia, la salvación del trozo de mármol más bello que ha esculpido el cincel humano: ¡ha blindado la Venus de Milo!

III

Veamos algunos datos comparativos entre Francia y la Atenas antigua:

Laurent traza con acierto y erudición esos perfiles de similitud: "El sentimiento, el amor de la humanidad, el espíritu cosmopolita, domina en el genio francés. En la antigüedad apenas se encuentra más que un patriotismo feroz. Unicamente los atenienses poseían en algún modo lo que el mundo antiguo conocía de sentimientos humanos: la grandeza de su genio, elevándolos por encima de los estrechos límites de una ciudad, los hizo dignos de civilizar el munro. Los antiguos dieron a Atenas el bello título de Bienhechora del género humano, y le ha sido conservado". Antígono decía que Atenas resume en sí la Grecia.

"Lo que caracteriza el genio griego y, sobre todo el de Atenas, es el pensamiento, el sentimiento, la filosofía, la poesía, las artes. Los dioses se dividieron en otro tiem-

po la tierra; debemos creer con Platón que no escogieron sus residencias por capricho, sino por una conformidad entre la idea que representaban y la misión del pueblo cuyos homenajes aceptaban. Atenas correspondió a Minerva. La hija de Júpiter es el emblema del amor a las ciencias, y a las artes que distingue a la ciudad a quien dió su nombre. Las brillantes facultades de la raza ateniense no debían ser el dominio exclusivo de una pequeña república ni de una nación; los pueblos, dotados en alto grado del genio de las artes, tienen también una tendencia a extenderse hacia afuera, a entrar en comunión con la humanidad. Todas las tradiciones que los antiguos se habían complacido en imaginar respecto del pueblo de Minerva, revelándose en él un espíritu universal y un amor hacia los hombres, que le hicieron digno de preparar el reinado de la caridad y de la fraternidad".

Enseñaron los atenienses a los demás la agricultura; fundaron el derecho de asilo; concedían el agua corriente; eran piadosos; levantaron altares a la *misericordia*. Bajo el imperio romano se propuso a los atenienses que adoptaran los espectáculos de gladiadores: "Derribad, pues, antes, exclamó un filósofo, el altar que nuestros padres han erigido a la misericordia". (Pausanias). "Los atenienses se distinguían de todos los demás pueblos por la filantropía". Un gran poeta, Schiller, no se ha desdeñado de citar un rasgo de humanidad de los atenienses hacia los animales, para caracterizar el pueblo cuya legislación exponía: Después de terminada la construcción del Partenón, dieron libertad a las mulas que mejor ayudaron a los obreros en su trabajo. Una de ellas fué, según se dice, a ponerse un día por sí mismo a la cabeza de

las bestias de carga que arrastraban carros a la ciudadela, como si quisiese animarlas al trabajo; los atenienses, concediendo en algún modo a un animal los honores del Pritáneo, mandaron por un decreto que aquella mula fuese alimentada hasta su muerte a expensas del público."

Plutarco añade: "Debe acostumbrase a ser dulce y humano hacia los animales, aun cuando no sea más que para ir aprendiendo la humanidad hacia los hombres."

"Su legislación era la más humana para con los esclavos; en el comercio de la vida restablecían casi la igualdad, que desconocían con la antigüedad entera".

Ellos solos, entre los griegos, daban socorros a los ciudadanos a quienes las enfermedades corporales hacían incapaces de proveer a su subssistencia; ellos solos educaban a los niños de los que morían en la guerra. La solicitud de los atenienses se adelantó a la caridad cristiana; establecieron médicos para asistir a los ciudadanos pobres." (Plutarco). Atenas era un puerto hospitalario. "Según Demóstenes, fué invariable en su política, y esta política era la libertad de los oprimidos. Tomaba la defensa de todos los infortunios, al punto de que se le echaba en cara el aliarse siempre con los débiles; estaban siempre prontos a libertar a los pueblos: tutores de la libertad común, gastarón en interés del resto de la Grecia más hombres y más dinero que toda la Grecia por su propia causa." Se castigó como un crimen la injuria a los esclavos.

Cierro estos rasgos con una comparación sugestiva: "Para hacer una justa apreciación de la humanidad ateniense, es menester ponerla frente a la barbarie de Esparta. La diferencia entre los dos pueblos está marcada

en sus lesgiladores. Solón parece menos grande que Licurgo, porque no sale de las condiciones ordinarias de la humanidad; pero diremos con Schiller, que precisamente por esto es por lo que aventaja al legislador lacedemonio: las leyes deben ayudar al desenvolvimiento de la naturaleza humana, pero sin quebrarla ni mutilarla. El legislador filósofo no pensó jamás en hacer leyes perfectas e inmutables... Esparta no ha producido más que *guerreros,* la ciudad de Minerva dió nacimiento a *hombres,* filósofos, poetas, artistas, comerciantes, soldados en caso de necesidad".

IV

¿No se reconoce a Francia en estos rasgos típicos de Atenas? ¿No se la ve con su Aréopago de sabios, del Instituto Pasteur, de la Academia, de su Sorbona, de su Escuela de Saint Cyr, de su Parlamento, de sus artistas, de su gentil hospitalidad, de su altruísmo generoso y humanitario; brindando al mundo cuanto pueda servirle de sus institutos, de sus industrias, del valor de sus hijos para luchar por la humanidad, con la espada, con la doctrina, con el libro y con la idea? La Francia de Voltaire y del 89, es la Atenas de Pericles; y su gloria mundial está en su declaración de derechos, en su bandera tricolor, en su marsellesa emancipadora de todos los oprimidos de la tierra. Las primeras palabras de su himno inmortal, *Allonz enfants de la patrie,* levantan los caídos hacia la libertad; mientras que *Alemania sobre el mundo,* del himno germano, deprime a las naciones, y respira

más orgullo pretoriano que el verso de Virgilio: *Tu regere imperio populus romane memento.*

La causa de Atenas y de Francia es la causa de la civilización y del derecho. Por eso triunfará entre aplausos generales: ¡Se trata de una gran nación milenaria!

9 de Septiembre.

IX

Despotismo Prusiano

Modelo peligroso

Lo es por la historia, por las intituciones, por la dinastía, por la humildad y aun por la resignación del pueblo. La arrogante apostura marcial del soldado, como pieza de una maquinaria formidable, descansa en una mansedumbre cívica rayana en servidumbre, no obstante el brillo del uniforme y la instrucción pública difundida; a pesar de su procedencia étnica, del carácter individualista, agreste y altanero de la raza germánica, fundamentalmente transformada, de las energías personales indomables de los tiempos de Arminius, a la pasividad silenciosa y resignada, merced al militarismo secular.

Al trazar el epígrafe de este artículo y la síntesis precedente, lo hago con toda serenidad, exactitud y convencimiento, reconociendo altos méritos en la nacionalidad alemana, virtud, instrucción, tenacidad y laboriosidad en su pueblo, como también aptitudes administrativas y consagración al bien público, de sus monarcas, hasta elevar a un altísimo rango el país germano, en riqueza, conocimientos, prosperidad y poderío internacio-

nal. Todo ello es conciliable bajo la teoría o bajo el régimen del *buen déspota,* que permite florecer un engrandecimiento fastuoso, más aparente que real, más engañador que sólido, más frágil y transitorio que firme y duradero. Representa el fruto de una educación fundamentalmente extraviada desde siglos, consagrando las primordiales energías del hombre y de la sociedad al culto de las aptitudes guerreras, del desarrollo físico para la pelea, de un patriotismo exagerado y enfermizo; bajo la obediencia pasiva y la disciplina reverencial al superior, exaltado al máximun del poderío, a la monarquía militar hereditaria, de derecho divino, que representa el sumum del comando, sin solución de continuidad. Así queda supeditada, en segundo plano, y, por decirlo así, sacrificada, la vida normal, pacífica, evolutiva, de las múltiples expontaneidades naturales y fecundas del desarrollo de un pueblo, que se agranda y emancipa de la tutela absorbente del Estado, para constituir individuos aptos y vigorosos, dentro de un desarrollo integral y potente de la sociedad: el estrago de la monstruosa ficción espartana, desnaturaliza la vida colectiva y aniquila las energías del individuo, llegando a una grandeza engañosa, que no responde al ideal de la humanidad, ni resiste a los infortunios de la historia.

Conviene examinar con espíritu sereno y crítica imparcial este caso político de la monarquía prusiana, por la influencia a que ha llegado, y por las posibles imitaciones que pudieran cundir en otros países, aun con el disfraz de gobiernos parlamentarios o de simples democracias. Especialmente nos interesa a los argentinos, que hemos adoptado los métodos tácticos, la instrucción militar y hasta las armas y uniformes de cuño prusiano,

atrayendo profesores militares alemanes, y enviando constantemente jefes y oficiales a perfeccionar el germanismo pretoriano en los cuerpos más afamados de Alemania, por su tradición, obediencia y disciplina.

Felizmente hasta ahora, no trasciende a lo político el germanismo de nuestra instrucción militar, — como se observa en otras comarcas de trasplante militarista, — y habremos alcanzado una eficiente preparación militar, atenuada de los excesos pretorianos del modelo, y de las tentaciones de propasarse a la dictadura, — desde que el dogma pretoriano levanta el poder del más fuerte, sobre todas las influencias sociales! A pesar de habernos salvado hasta ahora de graves exposiciones, no deja de ser una imprudencia habernos engolfado en las tramas y armaduras de una monarquía esencialmente militar, cuando somos una modesta democracia, con hábitos militares propios y con excelentes modelos nacionales (San Martín, Paz, Güemes, Urquiza, Mitre, Roca); y cuando habría sido más eficaz, menos costoso y expuesto, haber imitado, ya la defensa de Estados Unidos, de Suiza, de la república francesa, o aun de la libre Inglaterra.

La monarquía prusiana, no obstante sus caracteres hereditarios y de origen divino, como la generalidad de esa forma de gobierno, todavía tolerada en naciones europeas, — se distingue de las demás, por rasgos bien netos y diferenciales. Es más o menos despótica que sus congéneres, según que se la compare con Inglaterra o con Rusia, con Italia o con Austria, con Bélgica o con Turquía. Entre esas monarquías hay toda una gama de graves divergencias: ya Austria se llama *Santo Imperio romano*, que hizo replicar a Voltaire, *ni santo, ni imperio, ni ro-*

mano; ya absorbe la jefatura secular y religiosa como en Rusia, Alemania y Turquía, con viejas tradiciones propias e imitación de los atentados absorbentes de Augusto; ya conserva el fausto y las funciones deslumbrantes de otros tiempos como en Inglaterra; ya conserve el sello de la servidumbre religiosa del papado, aunque con reservas de patronato nacional, como en Austria y en España; ya son en realidad monarquías populares, casi plebiscitarias como en Italia, aunque procedan como hereditarias y de origen divino, pues al lema del escudo y al texto constitucional, se ha hermanado el adminículo de los tiempos: y *por la voluntad del pueblo.* En este mosaico, o muestrario de tipos de gobiernos monárquicos, los hay de poderes muy diversos: despotismos, autocracias, o pederes personales casi absolutos; otros moderados por trabas personales y costumbres arraigadas; algunos con atribuciones más o menos dictatoriales, mas o menos despóticas, que se esgrimen según las cualidades personales del monarca, o las exigencias de los pueblos, el tiempo o las circunstancias.

Pero entre ese derecho constitucional monárquico de Europa, se destaca con rasgos típicos la monarquía prusiana, que por conquistas guerreras, en su breve historia de dos siglos escasos, se ha agrandado y tranformado en imperio alemán, — conservando un máximun de autoridad para el kaiser, que lo hace un déspota político, atenuado por frenos de relativa eficacia y tolerados de mala gana, como el parlamento, la prensa, los jueces, el socialismo invasor, la cultura universitaria, el desarrollo industrial y los poderes de príncipes y reyes sometidos dentro del imperio; pero el absolutismo del kaiser se

yergue soberanamente en el comando del ejército y de la armada, en el manejo de las relaciones exteriores, en el gravísimo poder de declarar la guerra y hacer la paz en todo el imperio, con la fuerza armada, sojuzgando toda agitación y pronunciamiento del pueblo.

En balde habían ocurrido reiterados y peligrosos abusos y genialidades del kaiser contra la paz y las garantías del pueblo, — refrenados por votaciones del parlamento, por censura de la opinión pública y por agresiones socialistas: el monarca mantenía sus derechos discrecionales para ejercitar la dictadura que le viene de la constitución, de su *derecho* divino, y de las responsabilidades de velar con las armas por el honor y la defensa nacional, de que es árbitro supremo. Si con su manía oratoria comprometía la paz internacional y se encrespaga el Reichstag y le preceptuaba discreto silencio, — él se vengaba con sus poderes discrecionales; y, un buen día, desata la borrasca guerrera sobre toda la Europa, porque fué asesinado *su amigo personal Francisco Fernando,* y porque *su amigo y aliado Francisco José, se propuso castigar la posible complicidad de Serbia!* Arbitro exclusivo de la guerra, jefe sin ningún contralor de un ejército de 800.000 soldados y de escuadra poderosa, lanza la nación en guerra contra Rusia, contra Bélgica, contra Francia, contra Inglaterra y contra el Japón: él solo desata el ciclón bélico más exterminador sobre el mundo; y, rodeado de la familia imperial, pide al parlamento, pro forma, que se resigne al cataclismo desencadenado, y que vote sumas colosales para la guerra, invocando mandato de Dios, el honor nacional, la defensa del país y de su prosperidad, amenazados por

innumerables enemigos, a quienes ya el kaiser, de origen divino, ha declarado la guerra! Ya sea por el despotismo constitucional, por delirios de predominio universal para colocar a *Alemania sobre el mundo,* como dice su himno; por los terribles hechos consumados, por un enloquecimiento bélico general, o por temor de oponerse a un Júpiter inflamado de ardor guerrero, — el hecho es que la genialidad nefasta del kaiser, prende el fuego de la guerra a la Europa, sin ninguna oposición alemana del parlamento, ni del socialismo, ni de la juventud, ni de la prensa, ni del pueblo, ni de las universidades, ni de los pastores religiosos: todo el mundo se complica en el crimen colosal; y allá van a la matanza y al exterminio, contra las potencias más grandes y contra el espíritu del siglo: al derrumbe estrepitoso del gran imperio formado en doscientos años de esfuerzos, de guerras, de despojos internacionales y de progresos perseverantes!

El despotismo prusiano, nace con su historia, con el primer rey; con su educación espartana para la guerra, impuesta duramente, brutalmente a la niñez, desde el ejemplo bárbaro con que fué educado a bastonazos y puntapies el Gran Federico II; con el régimen cruel de violencia, de falsías y de inmoralidades hasta en sus relaciones con la vencidad, a cuyas expensas se agrandó el obscuro marquesado de Brandeburgo, como lo demuestra magistralmente Lord Macaulay en su estudio sobre Federico II. El gran monarca prusiano, sintetizaba su régimen de gobierno con esta frase, que se cumplía en sus dominios: *el pueblo dice lo que quiere, y yo hago lo que quiero.* Sabido es que el Gran Federico, con su liberalismo y con su genio militar, fué siempre un déspota, como

lo había sido su padre y lo serían, institucionalmente y por estirpe, sus predecesores. Si aquél por sus cualidades personales, como también por la suyas Guillermo II, no ejercieron la tiranía ni la crueldad homicida en la paz, — no por ello dejaron de estar armados de poderes discrecionales que los impusieron cuando les plugo.

La crónica, para ensalzar la magistratura judicial alemana, y un freno eficaz contra los monarcas, recuerda el caso del *molinero de Saint Soucy,* que ante la arbitrariedad del rey protestaba: *Tenemos jueces en Brlín;* pero Macaulay refiere que el Gran Federico apaleaba de lo lindo a los jueces, y les imponía su voluntad. Se dice que hace poco Guillermo II echó arbitrariamente a un administrador suyo, lesionando su honor y sus intereses; y que la corte de Leipzig condenó al kaiser a la reparación pecuniaria y moral en favor de aquel súbdito; siendo esto verdad, probaría que hay jueces en aquella ciudad; pero también que hay un déspota en el trono; entiéndase, un déspota institucional, tradicional, moderado en el gobierno interno, moral en su vida privada, pero déspota al fin, que dispone por ley, tradición y consentimiento de su pueblo, de poderes exorbitantes y tan peligrosos, que desata la conflagración sobre el mundo en cualquier genialidad terrible.

La historia de la humanidad ha condenado la teoría del *buen déspota,* porque entroniza la arbitrariedad personal con todas sus arrogancias, inepcias y locuras posibles, sobre la servidumbre indigna del pueblo; mientras que el gobierno de la libertad, se funda en la soberanía del pueblo, y en los poderes limitados de los gobernantes, para que no causen estragos, aunque lo quieran. ¿Cómo

no condenar el despotismo prusiano, que coloca la brutalidad del sable y sus depredaciones sobre la civilización, aunque proceda de la Esparta? ¡Hay que destruir el absolutismo!

12 de Septiembre.

X

La Gran Bretaña

Derecho, Libertad, Orden, Justicia

Entre las grandes potencias que figuran en la pavorosa conflagración europea, se destaca por más de un concepto y con perfiles propios la Gran Bretaña. Por su edad como nación, surgió del desmembramiento del imperio ramano, al empuje de las invasiones de los bárbaros, y también merced a la descomposición moral de aquella vieja sociedad, concurriendo las poblaciones autóctonas a darle nervio y urdimbre tradicional; por la peculiaridad de su situación geográfica, se mantuvo en actitud espectante y privilegiada, para mezclarse ventajosamente en las luchas continentales, o encerrarse en su aislamiento para defenderse, o atacar cuando le convenía, con su marina de guerra, perfeccionada y robustecida de muy antiguo; por los acontecimientos históricos de resonancia mundial en que tomó participación activa, para combatir en los mares y en Europa, los despotismos absorbentes y amenazantes, ya estuvieran representados por los turcos, por el Papado, por los rusos, por Felipe II, por Luis XIV, por Austria, por Federico II o por Napoleón I; en fin,

el poderío de Inglaterra con importantísimas colonias en todos los continentes, y con posiciones estratégicas para apoyar en todos los mares la supremacía naval, defensiva del imperio más vasto, más rico y más civilizado que conoce la historia humana.

De las viejas nacionalidades europeas, es la que supo comprender, asimilar y conseguir el máximun de ventajas duraderas del genio romano, en la conquista y gobierno de pueblos dispersos, belicosos y resistentes a la dominación extranjera; de razas antagónicas y en todos los extremos del mundo. No siempre ha obrado bajo aquel tacto y sabiduría de la expansión romana; y en más de una época de su poderío colonial, ha participado de errores, explotaciones y crueldades con los pueblos sometidos, al nivel de Holanda, Portugal, España y Francia, con sus colonias ultramarinas; pero Inglaterra ha corregido a tiempo aquellas graves deficiencias; ayudado eficazmente al buen gobierno y a la prosperidad de colonias lejanas, impulsando el progreso, la justicia y la libertad, vínculos poderosos que retienen por el afecto y por la solidaridad, los robustos fragmentos de un imperio colosal, donde resplandece el derecho y la civilización.

La separación de Estados Unidos, por haberse obstinado la madre patria en negarle aptitud económica, autonomía y gobierno libre propio, sirvió de lección elocuentísima para la administración futura de sus colonias, a la vez que asombraba al mundo el desarrollo portentoso de la gran república hija de Albión.

Las grandes colonias de Inglaterra, Australia, Canadá, Nueva Zelandia, Sud Africa, India Inglesa, Egipto, Guayana, etc., gozan de una perfecta organización, con

gobierno propio autónomo, con parlamentos, judicatura, ejércitos y hasta escuadras propias, — articulados esos pueblos vigorosos y felices al imperio enorme, cuya capital, ya excede en población a la Roma del tiempo de Adriano, pareciendo menos que pueblos sometidos, naciones confederadas, indisolublemente unidas por el derecho, por la lealtad, por la conveniencia y por la justicia. La prueba concluyente de esta admirable organización colonial de un vasto imperio, la dan ahora misma las colonias británicas, preparando espontáneamente naves de combate y cuerpos expedicionarios, en presencia del peligro más grande para la madre patria y para la civilización, según lo ha proclamado Mr. Asquith.

El altísimo grado de cultura, de prosperidad, de progreso, de gobierno propio, de libertad civil, de justicia y de autoridad moral de que goza entre las naciones, no lo ha conquistado rápidamente, ni ha sido el fruto lógico y natural de evolución pacífica y continuada en su vida milenaria, — sino que ha recorrido toda una vida accidentadísima, atravesando las crisis y alternativas más graves, apasionadas y dolorosas; oscilando entre períodos de bonanza, paz, garantías y felicidad doméstica, y tiranías sanguinarias, guerras civiles e internacionales largas y exterminadoras; ya creando modelos políticos de gobierno propio, de libertades efectivas, de justicia protectora, de eficacia y de contralor parlamentario; ya manchándose con las deformidades, persecuciones, despotismos y atrasos reinantes en Europa; pero Inglaterra conservaba siempre un stock de conquistas eficientes y una admirable claridad de vistas y tacto de los tiempos, para evolucionar hacia el progreso y hacia la libertad, antes

que las demás naciones, manteniendo siempre con honor su puesto de vanguardia.

Basta dirigir una rápida ojeada a la historia de Inglaterra, para convencerse de que este juicio no es una galantería sino la expresión de la pura verdad. En su larguísima evolución nacional de mil años, encontramos monarcas y estadistas de gran volumen, que dirigieron la formación del Estado y su gobierno en las crisis más peligrosas y difíciles, con sumo tino, conocimiento exacto del pueblo y de su época, dominando las mayores complicaciones, de donde salía el país con prestigio aumentado. Desde su origen se arraigaron en la Gran Bretaña instituciones benéficas, como el gobierno propio de los municipios, de los condados y provincias, descentralizando el poder en beneficio del pueblo, de los lugares y de las familias, mientras que se reservaban poderes limitados al gobierno general; las libertades individuales de la Carta Magna; el juicio por jurados y el contralor parlamentario sobre los monarcas y ministerios. Se comprende fácilmente que esas instituciones fecundas, que no se practicaban sino eventual y rara vez en el continente, — proporcionaban a Inglaterra elementos poderosos de resistencia a las malas pasiones de sus monarcas, y a las crisis agudas de tiempos oscuros, llenos de guerras, atrasos y peligros.

Al lado de sus grandes hombres, de sus instituciones adelantadas y de sensibles progresos, Inglaterra ha sufrido también los estragos de influencias y aun la dominación despótica extranjera; gobernantes arbitrarios y tiránicos; guerras intestinas rencorosas y sanguinarias; las persecuciones mortíferas de la reforma religiosa, con

monarcas católicos y protestantes, que esgrimían las hogueras y matanzas; triunfos de resonancia mundial y serios fracasos, en Europa y en las demás partes del mundo; crisis formidables de tiranías y desmoralización general, de producción económica y desarrollo de sus industrias; opresiones y alzamientos formidables de sus colonias; despotismos reales, del parlamento y aun de la república de Cromwell; pero la vigorosa nacionalidad anglosajona ha dominado todas las adversidades, ha salvado todos los escollos y prosigue altivamente su marcha próspera y civilzadora, a la cabeza de la humanidad, merced a sus instituciones sabias, a la cultura de su clase dirigente, al celo del pueblo para tener buen gobierno, libertad y justicia, como al excelente criterio y elevación de miras de sus monarcas.

El poderío de la Gran Bretaña no solamente descansa en la extensión de sus dominios territoriales dilatados; en su marina mercante y de guerra, que cubre los mares; en su ejército valiente y disciplinado; en su pujanza económica, financiera e industrial; en la clase gobernante y grandes partidos políticos, que se suceden y controlan en el mando, e impulsan evolutivamente el progreso; en haber contado con tantos monarcas eminentes, ecuánimes y consagrados al bien público, como la reina Victoria, Eduardo VII y Jorge V; sino en una pléyade de hombres ilustres, que han descollado con fulgores geniales en todas las épocas de la historia, en todos los conocimientos y actividades humanas, para bien de Inglaterra y de las demás naciones.

Basta enumerar algunos grandes hombres, para apreciar debidamente la influencia legítima que ejerce el

genio británico en las ciencias, en las artes, en la política, en las industrias en la guerra, en la administración, en la literatura, en la jurisprudencia y en la oratoria parlamentaria: Bacon (Rogelio y Francisco), Shakespeare, Milton, Newton, Hobbes, Cook, Halley, Herschell, Watt, Locke, Reid, Cavendish, Harvey, Dryden, Addison, Pope, Wolf, Davy, Faraday, Darwin, Spencer, Nelson, Macaulay, Pitt, Sheridan, Burke, Fox, Wellington, Canning, Byron, Stanley, Ritz Roy, Lyell, Stephenson, Owen, Blackston ,Adam Smith, Scott, O'Connel, Parnell, Cobden, Malthus, Bentham, Ricardo, Stuart Mill, Hume, Gibbon, Robertson, Carlyle, Alison, Freemen, Brughan, Gladstone, Walter Scott, Tomás Morre, Disraeli, Dickens y otros.

Inglaterra tiene muchos títulos a la consideración y a la gratitud del mundo civilizado, no sólo por encontrarse siempre entre las naciones más progresistas, sino, especialmente, por haber creado las garantías más eficaces de la libertad civil; por haber radicado el gobierno propio de las localidades, contra el despotismo central de los romanos; por haber exaltado la influencia del parlamento, como poder de gobierno y contraloreador eficiente de la corona; por practicar el libre cambio, para la mayor conveniencia y prosperidad; por haber contribuído decididamente a la abolición de la esclavitud; por haber defendido la independencia y la libertad de colonias oprimidas y de pequeñas nacionalidades; y por haber combatido siempre la dominación universal, incompatible con la libertad, con la independencia de las naciones y con la civilización.

Hay que reconocer que Inglaterra ha sido y es una nación conquistadora, aplicando con más o menos escrú-

pulos los procedimientos del derecho de gentes, y usando de la fuerza de sus cañones, cuando no han bastado las habilidades diplomáticas, las ventajas de su amistad y la eficacia de sus ultimatums; pero es justo reconocer también que sus conquistas territoriales son para beneficio evidente de los pueblos dominados, pues donde quiera que flote la bandera de la Gran Bretaña, allá protegen las garantías de la Carta Magna, la buena justicia, el gobierno propio, la libertad y el orden, difundiéndose la instrucción pública, el progreso y la salubridad, que constituyen los primordiales bienes de las sociedades, tanto más apreciables, cuando se ha vivido en la barbarie, bajo la anarquía o el despotismo.

Al constituir ahora Inglaterra uno de los principales factores, sino el principal, para aniquilar el despotismo militar alemán, que amenaza la libertad y la civilización, como acaba de decirlo Lord Curzon, ya saben las naciones de Europa y de América, que el triunfo de la *entente,* no representa ningún peligro para su existencia, ni para su soberanía; mientras que si triunfara el imperialismo germano, seguiríamos una serie de guerras interminables, pues la dominación universal es hoy un pensamiento de manicomio.

La Gran Bretaña significa algo más, de mucha trascendencia, en la triple alianza que combate los avances de los imperios germánicos, en guerra semibárbara, sin derecho de gentes, — y es una influencia poderosa para liquidar esta guerra con alto espíritu de justicia, de previsión y de orden público, en el sentido de matar toda veleidad de pretorianismo amenazante, limitando los armamentos en grado que no asfixien los pueblos, sino que

los amparen y garanticen su desarrollo económico y social. Hasta ahora se estrellaban en el kaiser *Fiera Bras,* todas las tentativas de moderar el suicidio de las naciones, por exceso de los armamentos.

La historia y el carácter de Inglaterra, como los estragos incalculables, aunque colosales, de esta guerra criminal, tienen que imponer una paz duradera y destruir para siempre la terrible ambición de la dominación mundial: se concluirá con la manía de Guillermo II, y no podrán tentarla tampoco ninguno de los tres aliados, pues si resulta un cataclismo abominable en el uno, sería la misma cosa bajo la bandera británica, francesa o rusa. Los escombros de esta barbarie colosal, a que llega la Europa civilizada, deben conjurar para siempre la repetición del mismo crimen, de lesa humanidad y de lesa civilización. Entre los sacrificios enormes de esta guerra, queda encomendada a las potencias de la *entente,* la gloriosa jornada de matar para siempre todo pretorianismo mundial, asentando sólidamente el derecho de gentes sobre la justicia, la independencia de las naciones y la fe honrada en los tratados, descalificando del concierto internacional, a todo país que falte al honor de su palabra y de su firma.

La Gran Bretaña, con sus aliados, Francia, Rusia, Estados Unidos y Japón, pueden consolidar así el progreso más grande del derecho internacional; y si lo realizan, como sería su deber, habrán alcanzado la gloria más alta y los mejores títulos a la gratitud del mundo. *¡Rule Britannia!...*

Septiembre 18.

XI

Notas de la Guerra

A sangre y fuego

I

Desde que el emperador Guillermo II fué encendiendo la guerra colosal que extermina y barbariza la parte del mundo que se consideraba más culta, he seguido publicando artículos críticos de severa condena por tamaña iniquidad, puntualizando responsabilidades, que han quedado documentadas con las publicaciones oficiales de Berlín, Londres y París.

Ya no queda duda que el gran responsable de la terrible conflagracióón bélica europea es el kaiser alemán: él conoció, antes de ser enviado a Serbia, el incalificable ultimatum de Austria, y lo aprobó, ofreciendo el apoyo militar de Alemania para cualquier guerra que surgiera; él retardaba a designio la mediación propuesta encarecidamente por Rusia, dejando avanzar las hostilidades sobre Belgrado y las provocaciones a Rusia, que traían la movilización del imperio moscovita; él estorbó con dilaciones, incidentes y cuestiones previas impertinentes y

enojosas, la iniciativa pacifista, seria y correcta de Inglaterra, para avocarse y solucionar el conflicto austro-serbio, las cuatro grandes potencias, Alemania, Francia, Inglaterra e Italia, donde habrían tenido dos jueces amigos cada país en conflicto; él precipitó la declaración de guerra a Rusia, bajo la forma engañosa o equívoca de decretar un *estado de guerra,* sin ubicación en el derecho internacional, pero con el propósito de tender una celada a Italia para enredarla en la conflagración, y en el preciso momento en que Austria y Rusia tenían ya casi arreglado el conflicto con Serbia; él, en fin, después de fracasar en las desleales y pérfidas proposiciones contra Francia que insinuó a Inglaterra, y en las grotescas intimaciones a Bélgica, como en el mismo negociado con Francia, — se desató en ultimátums y declaraciones de guerra, a casi todos los países vecinos, y, saltando sobre el honor de la firma de Prusia, llevó sus horrores de Atila sobre la inocente Bélgica.

Siempre he distinguido la importancia y el valimiento de la nación alemana, de la dictadura militar de la dinastía Hohenzollern, llevada a su máximum de intensidad pretoriana por Guillermo II, hasta convertirla en enemiga natural de las demás naciones pacíficas, civiles y civilizadas, que, en vez de vivir de la guerra y para la guerra, propenden al desarrollo tranquilo de su cultura y de su prosperidad, manteniendo relaciones de derecho y de justicia con todos los países.

No siempre ha sido comprendida así mi prédica; y llevo recibidas numerosas cartas, firmadas y anónimas, juzgando de muy diversa manera mis escritos. Conviene conocer las principales, favorables y adversas, pues al fin

representan colaboración apreciable, para ir ratificando o rectificando el juicio sobre el horrible azote descargado sobre Europa, de donde nos venía la cultura, la prosperidad y ejemplos morales edificantes.

II

"Señor Dr. Francisco A. Barroetaveña.

Distinguido amigo: Muy bien su artículo de ayer en *El Diario* ("Atentado contra Bélgica"). Acongojado por una situación doméstica dolorosa, no he podido, no obstante, ser indiferente a una expresión tan viril y elocuente contra el inicuo atentado alemán. Es usted un talento y un carácter de todo mi gusto.

No faltaba más! No! La fuerza bruta no es la fuerza soberana. Ya lo verá el megalómano, místico tudesco.

Mi felicitación sincera y ardorosa.

Antonio F. Piñero."

26 de Agosto de 1914.

Del doctor Miguel Laurencena, gobernador de Entre Ríos:

"Mi estimado amigo: Con el más vivo interés he leído su valiente artículo contra la invasión alemana a Bélgica.

"Su elocuente protesta traduce el sentimiento de pro-

funda indignación que vibra en el corazón de todos los hombres de bien, en esta hora pavorosa, en que al través de los siglos, parécenos oir los cascos del caballo de Atila, resonando sobre la tierra europea, estremecida de espanto y de dolor.

"Es la eterna historia que se repite y se repitirá en tanto los hombres y los pueblos se muevan por intereses y pasiones, y que sólo concluirá cuando la educación haya orientado definitivamente el espíritu humano hacia un ideal superior en pos del cual, llegará al fin la humanidad, a la montaña coronada siempre de luz, donde gozará en paz, de los beneficios de una civilización pura y fecunda.

"Torrentes de sangre han de correr, sin embargo, y dolores infinitos han de afligir a la humanidad, antes que llegue ese día venturoso, pero llegará, y entonces, no se dejarán arrastrar los pueblos al exterminio y a la guerra por los kaisers poderosos, a quienes, para demostrarles que la gloria con que piensan perpetuar su memorna, es humo, que un día se desvanacerá en la niebla de los tiempos, — podría repetírseles aquellas palabras que Lombard pone en boca de un fervoroso propagandista de la fe cristiana, durante el bajo imperio de Roma: "Entre mis antepasados cuento a un ser humano poderoso que hubiera renovado la faz de la tierra si la muerte no se lo hubiera impedido. Fué un gran rey, que pasó imperiosamente por el Asia, al ruido de tambores de guerra, en medio de una escolta que componían muchos millones de hombres; que con sus carros labró más tierra de la que un correo podía cruzar en diez años; y que desvió ríos, detuvo mares, hundió montañas, arrasó y levantó ciudades; y, por fin, un día se durmió tranquilamente, creyendo que todo

lo había hecho y que todo lo había deshecho. ¡Ah! Su memoria pasó por el tiempo, como un río por la arena; su cuerpo embalsamado y enterrado en un monumento de trescientos codos, — los cuatro vientos lo dispersaron un día, y no quedó nada de él, nada más que algunos descendientes más obscuros cada día"...

"Sin darme cuenta, la lectura de su brillante artículo, sacándome del estudio de nuestro presupuesto en que estoy engolfado, para ver si podemos arreglar un poco nuestras finanzas en el año próximo, me ha llevado, como dicen los españoles por los cerros de Ubeda, cuando mi objeto era felicitarlo únicamente. Disculpe, pues, la lata.

"De un momento a otro pienso ir a ésa, y tendré el gusto de visitarlo. Lo saluda su affmo. amigo.

M. Laurencena.

El comité patriótico francés, me ha dirigido una expresiva y altiva comunicación, de la cual publico dos párrafos:

"Esta carta no quiere buscar una polémica, sino solamente haceros comprender cuanto somos felices al ver hombres de corazón, que prueban conocer nuestra historia y que hacen justicia al derecho que sostenemos.

"Nos es particularmente agradable leer estas cosas en un periódico como *El Diario,* cuyas ideas han estado siempre en favor de las teorías que deben ser del porvenir, y que tienen por objeto la felicidad de los pueblos libres."

El doctor *José Bianco,* me dice: "Vengo leyendo con mucho interés en *El Diario* sus artículos sobre la guerra. Es una propaganda noble que estimula e idealiza la vida en estas horas de amargos desencantos, en presencia de la carnicería humana que se efectúa en Europa. Sinceras felicitaciones".

III

Juicios adversos — Cultura Germana

Un señor que firma *Germánico,* me dice: "Como profesor de historia tal vez le interesará el cuento siguiente: Cuando los frailes pusieron al reformador Johan Huss de Bohemia y precursor de Luther como gran hereje sobre la hoguera, quemándolo *ad majorem Dci gloriam,* una mujer vieja y humilde, rosario en mano, se aproximó a la hoguera y con una mano puso también dos pedacitos de leña al fuego, queriendo hacer así una buena obra. Huss se apercibió de esto y exclamó: *Santa simplícitas.*

"Hoy día también pasan cosas que hay que repetirlo en desprecio de otra contestación. Jesucristo también exclamó: *Señor, perdónalos, no saben lo que hacen.*

"P. S. Le felicito por su simpatía a los ingleses.

"Si los argentinos, 100 años atrás, no hubiesen echado a ellos del suelo argentino, Inglaterra hoy día ocuparía Argentina como colonia inglesa. Transvaal hoy día es colonia británica."

Una dama alemana, me dirige esta amable epístola:

"Señor Barroetaveña. — Acabo de leer el artículo *El crimen de la guerra* y lamento que sale de la pluma

que parece ser hombre. En mi vida se me ha parecido un burro más grande que el autor de ese artículo. Si usted se hubiera limitado a la parte psicológica y a la crítica en general de la guerra, no habría sino que alabar sus exhortaciones; pero echando la culpa de lo que acontece y que todo el mundo debe deplorar, a personas quienes como yo está probado han sido obligadas contra su voluntad a tomar las armas, eso sí lo llamo yo *crimen.* Eso se lo dice a usted que se demuestra por sus ideas peregrinas fátuo y falto de todo entendimiento.

"Una dama que tiene actualmente sus dos hermanos peleando en las filas delanteras del glorioso ejército alemán."

Otro señor germano, me obsequia con la más fina ironía, en los siguientes párrafos:

"Señor Barroetaveña: Cumplo con un deber en darle mis gracias más profundas por sus lindos e interesantes artículos sobre el kaiser y el pueblo alemán que se compone de salvajes, bárbaros e incultos, publicados en *El Diario.* Si hasta ahora usted no era conocido por sus grandes talentos, se hizo usted ahora inmortal para todos los tiempos. Espero de verlo expuesto en una vitrina en la calle Florida o en el Jardín Zoológico, como un ejemplar excepcional de inteligencia."

Menos que como una atenuación de estas *indirectas* de los señores alemanes, espero que se me disculpen los juicios favorables, que colaboran con elocuencia, anatematizando la barbarie de la guerra europea.

IV

El incendio de Lovaina — Victor Hugo, Omar y Guillermo II

Con la embajada de ministros bien documentados que ha mandado el Rey de Bélgica al presidente Wilson, queda ya fuera de duda que el comando militar alemán, entregó a las llamas la rica, antigua y famosa biblioteca y universidad de Lovaina, — sin contar el cañoneo brutal a templos y mejores edificios, ,fusilamientos de rendidos, violaciones, saqueos y todos los horrores de un asalto vandálico, a una ciudad universitaria no fortificada. Tengo las mejores versiones de aquella encantadora y cultísima ciudad, de la riqueza bibliográfica de su célebre ex biblioteca, por nuestros distinguidos compatriotas doctores Zubiaur y Gallardo, que la visitaron con amor y detenimiento. El pobre doctor Wilmart, muy dolorido, se subleva contra aquel vandalismo en la revista de *Ciencias políticas.*

Se trata, pues, de una iniquidad plenamente comprobada y expuesta al menosprecio del mundo civilizado; pero el generalísimo de aquellos bravos soldados, que ni siquiera ha salvado las apariencias con algún sumario (aunque de aparato), parece que con simulación de comediante (análoga a su *sacerdocio de la paz*), ha dicho al presidente Wilson: "mi corazón sangra por la desgracia de Lovaina!"

Entre recuerdos de viejas lecturas, conservaba buena memoria de una ejecución capital de Víctor Hugo, a un gran conquistador oriental, que después de haber conquis-

tado cielo y tierra, se descalifica para toda la historia, con un episodio parecido al de Guillermo II con la biblioteca de Lovaina.

Deseo terminar estas notas pálidas, con la breve página del gran romántico, que lejos de ser enemigo de Germania dijo: *"¿Qué es Alemania? La virtud"*. Sólo cambio el nombre de aquel famoso conquistador, cuya substitución llenará de orgullo a los adoradores del kaiser, y coloco en su lugar a Guillermo II; y la pobre biblioteca de Lovaina ocupará el sitio de la biblioteca más célebre de la antigüedad. Así pondremos en juego grandes personajes y grandes... iniquidades del predominio mundial. Vamos al caso célebre:

"En el siglo VII, un hombre montado en un camello y acurrucado entre dos sacos, uno de higos y otro de trigo, entró en Alejandría. Estos dos sacos, y por añadidura un plato de madera, constituían todas sus riquezas. Este hombre no se sentaba en ninguna parte sino en el suelo, y no se alimentaba más que de pan y agua. Había conquistado la mitad del Asia y del Africa; había asaltado y quemado treinta y seis mil ciudades, aldeas, fortalezas y castillos; había destruído cuatro mil templos paganos o cristianos; había levantado mil cuatrocientas mezquitas; había vencido a Izdeger, rey de Persia, y a Heraclio, emperador de Oriente (como quien dice, a Nicolás II, a Jorge V, a Poincaré, a Alberto I). Este hombre se llamaba Guillermo II y... quemó la biblioteca de Lovaina!"

El final del capítulo de Víctor Hugo, es todavía más picante para el caso: "Omar es célebre por esa hazaña; con notoria injusticia. Luis, llamado el Grande, no tiene la misma celebridad, siendo así que él también quemó la

biblioteca Rupertina de Heidelberg". ("William Shakespeare").

Ante los horrores de esta guerra de exterminio y desolación, de carnicerías humanas sin precedentes históricos, y de los infortunios más dolorosos, no parece mayor iniquidad que estas matanzas, el prender fuego a una biblioteca célebre; pero un pasaje de Lady Macbeth, da la medida del crimen de Lovaina: para exaltar la magnitud del asesinato, se la dice a la gran culpable: *"has matado el sueño!"*

Habrá que decir a los incendiarios de Lovaina, al kaiser universitario: ¡has quemado la cultura de los siglos!

Y ante la civilización, este crimen es más odioso que inmolar rendidos, mujeres y niños, en bombardeos con violación del derecho de gentes.

Sí; has quemado la cultura de los siglos; y esa mancha, como la sangre inícuamente derramada, no se lavan ni *"con todas las aguas del Océano"*, ni su hedor se disipa, *"con todos los perfumes de la Arabia"*.

22 de Septiembre.

XII

¡Pobre Alemania!

Ayer, hoy y mañana

En la conflagración guerrera formidable que destroza y ensangrienta la Europa civilizada, juega el rol más prominente, audaz y peligroso el Imperio Alemán, con su kaiser Guillermo II. A él corresponde la provocación de la guerra contra Rusia, Francia e Inglaterra, habiendo azuzado el conflicto con Austria, que debía humillar a Serbia, para que la atacara Rusia, y así aparecer los imperios germanos agredidos por dos naciones fuertes, computando la intromisión inevitable de Francia, además de Serbia, — con cuya estratagema se esperaba complicar a Italia en el plan belicoso de los imperios centrales.

La causa inmediata o aparente de perseguir el castigo del asesinato de Sarajevo, fué un pretexto demasiado artificioso, que luego se abandonó, y que jamás habría autorizado un rompimiento de hostilidades terribles entre siete naciones. A través de las simulaciones, mentiras y propósitos disimulados de la cancillería de Berlín, que han visto la luz pública, se descubre el vasto plan, largos

años preparado por el kaiser para dominar militarmente con rapidez a Francia y Rusia, quedando relegada Inglaterra a sus islas, con su egoísmo y sus escuadras, en medio de la consternación continental, y de los ejércitos victoriosos de Alemania: así se habrían consolidado sus aspiraciones en los Balkanes y adyacencias, imponiendo la ley del vencedor a Rusia. Tal vez se pensaría conformar a Italia, entregándole Niza, Savoia y Túnez. Las crecidas contribuciones de guerra a los grandes países vencidos, constituirían un enorme tesoro de guerra, para seguir aumentado la escuadra con qué batir a Inglaterra en su oportunidad.

Pero los sucesos se complicaron gravemente: la guerra resultó injustamente provocada por los imperios germanos contra Rusia y Francia, lo que retrajo a Italia a la neutralidad, pues no había *casus foederis;* Inglaterra resistió dignamente las seducciones del kaiser para que traicionara la *entente,* y consintiera el atropello al Luxemburgo y a los belgas; y la Bélgica defendió heroicamente su territorio de la invasión alemana, retardando tal vez en grado fatal, el ataque alevoso de flanco, que proyectaba llevarle a Francia. Hasta Suiza conjuró otra invasión germana, reclutando con toda rapidez sus tropas y asociaciones de los mejores tiradores del mundo, con lo cual se impedía o dificultaba otra agresión traicionera a Francia por el Sudeste.

El kaiser vió así fracasada la táctica temible de Federico II (de éxito admirable en 1870), que consistía en sorprender a los adversarios con asaltos formidables de sus ejércitos, rápidamente, cuando menos lo esperaban, burlándose de los tratados y del derecho de gentes, en ob-

sequio a sus conquistas. El hecho es que Bélgica dió tiempo a Francia para organizar sus ejércitos; Rusia movilizó los suyos y empezó a invadir los imperios centrales, batiendo al Austria; Inglaterra y Francia embotellaron en el Báltico y en al Adriático las escuadras germanas, desembarcando tropas muy aguerridas de Albión en momento oportuno; la Gran Bretaña conservó el dominio de los mares, paralizando inmediatamente el comercio marítimo, o sea la vida económica de Alemania, en proporción galopante. Y como si no bastaran tantas contrariedades, el Japón ha llamado a sosiego las naves alemanas de Oriente y sitiado sus posesiones de China, con que calculaba perjudicar la India Inglesa, Tonkin y Cochinchina.

La guerra, que se calculaba rápida y rélativamente fácil en el Continente, evitando en lo posible los combates marítimos, — resulta muy difícil, muy larga, y de un éxito muy problemático, aún para los germanófilos más entusiastas, — convirtiéndose en certidumbre la derrota germana, para todos los espíritus serenos y neutrales. La contienda asume los caracteres de lucha terrible, a muerte, entre millones y millones de hombres, que combaten con ensañamiento, dirigidos por tácticos de primer orden, y destruyéndose despiadadamente con las armas más mortíferas que ha inventado el genio humano.

Es el momento de hacer el balance comparativo de Alemania, respecto a lo que era antes de la guerra, a lo que está reducida, y al porvenir cercano que le deparan los acontecimientos.

Ayer

El imperio alemán era una nación poderosa y respetable, con influencia mundial, bajo muchos aspectos, con títulos legítimos, y hasta con la consideración y agradecimiento general: se la habría amado, si hubiese sido menos pretoriana. Sus progresos desde la unidad proclamada en Versalles entre himnos de victoria, eran enormes: su potencia fabril y manufacturera había realizado maravillas de perfeccionamiento, baratura y abundancia, que inundaba los mercados extranjeros, desalojando a los artículos similares de Francia e Inglaterra, a la vez que competía en buen pie con la manufactura norteamericana en América, en Europa y en Asia; su marina mercante, ocupaba el segundo puesto, después de la de Inglaterra, para llevar, a través de los océanos, el exceso de fabricación; su instrucción pública, primaria, preparatoria, profesional y universitaria, tenía gran renombre y de las mejores estadísticas; el bienestar de las clases obreras por la prosperidad de sus fábricas, comercio e industrias diversas, como por una legislación sabia del trabajo, de los seguros obligatorios, de retiros y pensiones, daban tranquilidad material y hasta satisfacción política, pues votaban 4.500.000 socialistas, bien representados en el Reichstag; la fama de sus institutos técnicos rivalizaba con los más célebres de Francia, Inglaterra y Estados Unidos, sorprendiendo con descubrimientos admirables y benéficos para la humanidad; la administración urbana de sus ciudades eran un modelo de ornato, higiene, saneamiento, parques, hospitales, iluminación y buenas finanzas locales;

sus vías de comunicación, ya fluviales, marítimas, férreas y de caminos generales, muy abundantes, y en perfecto estado de servicio para asegurar transportes rápidos y baratos, perteneciendo al Estado los principales ferrocarriles, trazados estratégicamente, en vista de conflictos internacionales que exigieran urgentes concentraciones en el Oeste y en el Este del Imperio; el gobierno del país compartido entre el Imperio, los estados de la Confederación y las comunas, bajo estas bases primordiales: buena administración local, y una especie de dictadura militar en manos del emperador, para el gobierno del ejército, de las finanzas y de las relaciones internacionales, suavemente controlada por el parlamento.

Dejando de lado el desarrollo literario y artístico de Alemania, al nivel de los mejores, — requiere párrafo aparte su organización militar de mar y de tierra. Seré breve: su escuadra de guerra superó a la de Francia, de Estados Unidos, de Italia, de Austria y Japón, ocupando el segundo rango después de la escuadra inglesa; sus ejércitos eran bien reputados los primeros del mundo, no tanto por su número, pues Rusia tenía más, sino por su disciplina, obediencia, instrucción y maestría a la perfección, en el uso de las armas y en los ejercicios tácticos y de resistencia, ya de las unidades de combate, ya de maniobras de las grandes masas armadas. La Alemania contemporánea ha conservado, perfeccionándolo, el factor primordial de los triunfos militares de Federico II, un gran ejército disciplinado, sumiso, satisfecho y valiente, capaz de medirse y de triunfar con los ejércitos más afamados. La militarización alemana, lo absorbe y domina todo, desde las vías de comunicación, la vida del hombre,

de la niñez a la edad extrema, los institutos de enseñanza militar, los astilleros navales, las grandes fábricas de cañones, de fusiles y de corazas, las cuarenta y tantas plazas fuertes o ciudades fortificadas, los fortines de las fronteras, las defensas armadas de los ferrocarriles, con block-houses, casillas blindadas, alambrados de púa, centinelas escalonados; en fin, las finanzas torturadas, los impuesos más crecidos para satisfacer las supremas exigencias de un pretorianismo insaciable, para escuadras, ejército y fábricas de máquinas de exterminio, con el propósito de prevalecer entre todas las naciones!

¡Alemania sobre el mundo!

¡Tal era el imperio alemán!

Hoy

La conflagración armada que ha provocado, con las inesperadas complicaciones que le asignan suma gravedad y peligro, dan, indudablemente, un aspecto formidable, soberbio y siniestro al imperio pretoriano y a su kaiser Guillermo II, absorbido en una guerra simultánea, casi por todas sus fronteras, con millones de enemigos tan valientes, bien armados y disciplinados como los suyos, y en la misma proporción hoy, mucho más dentro de poco; con su escuadra sitiada; entre batallas terribles e interminables; distribuídos los seis hijos del kaiser en los diversos ejércitos; enlutada ya media nación; en vísperas de ser invadido el imperio por el Oeste y el Este, en las zonas industriosas y pobladas, con amenazas de represalías que superen las crueldades y barbaries cometidas en

Bélgica, Francia y Rusia; paralizadas las fábricas y las industrias más productivas, por las exigencias de la guerra y por el bloqueo de sus puertos; sin concurso de Austria, que va en derrota, y aun con el temor de un pronunciamiento de Italia; frente a las complicaciones tácticas más graves y peligrosas, en extremos opuestos del imperio, llevando sus cuerpos de ejército de Francia hacia Rusia, y de Rusia a Francia, sin obtener ninguna gran victoria, no obstante los prodigios de valor y resistencia de sus huestes; con el riesgo inminente de que un desastre muy posible en Francia o en Polonia, precipite alguna terrible revolución interna contra el pretorianismo conquistador; con grave crisis financiera, que agota el tesoro de guerra y exige nuevos empréstitos, cubiertos con exceso en el papel, para ser devorado cuanto se consiga por las exigencias colosales de la guerra: contemplado el kaiser en este momento psicológico, desempeña un rol soberbio y siniestro a la vez, pues su ambición funesta ha producido el exterminio, la derrota inminente, y horrorosas carnicerías humanas.

Agréguese a este cuadro, desesperante de la realidad actual, la antipatía del mundo civilizado, no sólo contra el imperio militar sino contra la nación que lo ha tolerado, — y tendremos el anverso de la medalla de la Alemania prestigiosa y respetada por sus progresos y cultura.

Mañana

¿Qué resultará de esta guerra formidable? La alianza de las tres grandes potencias, Inglaterra, Francia y Rusia, ayudada por la heroica Bélgica y por los viriles

pueblos de Serbia y Montenegro, — ha declarado que luchará hasta exterminar el despotismo militar que preside Guillermo II; y, dados sus enermes recursos, ejércitos, escuadras y armamentos, aparece segura su victoria, aunque cueste mucha sangre, tiempo y riquezas: la conflagración es demasiado grande para que no lleguen hasta el fin, conjurando para el futuro la repetición de otra guerra semejante.

Hay que eliminar la hipótesis de que triunfe Alemania, por más que sea una potencia militar tan respetable; y si llegara a prevalecer, su triunfo sería efímero, pues el mundo moderno, con tantas naciones fuertes, hace imposible perpetuar una dominación mundial, que no logró conseguir el genio de Napoleón I, en época más propicia.

La guerra es el azote más desolador de los pueblos; es ruina económica, barbarie, matanzas, depredaciones, crueldades y perversidades sin cuento, — aun dirigida bajo las reglas del derecho de gentes. ¿Qué no será, envenenada por atentados odiosos como los que se inculpan a los alemanes? Pero supongamos que se lleve una invasión, de perfecto acuerdo a las leyes de la guerra, aun sin represalias. Es lo más probable que se impongan condiciones de paz muy severas al vencido: se cree que se excluirá del gobierno a la dinastía reinante, como se hizo con Napoleón I; que Francia exigirá la devolución con intereses durante 44 años, de los cinco mil millones de francos arrancados por el vencedor en 1871, y la devolución de Alsacia y Lorena, con los impuestos durante el mismo tiempo, que ha aprovechado el imperio; es decir, los bienes despojados, con los frutos capitalizados. ¿Cuánto sumará todo esto? ¿Y las indemnizaciones para

Bélgica, arrasada con ensañamiento, los gastos de la guerra a Rusia, a Francia y a la Gran Bretaña? ¿Y las provincias polacas para constituir la Polonia autónoma? ¡Habrá todavía algo más doloroso para Alemania: se pactará la reducción de armamentos por los vencedores, en pleno Berlín!

Esto será lo menos que sufra Alemania, despojándola, naturalmente, a ella y a Austria, de sus escuadras de guerra, que se repartirán entre los vencedores, como también sus colonias. Habrá ocupación militar hasta el pago total, según modelo germano de 1871.

Como se vé, el mañana del imperio alemán, es sombrío y terrible, por más vitalidad, cultura y pujanza industrial que tenga. Entonces recién se convencerá el pueblo germánico, cuán funestos le han sido el despotismo militar y su kaiser magnífico, que han llevado al desastre su prosperidad, su prestigio y su poderío.

¿No tengo razón de exclamar: *Poble Alemania?*

26 de Septiembre.

XIII

Alemania del porvenir

I

Violaciones del derecho de gentes

El episodio más repulsivo de las últimas noticias de la guerra actual, es la hazaña de un Zeppelin alemán, que al pasar por la frontera rusa arrojó una bomba de dinamita sobre la escuela de Bialystok, matando doce niños. Las demás crueldades y actos de barbarie perpetrados por los invasores germanos en Bélgica y en Francia, alegando disparos de armas por paisanos aislados, — protegidos como beligerantes por los tratados de La Haya subscriptos por Alemania, cuando promedia una invasión, — todos palidecen ante el salvajismo de lesa humanidad, sin atenuación alguna, de arrojar bombas explosivas sobre una escuela de niños inocentes!!

Las violaciones del derecho de gentes por las huestes del kaiser alemán, se repiten con demasiada frecuencia y bajo el comando de jefes superiores u oficiales bien responsables de sus actos, y conocedores de las leyes elementales de la guerra, sobre todo en un país de tanta

instrucción militarista. Estas circunstancias hacen temer que semejantes atentados contra la vida, el honor, las propiedades y hasta la libertad de los habitantes no combatientes, — responden a órdenes superiores para imponerse por el terror, a crueldades y barbaridades deliberadas, a enconos y rencores incontenibles.

No se trata de invenciones o de exageraciones de repórters, ni de impresionismo de personas sensibles o de partes de oficiales secundarios. Son denuncias de hechos ciertos, con violación de leyes y de tratados, que investigan, justifican y califican gobiernos serios, pasándolos en circular a los signatarios del congreso de la paz, para descalificar al beligerante que los ha perpetrado, con menoscabo de la moral y del derecho. Se trata de actos oficiales; así, el ministro de relaciones exteriores de Francia denuncia ante el mundo civilizado la siguiente orden dada por el general Stenger, jefe de la 58 brigada de infantería alemana: *"No hagáis prisioneros. Fusilad a todos los que caigan en vuestras manos, estén solos o en grupos. Despachad a los heridos, estén armados o no; pues los alemanes no deben dejar franceses vivos detrás de ellos."* (*La Prensa* del 26 de Septiembre).

Esta siniestra consigna contra el enemigo vencido, sin armas y hasta herido, es de la guerra bárbara, anterior al derecho de gentes. No es una genialidad o una crueldad aislada de un general terrorista, pues no aparece castigo severo por tan grave violación de las leyes de la guerra; más pareciera una penalidad germana, cuando considera vulnerado su honor, o cuando se trata de hacer prevalecer su imperialismo pretoriano: se recuerda que cuando el kaiser despidió a la columna alemana

que fué a reprimir los desmanes de China contra los extranjeros, los exaltó, como defensores del honor nacional, recomendándoles que *no hicieran prisioneros*!

En la guerra actual se han repetido ya entre otros atentados, hacer preceder a las columnas de ataque con grupos de prisioneros franceses, belgas o británicos, desarmados para que recibieran las primeras descargas de los aliados, y aun de ellos mismos, pues quedaban entre dos fuegos; y también se abusa de aprisionar vecinos pacíficos y transportarlos a las líneas de fuego para obligarlos a construir trincheras, o a lugares distantes en Alemania, para obligarlos, como esclavos, a levantar las cosechas de sus campos o a labrar las tierras.

Agregados estos hechos a los fusilamientos, ejecución de rehenes, incendios, ataques al pudor, contribuciones enormes y fulminantes, bombardeos de pueblos no fortificados, saqueos y derrumbes de edificios, sin necesidad de estrategia, como escándalos y crueldades de soldadesca sin ley ni disciplina, — y se comprenderá sin violencia la creciente antipatía del mundo civilizado y la natural aversión a un despotismo militar terrible y anacrónico. ¡Qué precedentes para cuando los aliados penetren a Alemania!

Pero estas son las manifestaciones odiosas de un imperio pretoriano ensoberbecido, que después de proporcionar a los demás países, durante muchos años, cañones, fusiles e instructores para la matanza en la guerra, aspira a la hegemonía mundial, sin respeto a los tratados, ni más normas que la voluntad del kaiser y las conveniencias de su imperio. Este ensayo de dominación universal, que seguramente será el más sangriento y des-

tructor de todos, por la perfección de las armas y por las masas enormes de soldados en tan amplios campos de batalla, ha de terminar, fatalmente, con la derrota del despotismo prusiano.

¿Cómo vendrá el desenlace de la terrible conflagración? ¿Cuánto durará la guerra? Tal vez en presencia de alguna gran derrota en Francia o en Prusia, se desprestigie el militarismo, y puedan los elementos avanzados del imperio, — socialistas, juventud estudiosa y las universidades, unidos a los conservadores, espantados con el incendio de la guerra, — hacer viable la paz, o transformar el gobierno revolucionariamente para llegar a la paz. El pueblo industrioso, paciente y fabril, estará ya en gravísima crisis de paralización y de miseria; y por más que el kaiser le haga creer que Alemania es el pueblo *elegido y él su profeta armado,* los rudos e inevitables desastres que sobrevendrán, lo han de convencer que ha sido mistificado, como los hebreos analfabetos del tiempo de Moisés, contra la enseñanza de sus sabios, artistas y literatos, que han enseñado a pensar libremente, y a menospreciar las explotaciones de la ignorancia y de la superstición.

Los buenos alemanes recordarán al fin las máximas profundas y saludables de su gran filósofo Kant: "Enseñad a pensar a los niños y no les enseñéis la moralidad, como si fueran perros. Es menester que los niños sean hombres y no máquinas". "¡Ay de los pueblos que tienen necesidad de un salvador!"

II

La nueva Alemania

Prescindamos de todos los excesos tan afligentes de la guerra actual, y supongamos celebrada la paz entre los escombros de la guerra gigantesca, desencadenada por el militarismo alemán. La nación germana, que sufrirá desgarramientos territoriales y crecidas indemnizaciones, como también un desmonte completo de su tren militarista amenazador, — tendrá que consagrarse a su reconstrucción interna, con orientación pacifista, bajo el patrón de armamentos reducidos, que se impondrá a todo el mundo al final de la crisis, como una necesidad suprema e instransferible.

Despreocupada de la tarea pesadísima de la paz armada y de los sobresaltos de la hegemonía pretoriana, — Alemania desarrollará sus magníficas aptitudes científicas, artísticas e industriales, con las que había alcanzado tan alto nivel, a pesar de las exigencias insaciables del kaiserismo que soportaba. Su prosperidad industrial, su comercio terrestre y marítimo por todo el mundo, — se reanudará poco a poco hasta normalizarse, pues eran características de su producción fabril, no sólo ser excelente y barata, sino acompañada de habilidad en la elaboración y en el comercio, con plazos y todo género de facilidades.

Sus universidades, institutos técnicos, escuelas industriales y artes aplicadas, seguirán su alta misión de investigaciones preciosas y de aplicaciones utilísimas a

todas las necesidades de la vida. La vasta clientela del comercio, el intercambio de inventos útiles, de descubrimientos científicos, de productos fabriles, las maravillas de su química industrial, y la gran autoridad de sus sabios de renombre, — todo ello ayudará eficazmente a resurgir de la *débâcle* con bríos semejantes a Francia, después del desastre a que la condujo otro kaiser de estirpe napoleónica. Tal vez sacuda los estragos de la guerra con más seguridad y rapidez, por las aptitudes, disciplina, laboriosidad y resignación, que la Francia de 1871. Alemania será la primera beneficiaria de la derrota de su kaiser y del militarismo.

De seguro que una orientación civil y pacífica de la nación alemana, aplicando a su progreso interior parte no más de las sumas fabulosas que le exigía el militarismo, — le va a permitir progresos sorprendentes y convalecer sólidamente de esta crisis terrible.

Los factores políticos internos no constituyen amenaza de anarquía ni de luchas geográficas, pues conservando la unidad actual o dando mayor autonomía a los Estados componentes, conseguirá un equilibrio estable, de conveniencia general. El socialismo, pacífico, evolutivo y bien disciplinado, será una fuerza muy apreciable para la reconstrucción, y, con monarquía liberal, con república o con alguna equilibrada *Confederación del Rhin.*

La nueva Alemania, bien orientada, con los arrumbamientos luminosos de sus grandes hombres, de Goethe, de Schiller, de Herder, de Leibnitz, de Kant, de Lessing, de Strauss, de Momsem, de Blunstchli, de Savigny, de Cock, de Bismark, de Wagner, — realizará progresos sorprendentes en las artes de la paz, con mayor brillo y

beneficio humano, que en el rol odioso de constituir el más vasto arsenal de máquinas de guerra, y de ser la primera institutriz en el arte y en la ciencia de enseñar las carnicerías de hombres, el exterminio y la desolación.

La Alemania del porvenir, constituirá una gran fuerza civilizadora central en Europa, cuando arroje su armadura bélica y se entregue al engrandecimiento pacífico, por el desarrollo de sus tesoros científicos, artísticos e industriales. Entendida en la paz con Francia e Inglaterra, su rol continental será brillante, amplio y expansivo, hacia las comarcas atrasadas, con la extensa cultura que ella tiene. Bajo la paz y la justicia, curan pronto las heridas de las guerras, cuando ha presidido un alto criterio para no exagerar el derecho de Breno. Los excesos del triunfo de 1870, deben enseñar para los ajustes de la paz, contemplando un porvenir de más justicia, derecho y libertad para todos.

Esta conflagración, tan intensa y extendida sobre el mundo, a parte de los horrores de la guerra y de las incertidumbres que suscita, — no sólo plantea con terrible interrogante los peligros de un imperio que pretende la dominación universal, sino que dejará montones de escombros y crisis políticas galopantes en vastas y pobladas regiones, como Austria, Rusia, los Balkanes, sin contar las agitaciones económicas que conmueven a todos los pueblos, y las crisis no resueltas en Inglaterra, España, Francia, Turquía y Portugal, sin contar el hervidero de América española, de China y aun del Japón. Para afrontar estos árduos problemas, que habrá que solucionar después de la paz y de la limitación de armamentos, — podrán ejercer gran influencia las naciones

sabias y pacíficas, con su ejemplo, con sus luces y con su poder docente; con sus capitales, con su prosperidad industrial y comercial, que suelen servir mejor que las cancillerías. La convalecencia rápida y vigorosa de la nación alemana, con su potente orientación mental, pacífica e industriosa, puede desempeñar un rol muy distinguido y eficaz en la ebullición contemporánea del mundo, en las transformaciones económicas, sociales, jurídicas, científicas y políticas, que preocupan y conmueven a todos los países.

Liquidada en esta guerra la pesadilla de la dominación universal, sus consecuencias inmediatas deben ser: limitación de armamentos; asegurar la paz; extender los casos de arbitraje obligatorio; respetar las nacionalidades y los tratados, descalificando ante el mundo a cualquiera que los viole; y fomentar la instrucción pública en todos los pueblos, para arraigar las nociones de derecho, de justicia, de fraternidad, del deber y de la libertad, condenando toda barbarie y crueldad.

La Alemania del porvenir, será un factor muy eficiente en la transformación y progreso del mundo.

1°. de Octubre.

XIV

El destino del Kaiser

Un personaje extraordinario

Eróstrato, ciego de ambición y perturbado de enagenación mental, quiso asombrar al mundo antiguo y prendió fuego al templo de Diana, maravilla arquitectónica de su tiempo. Con aquel incendio sacrílego, logró inmortalizar su nombre, pasando a la posteridad entre fulgores siniestros.

La conflagración mundial que presenciamos, los millones de combatientes que se exterminan, con saña de la guerra de Troya, empapando en sangre el suelo europeo a los relámpagos y estruendos de cañones formidables; los horrores contra poblaciones no combatientes; los saqueos, violaciones, incendios de templos y bibliotecas, derrumbes por la metralla, fusilamientos en masa de hombres , mujeres, ancianos y niños, porque se hizo algún disparo de los invadidos; la devastadora guerra por mar y por tierra, en los aires y bajo los mares; los explosivos derribando aldeas, hospicios y palacios, sepultando acorazados; las batallas interminables y mortíferas, sin parangón; en fin, esta ola roja enorme que avanza sobre

Europa, este incendio colosal, esta catástrofe que destruye nuestra civilización, ¿no representan a Guillermo II, a los tres mil años, como un Eróstrato siniestramente magnificado?

Por su alta gerarquía, por las proporciones incalculables de la terrible empresa acometida, y por los estragos que ya abisman, — merece trazarse los perfiles salientes del Eróstrato coronado, que desafía, con fiera audacia, al siglo XX y a la humanidad, creyendo alcanzar siquiera la inmortalidad trágica, en conmoción estupenda, sin gloria, ni justicia, ni virtud!

El Kaiser místico

A un antecesor salido de sus bosques para devastar el imperio ramano, cuyo paralelo parece no desagradarle, según dijo un ministro británico,—pretendió detenerlo el obispo de Troyes, en los muros de la ciudad consternada, dirigiéndole palabras inspiradas de mártir cristiano: *¿Quién eres tú, que conturbas al mundo y dispersas los pueblos como paja?* El invasor contestó con resolución imperial: *Atila, azote de Dios! — Pues bien, agregó el prelado, si eres el azote de Dios, prosigue a donde te impulse tu brazo;* y, descendiendo de la muralla, condujo de la brida el caballo de aquel otro iluminado a través de la población, con el desfile interminable de sus hordas. Felizmente, dice un cronista, una densa niebla envolvía a la ciudad dispersa a los lados del camino o avenida central recorrida por los hunos, y por esa circunstancia no hubo masacre y saqueo general.

Es notorio el misticismo de Guillermo II; y recuerdo que Castelar lo indicaba como un peligro para el futuro, al subir al trono alemán, después de aquel pacífico y filosófico Federico, malogrado por fatal enfermedad. El kaiser hace gala de su religiosidad; y en su yacht, cuando verifica cruceros por el mar Báltico, Jónico o el Adriático, oficia personalmente la misa, con los atavíos usuales, parte por devoción, y más aun porque Augusto, también había absorbido las funciones sacerdotales.

En su discurso al Reichstag, al pedir cuatro mil millones de marcos para la guerra a que se veía *forzado*, invocó la asistencia de Dios al pueblo alemán y su representación armada; intimando luego al pueblo desde el alcázar, que pidiera de rodillas al Altísimo el triunfo para las armas germanas. Casi no hay arenga, proclama o comunicación imperial, que no exprese su más estrecha vinculación a la divinidad; aun cuando esa idea fija, que eclipsa el mérito del valor militar de sus huestes, mereciera la más sonora carcajada de todos los filósofos, sabios y poetas alemanes, con Federico II y Voltaire a la cabeza; es decir, el mundo germano intelectual, dirigido por los dos genios del siglo XVIII, el genio de la guerra y el genio de la idea, tan estrechamente vinculados, para el bien de la civilización.

Pero sobre este misticismo del kaiser, le van a sobrevenir grandes conflictos en el otro mundo y aun en éste: pues va incendiando y desplomando a cañonazos catedrales famosas erigidas al Dios cristiano; va fusilando muchos sacerdotes; y días pasados los hulanos de la muerte han dado broma intolerable a los frailes de un convento de Bélgica; hicieron irrupción entre los claus-

tros silenciosos, con profanas groserías; desmantelaron la despensa y la bodega; robaron cuanto objeto de valor había; y entre las burlas más chabacanas, azotaron algunos frailes y los arrojaron a culatazos del convento. Como Guillermo mantiene embajador cerca del Vaticano, ya encontrarán alguna fórmula diplomática que concilie la conciencia del augusto jefe del catolicismo, como el obispo de Troyes negoció con Atila. Y, a propósito: los alemanes han ocupado, creo, dos veces durante esta guerra a la misma ciudad de Troyes, cometiendo desmanes propios de los hunos famosos.

Por otra parte, si el kaiser fuera representante armado de Dios, en los ejécitos de la República Francesa hay 20.000 frailes y sacerdotes, los más armados, formando parte de los cuerpos militares. Matemáticamente, 20.000 contra un solo agente de Dios, constituye una mayoría abrumadora; y cuantitativa o teológicamente, 20.000 católicos ordenados y con sotana, relegan a una ridícula superchería la pretendida misión divina del kaiser, que, además, es un herege protestante, excomulgado *per secula seculorum*... ¿Qué dirán las universidades germanas y los católicos del centro del Reichstag? Además, han masacrado los alemanes, *sesenta* clérigos belgas!

En fin, para el misticismo del kaiser, Alemania es el pueblo *elegido por Dios* y Guillermo su profeta flamígero. La incitación supersticiosa para enardecer los hombres a la guerra, no es nueva, ni exclusiva, ni siquiera ingeniosa. De ello abusaron los profetas hebreos, los Papas para todas las Cruzadas, la invocan todos los monarcas de derecho divino beligerantes, y, en América, fué más hábil Solano López, pues hizo creer a los paraguayos,

que los que morían en el combate, resucitaban en la Asunción celeste!

¡Fuera de duda, la influencia de las universidades alemanas sobre este asunto, acusa un progreso evidente, en filosofía y en ideas científicas de gobierno!

Estos germanos, siempre andan asociados a Dios, desde que salieron de sus bosques, en rústica barbarie; para todo presiden las invocaciones y plegarias a la divinidad; en sus costumbres, en sus solemnidades, en sus rapacidades bélicas, o *saqueos colectivos,* como suaviza la institución M. Viviani, en su magistral discurso al abrir recientemente el parlamento; pero el Dios germano no es el reformador divinizado poéticamente del cristianismo, modelo de dulzura, de mansedumbre, de justicia, de bondad, de paz y de fraternidad entre los hombres; que manda a Pedro envainar la espada; que ordena entregar la capa a quien la reclame, evitando la discordia y la violencia; que aconseja ofrecer la otra mejilla para recibir mansamente el afrentoso bofetón; que llama a los niños con ternura y protege hasta a la mujer adúltera contra las tropelías del populacho y de la soldadesca enfurecida; que predica la paz, la filantropía y la virtud; que muere, en fin, en la cruz de afrenta, perdonando a sus propios verdugos! No; el Dios de los alemanes es el terrible Odín, que preside una corte celeste marcial, ubicando en la gloria y en el Paraíso, solamente a los que mueren en el campo de batalla; proclamando así la perpetuidad y la la preminencia del estado de guerra, sobre la evolución social, sobre las artes de la paz, sobre la vida civil y permanente de los pueblos, sobre la cultura y la civilización, sobre los sentimientos y virtudes humanos.

El misticismo alemán, que pretende ser cristiano, es una colosal mistificación, como también lo es la moralidad de su fe, la fidelidad a los tratados subscriptos con el honor de su firma, sus sentimientos humanos, su respeto al derecho y a las leyes de la guerra, su cultura, en fin, pues se traduce toda la nación alemana en una expansión trágica de barbarie conquistadora, que espanta a las naciones y destruye la civilización: ¡He ahí el fruto de sus treinta y dos universidades y del mejor censo escolar!

El juicio de Dios — El Duelo

El misticismo germano, además de esta erupción belicosa para conseguir el dominio del mundo, ha logrado infiltrar inadvertidamente, en casi todos los pueblos civilizados, una costumbre bárbara, traída de sus bosques primitivos, que pervierte o sacrifica las nociones severas de justicia, de honor, de carácter, de deber, de derecho y aun de valor: el duelo singular.

Procede de su *juicio de Dios,* de Odin, quien presidía en espíritu el desafío de los combatientes, atribuyendo el triunfo glorioso y justiciero, al más diestro y fuerte para dominar o matar al adversario; aun cuando fuera el agresor, insolente, el victimario y el depravado, el vicioso sin virtudes ni carácter, el ultrajador del bueno, del honesto, del justo, de la mujer, de la hermana o de la madre! En el duelo, es decir, en el *juicio de Dios* germano, el matador siempre tiene razón; prevalece la violencia brutal o la destreza pérfida, que da el golpe de muerte sobre el más débil, abusando de la fuerza, o de la amenaza

engañosa, de una *finta* artística, mientras el acero aniquila el órgano vital desamparado. (La inmolación de Bélgica, el ataque frustrado, por traición, al flanco de Francia). ¿Hay en ello justicia, honor, carácter, virtud, valor? Es tal el arraigo de esta costumbre bárbara germana, que ha inmolado tantos hombres virtuosos, padres de familia y de talento, ultrajados por espadachines y matones, sin méritos ni dignidad, — que los pueblos modernos menosprecian como cobarde, a quien rehusa someterse a este *juicio de Dios,* por más que sea un monstruoso absurdo, desconocido de la antigüedad heroica y clásica, reprobado por espíritus selectos, como negación de moral, de justicia, de honor, de carácter, y aun de verdadero y plausible valor... Pero la *institución,* la *costumbre* germana del *Juicio de Dios* prevalece, como otros desatinos, por la *razón* con que San Agustín admite los milagros: *credo quia absurdum,* creo porque es absurdo!

En el duelo, como en todo, prevalece la astucia, el engaño, el golpe mortal, siguiendo el lema de Bismarck y de su raza: *La force prime le droit!*

En el duelo, de genuina cepa alemana, como en su derecho y expansión internacional, desempeña un rol importantísimo la invocación y ayuda de Dios, aun cuando haya grotesco engaño en la sinceridad y en el *modus operandi* de las *hazañas* germanas. Así, mientras los ejércitos del kaiser son un modelo de disciplina, de valor, y del poder destructor, con medios terribles y formidables, en proclama reciente dice Guillermo II a sus combatientes: "Es *evidente* que Dios ha ayudado a nuestras heroicas tropas. *A él solamente* se deben los honores de la victoria". Sólo un mistificador o un topo, puede atribuir

como *evidencia* y *solamente* a la ayuda de Odin o de Jesús, los esfuerzos valerosos del ejército alemán.

El duelo es el *Juicio de Dios* hasta matarse; Bismarck dicen que tuvo catorce duelos cuando joven; pero los universitarios alemanes en los lances de honor, sólo se hieren el rostro, pues quedan blindados, o neutrales (no como Bélgica), los brazos, el cuerpo y el cerebro, es decir, los órganos vitales, que reserva Odin, o el Estado, para las jornadas guerreras de la patria!

Esta evolución mística del duelo, no es por humanidad ni por asco al homicidio de los *caballeros,* sino para consagrar el sacrificio humano a las jornadas *gloriosas* de la guerra, que preside y ayuda con eficacia *evidente,* Odin, o un Nazareno convertido en Tamerlán!

Como se vé, el misticismo del kaiser, corre parejo con sus demás mistificaciones, que ensangrientan al mundo.

El Kaiser artista

Indudablemente, el emperador germano es un hombre de vigorosa inteligencia y de una actividad ejemplar para el trabajo; y como nunca pierde de vista algún gran modelo a imitar, tanto para el despacho de los asuntos de Estado como para aficiones divergentes, imita cuando menos a Federico II y a Napoleón I, genios y trabajadores infatigables. El primero gobernaba sin ministros, abordando personalmente todas las cuestiones de gobierno, sin olvidar la diplomacia, las finanzas y su mesa, rodeada de filósofos, poetas y artistas de fama, donde brillaba Voltaire, como astro de primera magnitud, junto

con el anfitrión; el segundo, a parte de sabios colaboradores en todo, veía con sus propios ojos hasta los menores detalles, consagrando sólo cuatro o cinco horas al sueño, y brillando su talento en concepciones tácticas, de diplomacia, y hasta en el consejo de Estado, al discutirse el código civil que lleva su nombre.

Guillermo II ha revelado aficiones artísticas múltiples, en oratoria, música, pintura, escultura y arqueología, dominando también los asuntos de Estado, y, dictatorialmente, cuanto se refiere al ejército de mar y tierra, que examinaremos luego. Como orador, ha hecho buenos discursos, con frases efectistas y trágicas, que han producido más de una vez dolores de cabeza al parlamento y al canciller; *tengamos la pólvora seca; afilemos la espada; Dios nos ilumina y empuja..., conocerán la pujanza alemana..., obligados a sacar la espada, la envainaremos con honor y gloria...*

Max Nordau refería con minuciosidad de detalles, las aptitudes musicales del kaiser, y la historia accidentada de su trato con Leoncavallo, para la composición de una gran ópera que inmortalizara en el arte la raza tudesca y su dinastía. De ahí proviene el *Rolando de Berlin,* que requirió ocho o diez años la preparación de su partitura musical, pues cada poco tiempo pretendía colaborar el emperador; se discutía mucho, se interrumpía la inspiración del artista y resultaban adefesios impresentables. Convencido al fin de haber perjudicado el trabajo, se reconciliaban; y, después de viajes recreativos para olvidar errores y disparates musicales, uno y otro, se reanudaba la composición, para volver a las andadas al poco tiempo. Leoncavallo no se apuraba mucho, pues estaba

bien extipendiado, aun cuando parecía imposible conciliar la inspiración con los caprichos de la vanidad. Resultado de aquellas disputas reproducidas cien veces, es la mediocridad de *Rolando de Berlín*. Pero el kaiser salió con su capricho: componía música!

Ha pintado también marinas y paisajes bastante pobres; y aun modelado esculturas poco presentables. En Corfú se consagra a las exploraciones arqueológicas, y hasta se cree autoridad en la materia, ayudado, naturalmente, como todo príncipe, de sabios y artistas ayunadores, que se eclipsan, frente a los triunfos aparentes de Su Majestad.

Por otra parte, se dice que cuando no le sopla la nota marcial ni las arrogancias dictatoriales, es un hombre sociable, de espíritu ocurrente y hasta simpático. En el fondo de su vanidad se habrá dicho: estoy lejos de Federico y de Napoleón como capitán; pero ninguno de ellos, ni Aníbal, ni César, ni Alejandro, compusieron música, ni pintaron, ni esculpieron nada!

Este kaiser ruidoso y exhibicionista, ¿lanzará al morir la exclamación clásica de Nerón: *¡Qualis artifex pereo?*

El Kaiser militar

Este es el hombre, según testimonios uniformes de su pueblo, de los extranjeros, de la prensa, en especial de la caricatura y de la gráfica, de los fotógrafos, de las revistas de ejércitos, de los cruceros marítimos, de las solemnidades teatrales donde luce sus dos cientos trajes vistosísimos, de las teorizaciones tácticas más laboriosas

y complicadas, de los aspavientos marciales más efectistas: La marcialidad es el perfil dominante del personaje, como también de Alemania; es el que acusa mayor relieve que aparecería excesivo, si no resultase deficiente ante el concepto real e histórico de un capitán, siquiera de un militar veterano. Sobre esta manifestación brillante, gloriosa y terrible de la humanidad, sin forzar el simil, podría decirse de Guillermo II, como Víctor Hugo del fraile Cimourdin del *Noventa y tres, "lo sabía todo y lo ignoraba todo";* "lo sabía todo con relación a la ciencia, y lo ignoraba todo con relación a la vida". Es decir, después de haber aturdido y deslumbrado a la curiosidad universal con sus aspavientos, maniobras y planes teóricos de guerras, — llegaba a la vejez sin haber asistido ni siquiera a una guerrilla de verdad; y el caso se presentaba grave para la fama anhelada, para alcanzar el pasaporte de gloria hacia la inmortalidad. ¿Qué hacer? Su gerarquía, edad y altísimo rango político, lo excluían del gesto heroico de Arcole, que inmortalizó el valor de Napoleón, ante su ejército y ante el mundo; si hubiera de trazarse otro plan de Austerlitz, donde se jugara el imperio, el mérito correspondería al estado mayor, por su función militar de altísimo comando y de contralor, hasta por la envidia humana que conspira contra los ambiciosos. Así, por exceso de figuración y por el rodaje acerado de la maquinaria bélica del imperio, la gloria militar no besaría la frente del kaiser. Y todavía resulta algo peor, se acusa ya a imposición propia de Guillermo II, — por menospreciar a los ancianos generales Joffre y Pau, y por la impaciencia de tomar París, — la derrota del Marne y el retroceso deslucido de las

dos invasiones a Francia y a Rusia, aparte de la derrota final inevitable.

Pero, dejando de lado la gloria marcial anhelada por el kaiser, es justo reconocerlo, que ha llegado a constituir una potencia militar de primer orden, llevando a su máximum de intensidad la organización concebida y preparada por Moltke, por Bismarck y por Guillermo I, bajo el modelo de acero que les dejó Federico II. Corresponde al kaiser actual, haber perfeccionado y agrandado enormemente las defensas militares terrestres del imperio; haber construído el canal de Kiel; fortificado en forma inexpugnable la isla de Heligoland; y creado en pocos años una escuadra poderosa de combate, sólo inferior a la de Inglaterra!

Reconocemos todos estos altos servicios rendidos por el kaiser a Germania, para salir airosa en cualquier guerra ofensiva o defensiva. Ha sabido conservar la fama que dejó en el continente a su ejército el Gran Federico; y dispersado sobre el mundo los instructores militares tudescos, como apóstoles del nuevo credo germánico, trazado por el exponente de la mayor energía de la raza: *"La force prime le droit"*, que se complementa admirablemente con la divisa del himno nacional: *Alemania sobre el mundo*...

Reconocemos algo más; el imperio germánico constituye el arsenal más vasto de cañones y fusiles; contiene las fábricas más grandes de todas las máquinas de matanzas humanas que ha inventado el ingenio de los hombres; ha provisto a las naciones de América, de Europa, de Asia y de Africa, de todos los armamentos que requería la previsión o la farolería internacional, frente al

dogma amenazante proclamado en Berlín, de extenderse sobre el mundo una hegemonia pretoriana. Y no es una referencia vaga sobre el rol de las fábricas de armamentos alemanes: la Argentina no más ha comprado cañones, fusiles, lanzas, sables y municiones por más de trescientos millones de pesos; Chile,, Brasil, Méjico, otro tanto cada uno; y las demás repúblicas gruesas cantidades menores.

Turquía ha vaciado sus rentas en Alemania para armarse hasta los dientes, e importar instructores tudescos; el Japón realizó grandes compras de armas; los estados balkánicos se proveyeron en Germania; otro tanto Suecia, Holanda, Noruega y aun Rusia e Italia, que compraron fuertes partidas de cañones y fusiles en Alemania. Donde no se operaba directamente, se vendía por contrabando, para hostigar a Francia, a Rusia, a Inglaterra y aun a Italia!

El imperio alemán proclamaba la necesidad de la guerra, con sus propios preparativos amenazantes, con su diplomacia; resistiendo todo pacifismo o reducción de armamentos navales, en cuya industria comenzó a proveer al extranjero; con las declaraciones de sus delegados en los congresos; con la doctrina guerrera o al menos inquietante de los discursos del kaiser, de los publicistas alemanes, de la prensa germana, insultante, provocativa y soberbia. La diplomacia alemana suscitaba las desconfianzas generales, y los aprestos marciales en todas partes.

Hay que reconocer, pues, que el kaiser Guillermo II y Alemania, tienen la triste y terrible gloria militar de haber incitado los recelos y odiosidades internacionales, proveyendo muy lucrativamente a todo el mundo, de parques formidables y de instructores para la matanza del género humano.

¡Nadie les disputará esta "gloria", que horroriza a la época contemporánea, y que será execrada por la posteridad!

El Kaiser sentimental

Este personaje fantástico, raro y excéntrico, es también un sujeto sentimental a su modo. Hace poco celebraban los diarios alemanes un episodio tocante del kaiser en uno de sus ejércitos combatientes, en medio del regimiento de caballería mandado por uno de sus hijos. El cuerpo había estado en la línea de fuego el día antes de revistarlo el Emperador. Preguntó al príncipe-coronel, en qué proporción había aprovechado sus municiones; y como éste respondiera que en el *ciento por ciento* de franceses muertos y heridos, el kaiser, con placentera sonrisa, dió un beso en la frente a su hijo, agregando que era para todo el regimiento!

Un leopardo ¿habría acariciado en otra forma el *debut* de su cachorro?...

Parodiando el misticismo de reyes cristianos, como Ricardo Corazón de León, Federico Barbarroja, Felipe Augusto y San Luís, emprendió un viaje a Oriente y Tierra Santa, sin las privaciones y peligros de los Cruzados, viajando con todas las comodidades y abundancias de un kaiser riquísimo, jefe de un imperio militar temible, huésped fastuoso del Sultán de Turquía, cuyo filón de provisiones, de armamentos y de jefes instructores, se explotaba ampliamente. Fué tratado a cuerpo de rey durante su jira por Jerusalén y estadía en Constantinopla, colmándolo de los obsequios más preciados, desde magní-

ficos caballos árabes, hasta riquísimas alfombras de Smirna; sedas, telas, encajes primorosos y piedras finas de gran valor; vasos de oro artísticos, únicos en el mundo, armas rarísimas, guarnecidas con rubíes, esmeraldas y brillantes; en fin, el kaiser y la emperatriz, hicieron espléndida cosecha de regalos, en cantidades y subido valor.

De vuelta a Berlín, era la oportunidad de retribuir tantas generosidades orientales con algo, sino equivalente, siquiera aproximado. Los personajes turcos conductores de los presentes enviados por el Sultán, fueron obsequiados con una revista militar, con visita a la fábrica de Krup, y con el encargo de llevar al Jefe del Imperio Mahometano, en retribución de las maravillosas regaladas,... dos estatuitas de veinte centímetros en marfil, del kaiser y de la kaiserina!...

El emperador Guillermo II estimulaba las hostilidades del Transvaal contra Inglaterra, y hasta felicitó a Krüger por la derrota y prisión del doctor Jameson, sublevado en favor de ésta; pero cuando la Gran Bretaña frunció el ceño y le avisó, en forma de desafío, que mandaba una escuadra a Sud Africa para doblegar la soberbia de aquellas repúblicas,—el kaiser se deshizo en explicaciones satisfactorias, llegando hasta obsequiar a Inglaterra con un plan de su estado mayor, para *someter* las repúblicas sud-africanas, alzadas por su consejo y con su aplauso; y cuando el pobre viejo Krügger, en la desesperación de su derrota, estimulado por la soberbia oda de Edmundo Rostand, vino a implorar ayuda de Europa, el inexorable destructor de Bélgica, no se atrevió a conceder, siquiera una sola audiencia a su aliado de la víspera, para desagraviar la irritación británica...

¡Así brillaba la amistad, el valor y la consecuencia, después de haber empujado al sacrificio a un puñado de valientes, en guerra desigual!

Pero convengamos en las virtudes notorias del kaiser, como buen padre de familia, austero y moral hasta la rigidez. Este relieve es tanto más apreciable, cuanto que en las cortes germánicas, frías y ceremoniosas, el protocolo no siempre encubre la virtud y el honor, — como lo prueban la tragedia de Meyerlink y las inmoralidades subidas de la célebre *Tabla Redonda,* del príncipe Eulemberg, Moltke y varios amigos íntimos de la corte de Berlín, que puso al descubierto un escandaloso proceso judicial hace pocos años.

El sentimentalismo del kaiser, es felino, estrecho, egoista y voluble. En vez de moralista era guerrero teórico, hoy terriblemente trágico!

Estas virtudes domésticas le dan prestigio social al kaiser, dentro de su nación y autoridad moral en el extranjero. Ahora mismo, un escritor atribuye la neutralidad de Italia a la influencia política que ejerce la reina Elena, atraída simpáticamente a Germania, por las virtudes domésticas del emperador. Habrá exageración en ello, pues los intereses de Italia están arriba de las prendas morales del kaiser, y el influjo de la reina, por su notoria inteligencia y buen sentido, son inseparables de las conveniencias nacionales de su país. Pero es justo reconocer el ascendiente moral que dan al kaiser sus virtudes personales como jefe de familia, cosa distinta de su moral política, dentro y fuera de Alemania.

En todo esto procede con *fe prusiana,* o sea, con *fe púnica.*

El Kaiser multiforme

El arrogante emperador germano, con bríos y resistencia admirable para el trabajo, atiende y descuella en todo, en cuanta fiesta y acontecimiento aparatoso ocurre en el imperio, siempre en apostura marcial, menos simpático que Jorge V, exhibido en grabado sencillo, jugando con un niño miserable en un hospital de caridad!

El kaiser es un personaje extraordinario, atrayente y repulsivo a la vez; meritorio cuando se le contempla presidiendo todas las manifestaciones del engrandecimiento de Alemania; cuando impulsa la instrucción pública y mejora las condiciones del pueblo trabajador; cuando fomenta el desarrollo fabril, industrial y marítimo; cuando ayuda los progresos científicos y la transformación edilicia e higiénica de las ciudades y aldeas del imperio; pero funesto cuando provoca e incendia una guerra colosal, por ambiciones de gloria militar y de predominio sobre las naciones, esterilizando cuanto hizo de bien; precipitándose con su despotismo pretoriano, de la grandeza material al vacío, entre días de sangre, luto, dolor, exterminio y maldiciones de la humanidad.

No es posible agotar en artículo de diario, los perfiles múltiples del brillante kaiser germánico, — exponente de las aspiraciones de una raza, — que, renegando del glorioso individualismo histórico, abraza el socialismo de estado; y, entre idolatrías orientales y cesaristas, aclama y obedece ciegamente, con *idolatría,* según confesión propia, más de cien millones de hombres, ,la aventura más sangrienta e incendiaria que registrará la historia, — decretada con gesto olímpico por Guillermo II.

Final del Kaiser

¿Cómo concluirá su carrera fastuosa el Emperador alemán, en la derrota que le espera?

Los más grandes capitanes, cuya gloria aspira, generalmente tuvieron un fin aciago. Sólo Alejandro murió en el esplendor, dejándonos al morir, con la indicación de sucesor, el criterio para elegir gobernantes: "al más digno!" Napoleón, después de costar sus guerras ocho millones de cadáveres, vencido y humillado en peñón lejano, muere de cáncer, cuando se consideraba con energías para perturbar y someter otra vez al mundo. César, cae asesinado al pie de la estatua de Pompeyo, en pleno Foro, distinguiendo entre los puñales de los conjurados, el de la persona más querida, lanzándole con amargura y al cubrirse el rostro, el apóstrofe clásico: *¡Tu quoque Bruto!* Aníbal, desterrado en Bitinia, en medio del más doloroso desencanto, se envenena por su propia mano. Federico II, en plena grandeza, murió de hidropesía a los 74 años, después de una vida accidentada, donde tuvo las más crueles alternativas de glorias, fracasos y desgracias, que le hacían llevar en su bolsillo, un pomo con veneno activísimo para suicidarse, de que estuvo a punto más de una vez.

Este será el gran modelo de Guillermo II; y por ello transcribo el resumen que hace Macaulay del estado de Alemania al fin de la guerra *gloriosa* de los siete años (ayudada por Inglaterra), pues hace resaltar el costo de las conquistas marciales:

"Seis años hacía que se hallaba Federico ausente de

Berlín cuando volvió para entrar en su capital triunfante, trayendo a su lado al de Brunswich. La multitud lo aclamó con entusiasmo tal, que se sintió profundamente conmovido, y poniéndose de pie en el carruaje, gritó varias veces: *¡Viva mi pueblo! ¡Vivan mis hijos!*

"Pero en medio de la pompa y de las demostraciones de alegría de aquella fiesta, veíanse por todas partes las huellas de los estragos terribles de la guerra. La capital había sido tomada y saqueada diferentes veces, y su población estaba en notable descenso. Así y todo, era Berlín la ciudad que menos había sufrido en el reino.

"Las contribuciones forzosas que tuvo que pagar la Prusia al enemigo durante los pasados siete años, ascendían a 500 millones de francos y el valor de los objetos destruídos excedía en mucho de esta cantidad: los campos estaban yermos; la semilla se había consumido en un momento de necesidad; ganado no existía, que las enfermedades y el hambre los acabaron; más de quinientas casas yacían en ruinas; la sexta parte de la población masculina, en aptitud de empuñar las armas, había sucumbido durante la guerra, y el censo total de los habitantes del reino, bajado un 10 por 100. En algunas provincias sólo se veían mujeres haciendo las labores campestres, y en otras cruzaban los viajeros aldeas abandonadas sin descubrir un solo ser viviente. El curso de la moneda sufrió depreciación considerable; las leyes carecían de fuerza, los magistrados de prestigio y de autoridad; los resortes del gobierno estaban rotos o distendidos; y el ejército mismo en completa desorganización, como que no había sido posible reemplazar los generales y jefes muertos en los campos de batalla, que al fin de la guerra

la falta de soldados hizo necesario admitir a todo el que se presentó con voluntad de alistarse y que se contaban batallones enteros formados de prisioneros o desertores.

"Tal quedaba de la Prusia, que treinta años consecutivos de paz y de buen gobierno, apenas parecían bastantes a cicatrizar las profundas heridas causadas por siete de guerra. Felizmente (lo que no se dirá hoy) la Prusia no había contraído deudas, sino soportado todo el peso de cargas onerosísimas sobre sus propios hombros, sin hipotecar su porvenir."

¡Ahí tiene Alemania el reverso de la medalla de las fantasías marciales de su kaiser; y eso que entonces dirigía sus ejércitos el primer capitán del siglo, y que contaba con la alianza de la Gran Bretaña!

Hay, sobre todo lo dicho, una amargura para Guillermo II: los capitanes mencionados, todos fueron apellidados *Grandes,* y al kaiser, preocupándonos de atenuar, quizá no resulten apropiados sino alguno de éstos: *Guillermo el Destructor,* o *Guillermo el Siniestro,* ya que hubieron apodos célebres: *El sanguinario, El inquisidor, El taciturno, El cruel, El temerario, y El rey sargento.*

Pero presiento que Alemania, regenarada del veneno pretoriano, tal vez castigue la memoria del kaiser, como los de Efeso el atetado de Eróstrato: *prohibiendo, bajo pena de muerte, pronunciar su nombre,* que al fin fué también una forma de inmortalizarlo...

¡Sic transit gloria mundi! ¿Será conveniente recordar las reflexiones de Hamlet sobre las *ilustres cenizas de Alejandro?* Alejandro murió; Alejandro fué sepultado; Alejandro se redujo a polvo; el polvo es tierra; de la tierra hacemos barro... ¿y por qué con este barro, en que él está ya convertido, no habrán podido tapar un barril

de cerveza? El emperador César, muerto y hecho tierra, puede tapar un agujero para estorbar que pase el aire... ¡Oh! Y aquella tierra, que tuvo atemorizado el orbe, servirá tal vez para reparar las hendiduras de un tabique, contra las intemperies del invierno"...

"Crees tú, Horacio, que Alejandro, metido debajo de tierra, tendría esa forma horrible? ¿Y exhalaría ese mismo hedor?" "¡En qué abatimiento hemos de parar Horacio!"

Sobre aquel crimen lejano de Eróstrato, que destruyó una de las siete maravillas del mundo antiguo y el in-incendio bélico del kaiser, deben recordarse las discretas palabras de Arnault: "La vanidad puede precipitar a una violencia semejante en favor del bien o del mal, a cualquier hombre atormentado. ¡Cuántos monumentos, cuántas ruinas comprueban esta verdad!"

El kaiser Guillermo II, debe encontrarse profundamente afectado e inquieto del porvenir, con el giro que toman los acontecimientos. En una extensa correspondencia de Berlín, muy favorable al emperador y a su pueblo, al hablar de las emociones de aquél, a los veinte días de haber empezado la guerra, se dice que *ha encanecido completamente en una semana.*

No logrará el predominio mundial ni la gloria, cuya ambición le ha hecho desatar los estragos sobre el mundo, sino que el dolor humano de millones de víctimas, la justicia histórica, y la protesta de los pueblos civilizados, han de perseguirlo y de execrar su memoria, hasta las más remotas generaciones!

9 de Octubre.

XV

La Fe Prusiana

No se trata de la fe religiosa del estado protestante, genuinamente luterano, con la rigidez y el fervor de un pastor inspirado, que practica el kaiser alemán, en sus viajes y campamentos, con el orgullo de considerarse muy superior a los católicos, gobernados dictatorialmente por el Papa. Tampoco se trata de la monstruosa contradicción teocrática del emperador, profeta *armado* de Dios, para dirigir al *pueblo elegido* por un Dios de perdón, de mansedumbre, de la paz, de la resignación, del olvido de los ultrajes, de quien abandona la capa al reclamante temerario, coloca la otra mejilla, y ama hasta a los mismos enemigos...

Me ocuparé en este artículo de la *fe prusiana* para cumplir sus obligaciones y compromisos internacionales, contraídos consciente y libremente en tratados solemnes, garantidos por el honor y el decoro de su firma; es decir, la fidelidad del Estado para cumplir y respetar sus deberes públicos, sin lo cual desaparece la entidad moral de la persona del derecho de gentes, en su progreso más

avanzado, y se retrocede al bandolerismo de tribus, donde prevalece el más fuerte y el más bárbaro.

Sobre esta materia tan delicada para la vida de relación de los estados, se observa la más peligrosa desviación moral en la historia política prusiana, en los tres momentos culminantes de su pasmoso desarrollo: cuando Federico el Grande emprende la conquista de la Silesia, y adquiere fama de temible capitán; cuando, bajo Bismarck, Guillermo I y Moltke, conquistan el Holstein y el Schleswig, derrotan al Austria y se yergue audazmente la hegemonía prusiana sobre Alemania; y al comenzar la terrible guerra contemporánea, para desplegar sobre las naciones la supremacía pretoriana del imperio alemán.

Observando superficialmente este fenómeno moral del engrandecimiento prusiano, se diría que estaba perseguido por una fatalidad destinada a manchar y a desprestigiar sus triunfos militares; pero bien mirado el caso internacional, se convence uno de que se trata de una profunda y arraigada inmoralidad política, cínica y sin escrúpulos, imposible de excusarla con la cultura y los progresos industriales, con el bienestar de las poblaciones y con el brillo y el prestigio de las victorias marciales.

Comprendo la gravedad de esta acusación, y debo apresurarme a comprobarla con la exhibición de los casos históricos que la justifican plenamente, distinguiéndose estas reiteradas violaciones morales en la expansión prusiana, de casos aislados en que han podido incurrir otros países, ofuscados por el error, el encono o la concupiscencia.

Federico II

Empezó por el caso de la Silesia, perpetrado por el Gran Federico. Este monarca de genio militar, filósofo y publicista, trazó de mano maestra en su *Anti Machiavelo,* la descalificación moral del gobernante que violara la fe pública, con estas palabras severas que le dedica Macaulay: "La obra de Federico era una diatriba sangrienta contra la realeza, la perfidia, la arbitrariedad, las guerras injustas, y, en una palabra, contra todos los vicios y crímenes que han merecido a su autor vivir en la historia y en la posteridad."

Las naciones europeas habían prometido a la emperatriz viuda María Teresa, respetar y garantir la integridad de su imperio, en parte por condolencia a su desgracia, y en parte por mantener el equilibrio político. Según Macaulay, "el rey de Prusia fué de todos los monarcas y estados, el que dió a la hermosa y joven reina de Hungría las mayores y más solemnes seguridades de amistad y protección. Sin embargo, Federico, el autor del *Anti Machiavelo,* había determinado cometer un gran crimen, violar los juramentos, despojar a la aliada a quien había prometido defender, arrojando en medio de la Europa la tea de la discordia y de la guerra, y al efecto reunió un ejército considerable con tanta presteza como sigilo, para invadir la Silesia mucho antes de que María Teresa estuviera informada de sus proyectos."

Listo para el asalto, dirigió a la emperatriz el siguiente ultimatum, muy parecido al de Guillermo II al rey de Bélgica: "Dejadme la Silesia y yo me obligo a defenderos

contra todos los que intenten despojaros de alguna otra parte de vuestro territorio"... "¡Como si antes no se hubiera comprometido a esto mismo, y como si la promesa violada, no anulara de antemano toda promesa ulterior!"

Para realizar esta conquista, se emplearon veinte y tantos años de guerras sangrientas; y Federico II asume cínicamente la responsabilidad de su atentado en estas palabras de sus *Memorias*: *"La ambición, el interés, el ansia de que hablaran de mí, fueron los móviles que me arrastraron a empeñar la guerra"*. Macaulay, enrostra al infidente una ingratitud. "Conviene también advertir que la obligación personal en que estaba con la casa de Austria era inmensa, pues debía, tal vez, la vida a la mediación del emperador Carlos VII, a cuya hija heredera se proponía despojar." Alude a la condena de muerte que el consejo de guerra del Rey Sargento Federico Guillermo I había pronunciado contra el príncipe Federico, por desertar a los brutales tratamientos paternos, que eclipsaban la dureza espartana.

Como la historia se repite, y ahora, a la sombra del gran capitán amigo de Voltaire, se incendia a la Europa con formidable guerra de conquista y de predominio mundial, conviene oir el juicio del historiador británico, sobre la jornada gloriosa del modelo: "Aun cuando la cuestión de la Silesia no hubiera tocado sino a Federico y a María Teresa, la posteridad habría calificado siempre la conducta del rey de Prusia, de odiosa perfidia; pero teniendo en cuenta las consecuencias que produjo, tan deplorables para todas las naciones europeas, su fallo debe ser aún más severo. Porque hasta el momento en que Fe-

derico rompió las hostilidades, no sólo parecía posible el mantenimiento de la paz (¡qué analogía con el caso actual!), sino seguro... la egoísta rapacidad del rey de Prusia, dió a sus vecinos el ejemplo funesto, y arrastrados como él de la ambición, perdieron por ella el instinto del honor; los fáciles triunfos de Federico los persuadieron de que nada sería más hacedero que desmembrar la monarquía austriaca, y el mundo todo corrió a empuñar las armas.

"¡Caiga sobre la cabeza de Federico (hoy de Guillermo II) toda la sangre derramada en aquella guerra, que tanto estrago y tanta desolación causó durante algunos años en todos los pueblos del globo, así la de Fontenoy (Lieja), como la de los Bravos montañeses asesinados en Culloden! (Lovaina, Dinant, etc). Porque su crimen fué tan grande, que sus consecuencias alcanzaron a los pueblos y a regiones en los cuales era completamente desconocido el nombre de Prusia; y que, para poder usurpar a un vecino a quien antes había jurado defender y amparar (¡qué analogía y que previsión de Macaulay!), hasta los negros se destrozaron en la costas de Coromandel, y los pieles rojas se escalpelaron a orillas de los grandes lagos de la América del Norte."

El famoso historiador inglés aplica merecido castigo de la posteridad a las conflagraciones bélicas injustas, sin moralidad ni fe pública, sanguinarias y de piratería internacional. ¡Qué se mire en ese espejo el kaiser alemán!

Bismarck

Pasemos a 1864. Por el tradado de Londres de 1852, entre las grandes potencias europeas, quedó garantizada

la integridad de Dinamarca, de que formaban parte el Holstein y Schlewig, y encargadas de mantener esa integridad Prusia y Austria. De improviso, estas dos naciones protectoras se apoderaron por las armas de esos dos ducados, bajo la inspiración del ministro prusiano Bismarck, con su célebre lema: *La force prime le droit.* Los guardaron en aparente aparcería, Austria el Holstein y Prusia el Schlewig; pero en momento oportuno, riñeron por el reparto del botín: el más bravo y poderoso, atrae para sí solo ambos ducados, en un zarpazo guerrero y rápido; Prusia obró con mucha celeridad y por sorpresa, invadiendo el Holstein, Hanover, Sajonia y Austria, bajo la dirección militar del general Moltke. Francia, Inglaterra y Rusia proponen una conferencia para solucionar el conflicto. Bismarck rehusa y suscita a su ex aliada Austria complicaciones en Venecia y en Hungría sublevada por Kossuth, mientras que avanzan los ejércitos prusianos irresistibles con el invento del fusil de aguja. Sadowa, donde combaten 400.000 hombres, da el 3 de julio de 1866, el triunfo definitivo a Prusia, consolida notables conquistas territoriales; marca el fin de la hegemonía alemana de Austria, que pasa a Prusia con la Confederación del Norte. Venecia se pierde por el tratado de Praga. La cabeza del germanismo pasa de Viena la católica, a Berlín la protestante.

El pequeño electorado de Brandeburgo, transformado en reino a principios del siglo XVII, está al frente de Alemania, y poco le falta para ser la primera potencia militar de Europa. Esa guerra, con violación escandalosa de la fe pública, de sus tratados solemnes y de la moralidad internacional, le permite anexar Holstein, Schlewig,

Hanover, Hesse, Nassau y Francfort, coronada con la hegemonía de la raza germana.

¡La force prime le droit! Prusia, como el Gran Federico era *engañadora y no se consideraba obligada por su palabra, más que en la medida en que podía sacar provecho de ella."* Para los políticos prusianos, era lema el programa de dominación del Rey Sargento y del gran capitán del siglo XVIII: *Todo partía del ejército e iba a parar al ejército.* Habría instrucción pública y servicio militar obligatorios, engrandecimiento industrial, código civil, universidades, aumento de población y de influencia política; pero con las manchas de la infidencia internacional y del despotismo pretoriano.

Guillermo II

Llegamos al conflicto bélico más formidable actual; y vemos al kaiser, fiel a las ambiciones, a la falta de moralidad internacional, y al predominio militar prusianos de su raza, reincidir en los mismos atentados sangrientos e infidentes de Federico II y de Bismarck; peor que Bismarck, pues éste respetó la neutralidad de Bélgica. No se respetan los tratados; se burla de la fe pública; no hay honor para la firma que promete solemnemente garantir la integridad del vecino y cumplir las convenciones de Ginebra y de La Haya; se desatan sobre el mundo todos los horrores de la guerra más exterminadora, sin leyes de humanidad ni civilización, por ambiciones insensatas de conquistas territoriales y de hegemonía mundial.

Con estos antecedentes se puede apreciar el derecho

internacional que impondría el kaiser si triunfara. Por lo pronto, los alemanes más impacientes aman el petróleo de Comodoro Rivadavia y el Sur del Brasil;... se imaginan que la inmolación, todavía impune, del vicecónsul argentino Himmer, y las crueldades consumadas contra belgas, franceses, británicos, serbios, rusos y montenegrinos, difundirán sobre el mundo un terror muy propicio para sus planes futuros, sin apercibirse que van contra la civilización y contra naciones poderosas, que rendirán por golpes y por asfixia del bloqueo, todas sus brutales arrogancias.

Pero... dando sentido práctico al lema de este artículo, debemos convenir que, después de dos mil quinientos años, aquella célebre *fe púnica*, se llama *fe prusiana*, corregida y perfeccionada por las universidades alemanas y por la civilización cristiana, del pueblo *elegido por Dios!...*

17 de Octubre.

XVI

Las Leyes de la Guerra

Violadas por los Alemanes

La conflagración europea, que ha convertido la parte más culta del globo en campo de exterminio, efusión de sangre y desolación, tiene también el privilegio de perturbar el criterio y las ideas corrientes sobre el derecho, justicia, leyes de la guerra y todo cuanto es prohibido por la humanidad, por la civilización y por el progreso de los pueblos. En cierta manera, esta guerra caótica confunde todas las ideas y empuja las sociedades hacia una marcada regresión de crueldades y barbaries, significando una quiebra completa de cultura, de sentimientos humanitarios y religiosos, de derecho de gentes y de justicia. Todo se enturbia y arremolina, confundiendo nociones fundamentales de garantías, de derechos, de ley y de justicia, — creyéndose que el estado de guerra es un eclipse total de cultura y de legalidad, donde son permitidas las hostilidades, sobre la vida, el honor, la propiedad y las familias.

Entre los horrores del mundo civilizado, Francia, Inglaterra y Bélgica, denuncian a todas las naciones los crí-

menes públicos contra el derecho de gentes que perpetra el imperio alemán, contra las reglas fijadas en conferencias suscriptas por sus delegados, haciendo víctimas de crueldades inauditas a los combatientes, a los heridos, a pueblos indefensos, a monumentos artísticos y de cultura, como templos y bibliotecas; a pescadores y viajeros pacíficos de la marina mercante, con bombas y minas, violatorias de la reglamentación de La Haya; al patrimonio de los particulares y de las ciudades, con incendios, cañoneos o exacciones bajo terribles amenazas, y muchas otras violencias penosas de relatar. Ya sea por táctica para desvirtuar esas acusaciones, o porque las naciones agredidas hayan cometido violencias personales contra heridos o alojados, el gobierno germano también proclama atrocidades de que han sido víctimas sus soldados invasores.

En presencia de hechos y de acusaciones tan graves, conviene aclarar las ideas sobre guerras justas e injustas, y acerca de las leyes de la guerra, como de sus violencias. Para ello citaré autoridades indiscutibles y acuerdos internacionales, o prácticas, instrucciones y costumbres humanitarias, que estaban ya incorporadas a la civilización, mientras que ahora aparecen sustituídas siniestramente por un resurgimiento de crueldades y barbaries.

¿Cuándo es justa la guerra?

El Rey de Prusia, Federico II el Grande, nos dice en su *Anti Machiavelo*. "Todas las guerras que no tengan por objeto rechazar a los usurpadores, mantener derechos

legítimos, garantir la libertad del universo, y evitar las violencias y las opresiones de los ambiciosos, no están conformes con la justicia". Cap. XXIX.

El célebre internacionalista Blunstchli, autor de numerosas obras respetables, profesor cincuentenario de las universidades alemanas, como también delegado del Imperio germano a la conferencia de Bruselas, que determinó las leyes de la guerra, define así la guerra justa: "La guerra es justa cuando el derecho internacional autoriza recurrir a las armas; injusta, cuando es contraria a los principios de este derecho". Artículo 515, *Droit international codifié*. En la nota, agrega: "Este principio no es solamente una regla moral, es un verdadero principio de derecho"... "los aliados deben su concurso cuando la guerra es justa; los terceros están autorizados a intervenir en una guerra inícua". En el Artículo 447, acentúa: "La condición necesaria de toda alianza militar, es una guerra justa"... "Los aliados no están jamás obligados a tomar parte en una guerra cuya injusticia es evidente".

Con tan ilustres opiniones, quedan caracterizadas la injusticia de la guerra provocada por Alemania y Austria, como la neutralidad de Italia y la participación de Inglaterra, en defensa de Bélgica atropellada brutalmente, por quien estaba obligada a protegerla.

Montesquieu, jurisconsulto francés eminente, define así la guerra justa, en su famosa obra *Espíritu de las leyes*: "El derecho de guerra se deriva de la necesidad y de la justicia estricta. Si los que dirigen la conciencia o los esfuerzos de los príncipes no se ajustan a aquélla, todo está perdido. Cuando se fundan en arbitrarios prin-

cipios de gloria, de bienestar o de utilidad, inundarán la tierra con ríos de sangre."

Y bien, apliquemos estas opiniones tan autorizadas a la conflagración bélica desatada sobre Europa por Guillermo II, que hizo tirar la primera piedra con el nonagenario de Francisco José, y cuando temió una inteligencia con Rusia o que prevaleciera la mediación de Inglaterra, se apresuró a declarar la guerra al imperio moscovita y a Francia. Después, entre explicaciones mentirosas, el kaiser y su canciller dijeron que la guerra procedía de haber sido asesinado el amigo del príncipe Fernando, de un odio a muerte entre germanismo y panslavismo, de rivalidad económica e intereses materiales intransferibles, de la sofocación de la paz armada, de la defensa del honor nacional, que nadie atacaba; al fin, este mentidero cambiante, se ve que disimulaba ambiciones y conquistas territoriales en Bélgica, Holanda y Norte de Francia, para seguir una guerra marítima de hegemonía mundial.

Federico II, Bluntschli y Montesquieu caracterizan de *guerra injusta* la provocada por Guilllermo II, y la descalifican ante el derecho de gentes, pues no responde a ninguna amenaza de *usurpación,* no defiende nada *legítimo,* no garantiza *la libertad,* no evita, sino que consuma *violencias y opresiones de ambiciosos* (según los conceptos del genio de su dinastía, Federico el Grande); mientras esa guerra inícua va contra los *principios del derecho internacional,* que censura el sabio profesor de Heildelberg; y es empujada por *arbitrarios principios de gloria, de bienestar o de utilidad,* que *inundarán la tierra con ríos de sangre,* según la frase lapidaria del autor del *Espíritu de las leyes.*

Queda así perfectamente caracterizada la conflagración del kaiser alemán, como una guerra injusta, inícua, sanguinaria, y en contra de los principios del derecho de gentes.

Las leyes de la guerra

Hay que insistir en nociones generales muy conocidas, vulgarizadas en todas las escuelas de derecho y en los tratadistas comunes, pues la nación que ostenta tantas universidades y excelente estadística escolar, atropella todo el derecho con su guerra terrible; confunde y perturba las nociones jurídicas y de justicia, y escandaliza al mundo con violencias, incendios, bombardeos, derramamientos de sangre y crueldades atroces.

Desde luego, es sabido que el estado de guerra se produce de nación a nación, no entre los habitantes de los países en conflicto; que la lucha se produce entre las fuerzas armadas del uno contra el otro; que esos ejércitos son reducidas minorías, comparados con el resto de población no combatiente, rodeada de derechos, de protección a las familias y a sus bienes, y amparada por la justicia y por la humanidad; que los mismos ejércitos pelean a destruirse, a someter por las armas un país al otro, hasta satisfacer el objetivo de la guerra; pero batiéndose con reglas de nobleza y de dignidad, eliminando felonías, traiciones, envenenamientos; asesinatos, ultimación de heridos, abusos de la cruz roja y de la bandera adversa; cañonear inocentes, templos, hospitales, bibliotecas, escuelas y monumentos, etc.; es decir, que los ejércitos modernos se baten hasta la muerte, pero solo los ejércitos, gallarda y noblemente, con bravura y dignidad.

La guerra, no obstante los progresos y las reglas de humanidad que la han suavizado, es siempre un azote y una desolación, que extermina hombres y cosas, sembrando odios, y, frecuentemente, dominaciones tiránicas. Aun reducida a los ejércitos movilizados, produce horrores; pero debiéndo mantenerse entre los ejércitos enemigos,— los no combatientes deben ser respetados en sus vidas, en el honor de sus mujeres y en sus propios bienes, salvo cuando se conviertan en agresores con armas o cuando el beligerante exige tributos de dinero, requisiciones o represalias lícitas; pero en casos tales, el enemigo se substituye al gobierno desalojado, y debe proceder con legalidad y prudencia: está muy lejos de ser dueños de vidas, mujeres y haciendas para cometer fechorías. Precisamente en la conferencia de La Haya se amparó como beligerantes y prisioneros a los paisanos, que en casos de invasión, hicieran armas, aunque no constituyeran cuerpos organizados, con jefes y uniformes; y ese convenio fué subscripto por los delegados alemanes, como lo ha recordado M. Poincaré.

De manera que los fusilamientos, saqueos, incendios, violaciones y crueldades odiosas que han cometido los alemanes en ciudades, aldeas y granjas de Bélgica, Francia y Rusia, — pretextando que al invadir, algunos paisanos hicieron fuego contra sus tropas, — son actos de barbarie e inhumanidad, contra los últimos progresos del derecho de gentes. Tal fué, según todas las versiones, la inmolación inícua del vicecónsul argentino en Dinant, que para la debilidad de nuestro gobierno, pareciera un crimen perpetrado en los antípodas.

El sabio Bluntschli

Veamos las severas reglas de la guerra que traza el sabio profesor de Alemania, Bluntschli, en su célebre *"Droit international codifié"*:

"El principio de la antigüedad, que el enemigo no tenía ningún derecho, es rechazado por el derecho internacional actual, como contrario a las leyes de la humanidad" 553. "Las guerras de extirpación y de aniquilamiento (Bélgica) contra los pueblos o razas susceptibles de vivir y desarrollarse, constituyen una violación del derecho internacional". 535. "Los representantes de la autoridad militar están obligados a respetar las leyes de la humanidad, de la justicia y del honor, así como los usos admitidos en guerra por las naciones civilizadas". En la nota a este artículo 542, agrega: "La tiranía y el despotismo militares consisten en el abuso de la guerra y en la violación de sus leyes. Cuanto más fuerte sea el poder militar sobre ciudadanos desarmados, tanto más se debe distinguir por su humanidad y por sus virtudes cívicas. La bravura y el honor no han consistido jamás para un soldado, en abusar de su fuerza; y los ejércitos civilizados deben honrarse a justo título respetando el derecho y las buenas costumbres. Es precisamente por ello que se distinguen de las hordas bárbaras". De seguro que el kaiser no frecuentó la universidad de Heidelberg, para recibir tan sabia y humanitaria lección.

"Si se autoriza, por ejemplo, la ocupación y aun a destruir casas particulares cuando se prepara una batalla, parece que la medida sería bárbara si se tratara de es-

caramuzas sobre puntos indeterminados". Art. 543, nota "Los consejos de guerra no deben proceder arbitrariamente y con pasión; están obligados a respetar las leyes fundamentales de la justicia". 548. "Las leyes de la guerra reprueban la infidencia de la palabra dada al enemigo, las crueldades inútiles, las devastaciones bárbaras, los goces inmorales y los actos de concupiscencia, prohibidos y castigados como crímenes comunes, en una palabra, todo lo que es contrario a las leyes del honor militar". Art. 550. "Las ciudades abiertas, que no oponen resistencia, pueden ser ocupadas, pero es prohibido cañonearlas sin necesidad". 554 bis.

"El sitiador debe, cuando sea posible, tomar las medidas necesarias para que las iglesias, hospitales, colecciones artísticas, etc., de una plaza sitiada, se salven durante el bombardeo". 554 bis 3.º (Lovaina, Reims, Dinnant, Arras, Termonde, etc.) "Los cónsules neutrales (caso Himmer) deberán ser considerados cuanto sea posible por la potencia conquistadora, y tratados como si hubieran recibido de ella el *exequatur*". 556. "Es prohibido recurrir al asesinato de un enemigo para obtener la victoria". 561. Es triste recordar la noticia, muy ratificada, de que un grupo de oficiales alemanes, vestidos con trajes ingleses, asaltaron la casa donde estaba el general Lehman para matarlo, lo que no consiguieron por la defensa de los oficiales belgas. Sería de desear que ello fuera inexacto; y de todas maneras, la forma gentil con que el general von Hemich pidió al heroico defensor de Lieja que conservara su espada al cinto, atenuaría algo aquella odiosa tentativa.

"Las naciones civilizadas no reconocen ahora a las

autoridades militares el derecho de disponer arbitrariamente de la suerte de los habitantes pacíficos del territorio enemigo, o de ciudadanos que forman en el ejército enemigo". 568. En la nota agrega: "Este derecho de vida y muerte sobre los enemigos, es contrario a la idea fundamental de la guerra; no está justificado por el objetivo de la guerra, y no es necesario el restablecimiento del orden y de la paz".

"Es una ficción monstruosa la que buscan los jurisconsultos, para justificar los actos de salvajismo de los combatientes". (Se recordará que los alemanes aplicaron esta arbitrariedad, a grupos de aldeanos belgas). "Los habitantes pacíficos del territorio enemigo, cuando no toman parte activa en la lucha, deben sufrir las consecuencias necesarias de la guerra y someterse a las decisiones de la autoridad militar victoriosa; pero no son enemigos propiamente dichos, y no pueden ser tratados como tales". 573. En la nota: "Si al contrario, se lleva la devastación al país, el vencedor, en lugar de encontrar allí un apoyo, y medios de subsistencia, encontrará a su paso, la desesperación y la venganza". "Las autoridades militares están obligadas a proceder con humanidad hacia los enemigos, a usar todo su poder para hacer respetar las leyes de la guerra, y, en caso de abuso, a castigar los culpables". 575. En la nota: "La guerra era todavía espantosamente bárbara en Europa, durante la guerra de Treinta Años y bajo Luis XIV. Las violencias más horribles, la tortura, la violación de mujeres, ocurrían diariamente. Todos estos actos de crueldad, están absolutamente prohibidos hoy día." (La denuncia de Poincaré y noticias reiteradas de barbaries cometidas por los alemanes, publica-

das hasta en *La Nación* del 23, demuestran que el sabio Bluntschli, representante imperial en Bruselas para suavizar la guerra, desconocía a sus discípulos germanos).

"La guerra, entre las naciones civilizadas, no puede tener por objeto la destrucción y la carnicería, sino solamente el restablecimiento o el mantenimiento del derecho. Es prohibido matar inútilmente aun al enemigo armado". 579. "Las tropas que combaten bajo uniforme, bandera o pabellón de sus enemigos, sin indicar lealmente, el partido a que pertenecen, no tienen derecho a que se les dé cuartel". 583. (Los ingleses y el general French, acusan a los alemanes de haber cometido este abuso). "No se puede matar ni herir al enemigo rendido". 585. Los rehenes *son tratados lo mismo que los prisioneros de guerra*". 600. "Los prisioneros de guerra no son prisioneros criminales; no pueden ser maltratados, ni obligados a ejecutar actos contrarios a su dignidad". 601. (Los alemanes han violado también estas reglas humanitarias).

Conviene aclarar con la palabra de este profesor alemán, el objetivo de la guerra, ya que se habla de un pueblo *elegido por Dios,* y dirigido por un kaiser inspirado por el dios cristiano En la nota del artículo 579, expone: "Antes se creía que el objetivo de la guerra consistía en perjudicar lo más posible al enemigo. Pero esto no puede ser el objetivo de una guerra, por más que pueda ser su consecuencia, porque la guerra es un medio de hacer respetar el derecho, y su propósito debe ser el establecimiento de la paz sobre nuevas bases jurídicas. El derecho no debe jamás servir para perjudicar a otro. Esta antigua teoría debe ser estigmatizada como bárbara. El cristianismo, que enseña a los hombres a amar los enemigos, el

derecho natural, que busca asegurar la existencia y la felicidad humanas, rechazan ambos este principio. Se viola el derecho matando enemigos armados, únicamente por satisfacer el odio, la venganza y el amor al lucro; los soldados enemigos no son bestias salvajes que el cazador mata cuanto se le presentan al alcance de su fusil. La vida de los hombres, no puede ser amenazada sino en caso de necesidad, y no para satisfacer pasiones, ni para gozarse con la efusión de sangre".

Al empezar esta guerra, el ministro alemán en Chile, exhibió como hábil estrategia del kaiser, costear la guerra destructora con los estragos a países extraños. Bluntschli, *Introducción,* condena esta teoría: "La máxima odiosa que *la guerra debe alimentar a la guerra,* y que los ejércitos pueden vivir en país enemigo a costa de los habitantes, — máxima reconocida durante la guerra de Treinta Años y en las guerras de la Revolución Francesa, — es hoy día rechazada por la opinión pública como una barbarie". Las ideas sobre la manera de hacer la guerra han cambiado de tal manera, que se ha erigido en principio la obligación de comprar y pagar al contado, hasta los víveres que el ejército necesita en país enemigo." Condena también las tropelías del alojamiento forzoso: "El honor de los ejércitos disciplinados y de la civilización aplicada a la guerra, exige el castigo severo de todos los abusos de este género". Exige el respeto de la propiedad privada. Pág. 44.

Como se vé, los procedimientos actuales de los ejércitos del kaiser, quedan muy mal parados ante las ilustradas doctrinas del internacionalista más reputado en Alemania, apoyadas en las célebres *Instrucciones para los*

ejércitos en campaña, de Lincoln, escritas por el alemán Dr. Lieber, en autores notables, en leyes diversas y en votos de conferencias internacionales, como las de Ginebra y Bruselas.

Convenios de la Haya

"Reglamentos concernientes a las leyes y costumbres de la guerra terrestre":

"La población de un territorio no ocupado, que, al aproximarse el enemigo, toma expontáneamente las armas para combatir los invasores, sin haber tenido tiempo de organizarse conforme al artículo 1°., será considerada como beligerante si tiene armas visibles y si respeta las leyes y costumbres de la guerra". Art. 2. "Las fuerzas armadas de los beligerantes pueden componerse de combatientes y de no combatientes. En caso de captura por el enemigo, los unos y los otros tienen derecho al tratamiento de los prisioneros de guerra". 3. "Los prisioneros de guerra: deben ser tratados con humanidad." 4. "Los trabajos de prisioneros, *no serán excesivos ni tendrán ninguna relación con las operaciones de guerra.* 6. (Ahora, a los prisioneros belgas les obligaban a cavar trincheras y después los fusilaban). Está prohibido: *emplear armas, proyectiles o materias propias para causar males supérfluos.* "Usar indebidamente del pabellón parlamentario, del pabellón nacional o de insignias militares y del uniforme del enemigo, así como de los signos distintivos de la Convención de Ginebra".

"Destruir u ocupar propiedades enemigas, salvo que lo exijan imperiosamente las necesidades de la guerra". 23. "Es prohibido atacar o bombardear, por cualquier

medio, ciudades, villas, habitaciones o buques que no están defendidos". (Hay muchas protestas de este abuso). En los sitios y bombardeos, deben tomarse todas las medidas necesarias para salvar, cuanto sea posible los edificios consagrados al culto, a las artes, a las ciencias y a la beneficencia, los monumentos históricos, los hospitales y los lugares de enfermos y heridos, a condición de que no se les dé objetivo militar". 27. (Lovaina, Reims, etc.) "Es prohibido entregar al pillaje una villa o localidad, aun tomada por asalto". 28. "El espía *infraganti,* no podrá ser castigado sin juicio previo". 30. (Mucho abuso sobre esto). "El ocupante de ciudad o villa, cuidará el orden y pondrá en vigor las leyes del país". 43. "El honor y los derechos de la familia, la vida de los individuos y la propiedad privada, como las convicciones religiosas y el ejercicio de los cultos, deben ser respetados". 46. (Parece que no se respeta nada de esto). "El pillaje es formalmente prohibido". (Se viola). "Ninguna pena colectiva pecuniaria o diversa, podrá ser aplicada contra las poblaciones por razón de hechos individuales, de que no podrían ser considerados como solidariamente responsables". 50. (Se ha abusado mucho de esto). "Ninguna contribución será percibida sino en virtud de una orden escrita y bajo la responsabilidad de un general en jefe. No será procedente, en cuanto sea posible, sobre esta percepción, sino hacerla según las reglas del asiento y de la repartición de impuestos vigentes". 51. Por el artículo 53 sólo se permite apropiarse dinero y bienes del Estado. Por el 56, los bienes del culto, de la instrucción, de artes y ciencias, se reputarán de propiedad privada, que siempre se debe respetar.

En la convención sobre *neutrales* hay este artículo 1°. *"El territorio de las potencias neutrales es inviolable.* (Traslado a Bélgica). *Es prohibido a los beligerantes hacer pasar a través del territorio de una potencia neutral, tropas o convoyes, sea de municiones, sea de aprovisionamientos.* Art. 2°."

Ya sabemos que el imperio alemán cumple religiosamente los tratados que llevan su firma, con fe *prusiana* y que respeta en la misma forma, la doctrina de sus jurisconsultos, sabios y filósofos...

Fiore

Pero... en Fiore encuentro referencias comprometedoras de los usos de la guerra actual y de los primitivos germanos: "Durante las sangrientas guerras de los bárbaros en la primera mitad de la Edad Media, retrocedieron las costumbres a la barbarie antigua. Los odios de raza enfurecían a los combatientes, y la falta de un gran desarrollo intelectual y el predominio de las costumbres belicosas, fueron la causa de que las leyes de la civilización y de la humanidad, fuesen casi desconocidas". Número 1229. "En los anales de la guerra no hallamos luchas más salvajes que la llamada de los Treinta Años. Aquella desenfrenada soldadesca que todo lo llevaba a sangre y fuego, que saqueaba, arruinaba y devastaba, presenta el espectáculo más deplorable. Parecía que la civilización había desaparecido y se había vuelto de un salto a la antigua barbarie. Las crueldades cometidas por los soldados de la casa de Austria en Bohemia, son punto

menos que increibles. Los húngaros que servían a las órdenes de Dampierre, quemaron siete aldeas, mataron hasta las mujeres en cinta, cortaron las manos a infinidad de niños y las llevaron como trofeos de la victoria"...

Se acusa ahora a los alemanes de haber cometido este crimen infame con varios niños belgas. Ojalá resulte falsa la acusación, para no desesperar del todo de la influencia del cristianismo, de las universidades y de la instrucción pública...

29 de Octubre.

XVII

Alberdi contra el Kaiserismo

Juicios, recuerdos y pronósticos

Nuestro ilustre compatriota, doctor Juan Bautista Alberdi, que se va destacando como el primer jurisconsulto de la América española y economista eximio, tuvo la oportunidad de presenciar la guerra franco-prusiana de 1870, o sea, la segunda expansión prusiana, que le valió la hegemonía entre los estados de la Alemania del Norte, y la fundación del Imperio Alemán, reduciendo a segunda categoría la preeminencia de Austria.

Alberdi residía en París, donde ejerció su profesión de abogado, desde que cesó su carrera diplomática con el triunfo de Pavón y la caída del gobierno de la Confederación. Presenció, pues, aquella guerra terrible entre la Prusia y el imperio francés de Napoleón III, que resultó vencido, prisionero y derrocado, proclamándose la República, la cual tuvo que liquidar la *débâcle* de la Francia, entre las dianas del formidable imperio naciente, con el desgarramiento territorial de dos provincias, y la más grande contribución de guerra de que había me-

moria, *cinco mil millones de francos!* con que se la creyó aplastar financieramente por veinte años.

Es conveniente conocer el juicio ilustrado del constitucionalista Alberdi, sobre la política internacional y los procedimientos guerreros que inauguró la Prusia en 1870, bajo la férula de hierro de los tres personajes fundadores de la unidad imperial alemana: Bismarck, Moltke y Guillermo I. El desarrollo sorprendente de Alemania en estos cuarenta y cuatro años; su prestigio militar reconocido en todas partes, y tomado como modelo en muchas naciones de todos los continentes; su diplomacia inquieta, sin escrúpulos e intrigante, para producir conflictos, de que, generalmente sacaba beneficios de amistades y enormes provisiones de armamentos; su expansión industrial y renombre científico, todo esto ha llegado a constituir una potencia de primera línea, formidable, temible y perturbadora del derecho internacional pacífico, substituyendo con amenazas y desplantes belicosos, las relaciones tranquilas de los estados, cultivadas con la parcimonia tradicional de la cultura diplomática.

La conflagración europea, ha producido una gran perturbación de intereses, ideas e instituciones, agravada en muchos países republicanos, de costumbres democráticas sencillas, de índole pacífica y civilista, con el error o la imprudencia, de orientar la instrucción de sus militares y de imbuir la preparación armada de sus milicias, con un espíritu pretoriano absorbente y dominador, que perjudica los intereses sociales y económicos del país, y sobrepone la influencia militarista, en el gobierno del pueblo soberano. Se comprende el daño de esta perversión republicana, cuando se piensa que las naciones vi-

ven para su desarrollo pacífico, siendo la guerra una excepción, siempre perjudicial aunque haya que admitirla como una eventual calamidad; y cuyo tratamiento debería ser transitorio, sin sacrificar el desarrollo normal y permanente de las sociedades.

¡Kaiseristas Argentinos!

En tales países, se reagrava el peligro, cuando al fermento militarista nocivo, se agregan las teorizaciones de publicistas y de políticos excéntricos, disfrazados como germanófilos, cuando son kaiseristas, es decir, del peor militarismo antidemocrático. Empinados en su figuración relumbrosa, y en un atoramiento enciclopélico, sin lógica, ni principios, ni elocuencia, pues resulta fatuo y contraproducente,—pretenden mistificar la opinión pública, colmando de alabanzas al insolente despotismo militar prusiano, que pisotea leyes, principios y costumbres humanitarias, con la brutalidad de sus atentados. Las democracias libres de América, deben aclamar y ayudar al triunfo del pretorianismo opresor de Alemania, porque tiene 32 universidades, el mejor censo escolar, infinidad de institutos técnicos e industriales, las mejores escuelas militares y navales, ejércitos innumerables, la mar de fortalezas, escuadras aterradoras, sabios, artistas, inventores, la mayor suma de sabiduría, aun cuando todos esos esplendores se avoquen al naufragio moral, jurídico y diplomático de una guerra de exterminio y de exacciones; fría y alevosamente preparada; emprendida con violación de la fe pública, de neutralidad jurada, de leyes hu-

manitarias prometidas en tratados y conferencias obligatorias, al amparo del honor de las naciones; iniciada arteramente por el kaiser, y llevada a la práctica con lujo de efusión de sangre, fusilamientos, incendios, depredaciones en salteos privados y por sumas enormes a las ciudades inermes o vencidas; destrucción de monumentos consagrados, y crueldades indecibles con mujeres, ancianos y niños aterrorizados; bombardeos a ciudades abiertas, sin previa intimación, atentados contra heridos y aun contra la Cruz Roja; el vandalismo desatado contra Bélgica, país cultísimo y pacífico, a quien se debía amparar; las iniquidades cometidas en Francia, Polonia rusa y Serbia; avocarse a estos horrores los portentos que se alaban de la *civilización germánica,* — como la demostración de sus panegiristas, — trae a la memoria la filosofía de aquella moraleja: *Si de tus estudios este es el fruto... ay, ay que bruto, ay, ay que bruto!...*

Entre los kaiseristas argentinos trasnochados, no falta algún Galeno, que en su actuación universitaria, aplicó más de una vez durezas y arbitrariedades de estilo prusiano, que le crearon generales antipatías. Su lógica es rara, y sobra petulancia: aquí han habido buenos funcionarios públicos descendientes de alemanes (otros malos); en Germania hay mucha instrucción; su kaiser fué un sacerdote de la paz durante 26 años (aunque haya fomentado muchas guerras, el espíritu bélico y proveído al mundo entero de armas y máquinas de matanza); se reedita la farsa de que Guillermo II y Francisco José, han sido *forzados* a ir a la guerra (cuando consta a todo el mundo que son los verdaderos promotores del mayor incendio bélico que registra la historia); y siente que los

militares argentinos, educados en Alemania, no puedan *apagar los fuegos* del *escritor, que no sabe alemán, ni mucho menos de Alemania y de sus cosas.*

¿Quién no compartirá con el Galeno su admiración por el despotismo militar prusiano?

La palabra de Alberdi

Se hace indispensable la autoridad del célebre escritor argentino, cuya obra *El crimen de la guerra,* se publicó en inglés hace poco tiempo, figurando en el tomo segundo de las impresiones póstumas. Es admirable el espíritu de observación, la crítica histórica, los juicios candentes y lapidarios contra el despotismo militar que se levantaba amenazador en 1870. Alberdi conoce a fondo la historia general, la contemporánea, y señala los peligros que entraña para el futuro, la preeminencia de un pueblo férreamente disciplinado para dominar por las armas, sin vallas morales, ni jurídicas, ni humanitarias. En los juicios y recuerdos de Alberdi sobre la hegemonía prusiana, y acerca de su actuación política y guerrera, — se pintan a lo vivo los atentados del presente y recuerdan los horrores de la victoria con que se amasó el imperio alemán. Para abreviar el artículo, insertaré sin comentario, sus juicios y conclusiones:

"El crimen de la guerra vivirá eternamente como un derecho, mientras no se castigue en todos y cada uno de sus cómplices".

"¡Qué inmensa y poderosa consagración la que va a recibir del ejemplo de la Prusia, la vida de guerra in-

acabable en que pasa su tiempo la América del Sud!"... "Tiene más derecho el poder que tiene mejor y más numerosa artillería, y la táctica militar es la mejor política, según el ejemplo de la Prusia".

"Lo más calamitoso de la guerra que la Prusia hace a la Francia, es la autoridad y sanción que reciben del ejemplo de un gran país civilizado, las prácticas bárbaras y feroces de la guerra, tales como las requisiciones o saqueos oficiales de las ciudades invadidas; el bombardeo y el incendio de las ciudades como medios permitidos de obtener satisfacción; la calificación y tratamiento de bandidos, culpables de crímenes ordinarios, a los ciudadadanos, que oponen su resistencia de tales a las agresiones militares ejercidas contra ellos; y por fin, la resurrección del espantoso *derecho de conquista,* la adquisición a título de más fuerte, la apropiación de lo ajeno por la fuerza de la espada". "La Prusia pone en práctica y en favor este sofisma desastroso: Hago la guerra, dice su gobierno, a los militares, no a los ciudadanos; pero el ciudadano francés que resiste al rey de Prusia en el suelo francés, se hace culpable del crimen de bandalaje punible de muerte". Pág. 264.

Sabido es que la conferencia de La Haya, amparó como beligerantes a los paisanos que hacen fuego contra el invasor; y Prusia en 1870, como ahora, ha fusilado despiadadamente a los belgas y franceses que resistían con armas la invasión; no sólo a los que hacían fuego, sino a grupos de inocentes. Se elogia mucha el conocimiento del derecho en Alemania. Oigamos a Alberdi: "¡El derecho! Dios nos libre de los que no saben renunciarlo. Es porque la Alemania moderna es la patria del

derecho, que venía un rey de Prusia quemando y talando las campañas de Francia, con los consejos del doctor Bismarck, que le demuestra a cada estrago, cómo el derecho lo permite y autoriza. También fué Roma el pueblo clásico del derecho en otro tiempo, y, sin salir de sus preceptos, fué el azote del mundo." 266.

Alberdi se subleva contra la muerte de inocentes y contra el espionaje prusianos, de que abusó en 1870 y ahora: "El sitio ha substituído al asalto, es decir, la muerte fácil y segura, dada a las mujeres, a los niños, a los viejos, en lugar de matar soldados, con riesgo de ser muerto en asaltos y batallas. El incendio ha sido empleado como el medio de evitar lo dispendioso y molesto de los sitios, bombardeos y asaltos, para tomar posesión pacífica de las ciudades, sin más que un poco de petróleo, un hisopo y algunas pajuelas. El espionaje ha sido empleado como el heroico y eficaz auxiliar de la alevosía o certeza del golpe para garantir la propia impunidad"... "Con la herramienta de la vieja guerra, el gobierno feudal de la Prusia podrá resucitar las armas de la inquisición y del jesuitismo aplicadas a la política internacional. Es el peor y más desastroso lado de la guerra bárbara, dicha guerra moderna; porque el incendio, el asesinato, el pillaje, el bombardeo, destruyendo a los pueblos agredidos, les dejan al menos su alma intacta; pero el espionaje, la corrupción, la intriga, acaban con la vida misma del país, que reside en la moralidad de sus costumbres, en la rectitud de su carácter." 270 y 271.

"Es la guerra moderna y civilizada, hecha a la prusiana. No puede ser calificado de bárbaro (defensa de los germanófilos) lo que se ha practicado por el país

más instruído y sabio de la Europa, haciendo la guerra no a salvajes sino a sus rivales en cultura". 274. "Al contrario, la Prusia hace la más antigua de las guerras modernas, que es la guerra romana, con lo que tenía de más inconciliable con la justicia: la conquista, el derecho cínico y desvergonzado de la victoria pura, la ley de la fuerza material y brutal, empleada sin mèdida, en el interés de su preponderancia en el mundo." "Vestid como queráis el cuerpo del crimen; dadle túnicas de oro y coronas de diamantes; ornadlo de los más sonoros y hermosos nombres, el crimen de la guerra será siempre un crimen, aunque el criminal se llame Julio César, Napoleón I." (Guillermo II). 275.

"Después de cultivar la ciencia del derecho, los alemanes se han dado con el mismo ardor y buen éxito a estudiar la ciencia de la fuerza, es decir, la ciencia de la guerra, de que han hecho su segunda religión, su vocación suprema, su medio de engrandecerse y gobernarse, dentro y fuera de su suelo". (Oh talento de Alberdi!).

"El doctor Bismarck es el descendiente legítimo de los Hugo, los Niehbur, de los Savigny, etc. Su política de guerra y de conquista no es la de Maquiavelo sino la reproducción casi servil de la política romana, con sus codicias, su cinismo, su duplicidad, su inmoralidad, que Maquiavelo, gran romanista él mismo, aprendió estudiando la historia romana, de que ha dejado grandes pruebas... Tenía razón Tocqueville, de ver un peligro para los tiempos democráticos, en el cultivo y los ejemplos del derecho romano. No hay pueblo de *raza latina* que represente hoy la idea romana del Estado con más exageración que la Prusia, donde el individuo se absorbe

y desaparece en el panteismo de la *patria*, representada y personificada en el rey (imperatore). Mientras que los *germanos* de origen toman a Roma el genio de su gobierno, la Inglaterra deduce el suyo de las costumbres libres de los antiguos germanos, que abandonan sus descendientes habitadores de su mismo suelo, a las orillas meridionales del Báltico". 279. (Pincelada admirable, digna de Montesquieu).

Veamos la Prusia inexorable: "De este crimen judicial se hace culpable la Prusia, infligiendo a la Francia un castigo cien veces más grande que la falta de que esta nación ha podido hacerse culpable (1870) por su provocación, atendidas estas circunstancias: 1ª. que la guerra tiene por techo el cielo de la Francia, no el de la Prusia, es decir, que la Francia la costea y la paga. 2.ª Que las ciudades y las campañas de Francia son devastadas, mientras que Alemania conserva intactas las suyas (como hasta ahora). 3.ª Que Alemania ha obtenido cuanta satisfacción podía apetecer la nación más orgullosa, en el hecho de destruir los ejércitos franceses, ganar todas las batallas, capturar al soberano, producir una revolución contra la dinastía responsable de la guerra, arrojada en el destierro, capturar 50 generales, 4000 oficiales, 100.000 soldados, matar otros tantos en sitios y batallas, y ocupar muchos departamentos del país invadido. No darse por satisfecho con todo eso y venir todavía a sitiar y a quemar a París, es convertir el castigo penal, en crimen de lesa humanidad; cambiar el rol de juez en el de bandido; dar derecho anticipado a su víctima para ejercer todas las venganzas en lo venidero; hollar la justicia en vez de defenderla y ejercerla; pervertir y corromper el derecho in-

ternacional". 282. ¿No se perciben en estos párrafos del autor de las *Bases,* el látigo de Voltaire y de Pascal?

¡Qué coincidencia a través de 44 años! "Y el arma natural de esa plaza fuerte (*la masa espesa y condensada de un ejército*) que camina, es el cañón, arma definitiva de la guerra moderna, en tierra, como ya es en el mar, desde que existen esas otras fortolezas andantes que se llaman buques de guerra. En efecto, toda la originalidad de la guerra tal como la hacen los prusianos en 1870, consiste en la preeminencia dada al cañón (42 centímetros) sobre las otras armas." 288.

"Enterrar la víctima, para garantizar la impunidad del asesinato: he ahí la gran política de Prusia. Es la repetición en gran escala del crimen de Pantin, que empezó en Alsacia, cabalmente, para acabar en los suburbios de París. También dijo Troppman que había obrado en su propia defensa. También exterminó a todas sus víctimas para asegurarse". 290.

Sobre la táctica preferente de los alemanes, de asaltar ciudades y aldeas, trae Alberdi estas consideraciones: "Las ciudades deben defenderse en los campos de batalla, no en sus calles y plazas. Las casas no son máquinas de guerra. Los niños, las mujeres, la familia, se defienden por los soldados, que pelean por su causa en los campos de batalla; pero un soldado que se parapeta en los respetos debidos a la debilidad de los niños, de las mujeres, de los ancianos, es, con corta diferencia, como un soldado que busca la seguridad en el disfraz de un traje de mujer. Es verdad que de ese crimen es cómplice el enemigo que tira a su enemigo refugiado entre esas casas santas que se llaman los niños, las mujeres, los ancianos. Entre

los romanos, el enemigo refugiado en un templo, es inviolable; ¿por qué la familia, entre los modernos, no sería ese templo, de asilo inviolable contra el incendio y las balas?"

"La Prusia, v. g., puede ganar mucho en esta guerra que hace a la Francia en 1870; pero todas sus conquistas territoriales no valdrán lo que pierde en la opinión del mundo civilizado por sus incendios y requisiciones y fusilamientos y bombardeos de ciudades inofensivas. (La historia se repite!) Ella olvida que se las tiene con una nación, cuya lengua es el latín moderno, que habla al mundo entero; y que sus quejas son oídas en los extremos del mundo, a donde las lleva su marina, su comercio, su genio simpático, que la Prusia no posee. París, v. g., es necesario al mundo entero, que sin él no podría vivir mejor que si se privase a cada país su capital. Para Alemania misma, París es más esencial que Berlín, equivalente a una cuarta parte de París y sin ninguno de sus atractivos."

"La Prusia no puede justificar sus requisiciones, que son el robo y el botín romanos, restaurados en pleno siglo XIX (y XX), diciendo que su base de provisiones está lejana; porque se le dirá ¿a qué se internó sin necesidad mayor en Francia, si debía ser a esa condición vergonzosa y salvaje? El crédito, la opinión, el concepto que dan autoridad y repetabilidad moral a un gran pueblo, no son de desdeñar en el mundo; y el monarca de Prusia nada gana con ser tenido por el mundo neutral y más civilizado, por un monarca cruel, avaro, orgulloso, bárbaro, en el sentido histórico de la palabra, pues la guerra se hace bajo su mando, a su vista, en su presencia, por sus órdenes personales y de las personas de sus prín-

cipes, que lo secundan en su conducta militar." (Tal como ahora). *293*.

"Hacer al francés un *crimen ordinario* de su patriotismo, que es una virtud, es el colmo de la inmoralidad con que un gran país puede manchar su política militar. La división abstracta del hombre en tres personas distintas y un solo hombre verdadero, a saber: el hombre, el ciudadano, el militar, es una cruel y feroz superchería, si se ha de aplicar como lo ha hecho Prusia en su campaña de Francia. El ciudadano francés ha sido tratado como *amigo* a condición de dejarse saquear y atropellar en todos sus derechos privados; y como *bandido* y *salteador* punible de muerte, si osaba defenderse y cumplir sus deberes de ciudadano honrado. La traición ha sido respetada como *virtud* y la *virtud* castigada como *traición.*"

"La Prusia ha perdido desde Sedán hasta París, doble de lo que ganó desde el Rhin hasta Sedán: ha ganado en deshonor dos veces más de lo que ganó en gloria, que es mucho decir, porque su gloria de quince días, fué sin ejemplo en la historia militar del mundo civilizado. ¿Considera ella un progreso de civilización el plagiar a la Francia de Napoleón I, es decir, a la Francia de ahora sesenta años? Si el mundo ha condenado los excesos militares de Napoleón I, ¿por qué trataría de mejor modo a un soberano viejo (ya lo es Guillermo II), sin lustre, ni brillo, que no representa por sus atentados militares, sino el viejo régimen europeo del gobierno de derecho divino?... Se sabe que el régimen político de este país (Prusia, oiganlo bien los demócratas americanos kaiserófilos), tiene la contextura de un ejército de línea; y su constitución política, es más bien una ordenanza militar

en que todo reposa sobre el principio de la obediencia ciega del soldado. Pero si no existiese una disciplina superior, que reside en las almas y en los corazones hacia un objeto de amor supremo, — como la patria o la libertad, por ejemplo, — cómo se explicarían los ejércitos franceses del primer cónsul y los ejércitos republicanos de Bolívar y San Martín, que sirviendo a repúblicas informes, vencieron a los ejércitos que reflejaban el orden severo de las viejas monarquías? La verdadera disciplina reside en la subordinación fuerte de todas las voluntades hacia un objeto de común adoración o devoción: ella gobierna y rige en el seno del caos mismo." 294 a 296.

"La Prusia ha buscado en Francia un objeto interior de los pueblos alemanes: La unidad de la Alemania alrededor de la Prusia, o la Prusia agrandada con otro nombre: la prusificación de los alemanes." 296. Alberdi prevé desde 1870 las ambiciones territoriales de Prusia, en Suiza, Bélgica, Holanda y Dinamarca, "necesarios para sus puertos y sus colonias, para la transformación improvisada de la Prusia en gran poder marítimo", y se pregunta "¿Quién le estorbaría estas conquistas una vez abatido el poder de la Francia? Sólo Inglaterra y es para remover ese obstáculo de mañana, que la Prusia induce a Rusia a romper el tratado de 1856, en busca de una querella de Alemania". (Ahora subleva a Turquía y al fanatismo musulmán). 301.

"No hay nación, por culta y civilizada que sea, que no esté expuesta a caer en los excesos de la barbarie, desde que se hace legisladora y juez de su propia causa y de la de su enemigo". 307. "Un gran táctico debe saber que el arma más poderosa en la guerra, es la moral de la

guerra. ¿Ha probado Molke conocerla, emprendiendo el pillaje, el incendio, el bombardeo, el sitio por hambre de las ciudades capitales? Por completo que sea el éxito de la guerra obtenido por esta táctica, dos cosas faltarán siempre a su perfección: la gloria y el honor! Jamás puede hacer honor a la ciencia de la guerra, una táctica que admite la destrucción fría y metódica de los pueblos y de las propiedades privadas, que son la base del orden social, ajeno siempre a la guerra política. La táctica que emplea los cañones y las armas destructoras para matar niños, mujeres, ancianos, enfermos, sepultándolos vivos entre las llamas (Lovaina, Lieja, Reims, Amberes, Arras, etc.) y ruinas de ciudades bombardeadas, con el objeto de vencer al enemigo, muestra dar más valor al éxito de la fuerza mecánica, que a la virtud moral del coraje militar." 309.

El caos y la perversión de ideas producidas por el imperialismo alemán, pretenden justificar la guerra del kaiser por exigencias de la paz armada. Sintamos el látigo de Alberdi: "Cuando compro un fusil, no compro el derecho de matar. El que me lo vende, me deja la responsabilidad del uso que haré de él. Tener un ejército irresistible, no es tener derecho de conquistar el mundo a cañonazos. La guerra, sin la moral, sin el derecho, es el crimen organizado, armado, y constituído en ley del mundo. La guerra entendida y usada de ese modo, puede suponer en el país que así la hace, toda la instrucción que quiera; pero su civilizacción no es igual a su instrucción. Ejemplos: un paisano de Alemania puede ser más instruído que una dama de París, pero no será más civilizado. El pueblo inglés es menos instruído que el pueblo

alemán, pero es más libre y más civilizado... Todos van a estudiar la instrucción popular en Prusia. Lo que vale esa instrucción para la verdadera civilización del mundo, lo está probando el espectáculo de la guerra de 1870 (y de 1914)... El poder actual de Prusia, es la obra de la Francia de 1806. La Prusia de 1870, está haciendo el poder futuro de la Francia mil veces más fuerte que ha llegado a ser el suyo, en condiciones que la Prusia no posee y en que la Francia abunda". 310 a 311.

Oigamos el juicio severo y admirable de Alberdi sobre el significado internacional y los peligros del agrandamiento pretoriano de Prusia: "Han perfeccionado sus armas hasta hacerlas superiores a todas las de las otras naciones más civilizadas de su tiempo (qué honor!). Han dado a la guerra una organización por la cual los pueblos han recibido la contextura y complexión de los ejércitos profesionales, haciéndose así tan poderosos relativamente a los otros pueblos, como eran los de los romanos respecto del mundo de su tiempo. Pero han olvidado una cosa: ¿Tienen para ello las razones que tenían los romanos? ¿En el siglo actual es permitido hacer de la guerra el uso que hicieron los romanos? Haciendo de la guerra su *industria de vivir,* de adquirir, de poseer, enriquecer y prosperar, los romanos dejaron a los otros pueblos la pena, el trabajo, de cultivar la agricultura, el comercio, la industria y el trabajo productivo de que viven los pueblos más civilizados y más cultos del día. Si los alemanes o prusianos no han de vivir de la conquista, del botín, del pillaje, del despojo, como hacían los romanos, ¿de qué les sirve perfeccionar la guerra en el grado que lo habían hecho los romanos para vivir exclusivamente de ella? Si

esa moral y esa política estrellaron a los romanos contra los bárbaros del Norte, coaligados para castigar sus provocaciones, los nuevos germanos romanizados del día (con barniz de civilización), no harían sino estrellarse contra la coaligación de las naciones actuales, provocadas y amenazadas en su existencia laboriosa y civilizada, por la resurrección científica del robo internacional. (¡Oh admirable previsión del genio!). La suerte del emperador de Alemania sería la del emperador Napoleón I, que restauró antes que él, la política y la guerra de los romanos de otra edad." 313.

"¿No es más noble y glorioso ese empleo que la Inglaterra ha hecho del fierro(en ferrocarriles), para civilizar y pacificar a todas las naciones del mundo, que el que hace Prusia, empleándolo en cañones y máquinas de devastación? Brassey debe ser colocado al lado de Cristóbal Colón, en el número de los benefactores de la humanidad." 314.

"En su caída, la Francia queda tan alta como la Alemania, porque al fin queda siempre siendo la Francia, y la Alemania, la Alemania. La obra de los cañones no altera en nada el tesoro intelectual, ni moral, ni el poder del carácter y voluntad, ni el genio iniciador, fecundo, ni político influyente de la Francia en el mundo. París será París, y Berlín no será sino Berlín, después de todas sus victorias militares". 29 de Enero de 1871.

Sintamos el presagio ante la brutalidad del vencedor: "Una paz ruinosa y hostil, no es una paz; es la guerra en otra forma: en una forma impolítica, en verdad, porque si la severidad se explica en la guerra, cuyo objeto es destruir, la severidad para con aquel a quien se deja la

existencia y la posibilidad de volver a ser fuerte, es el más inhábil de los cálculos. Los romanos obraban con más acierto: hacían del vencido su aliado. La Prusia intenta hacer pagar a Francia millardos de francos, por el *servicio* que le ha hecho de matarla cien mil hombres, tomarle quinientos mil prosioneros, quemarle cuatrocientas aldeas, bombardearle París y devastar un tercio del suelo y tomarle dos provincias. Es vender caro tan buen *servicio*... La Prusia alega una razón económica de esta novedad (despojar territorio y sumas enormes): es la pérdida, lucro cesante, que ha hecho su pueblo, constituyéndose en ejército para hacer una campaña eficaz y segura... Esto no es nuevo. Los romanos no hacían otra cosa. Dejaban a los demás pueblos ocuparse de los viles trabajos de la industria; y se reservaban el arte de la guerra para despojarlos de sus bienes. A fuerza de cultivar la historia romana y el derecho romano, los alemanes han concluído por imitar a los romanos."

"Pero si todas las naciones poderosas del día hacen otro tanto, es decir, si todas convierten en ejército su población obrera, la Prusia, a su vez, puede verse obligada a pagar millones al que se encargue de arruinarla por una masa de hombres más grande y mejor preparada que la suya. Pues al fin, si todos los demás pueblos, se hacen sus concurrentes en la *industria* que haría *vivir* por las adquisiciones bélicas, no pasará mucho tiempo sin que su habilidad deje de ser un monopolio." (consecuencia: la sofocante paz armada).

"Su plan es simple y candoroso, pero desastroso en resultados para la civilización: para vencer, emplear el mayor número de soldados; para tener muchos soldados,

hacer soldado a todo el mundo; y para no empobrecer a sus obreros que dejan de trabajar en sus oficios, por las ocupaciones de la guerra, conseguir por la guerra adquisiciones que los indemnicen de su trabajo suspendido. Si todos los pueblos se ponen a adquirir y vivir por ese modo, ¿quién se ocupará de sembrar, edificar, comerciar, producir artefactos necesarios a la vida?"

"¡A ese extremo marcha el mundo civilizado por el camino que le abre la Prusia, con sus ejércitos salidos del alistamiento universal y obligatorio! Es verdad que la institución puede ser empleada, como lo hace Suiza y no la Prusia, — para la defensa nacional. Pero los grandes Estados entenderán siempre que se *defienden* cuando *invaden* y destruyen al vecino más débil o más desprevenido." (Ejemplos: Alemania contra Bélgica y Francia; Austria contra Serbia), 318. "El ejército perfeccionado es la expresión de un gobierno en que la subordinación prima a la libertad... Yo temo que la Francia esté demasiado adelantada en cultura, para volver a tener la preponderancia guerrera que esa cultura le ha hecho perder". 321.

Felizmente las virtudes republicanas le han devuelto el nervio belicoso de sus grandes jornadas históricas, cuando mantuvo a raya y batía a las monarquías coaligadas; y ha encontrado en su apacible generalísimo Joffre, a un Bonaparte con alma de Wáshington.

Me quedo con Alberdi

Ahí tiene el público la opinión elocuente del pensador Alberdi sobre el militarismo prusiano, considerado

como un peligro, como un azote internacional, de que todos los pueblos deben precaverse. Es el juicio del jurisconsulto de mayor prestigio institucional; y nos permitirá el esforzado defensor del kaiserismo prusiano, que nos atengamos al autor de las *Bases,* en lugar de ceder a su copioso alegato, por más que hable, como en nombre de la Facultad de Filosofía y Letras, y por más que lleve bigotes enhiestos a los kaiser. No creo en el encargo de la Facultad, pues sería monstruoso que los filósofos de una democracia, se prosternaran ante un pretorianismo brutal, que inmola los pueblos de Bélgica y de Francia; y, además, allá dirigen los doctores Piñero, Matienzo, Rivarola, Del Valle Iberlucea y Anadón. Más bien desconfío que el panegírico del kaiserismo, por la revista en que apareció y por el esfuerzo heróico de sofismas, errores, falsedades e ingratitudes para con Francia, Inglaterra y Bélgica, — que se va buscando algún colgajo de órdenes imperiales, porque tanto se afanan ciertos demócratas de América, — aunque más no fuera de esas cruces de hierro con que agració Guellermo II, hasta a los matadores del vicecónsul argentino, señor Himmer...

7 de Noviembre.

XVIII

El peligro Alemán

El emperador Guillermo II y el coro de publicistas, periódicos, revistas y directores de la opinión pública en Alemania, durante largos años, han declamado a sus anchas sobre dos grandes peligros que amenazaban la vida, la independencia, el derecho y la civilización europea: *el peligro amarillo* (Japón, China, India), y el *peligro slavo,* cuya masa aterrorizante era Rusia, el inmenso imperio moscovita, con serias ramas avanzadas hasta el corazón de Austria.

Alternativamente, la crítica enconada y perseverante alemana, esgrimía uno u otro de estos peligros, como fantasmas para aterrorizar las civilizaciones occidentales, un tanto dadas a la molicie, y goce de las artes de la paz; preocupadas de perfeccionar mecanismos, fábricas, vías de transporte, instrucción pública, legislación, progresos industriales, jurídicos y sociales; casi menospreciando las tonantes aficiones guerreras, como si representaran una pesadilla lejana, de sangre y de barbarie, clausurada definitivamente en los anales de la historia.

Entre esos pueblos, si no apocados o degenerados, algo

enfermos de civilización excesiva, se levantaba varonil, previsora y soberbia, la Germania de Arminius, como campeón armado de pies a cabeza de la cristiandad, lanzando el grito de alarma contra las amenazas tenebrosas del Oriente: *el peligro amarillo y el peligro slavo o ruso.* No declamaban contra *"el peligro turco",* porque desde hace años, era el islamismo como una factoría militar de Alemania, donde se operaba el más conveniente y lucrativo intercambio, para desbordar los excedentes de armamentos, barcos viejos de guerra y militares incómodos, en retiro o desmoralizados, y recibir en cambio millones y millones de libras turcas, — con más, múltiples y estrechas vinculaciones para eventos internacionales. Los alemanes no decía con el romanticismo de Víctor Hugo, hablando de Turquía y de Rusia: "Las dos son Asia; pero yo prefiero la zarpada del tigre de Stambul, al abrazo de un espectro surgido de la nieve"; pues el tigre estaba domesticado, entendido con Germania, en el más bello y lucrativo consorcio, desde que Turquía engañaba a Inglaterra y a Francia, fingiéndoles sumisiones y simpatías, que halagaban su vanidad, en cambio de empréstitos, obras públicas costosísimas y la intangibilidad de la soberanía del sultán, mientras que Alemania hacía el colosal negocio bélico y conservaba la alianza efectiva para el momento oportuno! En su hora, aquel espectro de barbarie tártara, cálida, sanguinaria y exterminadora de la cristiandad, exitada por el fanatismo musulmán para la *guerra santa,* sin piedad ni freno, — se pondría en terrorífico movimiento, como fieras, serpientes y cocodrilos adormecidos por inacción forzada, — y llevarían ataques feroces a los imperios coloniales, mansos e industriosos de Francia e

Inglaterra. Por eso no se conjugaba en Alemania *el peligro turco;* y también por similitud de procedimientos guerreros...

El peligro amarillo

El peligro amarillo era un error político y un aspaviento farsaico. Los hombres del Asia y del extremo Oriente, son susceptibles de cultura y de moralidad, con iguales aptitudes que las razas indo-germánicas, ario-helénica-romanas que pueblan Europa y América; el Japón ha revelado un espíritu de asimilación rapidísimo y sorprendente en tal sentido; y en la India Inglesa muestran la evolución étnica más armónica con la cultura occidental. El mismo imperio chino, a pesar de inícuas explotaciones financieras, de armamentos y supersticiones, impuestas a sangre y fuego cuando la represión contra los *boxers,* — y en cuyas empresas la Alemania jugó y juega rol principal, — hasta China es susceptible de evolución progresiva. El mismo kaiser, durante los episodios de la guerra rusojaponesa, puso al mismo nivel de heroismo al general Nogi, conquistador de Port-Arthur y al bizarro general ruso Stoessel, que defendía la plaza, enviándoles a ambos una espada de honor y la condecoración al valor militar. Desde que Guillermo ayudaba a Rusia, de una raza afín, como se lo ha representado el Zar al romperse las hostilidades de la guerra presente, — su ofrenda al general Nogi, como su conformidad con las prácticas de la guerra de Manchuria, demuestran que la cultura japonesa, desautoriza en absoluto la comedia es-

peluznante de *el peligro amarillo;* y las atrocidades de la guerra actual, justifican acabadamente que aquel peligro de barbarie subida, no está en el extremo Oriente, sino más al occidente, no obstante sus universidades, sus escuelas, sus generales de guante blanco, sus príncipes galoneados y su kaiser divino.

El peligro slavo

El peligro slavo es otra comedia de la inventiva alemana, con fines estratégicos y políticos. El coloso imperio moscovita, en territorio y en masa humana enorme, no representa ni sombra del peligro que exalta a la hipérbole la farsa alemana. Los sensibles progresos institucionales, sociales, de costumbres y de evolución interior, que se perciben en Rusia, ya hermosas realidades y como reformas en marcha, — prueban una transformación satisfactoria en aquel vastísimo territorio, con población muy atrasada, afligida por clima helado, en aislamiento desesperante, entre sus propios pueblos; sin grandes y fáciles puertos y caminos férreos que vinculen a la inmensa Moscovia con el mundo civilizado de Occidente. A pesar de esos obstáculos y de la aristocracia cerrada y empedernida que resiste el progreso, — Rusia goza de gobierno municipal autónomo, de que no gozan repúblicas bullangueras; tiene su Duma o parlamento nacional, que controla la autocracia del Zar; empieza a concederse autonomía a vastas regiones, como Finlandia, Polonia, con el hermoso programa de la reconstrucción de toda la antigua nación descuartizada; la instrucción pública de

las universidades y del pueblo cunde gradualmente en las ciudades y estepas; en fin, se perciben signos periféricos de progresos saludables, que van penetrando metódicamente en la inmensa mole, para bien del pueblo y de la humanidad. Cuando la obra de un moralizador iluminado como Tolstoi penetra en todas las capas del pueblo y sacude dominaciones seculares, — esa nación no constituye un peligro, sino que está en marcha hacia su propia redención. ¡Al fin, los cosacos no son peores que los hulanos de la muerte!

Ya Rusia no es una excepción bochornosa en Europa, como lo era ha siglo y medio o dos siglos atrás. Ya no se dice allá: *A Dios y a tí Zar, todo es permitido en vuestro patrimonio. No se habla del Zar sin prosternarse y la frente contra el suelo.* Ya no se dice: *La masa del pueblo era grosera y brutal, y la embriaguez generalizada era como el vicio general moscovita.* Los emperadores no necesitan, como Pedro el Grande, *vestir de hombres aquel rebaño de bestias.* Rusia despierta de aquel letargo secular y del quietismo de su autocracia; y una nueva vida anima y transforma gradualmente al coloso hacia el progreso, la cultura y la civilización. La mejor prueba de su adaptabilidad a la nueva orientación, la presenta la pléyade de sabios, artistas, literatos, escritores y juristas rusos, que brillan en las más reputadas universidades europeas. Las revelaciones del actual conflicto muestran que Alemania, lejos de haber fomentado las reformas liberales de Rusia, se opuso a que el Zar acordara autonomía a Polonia, amenazándola hasta con la guerra; mientras que la Gran Bretaña, cuando la reacción autocrática disolvió la Duma, — aun a riesgo de provocar una gue-

rra, — proclamó por la voz del primer ministro en pleno parlamento: *La Duma ha sido disuelta*: *¡Viva la Duma!*

Después de todo, aunque quisiera Rusia convertirse en un peligro, en un azote para la Europa culta, liberal y constitucional, no podría impunemente arrasar el progreso de los siglos, ni la formidable resistencia de las naciones occidentales. La misma evolución interior de Moscovia ha roto aquella monstruosa absorción despótica, que el poeta Melutine condensaba así: *Una vasta estepa con un monolito en el centro*. La sociedad rusa no toleraría una empresa exterminadora de las naciones de occidente acometida por su Zar; a pesar de su estado mental y de la relatividad de sus adelantos, no secundaría ninguna guerra de exterminio para conquistar la dominación del mundo, con la uniformidad afligente y desconsoladora que exhibe Alemania, todavía invocando sus universidades, sus escuelas, sus progresos industriales, la historia y el futuro!

El peligro más grave

El peligro real, positivo y terrible, no era amarillo ni eslavo, sino germano, alemán; y no imaginativo ni problemático, sino horriblemente positivo y contemporáneo. El imperio alemán, tal como está montado, con la trama acerada del militarismo opresivo, insolente y conquistador, constituye una verdadera amenaza para todos los países de derecho escrito, de buena fe guardada, de cultura civil, de justicia y de respeto a la ley, a los tratados y a la independencia y soberanía de las naciones;

que viven fomentando su desarrollo progresivo en la paz, impulsando todos los resortes ocultos de mejor vida, de cultura, de tranquilidad institucional, sin descuidar una discreta organización armada, para defenderse o para hacer una guerra justa.

El kaiserismo ambicioso, que no respeta tratados, ni fe pública, ni nada que contraríe sus planes de predominio depresivo; que se lanza a la desolación bélica, sin practicar las leyes de la guerra, propuestas y suscriptas por él mismo; que difunde por todas partes sus tentáculos de espionaje desmoralizador, y que prepara puntos estratégicos en diversas naciones y continentes, revelando el pensamiento de mandar sus hordas y sus acorazados donde le sople la demencia y la ambición; que reemplaza el derecho de gentes, muy adelantado a través de los siglos, por su capricho utilitario y monstruoso, a que pretende someter la convivencia internacional; que legitima todas las violaciones del derecho, si ellas convienen a la hegemonía germana; que desconoce la honradez, los escrúpulos y la moral de una guerra de dominación mundial; un kaiserismo que se echa de cuerpo entero a semejantes perversidades, constituye un peligro público, especialmente para las democracias de América, por la índole de sus instituciones, opuestas al despotismo prusiano, y por las riquezas territoriales tentadoras.

El peligro alemán es el peor enemigo de nuestra civilización contemporánea; y todos los pueblos cultos, amantes de la libertad, de las justicia y del progreso civil, deberían pronunciarse virilmente contra ese peligro, expresando sus simpatías por las naciones valerosas que prodigan su sangre, su oro y su existencia misma, para

exterminar el militarismo germano, autor principal de la conflagración abominable.

Por otra parte, después de las violaciones del derecho y de las atrocidades perpetradas por los alemanes, por los discípulos de Kant, de Schiller y de Wagner, en Bélgica, en Francia y en Rusia ¿azotará al mundo otra calamidad peor? Los territorios por donde pasan las huestes universitarias del kaiser, quedan como las zonas *exploradas* por los hunos y por los vándalos, en tiempo de las terribles invasiones; y los pueblos belga, ruso y francés, huyen espantados, a Inglaterra, a Holanda y, hasta se arrojan al mar, por incompatibilidad de vida con la civilización germana...

¿Hemos progresado? Conviene abandonar la comedia del *peligro amarillo* y del *peligro eslavo*. El peligro verdadero está más al Occidente...

12 de Diciembre.

XIX

Austria en la Historia

Tiranos y verdugos

El imperio austro-húngaro desempeña un rol importante en el conflicto armado europeo, por haber provocado, en apariencia, la conflagración, por la importancia de su población, de su ejército y de su escuadra, como por la misma complexidad de los pueblos reunidos, a manera de mosaico de nacionalidades diversas y antagónicas, bajo el cetro de un emperador nonagenario, de la vieja cepa de los Hapsburgos.

La hegemonía de la casa de Austria entre los pueblos de raza germánica, húngara, tcheque, polaca, slava, rumana, latina, etc., que sobrenadaron a la caída del imperio de Constantinopla, era mucho más antigua, de varios siglos, que el poderío del marquesado de Brandeburgo y de Prusia; pero como éste, oscuro y pequeño, casi insignificante, comparado con los reinos, principados y soberanías feudales, laicas y eclesiásticas, de la Europa central. Es digno de mención este origen diminuto y sin tradiciones respetables de la casa de Austria, cuya dinastía, varias veces secular, no procede de los grandes imperios

germánicos, sino de una modesta casa nobiliaria de la libre Suiza, que ha presidido acontecimientos históricos memorables, y amasado en guerras largas y sanguinarias, como en gobiernos despóticos y crueles, lo que ha constituído el imperio austro-húngaro, esta mezcla heterogénea, oprimida y explosiva de pueblos antagónicos.

Al núcleo de estados germánicos que en un principio, allá por el siglo XIII, constituyó la hegemonía o imperio austriaco, se fueron agregando estados desprendidos del imperio turco de Constantinopla, como Transilvania y Hungría, por compresión de distintas naciones europeas; otros territorios sometidos en guerras desiguales, donde triunfaban fácilmente los ejércitos austriacos: las provincias arrebatadas a Polonia, cuando el reparto criminal; el Véneto, la Lombardía y demás comarcas italianas, conquistadas a sangre y fuego en intromisiones rapaces a la península, y mantenidas bajo la más despiadada y dura servidumbre durante siglos de alternativa dominación, hasta que fué definitivamente expulsada por el heroismo italiano y francés.

Cuatro jornadas históricas

Durante los siglos en que ha figurado el imperio austriaco, ha hecho frente a las cuatro grandes conmociones y amenazas que han perturbado la Europa: la conquista musulmana, la Reforma, la Revolución Francesa y el espíritu de las nacionalidades. Inspirada la casa austriaca en ideas absolutistas sobre política y gobierno, se consolidó su imperio bajo la forma de monarquía despó-

tica, según patrón reinante, y porque era casi una necesidad para un país con estados sometidos por la fuerza de las armas. La monarquía absoluta de aquel imperio, significaba despotismo interior, negación de garantías y de libertades individuales, y una opresión militar, pródiga en consejos de guerra y en ejecuciones capitales, para mantener la supremacía pretoriana sobre la nación civil, dura e inexorable con las provincias o comarcas subyugadas, en especial cuando había conatos de insurrecciones libertadoras.

Contra los turcos

Austria fué un país militarizado, en actitud guerrera permanente para defender a Europa contra la invasión turca; y la batalla de Lepanto quebrantó definitivamente aquella amenaza de doble absolutismo musulmán, político y religioso, con otras instituciones orientales, incompatibles con las costumbres y la civilización greco-romana de occidente. En la lucha secular contra el islamismo, Austria no estuvo sola, sino muy bien acompañada por otros estados cristianos de Europa, y hasta yendo en planos ulteriores en expediciones célebres como las Cruzadas. Pero no conviene restarle los méritos históricos adquiridos en su actitud guerrera frente a Stambul, salvo su alianza contemporánea con los turcos, para que verifiquen, en "guerra santa", grandes matanzas de cristianos no germánicos. Como los emperadores germanos y el Sultán invocan a su Dios para el exterminio de los enemigos, allá se las arreglarán en el Paraíso y en el Juicio

Final de sus leyendas religiosas. Por el momento, conste que han desatado una "guerra santa" de depredaciones, carnicerías humanas, incendios y barbaries, condenadas por el derecho y por la civilización.

Contra la reforma alemana

El imperio austriaco consolidó su despotismo político, en alianza perpetua y sumisión devotísima al Pontificado católico romano, de quien ha sido permanente defensor, en cambio del concurso eficaz que siempre le ha prestado la Iglesia para la sumisión incondicional de las poblaciones del imperio. Con semejante base constitucional de gobierno, se comprende cuál debía ser la actitud de la casa de Austria frente a la Reforma religiosa encabezada por Lutero, por Calvino, por Zwinglo, por los albigenses, por los hugonotes y por todas las agitaciones del espíritu nuevo contra los abusos de Roma, y la petrificación de dogmas absurdos, incompatibles con el progreso de los tiempos, con la observación científica, con la lógica y el raciocinio, con el individualismo germánico, fecundo y luminoso. Aun cuando la Reforma de Lutero, afrontada con gran valor y en vigoroso idioma alemán, fuese emanación natural de aquel individualismo y de la emancipación y moralidad de una raza pujante, — el imperio austriaco se pronunció abiertamente contra toda reforma, crítica o innovación que importase la menor censura al Papado; sus ejércitos sostuvieron en guerras sangrientas el absolutismo de la Curia Romana y la Inquisición, arrasando con lujo de crueldades a los reformistas, con su

cortejo de cruzadas de exterminio y sus autos de fe, llenaron de horrores la historia de Europa, especialmente cuando la monarquía llegó al máximum de poderío con Carlos V, Felipe II y los Fernandos, José y Franciscos, de sombría recordación. Las garantías y tolerancias relativas que se ajustaron en el congreso de Westfalia, para pacificar un tanto la Europa de las terribles guerras de religión contra la Reforma germánica, se consiguieron venciendo los odios inflexibles de la corte de Austria.

Contra la revolución francesa

La Revolución Francesa de 1789, preparada por los progresos anteriores, y, especialmente, por la propaganda filosófica del siglo XVIII, culminada por los genios de Rousseau y de Voltaire, — aquella revolución formidable y dilatada, se pronunciaba contra todos los despotismos: contra el político, contra el religioso, contra el feudal, contra las monarquías de derecho divino, que había consolidado la Iglesia; contra todas las opresiones sociales, económicas, docentes y morales, que reinaban en la Europa monárquica, feudal y monacal. Tamaña explosión revolucionaria, transformada en lava rugiente e invasora, que después de sanciones audaces, aceptaba el reto de la Europa absolutista, arrojándole la cabeza de Luis XVI y enviando catorce ejércitos a las fronteras, debía ser la enemiga natural del imperio austriaco, que por autonomasía se llamaba el *Santo Imperio Romano;* y, realmente, el Austria fué núcleo y eje de todas las guerras contra la Revolución y contra el imperio del primer Napoleón.

Dos grandes diplomáticos se destacaron en aquella resistencia al predominio revolucionario y marcial de la Francia: el gran Pitt, por cierto espíritu conservador y por aversión al dominio universal que pretendía Bonaparte, incompatibles con las libertades británicas; y Metternich, por odio a las ideas revolucionarias, a la libertad, y a las cartas constitucionales, que refrenaban el despotismo de los monarcas, y amparaban las garantías del pueblo, contra abusos inveterados de reyes, emperadores, papas y señores feudales. El gran diplomático del imperio austriaco, concitaba cielo y tierra contra la Revolución y el levantamiento de los pueblos, sin pudor ni moral para los medios; sin escrúpulos de humanidad ni de justicia, para empujar guerras sin cuartel, y para sojuzgar los pueblos con el cadalzo y las violencias más atroces. Pero esos terribles enconos del canciller austriaco, se amortiguaban cuando la gloria y el predominio del *Corso,* lo convertía en amo de Europa; y, entonces, allá iba en prenda de pérfida reconciliación de asuntos inavenibles, la princesa María Luisa, a ocupar el sitio de esposa indisoluble de Napoleón, según el derecho canónico de la Iglesia! *La Santa Alianza,* con que la reacción absolutista de Europa, vencedora de las guerras napoleónicas, creía ahogar para siempre el espíritu liberal revolucionario y la emancipación de América, — será la última y genial inspiración del gran diplomático del Austria!

Contra las nacionalidades

Desde fines del siglo XVIII, durante el XIX y parte del actual, — se observa un marcado movimiento de los

pueblos afines por razas, costumbres, religión, idioma e instituciones, a cohesionarse en grandes nacionalidades, salvo cuando se ha producido la separación por conveniencias notorias, por emancipación definitiva, impuesta por distancias enormes, o por plebiscitos libremente concertados. De esta tendencia, han surgido Alemania e Italia, consolidadas vigorosamente con la guerra de 1870, que puso a Prusia, a la cabeza de los pueblos germánicos más robustos y afines; y que dió a Italia su capital histórica, resistida por el Papado hasta entonces, con el apoyo del imperio francés y del Austria.

El imperio austriaco, mosaico de naciones y pueblos vencidos, desmembrados y conquistados por la violencia, ha contrariado tenazmente la formación de nacionalidades por legítimas afinidades, reservándose excepciones utilitarias, cuando conviniera asimilarse pueblos más o menos vinculados, como Bosnia y Herzegovina. Sobre todo, Austria, combatió desesperada y cruelmente la concentración y la unidad completa de Italia: su gobierno en la Alta Italia y su influencia en todos los principados, reinos y ducados que dominaban la península, — fueron sanguinarias y desastrosos, pesando sobre aquellas comarcas feraces y deliciosas por su suelo y por su clima, como terrible maldición. Las extorsiones impositivas, la falta de garantías, el militarismo desenfrenado, la horca y los fusilamientos, las cárceles, las torturas, el espionaje, el atraso y la ignorancia absoluta del pueblo, — eran los medios ordinarios de gobierno del Austria sobre las provincias italianas, — de perfecto acuerdo, eso sí, con los ministros de la Iglesia. En caso de producirse conspiraciones o levantamientos libertadores, — ya fuera en Italia,

en Hungría, en las provincias polacas o en cualquier otra, — entonces se descargaban todos los castigos y las furias más implacables del *Santo Imperio Romano,* contra los *traidores y desleales,* provocando condenaciones generales de Europa civilizada. Baste recordar la afirmación reciente del ministro de guerra de Italia: mi abuelo murió ahorcado por los austriacos; a mi padre lo fusilaron los mismos, por defender ambos la libertad de Italia; y yo llevo conmigo el reloj que tenían en su bolsillo mis dos antecesores. ¡Con esta *indirecta* contestaba a la pregunta de si Italia debería pelear ahora a favor de Austria!

Todo el mundo sabe que, para renunciar Austria al *gobierno paternal* que ejerció en Italia, fueron necesarias varias guerras, el concurso decisivo de Francia, y el apoyo de Inglaterra. Solo así, y después de medio siglo de luchas sangrientas, se puso fin a los desbordes de los tiranos y de los verdugos con que el *Santo Imperio Romano* hacía las de*licias* de la Italia, oprimida y despedazada.

Fidelidad en las alianzas

La guerra de Sadowa acusó la ingerencia desleal de Prusia en los asuntos italianos, suscitando conspiraciones contra Austria en el Véneto; y sólo la guerra franco-alemana de 1870 concluyó definitivamente con la intromisión austriaca en contra de la unidad de Italia, jurando siempre adhesión al poder temporal del Papa, y menosprecio a la casa de Saboya. Dada la caída del imperio austriaco y la elevación dominadora de la hegemonía prusiana sobre los países germánicos — aparecía inexplicable el ingreso

de Austria en la triple alianza, que consolidaba esa hegemonía y el estado laico italiano. Pero Austria concurrió con reservas mentales, y, aunque aliada de Italia, se habría regocijado con cualquier revés del nuevo reino, que la odiaba con rencores justificados e inextinguibles. M. Delcassé ha denunciado la cooperación austriaca a Turquía, proporcionándole bombas y minas para destruir la escuadra italiana; y se ha conocido el plan discutido en Viena para atacar a su aliada de la triple, en medio de la consternación del terremoto de Mesina! Ahora mismo Giolitti ha revelado el proyecto de Austria de atacar a Servia en 1913, pretendiendo arrastrar a Italia y a Alemania, sin motivo alguno en su aventura contra el panslavismo. Para Austria, como para Prusia, los tratados son *tiras de papel,* y profesa la *fe púnica* o *fe prusiana,* de idéntica moralidad.

Los imperios centrales llevan inscriptos en sus banderas de guerra estos lemas contrarios a la civilización y a la libertad: ¡militarización prusiana, fanastimo turco, absolutismo austriaco!

Síntesis histórica de Austria

Así destaca Austria su foja de servicios en la historia del mundo. En política internacional, casi siempre ha sostenido malas causas, a todos los despotismos; y combatido a los pueblos que han luchado por su libertad y por el progreso; en la guerra ha sido implacable, manchando muchas veces el talento de sus generales, con crueldades repulsivas; desde el gobierno ha despotizado

sin piedad a los pueblos que aspiran a su emancipación; su diplomacia ha sido falaz, impúdica y groseramente utilitaria; su escuela de gobierno ha sido el absolutismo en política y en religión, resignándose malamente a las restricciones constitucionales, que rompe cuando quiere, con estados de sitio y de guerra; con semejante gobierno, no cabe cohesión nacional, sino una sorda conspiración para emanciparse el mosaico de los pueblos oprimidos; ni tampoco hay cultura sólida, ni brillo artístico, ni genios, ni grandes humanistas: a pesar de los siglos de poderío. sólo Mozart deleita en aquel vasto imperio!

Un estudio profundo y detallado del Austria como factor de la humanidad, sería la condenación más severa del absolutismo experimental, siempre estéril y desastroso para los pueblos. ¿Qué beneficios reportaría la humanidad con el triunfo de un Imperio tan nefasto, y oscurantista, aun convertido en satélite opaco de la soberbia brutal de Alemania?...

7 de Enero de 1915.

XX

Roosevelt y la Guerra Europea

Sarcasmo de Guido Spano

Mr. Theodore Roosevelt, en plena edad viril y en América, había logrado destacarse gallardamente entre los primeros estadistas de nuestra época, adquiriendo su nombre y su figura, resonancia y volumen continental. Contribuían a darle celebridad, sus actos de gobierno sobre asuntos y problemas fundamentales para Estados Unidos, abordados con elevación de miras, completo dominio de las materias, y, sobre todo, resolución y carácter para llevar a ejecución los proyectos, obedeciendo a un credo doctrinario, a ideales definidos y a una moralidad valerosa, aun cuando chocara contra las mayores resistencias y hostilidades. Hombre de *vida intensa,* trazó él mismo, con sobria elocuencia, el evangelio de los hombres del porvenir, para realzar con viriles energías las manifestaciones de la democracia y la escuela severa del hombre público; y el libro que lleva ese nombre, alcanzó resonancia en América y en Europa. Destacado así como prohombre del Nuevo Mundo al frente de la gigantesca república anglosajona, su mediación afortu-

nada para pacificar el Asia, puso término a la formidable guerra rusojaponesa, y exaltó a Roosevelt al primer plano de los estadistas europeos.

Al finalizar su segunda presidencia de Estados Unidos, resolvió, por vía de tregua a las rudas tareas del gobierno, realizar una expedición no exenta de peligros al Africa, con una misión, en parte científica, y más aun consagrada a cacerías de leones, tigres, panteras, rinocerontes y cocodrilos, en cuyo afán expondría su preciosa vida. Después del gobierno difícil de los hombres, quiso habérselas con las fieras del continente negro; y una vez satisfecho ampliamente su capricho de aventuras temerarias, hizo una jira de intensa mentalidad por las principales capitales europeas, pronunciando memorables conferencias, llenas de sabiduría vivida y de crítica fundamental. En la Sorbona, pronunció una valiente pieza oratoria contra el suicidio de las razas superiores por la limitación voluntaria de la procreación, después de haber combatido bravamente la misma tendencia entre los plutócratas yankees, y dado un banquete en la Casa Blanca a un juez federal que había tenido veinte y cinco hijos! En Berlín, fué muy agasajado por el kaiser, quien lo invitó a presenciar evoluciones de un cuerpo de ejército, a que concurrió vestido de coronel, coronando las atenciones con un banquete en el *Salón des Coquilles* de Federico II. En Roma y en Viena, también había pronunciado discursos fundamentales; y, como al llegar a Londes, acaeciera la muerte de Eduardo VII, recibió embajada extraordinaria de su país para representarlo en las exequias solemnes.

De regreso a Estados Unidos, contrariando una cos-

tumbre arraigada desde el precedente de Wáshington, se echó de cuerpo entero a la lucha presidencial; pero como encontrara resistencias en el partido republicano, provocó una escisión y creó el partido llamado *progresista*. Vencido en la contienda electoral, tuvo la nobleza de dirigir el primer telegrama de felicitación al adversario vencedor, Mr. Wilson, que produciría cambios fundamentales en la política interna y externa.

Como Mr. Roosevelt es el hombre público contemporáneo más activo e infatigable hasta lo inusitado, a la vez que colabora en revistas y diarios, emprendió un viaje a Sud América con el propósito de vincular simpáticamente estas repúblicas a su patria, y también con la arriesgada empresa de explorar zonas desconocidas del Centro de América y los afluentes del Amazonas. En todas las capitales y ciudades que visitó, fué muy bien recibido, pronunciando discursos, brindis y conferencias elocuentes. Se internó valientemente en la América tropical, y sostiene haber descubierto especies animales y afluentes ignorados del río más ancho del mundo. Como Mr. Roosevelt es hombre de estrépito y espíritu esencialmente combativo, mantuvo agrias polémicas contra quienes le discutían sus descubrimientos geográficos.

Tal es el hombre público y el escritor, que insertó un estudio interesante en la revista *The Outlook* sobre la conflagración europea, reproducido luego en los principales diarios del mundo, por la espectabilidad y prestigio mental del célebre estadista; prestándose sus conclusiones a muy diversos comentarios, que llegaban a afectar, para algunos, el carácter, el empuje, las doctrinas y la moralidad sustentadas por él mismo hasta entonces. Por

la autoridad de su palabra y por los principios, sino vulnerados, eludidos con artificios y reticencias acomodaticias, en presencia de un bandolerismo internacional agresivo, conviene examinar con severa equidad la producción del eminente escritor.

La agresión contra Bélgica

Se titula: *"La guerra mundial. Sus tragedias y sus lecciones"*. Presentaré un resumen fiel, acompañado de ligero comentario. El estilo de Mr. Roosevelt, sentencioso y preciso, se presta a caracterizar los pensamientos y máximas primordiales. Veamos sus sentencias:

"La paz sin justicia no vale nada". — *"La paz que consagra el militarismo es de poco valor."* — *"La paz obtenida aplastando la libertad y la vida de pueblos justos e inofensivos, es tan cruel como la más cruel de las guerras."*

Encarece la protección a las naciones débiles y pequeñas, con orden y justicia. No hay deber más elevado que proteger la independencia y la existencia de estados industriosos y tranquilos, sin grandes ejércitos, como *Bélgica, Holanda, Suiza, los países escandinavos, Uruguay y otros.*

"Una paz que no pusiera a cubierto la debilidad de Bélgica y que no evitara injusticias como las que ha sufrido, no sería una paz verdadera."

En estos párrafos Mr. Roosevelt exalta el derecho y la justicia, como los atributos más respetables para la

independencia de los estados, cuya independencia deben acatar las grandes potencias de la tierra, pues las naciones pequeñas tienen perfecto derecho a vivir y desarrollarse entre los imperios y repúblicas gigantescas, del mismo modo que conviven en la vida común, con iguales derechos, al lado de los gigantes y poderosos, los enanos, los niños, las mujeres, los achacosos y los ancianos. Está bien proclamado el derecho de gentes para los estados débiles. Pero cuando debe apreciar la piratería alemana sobre el Luxemburgo y la Bélgica, nuestro gran americano amaina velas, se hace el distraído, y desvía la solución categórica y la condigna fulminación, yéndose a las causas cercanas y remotas del desacuerdo austroserbio, — cuando Giolitti acaba de revelar que el plan germánico de someter Austria a Serbia, era muy anterior al asesinato de los príncipes en Sarajevo, y no reconocía más causal efectiva que la conquista brutal.

Le sirve también de escapatoria para no condenar en forma vibrante la inmolación de Bélgica, el invocar la cultura, la virilidad y la lucha por su *propia existencia* de Alemania, de cuya raza dice descender. Entre el fárrago de mentiras convencionales y de pretextos invocados para la guerra, tanto por Guillermo II, como por su canciller, escritores y universitarios germanos, — se saca en limpio que ha sido una guerra fría, premeditada, formidable y pérfidamente preparada por Alemania, para dar golpes alevosos a Francia y a Rusia, poniendo en jaque a Inglaterra, para otra guerra marítima cercana, en que impondría su dominación a la Europa y América consternada, o mejor dicho, espantada con el lujo de barbarie desplegado en la acción. Las provocaciones de los aliados, la asfixia

económica, la presión diplomática, la necesidad ineludible para defender su existencia, son grotescas invenciones desautorizadas por el mismo kaiser y sus colaboradores, en muchas declaraciones. Para coronar esta conclusión, transcribo la reciente manifestación del *kronprinz*, al delegado de la *United Press* de Estados Unidos, reproducido por *La Nación* del 19, mes corriente: *"Esta guerra no tiene razón de ser. No era necesaria; pero hemos debido aceptarla como una provocación"*. Ya se sabe muy bien quién provocó la guerra.

En cuanto a la cultura y virilidad alemanas, aconsejaban el respecto al derecho, a los tratados, a la justicia, a los estados pequeños, a las leyes de la guerra, a la humanidad y a los progresos de la civilización. Lejos de servir de atenuantes en los desmanes cometidos, la cultura y la virilidad que se invocan — son circunstancias de la mayor agravación, — como nunca podría alegar su ilustración cualquier sabio alemán, para excusarse de asesinatos, robos y violaciones, de incendios y matanzas de seres inocentes e inofensivos.

Pero lo que más llama la atención sobre la indiferencia al respecto de Mr. Roosevelt o sobre la facilidad con que admite sin altiva protesta las mistificaciones alemanas, — es el eclipse de su arrogancia, de su altanera moralidad para condenar sin atenuaciones la inmolación de los pueblos, el sacrificio del derecho internacional, el vilipendio de la justicia. No es ya el gallardo presidente que declaraba justa guerra a los truts y plutócratas; que defendía a los negros contra prejuicios vejatorios, sentando a su mesa a un filántropo de color; tampoco es el valiente coronel de los *rough riders* que colaboró con eficacia en la

guerra libertadora de colonias tiranizadas; menos el bravo tribuno del pueblo, que procesa implacablemente los abusos sociales y gubernativos; ni el severo escritor de *Vida intensa;* ni el arrogante conferencista europeo y sudamericano; ni el cazador de fieras africanas. ¡El coloso acerado del Nuevo Mundo, se ha destemplado frente al vandalismo germano!

Sin duda apercibido de su triste debilidad, en el artículo reciente, arremete contra el presidente Wilson, porque no ha protestado airadamente contra la inmolación de Bélgica. Pero éste podría replicarle con sus mismas debilidades: si Alemania es tan culta, valiente y defiende su *existencia;* si los tratados son *tiras de papel,* sin más valor que el garrote o el cañón que los imponga; si el arbitraje vale tan poco; si este es el mundo internacional que usted admite, abatido por la fuerza bruta, ¿con qué derecho me entrometería yo para esa declaración, cuando, según usted mismo, *"tenemos bastantes enmiendas que hacer en casa para criticar los defectos ajenos?"*

La intervención de Inglaterra

Mr. Roosevelt hace constar que la *"impotencia no ofrece la menor garantía de paz",* refiriéndose a Luxemburgo; y aun cuando su intención es demostrar que la independencia eficaz es la defendida con fuerza proporcionada, — con lo que pareciera excusar la invasión alemana a los países pequeños, — la verdad es que el pensamiento va más lejos. En derecho internacional, como en

derecho común, la eficiencia de la personalidad, hombre o Estado, no depende de sus armas ni de su desarrollo físico: el sujeto del derecho, sus atributos, bienes y facultades, no dependen de las armas ni de la fuerza ofensiva de que pueda disponer, sino de ser hombre o Estado, grande, pequeño, sano, robusto o enfermo. Con tener importancia considerable la fuerza armada, los medios ofensivos o defensivos, no son la persona del derecho, ni tampoco implican la igualdad de fuerzas y de poder; la personalidad del derecho basta para una protección y respeto igualitarios.

Respecto de la intromisión de Inglaterra, Roosevelt se muestra francamente partidario: *"Cuando Bélgica fué invadida, todas las circunstancias del honor y el interés nacional obligaron a Inglaterra a actuar precisamente como lo hizo."* — *"No podría haber alzado la frente entre las naciones, si hubiera procedido de diversa manera."* Son casi las mismas palabras de Mr. Asquith. *"En particular merece alabanza de todos los verdaderos amantes de la paz, porque es sólo por una actitud como la que adoptó, que los tratados de neutralidad y los tratados que garantizan los derechos de pequeñas potencias, serán de algún valor."*

Alemania reprocha que por la palabra *neutralidad,* que por *un papel* firmado, Inglaterra (*de la misma raza*), le salga al cruce; agregando que según el canciller de Guillermo II, es como *"asaltar por la espalda a un hombre mientras luchaba por su existencia* (ya sabemos que esto es una farsa) contra los *asaltantes."* El embajador británico Gochen le replicó en forma concluyente: *"Un pacto solemne debía guardarse simplemente; o de lo contrario*

¿qué confianza podría abrigarse en los compromisos de Inglaterra en lo futuro?

La ecuanimidad de Roosevelt se pronuncia respetuosamente sobre Bélgica. La llama *"nación exenta de culpa"*, que ha dado pruebas de *gran valor,* y que, sin embargo, ha sufrido *"terriblemente, injustamente"*. Proclama la *"absoluta inocencia de Bélgica, el horrible sufrimiento y el desastre que la han abrumado, a pesar de su inocencia."* Agrega: *"aprendamos las lecciones enseñadas por la horrible tragedia belga."*

Aquí reaparece la debilidad o el cálculo de Roosevelt. No se trata de que un Estado o un hombre pequeño sea incapaz de resistir el asalto de otro poderoso, sino de condenar como un crimen, como un atentado de la fuerza sobre el derecho de los débiles, la dominación brutal y vandálica de quien disponga de más cañones o de mejor ejército. Es aquí que flaquea el carácter y el tradicional valor de M. Roosevelt, admitiendo como de buena ley las miserables excusas de Alemania, o al menos refiriéndolas sin protesta. Así, dice que los derechos de las potencias neutrales, — que fueron respetados en Bélgica en 1870 por Bismark y por Guillermo I, — como los de *"sus propios ciudadanos, se doblegaron ante la ley de conservación nacional."* No hay tal *conservación nacional,* pues se trata de una guerra agresiva de conquista temeraria. Roosevelt llama a las argucias alemanas *alegato;* pero trata de encontrarle parangones históricos: Inglaterra con Dinamarca en las guerras napoleónicas; Francia e Inglaterra con Estados Unidos durante esas guerras; y con menos disculpas también, Estados Unidos respecto de España en Florida hace un siglo. "¿Cuál es la *moralidad* de ese *ale-*

gato?" Nuestro gran hombre elude su juicio; y esta es otra decepción. No se trata de justificar un abuso o un atentado con abusos y atentados históricos, sino de condenarlos valientemente, en nombre del derecho, de la justicia y de la moral.

Como para coronar la causa de Bélgica y afear la de Alemania, cuyo parentesco de raza parece cohibirle la condenación, agrega: *"Ninguna nación europea ha tenido nada que temer de Bélgica".—"Su neutralidad había sido solemnemente garantizada por las grandes potencias, inclusive Alemania, así como Inglaterra y Francia. De improviso su territorio fué invadido por un abrumador ejército alemán."* En pleno Reichstag se reconoció que era *injusta* esa invasión.

Roosevelt esquiva juicios sobre esa inmolación, sobre el menosprecio y violación de los tratados, sobre ese infame *alegato* para justificar tamaños crímenes, que importan suprimir el derecho de gentes. El tratado de neutralidad sólo es un *papel,* a cumplirlo o romperlo, según el solo interés de Alemania, larga y fríamente meditado. Así lo prueban los ferrocarriles estratégicos, para atravesar rápidamente Bélgica y Suiza, como los grandes libros militares del general Bernhardi que aconsejan lo mismo, según convenga al *interés* de Alemania. Lo más grave es esta conclusión del derecho internacional de Alemania que sienta Roosevelt sin indignarse ni descalificar al Estado pirata que lo proclama: *"Debe recordarse que el sistema alemán no limita, en modo alguno, su desdén de las convenciones, al desdén de tratados de neutralidad",* y cita varios ejemplos de tan cínicos antecedentes.

Otros pensamientos de Mr. Roosevelt

El ilustre yankee *no discute* si es legítimo arrojar bombas de globos zeppelines sobre ciudades indefensas, mientras que él sabe bien que ello es contrario al derecho de gentes, aun tratándose de plazas fuertes, si no promedia la intimación de salir antes los no combatientes. Tampoco *discute* si es *moral* o no la iniquidad de Lovaina, o legales las exacciones enormes, pues todas esas agresiones se han perpetrado invocando la *existencia* de Alemania y el *interés vital.* Así procedían los inquisidores católicos: quemaban vivos a los herejes, después de someterlos a torturas horribles; porque la existencia de la Iglesia y su interés vital, lo exigían, lo mismo que la vida ulterior del reo de herejía! Y el bravo moralista no protesta contra el inicuo procedimiento.

Con ironía de mal gusto y equivocando la historia, después de aplaudir la resistencia belga, recuerda las campañas de Turena en el Palatinado y de Cromwell y Guillermo en Irlanda, contra antepasados suyos, para asegurar que media gran distancia y *progreso* entre esas lejanas persecuciones y las tropelías de los alemanes; sin embargo, el mundo está horrorizado de los crímenes vandálicos perpetrados por los alemanes en Bélgica y Francia; y no existe distancia ni progreso respecto de las tropelías recordadas. Para enmudecer Mr. Roosevelt, basta que *"una gran potencia altamente civilizada,* invocando *intereses vitales,* se coloque frente a otra *valiente y patriótica pequeña nación"*, para que le sea lícito todo, *en forma de salvar de la muerte y perpetuar su vida.*—

"Bélgica era una potencia enteramente pacífica y genuinamente neutral, sin culpa de ofensa alguna". El valiente cazador de leones africanos, no *critica ni juzga en una u otra forma la acción de Alemania,* dice: *"Admiro y respeto al pueblo alemán. Tengo orgullo de la sangre alemana que corre por mis venas". — ¡Ecco il leone!...* y después le reprocha al presidente Wilson por no haber protestado contra las iniquidades alemanas en Bélgica! Más vale tarde que nunca... Se consuela fácilmente el rígido moralista, diciendo que en caso análogo al de Alemania, cualquier otra potencia europea o asiática se apoderaría del canal de Panamá, de las Indias o de la Bahía Magdalena, por exigencias estratégicas, — olvidando que Alemania estaba obligada por el derecho y por su honor, a respetar la neutralidad de Bélgica, irreprochable y patriótica, según el mismo crítico.

En el capítulo III, se revuelve el fondo honesto y la virilidad de Roosevelt, frente al atentado alemán contra Bélgica, *"arrastrada a un abismo de sangre y miseria sin propia culpa";* pero advierte que Estados Unidos no debe proferir *"una sola palabra de protesta oficial, si no estamos decididos a hacer efectiva la protesta".* Ahora censura acremente a Wilson, por no haber protestado oficialmente, ya que la simpatía de Estados Unidos por *"los sufrimientos de hombres, mujeres y niños de Bélgica, es muy sincera".*

Roosevelt se muestra excéptico después de la violación de la neutralidad de Bélgica, respecto de los tratados de arbitraje, del *"vago y elástico conjunto de usos que erróneamente se llama ley internacional";* y no encuentra más previsión eficaz que la organización armada contra

la posibilidad de agresiones de los poderosos contra los débiles; pero olvida que la organización interna de los Estados, y las vinculaciones internacionales, no descansan ni se conservan por las armas y por la guerra, — sin menospreciar una discreta organización y adiestramiento para combatir, — pues las jornadas belicosas constituyen excepciones extremas, cuando fallan los tratados, las mediaciones, el arbitraje y otros recursos pacíficos. Las naciones en su vida interna y en derecho de gentes, viven para la paz y para su desarrollo civil, — conservando su personería jurídica, la igualdad y el respeto recíproco entre las grandes y pequeñas potencias. Porque es así el derecho internacional, frente al atentado criminoso de Alemania contra Bélgica, la Gran Bretaña representa la justicia represiva del derecho de gentes y de nuestra civilización. No obstante el pesimismo de Roosevelt, todavía el derecho internacional descansa en la justicia, en los tratados, en las leyes de la guerra, en el arbitraje, en la independencia e igualdad jurídica de las naciones, en la fe pública, en la lealtad y en el progreso y antecedentes de los siglos. Los armamentos y la piratería del más fuerte, jamás reemplazarán a esos cimientos firmes del derecho de gentes, mientras el mundo conserve sus ejes morales.

Es correcto mencionar ideas tranquilizadoras de Mr. Roosevelt, después de las críticas apuntadas. El sienta: *"Pero nunca debemos proceder brutalmente, o sin miramientos de los principios esenciales de una genuina moralidad.—Nuestros ideales han sido elevados.—Las virtudes más moderadas no salvarán a una nación que ha perdido sus cualidades viriles; y por otra parte, tampoco la*

admiración de la fuerza debe desviarnos de las leyes de la rectitud.—Habla dulcemente, y lleva un buen garrote.— Es posible que el conflicto traiga un desarrollo de la democracia en Europa, al menos una parcial substitución por el régimen del pueblo al de aquellos que se estiman poseedores de un derecho divino (Guillermo II) *para go-*bernar al pueblo. Esto, a su vez, haría menos probable la *repetición de una guerra tan desastrosa. — Sobre la justicia debe basarse permanentemente el régimen popular... o no será permanente.*"

El ex presidente Roosevelt se apercibe de los grandes peligros que esperan al mundo, con el derrumbe de los tratados por la teoría y la guerra alemana. *"Bajo tales circunstancias,* dice, *los consejos sobre el desarme universal, son equiparables a consejos para establecer la paz en la ciudad de Nueva York, suprimiendo la policía. Desarmar a las naciones libres y amantes de la libertad, significaría sólo asegurar el triunfo de la barbarie y el despotismo.* Que es necesario *un convenio mundial entre todas las potencias militares, para apoyar una Liga Mundial de Derecho, para imponer soluciones de concordia, manu militari.*"

Mr. Wilson, dirá si esta fantasía internacional, vale más que los tratados de arbitraje que va multiplicando, paralelamente al desarrollo de su escuadra.

Aquí termino mis observaciones a las teorías de Roosevelt, explicándome los eclipses morales y principistas apuntados, tal vez por ciertas veleidades imperialistas del ilustre americano. Más que del título de doctor universitario, se enorgullece de llamarse *coronel;* y él mismo, al mostrar a Guillermo Ferrero el parque de fusiles, es-

copetas, pistolas, revólveres y espadas preparado para su cacería de fieras en Africa, le decía con rostro placentero: *I am barbarie Mr. Ferrero!*

Esta máscara de violencia ¿no habrá descarrilado o desviado la moralidad, los principios, el carácter, la justicia y la libertad del gran americano?

Guido y Spano

El patriarca de las letras del Plata, nuestro filántropo y delicioso poeta, también vibrante prosista, — desde hace veinte años, y llegado a los ochenta y ocho, entre dolores, parálisis y reumatismos,—es muy elevado exponente de la mentalidad y del civismo argentinos, — al día de nuestros asuntos y de la terrible conflagración europea, pues como él mismo lo dice, "no hay persona que lea más que yo", todos los días.

En la visita que tuve el agrado de hacerle ayer, con mi hija Ema y mi sobrina María Dominga, llevándole con nuestro cariño, flores, bombones, duraznos y vino generoso del *Viñedo Franklin,* oí asombrado los juicios, sentencias y pronósticos luminosos y valientes del ilustre anciano, entre recuerdos minuciosos de nuestra historia, de San Martín, de la independencia, del Paraguay, de Nenia y hasta de Rosas. Durante una hora larga, nos dió una hermosa conferencia, sobre tópicos interesantísimos, corriendo ágil, ática y límpida su verba fluída y elocuente.

Ya que dejo trazada la crítica de inconsecuencias y debilidades del gran Roosevelt acerca de la guerra europea, — en su plenitud mental y en su vigor físico, — co-

mentando una traducción publicada por "La Prensa", — me place sobremanera oponer a los eclipses de ese astro en el meridiano, los destellos fúlgidos de nuestro bardo sobre el mismo tema, y al balancearse en el ocaso, que anhelamos retardar lo más posible.

Guido Spano me congratula, por mis artículos contra la guerra germánica; y, rápidamente, se apodera del gran tema, yéndose a dos puntos culminantes, para terminar con un sarcasmo soberbio, que el país debe conocer. El poeta manifiesta su amarga decepción de que el nuevo Jefe de la cristiandad católica, excuse la guerra, *"como una falta de nuestros antepasados"*, y que *"invite a los fieles para rogar en favor de la paz"*, limitando ahí su apostolado, con una indigencia mental propia de un cura de aldea; y luego expresa *su dolorosa indignación por el manifiesto de los noventa universitarios alemanes, solidarizándose con guerras de conquista y con todas las tropelías de la soldadesca germana, que aun reducidas a la centésima parte, bastarían para avergonzar a cualquiera persona que piense.* Y agrega el poeta con ironía mordiente: *"Cuando uno contempla estas deformidades morales, dan ganas de prender fuego a todos los libros y de salir a la calle gritando: ¡Viva la santa ignorancia!"*

25 de Enero de 1915.

XXI

Dos buenos libros argentinos

Sobre la Guerra Europea

Cuanto se refiere a la conflagración armada de Europa, despierta señalado interés en el público lector de nuestra América, y muy especialmente en la República Argentina. Los periódicos llenan diariamente páginas enteras de informaciones telegráficas, de correspondencias, colaboraciones y material ilustrativo copioso, que nos mantiene al día y con bastante conocimiento de todas las variantes, orígenes y piezas sensacionales del conflicto magno, cuyo extenso material de lectura se conoce minuciosamente, con preferencia a todos los demás temas, aun los políticos y económicos de cada país.

Ahora empiezan a publicarse libros bien escritos y eruditos, donde se estudia a fondo la conflagración, desde sus causas remotas, las inmediatas, las emergencias del conflicto, su legalidad, las doctrinas comprometidas, el derecho y la justicia lesionados, los sacrificios en vidas, intereses, derecho marítimo, producción económica, abastecimiento de millones y millones de soldados y de pueblos afectados por la guerra; el derecho de gentes, la cri-

sis moral y política que comporta esta conflagración enorme y aterradora. El libro ahonda mucho más el análisis, y la contribución ilustrativa acumula datos y antecedentes que van haciendo la luz en este trastorno universal; y los publicistas europeos y americanos condensan estudios profundos y elocuentes para ilustrar al pueblo.

La prensa de Estados Unidos se pronunció valientemente en contra de la guerra, que han desatado sobre el mundo los imperios germánicos, condenando en forma viril y resuelta, tanto los planes de predominio mundial, como la violación de las leyes de la guerra y el pretorianismo prusiano, que significa una perversión del gobierno civil de las democracias, con sacrificio de la libertad y de la cultura.

En los demás países de América, la mayoría de la prensa y la opinión pública, se manifiesta sensiblemente en favor de la causa de Francia, Inglaterra, Rusia y Bélgica, a pesar de las vinculaciones y de seducciones alemanas, que se esfuerzan por atraer las simpatías y el concurso de las repúblicas del Nuevo Mundo. Hay muchos diarios que cuidan con la atención más prolija su neutralidad, repartiendo su propaganda en favor de unos y otros contendientes, sin que se conozcan ni prodiguen las opiniones de sus redactores, no obstante hallarse en tela de juicio los principios más caros y más graves de nuestro derecho y de nuestra civilización, del presente y del porvenir de las relaciones internacionales.

Acabo de leer dos libros argentinos interesantísimos sobre la guerra europea, y deso señalar su importancia para mejor ilustración de quienes siguen con avidez intelectual los episodios del terrible drama.

I

El uno se titula: *"La guerra europea y la política internacional"*, con 242 páginas, siendo su autor el doctor Enrique del Valle Iberlucea, profesor de las universidades de la capital y de La Plata, precisamente en materia internacional. El volumen contiene nueve conferencias eruditas y elocuentes sobre los siguientes tópicos de marcado interés: La política internacional de Europa; la política internacional de la Revolución Francesa; la dominación napoleónica, y la independencia de Europa; la unión del trono y del altar; la independencia de Bélgica; la joven Europa y las revoluciones de 1848; el *hombre enfermo* (Turquía) y la independencia de Servia; la unidad de Italia y de Alemania y la política internacional de Europa; el imperialismo germánico y la guerra europea. Contiene también un elogio de M. Jaurés y un discurso parlamentario sobre el tratado de arbitraje con Estados Unidos.

El senador socialista ha realizado una campaña oratoria sobre temas interesantes, con vasta ilustración y tacto político; dentro de la verdad histórica, jurídica y política; con prudencia universitaria, para divulgar casi un siglo de la historia europea, en sus líneas fundamentales, conservándose correcto y mesurado, no obstante su acentuada oposición al predomnio despótico en cada país, y en lo internacional, condenando sin ambajes la temeraria guerra actual promovida por Alemania y Austria. En esas conferencias están fielmente reflejados los grandes acontecimientos políticos y diplomáticos del siglo XIX,

las guerras continentales, los congresos célebres, la concentración de las nacionalidades y profundos sacudimientos que transformaron la Europa, del quietismo y servidumbre del antiguo régimen anterior a 1879, a las democracias y monarquías constitucionales, con garantías y parlamentos, que aseguran la libertad y la justicia en la época contemporánea.

La escuela oratoria del doctor del Valle Iberlucea, es la castelariana, contenida discretamente en su ampulosidad, para herir a fondo las ideas y problemas fundamentales que aborda, con caudal de estudio y buena orientación doctrinaria, verídica y libre de sectarismo. Esas conferencias constituyen una preciosa contribución jurídico-internacional, al formidable conflicto guerrero de Europa; y cuadra noblemente a la difusión universitaria, en vez de la claudicación indigna de los noventa universitarios alemanes, que han levantado sobre la ciencia, la justicia, la verdad y el derecho, el imperialismo conquistador y las mil tropelías de la soldadesca germana.

Al estudiar la neutralidad de Bélgica, pactada con nítida severidad por la intervención de Inglaterra y entre Alemania, Francia y Bélgica en 1870, cita el conferencista palabras muy elocuentes del gran Gladstone en el parlamento, que conviene divulgar, porque señalan la línea recta y luminosa, por donde marcha ahora la Gran Bretaña:

"Ciertamente, dijo Gladstone, nosotros defenderemos la neutralidad de Bélgica, como lo harían todas las potencias europeas, porque ella es un obstáculo a cualquier engrandecimiento desmesurado; pero el interés de Inglaterra no es nuestro solo guía. Hay una razón más

alta que nos hece tener un interés particular en el mantenimiento de la independencia de Bélgica. ¿Qué es este país? Es un país de cinco millones de habitantes, teniendo un gran pasado histórico, poseyendo un sentimiento nacional tan ardiente y tan puro, como aquel que hacía latir el corazón de las más poderosas naciones. Por la manera como ella ha defendido sus negocios e intereses en medio de los sacudimientos revolucionarios y a través de la crisis de la época, la Bélgica ha dado a la Europa el ejemplo de un gobierno bueno y estable y de la más larga extensión posible de las libertades políticas. Ante el carácter de tal país, no habrá uno de mis oyentes que no comprenda que la absorción de Bélgica, en vez de satisfacer los apetitos glotones, señalaría en Europa el toque de agonía del derecho público y de las leyes internacionales."

La Inglaterra puso en la independencia de Bélgica un interés mayor que el interés inmediato de la ejecución literal de la garantía dada. "Este interés, agregaba el ilustre político inglés, reside en la respuesta a esta cuestión: dotada como está de fuerza y de influencia ¿asistiría como testigo impasible y haciéndose cómplice en la perpetración del crimen más atroz que jamás hayan podido registrar las páginas de la historia?"

El doctor del Valle Iberlucea se pronuncia enérgicamente contra la violación de los tratados y de la fe pública, base del derecho de gentes, de que hacen cínico alarde los alemanes. Cita un precedente oportunísimo y autorizado, pues procede de una potencia aliada de Alemania y de un Sultán eminente.

"El ejemplo debía venir del nuevo estado europeo,

de la nación musulmana. El ejemplo debía ser dado por el filósofo turco, como llamara Voltaire a Amurates II, uno de los grandes sultanes que condujeron los ejércitos turcos, detrás de la victoria, por los campos de la península de los Balkanes! En verdad, cuando una de las naciones vencidas, cuyo soberano había firmado un tratado con el Imperio Otomano obligándose a ciertos deberes políticos, desconoció las obligaciones impuestas por el tratado, el Sultán de Turquía acudió a la guerra e hizo que en la punta de una lanza, fuera clavada la convención desconocida por el estado enemigo.

"¡El castigó después de la victoria al soberano de Hungría, muerto en el campo de batalla, mandando poner la cabeza de Ladislao, en frente del tratado violado, por haberse alzado contra las convenciones internacionales, creyendo que no hay nada más repulsivo a la conciencia humana, ni nada más contrario a la vida solidaria de las naciones, que el desconocimiento de esas leyes convencionales celebradas por los mismos estados para garantía de sus deberes y de sus derechos!"

Los orientales suelen aplicar terribles castigos a los grandes crímenes. Refiere la historia o la leyenda, que Cambises, rey de Persia, mandó desollar vivo a un juez que había vendido una sentencia, y forrar con su piel el sillón en que debían sentarse los sucesores para administrar justicia, a fin de que recordaran siempre el castigo del prevaricato, al desempeñar la más noble, grave y delicada función de gobierno, sobre la vida, la libertad y los intereses de los súbditos. Es fama que mientras duró aquel sillón, no se registraron cohechos ni prevaricaciones judiciales!

Debemos convenir en la fecunda labor de los congresales socialistas. Ellos tienen tiempo para todo, y proceden con ilustración, valor y audacia: en el congreso desempeñan airosa y bravamente su cometido, siendo el terror de oligarcas, logreros, y ministros; fuera de allí se les ve en mitines, conferencias, trabajo profesional, jiras por toda la República y confeccionando proyectos muy acertados.

Algunos, como el doctor del Valle Iberlucea, junto con sus tareas del Senado, dicta cátedras en dos universidades, en el Colegio Nacional, y hace tiempo para conferencias notables, sobre materia internacional de extensión universitaria, que pueden consultar con provecho estudiantes, profesores y hombres de gobierno. Es cierto que no se baten en duelo singular protocolista, de cuño germánico, porque lo reputan una barbarie, un atraso, la negación de la justicia; pero no son mancos si se ven agredidos, recordando la beligerencia de Sancho Panza, cuando el escudero del Caballero de los Espejos le dijo que le daría de trompadas para que juntara rabia: ¡Pues entonces yo te romperé el alma, contestó Sancho!

El libro del senador socialista es muy interesante.

II

El otro libro estudiado, del educacionista y escritor Ramón Melgar, se titula expresivamente: *"La bancarrota de la civilización"*, y consta de 155 páginas, repartidas en 17 capítulos, con estos rubros interesantísimos: La guerra europea de 1914; Anacronismo de la civilización europea; Antecedentes históricos; Rasgos psicológicos del

pueblo alemán; El imperialismo prusiano; La política de expansión colonial; El *statu quo* europeo; La unidad del imperio alemán; Desmembramiento del imperio otomano; La tragedia de Serajevo; La responsabilidad de Alemania; Los ejércitos beligerantes; Decadencia moral; Las grandes batallas; El sacrificio de Bélgica; Las probables consecuencias de la guerra; El porvenir de América.

El señor Melgar, reputado de los mejores educacionistas del país, es autor de varias obras de mérito, que fueron muy bien juzgadas por la crítica; y, aun cuando no gozara de su prestigio pedagógico y literario, bastaría este librito, de reducido volumen, para formarle sólida reputación, de escritor, de moralista, de filósofo y de filántropo, amante del progreso, del derecho y de la justicia. Resulta un escritor fluído, correctísimo, lacónico, elevado, elegante, profundo en toda tesis fundamental, y siempre elocuente para convencer con argumentación sólida y crítica decisiva.

Con potencia mental vigorosa y pleno dominio de la historia, de la geografía política, de los muchos errores y prejuicios en que se asientan las sociedades europeas, presenta la conflagración armada que nos aterroriza, como consecuencia lógica de errores teocráticos, dinásticos, pretorianos, de política sin moral, de absolutismos gubernativos, de menosprecio de los derechos del pueblo, de usurpaciones de poderes y de libertades, que conducen fatalmente a los horrores y a la demencia criminal, de lanzarse a guerras de conquista, para consolidar el despotismo del mundo! El escritor estudia con suma habilidad la psicología del pueblo alemán, pervertido de pies a

cabeza por la disciplina y la fuerza militar, al punto de hacerle aclamar al país de más universidades y escuelas, la teocracia pretoriana más insolente y desequilibrada que recuerda la historia, como *misión providencial y salvadora!* Ante el escalpelo de Melgar, aquella aparatosa sabiduría alemana, resulta fofa, subvertida y extraviada, pues conduce el mundo a un cataclismo. Pero no es un pesimista llorón ni maldicente, sino que con estudio prolijo comparativo, descubre, frente a la bancarrota de la civilización alemana, rumbos fijos y orientación luminosa y salvadora, en la sólida cultura de Francia, de Inglaterra, de Bélgica, de Italia, de Suiza, de Estados Unidos, de Rusia, del Japón y de América latina, que alumbran derroteros inmortales de humanidad, de justicia, de moral, de libertad, de paz, de fraternidad y de respeto a las nacionalidades.

Los demás capítulos del proceso a la guerra alemana, están argumentados en forma concluyente y en contra de esta nación. Extrae citas lapidarias del famoso escritor militar germano general von Bernhardi, que tradujo al lenguaje pretoriano, las conclusiones sobre dominación de los profesores universitarios. Su obra fué impresa y divulgada por el imperio; y los publicistas Bryce y Roosevelt, la consideran del mayor prestigio en Alemania. Oigamos las máximas de Bernhardi: "Si Alemania quiere conservar sus posesiones actuales y la fuerza de su nacionalidad en el presente y su prestigio en el mundo, no debe retroceder ante una lucha encarnizada. Esa lucha será por la soberanía del mundo"... "Esta es la disyuntiva del poder de Alemania: el dominio del mundo o el hundimiento. Para resolver esta disyuntiva, Alemania

debe adoptar una actitud agresiva, como lo hizo Federico el Grande y más recientemente en la historia, el Japón en su lucha con Rusia. Alemania no debe esperar a verse forzada a la guerra, bajo condiciones desfavorables para ella: sería esperar el desastre político."

"En la guerra, las ventajas están con el que ataca. Alemania debe, por consiguiente, durante el período de preparación, llevar hasta su mayor eficacia el valor táctico y las habilidades de sus tropas, para tomar la ofensiva en la primera y mejor oportunidad. En tal guerra, Alemania debe esperar la hostilidad del mundo entero (¡oh! corazón revelador!). El imperio alemán es odiado en todas partes por su prosperidad política y económica. (Es falso que se odie a nadie por esas causas). La triple alianza quedará rota probablemente por la separación de Italia... Alemania se encontrará rodeada de enemigos." "Inglaterra será el principal enemigo de Alemania. Para Inglaterra la neutralidad de Holanda y Bélgica, no implica absolutamente nada como punto de honor; pero mucho como punto de interés. Es, sin embargo, sobre Francia sobre la que debe dirigir Alemania su primer ataque". (Replicado de antemano por Gladstone).

Ahí queda trazado con toda la brutalidad del pretorianismo prusiano, con cínica insolencia, el programa de la dominación mundial. ¿Habrá todavía jurisconsultos de las democracias de América, que defiendan o que siquiera excusen la agresión alemana, la catástrofe guerrera que ha desencadenado sobre la civilización europea, con la insanía criminal de despotizar al mundo?...

Melgar destruye el subterfugio de Alemania para violar a Bélgica: "pretendiendo justificar su atropello,

con la ocurrencia feliz de prejuzgar que Francia iba a violar la neutralidad belga para llevarle un ataque, y quería evitar la violación del territorio, violándolo primero!..." Tales argumentos, que revelan la incapacidad mental del gobierno germánico, han sido duramente juzgados por el mundo culto; y el atropello alemán a la neutralidad de Bélgica, es un borrón que el militarismo prusiano arrojó sobre Alemania." Bélgica, "aceptó con heroísmo imperturbable su sacrificio, antes que manchar las páginas de su historia, con un acto de cobardía." "Alemania se quitaba la careta para decir que aspiraba a la hegemonía mundial."

El capítulo sobre decadencia moral, es admirable. El consagrado al *sacrificio de Bélgica,* es tan hermoso, como profundo y emocionante. Concluye con esta bella invocación muy merecida por el país sacrificado:

"Pueblo intrépido que has dado al mundo una página de inextinguible brillo, vivirás eternamente en la memoria de todas las naciones civilizadas. Tu lucha es la más santa de las luchas humanas; tu sacrificio es el más sublime de los sacrificios. La justicia es tu antorcha fulgurante, y el derecho tu éjida protectora; tu sangre generosa cae en gotas fecundas sobre el suelo querido de tus proezas y tus glorias, y la tierra bañada de rocío, cual si fueran sus lágrimas, absorbe con avaricia aquella savia, para resplandecer en el día de la victoria, cubriendo las campiñas de flores alegres... Y allá irán en caravanas interminables las generaciones de todo el universo para descubrirse silenciosas ante tus ruinas, con la emoción que el heroísmo exalta; y entonces tu nombre, ¡oh invicta Bélgica! pasará a la historia obscureciendo el brillo de Es-

parta y de Atenas. Y esa será la eterna derrota de las legiones que hoy descargan sus iras en tu suelo, porque resurgirás cada vez más hermosa y más digna, ante la conciencia universal que te admira... El mundo civilizado se descubre con respeto en la hora de tu sacrificio, ¡oh grande y magnífica Bélgica!"

Es muy interesante el capítulo sobre *las probables consecuencias de la guerra*, en que serán vencidas Alemania, Austria y Turquía.

Formula esta advertencia: "La altivez teutónica será quebrantada al fin, y su pretensión de vencer a todas las naciones de la tierra coaligadas para defenderse de sus atropellos, habrá sido una fantasía sangrienta del militarismo, cuyo derrumbamiento celebrará la civilización regocijada."

Las soluciones bosquejadas, constituyen verdaderos desastres, en vez de la conquista del mundo!

El capítulo titulado *El porvenir de América*, es el único faro entre las sombrías y sangrientas incertidumbres de Europa: El Nuevo Mundo es el Continente del arbitraje, de las mediaciones, de las doctrinas Monroe y Drago, de una pléyade de repúblicas prósperas, con tropezones transitorios; es el hemisferio de la libertad, de la tolerancia, de la justicia, sin teocracias, ni dinastías de imbéciles o dementes; es el mundo de la democracia y del radiante porvenir!...

III

Un tercer libro

Cediendo a indicaciones del país y del extranjero, como al proselitismo de buenos principios y también a un pensamiento filantrópico, — me decido a publicar en volumen los veintidós estudios sobre la conflagración europea, que aparecieron en *El Diario* desde la ruptura de las hostilidades. Su título será: *"Alemania contra el mundo"*; irán precedidos de un brillante juicio de Almafuerte sobre la guerra; su dedicatoria será para la juventud americana; y el beneficio del libro, se consagra a las personas más dignas de lástima, de admiración y de ayuda: a los niños belgas huérfanos por la guerra!

Creo que en la primera quincena de Marzo, se ofrecerá en venta el libro indicado, en las librerías y en casa del autor.

Ya que la prensa seria e influyente de América se ha pronunciado en contra del imperialismo alemán, conviene que el cuerpo de doctrina de esa propaganda, se condense en el libro, para que pueda servir a la juventud, a los legisladores y a los hombres de estado, como una protesta decidida y vibrante contra el crimen de las guerras de conquista y de predominio mundial, y como defensa de la libertad y de la civilización, de la justicia y del derecho.

13 de Febrero de 1915.

XXII

Razones de esta propaganda

Cartas sobre la crítica del doctor Barroetaveña

Buenos Aires, Octubre 20 de 1914.

Mi querido amigo:

Yo quisiera que sus artículos en contra de Alemania y del kaiser, no perdieran la serenidad de las producciones propias de un historiador. Prevalece en ellas el sello del polemista, menos disculpable si se sabe y se ve que al pie de sus artículos, no está un nombre inglés, francés, ni ruso...

¿Por qué persiste usted, — hombre de América, — en repeler una civilización que está auspiciada para nosotros por los Kant, Bismarck, Goethe, Schiller, Wagner, von Yhering y demás? No se olvide, caro amigo, que estamos muy lejos de considerarnos soberanos de verdad. Y entre ver nuestros ferrocarriles, nuestros bosques, nuestras ciudades, nuestras colonias y nuestros ríos explotados por ingleses, por franceses y por rusos ¿qué nos

puede extrañar ni doler *que los alemanes impacientes amen el petróleo de Comodoro Rivadavia?*

Hago un llamado a sus ideas para que ocupen el lugar de la alta filosofía.

Si sus artículos tomaran de pronto la forma consistente del libro, y lo leyera usted en su vejez, advertiría cuan sincero y cariñoso es el pedido que le formula hoy este tranquilo amigo, que en toda ocasión anhela el triunfo del vigoroso talento y de sus nobilísimos sentimientos que tanto adornan la personalidad de usted.

Lo quiere su compañero

David Peña.

Doctor Francisco A. Barroetaveña.

Contestación

Mi estimado amigo Peña:

Decididamente no estamos *en el mismo plano*, según la expresión de su esquela anterior, al contemplar y apreciar la guerra europea; y, para peor, me parece que habrán escapado a su lectura varios de mis artículos, pues en muchos, distingo con insistencia la nación alemana, científica, artística y jurídica, procedente de sus grandes hombres, citados con admiración, — del kaiserismo pretoriano, del militarismo dominante, con su formidable armazón acerada, con la brutalidad de sus procedimientos, y sus ambiciones de dominación por la violencia: *La force prime le droit!*

Sólo con semejante desconocimiento, o, con *parti pris* tomado de *otro plano,* puede usted reprocharme *que persista en repeler una civilización auspiciada para nosotros por los Kant, etc.*

No, amigo mío, yo no *repelo* esa civilización, que respeto y admiro; a la cual considero perjudicada y desprestigiada por el militarismo ambicioso y prepotente. Yo siento instintiva repulsión por el kaiserismo, sin palabra ni honor internacional; por el bandolerismo que asalta, mata, viola, corta las manos de los niños, inmola prisioneros y heridos, saquea, incendia, practica el *chantage* con el cañón al pecho a ciudades indefensas; arroja bombas explosivas y obuses enormes sobre mujeres, niños, ancianos, escuelas y monumentos; y todo ese cortejo de barbaries, que creíamos muy ancestrales, perpetradas con ensañamiento feroz, contra un estado pequeño, cultísimo, pacífico, industrioso, con virtudes y heroísmo, neutralizado por el concierto europeo, obligada Alemania a su amparo y protección: enfurecida porque no tuvo la cobarde complicidad de permitirle atacar con perfidia traicionera un flanco desguarnecido de Francia, que Bismarck, absolutista, no se atrevió a cometer! También siento repulsión por la cínica falta de fe honesta (ya que hay púnica y prusiana), con que el kaiserismo viola las leyes y doctrinas de la guerra, de Ginebra, de sus universidades, de la Haya, suscriptas por sus delegados, al punto que el Presidente de Francia, denuncia al mundo civilizado esta monstruosa regresión de barbarie, *en nombre de Dios y por su profeta!*

¿Cómo se extraña, amigo Peña, que no me subleve contra ese azote prusiano, bárbaro, sanguinario, infidente,

desleal, destructor, perturbado al rojo con ensueños napoleónicos?

Permítame que yo me asombre de la censura de un romántico de su fuste; bravo luchador contra prejuicios y absolutismos, sin importarle si van contra la indiferencia, hostilidad y cobardía de todo el mundo! Más que asombrado, estoy confundido de su crítica reiterada; no porque me moleste la disidencia ni el ataque, siempre cultísimo y lleno de elogios exagerados y amables a mi rol de Don Quijote internacional; sino porque no puedo encontrar en su robusto y gentil cerebro, una sola célula intelectual y sensitiva, que pudiera, no digo aplaudir ni complicarse, sino quedar pasiva ante el recrudecimiento de la barbarie colosal desatada sobre el mundo por los imperios centrales de Europa, en cataclismo de sangre y exterminio que horrorizan!

Dice usted que escribo con vehemencia, no con tranquilidad filosófica, fría y razonada. ¡Y esto no me lo dice un hombre de combate y de altiva moralidad! Le citaré dos recuerdos de la época en que nos graduamos, cuando sus *siluetas*. Pocos amigos me dieron una comida barata; y, a los brindis (infaltables), mi compañero de estudios, Juan F. Seguí, discípulo de jesuítas, algo convertido por mí, dijo muchas cosas favorables, pero agregó: Barroetaveña tiene pasiones fuertes: *prenez garde!* Enrique García Mérou, levantó el cargo, replicando que aquellas, lejos de ser un defecto, si había brújula moral y doctrinaria, serían factor de primer orden para cualquier campaña: hubo asentimiento general. Como recordará, mi tesis revolucionaria sobre matrimonio civil, fué reprobada por los doctores católicos, después de haberme cla-

sificado benígnamente durante cinco años: el doctor Tezanos Pinto (uno de los amigos reprobadores) me dijo que había errado el procedimiento, pues en lugar de una tesis de fuego y de polémica, debía haber escrito una *tesis de nieve,* que convenciera con el frío razonamiento, hasta los más cerrados a la reforma. Yo seguí en desacuerdo: sigo creyendo que el atraso y el absolutismo, requieren la vehemencia en las ideas, y la explosión revolucionaria, cuando se agotan todos los procedimientos pacíficos. Hay que derribar la iniquidad prepotente, sea la teocracia, Juárez Celman o el kaiser invasor y exterminador: el tema de Voltaire es bandera: *ecrassons l'infame!*

Por otra parte, yo no soy ni filósofo ni juez: soy crítico de acontecimientos brutales, devastadores y bárbaros. ¿Cómo quiere usted que escriba en frío, que no me irrite, que no proteste y lance apóstrofes condignos, a los grandes culpables de la conflagración? Mucho hago en mis salvedades sobre la nación y sabios alemanes, cuando Maeterlink responsabiliza a todo el país, por servir incondicionalmente a la barbarización del mundo, proveyendo de cuanto quiere al kaiser, que incendia la guerra exterminadora. Lo que más cuido, es no mentir ni calumniar.

En esta carta olvidaba refutar el pasaje sobre las *miras alemanas* respecto del petróleo de Comodoro Rivadavia. No se trata de la inversión legítima de capitales europeos, abundantes y baratos, en las empresas industriales para fomentar la prosperidad de América, que Alberdi llama a voces, *colmándolas de privilegios,* los cuales sólo producen beneficios sin complicaciones inter-

nacionales. Ese aporte financiero privado de Europa, que impulsa nuestro engrandecimiento económico, pertenece a los aliados y a los alemanes, sin que nadie proteste con razones ni justicia de su profícua inversión, para los dueños, que retiran sus utilidades legítimas, y para nosotros, que vemos acometidas grandes obras públicas y empresas audaces, que no podemos realizar nosotros, porque carecemos de capitales baratos acumulados, y del empuje perseverante y resignado de empresas algo problemáticas. No me preocupa, pues, esa inversión privada y benéfica de dineros alemanes, ingleses, franceses, yankees, belgas, rusos o italianos; lo que me alarma es el imperialismo alemán, conquistador a cañonazos de territorios, pues no lo inspira más ideal ni respeto que su *interés;* y muchos germanos hablan, — como planes ulteriores de ensanches si triunfan, — del Río Grande del Brasil y del petróleo de Comodoro Rivadavia! Naturalmente, vencedores de la Europa, se reirán cínicamente de la doctrina de Monroe y de la doctrina Drago, desde que el triunfo los habilitaría para extender su *derecho de guerra* y su *fe prusiana* por todos los continentes.

Sin vacilar sobre mi creencia en su derrota final, he debido llamar la atención sobre las probabilidades y proyecciones de sus empresas de predominio universal. Se trata de prevenir el imperialismo conquistador, no de beneficiarnos con capitales industriosos y baratos.

Ahí tiene, amigo Peña, los fundamentos de nuestra desinteligencia.

¡Si usted conociera las palabras de estímulo y las frases de oro, que me hacen llegar otros vates de gran vuelo! Siempre deploraré la ausencia del viejo amigo; y

crea que estas protestas contra el kaiserismo germano, no perturbarán mi extrema vejez; hasta entonces, seguiré criticando lo que repute abominable.

Le estrecha la mano su affmo.

F. A. Barroetaveña.

22 de Octubre de 1914. — S|c. Maipú 234.

Doctor David Peña.

XXIII

Homenaje a Bélgica

Conferencia del Dr. F. A. Barroetaveña en el Coliseo el 8 de Abril de 1915

Señoras, Señores Ministros, Señores:

La terrible conflagración guerrera que prodiga la muerte, el exterminio y la desolación en tres partes del mundo, a nivel, en los aires y bajo las aguas de los mares, — intensificando el azote bélico en la Europa más culta y poblada, — conmueve, perjudica y acongoja a todas las naciones, aun a las más apartadas del teatro de la guerra, por vinculaciones de intereses, de cultura y de humanidad.

Los choques formidables de masas enormes de combatientes, las flotas de la alianza, después de éxitos parciales, esterilizan con bloqueos infranqueables a las escuadras de los imperios centrales, que se debaten desesperadamente con ataques alevosos de minas y de submarinos; las líneas de batallas, inconmensurables y mortíferas,

con sus atrincheramientos inmóviles; los bombardeos rasantes y desde los aires contra combatientes y contra aldeas y ciudades abiertas; las incursiones armadas por las campiñas para dominarlas militarmente, infundir el terror y requisar haciendas y víveres; el fuego terrible de cañones, ametralladoras y fusiles; los estragos de la lanza, del sable y de la bayoneta, — todas estas manifestaciones espantosas del cataclismo, nunca superado, siembran de víctimas, aniquilan la riqueza, retrogradan a la barbarie, y dispersan a todos los vientos, la muerte, la orfandad, la miseria, la invalidez y el hambre. El mundo neutral consternado por tantos horrores, abrazándose a la civilización, al derecho y a la humanidad, protesta contra el crimen sin nombre de esta guerra, provocada por los imperios germanos para conquistar el predominio universal, — y extiende su filantropía a las víctimas más simpáticas, a los belgas inocentes, asaltados, robados, fusilados, ultrajados y dispersos por la invasión alemana.

Bélgica y Polonia

Señores: En el inmenso escenario de esta guerra, que comprende todos los mares, océanos y líneas de batallas interminables, del Canal de la Mancha a los Dardanelos y del Báltico al Cáucaso y a los Cárpatos, — se destacan por sus infortunios y por sus títulos a la consideración del mundo, dos naciones cruelmente destrozadas: al occidente, Bélgica, de noble y antiquísimo abolengo, culta, muy civilizada y viril, que, dirigida por un Bayardo coronado, lucha heroicamente con el imperio alemán,

quien, violando el honor y la fe jurada, la aplastó con lujo de barbarie y mayoría abrumadora, en Agosto y Septiembre de 1914; y al Oriente, Polonia, antemural de Europa contra la barbarie asiática, descuartizada hace más de un siglo, y hoy, entre charcos de sangre y abominaciones sin cuento de la guerra más encarnizada, surge en plena resurrección, al conjuro de la justicia eterna, y al llamamiento libertador del Zar de Rusia.

Señores: Honremos al heroísmo belga y a su rey Alberto el Grande, como le llamará la posteridad; y honremos también a la resurrección de Polonia torturada,— aun cuando esas naciones se estremezcan ensangrentadas y hambrientas, entre los escombros de la terrible tragedia. Ambas han culminado la grandeza histórica sobreponiéndose al cadalso, a las matanzas colectivas, a la brutalidad de la fuerza armada, insolente y sin contralor; a los saqueos, a las violaciones, a la destrucción sistemática de monumentos y de cuanto represente la virilidad del pueblo tiranizado: El heroísmo y el derecho, triunfan del crimen de la fuerza despótica!

El llamamiento humanitario hoy es por Bélgica; mañana será para Polonia, primogénita del martirio y de la inmolación, ahora víctima de una guerra de exterminio y sin cuartel, contra nueva barbarie, elevada al rango de *barbarie científica*. Debemos oir los clamores de Sienzkiewitz para el pueblo mártir.

Propósitos de esta guerra

Señores: En esta guerra universal, — pues ya intervienen tres partes del mundo, con siete de las nueve pri-

meras potencias militares, estando para entrar Italia y no lejana Estados Unidos, — en esta guerra de proporciones gigantescas, combate la alianza por la civilización, por el derecho y por la Independencia de nacionalidades, amenazadas por el despotismo militar de Alemania, que se ha lanzado a la aventura del predominio mundial por las armas, para imponer a sangre y fuego su prosperidad industrial, su sistema pretoriano, y lo que llama su *kultur* superior, — enarbolando como lábaro invencible, el ser un pueblo selecto, con la misión divina de dominar al mundo por intermedio de su Kaiser!

Ante la historia, frente a la ciencia y a la experiencia de nuestro siglo, el programa alemán representa un caso de manicomio peligroso, peligrosísimo cuando lo secundan ciegamente tres grandes imperios, que suman ciento sesenta millones de habitantes, fanatizados por la ambición deslumbradora de los ensueños del kaiser; poderosos por sus ejércitos, escuadras y disciplina militar absoluta; con extensas vinculaciones en el resto del mundo, al cual ha proveído Alemania de armamentos y de instructores militares, como también de sus manufacturas baratas, y de sus descubrimientos científicos.

Para contener, reprimir y exterminar esta terrible empresa alemana, que se practica con violación de las leyes de la guerra y sin humanidad, las cuatro grandes potencias, Inglaterra, Francia, Rusia y Japón, ayudadas eficazmente por los pueblos valerosos belga, servio y montenegrino, — necesitan desarrollar esfuerzos enormes, pues la provocación de los imperios centrales, preparadísimos para la guerra, las tomó de sorpresa, debiendo improvisar muchos elementos bélicos en medio

de formidable invasión. Felizmente el dominio de los mares y las grandes vías de comunicación pertenece a los aliados y tanto en Occidente como en Oriente, las huestes germanas, austriacas y turcas, han sufrido grandes reveses, quebrantándose a muy alto precio de vidas y de recursos, el impulso abrumador de los invasores, que necesitan atrincherarse para no ser aniquilados, antes de emprender la retirada fatal y desastrosa que les aguarda.

A la estrategia de los aliados, coadyuvará con mucha eficacia el factor económico, que provee a la subsistencia de los pueblos, al desarrollo industrial, y a los gastos y alimentos de los ejércitos. Con razón se ha dicho que *l'argent fait la guerre*; y el comercio internacional está bajo el contralor de los aliados. La guerra costosísima podrá prolongarse más tiempo con la presión económica, para ahorrar vidas humanas, que se extinguen pavorosamente con los armamentos modernos, en los formidables combates que habría que disponer para precipitar la derrota definitiva de los imperios centrales. La anhelada cooperación de Italia, que parece inminente, apresuraría también el fin de esta terrible conflagración.

El mundo civilizado nunca ha corrido más grave peligro de caer bajo un despotismo pretoriano internacional, que en la época presente; y tanto los aliados como los neutrales, deben resignarse a las exigencias y perturbaciones, correlativas al momento histórico que atravesamos, donde se juega la existencia del derecho, la fe en los tratados, la independencia de las naciones, y el bienestar que implica una civilización impregnada de cultura, de moralidad, de justicia, de humanidad y del

gobierno civil y pacífico de los pueblos, en vez de ese pretorianismo prusiano, que todo lo deforma y somete a los desplantes marciales, a la obediencia sin libertad, a la disciplina sin criterio cívico ni razonable; a la imposición brutal de las armas; a un derecho de gentes sin leyes de la guerra, ni honor ni fe para los tratados, ni humanidad para las batallas, ni honestidad para los ocupaciones militares, ni respeto al vencido, a los heridos y a los monumentos, que impone el progreso de los siglos.

Ventajas de esta guerra

Señores: Entre las pocas ventajas de la conflagración armada presente, debemos apuntar la solidaridad humana y de cultura, que aproxima y vincula pueblos y hombres de todas las razas y continentes para defender lo que el mundo culto, no germánico ni turco, entiende y aprecia como la verdadera civilización, que no es un misterio ni confusión teológica, sino el progreso científico y artístico de los siglos, para gobernar las naciones y fomentar su desarrollo pacífico, al amparo de la ley, de la libertad y de la justicia, con previsiones discretas para asegurar el respeto internacional. Ante la terrible amenaza de la hegemonía militar alemana, se han coordinado en potencia formidable los pueblos de raza latina, anglosajona, eslava, flamenca, montenegrina, japonesa, australiana, africana, hindú y canadiense, con todos los matices étnicos y partidistas interiores de esos pueblos, concurriendo, además, la colaboración y simpatías de hombres e instituciones de todas las partes del

mundo. De pronto, ante el peligro común, se ha establecido una corriente dinámica poderosa, en contra de la hegemonía mundial de Alemania. Y esa colaboración eficaz y magnífica, no sólo se observa en lo internacional, sino que dentro de cada país de la alianza, se ha establecido una perfecta armonía para colaborar al unísono con los gobiernos, para destruir el militarismo prusiano, abatiendo todas las enseñas de divergencias interiores. Ya no hay anarquía en Francia ni lucha intestina en Inglaterra, ni en Bélgica, ni en Rusia, ni en Japón, ni en Servia, ni en Montenegro; y las leyes más graves y por sumas fabulosas, se votan, sin debates, casi por aclamación, en pos de algún discurso elocuente, donde se proclama la necesidad de aplastar al militarismo alemán, no a la nación alemana.

Hay más: mientras el kaiser se exhibe como órgano de Dios y creyéndose asistido constantemente por la divinidad, los jefes de las naciones aliadas sólo invocan las soberanías de sus pueblos, los poderes políticos y civiles para defender la civilización, el derecho de gentes y el respeto a los tratados, prescindiendo de poderos sobrenaturales. Cada país de la alianza va con la opinión pública genuina dominante en su pueblo, sea liberal, católica, laica o conservadora, sin que haya la mínima discordancia interior, ni censuras o críticas hirientes para nadie. En todas partes, y quizás por primera vez, se observa en tantos países el imperio de la tolerancia, que representa el mayor progreso de la filosofía; y en los ejércitos se notan sacerdotes, ya ejerciendo su ministerio espiritual con los creyentes moribundos, ya empuñando las armas de guerra, en defensa de la patria;

como los positivistas y liberales, afrontando el peligro con valor estoico; en medio de profundo respeto recíproco y tolerancia, como en sus naciones. La misma diversidad de razas de países tan opuestos, demuestra una gran causa común, y la solidez de las naciones coloniales, cuyas provincias o colonias lejanas concurren a la beligerancia con dinero, cuerpos militares y buques de guerra, voluntariamente sancionados, no obstante los conatos de rebeliones que suscita Alemania.

La alianza contra la hegemonía pretoriana de Alemania, descansa en la confianza recíproca, en la perfecta armonía y buena fe, en las vistas más claras y uniformes, para salvar la paz y la civilización de un gran peligro, de la zozobra constantemente amenazadora de los conflictos armados. La guerra, que ha producido una cohesión admirable en cada país de la alianza, no perturba las modalidades políticas; y vueltos a la paz, abordarán los problemas internos con más patriotismo, con más tolerancia, con mayor abnegación, recordando los sacrificios y las inmolaciones de la terrible contienda común; volverán todos a la vida normal, más fraternales, mejores ciudadanos y más patriotas. La guerra, lejos de retrogradarlas con supremacías divinas anacrónicas, volverá las naciones de la alianza, más positivas, más tolerantes, más humanas, más previsoras y conscientes de la justicia y del derecho, de la soberanía del pueblo, que descansa en estas nociones.

Otros beneficios producirá la guerra en el campo de los aliados: la abolición del alcoholismo, y el aumento de la natalidad, proclamadas como necesarias ante peligros nacionales, quedarán arraigadas como costum-

bres permanentes, que velan por la salud, por el vigor y por el aumento de la población, que provee de ciudadanos al civismo, de brazos al trabajo, y de defensores a la patria. Aparecerán también estados autonómicos como Polonia; y se multiplicarán las reformas progresistas, en las naciones y colonias, cuyas masas de soldados han compartido estrecho compañerismo, con los súbditos de la Carta Magna, con los republicanos de *los derechos del hombre,* con los belgas, tan bravos como amantes del gobierno propio de sus municipios. Los campamentos de la alianza, donde hoy se defiende la civilización pacífica del mundo, contra el militarismo prepotente, — serán escuelas fecundas para el progreso de las instituciones, para la austeridad viril de los ciudadanos, y para la convivencia más humana, mejor ordenada, más justiciera y más fraternal que antes de la guerra.

Defensores del kaiserismo

Señores: Los raros argentinos intelectuales kaiseristas, que osan defender el programa imperialista alemán, en este nuevo mundo democrático, después de reconocer, entre largos rezongos el derecho de Inglaterra para monopolizar cables, telégrafos y vías propias de comunicación en favor de los aliados, — se valen de sofismas y de estadísticas adulteradas para forjar demostraciones tan estupendas como esta: que Alemania gasta menos por cabeza de habitante en ejército y escuadra, que Inglaterra y que Francia, — omitiendo en el cálculo la numerosa población de las colonias de estos

países, esencialmente coloniales! Y, en interminables demostraciones estadísticas sobre la prosperidad comparada de los capitales invertidos por Alemania en Sud América, de su comercio, del fomento bancario e industrial, a la par de la Gran Bretaña y superando a Francia, se pretende llegar a la conclusión caprichosa y desatinada, de que Inglaterra, viéndose vencida en la concurrencia económica, ha inventado una guerra de *boutique* al imperio alemán, arrastrando como instrumentos obscuros de su codicia, a las seis naciones de la alianza. Para derribar tan vistoso castillo de sofismas, errores e ingenuidad, basta recordar, lo que hoy es evidencia para todo el mundo: que Alemania y Austria, especialmente Guillermo II, son los provocadores de la guerra, mientras que la Gran Bretaña, sorprendida sin el ejército que exigía semejante conflicto, ha concurrido, cumpliendo compromisos de honor, en defensa de Bélgica, por deberes morales con Francia y Rusia, y para conjurar el predominio mundial de un imperio pretoriano insoportable. De manera que para la lógica de estos antecedentes, el gobierno alemán, sintiéndose triunfante en el mercado universal, con su manufactura, con su comercio, con su marina, sus capitales y su poderío militar formidable, ha esterilizado su victoria pacífica y legítima, precipitando al imperio en la catástrofe de una guerra fatal! Si Alemania estaba triunfante en la paz, ¿para qué provocar una guerra peligrosa por causas económicas? No; es falso que Inglaterra provocara la guerra, pues hizo todo lo posible para evitarla; es falso que la guerra obedezca a causas económicas iniciales, del lado de la alianza; mientras que es exacto que los imperios germánicos pro-

vocaron la conflagración armada, no por motivos económicos, sino para conquistar la hegemonía política mundial de Alemania.

¡Para semejante defensa, se emplean setenta largas páginas de una revista argentina, plagadas de cifras, como tablas logarítmicas, y de extensas y reiteradas notas, de elocuencia forzada y fatigosa, de usanza alemana!

Señores: Si los hombres independientes, ilustrados y prestigiosos exteriorizaran la condenación de los atentados cometidos por las naciones audaces y cínicas; si las naciones neutrales interrumpieran su representación diplomática con las mismas, se opondría una sanción moral y de intereses considerables al país provocador, por temor al aislamiento, a la descalificación universal, y a los conflictos graves que surgirían a cada momento. El apocamiento y egoísmo de los caracteres y de los pueblos, el cálculo, la mala fe o los propósitos aviesos, paralizan la acción moralizadora que tendría un pronunciamiento altivo y vibrante de los hombres de pensamiento y de las naciones que respetan los tratados, el derecho y la justicia.

Es doloroso confesarlo, pero tiene razón el ministro de justicia belga, cuando pregunta en el preámbulo de un libro: ¿Qué han hecho las cincuenta naciones signatarias de La Haya, en presencia de la violación de la neutralidad de Bélgica por el atentado de Alemania, y en vista de la audaz violación de las leyes de la guerra, acordadas en esa célebre conferencia, de que se ha burlado cínicamente el mismo imperio?

La cobardía o la indiferencia internacional más condenable, han estimulado la perpetración de esos actos de violencia, de sangre y de exterminio.

Transformaciones sorprendentes ante la guerra

Señores: Esta conflagración armada, presenta peculiaridades sorprendentes en las naciones de la alianza, donde se observan, producidos súbitamente y como por ensalmo, cambios radicales de costumbres y rasgos curiosísimos, de transformaciones individuales y colectivas del carácter de los hombres, amoldándose todo el mundo a las exigencias supremas de las terribles circunstancias, para aniquilar la insolencia pretoriana, que se propone dominar al mundo, o quedar aplastados los pueblos más cultos, por los sabios inventos de la casa Krupp, y por el casco prusiano.

El pueblo francés, tradicionalmente expansivo, apasionado, sin disciplina, exaltadísimo y estrepitoso, — todo nervio, espontáneidad y rapidez para la acción, — se muestra desde el momento supremo de la explosión bélica, sereno, tranquilo, obediente, reflexivo, disciplinado, firmísimo y valiente, al nivel de los mejores, para la prueba trágica, — y todo se amolda admirablemente en la patria de los galos y de los francos ruidosos, — a las concepciones geniales de táctica y de estrategia de su generalísimo Joffre, modelo de equilibrio moral, de sabiduría militar, de valor reflexivo y de organizador, que comprende en su integridad, las virtudes de un Wáshington, y la ciencia del vencedor de Austerlitz. Las discordias políticas, el encono de los republicanos positivistas con los fanáticos del antiguo régimen, las explosiones de los socialistas extremos y de anarquistas contra conservadores, los debates subidos en el parlamento por

cualquier tema, el encono de pacifistas contra el ejército, la irreverencia del pueblo de Voltaire contra toda autoridad, dogmática o política, el frenesí de una libertad ilimitada, — todo ha cambiado radicalmente en Francia, y sólo se encuentra una nación compacta, decidida, ordenada y formidable, apoyando sin discrepancia al gobierno republicano, y al amado generalísimo, que prometen al país una victoria final, que *nous l'avons,* no que *nous l'auront,* según la frase categórica del general Joffre!

En la Gran Bretaña, se afronta la conflagración gigantesca, con la flema, la firmeza y el dominio de sí misma, tradicionales en Albión; y todo el mundo repliega sus banderías de unionismo y *home rule,* hasta las sufragistas; y en todos los ámbitos del imperio libérrimo y colosal, sólo se escucha la proclama guerrera más sencilla y elocuente que ha resonado sobre los mares, la del vencedor de Trafalgar contra otro fanático del dominio mundial: "La Gran Bretaña espera que cada uno cumpla con su deber!" Y, allá va toda Inglaterra, a jugarse en defensa de la civilización, menospreciando las pérfidas propuestas del kaiser; toda ella, su metrópoli, que ya iguala en población a la Roma de Adriano, y que la supera en opulencia; todas las islas, sus riquezas, sus poderosas escuadras, su nobleza, sus colonias felices y prósperas, sus cuerpos militares, sus ejércitos improvisados, que asombran por su valor sereno y firmísimo, por las aptitudes sobresalientes del comando del general French, que con los franceses y belgas, constituyen una cintura de fuego y de acero, donde se estrella y quebranta el ímpetu y la soberbia de las hordas invasoras, funestas, rapaces, exterminadoras y sanguinarias como las de

Atila! *Rule, Britannia* sobre el mundo, con ese programa de civilización, de justicia, de libertad y de protección a las nacionalidades, especialmente a las pequeñas, oprimidas por los poderosos!

Bélgica que ya ostentaba envidiable foja histórica y que constituía un modelo de nación ordenada, industriosa, culta, jurídica, laboriosa, altiva y valiente, — a quien el concierto de las grandes potencias, bajo el honor de las firmas de los Jefes de Alemania, Austria, Inglaterra, Rusia y Francia, aseguraban una perpetua neutralidad y la obligación de defenderla, — de pronto se siente asaltada a cañonazos por uno de sus guardadores, porque rehusó complicarse en una maniobra alevosa contra otra nación, también guardadora de su independencia; y aquella irrupción belicosa formidable por su número, va arrasando ciudades, aldeas y campañas, con una ferocidad y ensañamiento de tiempos muy lejanos, de pavoroso recuerdo; pero la pacífica y culta nación invadida, reprimiendo toda divergencia interior, se yergue soberbia en su diminuto territorio, menosprecia el *ultimatum* envilecedor del kaiser, lucha a muerte con el invasor en ciudades y campos de batalla, e inscribe el nombre de sus guerreros entre los héroes de Homero, entre los sacrificados de las Termópilas, pues dieron tiempo a la salvación de la Francia, como aquéllos salvaron a la Grecia de la estrangulación asiática!

Al frente de esta pequeña nación, gigantesca en su gesto heroico, va su rey Alberto I, no como símbolo vistodo de la soberanía, que contempla de muy lejos los campos de batalla, y en automóviles veloces, sino en las líneas de fuego, entre las trincheras del combate; no para

el comando directo del estado mayor, del ministro de la guerra y de sus generales, tan expertos como valientes,— sino para reemplazar en las compañías de tropa, al oficial muerto por el plomo enemigo; y continúa peleando hasta que se ordena *¡alto el fuego!,* y recién se aperciben los soldados que el oficial cercano, que mandaba, y que hacía fuego con ellos, es suy Rey Soberano! Los republicanos podemos rendir este homenaje al varón justo y fuerte, que podría presidir con honor una democracia al nivel de Poincaré, Wilson y Roque Sáenz Peña. Y hay algo más notable, señores; entre las abnegadas enfermeras que prestan los primeros auxilios en las líneas avanzadas, rodeada del peligro, figura la Reina de Bélgica, enferma y delicada, que sobresale por su sexo, por su rango y por su instrucción!

Honor, señores, al heroico pueblo belga, a su rey, a su reina y al bravo entre los bravos general Lehmann, el esforzado defensor de Lieja, quien hizo constar por escrito a los asaltantes, que lo habían recogido entre los escombros del último fuerte, herido y "desmayado", — a cuya arrogancia espartana, contestó noblemente el vencedor general von Emmit, permitiéndole el uso de su espada al cinto! Comprendamos también en estos honores al valeroso cardenal Mercier, que, en edad extrema, desafía las persecuciones, con pastorales vibrantes de patriotismo y de indignación por los crímenes del invasor! Complacido tributo este elogio al venerable anciano, con mi divisa notoria de libre pensador.

Rusia, el colosal imperio moscovita, ha revelado en esta enorme conflagración armada, no solamente las abnegaciones de política interior, a que responden los más

exaltados nihilistas, sino un progreso muy marcado en la organización de los ejércitos, en los comandos, destacándose como muy experto capitán el gran duque Nicolás; en los aprovisionamientos, parques, medios de transporte, disciplina, movilidad asombrosa de su afamada caballería cosaca, valor y tenacidad para las batallas, para los sitios, y para rehacerse en pos de los desastres. En diez años, Rusia ha progresado muchísimo y su actuación bélica afortunada en líneas de batalla inconmensurables, frente a los ejércitos de tres imperios, — realza meritoriamente su prestigio guerrero, — máxime ahora que Rusia se encuentra en plena evolución de progresos institucionales, coronados por la proclama del Zar, prometiendo solemnemente la autonomía de la Gran Polonia, tan arrasada en esta guerra.

El Japón, nacionalidad joven y vigorosa, de perfecta organización militar por tierra y en el mar, culta y civilizada en su interior, gran potencia en el extremo Oriente, ha limpiado de germanismo las costas del Asia Oriental; y por esa parte del mundo, las huestes del soberbio kaiser han tenido que capitular, después de prolongada resistencia.

Serbia, la pequeña nación, asaltada injustamente por Austria, se ha cubierto de gloria, infligiendo crueles derrotas a los ejércitos de la casa de los Habsburgos, y forma articulación valiosa en los Balkanes.

Montenegro, que nunca mide las dimensiones de sus adversarios, y que lucha como país de leones entre sus valles y montañas, conserva figura brillante en la guerra; y pareciera dar ejemplo de intrepidez a naciones más fuertes, demasiado calculadoras, ante la magnitud y las proyecciones de la presente guerra mundial.

¡Tales son, señores, las transformaciones y las características de los países de la alianza, en lucha formidable con los imperios centrales, hasta aniquilar al despotismo pretoriano de Alemania!

Evolución germánica regresiva

Señores: Los germanos han desempeñado un gran rol en la historia de la humanidad, aportando a la cultura del mundo antiguo, su vigoroso individualismo, común a varios otros pueblos del Norte de Europa; el respeto a la mujer, la protección a los niños y el espíritu de autonomía y gobierno propio, — que debían ejercer tanta influencia en la evolución humana.

Aquel acentuado individualismo, contrapuesto al socialismo absorbente de la antigüedad y al despotismo nivelador de los emperadores romanos, fué levadura fecunda, que con el andar del tiempo germinó la libertad civil, los derechos naturales del hombre en sociedad, en las grandes revoluciones de Holanda, de Inglaterra, de Estados Unidos, con la estupenda resonancia mundial que le dieron los filósofos del siglo XVIII y la inmortal revolución francesa de 1789. Aquel individualismo libertador de los derechos del hombre, frente al poder del Estado, sin limitación alguna de la antigüedad, quedaba incorporado a las constituciones políticas de los países revolucionarios, en garantía eficaz de las manifestaciones más preciosas de la vida de los pueblos: la libertad de conciencia y de cultos, la libertad de escribir y de publicar sus ideas por la prensa, la propiedad, el derecho de re-

unión y de asociarse con fines útiles, la garantía de no ser procesado ni preso sino por los jueces naturales, la inviolabilidad del domicilio y de los papeles privados, la seguridad personal y el derecho de entrar y de salir sin trabas, de cualquier país, la libertad de ejercer el comercio, la navegación y las industrias, etc., constituyeron las más preciosas garantías de nuestra civilización y de todos los progresos morales, económicos, sociales y políticos, en armonía con las exigencias crecientes de los pueblos soberanos.

Pero, paralelamente a estos progresos institucionales, se concentraban resistencias y casas reinantes adversas radicalmente a las libertades naturales del pueblo, oponiendo el despotismo de los reyes y el vasallaje del feudalismo. No obstante las agitaciones revolucionarias, que tanto conmovieron la Europa de la época moderna y contemporánea, varios Estados conservaron lo más posible su adusta tiranía antigua, combatiendo en todas formas las libertades del pueblo, aun cuando se inscribieran nominalmente aquellas garantías en las constituciones y en las leyes. A la cabeza de los países resistentes al progreso de las libertades populares y del contralor de parlamentos elegidos libremente por el pueblo, figuraban Prusia y Austria, de inveterado despotismo pretoriano. Pero las exigencias de los tiempos las obligaron a transigir, conservando para los reyes el absolutismo sobre los ejércitos, la facultad de hacer la guerra y de proveer a sus crecidos gastos, mientras que multiplicaban las escuelas, las universidades, el desarrollo industrial y una vasta asistencia social del Estado, para mejorar la vida y el trabajo de las clases obreras, significándose especialmente Alema-

nía en esta interesante evolución, que impulsó la prosperidad general del país; pero conservando el kaiser un despotismo pretoriano disimulado, que le permitía dirigir discrecionalmente el gobierno militar del país y la política exterior, con el apoyo del pueblo obrero, y de los partidos que atraía o repelía alternativamente, según las conveniencias. Los alemanes son hábiles para catequizar a favor del kaiserismo, las opiniones extremas del centro católico del parlamento y de los socialistas y anarquistas más exaltados. Este fenómeno de "tocarse los extremos" a favor del despotismo pretoriano, de los "rojos" y de los "frailes", se observa también en España y en Italia, y con menos fervor en otros países. No parece adverso el mismo Pontificado, por más que el despotismo militar y la efusión de sangre en guerras agresivas de conquista o de predominio, choque abiertamente contra el espíritu evangélico de humanidad, de paz, de amor, de mansedumbre y de fraternidad, que tanto predican los oradores católicos.

Naturalmente, había incompatibilidad absoluta entre los derechos individuales del hombre y aquel absolutismo imperial de origen divino, amparado, como en tiempos de Calígula, con "leyes de majestad", que hasta hace poco, a duras penas pudo eludir largo presidio un caricaturista alsaciano, por cierto dibujo sospechosamente festivo del kaiser divinizado. Ese caso y la negación de los derechos individuales que comporta, equiparan las libertades del imperio alemán con las garantías de la "ciudad antigua", que castigó con cárcel a Terpandro, porque había agregado una cuerda a la lira, sin el permiso de la ciudad. En Berlín ha desaparecido súbitamente la costumbre del luto

en las numerosas familias cuyos miembros han muerto en la guerra, por haber manifestado el kaiser su desagrado estético, con un simple gesto imperial!

Señores: Múltiples fenómenos, intereses y ambiciones divergentes, podrán explicar la cultura, la prosperidad y el poderío de Alemania, como la concentración uniforme de todo su pueblo alrededor del kaiser para esta terrible aventura de dominación universal; pero yo deseo hacer constar que aquel fecundo y admirable individualismo germano, que ha producido la libertad civil en todos los demás pueblos libres y civilizados de la tierra, está proscripto de Alemania, donde impera un despotismo imperial y un socialismo de Estado, que anulan los más fecundos resortes naturales del hombre para el progreso de las ideas, para la libertad individual y para los derechos políticos de los tiempos modernos. Esto no importa condenar las instituciones muy previsoras del mejoramiento obrero, que se generalizan por el mundo con beneficio público; pero debemos distinguir en esa simpática bandera, que encubre también el despotismo pretoriano de los Bernhardis y Compañía, funesto para el país que aspire a ser civilizado.

El individualismo de los antiguos germanos resplandece en los demás países cultos y libres, mientras que en su país originario predomina el absolutismo militarista y el kaiser divinizado, contra quien no se puede publicar ni siquiera una caricatura festiva, pues se encuentra amparado por las leyes de majestad de los tiempos de Nerón, que permiten a sus embajadores "procesar", en plena Roma de Cavour, de Mazzini y de Garibaldi, — y no obstante tratarse de leyes territoriales, — a nombre del emperador

Guillermo II, al periódico *L'Asino,* por haberlo satirizado con dibujo ingenioso, en que figuraban los dos emperadores germanos, con delantales de carniceros! Nada más.

Es una evolución sorprendente y dolorosa del germanismo, desde Tácito hasta Guillermo II, sobre todo si recordamos cómo han tratado los discípulos de Goethe, de Schiller, de Kant, y de las 35 universidades alemanas, a las desventuradas mujeres y niños de Bélgica, de Francia y de Rusia!

El progreso humano ha retrocedido inmensamente en esas comarcas, de cuyos bosques salió el germen fecundo de la verdadera libertad, que ilumina y beneficia al mundo culto, no germánico ni turco!

"El Diario" y mi propaganda antipretoriana

Señores: La comisión organizadora de esta fiesta, o mejor dicho, de esta cita de honor para presentar nuestros homenajes al pueblo belga y a su monarca, como también para allegar algunos recursos para las víctimas de la guerra, ha querido que yo dirigiese la palabra al público, ya que tuve la idea de ofrecer lo que tenía disponible en favor de los niños belgas huérfanos por la guerra, es decir, el beneficio de un libro trazado por mi pluma.

Al aceptar tan honroso como difícil pedido, me propuse presentaros algunas ideas complementarias que acabáis de escuchar, y acentuar la tribuna periodística, desde donde he publicado mis estudios sobre la guerra, en seguida de su estallido, hasta mediados de Febrero, cuyos

artículos algo ampliados, circulan en volumen con el título sugestivo de *"Alemania contra el Mundo"*. *"El Diario"*, dirigido por el señor Manuel Láinez, desde muchos años atrás me había ofrecido sus columnas, que utilicé para esa campaña contra la terrible aventura alemana, en momentos de verdadero desconcierto y crisis profunda, reagravada entre nosotros por la formidable conflagración. Al principio, muchos temían comprometerse contra los imperios causantes de la guerra, cuando nuestro país estaba tan vinculado militarmente con Alemania, y cuyos súbditos y empresas gozan de arraigo, fortuna y muchas influencias en nuestro país. Aun cuando yo he distinguido siempre el despotismo militar prusiano y su kaiser, de la nación alemana, de sus sabios, de la instrucción pública, — de sus literatos, de sus artistas, industriales y comercio de manufacturas, — hasta bosquejar el gran rol de la Alemania del porvenir, después de la derrota, — la intransigencia de los teutones se irritó grotescamente, y dieron los más exaltados contra el escritor y contra el periódico que hospedaba sus producciones, llegando a extremos de "ingeniosidad alemana", que hasta por higiene no debo referir; pero el señor Láinez contestó con firmeza y con dignidad, que la dirección de *"El Diario"* estaba en su despacho, importándosele un bledo que se borraran suscriptores y que se retirasen avisos por tal emergencia; y así he podido seguir escribiendo con plena libertad hasta el fin, sin haberme entrevistado siquiera con el señor Láinez desde antes de la guerra hasta esta noche.

Entiendo que al proceder así, ha cumplido dignamente con la misión y con la moralidad de un director de diario

moderno, definiendo netamente su orientación en crisis tan grave y tan extendida, que no es dable eludir con el pretexto de una sospechosa neutralidad, incompatible con la manifestación de las ideas que un diario doctrinario debe confesar y defender a la luz de cada día, sin consultar el mostrador de la administración; ni mucho menos afanarse en quedar bien con todos, repartiendo, con calculado artificio, la sal y la pimienta a gusto del consumidor, es decir, sostener el pro y el contra por interpósitas personas, por colaboradores exaltados de los dos bandos, y ocultar rigurosamente el pensamiento de la dirección del "órgano del pueblo", en las cuestiones de mayor gravedad y resonancia, que afectan al país. Para el periodismo principista, hay algo más grande que el dinero, algo más digno que las conveniencias, y es decir la verdad y combatir los atentados, én defensa del derecho y de la civilización, No se concibe que un Girardin, un Clemenceau, un Sarmiento ni un Mitre, carecieran de opinión para su diario sobre acontecimientos de resonancia mundial, ni tampoco que la esquivaran por mermas eventuales en las entradas de dinero.

El señor Láinez ha cumplido dignamente con su deber de periodista moderno, al concederme la tribuna de su diario con amplia libertad; y me siento yo muy satisfecho como argentino, tanto de su hospedaje como de mi propaganda, aprovechando esta ocasión para agradecerle en público. Felizmente ni el boycot contra el libro adverso al militarismo alemán, ni la frialdad de ciertos diarios débiles y vividores para con esta espléndida fiesta, han perturbado el éxito más satisfactorio: y ello es un síntoma moral muy plausible de la conciencia y del cri-

terio popular, que se emancipa de tutores presuntuosos.

Señores: Termino esta larga conferencia, reiterando mi convicción y mis votos, porque sea aniquilado el militarismo alemán, y porque se consolide el triunfo de la justicia, del derecho, de la libertad y de la civilización pacífica, que resplandece en los países de la alianza; en fin, por la completa restauración de Bélgica, y por la resurrección de Polonia!

He dicho.

XXIV

El mundo contra Alemania

Guerra defensiva

Circula en el público la tercera edición de mi libro, con el título invertido de este artículo, donde compruebo la incompatibilidad de la Alemania militarista, dura, cruel, dominadora e implacable, para imponerse al mundo por la violencia y por las armas de guerra, amoldando todas sus actividades a ese objetivo soberano y temerario; sacrificando a su conquista la moral, el derecho, la cultura, la buena fe, la humanidad, el respeto a los tratados, a la propiedad, a la justicia, a las leyes de la guerra y al progreso de los siglos. A la vez que demuestro la enormidad de semejante tendencia o empresa internacional, su antiquísimo abolengo con la guerrera y despiadada Esparta, evidencio la incompatibilidad de ese programa marcial de sumisiones anacrónicas, con la coexistencia de las nacionalidades, de instituciones y de evolución jurídica, que descansan en los ejes morales del mundo y de la civilización: la justicia, el derecho, la libertad, la paz, la fidelidad y el honor para cumplir los tratados y la palabra empeñada.

Más de un amigo, al congratularme por esa campaña, me ha significado que después de haber escrito "Alemania contra el Mundo", faltaba caracterizar la defensa obligada de semejante azote: "El mundo contra Alemania". Bien contemplado este punto de vista, y en su faz fundamental, el libro destaca los elementos defensivos del mundo pacífico y evolutivo, asaltado por la temeridad germana, desde que caracteriza con exactitud la provocación audaz, los atentados del predominio mundial, los trastornos, estragos, perversidades y peligros que comporta, — pues todos aquellos factores y columnas de nuestra civilización, tan ferozmente agredidos por la empresa criminal, debieran ser sus enemigos natos, decididos e implacables; y así, contra el cinismo y la depravación para pisotear tratados, leyes, palabra, vidas, propiedades, honestidad, justicia y garantías, — debieran vibrar la condenación más severa, el menosprecio y el castigo implacable, de todos los hombres honestos, de todos los pueblos cultos, vinculados por el derecho de gentes; contra las hostilidades guerreras con violación de tratados y usos consagrados, que amparan a los no combatientes, a los seres débiles, heridos, prisioneros y en servicios humanitarios; contra los fusilamientos inícuos y colectivos de habitantes pacíficos, los incendios, las exacciones, robos y saqueos, los miserables atentados contra el pudor de las familias; las bombas, minas y torpedos, lanzados alevosamente contra pueblos y barcos inermes: a todos esos crímenes públicos, a esos salteos en bandas tenebrosas, — los pueblos y los hombres de bien, debieran estigmatizarlos y execrarlos, viril y ejemplarmente, sin ninguna atenuación, y quienquiera que los perpetre, — hasta que el brazo de

una justicia implacable, reprima sin piedad a los autores de semejantes barbaries y atrocidades.

Frente a los horrores de las hostilidades germanas, no caben atenuaciones, debilidades, ni intereses de ningún género. La moral menos exigente, la justicia más tolerante, el deber más flexible, las mayores complacencias para con las crueldades del fanatismo colectivo, todas las transacciones de la equidad acomodaticia, — no alcanzarán jamás a explicar, a disminuir, ni a disculpar en forma alguna aceptable, esos crímenes odiosos sugeridos por los sabios alemanes, proclamados impúdicamente por el general von Bernhardi en obra impresa por el gobierno alemán, perpetrados por hordas mandadas por príncipes y generales del imperio, sin que hasta ahora se haya reprimido, ni siquiera desautorizado una sola tropelía por los comandos superiores. La invocación de los genios de la raza teutona, de sus treinta y cinco universidades, de su censo escolar, de sus adelantos industriales, urbanos, hospitalarios, socialistas, de cultura científica y artística, todas esas manifestaciones de avanzada civilización, escollan miserablemente en un bandidaje internacional abominable, que antes de servirles de atenuación, debieran constituir las más bochornosas circunstancias agravantes, pues la infame realidad, acusa la máscara de una sabiduría superficial, que disimula el fango, la rapacidad y la barbarie incorregibles.

Los enemigos de Alemania

El mismo general Bernhardi en el evangelio militarista con que anunciaba la catástrofe que su kaiser iba

a desatar sobre el mundo (sin que se diera fe a la audaz extravagancia), anuncia también que Alemania se encontrará "sola" con Austria en la guerra inminente; que "el mundo entero" estará contra ella, pues "la envidia y la perversidad" no alcanzan a comprender la "excelencia de la raza teutónica"; y hasta llega a pronosticar que Italia romperá su alianza y formará entre los enemigos de Alemania; pero confía en la organización y pujanza irresistibles del Imperio, para someter a todos los enemigos.

A pesar del desequilibrio de las grandezas y de su poderío, que afecta a Guillermo II y a su pueblo, alguna pizca de sentido común les hizo prever que el resto de la humanidad no germánica, estaría en contra de su predominio mundial temerario, — que no se conformaría con su prepotencia marcial ni con los terribles procedimientos y medios de ejecución, — por más que su fatuidad pretoriana los tranquilizara sobre el aplastamiento terrorífico de sus legiones. Naturalmente, la opinión pública y los gobiernos, las clases dirigentes de todas las demás nacionalidades, se fueron pronunciando en contra de la guerra de conquista y de predominios, tan absorbentes como regresivos, que provocaron los imperios germánicos. Los países directamente agredidos, contestaron con altivez al reto teutón manifestando su firme voluntad confederada de llevar la guerra hasta exterminar el militarismo alemán, provocador de la catástrofe; y las demás naciones, pueblos y poderes públicos, van coadyuvando en la lucha contra el predominio universal, aunque los gobiernos disimulen sus simpatías con tenues declaraciones de neutralidad. Las contingencias de la guerra marítima, facilita el concurso a la alianza, y la asfixia por

el enrarecimiento económico contra los imperios germanos, aliados a Turquía. La opinión pública de los países no beligerantes, las asambleas, la prensa, los libros y panfletos, los oradores, literatos y poetas; las universidades, academias y centros de cultura, han ido orientando las ideas y el pensamiento colectivo del mundo no germánico. en abierta oposición a la catástrofe de predominio universal, desencadenada por los imperios teutónicos, con lujo de barbarie, de codicia y de carnicerías humanas, en tres partes del mundo y en los mares, en los aires y debajo de las aguas.

Las naciones no beligerantes, han sentido una terrible trepidación institucional, de intereses y moral, de cuanto apreciaban como más sólido, jurídico y permanente: la agresión alemana y la manera de hacer la guerra, destruyen el derecho de gentes, la estabilidad de los tratados, la personalidad de las naciones, especialmente de las débiles, la propiedad, las garantías de vida y de honor, la independencia nacional en peligro por una piratería sin escrúpulos, el arbitraje, las leyes de la guerra: todo, todo, lo ven naufragar en un mar de sangre, ambiciones, supercherías, despojos, infidencias y crueldades repulsivas, que retrogradan los progresos alcanzados hasta antes de la guerra, a tiempos de barbarie primitiva, donde solo imperaba el más fuerte y el más alevoso, sin ley, derecho, justicia, ni honor.

Pero como los imperios centrales de Europa, aliados a Turquía, constituyen un poderío militar formidable, largos años y pacientemente preparado, — exigen sacrificios colosales, de hombres, recursos y organismos armados para aniquilarlos en tan dilatadas fronteras, — hay

que emplear todavía un tiempo prolongado para la victoria definitiva, si es que no se produce la cooperación italiana pronto, o algún sacudimiento interior revolucionario de la Alemania, desengañada y previsora, que derribe el despotismo militar prusiano, cuando se quebrante en alguna gran derrota.

Los germanófilos

La historia no presenta acontecimiento, suceso, personalidad o episodio influyente en el mundo, que no haya sido aclamado y combatido por sus contemporáneos, prevaleciendo como mayoría, los correligionarios del tema más simpático o benéfico a la época que se atraviesa; y, según la divergencia producida y la mayor distancia entre la idea nueva y la creencia vieja, así resultan disminuídos los vencidos y aumentados los vencedores, pues la humanidad, generalmente, avanza hacia lo mejor. Muy pocas veces lo abandonado, por más atrasado y aun inicuo que haya sido, como la Inquisición y los despotismos personales célebres, — ha carecido de adeptos y defensores, que suelen aparecer aun en lejana posteridad, hasta con ánimo de rehabilitar perversidades fósiles. ¿Cómo extrañar, pues, que la empresa terrible de Guillermo II y de Alemania,— del predominio universal por los medios más reprobados, — dejara de contar con adeptos, aún en países lejanos, de instituciones libres, antípodas de las prusianas, quizá amenazados con la ambición naciente, y, hasta entre los mismos países enemigos, como ocurre con algunos irlandeses cegados por rencores atávicos, y tal

vez con ciertos clericales de Francia o apaches, que en su extravío de odios, se imaginan al kaiser, un nivelador iluminado, que satisfaga siquiera sus deformidades morales?

¡Hay, pues, germanófilos! A pesar de haberse evidenciado que la horrenda catástrofe ha sido injustamente provocada por Guillermo II y Francisco José, para alcanzar un predominio militarista mundial; no obstante haberse demostrado con las informaciones más fidedignas, hasta con el reconocimiento y jactancia de sabios y generales alemanes, con la arrogancia de su kaiser, las más odiosas violaciones de tratados, de leyes de la guerra y cometido los crímenes, incendios y saqueos más repulsivos; comprendiendo que la guerra provocada por Alemania, importa la supresión del derecho de gentes, y la amenaza más peligrosa para la independencia de las naciones, y para el imperio del derecho, de la justicia y de la libertad, para la cultura general de los pueblos.

Alarmado un escritor francés de la existencia o de la generación expontánea de estos germanófilos extranjeros, ha planteado el problema con lógica terrible. ¿Cómo, se pregunta, pueden existir germanófilos honestos y de buena fé? Frente a cualquier crimen privado repugnante y odioso, como asesinato, robo, incendio, violación de mujeres honestas, amenaza inmoral para arrancar dinero, falta cínica de lo contratado, etc., no hay hombre de bien que no califique de infame y de criminal vulgar al autor de esos crímenes; pero si los mismos atentados, repetidos en infinidad de casos, con mayor lujo de crueldad, de cobardía, de violencias y de bajeza moral, los perpetran montones u hordas de soldados, sin plan ni ne-

cesidad militar alguna, para satisfacer las más ruines perversidades,—cambia fundamentalmente la moralidad de aquel severo censor del criminal privado, y defiende a los bandidos de la guerra con negaciones de hechos evidentes, con analogías, desde los antecedentes más lejanos, hasta las sospechas de que los aliados hagan lo mismo; en fin, hasta con escusas y amnistías más viles, moralmente, que los mismos crímenes del bárbaro! Y aquí viene la dentellada del crítico francés: ¿Son honestos esos germanófilos?...

¿Cómo explicarse semejantes aberraciones morales? Hay germanófilos por espíritu de contradicción, al contemplar la corriente majestuosa de la opinión pública adversa a la temeridad prusiana; los hay por ligereza de opinar sin mayor estudio ni meditación, aferrándose después a la idea comprometida; los hay por cualquier capricho vengativo, aunque sea disparatado, como al decir del doctor R. Rivarola, porque los ingleses se apoderaron de las Malvinas; porque la República Francesa sancionó la separación de la Iglesia y del Estado y recuperó los bienes captados por las congregaciones, echándolas del país; porque en Italia quieren vengarse de rivalidades o desconfianzas de Francia; porque aquí, sonaría bien que un kaiser protestante venciera a la república laica y católica, como también lo es Bélgica; porque hay que batir al Zar de Rusia, por sus condenaciones de nihilistas a Siberia, aun cuando los nihilistas luchan voluntariamente contra Alemania, y el Zar presida evolución jurídica libertadora; los hay, en fin, porque durante años, Alemania nos ha vendido armamentos por centenares de millones de pesos, y hospedado gratuitamente en los hoteles de Krupp a nues-

tros comisionados de compras bélicas! Además, aman incondicionalmente al imperio de Guillermo II muchos sujetos, porque Alemania tiene universidades, buen censo escolar, sabios y artistas, cuarteles y cañones para dominar al mundo entero; aman al kaiser y a Germania, aunque se lance a la empresa más criminal y temeraria!

Aun cuando la razón más clara y el sentido común más elemental demostraran que Alemania debe ser criticada, como todos los abusos cometidos, siempre habría espíritus aviesos, ligeros, extraviados, tontos o pretensiosos, que se proclamarían sin ningún rubor "germanófilos". ¿No hubo en Atenas un tilingo que votó el destierro del hombre más bueno, de Arístides, "porque estaba cansado de oirle llamar el Justo?"...

Incompatibilidades pretorianas

El pretorianismo alemán resulta incompatible con todos los partidos, con todas las tendencias y escuelas civilizadas de orden económico, industrial, político y moral, que no concurran al poderío militarista para el dominio despótico interior y de los demás pueblos. Ningún partido republicano, federativo, unitario, democrático, calificado, municipal ni aristocrático, — es compatible con el militarismo insolente de Prusia, por herencia y origen divino; ningún partido conservador de instituciones o intereses arraigados desde tiempos lejanos y en la urdimbre económica de un pueblo, puede armonizar con las exigencias apremiantes e imperativas de un pretorianismo que todo lo somete a las exigencias del cuartel y a las veleidades caprichosas de cualquier vástago real o

principesco, que gobierna a su capricho, impelido por dominar y absorber los mercados con una producción fabril desbordante y baratísima, por su inferior calidad y por peculiaridades de la nación alemana; ninguna escuela filosófica, política o científica de tendencias innovadoras e independientes, puede coincidir con el absolutismo imperial, que coloca arriba de todo, la idolatría al kaiser y la infalibilidad de sus predilecciones, en todos los órdenes de la vida, apoyado en universidades oficiales, que pontifican la superioridad de la fuerza sobre el derecho, la idea y la justicia; ninguna vinculación de orden moral, ya sobre ciudadanía, sentimientos nobles y humanitarios, ya sobre deberes respetables de fraternidad, parentesco, filantropía, amor y caridad, — resulta compatible con las exigencias supremas del militarismo alemán, que pospone todo a sus imposiciones y poderío, para la conquista y hegemonía; ninguna doctrina ni tendencia política, ni la independencia nacional, ni la adhesión cívica a la nueva patria de cualquier alemán, resultan compatibles con las aspiraciones con las tendencias dominadoras de ese pretorianismo insaciable.

No hay, pues, escusa honorable para los germanófilos; ni esperanza de figurar dignamente en aquella disciplina de hierro, que sacrifica la libertad y el carácter, la espontaneidad y la independencia individual y colectiva.

Conclusión

Si la Alemania de Guillermo II se ha lanzado a la guerra de predominio mundial, contra la independencia

de todas las nacionalidades; el mundo no germánico ni turco, acepta el reto audaz del Hohenzollern, y hostiliza la empresa de la insanía imperial, con sus fuerzas morales más representativas y vigorosas, con todas las formas lícitas de la cooperación a los aliados, hasta que llegare el caso de afirmar la independencia nacional, con los cañones y fusiles comprados a las fábricas del kaiser.

Hay que reconocerlo como una evidencia de nuestra época: El mundo contra Alemania!

Es una exigencia suprema del deber y de nuestra civilización: afrontamos una guerra defensiva!

3 de Mayo de 1915.

XXV

Los tentáculos de Alemania

¡Prenez Garde!

Opinión del doctor Drago

Este imperio formidable de Alemania, cuyo programa de predominio internacional asombra por su poderío, por sus tres grandes núcleos centrales europeos y por sus vastísimas vinculaciones en el mundo, como por la superabundancia de elementos de guerra, de finanzas, de factores nuevos de combate, de informaciones, de oficinas telegráficas sin hilos y de puntos de apoyos y cómplices casi en todas las naciones, — acusa, indudablemente, la conspiración más vasta y peligrosa que registre la historia para constituir un imperio universal, tanto más alarmante, si se observan sus métodos de guerra, su "honestidad" para el cumplimiento de los tratados, y la moralidad pública y privada de la raza teutónica. Frente al poderío colosal que dirige a voluntad Guillermo II, computando los factores positivos de fuerza y la liviandad de sus principios jurídicos y morales, quedan reducidos

a muy poca cosa los elementos de dominación con que contaron los grandes conquistadores de la historia, Napoleón, Carlomagno, Aníbal, los Escipiones, César, Augusto, Alejandro, Felipe II, Omar, Carlos V, Pedro El Grande, Luis XIV y Carlos XII, sin excluir al más terrible y terrorista de todos, hasta el principio de esta guerra: ¡ Atila!

Tenemos a la vista los poderosos factores de Guillermo II y los estragos sin precedentes del azote bélico que ha desatado sobre el mundo y que intensifica en los hechos con inexplicable crueldad, — para que sea necesario demostrar la verdad del juicio formulado en el párrafo precedente; pues basta y sobre citar el "debut", con el crimen de la invasión a Bélgica, y el horrendo hundimiento del Lusitania, que ha sublevado la conciencia universal; pues basta y sobra contemplar la lucha gigantesca que mantienen los aliados más poderosos contra los imperios centrales, después de dominar los mares y de ensangrentar la tierra con las batallas más mortíferas, — sin conseguir todavía expulsar a los invasores teutones de Francia, de Bélgica y de Polonia rusa.

En presencia de un fenómeno de política internacional tan sorprendente, es el caso de examinar con espíritu sereno y análisis penetrante, los factores y los procedimientos desplegados por Alemania para su expansión mundial, con que ha robustecido tanto su poderío, y captado vinculaciones de positivo valimiento, por persuasión, por halagos, por sensualismos matizados, por ambiciones y por temor a las iras imperiales, que hasta hace pocos días, en carta íntima a la hermana del kaiser, reina de Grecia, las fulmina en términos apocalípticos: ¡ Guay de todos los que amenazan o hagan sufrir a cual-

quier germano aprovechándose de las complicaciones del momento!... Y esta indirecta va para los griegos, que están a punto de proclamar su adhesión a los aliados!... Respecto de Italia, en carta a Víctor Manuel, emplea siniestra ironía cuando le encarece la conveniencia de mantener vínculos amistosos o cuando menos neutralidad con los imperios germánicos, para salvar a la bella península de los estragos de la guerra, que "oprimirán" su corazón, como dijo a Wilson del incendio de Lovaina.

La expansión enorme de Alemania

La Prusia, engrandecida militarmente desde Federico II, había descollado por tres grandes factores: la disciplina acerada de su ejército, instruído a la perfección y obligatorio su servicio para todos los habitantes; la instrucción escolar primaria, también obligatoria; y administración pública escrupulosa, especialmente en finanzas, acrecentadas con guerras y conquistas lucrativas. Su agrandamiento territorial, se debía a triunfos militares y golpes audaces contra vecinos colindantes; pero no jugaban rol descollante en lo internacional, ni la ciencia, ni la industria, ni su comercio, ni las artes, ni la marina de guerra y mercante, ni su diplomacia, siquiera preparatoria de planes imperialistas, pues la ambición prusiana aspiraba modestamente a la hegemonía de los pueblos germanos. Pero a partir de su triunfo sobre Francia en 1870, y desde la constitución del Imperio alemán, se despiertan otras ambiciones y sueños de engrandecimiento internacional por la fuerza, (pues ya estaba encontrada la má-

xima, "la force prime le droit"), por su prosperidad económica y por su cultura sólida y expansiva, que no era lo que hoy se entiende por "kultur", esto es, sabiduría vigorosa, embrutecida y cruel, para llevar la dominación de la fuerza al máximum de intensidad, con absoluta prescindencia de humanidad, de justicia, de sentimiento, de libertad y de derecho. La "kultur" resulta así gran factor de enriquecimiento especulativo, y crea, en el interior, el despotismo político, y en lo internacional, un imperialismo agresivo y dominador. Todo ello constituye la civilización alemana tan decantada, sin que las armonías geniales de Wagner, los versos bellos de Goethe y la admirable filosofía de Kant, la hagan perdonar.

Sirviendo a esta nueva orientación prusiana, debemos reconocer un activo y fecundo desarrollo científico e industrial, con toda la protección del estado, que multiplicaba los institutos técnicos, universitarios y de instrucción especial, favoreciendo así un desarrollo de cultura hábilmente disciplinado, para impulsar la riqueza fabril, rural, técnica; y tan prolija en su elaboración, como barata, para prevalecer en la concurrencia universal. Mientras influyó el genio de Bismarck, se observaba el brillo y el acrecentamiento económico sólido de Alemania en el interior y fuera, como el prestigio de sus institutos especulativos, que daban renombre a la nación, y le permitían abordar con éxito los problemas sociales.

Pero desde el advenimiento al trono de Guillermo II, se nota distinta orientación del imperio, pues debía afanarse por alcanzar el doble predominio en el mundo, el económico y el de influencia militar, sobre todas las naciones! De ahí una exaservación para imponerse en todos

los campos de la actividad humana; la ciencia se desvela por encontrar secretos que aumenten desmesuradamente la producción alemana; la industria agota los recursos para producir con pequeñas utilidades y a bajo precio, cantidades enormes de manufactura, generalmente imitaciones, pero que desaloja de la concurrencia los artículos similares de otros países; para el transporte de materias primas y de esas mercancías elaboradas en grandes cantidades, se requiere marina mercante numerosa, pues no debe depender de la de países rivales; y estas caravanas de transportes para hacer la guerra económica en todos los mercados, exige la marina de guerra proporcionada, que proteja el comercio marítico y las factorías o colonias lejanas, que requiere el imperialismo, para desahogar el excedente de población continental, y asegurar también ventajosa colocación al excedente de mercaderías; en todo el imperio alemán, se agita una fiebre de engrandecimiento y de predominios, que multiplica fábricas e industrias de producción desbordante; lo que presupone y permite la transformación del suelo, los transportes férreos y de navegación por ríos y canales, el trabajo abundante y remunerativo para la masa obrera; y la facilidad de proveer al Estado de rentas cuantiosas para los servicios nacionales, figurando en primera línea, las exigencias crecientes e ilimitadas del ejército y de las escuadras de combate, — para asegurar la expansión, el predominio y el triunfo mundial del imperialismo germánico. Sobre todas estas aptitudes de prosperidad, descollaban sus fábricas de armamentos y la docencia militar de sus jefes y oficiales, capaces de proveer al mundo entero, haciéndose Alemania de una vasta clientela, adheri-

da por su prestigio y por "los imanes", que manejaban hábilmente en la casa Krupp y otras dependencias militares.

Los tentáculos germanos

Veámoslos de cerca. Su manufactura, sino original y novedosa, elaborada con toda prolijidad, acomodaticia y barata, lo cual basta para abrirse camino e ir desalojando a la similar inglesa y francesa, tan acreditadas, y aún a la fabricación yankee, que desbordaba de Estados Unidos. Su marina mercante, de sólida construcción, de amplias dimensiones, y de lujosas instalaciones en las principales líneas de navegación, aseguraba confort y un tráfico lucrativo. Su especialidad militarista, casi ejercía un monopolio, tanto en la fabricación de armamentos e instrucción de escuelas y de ejércitos para infinidad de naciones extranjeras, — al punto de prevalecer las propuestas de sus fábricas, aun cuando resultaran superiores las armas de otras potencias, también afamadas; pues "los imanes" germánicos, alcanzaban siempre el triunfo. La emigración alemana, ubicada en las mejores comarcas del globo, en parte y en los últimos diez años, dirigida estratégicamente a países y lugares de calculadas expansiones imperialistas, — esos inmigrantes, instalados como buenos y laboriosos vecinos, que se arraigan, se casan con hijas del país y hasta adoptan la ciudadanía del nuevo domicilio, — resultan agentes perpeturos de "información" del Imperio, según el eufemismo que atenúa un espionaje disimulado, del cual permanecen ciudadanos, no

obstante la naturalización en el extranjero, como lo establece la última ley alemana.

Sus diplomáticos, trabajan afanosamente por eclipsar a los representantes de las grandes potencias y por adquirir vinculaciones y ascendiente político y social en los países acreditados; pero como generalmente gastan altanería y rudeza pretoriana, reñidas con la cultura tradicional y con la destreza política de la verdadera diplomacia,—sus éxitos resultan muy contados, cuanto se apartan de los ultimatum y de los dilemas brutales; y por ello saltan sobre el honor de su firma y pisotean tratados, congresos y conferencias, violan el derecho de gentes, proclamando cínicamente el imperio del más fuerte.

Sus institutos técnicos, de bacteriología, de química y de ciencias aplicadas, atraen discípulos hasta de los países más lejanos, en especial, hijos de alemanes, que después son profesores gremanófilos en su tierra, donde llevan las combinaciones terribles de esa "kultur" germana, que envenena la atmósfera, incendia los hogares con bombas alevosas, o hunde en los mares los buques pacíficos, con submarinos siniestros. Su socialismo de estado, por el mejoramiento de la vida de los obreros, con seguros, horario humano de trabajo, cooperativas, retiros de invalidez y ancianidad, orfelinatos, beneficencia hospitalaria, y saneamiento de las ciudades, gimnasios y guerra al alcoholismo; el sufragio político y la representación en el parlamento; todo ello hacía simpático el Imperio al internacionalismo; pero es de esperar una reacción, cuando se aperciban que el imperio los ha estado cebando, para sacrificarlos por millones en las carnicerías de los campos de batalla.

Su misticismo es acomodaticio y especulador, pues confesando un luteranismo fanático, oficiante el mismo kaiser, se entiende admirablemente con los católicos del centro y con los jesuítas de España, de Italia y de Francia, halagando a los primeros con el sistema inquisitorial y con la destrucción de la estatua de Ferrer en Bélgica; ofreciendo a los segundos y al Papa, el poder temporal de Roma, si triunfara Alemania; y a los terceros la caída de la república y un clericalismo discrecional, hasta para repetir nueva Saint Barthelemy; aun cuando en la guerra masacra frailes y cañonea catedrales, los católicos ultras, vuelven la espalda a sus correligionarios exterminados y se confiesan germanófilos, admiradores del genio del kaiser! El manipuleo alemán del misticismo, escapa a toda lógica y previsión discreta; San Agustín diría que cree en ese tentáculo del kaiser, porque es absurdo!

¡Tales son los principales tentáculos con que se vinculaba a tantas naciones el imperio alemán en su empresa temeraria de predominio mundial! Felizmente las hostilidades de la alianza van reduciendo cada vez más su poder agresivo; y los países neutrales se convencen de los peligros que representa un imperio sin ley, sin honor, sin humanidad ni moral, concurriendo a la "débâcle" con repulsivo aislamiento, que hará causa común con el hierro, con el fuego y con las asfixia económica, esgrimidos tan valientemente por las naciones de la alianza.

El juicio del doctor Drago

Después de haber autorizado mis estudios sobre la guerra europeaa con publicistas de nota, y en especial con

el juicio severo y lapidario de Alberdi, contra el predominio prusiano,—faltaba aportar a esta propaganda principista, tan interesante para América, la opinión del argentino de más lustre y prestigio en derecho internacional, consolidado por actuación descollante, como estadista, escritor y congresal de La Haya; como árbitro en pleito secular de Inglaterra con Estados Unidos. ¿Cuál será el juicio del doctor Luis M. Drago sobre la conflagración europea? ¿Cuál su opinión franca, sabia y prudente sobre tamaño cataclismo? Como no es hombre de cascabeles ni ostentoso, permanecía en silencio, sin moverse entre telones.

Deseando conocer su juicio muy autorizado, al enviarle mi último libro, se lo pregunté con marcado interés. No se hizo esperar su respuesta, tan categórica, como breve y concluyente, en contra del kaiserismo alemán. Después de Alberdi, Drago pone lápida ilevantable al horrible fantasma que ensangrienta al mundo civilizado, con inexplicables complicidades en América.

He aquí el juicio del ilustre creador de una doctrina internacional, que después de un siglo, complementa la de Monroe, en defensa de la independencia americana:

"Buenos Aires, Mayo 14 de 1915.—Sr. Dr. Francisco A. Barroetaveña.—Mi querido Barroeta: Un millón de gracias por su hermoso, entusiasta y difundido libro "Alemania contra el mundo".

"Mis vinculaciones inglesas son tan conocidas en este país y fuera de él, que no he creído necesario hacer la manifestación pública a que usted me invita en favor de los aliados, cuya causa es en realidad, la causa del derecho, de la libertad y de la justicia, y muy seguramente

también, la de nuestro desenvolvimiento ulterior como nación soberana.

"Dice un proverbio inglés que "las palabras duras no rompen huesos" (hards words break no bones); pero hay mucho de contundente en la actitud de usted y no poca valentía en la campaña que tan noble y decididamente ha emprendido.

"Quiera creerme siempre su amigo afectísimo. — L. M. Drago".

A las aberraciones kaiseristas y germanófilas, oponemos este cañonazo de buena ley, hasta con "humour" expresivo, contra los tentáculos alemanes.

18 de Mayo de 1915.

XXVI

La herencia de los Hunos

Atila y Guillermo II

Quien leyera este estudio, no se alarme por los títulos, ni prejuzgue de intenciones calumniosas contra el país de Kant, de Goethe y de Wagner, pues como en los estudios precedentes, se busca la verdad y se formula crítica razonada contra hombres y colectividades, que, en hora nefasta, se han convertido en azote del género humano y en factores perversos de barbarie, de carnicerías y destrucción.

Tan no hay inventiva ni propósito de calumniar, que exhibiré precedentes históricos de siglos lejanos y de guerras célebres muy conocidas, concluyendo por citar al mismo kaiser de Alemania, para autorizar con broche de hierro, la semejanza de los germanos actuales, con aquellos terribles destructores del Imperio Romano, y el despotismo de sus dos jefes siniestros, con tantos puntos de analogía en las formas de hacer la guerra.

La invasión de los Hunos de Atila

El Imperio Romano, dilatadísimo por Europa, Asia y Africa, en plena anarquía, corrupción de costumbres y desmoramiento político, sufría los avances de pueblos bárbaros por las fronteras del Este y especialmente del Norte y Nord-Este, donde infinidad de pueblos invadían y se iban mezclando con las provincias y regiones fronterizas, ya como invasores, armados en son de guerra, ya pacíficamente en busca de tierras, animales, útiles y garantías para vivir y trabajar. Los emperadores debían mostrarse como generales y también, con mejores resultados, como estadistas y diplomáticos, para resistir y transar con aquel oleaje de pueblos incultos y violentos, susceptibles de mezclas y adaptaciones a la vieja sociedad; con saludables energías y gérmenes de vida nueva, capaces de producir una transformación regeneradora.

Así se iban acomodando los acontecimientos por las Galias, por Germania, por el Danubio y en Oriente, distribuyéndose Colonias de pueblos nuevos en Hispania y hasta en la misma Italia, Julio César, Augusto y Tiberio, llevaron elementos granados de los bárbaros sometidos, a la misma Roma, capital del mundo. Las propias legiones contaban con multitud de soldados bárbaros, y con muchos jefes y oficiales de los mismos orígenes, que hacían lucida carrera militar, al lado de patricios esclarecidos, llegando a los principales grados de comando, y más tarde al trono imperial.

Pero en el siglo IV, surgió de improviso entre las diversas razas bárbaras que empujaban las fronteras ro-

manas del Norte y del Oriente, una invasión colosal y exterminadora, que provenía del fondo del Asia, de la Tartaria, de las estepas heladas, del Cáucaso y del Turquestán; era un nuevo diluvio formado por los Hunos, cuyo jefe supremo, guerrero, político y religioso (como un kaiser), se llamaba Atila, y su apodo histórico de "Azote de Dios", era admitido con orgullo y honor por el siniestro personaje.

Algunas breves y brillantes transcripciones de Paul de Saint-Víctor, caracterizarán aquellos acontecimientos remotos, cuyas maneras de hacer la guerra, reaparecen como terrible pesadilla, en pleno siglo XX, a través de dos mil años de cristianismo, del amor y de la caridad, plagados de universidades, de escuelas, de congresos, de tratados, de progresos artísticos, sociales, jurídicos y bienestar material:

"En medio del siglo IV, apenas entrevista esa raza en el horizonte del Asia, agujerea el mundo bárbaro. A su paso recoje todas las tribus salvajes, las poblaciones teutónicas y las nómadas de la Tartaria. La bola de nieve se convierte en avalancha, la barbarie se hace nación, se personifica en Atila y aparece al borde del Danubio ante la Europa consternada." "La guerra era su elemento y su existencia; vivían del pillaje; se dedicaban a la exterminación; iban a hacer carnicerías, como si fuesen a la siega. Su crueldad bestial, sólo se saciaba con la destrucción; después de despojar las ramas, cortaban el árbol, incendiaban la ciudad, después de saquearla."

Tácito al describir las costumbres de los germanos, refiere sus aficiones favoritas y rasgos notables; por su analogía con los hunos y por su arraigo a través de los

siglos. Así refiere que la ocupación casi única de los germanos era la guerra, la guerra de pillaje y de conquista a las demás tribus y a las poblaciones del imperio romano; el trabajo quedaba para las mujeres, ancianos y niños. Fuera del combate y los ejercicios preparatorios de la guerra, se entregaban al juego y a la embriaguez, con una bebida propia, de la cebada fermentada, su adorable cerveza. En la guerra eran valientes, feroces, sanguinarios e implacables, hasta aniquilar al enemigo.

Los embajadores romanos que se entrevistaron con Atila, en nombre de los Césares aterrorizados, refieren un banquete con frenesí bélico que les diera el kaiser de los hunos, cuyo recuerdo no está demás, ahora que nuevas hordas de exterminio espantan al mundo civilizado: "A la mitad de la comida se levantaron dos bardos y cantaron en lengua númica las victorias del rey. El himno exaltó al auditorio; entusiasmo frenético se apoderó de los bárbaros, fuertes gritos se escaparon de sus pechos, y lágrimas saltaron de su ojos; los rostros tomaron la expresión furiosa del ataque y de la defensa; la sala parecía un campamento que iba a tomar las armas. Un bufón llegó al momento, y sus gestos y contorsiones hicieron lanzar a los bárbaros grandes carcajadas: en medio del tumulto, Atila permanecía inmóvil y presidía en silencio la ardiente orgía."

Veamos el cuadro magistral de la invasión de los hunos, tan parecido a las devastaciones contemporáneas: "Jamás el mundo estuvo tan inmediato a su fin. Lo de Atila no fué una invasión, fué un diluvio. Hunos, alanos, gelones, ostrogodos, gépidos, avaros, búlgaros, turcos, hunígaros, la barbarie, en fin, en masa, ondeaba alrededor

de Atila. El reino entero de los animales, insurreccionados contra el hombre y aliándose alrededor de un monstruo dotado de voluntad y de inteligencia, daría apenas una idea vaga del peligro que corrió la civilización en esa sombría fecha (año 451). En pocos días las dos Germanias y las dos Galias desaparecieron bajo un torbellino de caballos y de caballeros. Los pueblos huyen a la desbandada ante esa tempestad humana, que pilla, pulveriza, mata, devasta, saquea, y acaba por quemar lo que no termina la espada. Por todas partes no se oye más que el ruido espantoso de las ciudades que caen y el hipo de la agonía de los pueblos degollados. La sangre corre y forma torrentes, las ciudades se vacian, los bosques se llenan y la tierra cultivada desaparece bajo el nivel de la destrucción, como si desde el fondo del Asia, los hunos hubiesen traído el desierto y lo desarrollaran como un sudario sobre el mundo antiguo. El huracán que ha desencadenado, metamorfosea a Atila, y aparece alumbrado por el resplandor de las ciudades incendiadas, bajo la forma de una bestia quimérica".

¡Que amargas reflexiones sugiere este cuadro magistral de exterminio, al comtemplar los estragos producidos por los alemanes en Bélgica, Francia y Rusia, a mil seiscientos años de aquella remotísima barbarie!

Por rara coincidencia, señalada por el señor Groussac, aquel azote del género humano tuvo su tumba guerrera, en la misma cuenca del Marne, en los célebres campos cataláunicos, donde Aetius, el Joffre del imperio romano, tuvo la gloria inmortal, como ahora, de quebrantar la ola gigantesca que aplastaba al mundo civilizado, convirtiéndolo en una pradera. "En eso, agrega Paul de

Saint-Víctor, quizás se hubiera convertido el mundo occidental, si en los campos cataláunicos Aetius no hubiera vencido a Atila. Batalla gigantesca, cuyas proporciones asombran. Produjo doscientos mil muertos (la de Octubre en Yprés, con veinte días de combate, produjo "quinientos mil muertos" de alemanes y aliados); la sangre saltaba formando cascadas en el lecho de un arroyo, que transformó en río. Atila se resguarda "detras" de sus carretas, mirando con ojos siniestros, y ebrio de rabia, a un montón de sillas ardiendo en el que piensa arrojarse si el enemigo invade su campamento. "Aetius" (digamos Joffre, French, Maunoury) sobrepuja a Mario, e iguala a César en esa lucha épica, en esa gigantomachia del Edda; y la gloria, sin embargo, alumbra apenas su nombre con rayos dudosos. La historia es injusta porque no levanta altares a esos héroes de la última hora, a Probus, Posthumus, Stilicon y Aetius, que tan magníficamente sostuvieron el choque de los bárbaros, y forzaron, como Josué, al sol de la civilización romana a retardar su sangriento ocaso. Es propio de la barbarie, crear las tinieblas a su alrededor; hombres y cosas se oscurecen al acercarse a ella; la civilización se barbariza combatiéndola; la mancha de las tinieblas se cierne igualmente sobre los vencidos y sobre los vencedores. Ni las victorias, conseguidas sobre la barbarie subyugan la imaginación. Sus clarines lanzan roncos gritos, sus laureles son espinosos como zarzas. No dejan tras sí ninguna huella, como la caza de lobos en la espesura de los bosques."

Oiga la patria de Dante: "Rechazado de las Galias, el "Azote de Dios" se arroja sobre Italia y la extermina. Las ciudades arden, los hombres caen por haces, los pue-

blos huyen hasta el mar. El horror no varía al través de su feroz historia (como los crímenes de Bélgica, Francia y Polonia); es enojosa la lluvia continua de sangre que derrama. La carrera de Atila, tiene la monotonía del infierno. Se aleja por fin a su retiro y entra en él, harto de carnicería y cargado con los despojos del mundo. Muere de la muerte de Holofernes, en su lecho de bodas degollado por una Judith germánica. Su ejército aulla alrededor de su tienda fúnebre como un montón de perros de caza al lado del cuerpo del cazador que los exitaba. Su ejército mató a los esclavos que cavaron la tumba de Atila; hasta su cadáver asesinaba"!

Para las aberraciones morales que encuentran grandeza en los cataclismos inhumanos, conviene recordarles el juicio de la historia en frases lapidarias: "A pesar de tanta conquista, de tando exterminio y de tanta batalla; a pesar del espantoso ruido que hizo Atila sobre la tierra, no logró elevarse a la verdadera grandeza. Solo hay gritos en su fama; su nombre suena vacío de sentido; su historia forma parte de la historia natural de los azotes físicos. No es más humano que un temblor de tierra, ni que la erupción de un volcán. La potencia de trastornarlo todo que residía en él, tenía algo de inconsciente y de maquinal. La historia ni aún le acusa; le descarga de toda responsabilidad y de todo perjuicio, y le remite a la naturaleza, de la que fué uno de los agentes destructores. Deshonrarle y condenarle, sería imitar a Jerjes cuando azotaba al mar. El asesinato de Clitus deshonra más a Alejandro, que la sangre de un mundo despoblado mancha a Atila; pero también el menor combate griego, inspirado por la virtud cívica y por el heroísmo, sobrepuja a todas

las conquistas del Bárbaro. El soldado de Maratón, agitando la palma, es más grande que Atila, recibiendo a los reyes y a los patricios, montado sobre su flaco caballo, cuyo galope desecaba la tierra".

Atila es personaje de leyenda. "Cada pueblo se apodera de su tosca figura y la modela según sus instintos. La Italia lo degrada, la Alemania lo idealiza. (Este pasaje lo ha respetado la censura militar de Guillermo II, en reciente correspondencia a *"La Nación"*, de Gómez Carrillo). Mientras la tradición latina cambia a Atila en espectro o en monstruo, los poetas germánicos hacen de él un rey afable y neutro, que preside los acontecimientos sin mezclarse mucho en ellos, como Agamenon en la Ilíada y Carlo Magno en la Tabla Redonda. La Hungría hace más: trata con respeto filial al salvaje abuelo de su raza. El Atila de las leyendas magyares, es santo como David, sabio como Salomón, magnífico como Haroun-al-Raschid. Ya no es el Papa León quien lo detiene a las orillas del Tiber, sino el mismo Jesucristo, que descendiendo del cielo, trata directamente con él y promete a su posteridad, la corona de Hungría como rescate de Roma."

Ya que he hablado de aberraciones morales, ¿no es incalificable que muchos clericales católicos sean partidarios del emperador protestante, cuyas hordas masacran sin piedad poblaciones y clérigos católicos en países como Bélgica, Francia y Polonia, cuyos cañones han derribado las catedrales católicas más artísticas, — todo, según dicen, por odio al liberalismo cristiano francés? ¿Y qué dirán esos señores clericales, ahora, ante el donativo de Benedicto XV, de 40.000 francos para las víctimas de la guerra en Francia, producidas por la guerra de Guillermo

II, con los agregados de "bendición apostólica" para todos los franceses, llamando a la nación de Voltaire, la hija más antigua y "predilecta" de la iglesia?...

Volviendo a los hunos y a su jefe de terrible memoria, queda bien descripto cómo hacían la guerra a los países invadidos; y ahora corresponde averiguar qué nación ha heredado el "derecho de gentes" de aquellos terribles invasores, que dominaban con todas las formas del terror, para el saqueo y esterminio del mundo civilizado, incompatible con semejante irrupción de barbarie.

Las grandes guerras de los germanos

Tomemos poco más de un siglo de su historia, dejando sin examen las guerras civiles entre reinos y principados alemanes, aun las guerras de Treinta y de Siete Años, cuyos horrores espantaron a la cristiandad. Para la trasmisión hereditaria buscada, bastan y sobran tres grandes guerras de Prusia, al frente de los pueblos germanos, cuando menos el hecho por su fama belicosa: la guerra de fines del siglo XVIII contra la revolución francesa, la franco-alemana de 1870, y la actual, para el predominio del mundo.

Respecto de la primera de estas guerras, los ejércitos de Prusia invadieron la Francia a sangre y fuego, creyendo dominarla fácilmente por el terror y por el choque de los famosos veteranos de la escuela Federico II. En el estado mayor prusiano, iba el célebre poeta alemán Goethe, que nos ha dejado un minucioso diario de la marcha de los ejércitos germanos a través de Francia, hasta

las alturas de Valmy, donde fueron derrotados por las tropas bizoñas de la nueva república, a los acordes de la Marsellesa, y bajo la dirección del general Dumouriez. Aquel desastre militar prusiano tan inesperado, en quienes se creían invencibles, arrancó al gran poeta alemán su frase memorable: "es el principio de una era nueva para la humanidad!"

Entre aquella campaña y la actual hay mucha semejanza. "Las fuerzas de Alemania penetran en territorio francés con ímpetu de alud. Nada resiste a su marcha triunfal. Longwy capitula, y las "llamas" devoran a Verdun (que ahora no han podido rendir). Las poblaciones se quejan del "saqueo" y de la "crueldades" del invasor... El odio y el desprecio hacia los adversarios, ha sido siempre un artículo de fé en los guerreros germánicos. Goethe lo confiese: "El duque de Brunswick, escribe, se ha hecho intérprete de la nación, en su famoso manifiesto"... La marcha continúa por los campos de la Champaña: "Los días transcurren entre el orden y el desorden, la economía y el derroche, el "saqueo" y las "compras legales." El sueño dorado de entonces, como ahora, era llegar al encantado París; y como Lafayette había dicho en una proclama: "Los prusianos podrán entrar a París; lo que no podrán luego es salir", Goethe se conforma con replicar: — "Se supone, pues que podremos entrar... Bueno... Lo de salir no nos interesa."

Para distraerse en la marcha, los alemanes incendian. "Durante la expedición, dice Goethe, la suerte me colocó entre el séquito del rey de Prusia y del duque de Brunswick, y allí encontré al príncipe de Reuss y varios diplomáticos, militares, amigos... Luego, agrega, como cosa

muy natural: "Algunas "aldeas" ardían "aquí y allá", y el humo del "incendio" hacía un "buen" efecto en el cuadro". ¿Por qué ardían? También con el pretexto de ahora: "Porque según decían algunos, los habitantes se habían permitido atacar a los soldados y era necesario castigarlos". "En las laderas del Aisne, las viñas se extienden por las márgenes del río. En las ciudades apacibles y desiertas, los oficiales encuentran bodegas de vinos exquisitos. Todo el mundo "saquea" (como ahora). El mismo Goethe confiesa que con ayuda de unos cuantos soldados, penetra en una casa y se apodera de varios frascos de Borgoña."

Después de constatar las depredaciones de la invasión el poeta alemán, pinta con ruda franqueza el abatimiento y la desmoralización del ejército derrotado. "Los oficiales más valerosos confesaron (la noche de la derrota), que solo un milagro podía salvarnos." "Las primeras horas de la retirada fueron terribles, pues no podíamos olvidar que los franceses eran dueños de nuestro destino." "El ejército prusiano atravesó el puente; una inmensa tristeza, un siniestro abatimiento obscurecía la frente y sellaba los labios de todos los guerreros sin fortuna. Corrimos hacia nuestros amigos y los abrazamos. Todos lloraban de vergüenza y de rabia."

Así terminó la batalla de Valmy, y con ella la campaña prusiana contra la primera república. El mismo Goethe, en sus memorias, traza estas palabras, que se espera sean proféticas: "Los mismos acontecimientos se reproducen a veces en los mismos lugares".

Las crueldades alemanas durante la guerra de 1870, las múltiples y reiteradas violaciones del derecho interna-

cional y de las leyes de la guerra, el terrorismo pretoriano esgrimido en aquella terrible campaña; los incendios, las matanzas innecesarias de poblaciones desarmadas, los fusilamientos prodigados con fútiles pretestos, los saqueos, violaciones y exigencias insaciables de dinero, — todo aquel cortejo de violencias y de barbaridades innecesarias a los planos serios de la dominación militar, quedó documentado y aun reconocido por vencidos y vencedores. En estos estudios críticos de la política internacional de Alemania, he recapitulado con la autoridad de Alberdi, que presenció aquellos luctuosos acontecimientos, las principales crueldades y crímenes perpetrados por los alemanes contra Francia. Si se quisieran mayores detalles y comprobantes al respecto, bastaría leer la notable obra de Paul de Saint Víctor, titulada "Barbares et bandits".

Después de estos antecedentes, llegamos a los horrores consumados por los alemanes en la guerra actual, donde se ha ostentado un lujo de crímenes públicos, de violaciones de tratados, leyes de guerra y garantías acordadas por antiquísimo derecho de gentes, a los no combatientes, a los heridos y a la propiedad privada, como asimismo a las vidas y honor de las poblaciones indefensas, ancianos, mujeres y niños; marina mercante, aldeas y ciudades no fortificadas ni defendidas por tropas; monumentos, edificios públicos, fábricas e industrias rurales, arrasándolo todo implacablemente. Las constataciones más respetables y fidedignas, en las vastas zonas de Francia, de Bélgica y de Rusia, comprueban a la evidencia la efusión de sangre de gente pacífica, los saqueos prodigados, los incendios, las violaciones brutales, el envena-

miento del aire(invento alemán), de las aguas en Africa alemana, los asaltos de corsarios, de submarinos y de aeroplanos, las matanzas colectivas de grupos desarmados, las ejecuciones a granel, sin juicio ni consejos de guerra, y las contribuciones enormes con apremios de horas y bajo terribles amenazas, cumplidas en muchos casos; todas estas iniquidades se han consumado con abrumadora monotonía, en pleno siglo XX, plagado de universidades, de escuelas, congresos, conferencias universales de la paz y de derecho escrito, de literatura y de prosperidad industrial tan decantada, de expansión de sabiduría e intercambio mercantil por todo el mundo, — todos aquellos horrores se han prodigado, en proporciones más vastas, más cínicas y tan sanguinarias y exterminadoras como en tiempo de los famosos Hunos, que asolaron la Europa.

La herencia fatal

El imperio alemán, con sus ejércitos de mar y tierra, con su "kultur" avanzada, con sus maneras de hacer la guerra, con su falange de intelectuales universitarios que se identifican con el programa militarista, — de dominar al mundo por el terror y por la fuerza de las armas, — es el heredero legítimo y muy perfeccionado científicamente de aquellos bárbaros terribles, que ensangrentaron y destruyeron una vasta porción del imperio romano.

Estoy muy lejos de inventar una trasmisión hereditaria tan funesta para el mundo, como de gravísimas responsabilidades para la nación que la explote en tan vastas proporciones. Antes de ahora, he descripto el des-

potismo institucional e histórico prusiano, como un modelo peligroso, de que deberían alejarse los pueblos que aspiran a la libertad y a la civilización pacífica.

El despotismo del kaiser Guillermo II, fué aumentado por declaraciones propias gravísimas, toleradas por la nación alemana, cuando eliminó brutalmente la influencia de Bismarck de los consejos de gobierno, del genio creador del imperio militar sobre todo derecho! Entonces proclamó Guillermo II: "Solo hay un dueño o señor en esta nación: Ese dueño soy yo, y no toleraré a ningún otro. El que quiera ayudarme, bienvenido; al que se me oponga, lo haré añicos..."

El mismo emperador absolutista y soberbio, al dar una consigna terrible al cuerpo expedicionario contra China, adoptó el "derecho de gentes" de los Hunos, recogió su herencia belicosa fatal, haciendo cumplido elogio de Atila.

Trascribo las palabras textuales de la proclama del kaiser: "Cuando entréis en contacto con el enemigo, no deis cuartel, no hagais prisioneros. Mil años ha, los Hunos, bajo su rey Atila, conquistaron tan elevado renombre, que aun campea en la tradición. Haced lo mismo: no perdonéis el golpe de gracia; de suerte que, en otros mil años por venir, no haya un chino que ose mirar cara a cara a un alemán".

Después de semejante programa, ¿debemos asombrarnos de las iniquidades alemanas de esta guerra, del envenenamiento de las aguas en Africa, por orden del jefe superior, del envenenamiento del aire en las líneas de batalla europeas, de todos los asaltos alevosos de submarinos contra buques mercantes que conducen mercancías

y pasajeros civiles, de los bombardeos de aldeas y ciudades abiertas, con zeppelines, cañones y aeroplanos? Todo ello armoniza perfectamente con el "derccho de gentes de los Hunos"; pero como es incompatible con la civilización, el derecho y la justicia de las naciones contemporáneas, — si éstas conservan las virilidades de grandes pueblos, y la noción clara de sus deberes y de derechos, — deben, cuando menos, cortar toda relación diplomática con un imperio, que confiesa cínicamente y practica todo un programa de atentados contra el derecho y la civilización.

El mundo, las naciones neutrales deben pronunciarse valientemente en contra de Alemania pretoriana, que atenta contra el derecho, contra las nacionalidades y contra la civilización. ¿Para qué conservar relaciones diplomáticas con un imperio que desgarra los tratados como míseras "tiras de papel" cuando le conviene; que no cumple ni respeta las leyes de la guerra; que retrograda audazmente a la barbarie de los Hunos, en cínica proclama y en multitud de hechos de la guerra para el predominio mundial que ha provocado?

El caso del Lusitania

Escrito el precedente trabajo, llega la luctuosa noticia del naufragio del vapor Lusitania, producido con torpedos lanzados por un submarino alemán en las costas de Irlanda, procedente de Estados Unidos, con dos mil pasajeros y carga valiosa. Las circunstancias de tratarse de un paquete admirable, de gran porte; el llevar tan cre-

cido número de pasajeros civiles, ancianos, mujeres y niños; no estar artillado ni prestar servicios a la armada británica; y, especialmente, la forma alevosa, premeditada, cruel, inhumana y violatoria de las leyes de la guerra, con que se han disparado los torpedos, sin intimación previa de poner a salvo los pasajeros y la tripulación no combatiente, y sin prestar la mínima ayuda al salvataje de los náufragos y heridos, — la cantidad de muertos, aproximada a mil quinientas personas, — han dado al terrible atentado una resonancia airada y mundial, de protestas y acusaciones fulminantes contra Alemania, que acude a hostilidades tan siniestras. Tal vez resulten emergencias más graves...

Comprobadas la barbarie atávica de los alemanes y las múltiples atrocidades de sus guerras, el caso inaudito del Lusitania no es más que un episodio legítimo y hasta plausible y glorioso para la civilización germánica, como lo demuestra el coro de aplausos con que han celebrado la noticia los tres imperios centrales, embanderando las ciudades y dando asueto a las escuelas en Alemania y en Austria, para educar el corazón de los niños y familiarizarlos desde la primera edad, con los procedimientos alevosos de exterminar o asesinar a malsalva al enemigo, y con las crueldades mas inhumanas.

No se hable de derecho, de humanidad ni de moral a un imperio que viola su palabra y el honor de su firma; que envenena el aire y las fuentes, para matar los adversarios; que bombardea desde grandes alturas, aldeas y ciudades indefensas, sin intimación previa; que teniendo bloqueadas rigurosamente sus escuadras de combate, decreta bloqueo ilegal de las costas del país enemigo, bajo

amenazas de hundir las embarcaciones mercantes (barcos, mencancías y pasajeros) de cualquier bandera, sin intimación prévia, con torpedos que arrojarán submarinos, como piratas o agentes de "la mano negra". No se hable de derecho a semejante nación, pues el instinto de raza y la herencia fatal del país modelo, de los Hunos de Atila, dan complemento terrible a la enseñanza científica de sus universidades.

Mientras el mundo civilizado, no germánico ni turco, se extremece de horror ante el siniestro voluntario del Lusitania, — los imperios germanos lo celebran como un éxito glorioso de su raza, de su fuerza, de su "kultur" y de su estrategia bélica; mas aún lo hacen aclamar por la niñez, para perpetuar su barbarie en el porvenir... y la esgrima del asesinato.

¡Tal es la civilización alemana que se recomienda a las repúblicas de América!

12 de Mayo 1915

XXVII

La Italia marcial

Por la poesía,

por la raza,

por la justicia,

por el derecho

¡Roma está en armas! Van sus legiones a castigar nuevamente a los bárbaros sublevados contra el mundo civilizado por millones; pero los caminos del triunfo hacia el Danubio, hacia el Rhin, al Oriente, se los marcaron con laureles no marchitados, Mario, César, Pompeyo, Tiberio, Augusto y Marco Aurelio. La Roma eterna de 2.500 años, va en socorro de infinita posterioridad amenazada de un diluvio destructor de plomo, de explosivos, de venenos y de fuego; va al llamado de sus hijas París, Albion, Bruselas y Varsovia: Su fuerza y su prestigio milenarios, se harán sentir decisivamente para bien de la humanidad.

Ante la guerra europea

Italia era la última gran potencia europea que permanecia neutral, frente al cataclismo guerrero que ensangrienta al Viejo Mundo, con escándalo del Nuevo; pero su neutralidad era muy difícil, ambígua, antinacional, casi absurda y perjudicial en sumo grado. La guerra que provocaron los imperios germanos de "la triple", era ofensiva y de conquista evidenciada; y por eso Italia se apartó dignamente de la terrible aventura de sus aliadas Alemania y Austria, sin que las mentiras, amenazas y sofismas de Berlin y Viena, la hicieran embarcarse en la empresa militarista. De hecho quedó rota la alianza, pero no se denunció el tratado. Frente a los imperios centrales, estaban Inglaterra, Francia y Rusia, debiendo a las primeras tanto en las luchas de su independencia, y sintiéndose muy vinculada comercialmente con ellas, por mas que algunos incidentes desagradables y conflictos con Francia, por predominios en Africa y en el Mediterráneo, las mantuvieran retraídas y hasta enconadas en ciertos momentos, a pesar de la afinidad de raza, religión, liberalismo y lazos industriales.

Consolidada la expansión reciente italiana en Africa con beneplácito de Francia, y apaciguadas las últimas incidencias, se imponían aproximaciones estrechas con la república francesa; y ello se robusteció, hasta con preciosa sangre italiana, así que el Reino declaró su neutralidad en la guerra provocada por Alemania. Desaparecida la rivalidad internacional, y al influjo de la cordial amistad con Inglaterra, la comunidad de sangre, de ideas

y de intereses, fué cicatrizando las heridas y los enconos entre Francia e Italia, en forma rápida y sincera: Los cadáveres de los jóvenes Garibaldi y de muchos italianos en las líneas francesas de batalla, atraían mucho mas que el vínculo pérfido de la triple.

La brutal inmolación de Bélgica por Alemania, como las cínicas violaciones del derecho de gentes por los imperios germánicos, en Francia, Polonia y Bélgica, paises afines y amigos de Italia, tenian forzosamente que ir inclinando las simpatías artísticas, políticas y sentimentales italianas, en favor de las víctimas del vandalismo alemán; a la vez que se iba alejando de sus antiguas aliadas, especialmente de Austria, pues concurrian viejos y justificados rencores, con perfidias nuevas de su aliada: que habia ayudado secretamente a Turquia durante la guerra con Italia, y que se habia deliberado en Viena si se aprovechaba la consternación del terremoto de Messina, para intentar la reconquista del Lombardo-Veneto con una rápida invasión militar!

Por otra parte, la nacionalidad de Italia no estaba redondeada, pues gemían bajo el gobierno opresivo y rencoroso de Austria, varias provincias italianas, por indentidad de raza, de idioma y de costumbres. La endurecida tiranía de los Habsburgos, no cambiaba de crueldades para gobernar pueblos conquistados, ni por los nuevos tiempos, ni por la alianza e influencia moderadora de Alemania; y, a pesar de la "triplice", las violencias y ejecuciones de Austria en los pueblos italianos sometidos, mantenía viva la antipatía tradicional de la península, contra el verdadero enemigo de la Joven Italia, quien halagaba constantemente al Papado, con devolverle

el poder temporal de Roma, decapitando a la nueva y vigorosa nacionalidad, sin renunciar a posibles reconquistas de la Alta Italia.

Absurdo de la triple alianza

El divorcio de Italia con Francia, la intromisión napeoleónica para sostener el poder temporal del Papa en Roma, privando el nuevo reino de su unidad y de su capital histórica, como los errores de la diplomacia francesa republicana, sobre esta grave cuestión y sobre influencias en Africa y el Mediterráneo, permitieron a Bismarck, sellar la triple alianza, no obstante la repulsión recíproca de Italia y Austria y a pesar de apoyar ésta la soberanía del Papa sobre la ciudad de Roma. El fantasma de una "entente" franco-rusa y la posible adhesión de Inglaterra, indujo al genio de la unidad alemana, a coaligar países inavenibles, como Italia y Austria, con enconados rencores, cuentas de conquistas no arregladas, y divergencias insalvables sobre la soberanía de la capital del Reino, desconocida por los Habsburgos, sostenedores tenaces del poder temporal de los Papas.

Se explica que con semejantes antecedentes, fuera muy difícil, absurda y peligrosa la neutralidad de Italia, frente a la formidable conflagración bélica, que empezaba por violar los tratados y las leyes de la guerra, en pos de una sangrienta y desatentada quimera de predominio universal, adversa a todas las nacionalidades. Si Italia favorecía a los imperios centrales, aun guardando las formas de la neutralidad, y, como se espera, estos

fueran vencidos, comprometía su causa de expansión nacional, y aun su conquista de Africa; si favorecía a los aliados, quedaba expuesta a un ataque alemán de Austria, Alemania y Turquía; si quedaba extrictamente neutral, cosa muy difícil, se exponía a no obtener ninguna ventaja importante en los arreglos de la paz, pues se ha dicho gráficamente, que en ese banquete de repartos, cada comensal debe pagar su cubierto, con antelación.

Quedaba otra solución, también muy difícil y peligrosa: obtener sin la guerra, positivas ventajas territoriales de Austria, aprovechándose de la angustiosa situación del momento; en ello se ha estado dos o tres meses, escollando todas las negociaciones, aun bajo las mayores influencias de Guillermo II, por la resistencia tenaz de Francisco José: el caso era grave, pues si triunfaban los imperios centrales, dejarían sin efecto aquellas concesiones, posiblemente con costas; y si triunfaban los aliados, reconocerían o no tales cesiones territoriales, en cambio de una neutralidad complaciente y logrera, sin ningún sacrificio. A parte de ello, Italia, viril y luchadora, con gran ejército y fuerte escuadra, brava y gallarda para completar su nacionalidad, aparecería muy fenicia y empequeñecida con ese manoseo de fórmulas desesperadas, para engrandecerse sin derramar una gota de sangre, sin ningún esfuerzo varonil, cuando se contemplan heroicidades y sacrificios cruentos en toda Europa, en defensa del derecho, de la independencia, de las nacionalidades, y en contra de un imperialismo mundial.

¡Álea jacta est!

Finalmente, Italia se pronuncia por la intervención armada en favor de la alianza, y en contra de los imperios centrales; y su actuación puede ser muy eficaz, para derrotar a Turquía y al Austria, especialmente si concurre Rumania, como se espera. Batidos estos imperios, y si Alemania se mantuviera en las posiciones actuales, entre el bloqueo y la presión belicosa de grandes ejércitos por todas partes, se precipitaría su rendición. Pero no hay que hacerse muchas ilusiones de dominar luego a tan formidables adversarios; y hasta se teme algún contraste inicial a las nuevas naciones, que entran en guerra, según militares de competencia; aun cuando las nuevas beligerancias han de producir un gran efecto moral, de estímulo, para los aliados y depresivo para los imperios agresores. La energía de la reclamación de Estados Unidos, y la esperada adhesión de otros países neutrales, como los del A. B. C. (que hacen tanto ruido para pocas nueces), concurrirían eficazmente al fin de esta terrible contienda de sangre y de exterminio, de retroceso evidente de la civilización y de recrudecimiento de barbarie.

Cesan los tripotajes de von Bulow, Metterniche y Compañía, y tienen la palabra el cañón potente de Italia, sus legiones y sus acorazados, a los acordes de los himnos de Mameli y de Garibaldi, de la marcha real.

Italia debe coronar digna y gloriosamente sus esfuerzos titánicos para reconstruir su nacionalidad, después de un largo compás de espera de sus grandes guerras

de emancipación y de unidad con Roma por capital. Aquella hermosa península, cuna de una república y de un imperio poderosos, creadores del derecho, de la administración, de la fuerza armada dominadora y de las bellas artes, se había convertido en comarca infortunada, del atraso, de la tiranía, de la corrupción y del oprobio del género humano: el Sur, estaba entregado, junto con Sicilia, a un despotismo pedestre y sanguinario de los Borbones; el Centro con Roma, bajo el bochornoso poder teocrático de los Estados Pontificios; y la Alta Italia, con excepción del Piamonte, gemía bajo el terrible y embrutecedor despotismo de los Habsburgos de Austria, que gobernaba sin escuelas, con la horca y los consejos de guerra: ¡en todas partes, la ignorancia, la opresión, las crueldades y el atraso más afligente!

El triunfo de la emancipación italiana, de su unidad con Roma por capital, y de los enormes progresos alcanzados en poco más de medio siglo, en todos los órdenes de la vida nacional, la han transformado en una potencia de primera categoría, por su prosperidad económica, por su cultura, por su organización armada, por el brillo de las ciencias y de las artes, por sus garantías de justicia, libertad y bienestar, por el progreso inmenso de sus grandes ciudades y campañas. Todo esto lo ha conseguido por el esfuerzo varonil de su pueblo, y por la ayuda de Francia e Inglaterra, guiado por varones ilustres como Mazzini, Garibaldi, Cavour, Víctor Manuel y muchos otros grandes hombres civiles y militares, que tuvieron el honor y la gloria de transformar aquel oprobio de los Borbones, de los Papas y de los Habsburgos, en la nación vigorosa y resplandeciente de nuestros días, en la gran

Italia, cuya población laboriosa, honesta y emprendedora, se esparce por el mundo, especialmente por América, en Estados Unidos y en la Argentina, llevando a todas partes los factores del trabajo de la prosperidad, del bienestar y del orden.

La incorporación de Italia a los países de la alianza, prosiguiendo la causa de su nacionalismo, y la colaboración en la crisis formidable para defender el derecho, la libertad y la civilización, amenazados por el despotismo pretoriano mundial, debe ser recibida entre aplausos, por todos los aliados y neutrales que compartes sus anhelos: ¡Salve Italia heroica!

21 de Mayo de 1915.

XXVIII

Los Hunos o los Germanos

¿Cuáles más bárbaros?

Consagré uno de mis artículos sobre la conflagración europea, al estudio comparativo de los Hunos y de los Germanos, especialmente de sus métodos de guerras, crueldades, incendios y devastaciones terroríficas, para imponerse por la violencia sanguinaria, rapaz y destructora.

Al efecto, presenté una síntesis de las invasiones de los Hunos, bajo su gran rey Atila, sirviéndome del brillante estudio de Paul de Saint Víctor en "Hombres y Dioses"; y de los modernos germanos, solo me ocupo de comparar sus tres últimas grandes guerras prusianas, contra la revolución francesa de 1789, contra Francia en 1870, y la actual.

A designio y para no recargar las sombras, dejé de lado las guerras con que surgió la Prusia militarista a la faz de la tierra, las campañas de Federico II y las terribles guerras con Austria, especialmente las de Treinta

y Siete Años, que espantaron por sus horrores a toda la Europa.

El cuadro de los Hunos, no difería de la narración tradicional con que los historiadores han pintado los estragos de la invasión famosa al imperio romano; y las inculpaciones a los germanos, recordaban los abusos más justificados, por testigos libres de toda crítica, y hasta reconocidos por ellos mismos como jornadas valientes y gloriosas, en que ha descansado sólidamente la hegemonía prusiana, coronando su tentativa de militarismo mundial, con el asalto vandálico a Bélgica, con múltiples violaciones del derecho de gentes, y con los asesinatos de niños, mujeres y no combatientes del hermoso trasatlántico Lusitania, hundido alevosamente por un submarino alemán, sin aviso previo para que salvaran los pasajeros civiles. Hacía resaltar que este crimen, atroz por su perfidia y proporciones, presentaba la circunstancia agravante, de haber contestado siniestramente el imperio de las 35 universidades, al gesto de horror del mundo civilizado, embanderando las ciudades de los dos imperios en celebración de aquel "triunfo", y dando "un día de asueto" a los niños de las escuelas, — como para familiarizarlos desde edad temprana con el asesinato del pueblo enemigo. Esta fría y premeditada glorificación, resulta más infame que el crimen mismo mandado ejecutar.

Después del estudio comparativo de Hunos y de Germanos, citaba una proclama del mismo kaiser Guillermo II, donde daba terrible consigna de inmolar a los prisioneros chinos, y de reproducir los horrores de las huestes de Atila, para que hasta dentro de mil años, un chino temblara frente a cualquier alemán!

Por esta indiscutible autoridad, quedaba terminada armónicamente la similitud de Hunos y de Germanos, de su terrorismo guerrero, y de sus dos grandes monarcas, Atila y Guillermo II. El paralelo presentaba sus divergencias, como el perfeccionamiento científico destructivo de Alemania; podría parecer ultrajante a la cultura de Kant, de Goethe, de Wagner, de tantas universidades, de su censo escolar y de sus progresos y expansión industrial; pero nadie tiene derecho a decir que yo calumniaba al militarismo prusiano, ni menos que comparaba al imperio alemán con un país degenerado, sibarita, sin historia cruel y resonante desde hace mil quinientos años.

Nueva versión histórica

Pero resulta que un lector suspicaz y erudito de mi trabajo, el doctor Enrique S. Pérez, ex ministro nacional, me observa un error histórico sobre la apreciación de los Hunos de Atila, y de los verdaderos culpables de las devastaciones y crueldades atribuidas en su invasión a la Europa en el siglo IV. Que aun cuando yo exponía la enseñanza tradicional sobre aquellos lejanos sucesos, opiniones respetables, presentaban a Atila, no como el genio de la barbarie y del exterminio acaudillando salvajes sin ley ni freno, sino como un formidable conquistador, con derecho de gentes parecido al de los pueblos antiguos y de los otros conquistadores; que con sus puebladas innumerables estaba en paz o en guerra con el Imperio de Oriente, negociando con embajadas de igual a igual frente a los Césares, de quienes era su "general"; que del oriente

se corrieron sus hordas hacia el norte de Europa, en íntima relación con teutones y germanos, comandando Atila a todas las masas bárbaras, como su kaiser divino, "Azote de Dios", que tanto parecía regalar sus oídos; que sirviéndose de los germanos para la vanguardia de su invasión a las Galias, aprendieron los Hunos de estos germanos los saqueos, las matanzas, las violaciones, los incendios y las mil tropelías con que arrasaban las campañas, aldeas y ciudades, salvo las metrópolis como París, Troyes, Roma y Constantinopla, respetadas por un pensamiento político, que se ha explotado como milagro, para fines religiosos. En suma, frente a esa nueva tesis histórica, ni los Hunos ni Atila, resultaban merecedores de la fama de sangunarios, exterminadores, de que gozaban: el sayo de semejantes abominaciones, en su máxima parte, correspondía a los germanos, de la modernísima "kultur", y de los métodos de guerra, condensados en el hundimiento del Lusitania!

La crítica breve y picante de un amigo como el doctor Pérez, a quien estimo mucho y respeto su preparación, me llevó a pedirle luego por carta, que se sirviera facilitarme el libro donde había leído semejante estudio de los Hunos y de Atila, pues quería convencerme de la verdad histórica y rectificar mi paralelo, porque no tenía ningún interés en calumniar a los Hunos, ni en hacer aparecer a los germanos como discípulos de aquéllos, cuando, según Pérez, habían sido maestros de las huestes de Atila; y, en nuestros tiempos, no hacían más que perseverar en atrocidades propias, con execrable antigüedad de dos mil años!

Mientras me llegaba la aclaración pedida, me puse

a repasar mis libros antiguos y modernos sobre germanos y Hunos de aquella remota antigüedad, para encontrar alguna luz histórica que nos explique esta explosión de barbarie científica estupenda, que trastorna y enluta a todo el Viejo Mundo, en medio de una civilización resplandeciente,. de cultura, de progresos, de leyes y de tratados internacionales, con que se creía haber consolidado la felicidad y la justicia del género humano!

Van a continuación mis noticias históricas, y después una carta muy interesante del doctor Pérez, sobre su criterio para apreciar a los Hunos y a su kaiser legendario Atila, que no tuvo II, hasta nuestros días...

Germanos y Hunos auténticos, tradicionales

Tácito ha pintado muy bien los hábitos militares de los germanos. Recuerda que en Roma se viste al joven con la toga cuando llega a la edad viril; este es el símbolo del genio romano, más político que guerrero. "El joven germano es decorado en plena asamblea con la frámea y el escudo: este es su traje viril; entre las tribus más valientes de la Germania no se le considera como hombre hasta que ha muerto un enemigo. Los germanos no sueltan nunca sus armas; van armados, lo mismo a los festines que a las asambleas de la nación; manifiestan su asentimiento agitando sus frámeas; sus juegos son danzas guerreras. En ellos el valor es la virtud por excelencia, y casi el único deber. La cobardía y la traición son los únicos crímenes públicos; los traidores y los tránsfugas son colgados en un árbol; los cobardes son ahogados en el fango."

"Las mujeres germanas siguen a sus esposos y a sus hijos al campo de batalla, llevan a los combatientes el alimento y el ánimo. Viéronse ejércitos vacilantes y medio deshechos, volver a la carga por la obstinación de sus instancias. Los historiadores romanos admiran el heroismo de las mujeres cimbrias." Depping.

"La muerte, dice Lucano, es para los bárbaros el paso a una larga vida en otro universo. Son dichosos con su error esos habitantes del polo. Desconocen el más formidable de todos los temores, el de la muerte. De aquí esa osadía con que se precipitan sobre las picas; de aquí esas almas siempre dispuestas a la muerte, y esa persuación de que es pura cobardía todo cuanto se haga por conservar la vida, puesto que ésta ha de renacer."

"El cielo germánico no se abre más que para los héroes que mueren combatiendo. ¿Por qué su llegada te regocija más que la de cualquier otro rey, le preguntan a Odin que preside el Valhalla o Paraíso, cuando aparece Erick? Y él responde: "porque en muchos lugares ha teñido espadas con su sangre, porque su espada sangrienta ha penetrado en muchas partes. Yo te saludo, Erick, valiente guerrero; entra, seas bien venido a esta morada." "El frenesí divino de Odin anima a los guerreros: caen, ríen y mueren. Semejantes hombres habían nacido para la destrucción; este heroismo religioso destruyó el imperio. Odin arroja su dardo sobre el mundo romano: difunde el espanto en las legiones, condena a muerte a sus jefes, caen las águilas bajo su cólera; hombres, caballos, todo cuanto pertenece a los vencidos es exterminado." Laurent.

Dice Tácito que " cuando se pronunciaba la terrible

fórmula de la condenación, no debía quedar nada de cuanto pertenecía a los vencidos. Los Cimbrios condenaron a un ejército romano, y observaron religiosamente su juramento: mataron todo ser viviente y arrojaron las armas, el oro, la plata, aun los caballos, al Ródano."

El canto al odio alemán contra los ingleses, premiado por el príncipe de Baviera y por el kaiser, ¿no es un vestigio de aquella remota ferocidad, que acusa una cultura inferior?

"La fuerza domina, agrega Laurent; solamente los fuertes tienen derecho a vivir. El padre mata a los hijos ciegos o mal conformados, sirviéndose de la espada, del agua o del fuego; el hijo da muerte a sus padres ancianos; el padre de familia cuelga de los árboles a sus servidores enfermos. ¡Tales eran las costumbres de los prusianos, símbolo horrible de la barbarie primitiva! Esta barbarie que hoy nos subleva, no era, sin embargo, crueldad... en una sociedad que no vive más que por la fuerza... ¿para qué sirve la vida cuando ya no se puede combatir?"

El mismo historiador sienta: "El poder del estado se manifiesta principalmente en la acción de la justicia social. Los germanos apenas tienen idea de esta justicia; no ven en el crimen una violación del orden moral, sino una simple lesión de un interés particular; al ofendido y a su familia toca buscar una reparación en la venganza: la justicia es una guerra que se perpetúa entre las familias, o se termina por un contrato pecuniario entre los combatientes." Para Tácito "la tendencia de la libertad de los germanos, era a satisfacer las pasiones del momento, el furor de los combates, o una vergonzosa ocio

sidad", entregándose al juego y a la embriaguez; y por ello aconseja a los romanos que para dominarlos con facilidad, les prodiguen bebidas fuertes.

El sabio historiador belga sienta una conclusión muy autorizada sobre los germanos, que, por desgracia, su herencia produce estragos en la guerra actual. "Los historiadores romanos, dice, abundan en acusaciones contra los bárbaros. Su carácter, según Veleyo, presenta una mezcla de astucia y de ferocidad; es un pueblo nacido para mentir. En la embriaguez de la victoria, añade Tácito, olvidan el derecho divino y el derecho humano. La guerra daba el derecho de matar a los cautivos, y este derecho era practicado. En lugar de moderar la pasión de la sangre, la religión la exaltaba, persuadidos de que nada podía ser más agradable al árbitro de las batallas, que la efusión de la sangre humana: los germanos le sacrificaban los prisioneros. Entre los pueblos del norte, que llevaban hasta la exageración las virtudes y los vicios de la raza germánica, los templos se convertían en mataderos."

Los Hunos

"En tiempos de Atila, dice Laurent, los tártaros son los dueños del Imperio, pero la Europa coaligada los rechaza a las estepas del Asia". Hablando del ilustre abuelo de Hungría, se exponen juicios muy desfavorables. "Su ferocidad, dice Ammiano, excede de toda ponderación; bajo la figura de hombre, añade Jornandes, viven como animales; Jerónimo ruega a Jesucristo que aparte del

mundo romano aquellas fieras más que salvajes, que no tienen piedad ni aún para el niño que llora" (en latín llama a los hunos: "ultra bestias"). Los hunos no tienen más misión que la de un elemento destructor. Para Michelet, "Atila parece poderoso, formidable, indiferente, inmoral como la naturaleza, ávido como los elementos, absorbente como el agua y el fuego". Tal es el papel histórico de los hunos; precipitan a los germanos sobre el Imperio, inundan la Europa, la devastan y después desaparecen.

Acerca del poderío de Atila, el historiador Jornandes, resume así la fama: "Atila es el más grande de los reyes hunos. Ha sido el señor de las naciones más valientes; él solamente ha poseído la Escitia y la Germania, reuniendo en su cabeza un poder hasta entonces desconocido. El es también el que ha llevado el terror a los Imperios de Roma y les ha impuesto un tributo anual." (Qué modelo!). Prisco refiere la leyenda del hallazgo de la espada de Marte por un pastor, agregando: "El rey bárbaro, poseedor de la espada de Marte, reclamó el imperio del universo como un derecho divino."

El célebre historiador belga, juzga así el esfuerzo de Atila: "Si fuese posible la monarquía universal, sería la tumba del género humano. La dominación de Roma, a pesar de sus beneficios, envileció a los pueblos y los llevó a una disolución inevitable; ¿qué hubiera sido el mundo si los Hunos hubieran consolidado su imperio? Bendigamos la batalla de Chalons (hoy del Marne) que salvó el porvenir de la humanidad."

Veamos el esfuerzo requerido para salvar al mundo del yugo de Attila, y la importancia histórica de la bata-

lla de Chalons, pudiendo el lector substituir el conquistador tártaro por Guillermo II, y aquel combate por el del Marne, dirigido por Joffre, en la seguridad de estar en casos muy análogos. En el siglo IV, "se necesitó nada menos que una coalición de todas las fuerzas vitales que encerraba la Europa para rechazar las hordas asiáticas. Al genio de Roma pertenece la gloria de haber visto el peligro. Aetius, el último de los romanos, reunió bajo sus banderas, los restos de las legiones y los más valerosos de los bárbaros". Para Jornandes, "la batalla de Chalons fué terrible, furiosa, múltiple, tenaz y tal como no se había visto otra en la antigüedad".

"La batalla de Chalons se encuentra entre las que han decidido el porvenir de la civilización. Si los Hunos hubiesen sido vencedores, la Europa entera hubiese sido su presa; el imperio de los Francos y la civilización cristiana, que le es inherente, hubiera perecido en germen; el mundo cristiano se hubiera asemejado a esas inmensas estepas donde reina la raza tártara. No nos lamentemos, pues, por la sangre que ha corrido por los campos de Chalons; no ha sido derramada por el capricho de los reyes; los que allí cayeron son los mártires de la humanidad, y la sangre de los mártires fructifica; es la semilla de un porvenir mejor."

Estos párrafos, constituirían la mejor oración fúnebre en pró de las víctimas de la colosal batalla del Marne, donde se han quebrantado las hordas del moderno Atila, universitario, y los prodigios avasalladores de su "kultur", puestos al servicio de la dominación universal, a sangre y fuego, sin ley, humanidad ni moral.

Carta del doctor Pérez

Buenos Aires, 24 de Mayo de 1915.

Señor doctor Francisco A. Barroetaveña. — Mi estimado amigo: Me pone usted en un trance bien difícil, al pedirme le envíe por unas horas el libro donde haya bebidos los comentarios que incidentalmente hice anteayer referentes a Atila y sus ejércitos. El libro que usted desea no existe, pues lo que tan amablemente llama en su carta, preciosa demostración, son deducciones personales que he obtenido tratando de depurar la crónica viciada por la fábula y la leyenda, sobre todo lo referente a la acción y la idiosincrasia de los grandes conductores de pueblos.

Expresé a usted que el método de hacer la guerra destruyendo las poblaciones y dando muerte a los no combatientes, para imponer la dominación por el terror, no podía decirse que fuera característica de los Hunos, sino la forma habitual de conducirla en la mayoría de los pueblos de la edad antigua y media. Afirmé que Atila no fué un bárbaro primitivo como el concepto general lo supone, sino un audaz conquistador, tan profundo en el consejo como rápido en la ejecución, que hizo más amenudo uso de la astucia que de la fuerza, y no fué inhumano en todo momento por impulso instintivo, sino cuando pudo suponer que así convenía a sus intereses políticos. Antes de dominar a los pueblos germánicos, en sus largas relaciones con el Imperio de Oriente, — unas veces su general y otras su enemigo, — mostróse según

las circunstancias, cruel o magnánimo, y recién mereció el apodo de "Azote de Dios", que él aceptó complacido y explotó hábilmente, cuando invadió las Galias, llevando como "vanguardia" de su ejército a los germanos. Puesto que del recuerdo de esa invasión ha nacido el concepto que de Atila y los Hunos tienen los occidentales, deducía que él debiera corresponderle en justicia a otro pueblo que en el siglo VI llamó Gregorio de Tour "raza de presa" (elogio repetido estos días por M. Deschanel) y que, culminando hoy en todos los progresos materiales, mantiene la idolatría de la fuerza sobre el culto latino del derecho.

De la personalidad de Atila se ha pretendido hacer un mito, transformándolo en el símbolo de la más baja barbarie y de la más intensa crueldad que asombraron los siglos; esto está en absoluta oposición con el relato de los que lo conocieron y los hechos culminantes de su vida. Y lo curioso es el método empleado para explicar la contradicción que así resulta. Veamos un caso.

El emperador de los Hunos destruyó muchas ciudades, pero también llegó con sus huestes triunfantes a las puertas de otras más importantes y pudiendo penetrar en ellas, contuvo su ejército, contentándose con las súplicas o recogiendo tributo. Este hecho lo han aprovechado los escritores de tendencia religiosa para presentar como evidente el milagro de San Lupo en Troyes, Santa Genoveva en París, San León en Roma y en Constantinopla, también la intervención divina, por un terremoto oportuno. Considerando a Atila un ser moralmente monstruoso, esos escritores son lógicos, pues no puede explicarse por causas naturales, que un hombre fiera y embria-

gado por el triunfo, asumiera una actitud de respeto a las metrópolis, emporios de las riquezas y de los placeres, que ya habían sido y serían otras veces ultrajadas por los conquistadores. No creo igualmente lógicos a los escritores liberales, que piensan fué Atila la más completa encarnación de la barbarie, pues caen entonces dentro de los términos de un dilema forzoso; el monstruo domado por el discurso, exige el Santo y el milagro. Por eso pienso que ese respeto de Atila por las capitales famosas, radicaba en cualidades no vulgares de su espíritu; sin duda las que hicieron que Aetio, tan tenaz en combatirlo en los campos de batalla, le confiara, como padre, la educación de su hijo Carpilión.

Pasemos a otro punto. Por la narración de escritores de esa época, se conoce la composición del ejército derrotado en los campos Cataláunicos, y desde el Rhin a Orleans se saben cada una de sus jornadas y de sus hechos. Si no le puedo ofrecer un texto que diga precisamente que en el saqueo de Metz y de Reims, intervinieron "solo" los germanos, le afirmo, sí, que nada he inventado al decirle que estos guerreros formaban la "vanguardia" del ejército de Atila, cuando penetró en la Galias a sangre y fuego; me parece, por otra parte, que esto es de fácil demostración.

Si algún soberano pudo llamarse con propiedad "Rey de reyes", fué Atila, cuyo vastísimo imperio lo constituyó por el sometimiento de multitud de naciones que aceptando la soberanía personal del conquistador, conservaron su autonomía, siendo sus huestes comandadas por sus caudillos al formar el ejército imperial; así los dos consejeros y capitanes más íntimos de Atila, eran Ardarico, rey de los Ostrogodos, y Valamir, rey de los Gépidos.

Atila, al decir de los contemporáneos, preparó para invadir las Galias un ejército semejante al que Jerges arrojó sobre la Grecia, y él se puso en marcha, desde la Pannonia. Si entre el sitio de su partida y el Rhin, límite de su imperio y principio de las Galias, estaba el vasto territorio ocupado por las naciones germánicas, cuyos jefes eran sus principales tenientes, es forzoso suponer que éstos avanzaron primero sobre la frontera y asolaron las tierras y ciudades por ellos conocidas y codiciadas. Para no ser así, tendría que haberse realizado el absurdo de hacer pasar los teutones y los eslavos a través de las tierras de los germanos y, dejando a éstos en sus tiendas, lanzarlos a la pelea sobre regiones de ellos absolutamente desconocidas. Confirma la interpretación racional el hecho de que una vez concentrado el ejército de Atila sobre el mar, sus pillajes cesaron totalmente hasta Orleans, avance extremo de la expedición.

Para dar fin a esta carta, que no quiero alargar, en el deseo de que sea amablemente leída, le confirmaré lo que usted expresa en *"El Diario"* de fecha 11 de Mayo, de que, en la vida de Atila no hay hecho alguno sobre el que no varíe en forma fundamental el criterio histórico. Solo se sabe positivamente que Atila falleció en el momento de celebrar sus bodas con la joven Ildegunda. Pues bien, veamos el comentario: Usted, transcribiendo, dice: " Muere en su lecho de bodas degollado por una Judith " germánica. Su ejército aulla alrededor de su tienda fú- " nebre como un montón de perros de caza al lado del " cuerpo del cazador que los excitaba." Yo, transcribiendo, podría decir: " En medio de las fiestas con que cele- " braba su último casamiento, le sorprendió la muerte

" acaso por el efecto de la alegría, y sus guerreros canta-
" ron alrededor de su cadáver. Este es Atila, rey de los
" hunos, hijo de Mundzuck, señor de bravísima gente,
" que con inaudito poder, poseyó la Escitia y la Germania
" y aterró a ambos imperios romanos, de modo que por
" no entregar toda la presa, le obligaron con súplicas y le
" ofrecieron un tributo anual. Dió feliz término a sus
" empresas y murió, no de herida enemiga, ni por trai-
" ción de los suyos, sino en medio del placer y sin sentir
" dolor."

Acepte que al despedirme le repita por escrito lo que le expresé de palabra. Tiene usted en altísimo grado la cualidad que en el ciudadano es más honrosa y útil: el valor moral.

Muy afectuosamente.—Enrique S. Pérez."

Como se ve, se trata de una página histórica de muy buen estilo sobre un tema revolucionario de la literatura clásica acerca de Atila, que endosa, con razón aparente, a los germanos la fama de crueldades devastadoras del terrible invasor y de sus famosos hunos.

Mas, para mi paralelo histórico de ambos pueblos y jefes célebres, o de la herencia de barbarie roja llegada hasta los modernos alemanes con perfección científica, la crítica del doctor Pérez no cambia la desastrosa realidad que contempla el mundo consternado en nuestra época: la fuerza y el terror glorificados; la justicia, la libertad, el sentimiento, el derecho y la cultura, pisoteados por la insolencia pretoriana; la civilización en peligro!

Esto es lo grave, importando poco saber si los germanos fueron maestros, discípulos o herederos de los hu-

nos; son ejercicios de dialéctica, que llegan a la misma espantosa realidad:

"Delenda Prusia militar", escribe un publicista francés...

1.° Abril 1915.

XXIX

¡Italia a las armas!

Causas respetables que la impulsan

Italia se mueve en armas a impulsos nobles de justicia, de libertad, de independencia, de nacionalidad y de civilización. En otro artículo he demostrado lo absurdo que representaba para ella y para sus destinos en el continente, la triple alianza con los imperios centrales, haciéndola figurar como aliada de Austria, que detentaba despóticamente provincias italianas, adquiridas por la rapiña y conservadas valiéndose de mil vejaciones, como para mantener vivo el recuerdo doloroso de la tiranía austriaca en el lombardo-veneto. Esta combinación internacional fué una trama hábil urdida por Bismarck, como una necesidad del porvenir amenazador que creaba el terrible interrogante del despojo a Francia de la Alsacia y de la Lorena; y el genio malo teutón, a la sombra de errores diplomáticos de la república, supo utilizar recelos y desconfianzas de Humberto y de Crispi, halagándolos con el rango de primera potencia, y con fáciles conquistas del norte africano, sacrificando los vitales intereses de Italia hacia el Austria y en Oriente.

Si bien los años de paz armada que ha deparado la triple alianza, permitieron a Italia consolidar y robustecer grandemente la nacionalidad con Roma por capital, en todos los órdenes, como progreso interno y vigor internacional, para las artes de la paz y para las eventualidades de la guerra,—la verdad es que nunca hizo olvidar, ni siquiera amortiguar, la causa común de las provincias italianas irredentas, sometidas por Austria a las más duras condiciones de una conquista militar, con el sistema peculiar austro-germano, del pretorianismo brutal, apoyado en los consejos de guerra y en la horca. De las infortunadas provincias irredentas, no partían sino gemidos y lamentos cada vez que afirmaban cualquier manifestación de solidaridad italiana, surgida de la raza, de las tradiciones y de la lengua común. El Austria, dura y vengativa, no encontraba más que violencias y crueldades como resortes de gobierno, manteniendo siempre irritadas las causas de malestar y de la anhelada independencia, negando autonomía municipal, universidades y gobierno propio, como el uso oficial del idioma del Dante. La triple alianza representaba, pues, una farsa desleal de Austria, y una sangrienta ironía para las provincias irredentas, que no compensaba la figuración política al nivel del imperio alemán, que podría eclipsar la influencia latina de Francia en el mundo, según cálculos pérfidos y halagadores.

Neutralidad y ruptura de la triple

Provocado el "casus bellis" por los imperios germánicos, en perfecta y premeditada inteligencia, primero, el

ultimatum intolerable de Austria a Servia (conocido de antemano por Guillermo II y aprobado, con absoluta prescindencia de la aliada, Italia),—luego las porfiadas negativas de Alemania a todos los temperamentos diplomáticos razonables propuestos por Inglaterra para conjurar el estallido preparado; la polémica telegráfica del kaiser con el zar de Rusia y con Jorge V, que fué agriando a designio para llegar al rompimiento; la exigencia impropia contra la movilización moscovita, solo en previsión de la guerra austro-servia; la insensatez de los *ultimatums* provocadores y depresivos de Guillermo II, a Rusia, a Francia, a Bélgica y a Inglaterra, rompiendo la templanza y la justicia de las iniciativas pacíficas de lord Grey; la iniquidad sin nombre de la invasión a Bélgica, que estaba obligada a defender, con ejércitos que arrasaban a cañonazos aldeas y plazas fuertes de esa nación pacífica, para atacar a traición un flanco de Francia, supuesto sin defensa, la serie de declaraciones de guerra a tres potencias con las cuales no tenía Alemania ningún incidente en tramitación; todos estos graves antecedentes de la conflagración europea, caracterizaban la exclusión de Italia en el conflicto colosal, o sea la neutralidad, pues la triple alianza era exclusivamente defensiva, no para guerras de conquistas, de aventuras, provocadas.

Inmediatamente de producido el conflicto armado, Italia proclamó su neutralidad, pues no existía el "casus foederis" del tratado de alianza; y, aun cuando los imperios centrales pretendieron que acudiera en su ayuda, reproduciendo los argumentos del lobo con el cordero de Serbia, Italia se atuvo a su derecho extricto, conservando muy buenas relaciones diplomáticas con todos los

países en guerra, sin que Alemania ni Austria afearan en forma alguna su derecho a permanecer neutral, ni tampoco a inculparle parcialidades a favor de sus enemigos, ni menos los preparativos de su ejército y de su armada y de todos los servicios auxiliares, para las exigencias imprescindibles de su nacionalidad, en el momento que juzgara oportuno, solamente Italia. Así han transcurrido los primeros ocho o nueve largos meses de la guerra, hasta que se iniciaron gestiones diplomáticas en Roma y en Viena, para afirmar esa neutralidad, con modificaciones geográficas de la frontera, que satisficieran las exigencias irredentistas, siempre latentes en Italia, y a la zazón más apremiantes que nunca.

En un incidente parlamentario sobre estas materias, (en plena sesión histórica), el hombre de más volumen y prestigio político de Italia, Juan Giolitti, que por su larga y prominente actuación estaba en todos los secretos de Estado, desenmascaró valientemente a los imperios centrales, que con todo cinismo pretendían engañar al mundo entero sobre una criminal e intolerable "provocación" de Serbia a Austria, lo cual había impuesto al imperio de los Habsburgos, como una necesidad de vida y de moral, el iracundo *ultimatum,* primero, y luego, la guerra "defensiva", punitoria y de dominación inevitable para la existencia nacional de Austria. Pues bien, el señor Giolitti, con soberana valentía, puso en transparencia esta infame comedia germana, revelando que desde 1913 fué plan madurado de los imperios centrales, la conquista de Serbia, sin el menor pretexto; y que si no se llevó a la práctica, fué por haberse opuesto enérgicamente Italia, en razón de la iniquidad de la conquista proyectada, y

por obligaciones de este reino para amparar a la pequeña nación eslava.

Este rasgo de entereza y de valor moral de Giolitti, fué como una lápida para el prestigio internacional de Alemania y de Austria, en la comedia de presentarse como países agredidos; y por ello se explica, que al desatar la terrible conflagración bélica sobre el mundo, ni siquiera consultaran a Italia, su aliada. No era solo menosprecio de la soberbia alemana, sino el temor de una rotunda oposición italiana, aun cuando la provocación a Serbia, no produjera el "casus foederis", que lo pretendieron a pesar de ello. Pero conviene recordar este incidente diplomático precioso, para apreciar la moralidad de la causa de los imperios germánicos, y como acto de merecida justicia a Giolitti, en medio de su derrumbe político, por haberse empecinado en conseguir en gestiones diplomáticas con von Bülow, Metternich y Cía., lo que solamente la virilidad italiana debía conseguir en los campos de batalla.

El plan de obtener Italia las provincias irredentas y oprimidas torpemente por Austria, en arreglos pacíficos, —se tramitó largo y tendido, sirviendo de alta influencia mediadora el embajador más prestigioso de Alemania y a nombre de su poderoso señor; pero todas las fórmulas de cesión inmediata de aquellos territorios, escollaron ante la resistencia de Austria, ofreciendo solamente promesas y garantías de "tratados" (tiras de papel), para cumplirlos con el mismo "honor" de la neutralidad y amparo de Bélgica. Se explica muy bien que Italia rechazara semejante superchería: eran promesas de tahures!

Esta negociación diplomática, que durante meses avivó

la impaciencia del mundo interesado en la formidable conflagración, se ha prestado a juicios equívocos respecto de Italia; y tanto Francisco José como el canciller Bettman Hollweg, han coincidido en arrojar la peor infamia sobre Italia, incriminándole exigencias traicioneras y desleales, mientras sus ex aliadas estaban comprometidas en una guerra colosal. Para ellos la declaración de guerra contra Austria, constituye una felonía sin nombre, "sin precedentes históricos", dice el emperador de Austria. Examinado el caso a la luz de la verdad, de la razón y del derecho, Italia no merece tan sangrientos reproches, y su actuación se justifica plenamente.

En primer lugar, procedía con prudencia y corrección diplomática, al pretender reconquistar en oportunidad, amistosamente, sus provincias irredentas, detentadas con toda dureza por Austria; entre un arreglo pacífico para redondear su nacionalidad, y todos los sacrificios y horrores que comporta una guerra problemática para obtener lo mismo, no había que vacilar; y por ello agotó la paciencia y las fórmulas decorosas, sin conseguir nada concreto y serio. Ese plan diplomático consultaba las conveniencias y las aspiraciones de Italia; y no debía temer del porvenir si llegaba a un arreglo satisfactorio; pues para los aliados sería siempre respetable su neutralidad con el debilitamiento que produciría en Austria la pérdida de provincias importantes; mientras que para el caso, poco menos que imposible del triunfo de Alemania, no quedaría para emprender nuevas guerras; y si sucedía lo contrario, Italia se expondría a ese evento, en cambio de muchos bienes presentes. Al fin, es una potencia de primer orden para medirse con cualquier otra.

En segundo lugar, si fracasaba la negociación diplomática, habría agotado los recursos pacíficos con sus ex aliadas, y ya tendría completos sus aprestos militares, para hacer una entrada airosa en la terrible contienda; no para pegar por la espalda o de costado, como pretendía hacer Alemania con Francia, sino para denunciar formalmente la triple, y, vuelta a su plena independencia,—prosiguiendo su consolidación nacional, sus reivindicaciones territoriales,—declarar gallardamente la guerra al imperio tiránico de Austria, — y arremeter con valor heroico contra la frontera erizada de fortalezas, que se creían inexpugnables, y desplegar dominadoras sus escuadras de combate en el mar Adriático, confinando al bloqueo de Pola y de Fiume, la armada imperial.

Como se ve, la actuación de Italia resulta irreprochable; y los sangrientos desahogos del emperador de Austria y del canciller alemán, no mancillan su honor, ni su moralidad, ni su altivez. Irritados ante el formidable contendor que se agrega a la alianza, para castigar los grandes crímenes germanos, han perdido toda ponderación, y profieren los espumarajos y las calumnias de los degenerados empedernidos, contra la Corte de Justicia que los manda al patíbulo o a la ergástula. El Austria, siempre tiránica, hasta en el tratamiento internacional, se muestra digna de los apóstrofes de Gladstone; "es la negación de toda civilización", y del católico de Maistre, "es la enemiga del género humano"!

El silencio del estrepitoso fulminador de *ultimatums* como el no haber declarado la guerra Alemania ni el sultán a la Italia beligerante, parece responder a líos diplomáticos en los balkanes; pero pronto se definirán estos

puntos oscuros, cuanto choquen los soldados del kaiser contra los ejércitos de Italia, o sea atacada la colonia de Trípoli. El formidable Guillermo II suele ocultar sus garras felinas para el zarpazo directo o prematuro, y manda el anatema con el canciller, o el golpe mortífero con algún von Kluck o von Hindenburg. Pero los italianos están prevenidos, y no los asustarán los fantasmas de la "Tabla-Redonda", ni los granaderos de Pomerania, ni los lanceros de la muerte...

Otros móviles de la beligerancia italiana

La cínica violación de los deberes diplomáticos que le imponían tratados solemnes al imperio alemán sobre neutralidad y amparo de Bélgica, como el vandalismo brutal de la invasión teutona a ese admirable, culto y pacífico país de Europa, tan excepcionalmente protegido por el concierto de las grandes potencias,—produjeron la más intensa, alarmante y antipática emoción en toda Italia, sensible a todo atropello atentatorio contra la independencia, seguridad y soberanía de cualquier país amigo, sintiéndose en todas las ciudades italianas, en su prensa y en sus centros de cultura, estremecimientos de protesta y de horror contra los crímenes públicos perpetrados por los alemanes contra los belgas y contra los franceses, que se manifestaban por matanzas de no combatientes, ancianos, mujeres y niños; por ultrajes infames a las damas; por saqueos generales, incendios, cañoneos de monumentos, bibliotecas y catedrales famosas; y por múltiples violaciones de las leyes de la guerra. Oradores elo-

cuentes de Italia, de Bélgica y de Francia, mantenían viva la aversión del pueblo a semejantes iniquidades, y se despertaba vigorosa la antipatía y hasta el odio contra los hordas teutónicas invasoras. Italia siempre ha sido el país europeo más sensible a las desgracias públicas del extranjero, sobre todo cuando provienen del despotismo o de una guerra injusta. País esencialmente artístico, humanitario, jurídico y varonil para proclamar su voluntad, debía conmoverse hondamente, al ver naufragar la fe de los tratados y todo el derecho de la guerra, irguiéndose con insolencia el salteo internacional, y el vandalaje desenfrenado, como divisas de guerra de su aliado el Imperio Alemán. Las iniquidades de la guerra fueron gradualmente y en proporción a su intensidad, convirtiendo la opinión pública de Italia en favor de los aliados, víctimas de los atentados germanos, en el Norte de Europa, en Serbia y en Polonia.

Entre los agitadores de esta prevención humanitaria y principista de Italia, que mantenía viva la prensa más prestigiosa y culta, se destacaban diplomáticos y hombres de letras franceses, el novelista belga Maeterlink, y, sobre todos ellos, Gabriel d'Annunzio, que coronó su propaganda nacionalista incendiaria de la guerra contra *Austria*, con su monumental discurso "di Quarto", y con arengas frenéticas en Roma, arrebatando multitudes enormes en favor de la guerra y para anonadar a los políticos germanistas o pacifistas como Giolitti.

El monstruoso crimen alemán del hundimiento del "Lusitania", con dos mil pasajeros no combatientes (ancianos, mujeres y niños), por ataque alevoso de un torpedero, sin ninguna intimación previa, ni el menor auxilio

a los náufragos desesperados, — sublevó protestas de indignación en el mundo y en toda Italia; y el partido de la guerra, en pro de la nacionalidad y para castigar estos atentados de lesa humanidad contra países amigos,—se convirtió en mayoría abrumadora y agresiva, reduciéndose a insignificancias los restos de socialistas y clericales extraviados, favorables a la causa teutona. Es justo mencionar como una característica simpática de este hermoso movimiento de opinión italiana, que la juventud de todas las ciudades, iba a la vanguardia de todas las manifestaciones, tal como sucedía en las cruzadas legendarias de Garibaldi.

Conmovida profundamente la opinión pública de Italia por tan nobles causas, — por la humanidad, por el derecho, por la libertad y por la civilización de Europa, — puestos en peligro por la guerra vandálica del predominio mundial germano; orientado el pueblo categóricamente hacia la guerra por tales causas y para completar las aspiraciones nacionales respecto de las provincias irredentas, — el discreto monarca sometió el problema magno, en que se jugaban su corona y los destinos nacionales, a la sanción del parlamento; y este alto cuerpo del Estado, en sesiones históricas, donde resonó con soberana elocuencia la palabra de Salandra, fiel a la voluntad del pueblo y a la confianza del rey Víctor Manuel III, sancionó por mayoría abrumadora la facultad de declarar la guerra como exigencia nacional, votando además en seguida todas las leyes necesarias al estado marcial. El pueblo en "meetings" colosales de todas las ciudades de la península, aclamó la virilidad de los poderes públicos, y se precipitó a los cuarteles, a los campos de concentra-

ción, a la frontera con Austria, con entusiasmo hermoso y frenético.

De perfecto acuerdo al derecho de gentes, Italia declaró la guerra a su tradicional enemiga, al Austria despótica y opresora de los Hasburgos; y allá van las falanges italianas, las legiones milenarias de sus guerreros que tantas veces partieron de Roma hacia todos los puntos del horizonte, llevando la cultura, el derecho y la fuerza disciplinada, para alcanzar la victoria, para ampliar sus fronteras y consolidar la libertad y la civilización! En su avance arrogante, no busca los flancos débiles, sino que arremete de frente, tomando a cañonazos y por asalto las fortalezas enemigas.

Va dominando militarmente el Trentino y la zona de Trieste; respeta todas las leyes de la guerra; las poblaciones reciben a las tropas italianas como a sus libertadores; y éstas les proporcionan alimentos y proveen inmediatamente al buen gobierno provisorio de los vecindarios. ¡Compárese esta manera de hacer la guerra, con las tropelías sin cuento y sin nombre de los austro-turcos-alemanes! ¡Con el vandalaje de sus "razzias"!

Nada más honroso para Italia, que las manifestaciones simpáticas y los discursos elocuentes de las grandes ciudades, de los primeros oradores y de los poderes públicos de los países de la alianza, celebrando el ingreso bélico del pueblo de Garibaldi. Nada más hermoso que el movimiento de solidaridad universal con la madre patria en peligro, que se observa en todos los italianos dispersos por el mundo, rivalizando en virilidad y diligencia, para acudir a las líneas de fuego contra la barbarie germánica que pretende sojuzgar a todos los pueblos. Nada

más correcto y oportuno que la entrada en guerra de Italia, — no al reparto del banquete después del triunfo, — sino en lo más recio del peligro, cuando los rusos han sufrido grandes reveses, cuando los turcos dificultan rabiosamente la toma de los Dardanelos y de Constantinopla, cuando los franceses, belgas y británicos, no consiguen todavía romper las líneas atrincheradas de los alemanes, cuando el bloqueo no produce aun la sumisión esperada, cuando las escuadras adversas están reconcentradas e intactas, cuando los submarinos enemigos causan impunemente víctimas y destrozos casi todos los días, cuando los zeppelines repiten sus raids audaces, casi cada semena, cuando los tres imperios centrales se muestran fuertes y soberbios para la guerra: Italia afronta esa guerra con valor, entre los mayores peligros!

Nada más bello y ejemplar que el patriotismo y la virilidad de Italia, que anima al pueblo, empuja sus ejércitos y sus escuadras a los combates heroicos, prodigándose imprudentemente su amado monarca en los peligros de la vanguardia, entre las aclamaciones de sus compañeros de armas, el respeto del enemigo y la admiración de los extranjeros.

¡Tal es la gallarda actuación belicosa de Italia, prosiguiendo los rumbos luminosos, aun entre peligros, abismos y escollos, que le trazaron sus varones ilustres y el sedimento de los siglos, donde descuellan Dante, Leonardo, Colón, Cavour, Mazzini, Garibaldi, Víctor Manuel II y tantos héroes civiles y militares de la causa de la emancipación nacional!

¡Cuán distante del rol odioso que le asigna la difamación austriaca y alemana, presentándola como una

nación logrera, que ha estado en subasta pública, para quien le daba más! La Argentina, que fué siempre buena amiga de Italia, cuya cuarta población es de origen italiano, que contó con ella en la buena como en la mala fortuna, que Garibaldi, su héroe legendario luchó por nuestra libertad, dando su nombre a un acorazado nuestro, y ostentando su estatua en una plaza argentina, como Mazzini, — siente ahora que otras vinculaciones poderosas, inclinan también sus simpatías por la causa de los aliados, donde están sus grandes y viejas amigas Francia, Inglaterra, Bélgica y Rusia.

La causa del derecho, de la humanidad, de la paz y de la civilización, que combate al pretorianismo mundial, cuenta con un colaborador de empujes marciales de primera magnitud, que asegura la victoria definitiva.

¡Viva Italia!

18 de Junio de 1915.

XXX

Balance de la guerra

Situación de los beligerantes

Llegamos al primer año de la contienda bélica más vasta y mortífera que registra la historia; y, a pesar de las batallas terrestres y de los combates navales parciales, no obstante las hostilidades aéreas y submarinas, que por primera vez ocupan capítulos de significación — todavía no se entrevé cercana la paz anhelada, pues los beligerantes mantienen con vigor sus respectivas posiciones, con alternativas equivalentes en las grandes líneas de combates.

Los efectos del bloqueo de los Aliados contra Alemania y Austria, no se hacen sentir aún con los estragos o trastornos que se calculaban, ya por la propia vitalidad de esos imperios y buenas cosechas obtenidas, ya porque los países escandinavos y los balcánicos se prestan al fraude de importaciones de sustancias alimenticias, y con fines de guerra para las naciones germánicas. Habrá que esperar más tiempo y controlar ese comercio de contrabando, a la espera de la presión económica, que ejercerá influencia decisiva en los países sitiados.

El ingreso de Italia a la guerra, no obstante lo afortunado de su plan ofensivo en comarca montañosa y fortificada con defensas formidables — todavía no permite apreciar debidamente la influencia de su concurso en la guerra general contra los tres imperios centrales; y la misma actitud ambigua respecto de Alemania y de Turquía, con quien conserva relaciones diplomáticas aun, — reduce su actuación a la zona irredenta, sin la presión que se esperaba en el Oriente, y hasta por el lado de Alsacia, para alguna tentativa seria de cortar las líneas alemanas, para interrumpir los aprovisionamientos a los ejércitos de Francia y Bélgica.

Mientras tanto, la abstención de Grecia y de Rumania, cuyo pronunciamiento se descontaba a favor de la alianza después del triunfo electoral de Venizelos y del pronunciamiento de Italia, — han permitido mantener la resistencia turca en los Dardanelos, con pequeñas variantes, y un avance, si no completamente victorioso de los austroalemanes contra los rusos en la Galitzia y en Polonia, al menos arrollador de los ejércitos del Zar, con la toma de plazas fuertes, multitud de prisioneros y armamentos. Resulta difícil conocer la verdad completa de esos decantados triunfos, por las exageraciones y mentiras de los germanos, por sistema y para efecto calculado en Grecia y los Balkanes; a la vez que debemos recordar la táctica tradicional de los rusos en su enorme territorio con clima extremo, sobre todo cuando la retirada se practica con sus grandes ejércitos hechos, sin que hayan sufrido ningún descalabro en grandes batallas decisivas, pues los combates son parciales, donde sufren y dan golpes considerables. Los austroalemanes reconcentraron

enormes tropas contra los rusos, cuatro o cinco millones de soldados, con sus desbordantes parques y víveres, que parecen inagotables — sin duda con el triple propósito de batir a los rusos; de impedir el pronunciamiento adverso de Grecia y de Rumania, y, muy principalmente, para quebrantar a los ejércitos moscovitas más al nordeste de Varsovia, y transportar luego sus ejércitos victoriosos a occidente, para tentar nuevos ataques formidables con rumbos a Calais y a París — objetivos trascendentales de Guillermo II, y también contra Italia.

Esta situación algo ambigua de Italia frente a Turquía y a Alemania, como la indecisión de Grecia y Rumania, se encuentran algo complicadas con intereses encontrados de Serbia, y de la misma Grecia, respecto de las aspiraciones italianas sobre Durazzo y las islas del mar Egeo — dificultades contenidas o aplazadas por Rusia y los aliados. Pero el hecho es que no se ha producido una ofensiva vigorosa y oportuna de esos países y de los aliados, contra Turquía y contra Austria, cuya inacción ha permitido el avance formidable austro-alemán contra los ejércitos rusos, temiéndose graves consecuencias si los derrotaran completamente.

¡Las municiones!

En los países aliados se ha sentido durante los últimos meses una crisis acentuada de municiones de guerra, atribuyéndose a su escasez los fracasos de los rusos, algunos reveses e inacción de los británicos, y quizás debilidad en los ataques franceses. Ha sido tan grave y

apremiante esta crisis, que ha conmovido la opinión pública y los parlamentos de Londres, París y Petrograd, imprimiéndose una reacción nacional vigorosa, y hasta creado ministerios especiales de municiones (cosa nunca vista), apurando todos los esfuerzos para producir municiones de fusiles y de cañones en las cantidades fabulosas que consumen las armas de repetición y de tiro rápido, especialmente para artillería, que juega rol importantísimo en esta guerra. Parece dominada esta crisis extrema, más sentida en Rusia que en las demás naciones, por tener menos fábricas, y por haberse interrumpido el envío de municiones del Japón, cuando este país aliado temía guerra con China. Es de esperar que ahora se adopten providencias muy eficaces para remediar esta gravísima deficiencia, que ha producido perjuicios considerables.

Llama la atención que mientras han sufrido los aliados esa crisis tan delicada de falta de municiones y de armamentos terrestres, — Alemania, Austria y Turquía hayan seguido derrochando municiones sin limitación alguna en todos sus combates, provocados o recibidos en todos sus frentes de batallas. De seguro que es Alemania, con sus fábricas inmensas y múltiples, con sus stoks enormes y previsores de artículos de guerra, con su personal ilimitado, práctico y bajo disciplina militar, que provee en cantidades desbordantes a todas las exigencias de la guerra. Es sabido que este imperio proveía al mundo entero de armamentos y municiones, con fábricas, capitales y personal técnico, a la vez que con obreros especialistas en centenares de miles, para atender pedidos enormes del extranjero, proveyendo antes al propio imperio alemán, y esto le permitía mantener una capacidad

productiva fabulosa de esos artículos, como no tenía ningún otro país, pues casi todos acudían a Alemania, con excepción de Francia y de Inglaterra que tenía ejército reducido y fábricas idem. Era tan grande la demanda de artículos de guerra que hacían las demás naciones al imperio alemán, según me lo ha referido un general que inspeccionaba nuestros pedidos de fusiles y cañones, al mismo país, que un día le dijo el gerente de la casa Krupp: "Hoy hemos firmado contrato para fabricar "cuatro mil cañones", que nos encarga Rusia." Y todos esos pedidos de armamentos, que se repetían para Brasil, Chile, Méjico, Argentina, Turquía, Bélgica, etc., requerían enormes cantidades de municiones de guerra. Alemania, dispone, pues, de finanzas, fábricas, materias primas y personal, en vastas proporciones para producir armas y municiones, bajo la más severa disciplina militar, así como de enormes provisiones, para su premeditado plan de guerra contra el mundo.

A pesar de todo ello, como su dominación pretoriana universal es una terrible demencia, el mundo civilizado ha de concluir por infligirle completa derrota, año más año menos, aun a costa de toda la sangre y del oro que reclame el escarmiento estupendo del criminal atentado. Pero hay que hacer todavía esfuerzos muy grandes, y tal vez prolongados, si no cambia pronto la ofensiva oriental de los aliados, con los colaboradores esperados; y si Estados Unidos no echa al platillo de la balanza del mundo, donde están los aliados y la civilización civil que representan, su espada filosa y brillante, como también su influencia económica y poderosa en América.

Veamos rápidamente la situación de los países beligerantes al año de guerra.

La Gran Bretaña, tenaz

No obstante ser un país esencialmente civil, entregado a las industrias y a su cultura, con vigorosos fragmentos en todos los continentes, ha ejercido un rol de primera fila en todas las guerras mundiales, en especial, sobre los mares, donde mantiene liberal e incuestionable supremacía. Pero ahora, necesita también luchar con grandes ejércitos improvisados, en el Continente, para quebrantar las huestes germánicas, formidables, con millones y millones de combatientes; más aun, tiene Albión que proveer varios millones de soldados, para no ser batida la línea occidental de los aliados, y tener que habérselas con los ejércitos del kaiser amontonados sobre Calais, con escuadras de submarinos y flotas de zeppelines, en tren de invadir a la misma Inglaterra, a pesar de sus escuadras.

Verdad que la Gran Bretaña hace sacrificios pecuniarios colosales; que sus escuadras dominan los mares contra escuadras adversas a nivel, resultando, sino impotente, débil e ineficaz contra la guerra de submarinos; y no muy fuerte contra zeppelines; es cierto que conserva en las líneas de fuego medio millón de combatientes, de todo su vasto imperio, que pelean como leones, bien instruídos y conmandados a la perfección; también es verdad que su plan de bloqueo será eficaz, como lo es el concurso financiero a los aliados; pero resulta que todo ello es incompleto, insuficiente y de peligrosa conservación.

Militarmente, Alemania y Francia, habrán llegado a su máximum del llamamiento de las clases de combatien-

tes; pero Inglaterra, presenta muy pocos ejércitos para su población; y, hoy por hoy, la guerra aguda y galopante, es continental, de grandes ejércitos, cueste lo que cueste, desde que Alemania y Austria juegan la existencia de sus castas pretorianas con doce o quince millones de soldados, finanzas, armas y municiones a discreción, para obtener su predominio mundial.

Si Inglaterra no quiere ver prolongarse por varios años esta guerra tan enormemente cara, o aun en peligro de batallas en sus propias islas, tiene que aportar uno o dos millones más de soldados al Continente, y lo más pronto posible, ante la inminencia de la reconcentración occidental alemana, si destrozara los ejércitos rusos. Con el mismo propósito defensivo urgente, debería requerir la presencia en las líneas orientales, al lado de los rusos, siquiera de medio millón de japoneses, que podrían prestar un concurso inestimable, por su valor, su potencia y disciplina; y hasta requerir auxilio análogo de Italia en Alsacia.

Aun cuando los sacrificios de Inglaterra sean enormes en esta conflagración, donde aparece la más amenazada, puede asegurarse que mientras quede algo eficaz por hacer, no se ha hecho nada, mientras que se ciernan sobre el mundo civilizado los mayores peligros. Con servicio obligatorio o con voluntariado fulminante, hay que abrumar a los alemanes en Occidente, con millones de guerreros; y éstos sólo pueden acrecentar las líneas de Albión y de Italia. Inglaterra debe mostrarse a la altura de las formidables exigencias de la guerra mundial provocada por Alemania, la más vasta, grave y amenazadora de la historia.

Francia, decidida y vigorosa

La República Francesa, se bate admirablemente, por mar y por tierra, llevando al máximum de intensidad su ejército, su escuadra, sus finanzas y su espíritu resuelto, disciplinado y firmísimo, que se le observa uniforme desde las ínfimas clases populares hasta el parlamento, la academia, su élite dirigente; la multitud, el misticismo católico, la república laica, las colonias más lejanas, hasta el resplandeciente París, de sus grandes hombres, de Voltaire, de Bossuet, de Bonaparte, de Mirabeau, de Laffayette, de Poincaré y de Joffre, toda se exhibe soberbia y magnífica, frente al diluvio germano, explosivo y asfixiante, que viene a dominarla: y los ejércitos republicanos, después de victorias gloriosas, mantienen a raya la barbarie universitaria invasora.

Pero ahí está plantado en las trincheras el terrible "statu quo"; y la sangre generosa ha corrido a raudales en defensa del país, como los mares han tragado varias naves de guerra, heridas en la sombra por los traicioneros submarinos, pues las escuadras enemigas no se muestran a nivel: ¡están embotelladas, sin haber presentado nunca combate!

La riqueza, la sangre, la diplomacia y el genio incomparable de proselitismo de Francia, todo concurre con sublimes abnegaciones, a combatir hasta la destrucción, la amenaza pretoriana mundial, de un imperio ensangrentado, inhumano, sin derecho, ni justicia, sin más principios que los que acuerde el predominio brutal de las armas.

Francia concurre con todas sus potencias a defender

la libertad, el derecho y la civilización, como su propia soberanía, y el principio de las nacionalidades.

Rusia, inmensa, invencible

El momento es adverso en apariencia para sus líneas de combate; pero hasta ahora solo se trata de retiradas metódicas, estratégicas, con sus grandes ejércitos y parques en salvo, sufriendo y alcanzando éxitos parciales, en la línea de guerra más larga que registra la historia. Las retiradas militares, las más de las veces, no implican derrotas; responden a un plan de dar batallas en lugar conveniente; a la espera de refuerzos, armas o municiones; a distanciar de sus aprovisionamientos al enemigo, e internarlo en clima y suelo que le resulten fatales; a la espera de otros factores bélicos, políticos y económicos, que aconsejan no comprometer inoportunamente, batallas generales decisivas, etc. Sobre estas razones, en el caso, y tratándose de Rusia, hay la idiosincrasia de memorables retiradas, mucho más eficaces que sangrientas victorias campales.

La superioridad del comando moscovita, el valor de sus tropas, los triunfos obtenidos y el orden admirable de la concentración de su línea enorme, — hacen sospechar que son muy prematuras las dianas de Berlín. Ya veremos en lo que para esa gigantesca retirada. También Joffre se retiraba después de fracasos parciales, y Napoleón y todos los genios de la guerra. Veremos...

Italia, impetuosa

Paso a paso, va triunfando hasta ahora en zona fortificada, que se la creía inexpugnable. Las provincias irredentas, aclaman los himnos y las banderas itálicas que coronan las rocas austriacas fortificadas, después de científico cañoneo irresistible desde las alturas de las águilas, y tras las cargas terribles a la bayoneta de las tropas memorables, partidas también desde Roma, que hoy se llaman alpinos, bersaglieris, infanterías, artilleros, ingenieros, estudiantes, garibaldinos, etc., y antes tan solo legiones!

Italia dominará pronto el Trento y Trieste, quedando en aptitud de marchar sobre Hungría o sobre Viena. Pero las exigencias de la guerra, en que se muestra admirablemente preparada, así como su programa de reivindicaciones y las exigencias diplomáticas, la impulsarán a extender sus hostilidades en Oriente y en la línea occidental. Fatalmente tendrá que combatir contra Alemania y contra Turquía, que tanto la han difamado.

Italia debe responder noblemente a la glorificación de su pronunciamiento bélico, que han hecho los parlamentos y gobiernos de París y de Londres, cuyos países concurrieron en primera línea a sus guerras de unidad y de liberación, a su gloriosa emancipación, de los sangrientos opresores. Al concurrir a la defensa de Francia y de Inglaterra, como del derecho, de la civilización y de las nacionalidades, — cancelaría dignamente con sus antiguas protectoras de la independencia italiana, la deuda

de honor, que solo se paga con el heroísmo y con la gloria de servicios nálogos.

No basta arreglar las cuentas con Austria...

Bélgica, la heroica

Ahí está, firme en toda la integridad de su valor indomable, aunque los teutones ocupen casi todo su territorio. Está dominada brutalmente, pero no vencida.

Su rey, Alberto el Grande, con doscientos mil soldados belgas, pisando aun tierra belga, y con sede real en una ciudad republicana, es ejemplo de carácter y de bravura, al mantener con firmeza admirable su línea de batalla, en combates diarios, sin que jamás puedan romperla, ni los ataques desesperados de la guardia imperial de Berlín.

La nación belga sufre todos los horrores de la dominación pretoriana, que hiere y humilla todo lo más noble y delicado: la juventud, los colegios de abogados, los centros sociales, el patriotismo, castigando como delito la defensa del país; en fin, hasta al anciano cardenal Mercier, que mantiene en sus firmes homilias, el recuerdo imperecedero de la altiva nacionalidad, comprimida con las botas de los bárbaros, después de haber consumado las mayores tropelías, los crímenes más odiosos.

Los imperios centrales

En Alemania se percibe alguna grieta en el socialismo, en favor de la paz y en contra de toda conquista

territorial; pero no hay que edificar ninguna esperanza seria de reacción en aquellas cabezas cuadradas, enloquecidas todavía con la perspectiva y con la avidez de la dominación universal: seguirá en su empresa temeraria y horrible de estrellarse contra el mundo civilizado, al estruendo de sus cañones, entre las asfixias de sus gases envenenados y los asesinatos de los submarinos.

En cuanto al Austria y a Turquía, sus destinos están escritos: ¡vencedoras o vencidas, serán despedazadas y repartidas! Se van agotando como oscuros satélites del kaiser alemán, que juega entre esos imperios, el papel del sol en el sistema planetario.

Los datos de este balance hacen presumir que los imperios centrales serán batidos dentro del segundo año de la guerra, provocada por el militarismo alemán y su kaiser, para conquistar el predominio del mundo.

La civilización defendida por la alianza, destrozará al casco prusiano, símbolo del despotismo militar.

28 de Junio de 1915.

XXXI

El caso de Max Nordau

Consecuencias del espionaje alemán

En carta reciente que me ha dirigido el ilustre y anciano publicista doctor Max Nordau, informa haberse visto obligado a emigrar de París, bajo amenaza de ser conducido a sitio de concentración de alemanes, con las circunstancias de severa vigilancia, secuestro de bienes y de su correspondencia postal, cumplidas con todo rigor. Desde Madrid y con bastante retardo, acusa recibo en términos elogiosos de mi libro *"Alemania contra el Mundo"*, espresándome la coincidencia de haber tratado él mismo a los beligerantes germanos actuales, bajo análisis comparativo con los espartanos y atenienses de hace más de dos mil años, tal como lo hice yo en algunos de los estudios publicados en dicho libro. Precisa que su trabajo, que será naturalmente interesantísimo, fué escrito y remitido a "La Nación", cuyo gran diario no dejará de publicarlo, después de haber consagrado, en el número del último domingo, tres amplias páginas con diez y ocho y media columnas a la propaganda militarista alemana.

El caso de persecución al señor Max Nordau, es notable y entristece por diversas razones. Desde luego, se trata de un pensador y publicista ilustre, de primera fila, que, aún siendo de origen germano, desde hace más de un cuarto de siglo, se había radicado en París, donde había constituído familia, con varios hijos parisienses, educados allí; estando él mismo vinculado a la literatura, publicistas y movimiento científico francés, con la más perfecta asimilación; pues su ingenio y espíritu crítico, fino, profundo, racionalistā y muy libreal, encuadra admirablemente con la literatura francesa, de Voltaire a Anatole France, de prestigio mundial. Tales son sus títulos de publicista, acreditados en libros, folletos, conferencias, correspondencias y polémicas, de resonancia, circulación y prestigio mundial, en muchos idiomas. Más aún, su estilo vigoroso, elocuente y burlón, casi siempre ha hecho blanco de sus sátiras, a los gobiernos medioevales y absolutistas de los imperios germánicas y de otras casas reinantes, — figurando siempre su pluma valiente, al servicio de las ideas más avanzadas, del progreso, de las buenas doctrinas y de la libertad de los pueblos. Cuando se ha ocupado de Francia, lo ha hecho con la mejor intención, criticando los desvíos de partidos y de los poderes públicos, con el amor bien entendido de los propios franceses, y siempre en favor de la república laica, culta y liberal: con todos los bríos y las consideraciones del noble país a que se había vinculado, fraternizando con la élite de sus intelectuales.

Al estallar el cataclismo bélico europeo, algún diario de París, parece que censuró la indiferencia del doctor Max Nordau, o su nacionalidad originaria germana; y el pu-

blicista protestó inmediatamente sus más estrechas vinculaciones con Francia, la patria de su celebridad y de todos sus hijos, sin que jamás hubiera dado derecho a nadie para que dudara de su leal sinceridad y adhesión a la república de sus afecciones. Pero... se ve por su carta, que no obstante su ancianidad, su figuración y los vínculos excepcionales que lo ligaban a su querido París, resulta víctima de rigurosas medidas de la defensa nacional, que se aplicarán con toda severidad contra todos los austroalemanes residentes en Francia, aun cuando hieran a inocentes ilustres, con sobrados títulos al respeto y consideración de la hospitalaria nación francesa.

Las persecuciones de que ha sido víctima este ilustre publicista en el país de Voltaire, que se hizo célebre en su patria también desde su emigración a Inglaterra, entristecen porque uno se imagina los perjuicios del embargo de bienes y la emigración en vejez avanzada, tal vez a comarca hostil, y con la conciencia de haber servido y defendido a Francia con la propaganda de toda su vida, en la bella lengua de Racine, a la vez que combatía a los imperios germanos (su patria) enemigos de la República. ¡Emigrado, viejo, pobre y cargado de familia, por sospechársele connivencias infamantes con los imperios germanos!

Resulta un colmo de cruel ironía, y una injusticia notoria con tan buen amigo de la Francia principista y liberal.

El espionaje alemán

Pero ¿merece crítica el gobierno francés por las medidas de previsión y de seguridad nacional adoptadas

contra todos los austro-alemanes que residían en Francia?

Dos días antes de recibir la carta abierta del doctor Max Nordau (es una larga tarjeta postal, para que la conociera todo el mundo, como para que se informaran de su injusticia), "La Nación" registraba dos sensacionales informaciones telegráficas relacionadas con este asunto fundamental del espinaje alemán. Según una, en Londres habían sido fusilados tres reos de espionaje a favor de Alemania, "descendientes de familias tudescas", y nacidos, cada uno, en Chile, en el Uruguay y en el Brasil; según la otra noticia, el gobierno de Estados Unidos entablaba un formal reclamo diplomático contra el Imperio Alemán, porque había comprobado que en Holanda funcionaba toda una oficina de falsificaciones de pasaportes de Estados Unidos para utilizarlos como salvoconductos de espías germanos, que se mandaban a los países beligerantes, estando aquella oficina dirigida por jefes y oficiales del ejército alemán. Se agregaba que había la prueba evidente de la culpabilidad oficial del Imperio, quien había aprovechado en multitud de casos, pasaportes falsos, reclamados en muchas ocasiones.

Estas dos graves noticias, convencen de la profusión y del cinismo con que se practica y se aprovecha el espionaje en Alemania. Se ve que aun los vástagos lejanos de familias tudescas, nacidos en otros continentes, a miles de leguas, donde se vive con residencia definitiva en ambiente de libertad y democracia, se consideran obligados hacia el imperio cesarista de sus antepasados, para desempeñar el rol odioso del espía, fingiéndose amigos leales o tal vez pertenecer al país británico que los hospedaba, y cuyos secretos militares comunicaban al enemigo!

Por otra parte, la oficina de falsificación de pasaportes yankees con propósitos de espionaje, dirigida por jefes del ejército de Guillermo II, e instalada en país neutral, asumiría un "casus belli", si Roosevelt estuviera en la Casa Blanca; o si Mr. Wilson se revistiera de la energía que hizo abrigar su "parada" internacional cuando el hundimiento alevoso del Lusitania!

Los alemanes se jactan de aprovecharse del más amplio, sabio y permanente servicio de informaciones y de espionaje en todas las partes del mundo, valiéndose de mil recursos y ardides, de sus connacionales y descendientes, en cualquier nación en que se hayan establecido, aún cuando hayan tomado carta de ciudadanía, en fin, recompensando con toda generosidad esos "servicios" inapreciables en la guerra, y gastando cuanto sea preciso para emisarios, telegrafía sin hilos, vapores, trenes, correos, etc.

Se recordará que burlaban la soberanía de Estados Unidos, con oficina trasmisora de marconigramas en los Montes Rocallosos y en la costa del mar, anunciando la partida de buques, que después hundían con los terribles submarinos; que se cree haya oficinas análogas ocultas en el Brasil, Chile, Ecuador y la Argentina, que tanto facilitaban las peripecias y piraterías de sus cruceros. Se recordará que los italianos fusilaron a espías germanos, disfrazados de frailes, que ocultaban en el altar mayor sus aparatos de telegrafía sin hilos, con que anunciaban a los austriacos el movimiento de las tropas de Víctor Manuel III, mereciendo una protesta del Papa. Y así, la mar de casos...

Los franceses tienen motivos especiales para temer al espionaje alemán y para adoptar a su respecto las me-

didas más severas. La guerra de 1870 les aportó una gran enseñanza; y se explica todo rigor penal. Una enciclopedia erudita y respetable pinta así el espionaje alemán de hace cuarenta y cinco años, muy perfeccionado ahora: "El gobierno prusiano ha practicado el espionaje en tan vastas proporciones, lo ha infundido de tal manera en la sangre, en las costumbres, en los hábitos del pueblo alemán, que nuestra propia experiencia y nuestras desgracias nos autorizan a no ver hoy día en toda la Alemania sino un inmenso almácigo de espías. Esta población tudesca que hormigueaba en ciertos cuarteles de París, tenía por misión conocernos, espiarnos. Estas mujeres, hijos, jóvenes, viejos, ambulantes por nuestras calles, eran espías; estos empleados de tiendas con rostros frescos y sonrientes, eran espías; los obreros que pululaban en nuestras fábricas, usinas y manufacturas, eran espías; los estudiantes, los artistas venidos so pretexto de visitar nuestros grandes establecimientos científicos, nuestras bibliotecas y museos, eran espías; los viajeros de toda edad y condición que recorrían toda la Francia hospitalaria, espías, espías, espías! Verdaderamente, el espíritu se confunde y la conciencia se subleva cuando ve a estos alemanes, que se dicen honestos, con el candor de la barbarie, recibir sin vacilar, y ejecutar, naturalmente, la palabra de orden de un ambicioso sin escrúpulos, sin delicadeza, sin lealtad, que proclama el más insolente desprecio por todo lo que constituye derechos, justicia y humanidad. Y bien, sea; de hoy en adelante, espía y alemán serán para nosotros sinónimos en todo el rigor de la palabra; y trataremos en consecuencia, cuando ellos se presenten en Francia, los hijos de la blonda y "vigilante"

Germania! Sabremos que todo huésped, que todo viajero, obrero, individuo, en una palabra, de más allá del Rhin, es un espía de Bismarck o de sus sucesores."

"Algunos recuerdos históricos completarán este estudio sobre los espías y el espionaje. Se verá a qué obseción moral puede conducir la avidez del dinero y cuántos desastres producidos por un solo espía hábilmente deslizado!" P. Larousse, V°. "Espión".

Después del antecedente de 1870 y de la profusión y perfeccionamiento del espionaje alemán contemporáneo, se explica que Francia extreme sus precauciones, aun contra su eminente amigo Max Nordau, incapaz de ninguna deslealtad ni vileza.

Se dirá que las informaciones que suministran los espías son utilísimas en caso de guerra y aun en la paz, y que su aprovechamiento es de uso general y muy antiguo. Admitido, siempre que no se abuse para celadas infames, ni se prodigue tan difusamente, como lo practique Alemania. Hay que ser justo.

Bien mirado, el espía ¿qué es? Siempre un vil y un perverso cuando ejerce su oficio miserable por dinero. Cuando lo hace por patriotismo, aun por fanatismo patriótico, puede ser considerado un benefactor y un perverso a la vez, según el país desde el cual se le considere y el estrago que produce su soplo delator. El espía se finge amigo, nacional o neutral; obtiene secretos militares de importancia y los trasmite al enemigo del país engañado o vendido; y esa información pérfida y criminalmente adquirida, que comunica por dinero, produce una catástrofe al país traicionado; el hundimiento de buques, la pérdida de una escuadra, de un batallón o de un ejérci-

to; la victoria para un beligerante, la derrota para el otro, etc. Por eso puede llegar a ser el espía, merced a la vileza de su conducta equívoca, un héroe misterioso y eterno vergonzante, o un malvado!

Su castigo es casi siempre la pena de muerte; y el primer deber es limitar lo más discretamente posible el servicio del espionaje, que presupone casi siempre un bajo fondo moral.

Resúmen

Hay que convenir en dos cosas sobre esta materia: en que Alemania ha prodigado en exceso los servicios de espionaje, desmoralizando su pueblo y hasta provocando reclamos y antipatías generales contra el imperio y contra sus peligrosos súbditos residentes en el extranjero, que le sirven, aun naturalizados en país de su residencia.

Debemos convenir también en que la gentil, valerosa y justiciera Francia debe amnistiar ampliamente al anciano doctor Max Nordau, tan leal amigo y propagandista de su cultura y de su genio, como defensor del progreso, de la libertad y de la civilización, a la vez que censor severo de todos los despotismos.

9 de Agosto de 1915.

XXXII

Militarismo alemán en América

Propaganda de Körner

Me propongo hacer un somero examen del mamotreto o manifiesto militarista que dirige a Sud América, en el gran órgano civil de los Mitre, el general tudesco, nuestro enemigo tenaz de allende la cordillera, durante el cuarto de siglo que mantuvimos enconada querella de límites, hoy felizmente concluída y reemplazada por sincera y leal amistad de buenos vecinos, con amplios y paralelos programas de paz y de progreso, a llenar dentro de nuestras respectivas fronteras, bien delimitadas.

El tratado del general Korner consta de tres partes principales: una "política diplomática", sobre las responsabilidades de la conflagración armada europea y una fantástica confederación latino-americana; otra, sobre el "método infalible" para alcanzar una germanización lo más perfecta posible, y la más abrumadora superioridad militar, amoldando todas las modalidades del país a ese anhelo supremo y dominador; y la tercera, para convencer al Nuevo Mundo, que los imperios germanos resultan un modelo de sabiduría militar, de corrección, de proce-

deres diplomáticos y guerreros, de triunfadores gloriosos en todas las líneas, mares, atmósferas e interior de las aguas; de libertadores del mundo contra dos tiranías insoportables (la británica y la rusa); y, por fin, hasta los paladines de la libertad de los pueblos y de la humanidad: se proclama jactanciosamente en el voluminoso alegato, que todo esto van asegurando los triunfos marciales de los brillantes descendientes de Arminius y de Atila, barnizados con los poemas de Goethe, la filosofía de Kant, y el resplandor de treinta y cinco universidades y un sinnúmero de escuelas! Estas magnificencias inauditas, resaltan con más hermoso relieve, comparándolas con el atraso, con la barbarie y con las crueldades de los países aliados, enemigos infames y calumniadores de Alemania, portadora del cetro de la regeneración del mundo: todo según el criterio del general Emilio Korner!

Faz política y diplomática

Pues ¿por dónde ha de comenzar Korner su manifiesto al Nuevo Mundo? Por mentiras tontas y triviales, cuya falsedad consta a todos los mortales.

Pretende que se le crean estas afirmaciones: que en Alemania "no hubo ningún preparativo ofensivo"; que el kaiser no había pensado en la guerra para 1914"; que el Imperio "y sus amigos de la triple alianza" fueron sometidos ¡pobrecitos! en tantas ocasiones, a las condiciones poco menos que humillantes que les impusieron los gobiernos pertenecientes a la entente cordiale, se consideraron como síntomas claros de debi

lidad"; que "la enemistad inglesa llegó a hacerse mortal", por su himno, "Britannia rules the wawes"; que el asesinato de Serajevo, "'fué un acto inspirado por la camarilla que gobierna al Zar de Rusia, y por el conducto de éste, al rey de Serbia"; que Inglaterra "fingiendo el papel de protectora de la neutralidad belga que, como es ahora del conocimiento público, no ha existido"; que "la guerra estalló, pues, entre estas potencias, de las cuales una, Alemania, no había pensado en ella"; que el Imperio "fué obligado" a esta guerra, etc.

Al cumplir el primer año de la conflagración armada más sangrienta, bárbara y destructora que registra la historia, el kaiser, promotor responsable del cataclismo, lanzó un breve manifiesto a su pueblo, protestando también por la centésima vez, que había sido "forzado" a la guerra, que "lloraba" como los dolientes de los millones de muertos en los campos de batalla, pero que Dios impulsaba su espada y el esfuerzo guerrero teutón, confiando en el triunfo final, por esta colaboración divina, evidente!

Como dijo Alberdi alguna vez, pareciera que tanto el kaiser como su general Korner, "escribieran para burros!" ¿Quién, con dos dedos de frente, puede compartir semejantes patrañas y mentiras grotescas, desautorizadas cien veces en todo el mundo y hasta por raciocinio de sentido común?

Pero donde aparece "ingenioso y profundo" el general Korner, es en su sátira cuartelera a los gobiernos civiles de Sud América, por el crimen de leso germanismo, de haber celebrado el centenario de su independencia con festivales ingenuos de paz y de cordialidad,

acusando a los gobiernos, que perdieron la oportunidad de constituir una potencia militar confederada, con "caderas y espina dorsal", como "incapaces de comprender la necesidad más importante de su tiempo". Agrega, que se han "derrochado discursos", "aunado relaciones amistosas", "obsequiado casas valiosas para legaciones"; pero el gallardo general se burla teutónicamente de estas pamplinas, y clama por la creación belicosa de "caderas y espina dorsal" de Sud América, con capital en Tucumán, junta de generales y almirantes, con pedidos colosales a la casa Krup y a los astilleros tudescos!

Internándose en su invención marcial, la arregla y proyecta todo, fascinándonos con el ejemplo de Alemania, militarizada desde la punta de los pelos hasta la suela del zapato, y desde que se nace hasta que se muere de viejo; todo, absolutamente todo, amoldado, comprimido, deformado, sacrificado a la organización militar, a la disciplina inflexible, a la obediencia pasiva, absoluta y respetuosa del superior galoneado.

Desde la primera niñez, el hombre se impregna del "espíritu militar" por los cuentos y las novelas del padre; luego la escuela exalta como único digno de imitación, la gloria militar, y ejercita en marchas y gimnasia que vigorizan y hacen eficaces los golpes mortales al prójimo, supuesto enemigo. ¡Oh triunfo fulminante de la propaganda de Korner, según me ha dicho el doctor Zubiaur, que aparece ordenada en decretos de la semana, algo parecido a esta deformación militar de la niñez argentina! Luego persigue el plan militarista de Korner al joven en toda su carrera, bajo banderas, en cursos de repaso cada año, en reservas hasta edad avanzada; nun-

ca el buen ciudadano del imperio modelo se ve libre del despotismo pretoriano, como si el estado de guerra y la sumisión absoluta a los cuarteles, fuera la única o la más abnegada de las consagraciones humanas. El final ya lo sabemos, el soldadote brutal de los ultrajes a Bélgica, o el espía, el "honesto Yago" de Otelo.

Es tan absoluta y tan absorbente la función militarista que asigna el general Korner a los ciudadanos de la "confederación militar" propuesta al Nuevo Mundo, que se extraña no haya proyectado que las madres salieran de cuidado en fortalezas o cuarteles!

Con esta concepción fantástica de política y diplomacia, comprueba el general alemán que tanto Goethe como von Bulow, estaban en lo cierto cuando reconocían a sus compatriotas mucha inteligencia para la imitación y para los detalles, pero deplorable torpeza para inventar y para las vistas de conjunto o generalización.

¡Pobre América si emprendiera la servil imitación de la Alemania militar que se le propone! ¡Como si no bastaran los tributos a la casa Krupp, que han arruinado nuestras finanzas!

La germanización

En vez de los fines de la instrucción pública asignados por Horacio Man, Sarmiento y los grandes educacionistas, para la vida industrial, la educación moral y el progreso pacífico del país, sin descuidar los medios de defensa, veamos la síntesis que recomienda Korner a la juventud de la democracia americana. "Llegado al conocimiento práctico del efecto balístico del rifle, el antiguo

niño, joven ya, aprenderá a tratar de alcanzar un efecto de su rifle frente a un adversario, sin exponerse a caer herido por la bala del otro. Colocando dos, uno frente al otro, en un terreno que les permita ocultarse a mayor distancia, por ejemplo, mil metros, se les ordenará avanzar hacia el punto donde supongan oculto al adversario, para dispararle un tiro eficaz, luego que se les ofrezca una ocasión favorable. Provistos de algunos cartuchos de fogueo, deben señalar mediante un disparo cada vez que descubran al adversario en situación de poder colocarle un tiro certero".

¿No parece una lección de bandidos de la Calabria o de Córcega a sus jóvenes hijos? ¿Y es ésta la instrucción de los jóvenes americanos, cuya propaganda se ayuda y facilita?

De ahí a hundir alevosamente el Lusitania con 2500 no combatientes, mujeres, ancianos y niños, no hay más que un paso!

Convenido que se dé instrucción militar a los ciudadanos cuando lleguen a los 20 años; y que se les enseñe la esgrima y el tiro para matar y prevalecer en la guerra franca, noble, de pecho descubierto, mirando al adversario, sin el refinamiento de la alevosía y de la premeditación, elementos del asesinato; al menos que no se inocule en el alma de la juventud esa forma innoble de suprimir al adversario. Convenido que la táctica aconseje economizar vidas y producir las mayores bajas al enemigo, valiéndose de las ventajas del terreno; pero no conviene encarnar en el joven los procedimientos alevosos y traicioneros de matar.

En balde dice Korner: "En Alemania la enseñanza

militar de la juventud se maneja en esta forma". Toca "naturalmente a aquellos profesores que han adquirido grados en la reserva del ejército, la dirección de este servicio, y no faltarán entre ellos personas que lo manejen con el entusiasmo y el tino de individuos del ejército de línea".

No queremos para la juventud de América esa feroz militarización de la juventud. Somos una democracia pacífica y trabajadora, bastándonos una organización militar defensiva y eficaz, para las raras y muy eventuales complicaciones armadas que tengamos. Sería una demencia curarnos en salud; militarizarnos de pies a cabeza y jugar a la paz armada, sacrificando nuestro progreso y nuestro bienestar, en obsequio de las grandes fábricas y de los profesores de exterminio que prodiga Alemania.

Nos dice Korner: "La costumbre de tener que consagrar cierto tiempo de su existencia al servicio en las filas, ha hecho nacer en el pueblo alemán un espíritu que es el producto de la vida de generaciones. El niño, desde que se pueda parar con sus propios pies, adquiere pasión por la milicia, puesto que escuchando las conversaciones del padre y del abuelo, no oye cuentos más apasionados que los de: "cuando yo serví en el 32..." "debe aprender a emplear sus fuerzas hasta poder vencer a cualquier adversario; y, poco a poco, se debe militarizar la enseñanza"...

La obediencia pasiva, la dominación por la fuerza, la crueldad para con el adversario, la disciplina inflexible y el respeto reverencial al superior, con un fanatismo y orgullo patriótico exaltado, — el ciudadano ale-

mán se exhibe lógico con la instrucción recibida, cuando comete todo género de tropelías en la guerra, cuando es sumiso frente a cualquier déspota de espada, cuando es espía reptil y falso; y aun cuando sea universitario, se solidariza con las tropelías más odiosas de sus ejércitos.

En América no queremos esa cultura sin moral, sin libertad, sin corazón ni humanidad.

Los triunfos alemanes

El general Korner narra la conflagración europea hasta Marzo, en el volumen publicado por "La Nación". Naturalmente, es parcial a favor de su imperio, y exalta y exagera los triunfos de las armas alemanas, mostrándose mezquino y embustero para apreciar los reveses de sus ejércitos y los triunfos de los rusos, franceses, belgas, ingleses y serbios.

La formidable derrota alemana y la brillante victoria franco-británica del Marne, aparece una "retirada" por leves contratiempos, ocultando la copiosa sangría de las hordas germanas. Rápidamente pasa a estudiar la lucha "estancada" de trincheras, condenada por el Gran Federico, dice; y sólo usa términos despreciativos y groseros al hablar del soldado inglés, del ruso y del serbio. Lleva su procacidad, hasta suponer a las naciones aliadas, cómplices del asesinato de Serajevo.

Respecto de todas las violaciones del derecho de gentes que han cometido Alemania y Austria, dice que son calumnias; y repite aquellas cínicas inculpaciones, de

que las mujeres belgas y francesas reventaban los ojos a heridos y prisioneros germanos. Reconoce que el mundo neutral cree a los aliados, y que costará mucho tiempo restablecer la verdad a favor de Alemania...

Elude la vergonzosa derrota en todos los mares; y se complace en los golpes traicioneros de los submarinos y de los zeppelines. Espera el triunfo de Alemania, por la suprioridad de sus ejércitos y de sus armamentos.

Llama la atención que considere al generalísimo Joffre y al valor impetuoso de los franceses; aunque siempre aproxima algo mejor, de origen germano. ¿Responderá a las tentativas de tratar separadamente con Francia? Es propio del ingenio alemán.

El manifiesto militarista de Korner al Nuevo Mundo para atraerlo a la causa de Alemania, resulta completamente ineficaz, porque las democracias pacíficas y libres de América, han de mirar siempre con antipatía y hasta con horror, el despotismo pretoriano y las crueldades sin nombre perpetradas en la guerra.

Deseo terminar este examen crítico con un párrafo del educacionista y escritor erudito, señor Ramón Melgar, al exagerar mis aptitudes para abordar el tema: "Pienso que usted haría obra útil y patriótica analizando y refutando el mamotreto del general que pensaba atar su caballo en la pirámide de Mayo, el general Korner. Su artículo de teutón sin alma, estará bien para su horda; pero los americanos no ciframos nuestra esperanza ni nuestro porvenir en el militarismo cesarista; somos gentes pacíficas que necesitamos poblar nuestra tierra, trabajar y vivir sin olor a pólvora. Es usted el único llamado a contestar debidamente en este caso, pues su pre-

paración y su modo especial de ver las cosas, le dan la autoridad necesaria para "deskornar" al furioso toro vándalo"...

18 Agosto, 1915.

XXXIII

Miscelánea

Oratoria Imperial - Militarismo escolar

Los últimos diarios, contienen nada menos que " cuatro" discursos de Guillermo II, inspirados por sus triunfos provisionales y muy caros (casi de Pirro) sobre las líneas de batalla rusas. Conocida es la inclinación del káiser a la oratoria, que más de una vez ha producido conflictos diplomáticos o agitaciones internas.

Las últimas arengas imperiales fueron pronunciadas, según "La Wiener Allemeine Zeitung", en Lemberg, Cracovia, Beuthen y Koenisberg, y se prestan a ciertas observaciones críticas.

Todas las arengas rebosan de vanidad, soberbia y orgullo ultrajante, proclamándose vencedor del mundo entero, con ayuda de su lugarteniente el Todopoderoso, que apoya incondicionalmente todas las empresas del militarismo prusiano y de la casa Krup! Habla de "mi ejército", exaltando "el valor alemán, la energía alemana, la ciencia militar alemana, son irresistibles". "'La victoria está ya a la vista, completa, suprema. Alemania reinará en su gloria y será, a la vez, la libertadora de

Europa y la guardiana de su civilización". (Sic). "Alemania combate hoy contra una conspiración que se extiende en el mundo entero"... "Pero Alemania no será jamás derrotada. El Todopoderoso se sirve de Alemania para realizar su misión. Ha reservado un trabajo especial a los germanos". "Alemania es una fortaleza inexpugnable". La llama "guerra de defensa", y agrega: "Nos hemos defendido como un hombre cuya vida está amenazada a la vez por un grupo de cobardes bandidos". Llama "ilustre monarca" al sultán de Turquía!

Sería el caso de preguntar a este bravo Guillermo II, que llama "cobardes asesinos" a las potencias enemigas ¿por qué no salen sus escuadras a combatir las escuadras aliadas, a defender su marina mercante, barrida de todos los mares, mientras que las escuadras de von Tirpitz permanecen vergonzosamente embotelladas? ¿Por qué sus bravos ejércitos, después del desastre del Marne tuvieron que ocultarse bajo tierra y ahí han quedado, bajo trincheras y fortificaciones de sitiado? Habría que preguntarle si no hay asesinatos en los ataques de submarinos, alevosos y premeditados, contra buques mercantes desarmados, con pasajeros neutrales, ancianos, mujeres y niños, no combatientes, como en los casos del "Lusitania", del "Arabic" y de pobres barcas de pescadores inofensivos? ¿Y los bombardeos de aldeas y ciudades abiertas, sin ninguna guarnición militar, donde los zeppelines y taubes matan alevosamente familias indefensas? ¿Y los gases asfixiantes, siendo todos estos crímenes, contrarios a las leyes de la guerra suscritas por Alemania? ¿Dónde está la cobardía y el asesinato?...

El kaiser agrega: "La guerra nos ha sido impuesta

por enemigos de mala condición y llenos de odio". ¿No se ha publicado en Alemania, por poeta germano, el canto de odio más feroz e implacable contra Inglaterra? ¿No ha sido premiado su autor por el rey de Baviera y por Guillermo II? ¿No se estila saludarse entre alemanes diciéndose: "que Dios reviente a Inglatrra", "así sea"? El odio, el rencor, la maldición de muerte al adversario ¿no significan mentalidad inferior y pasiones brutales, excluyentes de moral, de virtudes, de justicia y de espíritu humanitario?

"Alemania es más grande y poderosa que nunca lo ha sido; seguramente la hora presente es triste a causa del duelo universal en el cual la nación está sumida; pero un porvenir radiante está a la vista". "Debemos dar las gracias al Señor"...

Faltaría preguntar ¿quién es el autor más responsable de la terrible conflagración armada, que ya cubre de sangre, de ruinas y de desolaciones a Europa? ¡Pues el brillante kaiser Guillermo II!

Su oratoria sólo acusa el endiosamiento y la vesania cesarista, con que se ensangrienta y enluta al mundo civilizado.

El militarismo en las escuelas

La opinión general de la prensa, de los educacionistas, pedagogos y centros de cultura civil, es adversa en absoluto al proyecto de los ejercicios militares, propiciados ante el congreso por el Poder Ejecutivo argentino.

Este pensamiento pretoriano, no sólo está conde-

nado en todos los países de buen gobierno, como por la opinión culta de la República, sino que aparece como una servil obsecuencia al plan militarista germano que acaba de propagar en América el general prusiano Korner, después de haber atizado un cuarto de siglo los enconos de Chile contra nuestro país, y prometido un triunfo facil, bajo su amplio, largo y lucrativo comando.

A esa política de odios y de espíritu guerrero, que inspiraba Alemania en Europa y sus agentes militares en los demás países, ha sucedido una paz sólida y fraternal con nuestros vecinos; y nada justificaría emprender el envenenamiento pretoriano desde la escuela, que deprime el carácter y la libertad, que reemplaza los ideales de justicia, de cultura, de humanidad y de bienestar pacíficos, por la obediencia ciega, la consigna, la violencia y el espíritu guerrero. A su tiempo, el ciudadano hará su aprendizaje militar; pero sería funesto pervertir la instrucción de la niñez, con un militarismo contrario a la democracia y al progreso.

23 Agosto, 1915.

XXXIV

Banquete celebrando el triunfo del Marne

Brindis del doctor F. A. Barroetaveña

Señores ministros; señor senador; señores:

Celebro esta hermosa reunión, no tanto por su número sino por su significado social e intelectual argentino, por su alcance diplomático, desde que concurren los representantes de los países aliados, con una excepción justificada.

Hasta ahora, muchos intelectuales argentinos habían emitido sus opiniones francas de simpatías a la alianza contra los imperios centrales de Europa, y la opinión general del pueblo se ha mostrado siempre en tal sentido con abrumadora mayoría en esta Capital y en las Provincias; pero faltaba una afirmación de conjunto y muy representativa en el mismo orden de ideas; y la tenemos ya en este concurso, debido a la feliz inspiración del doctor Madariaga, que en forma delicada y expresiva, corresponde a su gran simpatía por Francia y afirma su credo republicano, adverso al militarismo conquistador alemán.

Ya lo veis, señores, la reunión es selecta y representa influencias de valimiento: hay diplomáticos, miembros del parlamento, de la magistratura, del foro, del cuerpo médico, de la prensa, oradores, capitalistas, ex ministros, hombres de letras, de ciencia, plumas incisivas de combate, un joven y brillante Apeles y el más grande de nuestros poetas, cuya palabra de fuego, de Almafuerte, vibrante de sublimes indignaciones, nos ha conmovido hondamente. La asamblea resulta un magnífico exponente nacional argentino, con proyecciones internacionales.

Señores: Esta reunión viene en momento oportuno y cuadra a nuestra gran capital; porque la indiferencia, el cálculo o el equilibrio de ciertos hombres y de algunos diarios respecto de la causa de la alianza, requieren actitudes definidas en contra de la guerra de dominación mundial emprendida por el imperio alemán. Hay que mirar lejos...

La guerra colosal y terrible, por sus factores, propósitos y medios de ejecución, afecta al mundo entero, y, especialmente, a la América, no sólo a sus intereses económicos, intelectuales y morales, tan vinculados a la Europa, sino a su faz internacional, pues comprende vastos territorios feraces, escasamente poblados, que excitarían la avidez del imperialismo conquistador, si el derecho internacional no se respetara, si los tratados han de convertirse en "tiras de papel", fácilmente desgarradas por veleidad impúdica o por intereses siniestros.

Señores: La América se ha incorporado al concierto de las naciones representadas en La Haya, bajo el amparo del derecho de gentes, de la fe en los tratados que

para garantizar el respeto a la independencia de los pueblos, el derecho tradicional mejorado con los últimos progresos, la humanidad, la justicia y la civilización. Si bien es cierto que sus deliberaciones solemnes han comprendido el estado eventual de guerra, — después de agotarse los medios conciliatorios, la mediación y el arbitraje, — se acordaron reglas precisas e inflexibles para moderar y humanizar en cuanto se pudiera el choque terrible y doloroso de las fuerzas armadas de mar y tierra, intensificadas con invenciones científicas destructoras, a nivel, en los aires y debajo de las aguas. Entre las previsiones internacionales de las grandes potencias, figuraba la neutralización de algunas naciones pequeñas, precisamente para conjurar o para dificultar el choque formidable de las grandes masas armadas.

Pero, señores, acaece en el conflicto contemporáneo, que los dos imperios germánicos, provocan y emprenden la guerra europea, violando las cláusulas y las previsiones de los tratados, las leyes humanitarias, las garantías pacifistas de neutralidad y de civilización, con asaltos armados, — yendo derechamente a la dominación y a la conquista, al exterminio terrorista para conseguir la preeminencia mundial del imperio teutónico, sobre los horrores de la sangre, de la desolación y de los escombros de pueblos sometidos por la fuerza alevosa.

Es muy natural que las naciones civilizadas de Europa y el Japón, se defiendan contra ese huracán de fuego y de plomo que esparce los estragos sobre el mundo, destrozando brutalmente todos los progresos de la civilización greco-latina, impregnada de renacimiento y de libertad germánica, que influye en los destinos de la humanidad no teutónica, con ligeras adaptaciones diferen-

ciales en Londres, en París, en Roma, en Bruselas, en Petrogrado, en Cettigne, en Belgrado y en Sol Levante. Al fin, se trata de la vieja sabiduría enriquecida con el progreso de los siglos, para asegurar al mundo el reinado de la paz, del derecho, de la justicia, del sentimiento y del corazón, con los destellos científicos industriales y artísticos que comportan el bienestar y la felicidad de los pueblos.

Esa civilización greco-latina descansa en el sentimiento armónico, pacífico y civilizador de las naciones, — sin que necesite los emblemas ni el estruendo guerrero de los imperialismos, que destruyen como un terremoto, que inflaman con viento de fuego huracanado, que siembran la muerte y el exterminio entre los pueblos consternados.

Por eso, señores, la opinión de todo el mundo civilizado no germánico, simpatiza con la alianza, figurando en la vanguardia la América republicana; por eso, en esta formidable crisis de civilización, celebramos el triunfo glorioso del Marne, donde fué quebrantada la moderna barbarie de ultra Rhin, cuya victoria tendrá más resonancia en la posteridad que la batalla de Chalons, contra los Hunos de Atila I, y la de Salamina contra el mundo persa; por eso, señores, levanto mi copa y brindo por el triunfo de los aliados, que será la victoria de la civilización greco-latina, contra la "kultura" vandálica de los teutones, sin ideales humanitarios e impregnada de servidumbre cesarista.

He dicho.

11 Septiembre, 1915.

XXXV

Italia en la conflagración

Conferencia del doctor F. A. Barroetaveña

En el Teatro Argentino de La Plata, el 18 de Septiembre de 1915

Señoras; señores:

He aceptado el honor de colaborar en esta fiesta de filantropía, del comité Pro-patria, para allegar recursos a los heridos, a los huérfanos y a los indigentes peninsulares, por obra y gracia del vendabal de sangre, de hierro y de exterminio, que han desatado sobre Europa los imperios germánicos, para enseñorear sobre el mundo la prepotencia alemana, la dinastía Hohenzollern, encabezada por Guillermo II, y afirmándose en la casta pretoriana.

Ante la amenaza y los peligros de un cesarismo tan funesto como anacrónico, el mundo civilizado, las naciones independientes, todo el concierto internacional organizado para la paz, para el derecho, para la justicia y para el bienestar económico y la felicidad común en tranquilo progreso, — todo el mundo normal, jurídico y culto, se ha pronunciado, con abrumadora unanimidad.

en contra de esa terrible regresión imperialista, que nos llevaría al caos y a las tinieblas, que significaría el naufragio de las instituciones, de la libertad y de la civilización, proclamando sobre todos nuestros progresos, el absolutismo pretoriano, que fué el peor azote de la antigüedad; pues si brillaron en el trono de Augusto, los Flavios, los Antoninos y Marco Aurelio, por la excelencia de sus virtudes, lo mancharon de lodo, de barbarie y de sangre, los Nerón, los Calígula y los Heliogábalos; es decir, el despotismo mundial, irguiéndose como una abominación sobre la humanidad aplastada y envilecida. El aforismo de la servidumbre imperial, fué trazado por los juriconsultos: "Quidquid principi placuit, leges habent vigorem": "la voluntad del príncipe tiene fuerza de ley". Y ahora se comprende la trascendencia política que tenía aquel renacimiento de los estudios históricos y jurídicos romanos, de los sabios alemanes; pues al lado de la ciencia profunda y admirable de un Savigny, florecían profusamente las historias de la grandeza imperial, de Monsem, de Gibbons y de Niewburg, para educar al pueblo en las expansiones cesaristas, en detrimento de la libertad y de la justicia.

Beligerancia de Italia

Señores: En esta crisis mundial de la libertad, del derecho y de la civilización; de las nacionalidades amenazadas en su existencia y en sus legítimas expansiones irredentas; más que amenazadas, asaltadas a cañonazos por el vandalismo armado, como Bélgica y Serbia, — por ser más pequeñas y débiles, — en esta crisis terrible Italia no

podía ni debía quedar indiferente; no tenía derecho a cruzarse de brazos frente al salteo internacional, porque ella había surgido del caos, vigorosa y resplandeciente, al grito de sus libertadores y ayudada por la Europa culta; porque su genio greco-latino y su valor indomable, le imponían esa sublime solidaridad con todos los pueblos oprimidos, para llevarles el esfuerzo viril de los hombre de su raza, cumpliendo la herencia de gloria que le dejaron sus varones ilustres Mazzini y Garibaldi; porque se levantaba soberbia y conquistadora nuevamente el Austria, a pesar de su decrepitud y del peso de sus crímenes históricos contra la libertad y la independencia de los pueblos; porque ese imperio funesto importaba el mayor peligro para la joven Italia, sobre todo sintiéndose apoyado por la formidable Alemania; y porque era el momento de solidarizarse con la Europa de la alianza, para saldar dignamente la ayuda recibida en su propio resurgimiento, y complementar las reivindicaciones de provincias italianas irredentas, y el dominio de los mares que circundan la península. Era el momento histórico en que la Italia potente, debía entrar en guerra para completar su pograma de reivindicaciones, y para defender el derecho, las nacionalidades y la civilización, amenazadas por el pretorianismo mundial.

Tanto el emperador de Austria como el canciller del imperio alemán, han dirigido a Italia los insultos más ultrajantes por su actitud belicosa, diciendo que comete la traición más negra de la historia y que recibirá tremendo castigo, pues los ejércitos imperiales dominarán fácilmente a las tropas itilianas; pero el gobierno del rey Víctor Manuel III ha justificado ante el mundo la corrección

de sus procederes diplomáticos, y la completa razón de estado que llevó a declarar la guerra al Austria; y sus bravas legiones avanzan victoriosamente en zonas protegidas por defensas formidables servidas por grandes ejércitos, asombrando por la pericia, el método, la táctica, el valor y los éxitos triunfales, que permiten avanzar siempre, aunque gradualmente, sin perder ninguna posición conquistada. En cuanto a los ultrajes de los imperios germanos, que han violado la fe pública, las leyes de la guerra y perpetrado verdaderas abominaciones en la conflagración armada, provocada por ellos, han perdido el derecho de ofender a las naciones honestas; e Italia acomoda su acción a la sentencia de su gran poeta: "non raggionan di lor, guarda e pasa"; y pasa, señores, a batir los ejércitos enemigos en la frontera montañosa, y a dominar el mar Adriático con su flota de guerra, sin conseguir hasta ahora que la escuadra austriaca acepte el combate, a pesar de las reiteradas provocaciones de la armada italiana!

Un interrogante

Señores: A quienes no estamos en los misterios diplomáticos, nos extraña e intriga que Italia y Alemania no se hayan declarado la guerra, después de la ruptura de relaciones oficiales, y después de haber declarado Italia la guerra al Austria y a Turquía, es decir, a los dos imperios aliados de Alemania; mientras que las armas, tropas y jefes alemanes, pelean contra los ejércitos italianos en la frontera, en Oriente y en Africa; mientras que Italia mantiene cordiales relaciones con todos

los países de la Alianza, está en perfecta "entente" diplomática y militar con ellos, para quienes Alemania es el enemigo formidable común; que comanda a los tres imperios centrales; que provee de dinero, armas, municiones, tropas, jefes y oficiales, con el alto comando militar sobre todas las zonas de guerra, comprendida la frontera italiana.

Sin duda habrá sus motivos para semejante anormalidad equívoca; y, a la distancia, en el desconocimiento de las causas de semejante fenómeno, aparece Italia respecto de Alemania y sus aliados, como un hombre que peleara con otro, dándole golpes con un puño, y estrechando amistad diplomática con la otra mano. Es de esperar que se aclare esa situación incomprensible y absurda, pues la guerra europea se define categóricamente así: de un lado, la hegemonía de Alemania sobre Austria y Turquía para alcanzar el predominio militar del mundo; del otro el mundo civilizado, que resiste heroicamente la dominación pretoriana, y que prevalecerá triunfante. Italia no puede pelear con el cuerpo de los imperios centrales aliados, y conservar amistad con la cabeza, que se yergue altanera en Berlín, y en todas las fronteras de la guerra.

La italia marcial

Señores: Las fuerzas italianas armadas de mar y tierra se baten bizarramente, con estrategia, armamentos, comando, provisiones, adelantos técnicos, valor y entusiasmo, que merecen aplausos generales, admirándose en

todas partes la perfecta organización militar y la solidez económica para una guerra grande, en país de moderno renacimiento, tan consagrado a las artes de la paz y a reconstruir la nacionalidad, desde los cimientos de oscuro analfabetismo, hasta los institutos técnicos superiores; desde el atraso, la anarquía y la miseria, a espléndida prosperidad, orden y administración; desde los eriales de los Estados Pontificios, al engrandecimiento de las ciudades y los progresos industriales de las campiñas, puertos y fábricas; desde las hostilidades regionales, dispersión y luchas intestinas, a un organismo vigoroso con su capital milenaria, pacífico, fuerte en el interior y respetable en lo internacional. La guerra fácil contra Turquía no daba la medida de su pujanza y preparación militar, que despliega ahora magníficamente frente a uno de los dos poderosos imperios germánicos, con resultados muy favorables hasta ahora, no obstante desarrollarse la guerra en la zona fortificada con toda premeditación y maestría por Austria.

Si de esta apreciación de conjunto pasamos al comando del ejército y de la armada, como al rol del monarca y de los príncipes de la casa de Savoya, no se escuchan sino los juicios más favorables por la pericia militar, la organización, el cálculo y la previsión más esmeradas; el valor probado en combates mortíferos, y el éxito más lisonjero en el avance victorioso de los ejércitos y en las evoluciones gallardas de sus escuadras, sin encontrar adversario en el mar. Los nombres de Víctor Manuel III, del duque de los Abruzzos, de los generales Cadorna y Porro, como de los demás príncipes y generales que se distinguen, son aclamados en to-

das partes por su valor y por sus prestigios de estrategas consumados, hasta con aureolas de leyendas. En especial, se acredita la firmeza inalterable del monarca ante el peligro, temerariamente desafiado por exposiciones imprudentes en las líneas de fuego, habiendo llegado a tomar el comando directo de algunas baterías, para hacer muy buenos blancos en las fortificaciones austriacas. Esa actitud valerosa del rey, sin meditar el trastorno nacional que produciría en estos momentos su muerte por algún proyectil enemigo, — le da ante su ejército el prestigio más grande de un general, pues las tropas estiman mucho más el coraje ante las balas, que los talentos militares y aun el encubrimiento de su nobleza. El ejército aclama a Víctor Manuel, e irá con todo heroísmo a donde le mande su rey; quien ya reprodujo sobre el Isonzo, algo parecido a la hombrada de Napoleón el Grande en el puente de Arcole, atravesando el rey antes de la tropa, y en medio del fuego enemigo, un puente recién construído.

Acerca del valor personal de los Jefes de Estado de los países aliados, ocurren algunas comparaciones curiosas: el Zar de Rusia se ha puesto al frente de su ejército en hábil y gigantesca retirada, dando golpes certeros a los austro-alemanes, cuando quieren precipitar su avance. El rey Alberto I de Bélgica, tan arrojado como firme en el combate, ya comanda su bravo ejército, ya hace fuego con fusil desde las trincheras. La frecuencia de las exposiciones de Víctor Manuel en las líneas avanzadas, aconsejó al generalísimo Cadorna, imponerle, como castigo disciplinario, varios días de confinamiento en la retaguardia, orden militar inflexible, que tuvo que

cumplirla, a pesar de su corona real. Alarmado un general francés con exposición análoga del presidente Poincaré en la línea del Argona, le exijió militarmente que debía trasladarse a línea menos expuesta; pero el presidente de la democracia francesa, le observó que en su carácter de tal, no reconocía superior que le impusiera esa orden. Más de una vez el Presidente de Francia, ha deplorado que su alta jerarquía no le permita incorporarse a su regimiento de alpinos. Jorge V y el príncipe de Gales, se han expuesto también en líneas avanzadas franco-británicas. Los reyes de Serbia y de Montenegro, figuran valientemente a la cabeza de sus ejércitos.

Asistencia al infortunio de la guerra

Además de esta actuación gallarda ante el peligro del fuego enemigo, los jefes de las naciones aliadas, como sus esposas y las damas más distinguidas por su nobleza, cultura, fortuna y posición social, prodigan la caridad y la asistencia hospitalaria a los heridos, a sus familias, a las viudas y a los huérfanos, con una solicitud y abnegación infatigables y muy dignas de aplauso, — yendo hasta los mismos campos de batalla, a cumplir con esa misión sublime. La Reina de Bélgica, la Zarina de Rusia, las Reinas de Italia, como madame Poincaré, presiden la Cruz Roja femenina, y atienden personalmente el servicio de los hospitales de sangre, — aportando cuantiosos recursos de suscripciones y colectas de fondos en todas las capas sociales, y llevando a las víctimas del azote de

la guerra, el consuelo y el amparo de su hermosa filantropía, de su bella caridad.

Fuera de este rol humanitario de la alta sociedad femenina, las mujeres del pueblo han redoblado su esfuerzo trabajador, para sustituir en parte la actividad masculina, absorbida por el servicio militar; y en varios países aliados miles y miles de mujeres han ingresado a las fábricas de municiones, con excelentes resultados, habiendo dado este ejemplo patriótico las sufragistas inglesas, convertidas en seres útiles y ordenados, ante el peligro del pretorianismo mundial. En casi todos los ejércitos aliados, se descubrieron algunas mujeres vestidas de hombre, que se habían distinguido por acciones heroicas, mereciendo hasta condecoraciones. Esto demuestra que la exaltación patriótica ha conmovido fuertemente a toda la sociedad, y que Juana de Arco, tiene muchas imitadoras. Son frecuentes los casos de niños-soldados, exponiéndose a la muerte en los asaltos más peligrosos.

Estragos enormes

No es menos digno de atención y muy plausible, el desprendimiento pecuniario del pueblo, para subscribir los enormes y reiterados empréstitos que exigen los gastos de guerra, y para atender en mil formas la asistencia hospitalaria y a domicilio de las víctimas de la conflagración. Verdad es que de todas las naciones neutrales llegan auxilios a los países en lucha, practicándose la más noble solidaridad ante el infortunio; pero son tan grandes las exigencias pecuniarias de esta crisis terrible, que no hay

esfuerzos que colmen las múltiples necesidades de la guerra. Para convencerse de la magnitud de estos sacrificios e infortunios, — basta recordar que según las últimas estadísticas, han muerto ya "seis millones" de soldados, y se cuentan "doce millones" de heridos y prisioneros! A estas cifras pavorosas de las víctimas directas de la guerra, habría que "cuadriplicarlas", cuando menos, para comprender todos los habitantes de los hogares en la orfandad y en la miseria, — sin contar las poblaciones arrasadas por las balas y por los destrozos inevitables o intencionados de los ejércitos.

¡He ahí, señores, las montañas de horrores que van formando los planes criminales de la dominación pretoriana del mundo, que ha emprendido el imperio alemán, con su kaiser Guillermo II!

Ya habrá "setenta millones" de seres humanos sumidos en la miseria, en el infortunio y en la desesperación, por aquellas "grandes" razones de estado que invocó el emperador de Alemania para lanzarse a la guerra colosal: ¿Cuáles eran? Un príncipe "amigo suyo" había sido asesinado; se "sospechaba" que el gobierno de Serbia tuviera complicidad; otro "amigo suyo", el emperador de Austria, se empeñaba en imponer afrentoso "utimatum" al pequeño reino de Serbia, — que según revelación sensacional de Giolitti, — lo había querido conquistar Austria un año antes, con otro protexto de la fábula del lobo y del cordero; por estas "exigencias" de las "amistades" del kaiser, se desoyeron y rechazaron todas las fórmulas conciliadoras propuestas por Inglaterra, para solucionar en paz y en severa justicia el caso de Austria con Serbia; y el impaciente kaiser alemán, colaborador del "ultimatum",

precipitó los acontecimientos en forma violenta y muy premeditada, con "ultimatums" a granel, contra Rusia, contra Francia, contra Bélgica y contra la Gran Bretaña; de cuyas provocaciones seguidas de movimientos de fuerzas a las fronteras y de retiros de embajadores con las declaraciones consiguientes de guerra, se produjo la conflagración armada más grande que registrará la historia.

Después reaparece la comedia de los "príncipes de la paz y de la concordia europea": han sido "obligados" los dos emperadores germanos a una guerra "defensiva" para "proteger" la "existencia" de los dos imperios atacados "alevosamente" por naciones "enemigas", — que se ha visto luego, carecían de armas, de ejércitos y hasta de municiones, — mientras que los imperios centrales estaban "al pelo", listos para la guerra de invasión y de conquista, con provisiones desbordantes de guerra, finanzas y ejércitos innumerables, para pelear contra todo el mundo y por varios años! La mentira grotesca tenía por doble objetivo atraerse las simpatías de los países neutrales, y arrastrar a Italia a la guerra de dominación alemana, cuya trampa fué conocida en Roma, negándose categóricamente Italia a concurrir a una guerra "provocada" por los imperios centrales, extraña a los "casus foederis" de la triple alianza. El mundo juzgó severamente la comedia, que muy pronto se convertiría en formidable tragedia; e Italia recobró su libertad de acción, respecto de sus ex aliadas, infidentes en los casos comprobados de la guerra de Africa y cuando el terremoto de Mesina, cuando ayudaron a Turquía, y se proyectó una invasión al "reino amigo", en medio de la consternación del cataclismo volcánico! ¡Tal era la moralidad de los

imperios germánicos! ¡Con semejantes títulos y con su lealtad y humanidad para con Bélgica, tienen la osadía de enrostrar "traición" y "cobardía" al pueblo de Garibaldi!

Síntesis

Señores: Ya lo veis, la fastuosa Alemania, el Austria, endurecida en el atraso y en crueldades refinadas contra los pueblos sometidos; su único aliado, el vetusto y fanático imperio turco, que hasta en plena guerra internacional en los Dardanelos, en el Mar Negro y en el Cáucaso, se consagra a las matanzas más cobardes e infames contra centenares de miles de infelices e indefensas familias armenias, — los tres imperios centrales se han lanzado a conquistar el predominio del mundo a cañonazos; con zeppelines que bombardean ciudades abiertas, sin guarniciones militares; con submarinos traicioneros, que producen catástrofes monstruosas, bien premeditadas, como el hundimiento del Lusitania, celebrado con dianas y fiestas escolares en las naciones "vencedoras", de ancianos, mujeres y niños, sepultados en las profundidades del mar; con gases asfixiantes que envenenan el aire y producen muerte horrible, o dejan ciegos a los soldados, contándose ya en Francia "dos mil" ciudadanos cegados por el invento científico alemán; con toda clase de tropelías contra pueblos indefensos y sometidos a los excesos de la soldadesca sin freno, sujetos a depredaciones individuales y a saqueos colectivos, de millones y millones, bajo terribles amenazas a las ciudades y a los prohombres que los resistan; sin fe en los tratados,

y sin más ley internacional que la avidez de sus conquistas...

¡Este es el plan "magnífico" con que la Alemania "científica", universitaria, artística, moral y guerrera, persigue la hegemonía del mundo!

Contra este azote de la humanidad se ha pronunciado el mundo culto no germánico; y las naciones de la alianza, vigorosas y vencedoras en todos los mares y en numerosos campos de batalla, tienen cercados a los imperios centrales con bloqueos inflexibles; y, aun cuando todavía habrá que derramar mucha sangre y sacrificar montañas de oro, —la civilización tiene que prevalecer contra la gigantesca regresión a la barbarie y al despotismo pretoriano.

Falsa grandeza

Se habla del resplandor de grandeza militar que envuelve al kaiser; no comparto ese estravío o benevolencia.

También fueron siniestra y horriblemente grandes y azotes mundiales, Atila, Gengiskán y Tamerlán, con sus ejércitos innumerables y sus procedimientos salvajes de guerra; y, a pesar de levantar "pirámides de cráneos contra el cielo", y del terrorismo espantable, — todos fueron batidos por la coalición de pueblos superiores, y la historia los reputa como fenómenos destructores de la la naturaleza, como fuerzas ciegas de transformaciones y cataclismos, al nivel de los ciclones, de las trombas y de los terremotos; ninguno de esos guerreros del espanto y del terror, se aproxima siquiera al pueblo más modesto que defiende la justicia y la libertad; a ninguno de ellos

alumbra el rayo más pálido que circunda de luces imperecederas la memoria de un Marco Aurelio, de un Alejandro, de un Washington. La justicia histórica los relega a la sombra de sus grandes crímenes contra la humanidad.

Rol gallardo de Italia

Señores: Entre las naciones que luchan abnegadamente contra el predominio mundial de los imperios centrales, figura Italia, en defensa de las nacionalidades, del derecho, de la libertad y de la civilización. Se ha levantado en armas por causa propia de emancipación, indignada por las tropelías cometidas contra Bélgica y Serbia, y para cooperar al triunfo de la causa de la humanidad y del derecho, que defienden los aliados. La justicia, el sentimiento y el deber altruista de proteger a los oprimidos, también conmueven sus legiones, inspiradas por el genio de la poesía y conducidas al heroismo y a la gloria, por sus hombres de mayor prestigio. Hasta ahora solo resuenan las dianas en sus líneas de guerra; y todo hace pensar que nos acercamos a la victoria definitiva del derecho y de la civilización. Que así sea.

He dicho.

XXXVI

El heroismo de Bélgica

En la historia general de la humanidad, cada nación se destaca con caracteres y acontecimientos peculiares, que les dan perfiles propios, ya por su cultura, ya por su inclinación industrial, por su aspecto civil o militarista, por su carácter místico o expansivo, por el apego a las tradiciones, por su espíritu innovador y revolucionario. Han surgido, por evolución creciente de riqueza y de población en comarca fija y antiquísima; o bien por sacudimientos armados de guerras intestinas en busca de su independencia, de autonomía internacional; por invasiones con planes de conquistas o de creación de nuevas nacionalidades, por simpatías de razas, de religiones y de tendencias políticas afines. Y muchas brillan por sus aptitudes para la paz, para la guerra, por su preponderancia industrial, por su inclinación a la indolencia y al atraso, por su afición al derecho, a las bellas artes, etc.

Pero son muy pocas las naciones que cuentan en sus anales alguna jornada cívica o belicosa, en que se hayan exaltado a las más altas cumbres de la historia en pos de un gran ideal, imponiéndose a los contemporáneos y

a la posteridad, con los resplandores del heroismo, de la grandeza y de la gloria, ya para marcar con caracteres luminosos un acontecimiento trascendental que conjuró gran peligro, ya para cambiar rumbos a la humanidad, hacia la perfección del progreso y de las instituciones. Por eso brillan en la posteridad las repúblicas griegas, desde hace 2.500 años, en las *artes* y en el recuerdo de las *Termópilas,* de *Maratón* y de *Salamina,* — donde encontró su tumba la soberbia conquistadora del Asia; Roma, en el *derecho;* el mundo galo-latino, en la batalla *Chalons,* contra el diluvio arrasador de los antiguos *Hunos;* Inglaterra, en la *"Carta Magna";* Estados Unidos, en su grito de *Independencia,* que resonó simpáticamente en toda la América; la Francia, en sus *Derechos del hombre,* para toda la humanidad; Suiza, en su *República liberal,* centenaria; la Europa y el Japón contemporáneo, también brillarán hasta las edades más lejanas, si destruyen la naciente *hegemonía pretoriana* de Alemania, que pretende suplantar la civilización, la independencia de las nacionalidades, el reinado del derecho y de la justicia, la cultura humanitaria del mundo, con la prepotencia universal del militarismo, apoyado en las universidades; Bélgica, su magnífica *Resistencia armada* al vandalismo germano, deteniendo su avance impetuoso, en batallas sangrientas, homéricas, heróicas y gloriosas; inmolándose en sublimes sacrificios de matanzas y saqueos colectivos, para que Francia e Inglaterra se aprestaran al esfuerzo supremo, que culminó en la victoria del *Marne,* donde fué quebrantada la formidable invasión de sangre, de rapacidad y de exterminio!

Bélgica, en esta jornada soberbia, — por la civiliza-

ción y por el derecho, — se ha elevado a las más altas cumbres de la historia, en plena inmortalidad: y por ello el mundo civilizado aclama su gloria, al austero monarca que la preside, y a la belleza moral de su *Reina,* socorriéndola en su calvario. Sobresalen en la sublime solidaridad con esta mártir católica, la Francia laica, la Gran Bretaña protestante, la República de Wáshington, la Italia liberal, la España borbónica, la democracia lusitana, el Nuevo Mundo latino, el Imperio del Sol Levante, la Australia y el Canadá; concurriendo así a la hermosa *asistencia internacional,* los principales pueblos de la tierra; de razas, latitudes y tendencias más opuestas, — como si se hubieran uniformado todos los países civilizados, para protestar contra la iniquidad de la invasión alemana.

Bélgica se ha inmortalizado; y el mundo que la socorre en su martirio, hace obra de valor, de humanidad y de civilización solidaria.

Buenos Aires, Julio 20 de 1915.

(Del libro "*Bélgica*").

XXXVII

Factores de la guerra

La lógica y el absurdo

La terrible conflagración guerrera desatada sobre el mundo por los imperios germánicos, bajo la siniestra ambición del dominio universal de Guillermo II, ha definido netamente en dos bandos la opinión pública entre los beligerantes y entre los neutrales: partidarios del azote pretoriano mundial, o defensores de la civilización greco-latina, del derecho, de la libertad y de las nacionalidades.

Pero en ese deslinde de opiniones y de responsabilidades, se observan fenómenos increíbles y parcialidades tan absurdas, que hacen desesperar de la solidez, de la cultura y de la fragilidad del reinado de la justicia, de los principios morales y del derecho, entre elementos dirigentes y masas de pueblos, que se creían bien orientadas

Los católicos de Bélgica, de Francia y de Polonia, que han sufrido todos los horrores del vandalismo alemán, cañoneos a las catedrales, universidades, oratorios y monumentos respetables; fusilamientos de curas y de masas populares, con pretextos fútiles de resistencias de algunos paisanos amparados por los convenios de La Haya;

saqueos de soldadesca rapaz y de sumas enormes requeridas "manu militari" por los comandos; ultrajes abominables de mujeres indefensas, violaciones de conventos y domicilios, raterías insaciables e incendios complementarios de aquella destrucción implacable, todas esas violaciones de las leyes de la guerra y del honor, han suscitado rencores profundos e inolvidables, impuestos por cultura elemental, por humanidad, por amor a la familia, por la más digna solidaridad social.

Esas poblaciones católicas, tan ferozmente agredidas por el Atilla II protestante, mantienen con toda justicia y derecho, el espíritu de resistencia y el plan de castigos más intenso y severo contra el enemigo común, llegando hasta amenazar al Pontificado con irse al cisma religioso, si mantenía sus predilecciones por la empresa criminal de Guillermo II, de Francisco José y la bizarra compañía del Sultán turco, con su saña inveterada de matanza de católicos en Oriente.

Ante esa grave eventualidad, ahondada con la entusiasta entrada en guerra de la Italia redimida, el Papa ha evolucionado, repartiendo amabilidades, predilecciones morales y consuelos de ultratumba a las masas de católicos víctimas de la guerra germánica, rogando al augusto Jefe de las huestes invasoras, que atenúe los estragos de la guerra. La diplomacia del Vaticano se ha hecho gran violencia, pues era tradicional su antipatía al liberalismo británico, a la república laica de Francia y al resurgimiento avanzado de la unidad italiana con Roma por capital; como también eran notorias sus adherencias seculares al despotismo católico de los Habsburgos, de Baviera y del centro parlamentario alemán. Pero la gravedad de la crisis, imponía la evolución forzada, pues habría peligrado

la unidad de la Iglesia y hasta su sede en la ciudad eterna, si conservaba su predilección por la guerra protestante del emperador de Alemania. El venerable cardenal Mercier, el episcopado de Francia y de Polonia, como el pueblo en masa de Italia, impusieron al Vaticano su cambio de orientación internacional, tal vez con reservas mentales de favorecer a los imperios centrales con una paz prematura o en los ajustes finales después de la guerra.

Las simpatías y rencores del Vaticano, como su misma evolución o retroceso hasta aconsejar el Papa a sus sobrinos que vayan a la guerra contra Austria, y nombrar capellanes de los ejércitos irredentistas, han desquiciado y desmoralizado a los clericales de los países neutrales; pero, en general, simpatizan con la causa pretoriana de Alemania, que oprime y ultraja a los católicos europeos de la alianza, y que entroniza sobre el mundo a una monarquía protestante.

¿No es esto absurdo y monstruoso? Sí y no. Lo primero desde el punto de mira de la humanidad, de la civilización, de la solidaridad de creyentes de una misma fe religiosa; lo segundo explicando su fidelidad al despotismo, sea pontificio o pretoriano, como su antipatía a la libertad y al progreso.

Pero... a pesar de todo, la parte más sana y vigorosa del mundo civilizado, una enorme mayoría, está a favor de la causa de la alianza, y en contra de la terrible regresión pretoriana de Alemania: La victoria de la alianza, salvará a la civilización del mundo.

Buenos Aires, 10 de Octubre de 1915.

(De la Revista "*Gallia*".)

XXXVIII

¡Polonia!

Su grandeza trágica

APÓSTROFES DE LORD BROUGHAM

Preámbulo

Entre todas las naciones de la tierra, ninguna como Polonia se destaca con fisonomía propia más original, con perfiles más acentuados e inconfundibles; con historia de cambiantes más bruscos, desde guerrera y conquistadora, a siglos de mansedumbre; contando en sus orígenes a un Carlomagno propio, y a un héroe mundial que la asistió en el Calvario de la repartición; con un pasado más apacible y bondadoso, con aberraciones institucionales más contradictorias y peligrosas para la intriga y la codicia de los vecinos: con las transiciones más profundas y terribles, — desde una vida ingenua, de costumbres virgilianas, de hábitos democráticos, riqueza industrial, tolerancia magnánima para todos los perseguidos de la Europa, cultura difundida de multitud de escuelas a universidades célebres... desde una vida ingenua, a los desgarra-

mientos más despiadados, inicuos y sanguinarios, a la comprensión más dura e implacable durante 143 años, a las escenas de masacres, incendios y exterminio de la guerra comtemporánea, que siembra la muerte y sus estragos en la antigua Polonia, en los campos de batalla del nordeste; con una misión trascendental de protejer al Occidente europeo de las irrupciones orientales, dada su posición estratégica del mar Báltico al mar Negro; con un destino más aciago, para recibir, en premio de sus merecimientos, la desmembración y la tiranía!

De ese conjunto de recuerdos, de contrastes y de horrores, flotan "cincuenta millones de polacos", entre los vecinos que desgarraron su nacionalidad y dispersos por el mundo, con una potencia de vida nacional, con una energía, carácter y fé en su resurrección, que sobrevive a todas las adversidades, exhibiendo, vigorosa e inmortal, la cohesión indestructible de su raza y de su patria fragmentada: Al fin surge una hermosa esperanza de vida autónoma! Después de tantos sufrimientos y de brillar los polacos dispersos, por su bondad, por su inteligencia, por sus aptitudes artísticas y científicas, y por sus sentimientos generosos, los enaltece la perspectiva de restaurar su patria, — renunciando a la triste gloria de un vencedor efímero de su raza, que ha devastado la Polonia, y ganado una estatua en vida...

Importancia de la Polonia

Para darse cuenta de la importancia de la nación polaca y de la piratería internacional de su desmembra-

miento, conviene tener presente las grandes cifras de su territorio, de su población, de su historia, de su cultura y de su organización nacional. En los pactos de sus desgarramientos territoriales, cupo a la Rusia 606.000 kilómetros cuadrados, a Prusia 95.000 y al Austria 77.000, haciendo un total de superficie de 778.000 kilómetros cuadrados, más extensa que todas las naciones europeas, exceptuando a Rusia. La población anexada a Rusia fué de 18.300.000 habitantes; la que pasó a Prusia, de 4 millones 720.000; y la anexada al Austria, fué de 5.560.000; total, 28.580.000, más que la población de varias naciones europeas, que jugaban importante rol internacional. Aquel dilatado territorio tenía vastas zonas fértiles y muy adecuadas para la agricultura y la ganadería, como ríos importantes, extensas llanuras y bosques frondosos, la soberbia floresta Bialowiez, la mas grande y bella de Europa, de excelentes maderas; los grandes lagos y terrenos pantanosos al norte. Aun cuando por falta de defensas montañosas, salvo el sudoeste, su clima era más frío que países como Bélgica e Inglaterra de la misma latitud, — vivía feliz y prosperaba su industriosa población, exportando el excedente de su producción al resto del continente. Había ciudades populosas y muy cultas, ciudades inferiores, aldeas y campañas de gran actividad agrícola, con numeroso pueblo trabajador y feliz.

Su historia era muy remota, y ascendía a varios siglos antes de la era cristiana, perdiéndose en las brumas de la leyenda, como los pueblos orientales. Al sud-oeste tenían los polacos por vecinos, dice un autor, "a los pueblos germánicos, que, poco a poco, se fueron apoderando del país ocupado por los eslavos occidentales, y exterminaron su

población". "Los eslavos (a que pertenecían los polacos) eran, según el testimonio de los historiadores, un pueblo de costumbres suaves y pacíficas; vivían primitivamente bajo un régimen democrático y no tenían ni reyes ni sacerdotes; siendo más tarde que confiaron la dirección de sus asuntos a un jefe único, para resistir a las invasiones de las tribus feroces de los germanos y de las hordas del Asia". Boleslao I, "El Bravo", fué una de los más grandes reyes de Polonia, el año 992, ya convertida al cristianismo; y con razón se le llama el Carlomagno polaco. En la conferencia de Thorn, 1464, "se comprobó que los monjes teutónicos se habían apoderado de la Prusia, antigua provincia polaca, sin otro derecho que el de la fuerza. Los monjes teutónicos, humillados y no expulsados, no cesaron de intrigar y de conspirar contra la Polonia; y tomaron las armas contra ella, cada vez que la vieron ocupada en combatir a otros enemigos."

Todos los nobles eran libres e iguales, y el rey fué reducido gradualmente en sus funciones, — sobre todo cuando el trono se hizo electivo, — a no ser más que un rodaje insignificante del poder ejecutivo de la república, que ejercían el Senado y la Asamblea.

En 1573, se eligió al primer rey, Enrique III de Valois, por una asamblea de cien a doscientos mil hombres armados, en la llanura de Wola, cerca de Varsovia; y estos comicios enormes fueron siempre pacíficos y libres. El rey Esteban Bathori luchó con el zar Iván el Terrible; y "a su muerte, se reputaba a Polonia la primera potencia del Norte" (1586). Bajo el reinado de Juan Casimiro, Polonia sostuvo una guerra contra Rusia, Turquía, Suecia, el Elector de Brandeburgo, el de Transilvania y la

sublevación de los Cosacos; no sucumbió por el valor y la estrategia del general Chodkiewicz. Entonces, en la dieta de 1652 se presentó el primer caso del "liberum veto", opuesto por el ciudadano Sicinski d'Upita, que resultó tan funesto para Polonia. El rey Juan Casimiro, predijo en un discurso de 1661, la partición de la Polonia entre Prusia, Austria y Rusia, que se consumó un siglo más tarde; abdicó en 1668.

La monarquía electiva de Polonia, no obstante su cultura y las costumbres democráticas tradicionales de su numerosa nobleza, dió pésimos resultados, por las intrigas de las monarquías vecinas, para hacer triunfar a los príncipes o pequeños reyes, debiendo influir también en grado muy nocivo, la corrupción política, la venalidad del voto, y la gran masa de servidumbre sin derechos en que descansaba aquel país, como en las demás naciones. A ello se agregaba la ambición constante de Rusia para "abrirse una ventana al occidente", y el espíritu conquistador de Prusia y de Austria, que anhelaban ampliar sus dominios. Por intrigas, deslealtades e intromisiones armadas en Polonia, se conservó la institución anárquica del "liberum veto", la inestabilidad, el desorden en el gobierno interior, y las deportaciones a Siberia, descollando en estas maniobras y violencias, la célebre Catalina II, alemana y zarina de Rusia. Para resistir a tan odiosas confabulaciones y a los factores internos de malestar, se concertó la confederación del Bar el 29 de Febrero de 1768, "para expulsar a los rusos y devolver la independencia a la nación polaca", siendo el principal jefe libertador Casimiro Pulawski; pero la lucha era muy desigual, a pesar de los esfuerzos heroicos durante cuatro

años. "Se vió, dice Rulhiére, a un pueblo desarmado, cuyo territorio fué ocupado por numerosos ejércitos disciplinados, formidables y renovados; a un pueblo traicionado por su rey y parte del senado, sin fortalezas ni accidentes para la defensa; sublevado por su independencia y atacar a sable las baterías de cañones".

Polonia era un país de cultura difundida, contándose desde los siglos XV y XVI, escuelas en todas las ciudades y aldeas. La Universidad de Cracovia, fundada en 1347, fué la más antigua de las universidades del Norte de Europa, muy anterior a las de Viena, de Praga y de Leipzig. Antes que en todos los países de Europa, Polonia creó una "magistratura suprema" para dirigir la instrucción pública; y cuando por la bula del Papa Clemente XII, fué suprimida la orden de jesuítas, los fondos disponibles por consecuencia de esa expulsión, fueron afectados a la instrucción del pueblo. Polonia era una república "revestida solamente de las formas de la monarquía constitucional", dice Lelewel. La cultura, el comercio, los hábitos pacíficos y el espíritu industrioso del pueblo, creó una atmósfera de tolerancia, desconocida en el resto de Europa, que ardía en guerras de reformas religiosas, y en matanzas como las de Saint Barthélemy. Un historiador dice a este respecto: "Los ejemplos tienen más autoridad que los razonamientos, los hechos más fuerza que las palabras: en favor de las instituciones de la Polonia en el siglo XVI, se exhibe este hecho elocuente: la Polonia ha atravesado en una paz admirable, y sin dejar derramar una gota de sangre, el período de la Reforma y de las guerras de religión. En 1572, el año mismo de la Saint Saint Barthelemy, ha dado un magnífico ejemplo de tolerancia,

inscribiendo al frente de su constitución: "Nosotros, disidentes en materia de religión, juramos mantener la paz entre nosotros". "¿La libertad ha dado nunca mejores frutos?" "Durante la Edad Media y sobre todo en la época de las Cruzadas, los judíos, perseguidos en todo el resto de Europa, se refugiaron en Polonia; y el número de estos desgraciados, que encontraron asilo y protección en esta tierra de tolerancia, se elevó a varios centenares de miles; el número de sus descendientes se eleva hoy allí a varios millones. La Polonia acogió con la misma benevolencia, a las víctimas de las diversas persecuciones religiosas de Alemania, de Italia, etc." Las mezquitas se levantan sobre las iglesias y las sinagogas; basta contemplar la clasificación de los habitantes según sus credos religiosos: 11.000.000 de católicos, 7.000.000 de griegos-rusos, 3.500.000 israelitas y 3.000.000 de protestantes.

El reparto de la Polonia

Continuando la narración de la defensa nacional por los confederados del Bar, en 1772, las fuerzas polacas se vieron atacadas por los ejércitos rusos, prusianos y austriacos, y sucumbieron al número. Federico II hizo acuñar 100.000.000 de florines polacos falsos en Leipzig, para arruinar su comercio, y "las tropas prusianas devastaron la Posnasia largo tiempo después de las hostilidades."

Las tres potencias victoriosas acordaron entre sí el primer reparto de Polonia, en el tratado de San Petersburgo, de 5 de Septiembre de 1772 y comunicaron el despojo oficialmente a la Polonia y a Europa, en el manifiesto

de 13 de Enero de 1773, "renunciando toda pretensión al resto de Polonia": lo proclamaron solemnemente!

Es conveniente conocer la opinión del Papa sobre esta forma de reparto por los poderosos, de poblaciones católicas con vastas zonas territoriales. "María Teresa había manifestado algunos escrúpulos antes de cometer este acto de brigandaje político. El papa Clemente XIV, consultado por ella, le respondió: "Que la invasión y el reparto de la Polonia, eran no solamente políticos, sino en interés de la religión, y que, en ventaja espiritual de la Iglesia, era necesario que la corte de Viena extendiera su dominación en Polonia, tanto como pudiese!"

Después del primer reparto, hubo una tregua de paz de diez y ocho años, en que Rusia continuó su sistema de mantener en anarquía a la Polonia, oponiéndose con amenaza de guerra a la abolición del "liberum veto", y a toda reforma liberal. Se creyó conjurar semejante estado de cosas, pactando una alianza de Polonia con Prusia el 19 de Noviembre de 1788 y 8 de Diciembre de 1789, según cuyo tratado, Polonia cedía a Prusia, Dantzig, Thorn y Dybow, y Prusia "se obligaba" a defenderla contra toda agresión del país que la atacara.

Con este amparo, la dieta polaca abordó las reformas liberales sin temor a Rusia, sancionando la célebre constitución del 3 de Mayo de 1791, análoga a la sancionada por Francia a fin del mismo año, y reputada la más liberal de Europa; abolió el "liberum veto" y las confederaciones, proclamando la monarquía constitucional hereditaria, para terminar con los trastornos y escándalos de la electiva. Por desgracia, la marcha de la revolución francesa, hizo que las monarquías absolutas se apresura-

ran a sofocar el incendio revolucionario, declarando la guerra a Francia el 20 de Abril de 1792, y a Polonia el 18 de Mayo del mismo año, anulando la constitución liberal y las leyes reformistas consiguientes, cuya misma suerte habría cabido a Francia, sin los enormes sacrificios de sus guerras. El rey de Prusia, requerido a enviar un ejército en auxilio de Polonia, en cumplimiento de las "obligaciones" del tratado de 1791, se negó redondamente, sin devolver los puertos y ciudades recibidas en pago de la cooperación solicitada. Aun cuando los generales polacos Ponialowski y Kosciusko, en Zielince y en Dubienka, infligieron grandes pérdidas a los rusos, la debilidad y la traición del rey, facilitaron la derrota de Polonia, y el segundo reparto de su territorio, con que fué beneficiado también su ex aliado ¡el rey de Prusia! sin participar Austria.

Por reiterados actos de opresión de Rusia, se produjo la revolución de Polonia de 1794, donde jugó rol prominente el general Kosciusko, obligando la guerra con Polonia, a separarse de la coalición contra Francia, a Rusia y a Prusia, que tuvieron que contraer sus mejores tropas a luchar con los polacos, hasta la batalla de Macieiowice, donde fué vencido el héroe de aquella defensa desesperada por la independencia nacional. Llegamos a la tercera repartición del resto de Polonia, entre Rusia, Austria y Prusia, arrancando esta piratería internacional, la condenación elocuente de lord Brougham:

"Así cayó el pueblo polaco, después de haber tentado los más valerosos esfuerzos para fundar la libertad, y sostenido la lucha más heroica para defenderla. Su caída acusará eternamente la maldad de Rusia, la perfidia de

Prusia, la vil adhesión de Austria y la estúpida inercia de toda Europa... Hasta su primer reparto, la santidad de una antigua posesión y los derechos de un pueblo sobre su propio suelo, habían sido respetados como inviolables: se trataba de un principio conservador de la independencia europea... La partición de Polonia, ha dado al mundo el espectáculo de una nación despojada de su antiguo territorio, sin que la menor agresión sirviera de pretexto para justificar el ataque; ni siquiera se tomó el cuidado de dar a la guerra las formas que hubieran podido disimular esta odiosa rapiña, bajo el nombre de conquista."

Por esta tercera y última repartición (20 de Octubre de 1795), la Polonia fué enteramente rayada del mapa de la Europa. Las esperanzas de reconstruir su nacionalidad despedazada concurriendo a la obra del genio guerrero de la revolución francesa, que trastornaba todos los despotismos seculares de Europa, — fueron desvanecidas, pues no obstante el sacrificio de generales y tropas polacas, elevándose a 80.000 en la expedición a Rusia, — Napoleón I colocaba su ambición de predominio mundial, sobre la libertad y el bienestar de los pueblos. El mismo desengaño tuvo Polonia con la revolución francesa de 1830 y con la de 1848, a pesar de los esfuerzos de nobles franceses como Lafayette, Lamartine y Mauguin. Entonces se escucharon en la tribuna parlamentaria de Francia, estas deplorables declaraciones, execradas por Victor Hugo en discurso posterior elocuentísimo: "La Pologne est trop loin... Chacun pour soi, chacun chez soi". "La sedition est tourjour un crime... Nous ne concédons a aucun le droit de nous forcer a combattre pour sa cause. Le sang et les trésors de la France, n'appartiennent qu' a

la France." Los ejércitos inmensos de las potencias adjudicatarias de Polonia, no obstante algunas victorias gloriosas, aplastaron sus insurrecciones inauditas, confiscaciones de bienes, deportaciones y mil violencias, para arrancar de los polacos el sentimiento de su nacionalidad, e inculcar con todo género de brutalidades, sin excluir la muerte, el idioma, las leyes, la disciplina militar y las costumbres de las potencias vencedoras, ensañadas contra la vitalidad y el espíritu de rebelión heroico de aquel pueblo mártir. A pesar de todos los contrastes, todavía los polacos prestaron su ayuda a Francia en 1870, cayendo gloriosamente cerca de Dijón, bajo la bandera tricolor, el general Bossak Hauke, y siendo fusilados varios polacos francófilos por los prusianos en las estaciones de ferrocarriles.

El Papado, que cubrió con su autoridad espiritual el crimen de la repartición de Polonia, fulminó también la revolución de 1830. "Por su bula del 9 de Junio de 1832, el Papa Gregorio XVI condenó aquella insurrección; y el 15 de Agosto del mismo año, dirigió un breve a los obispos de Polonia, en que invitaba a los polacos, clérigos y laicos "a someterse a su magnánimo emperador Nicolás" (tan opresivo como Catalina II) como a su soberano legítimo".

¡Pobres polacos! Les fallaban todos sus cálculos, todas las esperanzas razonables de concurso para su manumisión, después del esfuerzo heróico y reiterado de sus ejércitos, del pueblo y de sus grandes generales, — no respondía Francia, ni a la gratitud, ni a su misión de gran potencia emancipadora, ni al genio de su obra inmortal revolucionaria en pro de las instituciones, de la civiliza-

ción y de la libertad. El Pontificado, desoyendo los lamentos de una nación católica y virtuosa, desgarrada y perseguida con todo ensañamiento, por el absolutismo católico de Austria, por el absolutismo protestante de Prusia y por el absolutismo sismático de Rusia, — se encogía cobardemente de hombros, y amparaba con su autoridad moral y mundial, el crimen de la repartición de la Polonia, y la tiranía de su servidumbre! ¡ Pobre Polonia, reducida a sus fuerzas exangües, a la firmeza indomable de su carácter, al porvenir sombrío e incierto, a persecuciones inauditas, al horizonte cerrado a toda cooperación; expulsada por el Papa infalible, hasta del consuelo y de la esperanza del cielo cristiano! Pero la noble nación descuartizada, afirmando el credo inmortal de su nacionalidad, pudo decir valientemente: "E pur si muove!"

¿No es un hermoso ejemplo de grandeza trágica?

El héroe de Polonia

Entre los numerosos hombres civiles y militares de mucho valor que flerecieron en Polonia, se destacaba en primera fila y a gran altura, Kosciusko, el generalísimo de sus movimientos libertadores, héroe de ambos mundos y soldado de las causas emancipadoras de los pueblos europeos, Francia y Polonia, como el gran caudillo Garibaldi, campeón también de las naciones oprimidas. El general polaco, no tuvo la suerte del italiano, que dejó a su patria libre y unida, falleciendo, por el contrario, amargado por la derrota y por los infortunios de su pueblo. Pero conviene destacar al gran polaco, cuya memoria se

venera con tanta unción por sus compatriotas, pues le cupo el honor y la gloria de dirigir militarmente a Polonia en la resistencia heroica a su desmembramiento, y en las viriles sublevaciones posteriores.

El joven noble Tadeo Kosciusko, había descollado en primeros estudios de Varsovia, por su aplicación e inteligencia; y merced a ello fué enviado a perfeccionar sus estudios en la escuela militar de Versalles y de Brest, donde aprendió fortificaciones, táctica y marina. En 1772, al producirse el primer reparto de Polonia, regresó a su país, donde se le dió el grado de capitán de artillería. Por un episodio amoroso, en que resultó gravemente herido, y apenado por la situación de su patria, resolvió emigrar a Estados Unidos, con otros varios polacos, para ofrecer su concurso a las colonias americanas, en su lucha por la libertad, "movidos por la pureza, el desinterés y la inocencia", según Michelet. Se enroló como coronel de ingenieros y luego fué ayudante de Washington, descollando por su bravura y pericia. Mas tarde ascendió a general, distinguiéndose en las batallas que dieron el triunfo a Estados Unidos contra Inglaterra, en 1783.

Regresado a Polonia después de la paz, se le tributaron ovaciones, y en la insurrección de 1792, fué uno de los principales jefes polacos. Kosciusko, al regresar de América, encontró débil y anarquizada a Polonia; un millón de nobles, gobernaban discrecionalmente a quince o diez y ocho millones de paisanos siervos; y comprendió que sin una revolución social de igualdad, no se haría nada sólido; los nobles no lo acompañaban en ese campaña interior, pero producida la guerra contra los rusos, con 4.000 hombres venció a 20.000 rusos en Zielenea y

sostuvo en Dubienka una lucha heroica con un puñado de bravos; mas la inferioridad de sus tropas y la falta de carácter del rey, sometido al embajador de Rusia, tuvo que retirarse y abandonar su país. La Asamblea Legislativa de Francia, acordó a Kosciusko el título de "ciudadano francés"; y residió en Francia y en Dresde, más cerca de su país para el momento oportuno, pues una conspiración avanzaba y estalló en 1794, proclamando en Cracovia dictador a Kosciusko, en medio de ovaciones; y la igualdad civil entre nobles y siervos, en elocuente manifiesto, improvisando un ejército numeroso en breve tiempo, obteniendo en Raclawice una sangrienta y decisiva victoria contra los rusos.

Pero los nobles se arrepintieron de la igualdad declarada en el manifiesto, y como obstaculizaran la movilización, Kosciusko produjo una revolución social, reconociendo a los siervos parte de las tierras que cultivaban desde sus abuelos, y limitó a la mitad el trabajo que exigían los señores.

Estos incidentes facilitaron la traición del rey y de los otros revolucionarios; mientras que Prusia concurría con su ejército a combatir la revolución de Kosciusko. Fué vencido en Szezeing; pero prolongó su resistencia en los alrededores de Varsovia varios meses, hasta que cayó muy herido en Macieowice, donde los rusos le inventaron la frase "Finis Poloniœ", que él rechazaba como una blasfemia. Prisionero de los rusos, fué conducido a Petersburgo, donde estuvo prisionero hasta la muerte de Catalina II, en 1796.

Puesto en libertad por el nuevo Zar, emprendió viaje a Nueva York, votándole el congreso nacional la suma

de 150.000 francos en recompensa de sus antiguos servicios a la causa de la emancipación. Luego se instaló en París a la espera de los acontecimientos dirigidos por el Directorio, por el Consulado y por el Imperio; sin tomar parte directa, por desconfianza a Bonaparte, aconsejaba a sus compatriotas desterrados, que siguieran los ejércitos de Francia. Creyó en las promesas que le hiciera el zar Alejandro en París durante 1814, pues le había dirigido una carta engañadora: "Espero realizar la regeneración de la brava nación a que perteneis". Sus compatriotas le pidieron que fuera al congreso de Viena, para ver si obtenía la restauración de Polonia; pero no consiguió nada; y, descorazonado, se retiró a Soleure, casa de su mejor amigo Zeltner, donde pronto murió, libertando antes a sus siervos de Lithuania, mientras legaba una suma importante para instruir los negros de América!

Se le rindieron honores fúnebres en Estados Unidos y en casi todas las naciones de Europa, y sus restos fueron sepultados en Cracovia, en la tumba de los Reyes. Frente a una de las puertas de la ciudad, se erigió un monumento a su memoria, de estilo sármata, que consiste en un montículo de tierra de 46 toesas en su base, por 20 toesas de altura.

Kosciusko era el jefe del radicalismo polaco, modesto, como lo eran sus modelos Lafayette y Jefferson. Profundamente demócrata, no supo o no pudo, por las peculiaridades de su pueblo y de su tiempo, armonizar la revolución política de emancipación, con la revolución social de los nobles y de los siervos. No habría justicia en responsabilizar del fracaso al héroe puro y valiente de esas grandes empresas, cuando debía combatir contra na-

ciones poderosas, y dirigir a un pueblo entusiasta y bravo, pero anarquizado por la intriga y la traición. La historia coloca el nombre de Kosciusko entre los grandes hombres de la humanidad; y nos es muy grato a los argentinos tributar homenaje a su memoria, no solo por haber sido el gran caudillo de una nación culta y valerosa, desgarrada y oprimida, sino por haber coloborado a las órdenes de Jorge Washington, en la emancipación del Nuevo Mundo.

¡Un óbolo para la infortunada Polonia!

Entre los horrores de la guerra contemporánea, figuran los asaltos, matanzas y devastaciones de tres pueblos relativamente pequeños, que, por una especie de fatalidad de los acontecimientos, han venido a ser, como paragolpes, el teatro más terrible del azote mundial, y donde los imperios centrales, provocadores de la conflagración, han intensificado los estragos de las violaciones de las leyes de la guerra, ya en las grandes batallas libradas, ya en largas ocupaciones, durísimas para los pueblos, por los vejámenes, efusión de sangre y latrocinios más o menos disimulados: esos pueblos infortunados son Bélgica, Serbia y Polonia.

De los tres, quien sufre la peor parte es Polonia, porque su antiguo territorio, del mar Báltico al mar Negro, es el campo obligado de las más rudas, sangrientas y reiteradas operaciones de guerra en todo el frente noreste, donde no se economizan crueldades, pues se trata de provincias conquistadas y levantiscas, y porque significa la mayor desolación para esos pueblos polacos; sin "comerla

ni beberla", en la terrible contienda, el destino lanza los polacos de Prusia y de Austria contra los polacos de Rusia, y viceversa, con un ensañamiento y reiteración destructiva, en defensa de los "imperios-amos", cuando todos los polacos se aman entrañablemente y no tienen todavía el mismo sentimiento para esos imperios, que desgarraron su nacionalidad y los mantuvieron en servidumbre prolongada. La historia no presenta una situación más desesperante ni más horrible. Polonia no tiene más causa que restaurar su autonomía y su nacionalidad, con todos los elementos de cultura y de bienestar que tenía, mejorados por el progreso y la civilización contemporánea; nada tiene que ver con la necesidad de "ventanas" a occidente de Rusia, ni con el ensueño perverso de predominio mundial de Guillermo II, ni con el proceso galopante de la disolución austriaca. Polonia solo aspira a su propio gobierno, a soldar los tres grandes fragmentos de su antigua y gloriosa nación, a robustecer su patria para su propio bienestar y aun para defensa de Europa, como antes. Muy poco le halagan las glorias marciales del general Hindenburg, mientras que desconfía de la sinceridad y de la eficacia de las bellas promesas sobre "autonomía" de los imperios rivales, en un tiempo aciago, donde las obligaciones escritas, más sagradas, resultan "tiras de papel", cuando estorban los planes de rapacidades y conquistas. ¿No es también esto una angustiosa pesadilla para la infortunada Polonia?

Renuncio a describir todos los horrores y los sufrimientos producidos en las provincias polacas por la guerra europea, donde han repetido sus campañas asoladoras los ejércitos enemigos, sembrando la muerte, las de-

vastaciones, los incendios y todos los estragos de la más grande conflagración armada. La síntesis de tantas calamidades presenta a los polacos escapados al exterminio en sus hogres, refugiándose en los bosques, semi-desnudos, hambrientos y desesperados, a disputar a las fieras el sustento y a morir de hambre cuando se acaben las pocas provisiones salvadas del cataclismo!

¡Tal resulta el final dantesco de aquella opulenta, felicísima y sabia Polonia, que fundó la primera universidad en el Norte de Europa; que amparó a todos los perseguidos por el fanatismo y la intolerancia; que defendió durante siglos, como antemural infranqueable, al occidente europeo, de la barbarie asiática!

En semejante situación, de todas partes del mundo se aprestan auxilios para ese pueblo martirizado en una guerra extraña a sus legítimas aspiraciones de libertad, de autonomía, de civilización y de independencia; y en Buenos Aires se ha organizado un comité de damas distinguidas y de caballeros polacos, en relación con el comité que presiden, en Suiza, Paderewski y Sienkiewitz, para hacer llegar a las víctimas polacas de la guerra recursos indispensables, directamente, sin consignarlos a los gobiernos de Rusia, de Alemania y de Austria, pues se ha observado que de remesas inglesas y norteamericanas con el mismo destino, llegan muy disminuídas a los polacos.

Este comité humanitario de personas tan bien inspiradas, dará el 1 del mes en curso, un interesante festival en el salón Augusteo, cuyo producto se destina a las víctimas polacas de la guerra, vendiéndose las localidades en la librería Facultad, calle Florida 436. Es de

esperar que tenga pleno éxito pecuniario, nunca más justo y meritorio, porque es para los más infortunados, aun en presencia de belgas y de serbios! La fiesta debiera ser neutral, dadas las peculiaridades de Polonia, pues figuran provincias polacas entre los aliados y en los imperios centrales, además de aparecer impropios los apasionamientos rivales, cuando se va a proteger a las víctimas de la guerra, igualmente respetables en su desgracia, y yo había accedido a la petición del comité, de pronunciar una conferencia en tal sentido.

Pero se han producido desinteligencias, imposiciones y retraimientos, que sería muy sensible perjudiquen el plan caritativo del concierto. Los alemanes invitados, dieron la nota inicial de su intolerancia acostumbrada y varios aliados, en explicable represalia, no se resignan a pasar unas horas de buenos números de música y de canto, bajo el mismo techo con sus rivales agresivos, ofreciendo aportar auxilios para las víctimas polacas de la guerra, en festivales próximos. Yo, en obsequio al éxito humanitario del concierto, he retirado espontáneamente mi concurso de conferencista, y coopero con esta publicación al mismo fin caritativo.

Voto final

En resumen, me parece que el mundo civilizado, al formular sus votos porque al fin de la conflagración armada se reconstruya la Polonia autónoma, debe ayudar en todas formas a las víctimas polacas de la guerra, con espíritu humanitario, con generoso olvido del pasado, y

con fe profunda en el resurgimiento institucional de un gran pueblo, que le haga plena justicia, y que borre del tiempo, el recuerdo de un gran crimen internacional.

¡Salve Polonia redimida!

17 Noviembre, 1915.

XXXIX

La inmolación de Miss Cavell

Crueldad alemana

I

La enfermera inglesa miss Edith Cavell ha sido fusilada en Bélgica por los alemanes, acusada de haber ayudado la evasión de prisioneros franceses, ingleses y belgas, según así explican las autoridades germanas de Bélgica, añadiendo que había un complot para "hacer fugar prisioneros. ¡Era necesario un escarmiento!" El ministro norteamericano en Bruselas gestionó, con gran interés, la conmutación de la pena de muerte pronunciada contra miss Cavell por el consejo de guerra alemán, invocando los méritos de la condenada, que, en su abnegación humanitaria había curado a muchos heridos alemanes, con la misma solicitud que a los heridos aliados. Se le engañó, haciéndole creer que no sería ejecutada tan pronto, con tiempo para solicitar gracia del kaiser; y fué ingratamente sorprendido con el fusilamiento, mientras activaba el pedido de gracia con el ministro de España.

El Papa, con motivo de este fusilamiento, ha protestado ante el kaiser contra la ejecución de mujeres.

II

Miss Cavell afrontó la muerte con gran valor, patriotismo y serenidad. Adornó su pecho con una banderita británica que besaba en el momento de la descarga. Solicitó como una gracia que no le vendaran los ojos al fusilarla; e iba al sitio del suplicio con paso firme y erguida, entonando un salmo bíblico de consuelo.

El capellán inglés Gahan, que la asistió poco antes de la ejecución, refiere así su entrevista: "Ella deseaba que todos sus amigos supiesen que daba la vida por la patria, diciendo: No tengo temor ni tiemblo; he visto la muerte con tanta frecuencia, que no me es extraña ni espantosa. Doy gracias a Dios por estas diez semanas de reposo antes del fin. Mi vida siempre ha sido angustiada; he estado llena de dificultades: este tiempo de descanso ha sido una gran merced. Estando, como estoy, frente a Dios y la eternidad, me doy cuenta de que el patriotismo no basta. No debo tener rencor a nadie".

El capellán continúa: "Yo repetí las palabras de la oración; ella las dijo. Hablaba con tranquilidad, dando mensajes de despedida para los amigos y conocidos. Cuando le dije adiós, se sonrió y me contestó: "Nos volveremos a encontrar".

"El capellán alemán estuvo con ella hasta el fin. Ella dijo en el último momento que moría contenta por la patria. Murió como una heroína".

III

Indignadas muchas damas norteamericanas, millonarias, por esta bárbara ejecución, han resuelto vengar el fusilamiento militar alemán, ofreciendo al gobierno inglés organizar, equipar y sostener con su peculio, un cuerpo de 20.000 hombres mientras dure la guerra; y el ministro británico ha aceptado el ofrecimiento!

El 29 de Octubre en la Catedral de San Pablo, de Londres, se efectuó un solemne servicio fúnebre en homenaje de miss Cavell, concurriendo la reina madre, los hombres del gobierno, la madre de la fusilada, la nobleza, numeroso pueblo y 600 enfermeras. El coro entonó el canto: "Abide vith God fast Falls the Even Tide" (Sufrir con Dios suaviza la catástrofe), entonado por miss Cavell en sus últimos momentos. Cuando se cantó este coro, no había uno solo de los presentes que no llorara.

El 28 de Octubre el gobierno belga, desde El Havre, ha telegrafiado a la madre de miss Cavell, comunicándole que "Bélgica se asocia al homenaje de admiración y gratitud hacia la joven sacrificada, igual que todas las mujeres belgas, que han sido mártires de la barbarie de los invasores".

El Senado de Francia, en su sesión del sábado 30 de Octubre, aprobó por unanimidad una resolución en que expresa el horror que le causó la ejecución de la enfermera británica miss Cavell.

El gobierno inglés ha acordado permiso para erigir en "Trasfalgar Square", un monumento que perpetúe la memoria de miss Cavell en Londres.

El poeta chileno don Alberto del Solar, ha consagrado un inspirado soneto a esta repulsiva ejecución.

IV

En esos días del fusilamiento de miss Cavell, fué también ejecutada en Bélgica por los alemanes, la señorita francesa, Adrianne Gay, inculpada tan sólo, como miss Cavell, de haber facilitado la evasión de prisioneros aliados, que según las autoridades germanas, por esa fuga vuelven a las filas enemigas para hacer fuego contra los soldados del kaiser. El pelotón de fusiladores de esta señorita, tal vez por humanidad o repugnancia a la inmolación, dirigió la descarga a las piernas de la víctima; y el oficial que los mandaba, irritadísimo, descargó su revólver sobre la cabeza de la joven francesa, según telegrama de "La Nación"!

V

El doctor Carlos Madariaga, promueve una adhesión argentina a la protesta general contra el fusilamiento de la humanitaria miss Cavell, en esta forma sencilla, estética y expresiva de nuestro país. Las enfermeras de Buenos Aires suscribirán las hojas de un álbum, debajo de este modesto recuerdo: "Homenaje a miss Edith Cavell, enfermera y libertadora de prisioneros, sacrificada en Bélgica por los alemanes". La primera foja del álbum contendrá una página alusiva, en prosa o verso, del poeta Almafuerte.

La cubierta de pergamino del álbum, llevará una pintura alegórica de Cesáreo B. de Quirós, y un escudo argentino adornará la última página de la cubierta.

El álbum así formado, se colocará dentro de un cofre de madera argentina, elegante y perfumada, que cerrará un broche artístico de plata antigua.

Todo será remitido a Londres, como ofrenda argentina para ser colocado en el archivo de la Cruz Roja británica, donde servía la infortunada miss Cavell.

VI

La Kultura alemana, después de haber glorificado hasta en las escuelas el asesinato de mujeres, ancianos y niños que viajaban en el Lusitania, complementa y perfecciona la educación moral del mundo con el fusilamiento de la altruísta miss Cavell, difundiendo, especialmente en América, nociones de sensibilidad y de justicia, muy dignas de sus ilustres antecesores, los Hunos y su rey Atila, exhibido por el kaiser como un modelo, al recomendar a las tropas expedicionarias a China, que "no hicieran prisioneros" "ni dieran cuartel"; para que hasta "dentro de mil años, los chinos temblarán en presencia de un alemán"!

De esta manera se robustece la propaganda germanófila en el Nuevo Mundo, por escritores democráticos, hasta en órganos doctrinarios de prestigio continental; por más que las naciones civilizadas execren la "justicia militar alemana", su moral, sus ambiciones de predominio mundial, y todas las violaciones de las leyes de la guer-

ra, en el cataclismo bélico que ha desatado sobre el mundo.

En cuanto al último crimen de lesa humanidad contra miss Cavell, aun cuando horroriza a todos los pueblos cultos, ha proporcionado siniestro reposo a la noble sacrificada, y brindado al Imperio Británico una gloria que le faltaba: Ya tiene su Juana de Arco!

Así procede el ingenio alemán!

Los filántropos del mundo, protestamos indignados contra la feroz inmolación de miss Cavell: El militarismo alemán ha quedado satisfecho!

4 Diciembre, 1915.

XL

El poema de Almafuerte

¿Es excesivo?

Sin duda alguna, el *Apóstrofe* del poeta Pedro B. Palacios ha sido el acontecimiento literario rioplatense del primer mes del año nuevo 1916, aun cuando su fecha, de fin de Diciembre, lo constituya el testamento de 1915, al menos la partida de defunción moral del *Deus ex machina* que agita y ensangrienta al mundo. De seguro, también, que por la mentalidad del autor, por el rango del procesado y por el alto nivel de la sentencia, puede considerarse al *Apóstrof*e como la *chef-d'œuvre* contemporánea, que difícilmente podrá ser superada en las letras; y debemos felicitarnos por ello los argentinos y felicitar a "La Nota" por tan brillante primicia.

Se trata realmente de un poema colosal, de altísimo y comprensivo pensamiento, de un proceso histórico-literario sin ejemplo, para hundir al personaje que aspira, entre catástrofes y sangre, al domino del mundo; de una serie de inculpaciones, de invectivas aceradas y terribles, de flagelaciones implacables, que al enrostrar en

cada canto crímenes extraordinarios de lesa humanidad, cae sobre el gran culpable el castigo condigno, lógicamente, proporcionado, como el estigma de los siglos, como una lápida enorme, ilevantable.

Suscita tanta más alabanza esta creación genial de Almafuerte, que su inspiración no nace del dolor propio, ni de su pueblo, — pues escribe desde un país que se encuentra a tres mil leguas de los acontecimientos trágicos; abstraído de ellos por una ingeniosa, menguada y lucrativa *neutralidad,* — sino que nace de principios de moral, de derecho, de justicia y de humanidad, que los ve naufragar entre horrores, entre vilezas, entre olas de sangre y de lodo.

Esta gallarda actitud de Almafuerte, desafina, en la misión vergonzosa de la literatura refinada, ditirámbica y laudatoria, que florece con frecuencia a la sombra de los césares, de los conquistadores, de los grandes tiranos, que conturban y subyugan al mundo. Desde Sesotris, Alejandro, César, Augusto y Napoleón; desde Tamerlán, Atila, Nerón y Claudio, Felipe II e Iván el Terrible, Luis XI, Abdul Hamid, Francia y Rosas, — todos esos personajes deformes en su grandeza, en sus crueldades y en sus locuras, han contado con la adulación de literatura brillante, salvo honrosas excepciones de contados Juvenales, Víctor Hugos, Dantes y Carducis.

*

Almafuerte empieza por desalojar al kaiser del trono de nubes y de omniciencia levantado hasta el Olimpo,

por el candor de los extraños y por la adulación cesárea. Fuera de la tragedia contemporánea, no encontrando en todas sus manifestaciones mentales y aficiones oratorias, musicales, filosóficas, escultóricas, rituales, pictóricas, arqueológicas y poéticas, más que lugares comunes, vanidades amenazantes, como "pólvora seca", "la espada afilada de mis antepasados", y algunas trivialidades estentóreas, aclamadas por la claque militarista, — principia el poema por llamarle "mentecato", "amoral", "bilioso", "mediocre", "medio histrión", "medio chacal" (por su predilección al terrorismo pretoriano), con "necios cascabeles" y "místicos remiendos", que lo magnificaron a su "inflada medianía", a su "enorme fatuidad".

En apoyo o disculpa de esta humanización del personaje, basta recordar la teatralidad del kaiser en todo; sus 200 trajes pintorescos, su *mínimum* de *diez* cambios diarios de uniformes, su manía ambulatoria, de hablar, de entrometimiento en todo, hasta en representaciones teatrales, en la fábrica Krup, y en ganancias sórdidas de estanco.

El poeta responsabiliza al kaiser de todos los atentados, porque en su omnipotencia cesarista, no los ha impedido, ni castigado, sino estimulado con odios y premios que extravían el carácter y pervierten la moral.

Palacios, con espíritu generoso y analítico de Germania, abstrae un tanto de los "desplantes" grotescos del kaiser, a "los jóvenes artistas de Alemania", reconociéndoles "prodigios del ingenio, grave y hondo, noble y fuerte"; '"pueblo manso, que a virtud de un cientifismo más brutal que los azotes", lo ha "hundido en el abyecto

gran trajín de los insectos laboriosos", de "helado mecanismo", con "disciplina de colmena", "encasillada", "sin historia", mecánica, "de resortes aceitados", de "inconscientes", "donde todos son felices", "porque nadie es personal"; "democracia subalterna", inalterable, donde la omnipotencia imperial la "somete" a las "liturgias de la higiene", o la "conduce al asalto en batallones", como en plena servidumbre romana, de los emperadores más torpes, más crueles y más locos.

La excelencia de las virtudes de Almafuerte, la elevación de su estro y de su carácter, la aspiración de justicia y de moral, de derecho y de humanidad, le han llevado a producir una obra maestra, terrible y vengadora, de justicia severa y extrema, como son extraordinarios los atentados que impulsó y que preside el kaiser alemán. Otra faz honrosa del Apóstrofe, para la Argentina y para el poeta, es que no recuerda nada superior en su género la historia literaria, ni ha ocurrido nada por el estilo a los Rostand, Anatole France, Maeterlinck, Wells, D'Annunzio y demás hombres de letras de los países aliados, donde se producen, sublevan y atormentan, todos los horrores de la guerra. Si Almafuerte produjo con su *Evangélica* a mis Cavell, la página más brillante sobre la torpe crueldad alemana, que inmoló a la heroína inglesa, — su inmortal *Apóstrofe* no será superado por ningún ingenio; y marca a perpetuidad la frente del fautor de los desastres que enlutan al mundo, y eclipsan los progresos de nuestra civilización, especialmente la fama de las Universidades alemanas.

*

Alguien reprocha al poema de Almafuerte excesivo rigor y crueldad en las flagelaciones implacables de cada canto, sobre todo, en el coronamiento aplastador del último verso de los procesos parciales; en las síntesis brillantes de una versificación de oro; en los contrastes despiadados del valor sublime de las enfermeras y de miss Cavell, entre los escombros y horrores de los campos de batalla, y la avilantez fugitiva del divino kaiser, a quien no ha rozado todavía una sola bala en su fastuosa carrera a la cumbre del cesarismo, que le consiente su nación universitaria arrodillada; entre las mujeres violadas y masacradas y la marina de guerra, embotellada bochornosamente, sin más rayo heroico que los hundidos cerca de Malvinas, aunque empañados por la falta de humanidad en Coronel; en aquellas conclusiones magistrales, al terminar el cuadro de los estragos de la guerra; "sin honor la humanidad"; el final de la matanza de niños belgas; "padre triste, padre lleno de vergüenza"; al juzgar la comunidad del kaiser con Dios: "Charlatán"; al compararlo con los Atilas y Alaricos: "por jactancia, por barbarie enardecida, por llenar de espanto al mundo, por maldad"; en la sentencia dantesca: "para tí la Eternidad", ""vida eterna, fuego eterno, llanto eterno, sin Plutarcos, sin siquiera la sonrisa de Caín el fratricida; dolor pleno, dolor sumo, dolor puro por los siglos de los siglos; y en aquella angustia eterna, tú y Satán".

¿Hay en este poema grandioso, calumnias, exceso de invectivas de cargos deshonrosos y aplastadores, falta de proporción y de equidad entre la delincuencia y el castigo? Se trata, dice el poeta, de "la serie larga y negra de tus crímenes horrendos". ¿Hay en ello calumnia?

Reflexionemos sobre el atentado sin nombre contra Bélgica y las crueldades inauditas perpetradas allá; sobre el naufragio del derecho internacional, violando las leyes de la guerra, enevenando el aire, bombardeando poblaciones indefensas y abiertas, asesinando masas de mujeres, ancianos y niños con ataques alevosos, estilo Lusitania (glorificado hasta en las escuelas germanas), Ancona, Arabic, etc; los tratados, base de la comunidad de las naciones, convertidos en simples "tiras de papel", para la insolencia de las invasiones vandálicas imperialistas; la ciencia, puesta al servicio de la destrucción y de la muerte, en formas condenadas por la moral y la tradición; la moralidad, pervertida por la astucia y por un espionaje sin escrúpulos, que relaja todos los vínculos más respetables, en obsequio servil de un predominio criminal; los implacables fusilamientos de mujeres, por faltas leves; las rapacidades e incendios; la extrema brutalidad en los combates y un odio feroz de pueblo a pueblo, como el proclamado y aun premiado, contra Inglaterra, contra Rusia, contra Serbia y contra Italia. Todas estas enormidades, que desconciertan y horrorizan, han sido desatadas sobre el mundo por la guerra de imperialismo conquistador provocada por Guillermo II. No se necesita ser germanófobo, para encontrar entre las condenas de Almafuerte y esos atentados, la primordial base del derecho represivo; la proporcionalidad, prescindiendo, naturalmente, de la eficacia de los castigos de la imaginación de los poetas.

El poema *Apóstrofe* de Palacios, resplandece en las cumbres del arte literario; no morirá; para encontrarle parangón hay que elevarse hasta la "Divina Comedia";

y constituye un timbre de gloria para su autor, para su carácter y para su moral humanitaria. Muy pronto lo harán circular por el mundo los tipos de Gutemberg, en los idiomas de Cervantes, de Shakespeare, de Voltaire y de Alighiere, perpetuando en las edades más remotas la protesta sublime y valiente del Nuevo Mundo, contra el genio de la destrucción que enluta a la humanidad.

"La Nota", 29 de Enero, 1916.

XLI

Sobre el "Apóstrofe"

Crítica germanófila

Todavía andan irritados los partidarios del kaiserismo alemán, del imperio pretoriano que bajo el cesarismo absoluto de Guillermo II, ha desatado la conflagración bélica más formidable y sangrienta de la historia, en pos del predominio mundial,—contra el soberbio poema del poeta argentino Almafuerte, cuyos apóstrofes brillantes y terribles contra todos los crímenes de esta guerra, constituyen un proceso dantesco al arrogante emperador de Alemania, de que lo hace responsable, por los propios dogmas cesaristas: omnipotencia, omniciencia y derecho regresivo, sin límites ni apelación.

Los germanófilos se disfrazan con diversos nombres y actitudes; hasta se fingen antitudescos azucarados, y gastan nebulosidades filosóficas, estadísticas y gracejos tácticos, que acusan desde lejos la urdimbre de las universidades alemanas, que profesa entre nosotros un célebre doctor que anda por Estados Unidos, el cual tiene aquí sus discípulos, que velan por la intangibilidad del divino kaiser.

Protestando estas habilidades de vanguardia, en un diario italiano y otro argentino de la mañana, dos escritores han publicado la crítica más enconada e insidiosa contra el "Apóstrofe" de Palacios, que circula grandemente dentro y fuera del país, en varios idiomas, entre generales aplausos y los juicios más encomiásticos de las inteligencias superiores, — sobre todo de los caracteres más acentuados, de los cultores más sinceros de los principios, del derecho, de la moral y de la justicia.

Frente al aplauso universal de los antigermánicos, de los partidarios de la alianza contra la empresa manicomial del kaiser y de la casta militar alemana, — naturalmente se sublevan los kaiseristas francos, los disimulados y los que quieren singularizarse por contrariar la corriente y hacerse simpáticos a una causa odiosa, fingiendo solamente hacer crítica literaria, determinista y compañía, y hasta declarándose antitudescos!

Por otra parte, hay que respetar la diversidad de criterio para apreciar una creación formidable, con aplauso sonoro, con agudo silbido, con la acritud del dolorido en sus idolatrías destronadas, con el insulto del súbdito y del cómplice del procesado, con las emulaciones, envidias, pequeñeces y tonterías, más o menos hábiles, más o menos pedestres y artificiosas. Este mosaico de apreciaciones literarias, recuerda en su vaguedad e indeterminación, en su respeto artístico, el concepto que tiene nuestro gaucho de la libertad, cuando dice que: "la libertad es libre"... Todo cabe en la viña de Señor.

Pero veamos las dos críticas publicadas. El uno, maestro palmeta, — empieza por declarar que odia la poesía, que es demasiado largo el poema, que tiene contradicciones, que no conocía un verso del poeta, que a pesar de media docena de lecturas, no ha penetrado el "Apóstrofe" ni en su "entusiasmo" ni en su "memoria", ni en su "admiración". Luego se va a fondo para comprobar estéticamente, que seis palabras constituyen una sola, sin haber advertido el poeta candoroso la perfecta sinonimia de mentecato, de razonante, de amoral y de atrabiliario! Para salir de esta acrobacia crítica, se toma de un cabello de Max Nordau, como si fuera un San Agustín, salvador de los disparates milagrosos de los predicadores sagrados. En seguida viene la prueba de la contradicción: el poeta, con felicísimo ingenio, opone a la monstruosa nivelación cesarista que ha impuesto Guilledmo II a la patria del individualismo, la grotesca aparcería con la divinidad, para crearse un título y poderío absoluto de idolatría y de obediencia ciega, con una ficción burda; y concluye esa magistral ironía del país que ostenta más universidades, castigando al divino kaiser con esta merecida corona: "¡charlatán!" El crítico sólo ve una contradicción, pues si Dios lo manda a Guillermo, éste es inocente, y aquél el bandido. ¡Lo que va de la concepción del poeta, al cerebro del enemigo de la poesía, que ha necesitado seis lecturas del "Apóstrofe" para penetrar mal en su memoria, en su entusiasmo, en su admiración y en las entendederas!

Dejemos de lado esta crítica débil, casuista, artificiosa; y nos asombra que quien protesta de las tropelías tudescas, no encuentre un canto, una estrofa, un verso,

siquiera la intención, un pensamiento plausible en todo el poema, que por cierto es breve, comparado con las obras maestras del arte similar. Ninguno de los procesos candentes de los cantos del "Apóstrofe" contra los crímenes y atentados de esta guerra, que afrenta nuestra civilización,— conmueve una fibra humanitaria, jurídica o moral del cerebro del crítico. Pareciera que ha leido con odio el poema, que no lo ha comprendido, o que no le ha quedado nada bello en la memoria.

El cuadro de la enfermera entre los horrores de los campos de batalla para llevar un consuelo al moribundo y prestarle su ayuda valerosa; la sequivez fugitiva del "gran capitán de Postdam", fuera de todo peligro; la grandeza épica de los generales históricos, frente a la guerra de topos; las devastaciones, los escombros y desastres morales y materiales de la obra de Guillermo II, que sintetiza Almafuerte con admirable expresión: "¡Sin honor la humanidad!" la menosprecia el crítico porque se siente "asfixiado" después de 39 versos; el canto sobre los crímenes de Bélgica; sobre las ejecuciones de mujeres y matanzas de inocentes, no combatientes; la escala y gradación de los castigos que va aplicando por tantos atentados; nada, nada conmueve a este bravo adversario de la barbarie alemana. Verdad que confiesa ser discípulo de una "brutta scuola", que "non temete nuotare contro il torrente"...

Esperemos lo que digan D'Annunzio y grandes literatos italianos del otro lado del Atlántico sobre el "Apóstrofe" de Almafuerte. Entre los de acá, el señor Folco Testena, lo ha traducido con amor, con arte y con ad-

miración. El reverso de la medalla queda precisado; bastando el odio a la poesía, para explicar su menosprecio.

El crítico germanófilo argentino la emprende contra el "Apóstrofe", con distinto plan de ataque. Atribuye el poema al odio contra Alemania y contra el kaiser, personalizado el encono con "ochenta y seis calificativos" injuriosos, de cuyas docenas exhibe varios renglones alineados en columnas cerradas, como las cargas alemanas; después de haberlos extraído cuidadosamente del sitio en que los engarza el poeta, con ubicación y significado preciso, los presenta como las púas de un erizo, que hiere en todos los rumbos. No es leal, ni admisible esa forma de crítica, ni tampoco conduce a la verdad. Los adjetivos deben apreciarse en el sitio de cada verso y dentro del canto en que los coloca el poeta; pues sólo allí tienen el alcance jurídico, literario y moral que él les asigna. Así, cuando al empezar el canto sobre los crímenes de Bélgica, dice "Imperial infanticida", enumera luego las odiosas tropelías y muertes infligidas a los niños belgas; no hay derecho de presentar como una injuria vaga, la sola palabra "infanticida". Ese sistema de desarmar una obra maestra para criticarla aisladamente, conduce al error, hasta a la mala fe y a la iniquidad. Desde la antigüedad se dijo: "Dadme el renglón de un santo y os lo haré ahorcar". Tal es la debilidad de la crítica con que se aprecia el "Apóstrofe" por el germanófilo argentino.

Para convencerse de su parcialidad adversa a la

causa de los aliados, basta reflexionar sobre esta duda: "Suponiendo que la guerra haya sido provocada por Alemania, lo que está lejos, sumamente lejos de hallarse probado". Se ha hecho luz meridiana acerca de la provocación de la Alemania militarista y de su kaiser; desde los primeros momentos del conflicto, llevó sus asaltos armados a los países vecinos de Rusia, Bélgica y Francia, donde se quedó hasta ahora atrincherada. ¿Quién atacó primero? Y si no bastaran las pruebas evidentes sobre el punto, no deja lugar a duda aquel arranque sincero (único en Alemania) del brioso Harden: "Dejémonos de farsas y de mentiras; el imperio alemán ha provocado la guerra, cuando convenía a su plan imperialista y esto debemos proclamarlo a cara descubierta".

Cegado el crítico por su pasión germánica y simpatía al kaiser, no ve los atentados alemanes y considera el proceso literario de Almafuerte como desahogos personales y violentos de un difamador. La desarticulación de los cantos del "Apóstrofe", no dejarían en pie ninguna obra maestra del ingenio humano. Los críticos, si pretenden que Palacios ha calumniado al kaiser, deben demostrarlo apreciando cada canto como salió de la inspiración del poeta. Pero no lo harán, porque ese valiente poema fustiga con plena verdad y justicia severa al gran causante de la catástrofe que conturba y enluta a la humanidad. Por eso es aclamado y popular.

Juicio del doctor Pedro C. Molina

Ocurre algo extraño respecto de la impresión producida por el "Apóstrofe" de Almafuerte, y aun de los

sentimientos atribuídos al poeta. Sabiendo que se trata de un hombre bondadoso, moral, humanitario, caritativo y generoso con cuanta persona más pobre que él se le aproxima, sólo se explican ciertas gentes las invectivas sangrientas del poema, por rencor envenenado o por el atractivo de las procacidades. ¡ Llamar asimétrico, asesino, infanticida, charlatán, chacal, nada menos que al emperador de una gran nación amiga, que goza en su haber de muchas iniciativas benéficas al pueblo! Esto parece una insolencia, cuando menos, desequilibrio o delito de lesa majestad.

Vamos a cuentas. Palacios es una alma apostólica y caritativa; bueno como el pan e infatigable para hacer el bien; pero de energías incalculables para castigar a los malvados, cuando delinquen por perfidia, consciente, premeditada y apta para sembrar el terror. En la guerra sin ejemplo provocada por el kaiser alemán y su casta militar, desde la violación inicial de sus tratados solemnes sobre la neutralidad de Bélgica, y los horrores perpetrados por sus tropas, zeppelines, gases asfixiantes, y submarinos alevosos, en todos los campos de batalla, en la soledad de los mares y en el silencio nocturno de las familias, en aldeas y ciudades, no sometidas a sitio ni a los asaltos de estrategia militar; la violación flagrante de las leyes de la guerra, barbarizándola a los tiempos de Atila y de Tamerlan; todos estos atentados o crímenes públicos, han sido ordenados, sabidos o tolerados por el kaiser, que jamás reprimió uno solo, ni tampoco ninguno de sus príncipes y de sus generales. ¡ Pero como es el kaiser el responsable de esas monstruosidades, para algunos, no merecen los calificativos que les da

el código penal y la moral humana, sino que conviene disimular los delitos, buscarles excusas o atenuantes, no llamar con el nombre legal las acciones del emperador! ¿Es cálculo, es ignorancia, es cobardía?... Nerón aterrorizaba y seducía hasta que espiró...

El espíritu altivo y moralista del doctor Pedro C. Molina, juzga con exactitud y elegancia al "Apóstrofe", y a las emociones profundas, severas y encontradas, que han agitado la mente del poeta, en carta reciente, donde me dice:

"He leido el magnífico "Apóstrofe" de Almafuerte al kaiser. Podría decirse que es un apóstrofe-ciclón. Se siente al leerlo algo como los efluvios eléctricos de la tempestad de indignación que ha debido producirse en el alma del poeta al escribirlo. Se oye los rugidos de los elementos desencadenados. Se ve los zig-zags del rayo fulminando la achatada personalidad del gran malvado, algo así como un estallido de la cólera de Dios, pidiendo cuenta de sus crímenes al "asesino de miss Cavell".

"La concepción, la inspiración, la fuerza e intensidad del pensamiento; la misma forma de expresión de esta notable pieza, están revelando al autor de la "Sombra de la patria", del discurso en el banquete celebrando el aniversario de la victoria del Marne y de la Evangélica a la heroína inglesa, al único pensador y poeta de habla española, (sépanlo los críticos ligeros y atrevidos), que puede realizar este modelo ideal de belleza y de armonía.

"Lo único que yo habría deseado es que tan espontáneo y feliz raudal de inspiración (me refiero al Apóstrofe) se hubiera vaciado en otro molde métrico, en el endecasílabo, por ejemplo, que tan admirablemente maneja nuestro poeta.

"Han tenido ustedes una idea feliz al proponerse compilar las tres composiciones, — el discurso, la Evangélica y el Apóstrofe, — en un folleto bien editado de propaganda, y hacerlo circular en Europa. Ganaremos más en simpatía y autoridad moral con este concurso prestado a nuestros amigos los aliados, que si les enviásemos un ejército de voluntarios en refuerzo de sus filas.

"Pero, permítame usted proponer una ampliación a ese proyecto: es que no solamente en francés, en inglés y en italiano debe traducirse, sino también y principalmente, en alemán, y algo más: que debe buscarse un aviador en Francia, el mismo señor Almonacid, nuestro compatriota, por ejemplo, y darle el encargo de dejar caer algunos miles de ejemplares en las ciudades de Alemania. El kaiser y su pueblo tienen también derecho a conocer lo que piensa de ellos nuestro egregio poeta, genuina expresión del juicio que tenmos formado de aquél los argentinos".

Deseando conocer un juicio literario prestigioso sobre el célebre Apóstrofe al kaiser de Almafuerte, remití a mi amigo doctor Joaquín Castellanos, poeta de vuelo y elocuente orador, el poema de Palacios, requiriéndole su opinión al respecto.

El doctor Castellanos, juzga la creación lírica ruidosa, como una pieza maestra en su género, con palabras muy halagadoras y justicieras. Hélas aquí:

"Había leido precisamente en estos días el "Apóstrofe", que me causó una impresión extraordinaria de las que es raro sentir a nuestra edad, en que tenemos el alma ya curtida, como los veteranos el cuero.

"Mi juicio sobre ese nuevo "Dies irae dies illa", lo sinteticé para mis hijos que, como fervientes partidarios que son de los aliados, estén entusiasmados y lo recitan; les dije: "es el 420 en poesía"!

"No conozco en ninguna literatura, ni aun remontando a las maldiciones de los profetas, un grito imprecatorio más formidable; diría esa tempestad de fuego entre cuyos torbellinos llameantes caen precipitados, del cielo a la tierra, los dragones de la visión apocalíptica.

"Los juicios de usted y del doctor Molina son exactos, en cuanto a la excelsitud de la composición como obra de arte. ¿Es excesiva? se pregunta usted mismo. Lo sería considerando al sujeto como entidad individual aislada, pero no como símbolo de las potencias regresivas personificadas en su acción, quizá inconsciente, desencadenada por leyes históricas que, hoy como siempre, a través de las catástrofes, preparan las futuras renovaciones.

"Me manifiesta el deseo de conocer mis opiniones respecto a la gran tragedia; no puede usted dudar que mi espíritu, como el de usted, se inclina del lado de la libertad, aun cuando no comparta el fervor apostólico de su cruzada, ni la pasión desencadenada en el soberbio arrebato lírico que admiro en nuestro gran poeta.

"En un libro cuyos materiales estoy arreglando para publicarlo cuando pueda, hay una exposición de mis ideas sobre la guerra actual en una carta que, durante mi última estadía en Europa, le dirigí a Mauricio Maeterlinck, y que éste contestó apreciándola en términos amables".

*

Juicios tan francos, autorizados y hermosos como éste, neutralizan completamente los "colmos" y las tonterías críticas de kaiseristas trasnochados que han pretendido morder la lima de acero impenetrable, templada por Almafuerte.

Ahí tienen los críticos del Apóstrofe, las voces intelectuales que lo aclaman, entre muchos juicios muy encomiásticos, que el poeta se rehusa a publicar.

El poema de Palacios hará todavía mucho ruido; será glorificado y escarnecido por la pasión de la justicia y de la verdad, por el clamoreo de los cómplices en los crímenes que ensangrientan al mundo, por algunos indiferentes, raros y extraviados... Pasarán los tiempos, vendrán nuevas centurias, los historiadores de remotas lejanías juzgarán esta conflagración desconcertante y mundial, pronunciando fallos definitivos sobre los pueblos y las cosas; pero habrá dos personalidades radiantes entre los siglos y las montañas de libros y papeles del proceso colosal: Guillermo II, provocador de la catástrofe por ambición al dominio universal; y Almafuerte, flagelador inexorable del déspota alemán:

El Apóstrofe no morirá!

18 Febrero, 1916.

XLII

Una gran nación de presa

Tal es la conclusión lógica a que llega Almafuerte en su profundo y monumental estudio sobre Alemania, contenido en la carta al doctor Madariaga, que ha publicado en sus dos últimos números "La Nota".

Por más que la expresión sea fuerte y pesada como una lápida sepulcral, gravísima y desconsoladora como una sentencia sin apelación, cruel y difamatoria como un estigma imborrable, dentro del proceso crítico, filosófico, moral, científico y literario que formula el gran poeta argentino al despotismo universitario-pretoriano de la nación alemana, resulta una marca de fuego lombrosiana merecida, que lo afrenta y lo destaca fundamentalmente de los países de la alianza. Si recordamos que antes de la acusación al imperio teutónico, el señor Palacios trata con raciocinio vigoroso, claro y concluyente los importantes tópicos del "concepto de la neutralidad", frente a una guerra provocada por la piratería internacional y los motivos de las "simpatías argentinas" a favor de los países aliados, la terrible síntesis del publicista, reviste capital importancia para nuestra joven nacionalidad.

Teoría de Lombroso

Lombroso y su escuela criminalista, el doctor Luis M. Drago entre nosotros, pusieron en boga la clasificación de los delincuentes por signos físicos, especialmente de la cabeza, cuyas sutiles peculiaridades externas se creía correspondieran a inclinación o tendencia interior marcada a cierta delincuencia, casi fatal e inevitable, a pesar de los agentes externos que lo rodearan. Así, las orejas en asa, los pómulos salientes, la mirada oblicua, dura o llameante (como la de los felinos), el prognatismo, la frente estrecha, el cabello ralo o cerdudo, tupido e indomable; los pies y las manos desproporcionados con la estatura; el andar, el masticar, el mirar mismo; y tantos otros detalles orgánicos, — eran elementos preciosos para clasificar y aun estigmatizar a tipos determinados, pues la escuela era terriblemente lógica, aun cuando la experiencia desmintiera con frecuencia sus conclusiones; y aparecían en sus cuadros de delincuentes, "criminales natos", de donde surgía la especie más temible llamada "hombres de presa", pues, los tales, a una inclinación incontenible e incorregible al robo y al asesinato, o al homicidio para robar, constituían la especie más peligrosa, pues la perversidad nativa se intensificaba con la tendencia a formar asociaciones tenebrosas, gavillas, "maffias", "camorras", etc , con los propósitos más nocivos.

No había delincuencia internacional

Esto ocurría en el derecho penal, en la delincuencia interior de cada país, pues el mundo del derecho de

gentes, de las relaciones, derechos, tratados, congresos, convenciones y arbitrajes que reglan los vínculos de los países, en su estado normal de paz, justicia y progreso, muy excepcionalmente perturbado por guerras justas y legítimas, — no podía admitir, ni en la hipótesis más audaz y anarquista, que ni en broma se hablara de "naciones criminales natas" ni mucho menos "naciones de presa". Los progresos del derecho de gentes, y el recuerdo pavoroso de guerras de conquista, injustas, sanguinarias, sin reglas ni humanidad; de salteos, incendios, violaciones de tratados y de mujeres, depredaciones individuales y colectivas; bombardear plazas abiertas, hundir buques mercantes sin aviso, llenos de neutrales, ancianos, mujeres y niños; envenenar las aguas, el aire, las armas de combate; masacrar poblaciones indefensas e inocentes, prisioneros, ambulancias y rehenes, — todas estas atrocidades y abominaciones de barbaries lejanas, se comtemplaban como un espectro horrible, casi esfumado de remota antigüedad, por el progreso de los siglos, por el triunfo del derecho, de la justicia y de una inconmovible civilización, síntesis del mundo greco-romano, vigorizada por el individualismo germano y por la sabiduría anglo-sajona, tan sólidamente arraigada en Europa y en América.

En semejante estado del derecho de gentes ¿cómo hablar de países "criminales natos", "naciones de presa", si a la belleza de progresos jurídicos armónicos, se adicionaban las conclusiones más lisonjeras de múltiples congresos, conferencias y tratados de todas las naciones, para asegurar la paz, el imperio de las leyes en la tranquilidad y aun en guerras eventuales, el mantenimiento del

derecho humanitario y del arbitraje? A quien hubiese siquiera insinuado semejante clasificación internacional, se le habría enmudecido con la protesta unánime, o tal vez encerrado en un manicomio, pues la enormidad del ultraje, le habría hecho indigno del presidio, desde que resultaría evidente el desequilibrio mental.

Irrupción del Imperio alemán

Pero hete aquí que el mundo ha cambiado rápidamente como por encanto. En la época contemporánea ha surgido una gran nación, cubierta de universidades, donde, a la postre de filosofías, análisis, simulaciones, crudeces y determinismos, se enseña la legitimidad discrecional del más fuerte sobre los débiles, sin moral, ni palabra, ni honor para su firma y procedimientos internacionales; donde la casta militar del reino de Prusia, dominadora del imperio alemán, se considera con la misión divina acordada a su pueblo y a su kaiser, para imponer a cañonazos la hegemonía mundial; donde han florecido con desarrollo enorme las fábricas de armamentos, municiones, explosivos, gases mortíferos o llameantes para asfixiar o arder al enemigo, para imponerse con el terror de esos venenos, o de asesinatos con submarinos o con zeppelines, fuera del alcance de proyectiles legítimos y comunes; donde se ha constituído una "maffia internacional" de los tres imperios centrales, bajo el absolutismo del kaiser germánico, para utilizar en su plan dominador, el pretorianismo universitario del nuevo "pueblo elegido por Dios" (que provee al extranjero de armamentos, venenos y matadores diplomados); el siste-

ma jesuítico de intrigas, tiranías y verdugos, en que sobresale Austria Hungría y su monarca casi centenario, — y el plan de asesinatos, disoluciones inmorales y matanzas colectivas fanáticas de la Sublime Puerta!

Almafuerte, en su estudio profundo de Alemania, en el análisis valiente, lógico y preciso de sus universidades, en el proceso jurídico, filosófico y humanitario de la enseñanza alemana, descubre una transformación, un retroceso, una verdadera perversión universitaria, respecto de los conceptos doctrinarios, arraigados en el sedimento de los siglos de los demás pueblos cultos, acerca de la libertad, del derecho, de la moral, de la justicia, de la humanidad y de la propia civilización. Encuentra que esa falsa filosofía, que la ciencia infatuada, nebulosa y cínica, reemplaza con inventos criminales y con aforismos torpes e inhumanos la santa sabiduría greco-latina, enriquecida con las doctrinas sólidas, la experimentación metódica y la difusión de cultura que brilla en los países de la alianza, para bien de la libertad humana, del reinado de la justicia y del derecho, de la consolidación y mejora de la paz y del bienestar de los pueblos; de esa civilización equilibrada y maravillosa, que mantiene todo lo saludable del pasado e incorpora todos los descubrimientos científicos, artísticos y experimentales, útiles y convenientes a la sociedad; inconmovibles en ideas, principios e instituciones matrices, de una excelencia abonada por los siglos.

El azote universitario imperial

El poeta argentino, con vigoroso raciocinio, entronca al pretorianismo conquistador, — que conturba al mundo

bajo la obsesión divina de un César sanguinario y desequilibrado, — en la enseñanza de las universidades alemanas, donde se ha pervertido y ridiculizado la enseñanza clásica de ideales, de humanidad, de sentimientos, de virtud, de caridad, de derecho, de justicia y de amor (que son los ejes morales del mundo), — proclamando la excelencia de la fuerza, del apetito y de la crueldad, del terror y de la conquista, sobre todo hombre o país que estorbe el plan divino de hegemonía de una raza "superior y más fuerte", — lo cual importaría entronizar el despotismo, la barbarie y la corrupción.

Almafuerte ve surgir de esa perversión universitaria, el azote que ensangrienta la humanidad, llevándola a la crisis más grave y terrible que haya soportado en toda la historia, porque no sólo es víctima de un monstruo transitorio, más o menos afortunado en su obra destructora, sino todo un sistema de cultura y de enseñanza para esgrimir esas deformaciones morales y sembrar estragos y horrores por el mundo, mientras prevalezca semejante influjo universitario. La agresión formidable de Guillermo II, habría estallado bajo cualquier otro Hohenzollern, general o centurión que se impusiera a la corte de Berlín, con cualquier procedimiento terrorífico; el verdadero mal, el origen de esa dominación vesánica, está en la enseñanza universitaria, que coloca la fuerza sobre el derecho y la justicia; determinismos teológicos, torpes y sensuales, sobre la humanidad y la moral; la superioridad de los venenos y de los explosivos, sobre el honor y las leyes de la guerra; la brutalidad de las conquistas lucrativas sobre la fe en la palabra y en los tratados; la deshumanización de la ciencia, de la fi-

losofía y de la política, para someter la sociedad y los derechos del hombre a la siniestra rigidez de la disciplina de cuartel.

En esa perversión universitaria, está el foco de la espantosa conflagración que enluta al mundo; y el César actual, loco o cuerdo, traduce en hechos las conclusiones de sus sabios y de sus universidades, sintiéndose órgano de todo el Imperio, y enviado o "azote de Dios", por añadidudra. El se vanagloria de ser un divino instrumento de la misión de su pueblo; y su pueblo, representado por los millones de soldados, por todos los sabios, por el socialismo, por la juventud y hasta por las madres de las falanjes que manda a la muerte, — todo ese pueblo educado por las universidades, aclama la gloria del kaiser divino y tal vez lo acompañe hasta el último combate, como sucedió en el Paraguay, donde reinaba el analfabetismo idolátrico, equivalente a la sombra moral de la enseñanza alemana.

Todos sueñan allá que la "nación de presa" debe dominar al mundo con sus armamentos, sabiduría e invenciones terribles; con sus ejércitos, escuadras marítima, aérea y submarina; con su penetración pacífica industriosa y comercial, con la insolencia o con la astucia de sus sabios, instructores militares, diplomáticos y comerciantes distribuídos por el mundo; con los múltiples ardides y tentáculos, agentes francos de una desbordante producción fabril o disimulados para adueñarse de lugares estratégicos o de factores influyentes, en cualquier parte importante del planeta, sea Africa Oriental o Boreal, Oceanía, China, Asia Central, Turquía, Extremo Oriente, Báltico, los Balkanes, Grecia o Bulgaria, Es-

paña o Zululandia, Brasil, Chile o Ecuador; en los núcleos de jesuitas u oscurantistas, la resaca mental de intrigantes empedernidos de cualquier nación, donde el genio alemán pueda maniobrar, con la seducción o con el zarpazo, vendiendo a las dos partes sus máquinas de exterminio, sin perjuicio de disfrazarse con piel de cordero y de simular el "primado de la paz" y de la mansedumbre, aun cuando su predilección sea el terror sanguinario.

El orgullo bárbaro

Almafuerte, después de haber ajusticiado al kaiser con su soberbio "Apóstrofe", procesa al militarismo-universitario alemán, de donde ha surgido el nuevo "Azote de Dios"; y, aplicando al caso la teoría lombrosiana, marca al país de Arminio con el calificativo de "Gran Nación de Presa", — primacía histórica que sólo corresponde al Imperio germánico, y que, en su fuerte significado ha de agradarle, como gusta al kaiser que le llamen Atila, cuyo nombre ha dado a un hijo.

Al fin y al cabo, ¿por qué la barbarie no ha de tener también su orgullo y sus blasones?...

10 de Marzo, 1916.

XLIII

Neutralidad Argentina

Carta al Dr. Carlos Madariaga

Distinguido amigo:

Se comprende que la Argentina debía declararse neutral en el conflicto armado europeo, desde que se trataba de una guerra por causas inmediatas y remotas extrañas a su actuación internacional, a parte de mantener relaciones amistosas y vinculaciones pacifistas con todos los países beligerantes. Pero la neutralidad tiene sus grados, sus caracteres, sus derechos y sus obligaciones, según como se haya originado la lucha armada, la categoría de la misma, y la manera cómo se respeten las leyes de la guerra, las leyes de neutralidad consagrada en tratados, y las reglas precisas determinadas por el progreso del derecho internacional en los últimos congresos, ya en mira de humanidad, de pueblo no beligerante, ya de derechos, intereses y lugares puestos al abrigo de los estragos de las hostilidades.

Se sabe que el último congreso de La Haya, el más

importante de todos, pues concurrieron los delegados de 52 naciones, asistiendo por primera vez las repúblicas sudamericanas al lado de las grandes potencias, precisó en reglas claras los progresos del derecho de gentes en todas las relaciones de la comunión internacional, en tiempo de paz, el derecho, el arbitraje, la justicia, y de humanizar en cuanto fuera posible las consecuencias de la guerra, del choque de las masas armadas que entraran en conflicto, pues la población no combatiente, gozaría de la normalidad y de las garantías compatibles con la dominación militar del país: la beligerancia sería de estado en armas contra estado en armas, nó entre las poblaciones civiles, que no toman parte en los combates.

Aquel célebre congreso, no solamente concertó reglas avanzadas para la paz del mundo, y para humanizar los choques de la beligerancia, — sino que instituyó cortes permanentes de arbitramiento, rectificó y generalizó los principios de neutralidad, de derecho y de humanidad, de tratados parciales anteriores, y de las conferencias de Ginebra, de París y anteriores de la misma Haya, como las leyes de guerra inspiradas por el doctor Lieber a Estados Unidos, y precisadas por Bluntschli en su obra de derecho internacional codificado.

Pero en la presente contienda armada, Alemania y Austria han provocado guerra imperialista, para entronizar la hegemonía militar de la primera sobre el mundo; violaron cínicamente la neutralidad perpetua de Bélgica, que estaban obligados por tratado solemne a sostener, alegando que se trataba de simples *"tiras de papel"*, y arrasaron vandálicamente los territorios belga, francés, polaco y serbio, con vejámenes y crímenes inauditos, vio-

lando también las leyes de guerra seculares y consagradas por el gran congreso de La Haya. Después, se han estremado esas hostilidades criminales en la guerra marítima, submarina y aérea, sublevando la conciencia pública de las naciones neutrales, que estallaba en manifestaciones populares, protestas de la prensa y de inteligencias superiores, llegando hasta producirse graves conflictos, para morigerar en algo los atentados de los imperios centrales.

Frente a una guerra de esta categoría, y realizada con lujo de barbarie y de violaciones del derecho, ¿cuál debió ser, cuál debe ser la actitud internacional de los países neutrales que concurrieron al congreso de La Haya? Cuando menos protestar colectivamente contra toda guerra de hegemonía mundial, negatoria de la independencia y de los derechos soberanos de las demás naciones; contra la violación de la neutralidad de Bélgica, contra las violaciones de las leyes de la guerra, exigiendo reparaciones inmediatas, es decir, la cesación de esas violaciones en términos perentorios, — bajo formal apercibimiento de cortar toda relación diplomática, con imperios que hacen tabla raza del derecho internacional, y que entronizan la violencia pretoriana, con el cortejo de barbarie y devastación del más fuerte sobre el más débil, lo que es incompatible con la comunidad pacífica y jurídica de las naciones y con todo progreso, cultura y civilización.

Una actitud así, de firmeza, de moralidad y de alta justicia, importaría la descalificación moral ante el mundo de los países agresivos; y el aislamiento severo los obligaría a volver sobre sus atentados, so pena de perjuicios económicos incalculables, pues a la ruptura de relaciones diplomáticas, seguiría un formidable *boycot* general.

Desarrollada esa política altiva y muy previsora de las naciones neutrales, — llevando a su frente una gran potencia como Estados Unidos y una república tan prestigiosa como Suiza, — es muy posible que se encausara la guerra dentro de las reglas del derecho internacional, tal vez hacia la paz, volviendo la prudencia y la razón a las testas coronadas, revueltas por ambiciones insensatas, que arrastran temerariamente a naciones enteras, que sufrirán todas las consecuencias del desastre belicoso.

Algo por el estilo de este plan defensivo de los neutrales, propaga en Estados Unidos el gran estadista Mr. Roosevelt; y si coordinaran ideas análogas los diplomáticos y pensadores de los países neutrales, sería mucho más levantado, positivo y eficaz, que cerrar los ojos a la delincuencia internacional en erupción, y que proyectar conferencias, ligas y "ententes" para asegurar los intereses de mercaderes, sin más criterio que ganar mucho dinero y asegurar su tráfico sórdido: En el mundo contemporáneo, están en problema intereses infinitamente superiores al comercio marítimo y a la hipertrofia industrial que lucra con la barbarie de la guerra; y hay que levantar el alza de la contemplación de los neutrales, recordando, de paso, que el sacrificio del derecho y de la justicia, repercute en definitiva ruinosamente en el mundo económico.

Finalmente, si fracasara una actuación internacional semejante, sería siempre honrosa para los iniciadores; y se habría ganado siempre cortando relaciones con países que practican la piratería internacional, la penetración ciudadana e industrial, insinuante y falaz, que precede a la conquista armada, como también los estragos de la bar-

barie en tiempo de guerra, violando tratados y reglas de humanidad.

¿Para qué cultivar semejantes relaciones, aun cuando los imperios tudescos sean emporios de riquezas, modelos de militarismo y pepineros de sabios, que naufragan en lagos de sangre y de fango moral?

Usted no pregunta sobre los deberes de los neutrales; y yo considero lo primordial de su encuesta. Por eso explano las ideas precedentes. Disculpe.

Paso a contestar en forma concreta los puntos precisados:

Entiendo que las simpatías argentinas deben inclinarse en favor de las naciones aliadas, por múltiples motivos:

Inglaterra, no solamente ha favorecido nuestras finanzas desde principios del siglo XIX, sino que ha fomentado nuestro desarrollo económico en obras públicas, industrias rurales, establecimientos de crédito, vías de comunicación, comercio, navegación y amistad tradicional, que nos ayudó mucho para la emancipación. Además, hemos aprovechado de los progresos institucionales británicos, desde su Carta Magna, Bill de Derechos y garantías individuales, ya en el país originario, ya en el hermoso modelo filial de la república norteamericana, con el admirable poder judicial federativo.

Francia nos despertó a las aspiraciones de libertad y de soberanía popular, con la irradiación de sus grandes publicistas, habiendo traducido el doctor Mariano Moreno el "Contrato Social" de Rousseau; con su famosa "Declaración de los Derechos del Hombre"; con la penetración civilizadora de sus sabios, de sus artistas, de sus industriales, de su comercio, de su cultura y de su buen gusto incomparable; y con las múltiples creaciones benéficas de su gran Revolución de 1789, como asimismo con sus revoluciones posteriores, y muy especialmente, con el medio siglo de república poderosa en plena Europa; pues Suiza, por su antigüedad y pureza, como Estados Unidos y Francia, por su poderío y prestigio mundial, garantizan el avance de la democracia en los demás pueblos, contra las monarquías de derecho divino.

Italia influye benéficamente en la Argentina, por el encanto seductor de sus bellas artes, por el aluvión inmigratorio de sus trabajadores, que transforman en riqueza económica nuestras campañas y ciudades, se vinculan definitivamente a nuestra vida con progenie numerosa, y estimulan el intercambio comercial, prestándose ayuda recíproca los dos países, en la buena como en la mala fortuna.

Bélgica es nuestra amiga tradicional, sin una sola nube de conflictos ni desinteligencias, cangeando nuestras importaciones de mercaderías, maquinarias, libros, primores industriales y armas de defensa, con nuestras crecidas remesas de lanas, cereales y títulos de renta, que obtenían amplio, seguro y honesto mercado en las plazas belgas. Desgraciadamente debemos hablar en pretérito, pues la invasión vandálica de los alemanes, mantiene en horrible

desquicio y tortura, a uno de los países más encantadores y felices de la tierra.

¿Cómo no inclinarse las simpatías argentinas en favor de estos países, por razón natural, por gratitud, por conveniencias evidentes y por culto al derecho y a la justicia?

En efecto, como usted lo dice, Alemania es una recién llegada al desenvolvimiento argentino; como que el imperio dominador nació del cataclismo de 1870; y antes, la anarquía y las rivalidades entre Berlín y Viena, no permitían llevar los tentáculos y beneficios al exterior. Pero el Imperio germano, proclamado en el Palacio de Luis XIV, a la vez que amasaba su cohesión interna con fines de conquista, extendía sus tentáculos militares e industriales al exterior, con hábil y tenaz perseverancia. Así conseguía seducir con sus mercaderías baratas, desalojar sin escrúpulos a los competidores honestos de su comercio, y extender su enseñanza militarista a los oficiales de países lejanos, mirando siempre el porvenir guerrero y al comercio de sus armamentos. Los sabios y los institutos universitarios, como sus afanes artísticos, servirían para disimular sus vastos planes de imperialismo mundial futuro.

En casi medio siglo de tenaces esfuerzos en el sentido indicado, y con un crecimiento enorme de su desarrollo económico, militar, de fábricas, de armamentos, naval, de guerra y mercante, como de influencias diplomáticas, Alemania ha sorprendido al mundo con su pretorianismo conquistador y terrorista, desencadenando desastres por

todo el planeta, que constituye el más grave peligro para la paz, para la libertad y para la civilización.

Las democracias de América, mientras conserven sus instituciones republicanas, sus ideas de libertad, de individualismo, de justicia y de respeto al derecho, a las nacionalidades, no pueden simpatizar jamás con el militarismo prusiano.

Ahí tiene sintetizadas mis opiniones, que he desarrollado ampliamente en mi libro *"Alemania contra el mundo"*.

Saluda a Vd. afectuosamente, su amigo y S. S.

F. A. Barroetaveña.

Buenos Aires, Enero 20 de 1916.

"La Nota" 18 Marzo 1916.

XLIV

"Almafuerte y la guerra"

Un libro meduloso

La bibliografía argentina se enriquecerá estos días con la circulación de un nuevo volumen, reducido de páginas, modesto de adornos litográficos e indigente de prólogo y de juicios elogiosos. Sólo consta de cuatro producciones del mismo autor, de alto mérito literario, insuperables en su género, vinculadas por una lógica armoniosa de acero y de platino, que han producido estragos irreparables a la causa de los imperios centrales europeos, y servido noble y grandemente al prestigio de los países de la alianza, en nuestro continente americano. Aplaudidas por el público, circulan sueltas y en varios idiomas aquí y en Europa, con juicios muy autorizados.

El nuevo libro, como su título (que lo es de este artículo), expresa con claridad la materia de su propaganda, que consiste en la crítica a la guerra, provocada por los imperios teutónicos, formulada con valentía, talento y eficacia, en cuatro formas de condensación literaria: un discurso elocuentísimo pronunciado ante diplo-

máticos y núcleo de intelectuales selectos, reunidos por la afabilidad del doctor Carlos Madariaga; una composición sentenciosa y evangélica, que expresa bellamente la protesta moral del mundo culto, contra la inmolación alemana torpe, de una enfermera tan valerosa como filántropa; un poema de alta inspiración y de flagelaciones implacables, contra el César germano, por haber desatado sobre el mundo la conflagración más sangrienta, formidable y bárbara que registra la historia; y, finalmente, una admirable exposición crítica, filosófica y científica sobre los tópicos más interesantes del concepto preciso de la neutralidad, sobre las simpatías argentinas en favor de los países aliados, y un proceso contundente a la perversión universitaria alemana, que ha dislocado los ejes morales del mundo y de la civilización, realzando la violencia, la crueldad y el terror, sobre el derecho y la justicia, sobre la humanidad, la cultura y la benevolencia tradicionales.

Su autor, el poeta Pedro B. Palacios, que ya era celebrado por sus poemas, discursos y artículos de prensa, — por su dilatado magisterio en plena pampa, — se ha revelado como un talento superior al abordar esos cuatro trabajos sobre puntos culminantes del terrible drama mundial, con pleno dominio de las ideas, de las doctrinas y de las conclusiones de derecho internacional, yendo con ojo certero a lo más hondo de las cuestiones controvertidas, para destrozar los sofismas y las torpes chicanas políticas y mistificaciones científicas en que se apoya el bandolerismo teutónico. Causa asombro en un viejo maestro de escuela primaria retirado y casi exclusivo hombre de letras, sin estudios constitucionales ni de derecho de gentes, esta perfecta e irreprochable concordancia, con la juris-

prudencia más ecuánime, respetable y avanzada de los doctores de la universidad, adversos, naturalmente, a las violencias, depredaciones, horrores morales y jurídicos, que se invocan para justificar la guerra bárbara. Los países de la alianza y sus vinculaciones con la Argentina, se encuentran magistral y brillantemente tratados, como por un Disraeli o por un Barthou.

Es de admirar también las vistas largas de Almafuerte, y el profundo dominio de los tópicos más bifurcados y complejos, ya contemplando la vida de relaciones internacionales de la Argentina con todos los países europeos, ya analizando la conducta y las actitudes flojas, interesadas o hipócritas de personajes, colectividades y escala burocrática, — desenmascarando cobardías y sensualismos afligentes, desde el pontificado católico, tronos, ministros, prensa, legisladores, políticos, universitarios, publicistas y hasta las incongruencias de los gremios de mineros, — motejando duramente a la cumbre y a la llanura, amplificando sabiamente el campo de las responsabilidades con los horrores de la conflagración, tocando llamada suprema a todas las fuerzas vivas de nuestra civilización, para salvarnos de nueva barbarie.

En el estudio sobre las universidades alemanas, se muestra Palacios tan hábil polemista como profundo filósofo, sociólogo y conocedor de los fundamentos de la civilización greco-latina, enriquecida por los progresos más sólidos y avanzados de la cultura contemporánea; se exhibe con pleno dominio de las necesidades sociales, y de satisfacerlas con sabiduría positiva e ideal, a base de filantropía, sentimientos delicados de justicia, amor, moralidad, virtud, caridad, derecho, magnanimidad y la más

vasta cooperación humanitaria, del fuerte al débil, del rico al pobre, del Estado al individuo, inválido, ignorante y en la miseria. Impregnado de este humanismo sublime, el filántropo se subleva contra la filosofía, contra la ciencia, la universidad y la erupción pretoriana de Alemania, que, renovando y cientificando, si cabe la expresión, la ruda crueldad de la antigua Esparta, con ampliaciones de bárbaros del Norte y fantasías homicidas de laboratorios,— han desquiciado el mundo moral y jurídico, proclamando con la invasión, con el estruendo de los cañones, el reinado de la violencia y de los apetitos más vejatorios, insaciables y desordenados, — el predominio de los más fuertes, y la legitimidad de la conquista, del escarnio del derecho, de las carnicerías más aterradoras y de las depredaciones y atropellos más impúdicos. Almafuerte, termina su análisis aplastador de la perversión universitaria alemana, denunciando como el más grave peligro, con la voz potente de su estro y de su talento, la aparición de una "gran nación de presa, bien redondeada, bien perfecta, bien lombrosiana, lo mejor que han visto las edades..."

Estas conclusiones lógicas del poeta Palacios, al estudiar la organización de las sociedades modernas y la influencia de las universidades contemporáneas, presentan una coincidencia más honrosa para él y para su propio país, y lo es con las síntesis admirables de la última obra científica de Gustavo le Bon, "Enseignements psichologiques de la guerre européenne", que no conocía Almafuerte.

El pequeño volumen de Palacios, cuyo primer ejemplar tengo a la vista, prescindiendo de la elegancia, nitidez y buen gusto de su carátula e impresión, contiene,

pues, oro fino literario, sin escorias, cháchara, decadentismos, ripios ni impurezas, que empañen su brillo y la nobleza de su materia; es decir, las ideas, los principios y las sanas doctrinas que proclama y defiende, con talento y valentía ejemplar. Las cuatro composiciones se destacan en las más altas cumbres del arte; no aparecen superadas por ningún otro ingenio; y el proceso que formula al pretorianismo universitario alemán, — tomando propiamente al toro por las astas, — es tan contundente y fundamental, como original de nuestro compatriota, en sus lineamientos, en su crítica y en la eficacia de su raciocinio.

Al correr con la impresión y venta de este precioso volumen de Almafuerte, — por expresa autorización suya y concurso del doctor C. Madariaga, — me he propuesto dos cosas: continuar la propaganda contra los imperios centrales y en favor de la alianza, difundiendo a precio moderado tan brillantes trabajos reunidos, — y aportar recursos legítimos a nuestro gran poeta y ex maestro de escuela, que por ser ambas idealidades, bien los necesita, más que para su modestísima subsistencia, para extender su filantropía a los niños menesterosos que ampara y educa, y a cualquier miserable que llame a su casa benefactora. En ese hogar, de puertas abiertas, siempre se encuentra al filántropo, al apóstol y al maestro, que con la hermosura evangélica precisada por José Manuel Estrada, "vierte el óleo y el vino sobre las llagas del pasajero, sea el pasajero hombre o pueblo, martirizado en las soledades del infortunio o en las tragedias de la historia."

"Almafuerte y la guerra", es un libro brillante, pro-

fundo y saludable, que ilustra, entusiasma, convence y rehabilita la moral y la dignidad humanas, en presencia del cataclismo de barbarie y de violencias que presenciamos. En sus páginas elocuentes, fulguran las ideas madres, los fundamentos morales y jurídicos de nuestra civilización; y todo el que lo lea se sentirá más amante de la justicia, del bien y del derecho, como valeroso para combatir la desmoralización y la tiranía, la crueldad y el bandolerismo internacional, — para defender las instituciones y la libertad, la paz y la civilización.

Por eso debe adquirirlo toda persona que piense.

28 de Marzo de 1916.

XLV

¡Verdun!

Cañoneada, cubierta de escombros y de sangre, soberbia y vencedora, se impone a la contemplación universal.

Los terribles combates que durante seis semanas se suceden en la zona fortificada de esta plaza invicta de Francia, que resguarda la frontera del Este contra el asalto del enemigo jurado, eterno y feroz, la convierte ante el mundo en la ciudad más heroica de la historia, envuelta en resplandores de gloria épica, que eclipsan las leyendas fascinadores y las hazañas homéricas memorables de Troya, de Numancia, de Zaragoza...

Con razón los ejércitos formidables de Alemania, los planes científicos de su estado mayor, las tablas de destrucción del desconocido cañón 42, que ha sorprendido a todos los técnicos, no se atrevieron al ataque de frente, por la línea de fortalezas del Oriente de Francia, limítrofe con el imperio teutón; y fueron a buscar sendas prohibidas por el honor en la Bélgica neutral, para herir traicioneramente por la espalda al país de Bayardo.

Durante meses los alemanes han estado acumulando

los mejores cuerpos de ejército, las tropas más probadas y selectas para el asalto; las baterías de cañones más potentes, numerosas, de mayor alcance; los infames gases asfixiantes, lacrimógenos y el fuego líquido; sus escuadras aéreas de zeppelines y aeroplanos, cargados de bombas explosivas e incendiarias, de ametralladoras y fusiles de precisión; redes de ferrocarriles múltiples para transporte de tropas, parques, alimentos y municiones: todo premeditada y pacientemente calculado para dar golpe mortal "a la más poderosa plaza de nuestro principal enemigo", según lo dice el kaiser al Landtag de Brandeburgo; y tejer, entre horribles hecatombes humanas, una guirnalda al vencedor, sobre esa cabeza tan discutida del kronprinz, que mañana ceñirá la corona de Guillermo II, debiendo imponerse a su imperio y al mundo, por la gloria y por el terror.

Por esa imponente concentración de agentes destructores y de ejércitos innumerables, la más bárbara e inhumana terquedad en dominar a la heroica plaza francesa, han desatado sobre la zona de sus fuertes durante 45 días, un diluvio apenas interrumpido de artillería, ametralladoras y fusilería, granadas enormes y de mano, asaltos furiosos, en columnas cerradas y en orden disperso, de día y de noche, cuerpo a cuerpo, con explosiones de minas y todos los horrores y estruendos para sembrar la muerte y el espanto, en proporciones colosales, desconocidas en la historia de la guerra, ya por el ímpetu, persistencia y ferocidad de los asaltos teutones, como por la bravura indomable, por la serenidad siniestra y terrible de los defensores de la plaza de Verdun.

Verdad que los alemanes han logrado avances gradua-

les en la zona atacada, a costa de innumerables vidas inmoladas al capricho cesarista de Guillermo II, como en Iprés y en el Isser; y también es cierto que no son desalojados de los puntos estratégicos que van conquistando; pero también es verdad que después del tiempo transcurrido y de los sacrificios enormes del avance teutón, todavía no han herido ningún punto vital de la gran fortaleza asaltada; todavía el alto comando militar republicano, no ha dispuesto el contraataque generalizado con sus grandes reservas intactas, ni ordenado el diluvio de fuego y de hierro de sus grandes cañones de ataque coordinado; mientras que la táctica de Joffre, aquí como en otras jornadas gloriosas de esta guerra, cede terreno diezmando al enemigo, desgastando su potencia, hasta llevarlo al tiempo y al lugar en que sus concentraciones, sus reservas y sus factores poderosos, lo derrotarán completamente: Es táctica de los grandes capitanes.

Por otra parte, la toma de una fortaleza reducida a escombros, podrá satisfacer el capricho y la vanagloria de un déspota de espada, sin ningún escrúpulo para inmolar centenares de miles de sus huestes; podrá ayudar la colocación de algún empréstito difícil; podrá influir en algún país o en individuos flojos e irresolutos, y hasta galvanizar un prestigio pretoriano en decadencia; pero jamás importaría la conquista de escombros gloriosos, ni la prepotencia sobre Francia y sus aliadas, ni mucho menos la vía libre hacia París, para amenazar al mundo civilizado con su incendio estilo Lovaina.

No; Verdun está firme y gloriosamente resiste la más formidable y tenaz avalancha de todos los elementos desencadenados contra ella: de un lado, del Oriente, el

mundo bárbaro con su cortejo de muerte y deshonor; del otro, al Occidente, el corazón y la cabeza de Francia, del mundo civilizado, que la contempla, la socorre y la admira, entre el fuego, el heroismo y la gloria. Verdun se ha inmortalizado y vencerá, aúnque los bárbaros atraviesen sobre sus escombros y sobre los despojos palpitantes de sus bravos defensores, también inmortales: La gloria de la ciudad heroica, será lábaro invencible para las líneas de combate de todos los aliados, en tierra y en mar; y su renombre pasará entre raudales de luces a la más remota posteridad, ya destroce virilmente los asaltos germanos, camo hasta ahora, ya sucumba gloriosamente aplastada por la barbarie abrumadora.

¡Salve Verdun, invicta e inmortal!

4 de Abril de 1916.

XLVI

El gesto de Estados Unidos

América contra el kaiserismo

Tardía, pero firme, justiciera y magnífica, la actitud resuelta de Estados Unidos, frente al asesinato submarino de población inerme, no combatiente, compuesta de mujeres, ancianos, niños y neutrales, que con premeditación alevosa y soberbia terrorista, esgrimían Alemania, Austria y Turquía, contra buques mercantes conductores de cargas y de pasajeros inocentes.

La patria de Washington ha soportado largamente los atentados de bandalaje submarino que perpetraban los imperios centrales, y las chicanas dilatorias y falsedades cínicas con que pretendían encubrir o disculpar esos asaltos siniestros que hundían al fondo del mar los trasatlánticos, con numerosas pérdidas de vidas de pasajeros pacíficos. Llega al año aquella monstruosa iniquidad alemana del hundimiento del Lusitania, que sublevó la conciencia universal, mientras que en el Imperio teutón la celebraron como gloria nacional, dando asueto a las escuelas y acuñando medallas conmemorativas; y toda-

vía no han terminado los trámites, los expedientes y las dilaciones de la mala fe alemana, para rehusar las condenaciones de orden moral y alguna reparación pecuniaria para las víctimas reclamadas por Estados Unidos.

A ese crimen ruidoso, siguieron varios más en el Norte de Europa, en el Mediterráneo y el mar Negro, por el mismo sistema de ataques alevosos de los submarinos germánicos contra buques mercantes, sin aviso previo, ni dar tiempo alguno para salvarse los pasajeros y la tripulación no combatientes, sin que aun llevaran esos paquetes cañones defensivos de pequeño calibre. Las protestas de Estados Unidos eran tramitadas por Alemania con desgano, mañosamente y hasta con burla; y por medio de esa impunidad alcanzada con artificios o altanería, proseguía su guerra terrorista en el mar, enredando indefinidamente a la república del Norte y conjurando el pronunciamiento adverso de los otros países neutrales, en especial de las naciones de América. Además de estos recursos de la mala fe diplomática de Berlín, las opiniones del presidente Wilson, de los partidos, del congreso y de la prensa en general, no se habían uniformado con actitudes definidas y valientes, aunque a todos repugnaban las violaciones del derecho de gentes, que con toda insolencia perpetraban los imperios centrales, en mar, en tierra y en el aire.

El gobierno de Casa Blanca ha procedido con exagerada prudencia en sus reclamaciones al Imperio Alemán, y acordado prórrogas interminables y las medidas investigadoras más engorrosas y complicadas para justificar los reclamos y evidenciar la culpabilidad de los comandantes de submarinos; y esa actitud meticulosa y en ex-

tremo judiciaria, fué interpretada en Berlín como signo de debilidad o de indiferencia por los atentados de los submarinos. El gobierno de Wilson proseguía sus gestiones, encuestas e interrogatorios en sus consulados y embajadas europeas, a la vez que comunicaba sus protestas a los gobiernos aliados, cuando creía vulneradas las prácticas del derecho de gentes y los intereses de los norteamericanos, en el rgistro y secuestros de correspondencia y mercaderías, sometidas a las cortes de presa. Mientras tanto Alemania proseguía sus ataques ilegales de submarinos, segura de no terminar nunca los esclarecimientos provocados por Estados Unidos; tranquila porque esta república notificaba protestas a los aliados; y justificando sus asaltos a la marina mercante, como "represalias" al bloqueo resuelto por la Gran Bretaña, que para la diplomacia de Berlín, importaba "hacer morir de hambre a mujeres y niños alemanes".

En esto como en las grandes líneas de la diplomacia y de la política, el gobierno teutón ha revelado muy cortas vistas mentales y jurídicas. Confundía la circunspección judiciaria de Wilson y aun su aversión a la guerra, con la cobardía o con el interés sórdido de un "país de mercaderes", insensible al derecho, a la justicia y a la humanidad, — cuando se las había con una democracia libérrima, donde el amor a esas bases primordiales de un país civilizado y el amor al ideal, la hizo mantener una guerra gigantesca durante cinco años para libertar a los negros, para abolir la esclavitud en el Nuevo Mundo. Ignoraba que muy pronto se entenderían el principismo democrático, con los ímpetus jurídicos y políticos de Roosevelt y de Root, las opiniones del senado y de la cámara

de representantes, del pueblo y de la prensa, clamando por una actuación definida de Estados Unidos contra todas las violaciones germánicas del derecho de gentes. Alemania no distinguía entre los secuestros de cartas y mercancías de los aliados — sometidas a tribunales de presas, — y los atentados de submarinos, el brigandaje en Bélgica, Francia, Polonia y Serbia, los ataques de zeppelines a lugares abiertos, sin previa intimación, el envenamiento del aire con gases asfixiantes e inmolación de inocentes y prisioneros, perpetrados por los teutones, que eran crímenes odiosos, de lesa humanidad, contra el derecho de guerra tradicional.

Mientras que Inglaterra contestaba al bloqueo alemán ficticio de sus costas por submarinos, — contrario al derecho internacional y para exterminar pasajeros no combatientes, — con un bloqueo efectivo, legítimo, de los puertos germanos, con sus escuadras de acorazados, cruceros y torpederos, — no para hacer morir de hombre mujeres y niños, sino para presionar económicamente al Imperio, como se hace con una plaza sitiada, ahorrándole la carnicería del asalto, por razones de humanidad, — y la cancillería de Berlín considera "represalia legítima" el hundimiento alevoso por submarinos, de todo buque mercante, neutral o de los aliados, con cañoncitos defensivos o sin ellos, prescindiendo de aviso previo y de la salvación de los náufragos, no combatientes. En toda esa diplomacia y derecho de guerra alemanes, se observa arbitrariedad, torpeza, prepotencia, crueldades y el espíritu de dominar por el terror y la barbarie.

Convencidos al fin en Estados Unidos de estas modalidades empedernidas del Imperio Alemán, después de

comprobar plenamente los crímenes perpetrados en la guerra por las fuerzas germanas, y de convencerse Wilson que repugnaban al congreso, a los prohombres, al pueblo y a la prensa, acaba de producirse en forma serena, justiciera y muy resuelta, enviando a Berlín una protesta altiva, aplastadora y terminante, a la vez que expone al congreso de los Estados Unidos el derecho de gentes y de humanidad que corresponde seguir al país, con una sinceridad y grandilocuencia dignas de Washington y de Lincoln, sin ocultársele la solemnidad mundial contemporánea, pues recuerda que casi siempre la ruptura de relaciones diplomáticas que plantea como ultimatum, "trae aparejada la guerra"...

Al gesto bizarro de Wilson contestan el congreso y el pueblo con aplausos sonoros; y el resto de la América adhiere simpáticamente a esa actitud gallarda, comparable a la de Monroe y a la de Cleveland en ocasiones célebres para el derecho internacional del Nuevo Mundo. Naturalmente, los países de la alianza baten palmas al paso decisivo de Wilson; y Clemenceau le adorna con una brillante corona de laureles, colocándolo al frente de los primeros estadistas y diplomáticos de la época.

Las repúblicas de América, que han dado muestras de vivas simpatías a la causa de la alianza; que suscribieron las actas y los tratados del congreso de La Haya, condenatorios de toda barbarie en la guerra y de las violaciones de neutralidad y del derecho de gentes, — deben adherir pronto y formalmente a la protesta de Wilson, bajo el mismo apercibimiento de cortar relaciones diplomáticas con Alemania, si no repudia siquiera los crímenes de los submarinos.

Al fin y al cabo, las democracias del Nuevo Mundo, esencialmente libres, civiles, pacíficas y jurídicas, sienten explicable repugnancia por ese pretorianismo alemán, con ínfulas de cesarismo mundial y de tiranía feudataria interna; despótico en la paz y bárbaro en la guerra. La opinión adversa a los imperios centrales, se ha pronunciado en las repúblicas de América, con abrumadora mayoría; y los pocos juristas extravagantes, los germanófilos trasnochados y pudorosos que suelen exhibirse, — lejos de constituir un exponente pretoriano de nuestras democracias, sirven de excepciones pintorescas, para exaltar el relieve mental del Nuevo Mundo, en favor del país de la Carta Magna, de la nación de los "Derechos del Hombre", de la patria del arte y del derecho civil, del heroismo belga y de la perseverancia rusa, vale decir, de la civilización greco-romana, del derecho, de la libertad, de la justicia y de la humanidad.

Las cancillerías de América deben ponerse a nivel con la actitud gallarda de Washington, en armonía con sus instituciones republicanas, con el derecho de gentes y con las sanciones del congreso de la Haya, desde que la guerra submarina afecta a todas las naciones. Es necesario que Alemania, a la vez que sienta el estruendo de los cañones de los beligerantes en las líneas de fuego y los efectos del bloqueo, perciba también las ansias del vacío del mundo civilizado neutral, que repudia sus crímenes y sus atentados de guerra. Así nos acercaremos al final de la conflagración, al derrumbamiento del militarismo alemán, de su kaiser y de la dinastía Hohenzollern, no de la nación alemana, que es su primera víctima, y aun cuando ese mismo pueblo, mecanizado hasta la servi-

dumbre, se haya solidarizado con la empresa temeraria de Guillermo II, de la dominación universal por el terror, la efusión de sangre y el exterminio.

Con el gesto soberbio de Wilson, empieza la era de la influencia americana por el derecho y la justicia en el mundo: La patria de San Martín debe seguir a la de Washington...

¿Y el A. B. C.?...

24 de Abril de 1916.

XLVII

La conflagración económica

Otra guerra gigantesca

Alemania ¡nación fatal! también pretende arruinar al mundo competidor en lo económico, como en sus guerras vandálicas de conquista, sin ley ni moral, con gases asfixiantes; pero... "en la guerra como en la guerra"... y esto interesa mucho a la Argentina.

I

En plena beligerancia mortífera de todos los frentes inconmensurables, acaba de reunirse en París una conferencia parlamentaria-comercial de los aliados, que estudió los múltiples y complejos problemas de índole económica que afectan a todos los pueblos de la alianza, frente al Imperio Alemán, oyéndose los más alarmantes vaticinios y desconfianzas para cuando se celebre la paz. Se aprobaron varias resoluciones de hostilidad a Germania y de subido proteccionismo defensivo a los países aliados con-

tra la competencia alemana, blanco de sanciones de guerra industrial y comercial, para el futuro inmediato a la paz y en el mismo tratado que la concierte.

Las deliberaciones y votos de la conferencia, se han desarrollado con grave solemnidad, casi a toques de clarín, concurriendo el presidente de Francia, M. Poincaré, quien pronunció un discurso oliendo a pólvora, que terminaba con tono vibrante: "¡Vivan los aliados!" Y, en seguida, el presidente de los delegados, M. Chaumet, sentó estas graves premisas, que se tuvieron siempre presentes: "La Alemania comercial e industrial, no puede distinguirse de la Alemania militar. Una y otra son siempre agresivas tendiendo a la dominación del mundo... La hegemonía de la Alemania económica, traería inevitablemente la restauración de su poder militar. Debemcs, por consiguiente, destruir uno y otro poder".

Luego se sucedieron las quejas y los agravios contra la expansión económica del Imperio teutón, proponiéndose tratados comerciales, "ententes" económicos y tarifas en favor de los países aliados y en contra de la industria y del comercio alemán, tan agresivos y peligrosos como su militarismo, con el agravante de que esa expansión pacífica, engendraría la amenaza pretoriana. Se aclamaban, no sólo tarifas aduaneras de guerra contra el Imperio, sino postales, telegráficas y telefónicas, reclamándose de los gobiernos una acción protectora inmediata y muy eficaz, que empezara por asegurar contra Alemania grandes indemnizaciones en los ajustes de paz, por los perjuicios directos, destrucción de maquinarias, apropiación de materias primas y pérdidas de fabricaciones por la ocupación militar enemiga durante toda la guerra.

Penetrando a lo más hondo de la rivalidad económica entre los aliados y Alemania, proponían medidas extremas contra los abusos e inmoralidades del comercio y de la industria germanos, en defensa de las patentes de invención y del costo de fabricación de las manufacturas; castigando todos los abusos con sobretasa aduanera, que impidiese el delito y la competencia desleal, de vender a pérdida los artículos para arruinar la fabricación similar y adueñarse así de los mercados. Los delegados han pedido fletes marítimos y ferroviarios diferenciales para dominar la competencia alemana, y asegurar la vida industrial y manufacturera dentro de cada país aliado.

Pero llama sobremanera la atención, la denuncia y las medidas excepcionales que se propusieron acerca del enorme stock de mercancías elaboradas por las fábricas alemanas durante la guerra, listo para inundar los mercados con sus temibles procedimientos de concurrencia, tan luego como se restablezcan las vías terrestres y marítimas de comunicación. Se quejan que Alemania había acumulado enormes cantidades de materias primas antes y durante la guerra, mientras no se apretaba la malla del bloqueo, y de las zonas vecinas ocupadas por los ejércitos invasores, a la vez que destruían las fábricas de Bélgica, Francia y Polonia, desbordando la fabricación interior del Imperio: de ahí sus clamores y las medidas excepcionales que reclaman de los poderes públicos para los ajustes de la paz. Alemania ha devastado los países invadidos por sus ejércitos, y sus fábricas han acumulado montañas de mercaderías para dominar el mercado universal!

La conferencia de París concreta sus deliberaciones en los siguientes votos: 1°. Reconocimiento del principio

de la completa reparación de los daños causados por la guerra en los países allí representados. 2°. Invitación a los gobiernos a estudiar la reposición de las máquinas embargadas y destruidas por el enemigo. 3°. Incluir en el tratado de paz la obligación para el enemigo de reemplazar el material necesario para la reanudación de la industria en las regiones invadidas. 4°. Tomar medidas con el fin de impedir, después de la guerra, que los mercados de la alianza, sean abarrotados con las mercaderías acumuladas por el enemigo.

II

Cuando un congreso de parlamentaristas y delegados conspicuos del comercio, de las industrias y de técnicos renombrados como Luzzati en materia económica, formula cuestiones, acusaciones y medidas tan graves, es porque están todos penetrados de la importancia trascendental que reviste la concurrencia y la conflagración económica entre los imperios centrales, especialmente Alemania, y los países de la alianza; vale decir, en el mundo entero, pues resultan muy afectadas las relaciones de comercio de todas partes. Si las causas económicas no han producido la explosión de esta guerra, sino la insanía militar del predominio del mundo por la fuerza de las armas, acometida por el kaiser germano, — la verdad es que el mundo económico, la producción fabril de las grandes potencias, las rivalidades que provocaba en todas partes la concurrencia alemana, y los éxitos y desalojos de las mercaderías similares de los aliados, que iba obteniendo en todos los mercados — tenían forzosamente que conducir

a una guerra despiadada de intereses; y con razón se proclama ahora en París, que el predomnio industrial de Alemania, tenía que implicar una preeminencia militarista.

Ahora se comprende bien que, fuera de las rivalidades de ejércitos, de escuadras y de todos los inventos destructores, — el mundo se agitaba también, sorda y terriblemente, a impulsos de causas económicas y de rivalidades industriales, no sólo para proveer a las montañas de oro que exigía la paz armada, sino para prevalecer en la lucha a muerte que sostenían los industriales manufactureros de los países aliados en sus propios territorios y en los demás mercados de consumo del extranjero, — con el formidable competidor alemán, que les aventajaba en casi todo, presentando sus artículos más baratos, en mejores condiciones, y más al gusto de los consumidores y desahogo de los compradores, por la comodidad de plazos, fletes y facilidades bançarias.

El manufacturero y el comerciante alemanes, son habilísimos para el desarrollo de sus industrias, y hay en sus procedimientos parte legítima, moral, correcta y de evidente conveniencia pública, como hay parte engañosa, desleal, falsa, inmoral y corruptora; pero es bueno ver claro en estas materias económicas, para no incurrir en confusiones y en errores industriales y de concepto moral y comercial, como ocurría con frecuencia a los rivales aliados de los alarifes teutones, que les han ido ganando los mercados. Desde luego, deben abandonar terquedades e ilusiones: el mundo consumidor de los países de la alianza y de los neutrales, no abandonaba sus antiguas y buenas relaciones comerciales con Inglaterra, Francia, Italia, Bélgica, España, Portugal y Estados Unidos, por

la linda cara de los alemanes, sino porque sus manufacturas les resultaban mejores, más de su gusto, más baratas y aun con plazos y comodidades de pago, que no encontraban en la rutina del comercio tradicional; y por estas sencillas razones, fué extendiéndose grandemente por el mundo, la expansión de la manufactura alemana.

Eliminados de la industria y del comercio alemanes, todas las irregularidades, las maniobras desleales para los trusts, los conciertos dolosos para arruinar al competidor vendiendo a pérdida, las estafas e imitaciones engañosas, etc., — siempre quedarían competidores industriales temibles por sus aptitudes, disciplina, constancia, economía, orden, laboriosidad, cooperativas, espíritu de asociación, difusión técnica, especialista y universitaria; — vigorizadas estas excelentes cualidades, por numerosa marina mercante y por un socialismo de Estado, que duplica sus facultades de producción. Resultaría, pues, Alemania para el mundo de los aliados, siempre un rival industrioso muy serio, aun sin militarismo prepotente, y aun podado de todos los artificios y procedimientos dolosos, que pudieran imponer al Imperio los aliados vencedores.

Por estas reflexiones, se comprende la guerra sorda de intereses que ha ido sembrando en el mundo Alemania, ayudada por las malas artes ingénitas, y estimulada fuertemente por los elementos militares de tierra y de mar, que han resultado formidables en la prueba colosal de la conflagración; y aun cuando las causas económicas no hayan producido el estallido, sino la amibición política del kaiser, — las rivalidades de intereses y de expansión comercial, seguirán en lucha gigantesca, mientras no se produzcan estos acontecimientos: aniquilar el militarismo

prusiano conquistador, moralizar la industria y el comercio alemanes, — por una parte; y, por la otra, que el comercio y la manufactura de los aliados, se adapte a los procedimientos legítimos y hábiles de los alemanes, para que sus productos rivalicen en igualdad de condiciones y de precio con los mejores de la concurrencia.

Aun resueltos favorablemente todos los votos de la conferencia de París, no quedarían allanadas para el porvenir, las complicaciones inherentes a la expansión manufacturera y comercial de las potencias económicas que aspiran a la concurrencia universal, no a dominaciones excluyentes, — a parte del bochorno de prevalecer a la sombra de tarifas diferenciales y de leyes de privilegio o de guerra, que sólo podrían admitirse como medidas transitorias, hasta colocar a las naciones bajo completa igualdad. Hay que refrenar las estralimitaciones del imperio germánico, en lo militar y en lo económico; pero cuidando de no crear privilegios e injusticias odiosos, que entronizarían abusos de otro género. Hay que mirar alto y muy lejos en política internacional y financiera, enseñando a cada país que se consagre al desarrollo de los mejores elementos que contenga, en la división del trabajo y de la producción mundial, para concurrir en buena ley al mercado, sin crear privilegios para ningún país, sin tolerar procedimientos inmorales, artificiosos e ilícitos de quien quiera que los ejecute. Que el comercio internacional se desarrolle bajo el pie de justicia, derecho e igualdad uniformes para todos los competidores, reaccionando contra los excesos del proteccionismo, y la inmoralidad de los procedimientos. Sólo bajo estas altas inspiraciones se consolidará la paz en el mundo, garantizando la independen-

cia de las naciones, el imperio del derecho y la satisfacción de las necesidades legítimas de los pueblos, por el desarrollo económico libre y espontáneo de la producción.

Serín un error deplorable, legislar las relaciones tan graves y delicadas bajo la impresión del pánico, de la catástrofe, de la guerra desencadenada, de los odios rencorosos y ciegos. La influencia económica arrolladora de Alemania, puede ser continuada por Estados Unidos, por el Japón, tal vez mañana por el mundo amarillo de China; y hay que legislar con criterio elevado e igualitario, midiendo con la misma vara a Inglaterra, a Francia, a Alemania, a Rusia, al Nuevo Mundo y al Asia; para todos una alta justicia, la misma moralidad y el imperio de leyes y doctrinas sin privilegios. Así la lucha económica no será un trastorno ni una amenaza, sino la concurrencia legítima en el mercado universal, la irrigación de beneficios comunes, por toda la superficie de la tierra, para bienestar del género humano.

2 de Mayo, 1916.

XLVIII

La plaza heroica

Honrada por Guillermo I de Alemania

Al corregir las últimas pruebas de la 4ª. edición de "Alemania contra el mundo", deseaba complementar un rápido artículo en elogio del heroísmo de Verdún; y, al hacer un estudio de aquella vieja ciudad de Francia, me encuentro con antecedentes honrosísimos, con una vida larga y complicada en más de mil quinientos años de historia, coronada por brillante actuación guerrera en 1870, elevada a la gloria en su gallarda resistencia contemporánea.

Entre esos antecedentes, hay uno que refleja gran honor para la valiente plaza del Este, y que tal vez sea la clave de la obsecación terrible del nieto del Gran Guillermo y del kronprinz, — de rendir una plaza gloriosa, honrada en forma ejemplar por el fundador del Imperio.

El heroísmo actual con que Verdún asombra al mundo, da interés y oportunidad al recuerdo de sus grandes antecedentes, y por ello agrego esta ampliación a mi artículo anterior para el libro, y la publico desde ya,

cuando el cañón alemán retumba furiosamente contra la invicta plaza francesa.

Verdún, la antiquísima Verodunum, cuna del heroísmo de Beaurrepaire, suicidado o asesinado por resistir una capitulación deshonrosa y cuyos restos descansan en el Panteón, y de la gloria de Marceau, quien, después de aquella capitulación de 1792, sólo pedía "un sable nuevo para vengar la afrenta"; Verdún, esa plaza fuerte del Este, es una ciudad histórica de Francia, de población reducida e industriosa, pero de vida accidentada; llena de episodios guerreros, de luchas políticas, de gobierno episcopal y laico; sitiada muchas veces; destruídas sus murallas por Carlomagno, por haber resistido a un obispo italiano que quería imponerle; saqueada varias veces por los antiguos bárbaros; asaltada por los normandos; teatro de rudos combates entre la guarnición de su ciudadela, construída por Vauban, y muchos enemigos que pretendían dominarla durante siglos; sede de aquel célebre Godofredo de Bouillón que figuró en las Cruzadas; teatro de la famosa división del Imperio de Luis Debonario entre sus tres hijos, en 843: El reino de Francia, para Carlos el Calvo; Luis el Germánico recibió la Germania hasta el Rhin; e Italia para Lothario.

Verdún fué ocupada por Carlos V al avanzar sobre Francia; y quedó adherida para siempre a esta nación, en tiempo de Enrique IV, después de su conversión. Durante las guerras de la Revolución Francesa de 1789, su actitud guerrera y su patriotismo, sufrió un eclipse, ca-

pitulando casi con simpatía a la invasión prusiana (por complicidades de los emigrados), lo que valió la guillotina para los treinta y tres responsables, militares y mujeres nobles (después de Valmy), y prisión perpetua para dos jovencitas de diez y seis años, — pues ninguna plaza debía capitular, bajo pena de muerte, en aquellos tiempos terribles.

Pero Verdún rehabilitó dignamente su valor y su patriotismo francés, en la guerra de 1870, elevados al heroísmo sublime en la guerra contemporánea. Conviene recordar su actuación bélica en la guerra anterior, como un honor merecido a la ciudad heroica y al rey Guillermo, fundador del Imperio.

La guarnición peleó bravamente en 1870, contra fuerzas muy superiores, rechazando los ataques furiosos de los prusianos, y dominando por asalto desesperado las baterías enemigas, clavando los cañones, cuyos artilleros exterminó.

Después de la rendición de Metz, fuerzas enormes rodearon a Verdún y la lucha era imposible, pues una formidable artillería estaba emplazada en las alturas cercanas para reducir a polvo en pocas horas los baluartes de la plaza. Desde luego, se imponía la absoluta necesidad de economizar las vidas y las fortunas de esta patriótica población, que había quedado valientemente entre los muros de la ciudad, defendida por reducida guarnición. El general Guerin de Waldersbach, ofreció, pues, capitular y preguntó las condiciones que impondría el enemigo.

El mismo rey Guillermo de Prusia contestó: "En presencia de la heroica defensa de Verdún, estoy dis-

puesto a aceptar condiciones excepcionales, que debe proponer el jefe de la plaza".

Las propuso el bizarro general francés:

Se entregó la guarnición prisionera, con uso de uniforme, armamentos, parques, etc., pero después de la guerra, sería todo devuelto a Francia, quedando prohibido al vencedor, gravar con ninguna contribución a la ciudad de Verdún.

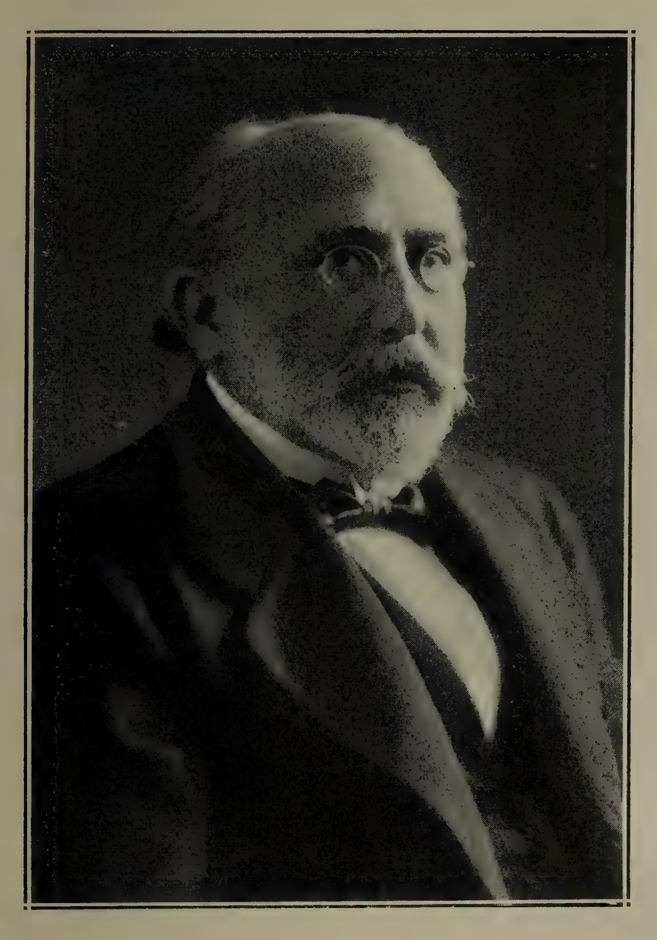
El consejo de guerra francés, después de apreciar honrosamente la conducta de la guarnición y de su jefe, aplaudió los actos de defensa de la plaza, y censuró la capitulación, por no haberse llegado a los extremos previstos en las leyes militares, aun cuando se reconocía la preponderancia abrumadora de los prusianos.

En estos episodios históricos de Verdún, hay saludables enseñanzas de heroísmo para la defensa de las plazas de guerra, y de victoria caballeresca de un guerrero invasor; como también de la justicia militar para apreciar capitulaciones, con las inexorables exigencias de la lucha extrema, en defensa de la patria.

Felizmente, Verdún se cubre de gloria en las terribles alternativas de combates formidables de más de cien días, luchando a muerte contra medio millón de asaltantes, dirigidos por los mejores generales germanos, por su Kaiser y por el kronprinz.

¡Honor a la plaza heroica e invencible!

15 de Junio, 1916.



Almafuerte..

XLIX

Apóstrofe [1]

(Para mis amigos los doctores don Carlos Madariaga y don Francisco A. Barroetaveña.)

I

Mentecato razonante, — amoral y razonante,
amoral y atrabiliario, —
como aquellos Federicos, tus abuelos,
como aquel tu regio primo que arrojaron a las ondas:
tragicómico.
Personaje de Molière incorporado a la técnica de Hugo:
un mediocre, un secundario,
con desplantes de Nerón, declamatorio y homicida:
medio histrión, medio chacal.
Dulcamara de las artes y las letras
que profanas los prodigios del ingenio
grave y hondo,
noble y fuerte,
de los jóvenes artistas de Alemania,

---

(1) El Presidente de la Junta ejecutiva Dr. Zubiaur, obtuvo del Sr. Palacios consentimiento para insertar esta composición en el libro del Dr. Barroetaveña, por armonizar con la propaganda y estar muy vinculados los dos escritores.

con los necios cascabeles petulantes
y los místicos remiendos incongruentes
de tu inflada medianía,
de tu enorme fatuidad.

II

Dictador de un pueblo manso,
que a virtud de un cientifismo más brutal que los azotes,
le has hundido en el abyecto
gran trajín de los insectos laboriosos:
en su helado mecanismo;
en aquella disciplina de colmena,
que persigue un fin extraño a las abejas.
Democracia encasillada,
donde todos son felices, — donde todos
dan la misma sensación de los felices, —
porque nadie es personal.
Democracia de inconscientes,
de resortes aceitados,
incapaz de las preñeces inefables
de las madres de los Cristos.
Democracia subalterna, sin historia,
que es idéntica por siempre
de una punta a la otra punta de los tiempos...
¡que es la misma democracia miseranda
que conduces al asalto en batallones,
y la misma que desdoras,
sometida a las liturgias de la higiene
como un torpe lupanar!

III

Mientras tú, — zángano y pulpo,
hiperbólico parásito,
tenebroso, —
te reservas el derecho de ser libre,
de ser hombre, de ser loco,
de ser genio extravagante,
de dar rienda a tus impulsos;
porque Dios así lo quiere, porque Dios así lo manda,
porque Dios te necesita
para el logro de sus planes y designios...
charlatán.

IV

Asesino coronado,
con las manos empapadas en la sangre de millones de ino-
[centes;
de mujeres y de niños y de ancianos, —
base y cumbre de la vida; —
de ignorantes campesinos y de bestias de labranza, —
compañeras de los tristes y los pobres
y factores de riqueza y alegría
como el pobre y como el triste. —
Impostor, grotesco Atila, descendiente putativo
del monarca de los Hunos,
tragediante,

cuyas manos sumergidas en la sangre de cien pueblos,
ya no manchan lo que tocan
con la sangre que destilan;
porque todo está sangriento,
porque todo está purpúreo, como un coágulo fantástico:
tierra y mar.
Mitológico demonio,
cuyas fauces, cuyos cuernos,
cuyas garras y pezuñas chorreantes
en la sangre generosa de la flor de los varones,
dejarán por luengos años apagadas
las antorchas de Himeneo;
las tribunas populares sin apóstrofes
como bocas desdentadas y sin lengua;
polvorosos y vacíos y yacentes
alambiques y retortas;
el taller de los artistas, infecundo,
pues las musas, —
que se entregan ellas mismas al ingenio
de mancebos y de ancianos, —
no darán a otra mujer todas sus gracias; —
mudo y frío,
mudo y trágico,
como un alma bajo el peso de su crimen,
el taller de los obreros, —
maculado con la sangre de los parias de la tierra
y acusado, por la suma de los tiempos y los hombres,
de traición y fratricidio; —
los terrenos de labor, — ayer gloriosos
como el vientre de las madres campesinas, —
hoy siniestros y baldíos, —

deshonrados y horadados
por las furias de la guerra,
cual pudiera deshonrarlos y horadarlos
un ejército de búfalos en marcha,
una piara fabulosa; —
las ciudades enlutadas;
los caminos solitarios;
los portentos seculares de alarifes ignorados, —
cuyas torres, como súplicas de piedra,
se perdían en las nubes, —
convertidos en refugios de alimañas;
las aldeas, — visitadas por los lobos, —
reducidas a unos viejos y unos niños
haraposos, macilentos, lamentables;
sin honor la humanidad.

V

Invasor indiferente como un bruto,
cual un asno enfurecido,
cual un férvido bisonte trashumante
que no ve lo que destruye con sus patas,
en su fiebre ambulatoria,
en sus ansias de migrar;
invasor indiferente
a lo bello, lo sagrado y lo indefenso, —
que están siempre por arriba
de la cólera del hombre,
como un niño en sus pañales,

como el sol en su dominio sideral; —
destructor de catedrales portentosas,
y colegios, y hospitales, y ambulancias,
y barcazas pescadoras,
y ciudades tan abiertas como el cielo,
y poblachos tan risueños e inocentes
como el patio de una escuela:
por jactancia,
por barbarie enardecida,
por llenar de espanto al mundo,
porque así lo hicieron antes los Atilas y Alaricos:
por maldad.
Incendiario de las granjas admirables
de los belgas y franceses;
de jardines y de huertos deliciosos;
de viñedos seculares;
de yocundas, lujuriantes sementeras, —
sudor mismo de los mansos
y alimento de los pobres y los ricos; —
sementeras melodiosas como arpas
y doradas y flotantes como túnicas de oro,
que sembraron manos próvidas y fuertes...
¡más augustas y más fuertes que las tuyas,
ruin taroso,
asimétrico inservible,
mutilado por herencia desde el seno de tu madre,
sanguijuela de los otros,
incapaz de arar un palmo de terreno,
de sembrar cuatro puñados de simiente,
de moler un haz de trigo,
de amasar un solo pan!

VI

Asesino de Miss Cavell;
victimario de mujeres;
victimario de mujeres más heroicas
que tus rudos almirantes, —
que los rudos almirantes
de los barcos de tu escuadra embotellada; —
más heroicas que tu ejército de topos, —
inventor de laberintos y tuneles,
y trincheras subterráneas, —
que rehuye los encuentros singulares,
las batallas frente a frente,
brazo a brazo,
pecho a pecho,
bajo el sol y a sol medido:
a lo César y Alejandro,
San Martín y Bonaparte,
suerte a suerte, genio a genio, faz a faz.

VII

Asesino de Miss Cavell;
asesino sin entrañas de mujeres estupendas,
imponentes, sobrehumanas:
superiores al estrago,
superiores a su carne femenina,

superiores a la muerte,
como santas, como diosas;
que cruzaban impasibles bajo el fuego formidable
de tus hórridos cañones,
por la zona pestilente de tus gases asfixiantes, —
tan hediondos como tu alma, —
sin más yelmo que sus tocas
sin más armas de defensa que una cruz atada al brazo;
arrastradas al fragor de la contienda, —
como madres que buscaran a sus hijos
a través de los tizones de un incendio, —
conducidas al infierno colosal de los combates, —
¡oh, sonámbulas sublimes! —
por el ¡ay! de los heridos,
por la sangre borbotante de los pechos,
por los hipos de agonía,
por la súplica sin ayes de unos ojos nunca vistos,
por el gesto indefinible de los héroes moribundos, —
de los pálidos obreros y aldeanos moribundos, —
que al mirar a la enfermera,
como en síntesis suprema de visiones anteriores,
ven en ella a sus hijitos, a sus padres,
a su esposa, a sus hermanos;
ven en ella a sus amigos y la torre de su pueblo,
que ya nunca, —
nunca, nunca, —
ni despiertos ni dormidos
verán más,
soñarán más.

VIII

Mientras tú, bajo tus cotas, tus corazas y tus cascos, —
fiera indigna de sus garras, —
sumergido en lo más hondo de tus autos imperiales,
artillados y blindados como andantes fortalezas;
custodiado por tu guardia y tus aviones
en la tierra y en los aires, —
como un mísero Heliogábalo lloroso,
como un viejo Ganimedes angustiado,
inferior a las mujeres
del harem y el gineceo, —
estallabas en histéricos chillidos
azuzando a tus mesnadas,
más atrás de tus cañones,
más atrás de tus fortines y tus fosos,
más atrás de tus reservas,
más atrás de los fogones donde hierven tus marmitas,
más atrás del más cobarde de los tuyos...
más atrás.

IX

Imperial infanticida; rey Herodes;
ogro enorme de los párvulos de Bélgica,
a los cuales perseguiste por las calles,
por las plazas, por los campos,
por las cuevas y los montes, —

tigre suelto, —
hasta el pie de los santuarios
y el regazo de sus madres;
angelitos intangibles,
querubines inviolables
en su vida, su candor y su belleza,
para Dios y para el hombre;
a los cuales arrancaste las pupilas,
mutilaste las dos manos,
profanaste y degollaste, —
gran maldito, —
por envidia, por venganza, por bestial represalía:
padre triste,
padre lleno de vergüenza,
del borracho incorregible, del imbécil incurable
que ha de ser, si Dios no media,
como el propio Carlos Quinto de Alemania,
magestad.

X

Corruptor de la conciencia de los hombres;
musa roja de filósofos y sabios,
de políticos y estetas:
Mefistófeles.
Seductor de la gran Virgen, —
de la hija cerebral del padre Zeus;
de la hermética Minerma; —
cuyo pecho saturaste de pasiones inferiores,
de satánicos instintos;

cuyos sesos inefables,
armoniosos, fulgurantes como astros,
sometiste a pensamientos tenebrosos,
disolventes, agresivos:
al pensar de las raposas, si pensasen,
y al ardor del alacrán.
Animal apocalíptico; precursor de las tinieblas;
enemigo del derecho y la justicia;
enemigo de los hombres;
Antecristo.

XI

En un mundo tan estrecho y fugitivo
cual un campo de gitanos,
que hoy es vida clamorosa
y mañana soledad;
en un mundo tan endeble y reducido,
tan astroso y vacilante
como el triste carromato gemebundo,
donde ultrajan a Talía por las plazas y las ferias,
los histriones derrotados,
los tediosos comediantes derrotados
que darían los imperios de la tierra
por un pan;
en un mundo tan pequeño como éste,
tan pequeño y deleznable,
como el punto deleznable,
que un insecto deleznable
deposita en la bruñida superficie

de una copa de cristal;
en un mundo como este en que nacimos,
así frágil y menguado,
así vil y transitorio,
que hoy es nota bien precisa en el espacio
y mañana no será:
no hay siquiera la esperanza
de una vida y una forma permanentes;
no hay el ámbito geográfico bastante, —
ni alargándole su diámetro
hasta dar con el volumen de cien soles; —
no habrá nunca
ni metales, ni carbones, ni bastantes calorías,
ni energías suficientes,
ni apropiadas resistencias,
para el horno,
para el cráter,
para el círculo dantesco,
para el báratro sin fondo y sin orillas,
para todos los abismos inflamados
que te deben supliciar.
No; la tierra es tan fugaz, tan reducida
como un campo de gitanos:
para tí la Eternidad.

XII

Y la historia es un momento,
una mísera palabra, —

una mísera palabra que resuena altisonante, —
un clamor en el desierto, nada más.
Son los siglos como un sueño:
eran nada y se hacen nada, —
nada misma, olvido mismo: noche y paz. —
Los archivos van al polvo
y a la sombra impenetrable
de un lenguaje incomprensible,
como cuento de otros mundos,
como el verbo de unos seres que no fuesen
ni siquiera el antropoide,
ni siquiera una vislumbre de razón,
de humanidad.
Los azotes de la Historia no castigan:
crean dioses;
crean tipos fabulosos, mitológicos,
arrastrados al dolor por el destino,
condenados al delito por las horas,
sometidos al horror de la tragedia, —
del incesto al parricidio, —
por las fuerzas del ambiente;
porque así los dispusieron las costumbres,
las pasiones imperantes,
los impulsos del momento,
las herencias y atavismos: lo fatal.
No; la Historia es un momento, una mísera palabra, —
una mísera palabra que resuena altisonante...
Para tí, para la serie
larga y negra de tus crímenes horrendos,
cien millones, mil millones de centurias
son un soplo.

—

Te reclaman los archivos de lo eterno:
vida eterna, fuego eterno, llanto eterno,
        sin Plutarcos,
sin siquiera la sonrisa de Caín el fratricida:
dolor pleno, dolor sumo, dolor puro
        por los siglos de los siglos;
        y en aquella angustia eterna,
        tú y Satán.

ALMAFUERTE

La Plata, Diciembre 29 de 1915.

Juicios

sobre "Alemania contra el Mundo"

El volumen formado por la compilación de todos los escritos del doctor F. A. Barroetaveña sobre la conflagración europea, obliga a publicar tan solo fragmentos de los juicios emitidos acerca de ediciones anteriores, en el país y en el extranjero, pues de publicarlos *in extenso*. comprenderían como doscientas páginas más.

Se empezará por las comunicaciones al autor de los ministros de las naciones de la alianza, y de sus respectivos gobiernos, para proseguir con los juicios de hombres de letras, juristas y artículos de prensa: se transcribirán los párrafos que juzgan al libro, y los que critican a los imperios centrales, promotores de la conflagración.

Cartas de ministros diplomáticos

Legación de Bélgica

Buenos Aires, Marzo 20 de 1915.

"Señor Doctor: Acabo de doblar la última hoja de *"Alemania contra el Mundo"*; y no sé qué más debo admirar en esa vigorosa obra: si el aticismo del autor, su dialéctica y fuerza de convencimiento o su entereza.

"¡Qué cuadros aquellos, los de los hechos que hoy nos confunden, nos aturden, nos espantan, revolviendo todas nuestras nociones de lo justo y de lo bueno, echando por tierra nuestros ideales más queridos y haciéndonos dudar de la perfectibilidad humana! ¡Qué retrato aquel, a lo Saint Simon, del autor responsable de horrores tantos y tan grandes, que él mismo declara que su corazón sangra al contemplarlos! ¡Qué páginas tan conmovedoras sobre el martirio de un pueblo, que no ha cometido otro crimen que el tener honor y respeto a la fé jurada!

"En medio de tantas desgracias, nos queda, a nosotros los belgas, el inapreciable consuelo del universal aplauso que nos ha valido nuestra actitud y la simpatía, no menos general que nos acompaña en nuestra aflicción. Muchos, muchísimos son los testimonios que recibo cada día de los sentimientos altruistas del noble pueblo argen-

tino. El vuestro, señor doctor, que une los hechos a las palabras, es de los que más nos obligan. En nombre del Gobierno que tengo el honor de representar, en nombre de tantos huérfanos infelices, cuya suerte procurais aliviar, y en mi nombre personal, os lo agradezco con toda mi alma.

"Recibid, señor doctor, mi atento saludo y las seguridades de mi más distinguida consideración.

El Ministro de Bélgica
Ch. Renoz."

Legación de Francia

Buenos Aires, 26 de Marzo de 1915.

"Señor: Termino la lectura y el estudio profundo de vuestro bello libro *"Alemania contra el Mundo"*, de que acusé recibo; y ahora debo expresaros que me ha afectado y seducido a la vez, por la exposición elocuente que haceis de las mentalidades y situaciones respectivas de los beligerantes; por la profundidad y justicia de vuestras críticas, como por la elevación de vuestros sentimientos. Es difícil juzgar con mayor acierto el espíritu de los gobernantes y del pueblo alemán, y al mismo tiempo despejar mejor los peligros que la política y las ambiciones germánicas propagan al mundo entero, tanto a las potencias neutrales como a los estados en conflicto con Alemania.

"Esto es lo que habeis puesto admirablemente en plena luz, y es lo que da a vuestro libro, el valor docu-

mentario e histórico, que le asignará un lugar de primer rango en la literatura nacida de la guerra actual.

"Yo debo todavía agradeceros los sentimientos que en el curso de vuestra obra expresais respecto de mi país. Haceis plena justicia y afirmais vuestras simpatías por la causa que defendemos, que es la del derecho y de la humanidad. Habeis adquirido, así, un título particular a la gratitud de todos mis compatriotas; y es de esta gratitud de que yo me hago intérprete complacido, rogándoos, señor, recibir las seguridades de mis sentimientos más distinguidos y afectuosos.

Jullemier,
Ministro de Francia."

British Legation

Buenos Aires, 12 de Mayo de 1915.

"Estimado señor: Por la fina atención del envío de un ejemplar de la 3.ª edición del libro titulado *"Alemania contra el Mundo"*, le expreso sinceramente mi agradecimiento.

"Dicha obra es ahora tan bien conocida y ha sido tan apreciada, que no necesita palabras mías para alabarla; pero no puedo perder esta oportunidad de expresar al autor mi reconocimiento por la exposición hábil de la posición que ocupan los países beligerantes en la guerra actual, como usted ha demostrado en su libro y en el notable discurso pronunciado en ocasión del cumpleaños del Rey Alberto.

"Mucho me agradaría saber que su obra ha sido traducida en idiomas extranjeros, para que su contenido sea difusamente conocido.

"Reciba mis mayores pruebas de agradecimiento y lo saluda muy atentamente, S. S. S.

Reginaldo Tower."

Legación de Rusia

Buenos Aires, 22 de Marzo de 1915.

"Mi distinguido señor: Le agradezco con toda sinceridad el amable envío de su última obra, tanto más preciosa para mí por tener en su primera página el autógrafo del distinguido autor.

"Aunque ya familiarizado con la obra por los artículos aparecidos en "El Diario" y que nunca he dejado de leer con el mayor gusto y provecho, — pasé mis horas libres de los últimos días en releerlos una vez más, por su estilo claro y convencedor, por la gran templanza con que están expresados pensamientos vehementes y apasionados, y, en fin, por la enorme erudición histórica y jurídica de su autor.

"Me será un verdadero agrado hacer llegar a su alta destinación, el volumen que usted dedica a S. M. el Emperador de Rusia, como también el destinado al señor Sazonoff.

"La opinión ya hecha sobre lo que es la cultura del alma alemana, cultura en contradicción flagrante con la

civilización material que, eso sí, no puede negarse, ha llegado a un grado de perfeccionamiento, que ha podido engañar al mundo entero. Ahora se vé, una vez más, que cultura y civilización, no son la misma cosa...

"Agradeciéndole, una vez más, el regalo que usted me ha hecho de su libro, aprovecho esta ocasión para reiterarle, mi estimado señor, las seguridades de mi distinguida consideración y alto aprecio.

E. Stein."

"18 de Mayo de 1915.

"Hi estimado señor: Le ruego acepte un millón de excusas por el tiempo que he dejado transcurrir desde la recepción de la 3.ª edición de su obra, y otros tantos agradecimientos por la amabilidad que ha tenido en hacérmela llegar. Tanto más la aprecio, que me ha proporcionado la ocasión de revivir las impresiones que sentí al oir su brillante discurso en el Coliseo, discurso que tan irresistiblemente electrizó a la audición que lo presenciaba.

"Son páginas llenas de un brío y sinceridad arrastradoras, apoyadas por un estudio profundo de hechos bien comprobados y por deducciones sacadas de la confrontación y análisis minuciosa del material a su alcance.

"Una vez más reciba, estimado señor, con mis cordiales felicitaciones y agradecimientos, las seguridades de mi sincero afecto y particular aprecio.

E. Stein."

Agradecimiento de los Gobiernos aliados

British Legation

"Julio 7 de 1915.

"Al señor doctor don Francisco A. Barroetaveña.

"Estimado señor: Como participé a usted anteriormente, los ejemplares de su libro que tuvo a bien de mandar por mi intermedio a S. M. el Rey Jorge V, al señor Asquith y a Sir Edward Grey, éstos fueron enviados en su debido tiempo a Londres. Ahora tengo el sumo gusto de transcribirle más abajo para su conocimiento el siguiente mensaje — fechado Marzo 30 ppdo. — que he recibido del Ministro de Relaciones Exteriores de S. M. Británica, Sir Edward Grey:

"He presentado al Rey su oficio fecha 16 de Mayo que acompañaba ejemplares del libro del señor Francisco A. Barroetaveña titulado *"Alemania contra el Mundo"*, que el autor deseaba presentar a S. M. el Rey, al primer ministro y a mí.

"S. M. el Rey me ha ordenado rogar a usted exprese al autor los agradecimientos de S. M., por el tomo que fué ofrecido para su aceptación, y agradecería a usted si tuviera a bien darle las gracias por mi parte y el señor Asquith por los otros dos tomos".

"Es con placer especial que llevo a cabo mis instrucciones expresadas arriba, y le ruego creer en las seguridades de mi particular aprecio. — S. S.

Reginaldo Tower."

Legatión de la République Française

"Buenos Aires, 15 de Mayo de 1915.

"Señor Barroetaveña: No olvidé remitir al Señor Presidente de la República, la obra intitulada *"Alemania contra el mundo"*, con que habeis querido hacerle homenaje.

"El señor Presidente, muy sensible a esta delicada atención, me ha encargado trasmitiros sus mejores agradecimientos.

"Siento verdadero placer en cumplir este mandato, y en renovaros mis mas vivas felicitaciones y las de mis compatriotas, por vuestra bella campaña en favor del derecho y de la verdad. Os ruego, querido señor, recibir las seguridades de mis sentimientos más distinguidos.

Jullemier."

"Buenos Aires, 9 de Junio de 1915.

"Señor Barroetaveña: El señor ministro de Negocios Extrangeros de la República Francesa, a quien comuniqué la bella campaña que seguís en Buenos Aires en favor de los aliados, es decir, en favor de la causa del derecho, de la libertad y de la civilización, me ha rogado trasmitiros sus felicitaciones y sus agradecimientos.

"Me es particularmente grato ser en la circunstancia el intérprete de M. Delcassé, y me siento feliz en renovaros, apreciado señor, con la gratitud de la Legación y de la colonia francesa en la Argentina, — la expresión de mis sentimientos de grande estima y de consideración muy distinguida.

Jullemier."

"Buenos Aires, 23 de Junio de 1915.

"Apreciado señor: El señor Ministro de Negocios Extranjeros, me hace saber que los ejemplares de vuestro bello libro intitulado *"Alemania contra el Mundo"*, fueron entregados a M. Poincaré, Presidente de la República, a M. Viviani, Presidente del Consejo de Ministros, a M. el Generalísimo Joffre y a él mismo.

"M. Delcassé ha sido encargado por los altos destinatarios, de expresaros su más vivo agradecimiento, al que agrega el suyo propio.

"Es siempre para mí un gran placer cumplir estos encargos, etc.

Jullemier."

Legación de Bélgica

"Buenos Aires, 8 de Junio de 1915.

"Señor Doctor: Tengo el honor de acusar recibo de su atenta de ayer, remitiéndome la cantidad de *dos mil* pesos nacionales, producido líquido, hasta ahora, de la

venta de su libro titulado *"Alemania contra el Mundo"*, que se sirve destinar al socorro de los niños belgas huérfanos por la guerra.

"Dicha suma saldrá mañana mismo para Europa, como usted me lo encarga.

"Séame permitido en esta ocasión, señor doctor, expresarle de nuevo mi profundo agradecimiento por su actitud respecto de mi desventurada patria. No satisfecho con defender la justicia de su causa, con el esclarecido talento que todos le reconocen, todavía quiere aplicar el fruto de su trabajo, al alivio de tantas inocentes víctimas de la vandálica guerra llevada a Bélgica.

"Es el *summum* de nobleza y de generosidad.

"Ruego al señor doctor reciba las seguridades de mi muy distinguida consideración.

El Ministro de Bélgica,
Ch. Renoz."

"Buenos Aires, Agosto 23 de 1915.

"Mi estimado señor doctor: Confirmándole mi anterior, fecha 8 de Junio último, me es grato manifestarle que acabo de recibir una carta del señor J. Davignon, Ministro de Relaciones de Bélgica, en que, al acusarme recibo de un cheque de frs. 4.565, producido por los 2.000 pesos m|n. que usted había tenido la generosidad de entregarme, me dice lo siguiente:

"Estoy profundamente impresionado por la generosidad con que el doctor Francisco A. Barroetaveña ofrece para nuestros huérfanos víctimas de la guerra, el producto de la venta de su obra *"Alemania contra el Mundo"*,

así como los artículos que consagra en "El Diario", a la defensa de nuestra causa.

"Os ruego expresarle la viva gratitud del Gobierno del Rey."

"Muy complacido con dejar cumplidas dichas instrucciones por medio de la presente, aprovecho esta oportunidad, para reiterar al señor doctor las seguridades de mi distinguida consideración y particular aprecio.

El Ministro de Bélgica,
Ch. Renoz."

Legación imperial de Rusia

"Buenos Aires, 4 de Septiembre de 1915.

"Estimado señor Barroetaveña: Tengo el honor de llevar a vuestro conocimiento que el ejemplar de vuestro libro *"Alemania contra el Mundo"*, que habéis dedicado a S. M. el Emperador, mi Augusto Soberano, ha sido remitido a su alto destino; y que S. M. ha encargado a esta Legación expresaros su agradecimiento.

"Cumpliendo complacido esta orden de mi Soberano, os ruego, querido señor Barroetaveña, de recibir mi más distinguida consideración.

E. Stein."

Juicios particulares del pais

Del poeta Pedro B. Palacios (Almafuerte):

"Leo con interés creciente sus admirables artículos de "El Diario". Entiendo que, como yo, los devorará toda la República. Son de oro y acero. De oro por lo brillantes; de acero por lo indestructibles, contundentes y caballerescos. Reciba usted mis homenajes. No mis felicitaciones, porque ni usted es un estudiante, ni yo el presidente de la mesa.

"Creo yo que esta es la guerra más santa que registrará la historia; es la única guerra que se ha llevado contra la guerra. Se trata de un tigre escapado de su jaula, que hay que ultimar o meter dentro nuevamente. Yo soy partidario de que se le ultime. Los tigres, ni en jaula.

"Sangre de los proletarios y de los aristócratas, de los ricos y de los pobres, de los sabios y de los ignorantes, de los viejos, los jóvenes y los niños, de los buenos y de los malos, que os derramáis a torrentes, que os precipitáis a mares, porque un papel ha sido roto y una firma no ha sido respetada... ¡Oh! Sangres tan generosas, tan sagradas como la de Jesús, bendita seas por los siglos de los siglos!

"Otra vez, mi querido amigo, mis homenajes más

rendidos, más respetuosos, a la noble musa inspiradora de sus valerosos artículos".

Almafuerte

(Carta al autor, como las siguientes).

Del Dr. Pedro C. Molina.

El Salto, 15 Enero, 1916.

"Mi distinguido amigo: No tengo para qué decirle que he seguido con el mayor interés los ecos simpáticos que ha despertado en Europa y en América su bello libro "*Alemania contra el mundo*".

"Ha obtenido usted con él uno de los más señalados triunfos a que puede aspirar un escritor concienzudo e independiente, triunfo que honra a nuestro país, porque revela que hay en él estadistas de convicción y de carácter que, reaccionando contra los cobardes prejuicios del concepto de la neutralidad y arrostrando el peligro del desafecto y aun del odio de los hijos de los poderosos imperios centrales, salen a la palestra a patrocinar ante el supremo tribunal de la conciencia humana, la noble causa de las nacionalidades débiles, aplastadas de hecho, militarmente, por las fuertes.

"Si todos los miembros de la clase intelectual de las naciones neutrales hubieran exteriorizado, como lo ha hecho usted, desde el principio del conflicto, sus juicios de severa condenación contra cada uno de los vandálicos procedimientos puestos en juego por Alemania y Austria-Hungría, con el propósito de imponer el terror a sus ad-

versarios como, verbi y gracia, el incendio y el saqueo de las poblaciones belgas y el asesinato de las mujeres y niños tripulantes del Lusitania, la guerra se habría humanizado, acaso, en alto grado y el mundo no asistiría ahora al doloroso espectáculo de las ferocidades canibalescas que los gobiernos de esos Estados están cumpliendo diariamente con el beneplácito y el aplauso de todos sus connacionales.

"Por eso la obra que usted se ha impuesto, amigo mío, es positivamente meritoria: ella realza en grado sumo sus prestigios y coloca su nombre al lado de los esforzados paladines de la causa imperecedera y sacrosanta de la justicia y de la humanidad.

.. ..

Pedro C. Molina"

Del Dr. Rodolfo Rivarola..

B. Aires, 9 Abril, 1915.

Mi querido Barroetaveña: Anoche le he oído y aplaudido. Pero desde antes tenía ya escrito para mi revista. lo que le mando en prueba a medio corregir, junto con mis cordiales felicitaciones. — Su amigo afmo.

Rodolfo Rivarola

He aquí el interesante artículo bibliográfico:

"El doctor Francisco A. Barroetaveña ha reunido y publicado en un volumen, sus elocuentes artículos que han

comentado casi día por día, la guerra europea. El libro tiene esta dedicatoria: *"A la juventud americana"*, y agrega en la portada: *"A beneficio de los niños belgas huérfanos por la guerra"*.

El primer artículo fué publicado el 3 de agosto: puede decirse en el primer día de la guerra; y su primera palabra es un grito de horror: "El mundo civilizado está lleno de estupor y de angustia frente a la onda roja de muerte y de exterminio que amenaza hundir en pavorosa catástrofe la civilización europea".

Este arranque oratorio no decae en una página de las 274 que tienen en volumen, las cuartillas enviadas a "El Diario". Es que Barroetaveña no es ni fué jamás un literato que se haya entretenido en pulir una frase o buscar la armonía de un período. Siente profundamente; su elocuencia le sale del corazón. Se forjó cuando muchacho, por predisposición y naturaleza, los ideales de justicia, de derecho, de lealtad, de respeto a los débiles, de verdad, de patriotismo, de humanidad, de libertad, de igualdad, de fraternidad, de todo cuanto la ansiedad de los oprimidos pudo expresar por boca de la filosofía humanitaria de los siglos XVIII y XIX.

No hay en sus protestas, tan vehementes como las de un inspirado, dejo de antipatía o de odio instintivo contra Alemania, o sea contra los alemanes; sus protestas son contra "los estadistas culpables que conducen los pueblos a crisis tan horribles; carecen de ciencia, de previsión, de patriotismo, de humanidad: sobre ellos debe caer inexorablemente el menosprecio del mundo civilizado", (p. 12). Al doctor David Peña, que se alarma de que las produc-

ciones de Barroetaveña "pierdan la serenidad de un historiador", y "repelan una civilización auspiciada para nosotros por los más gloriosos nombres que cita", y le habla como "tranquilo amigo", Barroetaveña, que no aspira a la sublime serenidad de historiador, sino que se subleva contra lo que llamó desde el primer día, con las palabras de Alberdi, *el crimen de la guerra,* replica sin demora: "decididamente no estamos *en el mismo plano,* y para peor, me parece que habrán escapado a su lectura varios de mis artículos, pues en muchos distingo con insistencia la nación alemana, científica, artística y jurídica, del kaiserismo pretoriano, del militarismo dominante, con su formidable armazón acerada con la brutalidad de sus procedimientos, y sus ambiciones de dominación por la violencia: *la force prime de drit*". (p. 270).

En presencia de un homicidio el juez de instrucción tiene el deber de ser inhumano, en este sentido, de no dejarse conmover ni irritar, en perjuicio del reo; esperar pacientemente el resultado de la autopsia en el informe médico-legal, y el del análisis químico microscópico de las manchas de sangre. Con la misma frialdad, el historiador coleccionará papeles y fragmentos, preparará su *fichero,* y compulsará cuidadosamente todo el aparato simulador de la verdad.

El hombre *humano,* de sentimientos e ideales humanos, sin el prejuicio de la rigurosa imparcialidad (por si en ella estuviera la verdad) saldrá en defensa de la víctima, quien quiera que sea, y si puede saltará contra el homicida, le desarmará y le entregará a la justicia.

Barroetaveña no fué nunca juez de instrucción ni

historiador: la biografía de su amigo don Bernardo de Irigoyen no basta para acreditarle en este carácter. Fué un paladín entusiasta de sentidos ideales. Arengó por ellos a las multitudes, al lado de Alem; y habló de libertad, de justicia, de derecho y de cuanto ardía como un fuego en su cerebro y en su sangre.

Es su temperamento que explica su estilo y su actitud actual. Habría escrito con la misma vehemencia contra el rey de Inglaterra, el zar de Rusia o los políticos franceses, si ellos hubieran sido, los causantes de la más enorme y sangrienta guerra que registra la historia.

Otra observación que podemos hacer también los apáticos contemplativos de los sucesos, con la inhumana imparcialidad de los diplomáticos, o con el equilibrio hipócrita de los gobiernos neutrales. Creíamos que en América estuviera suficientemente difundido el sentido moral que inspira la elocuencia de Barroetaveña, y que sabríamos distinguir la opresión y la injusticia donde quiera que aparecieran aun en hombres o pueblos que respetáramos y amáramos. No ha sido así. Todos los ideales sucumbieron en Bélgica, y la famosa América, del norte al sur, con Wilson a la cabeza, protestó su sacrosanto respecto por los deberes de la neutralidad, con actitud cuasi monacal. Nuestros propios idealistas nos dejaron estupefactos, protestando los unos contra Inglaterra porque no nos ha devuelto las Malvinas, y los otros contra Rusia, porque los rusos son unos cosacos, y los cosacos unos bárbaros; los últimos contra Francia impía, antireligiosa, que separó la Iglesia del Estado y quitó sus propiedades a las comunidades religiosas. Es otra manera de entender y de sentir, *otro plano* como dice Barroetaveña.

Hay idealistas de temperamento que convierten la biología en metafísica, y encaramados en las alturas de su propia imaginación, declaran idealista, metafísico y y condenado por la biología, todo lo que no está conforme con sus impresiones.

Son dogmáticos de solemnidad, tan sinceros como los espiritualistas.

Barroetaveña queda bajo su protección: su reacción contra la guerra se explicará como función biológica de simpatía y defensa.

La explicación científica vuelve siempre la calma a los espíritus. Una moral más científica será, tal vez, una moral más humana, y en ella podrá caber el odio a la guerra. Este sentimiento del futuro, ha sido el inspirador del libro".

R. R.

Del Dr. David Peña

Buenos Aires, Marzo 17 de 1915.

Mi querido amigo: Vibrante y de una pieza, como escrito con la misma pluma de *"Tu quoque juventud"*, ha aparecido su libro, convulsionador de ideas, y generoso hasta en el destino del producido de su venta.

Aunque él me causara la pérdida de toda la clientela de Bancos, Ferrocarriles y comerciantes aliados, como una justa represalia al germanismo que usted me señala, sobrellevaría con resignación las consecuencias, si habría de ser en holocausto de su hermosa propaganda de usted.

Reciba mis congratulaciones una vez más por aquella vigorosa energía que Juan Francisco alcanzó a divisar; y, antes de que nos llegue la vejez, mirémonos al rostro y apretémonos las manos con el afecto de los pasados años.

Su admirador y amigo.

David Peña.

Del doctor Ricardo del Campo

Buenos Aires, Marzo 31 de 1915.

Mi estimado amigo: Con el interés con que leo siempre sus valientes e intensas publicaciones, acabo de releer *"Alemania contra el Mundo"*, cuyo texto conocía ya por las columnas de "El Diario", que tuvo usted la bondad de enviarme: muy poco podré agregar a los autorizados y merecidos conceptos que otros escritores le han dedicado. Siento la necesidad de felicitarle, una vez más, porque, independientemente de la conciencia sana y generosa que inspira su obra, ha dado usted, en fin, la nota libre y justiciera que nuestro país debía a la gran causa de los aliados, que es también la causa de la civilización y de la humanidad.

Pienso que la neutralidad, tal como se ha entendido entre nosotros, más implica cobardía que verdadera imparcialidad. No parece sino que nuestros pensadores, para deslizar la pluma sobre el papel, observan de hito en hito el entrecejo fruncido y amenazante de la insolencia teutona.

Su justa indignación interpreta nuestros sentimientos contenidos merced a aquella pusilanimidad; pero roto el silencio, no dudo de que con motivo de la proyectada solemnización del 8 de Abril, se exteriorizará, en fin, en forma ruidosa y contundente, la admiración de nuestro pueblo por los héroes de la cruzada libertadora, y su indignación contra los ambiciosos opresores de la justicia y de la libertad.

Y habrá sido usted el noble heraldo de esa necesaria reacción iniciada en las columnas de "El Diario", cuya independencia y energía acaba de confirmarse una vez más.

Mis plácemes, pues, por la calidad y el éxito de la obra, que abona la ilustración y la mentalidad del autor.

Salúdalo cordialmente su afmo.

R. del Campo.

Del señor Emilio Becher

12 de Abril de 1915.

Mi estimado doctor: He leído con el más vivo interés su libro *"Alemania contra el Mundo"*, que, por lo demás, había tenido ocasión de conocer en su mayor parte, en las columnas de "El Diario". Es una obra excelente, pero es sobre todo una obra de bien. Levantar una voz de protesta contra el compuesto monstruoso de crimen, de inepcia y de mentira, — que es el Imperio alemán, — es un deber de todo hombre civilizado. Este deber de escritor y de ciudadano, lo ha cumplido usted con valentía y con talento.

Acepte usted el testimonio de mi más sincera simpatía. Su atento y S. S.

Emilio Becher.

Del señor Fitz Simon

Mar del Plata, Marzo 25 de 1915.

Señor doctor F. A. Barroetaveña.

Distinguido doctor: He leído con agrado todos los luminosos artículos publicados por usted en "El Diario" sobre la conflagración europea. Acabo de leerlos nuevamente en su hermosa obra *"Alemania contra el Mundo"*, el producto de cuya venta destina usted para el socorro de los desgraciados huérfanos belgas, víctimas inocentes de la criminal invasión germánica.

En cuanto al mérito histórico, literario y filosófico de su trabajo, no hay más que una opinión entre todos los que detestan el militarismo, la tiranía, la injusticia y la crueldad, y esa opinión es para usted, doctor, tan favorable como honrosa.

Su libro debiera ser leído por todos los estudiantes de nuestros institutos universitarios, colegios nacionales, escuelas normales y comerciales; y, sin duda alguna, nuestros jóvenes han de leerlo con provecho y placer.

Por su notable y valerosa obra, por su noble actitud filantrópica reciba usted las sinceras congratulaciones de su atto. y S. S.

Santiago H. Fitz Simon.

Del doctor José B. Zubiaur

El doctor Zubiaur, en carta al señor Ramón Melgar, autor de un trabajo sobre la guerra europea, se expresa en los siguientes términos de la obra del doctor Barroetaveña:

"Acabo de mencionar a Barroetaveña y nada más natural que dedique un recuerdo a su flamante libro *"Alemania contra el Mundo"*, que tanto se parece al suyo "La bancarrota de una civilización", por su génesis, producción y conclusiones. El mismo optimismo campea en ambos. Jesús, Pestalozzi o Tolstoi, los puros y no los desfigurados por el interés o el sectarismo, son inspiradores de esa tendencia humana hacia la paz y la fraternidad, que no excluye el ejercicio de la voluntad, la energía y el heroismo, sin la mancha de sangre, en infinita ascensión hacia la Verdad y el Bien; y son educadores en el sentido amplio de la palabra, los que, como ustedes predican en la cátedra, en la tribuna, en el libro, en pro de la tesis que quiere que los humanos sean hermanos. Hay, no obstante, una diferencia en tan notables producciones: la suya es más medida, más de maestro; la de Barroetaveña es más de tribuno, de propagandista, que sin excluir el fundamento histórico, en que usted insiste, se apropia del comentario apasionado del momento para utilizarlo contundentemente.

"La verdad es que el terrorismo alemán, predicado por los sabios y ejecutado por los soldados, que ellos, a la par del cuartel han formado, no tanto para defender la patria, cuanto para dominar el mundo, empezando por aplastar al inglés, merece execración universal, y es odio-

so, no sólo por lo brutal, sino porque quiere hacer primar la fuerza sobre el derecho, que es producto de aquella y del amor. El guerrero edificaba el derecho antiguo. El, el político y el filósofo, lo hicieron después. Mas el derecho perfecto será el del maestro, discípulo y sabio, y heredero del guerrero, el político y el filósofo.

"Cuando en 1910, aparecía el libro de Levene e Imhoff, dije que era el libro del Centenario. Tendía a formar el alma argentina en el tembladeral aluvial de nuestra nacionalidad. Dije el año pasado, que "Fernando en el Colegio", de Rodolfo Rivarola, era el libro escolar del año. Templaba el civismo argentino ¡ay! tan pobre y deficiente en nuestra embrionaria vida política. Digo ahora que su libro y el de Barroetaveña deben ser los libros del aula en todos los cursos superiores de Historia de nuestro país y de la América, porque en ellos está la verdad histórica, el anhelo argentino, la visión exacta del porvenir humano. ¡Lástima que sea yo quien lo diga! Pero Almafuerte lo ha dicho del de Barroetaveña y, seguramente, lo ha dicho o lo piensa del suyo.

"Le estrecha amistosamente la mano su viejo amigo.

J. B. Zubiaur."

Del doctor Juan A. Argerich

Marzo 15 de 1915.

Señor doctor Francisco A. Barroetaveña. — Distinguido amigo: Admiro su tesonera existencia. Acabo de leer, con hondo interés, su *"Alemania contra el Mundo"*,

tan bien impresa y dedicada a tan generosa contribución, aunque más vale el fin mismo: — la apología de las ideas de paz, de concordia y de progreso. — Veo que le reprochan el tono apasionado: sería necesario ser de piedra o de hielo para comentar serenamente la formidable matanza que el género humano contempla.

... ...

Usted, en realidad, no ha producido un panfleto contra Alemania, ha escrito un libro sobre la paz y él debe leerse en todas las casas. Con esto hago un elogio mayor y siento que el ánimo no disfrute de los vagares suficientes, para dedicarle el estudio completo que merece.

Amigo afmo. S. S.

Juan Antonio Argerich.

Del profesor Ramón Melgar

Dolores, Marzo 19 de 1915.

Señor doctor don Francisco A. Barroetaveña. — Buenos Aires. — Mi distinguido doctor y amigo: Ha hecho usted en el país una obra digna y meritoria, con la publicación de sus trabajos sobre la terrible tragedia que desangra a los pueblos de Europa. El concepto claro, preciso, elocuente y justiciero que en todos sus escritos se revela, es un timbre altamente honroso para el autor, porque evidencia su ilustración bien cimentada y su gran corazón.

En los tiempos que atravesamos, es más cómodo y de mayor provecho personal abstenerse de emitir libremente

su opinión, porque las asperezas agresivas de los que no piensan de igual modo, suelen arremeter con furia con el ánimo de zaherir, ya que se consideran vencidos ante la razón serena y la justicia incontaminada de todo el mundo civilizado. Pero no importa: la verdad ha de abrirse camino al fin y los espíritus valerosos que afrontan todas las iras del adversario para hacer el análisis de los hechos y dar la razón al que la tiene, merecen la estima y admiración de los amantes de la justicia.

Es su obra la de uno de esos temperamentos esforzados que no miden las consecuencias que puedan sobrevenir para defender la verdad, y si su libro *"Alemania contra el Mundo"* se distingue ya por la erudición, el concepto jurídico eminentemente científico y la fuerza de su argumentación histórica, se destaca más aún, en mi concepto, por la nobleza del sentimiento que lo inspira, defendiendo con fibra y entusiasmo la moral, avasallada por la agresión sin nombre que ha infringido la Alemania a la civilización actual.

... ...

He leído su libro con verdadero entusiasmo, aunque lo conocía de antemano porque ya había leído sus artículos en "El Diario", y créame que me siento orgulloso como argentino, reconociendo sus dotes sobresalientes, porque así se demostrará al extranjero, que aquí existen espíritus altivos y ponderados, capaces de entusiasmarse por las causas de la justicia, hasta el extremo de constituirse en sus más obstinados defensores. Aplaudo con calor su noble actitud, y me complazco en trasmitirle mis felicitaciones más sinceras, pues el trabajo resulta de

una unidad perfecta, de una doctrina robusta y de una erudición brillante.

Al mismo tiempo, agradézcole la inserción de su benévolo juicio sobre "La bancarrota de una civilización", que ha tenido la gentileza de hacer figurar entre aquellos capítulos tan llenos de talento y tan en armonía con el modo de sentir de la gran mayoría de los argentinos.

Lo saluda con su más distinguida consideración y estima su amigo afmo. y S. S.

Ramón Melgar.

Del señor Luis Berisso

Buenos Aires, Marzo 23 de 1915.

Señor doctor Francisco A. Barroetaveña. — Mi distinguido doctor y amigo: Ha realizado usted una empresa valerosa y noble, de puro altruismo y alcances trascendentales, al reunir en la forma duradera del libro sus vigorosos artículos contra la Alemania militarista y autócrata, publicados en "El Diario", desde el día que el kaiser, conculcando derechos, violando libertades y mofándose de los tratados, desenvainó la espada y arrojó su guante de desafío a la humanidad, dando comienzo a la espantosa tragedia, cuyo término señalará, quizá, la caída de los imperios centrales, con sus dinastías corrompidas y sus tronos decrépitos.

A medida que el ejército de hulanos, preso de embriaguez vandálica, arrasaba ciudades, incendiaba templos, y masacraba mujeres y niños indefensos, destru-

yendo con sus formidables proyectiles, las soberbias creaciones de la belleza y del arte, entre ellas la célebre catedral de Reims — una maravilla aérea en un poema de piedra — su pluma, convertida en ariete demoledor, empapada en la santa indignación de los profetas, iracundos de Judea, iba también anotando, al margen de la guerra, las tropelías brutales y las violaciones inauditas, para fulminarlas con el anatema anonadador, que recuerda por instantes el verbo encendido de Isaías, y con el apóstrofe airado que templó el Yambo de Barbier.

Contra la barbarie germánica, señalada y lapidada recientemente por el prusiano Max Nordau, en un estudio histórico-filosófico medular, están todos los pueblos defensores de la justicia, sedientos de la verdad, celosos del derecho que son la base de la libertad. Está Francia la generosa, la maternal, la nación que irradia, faro de las tormentas, cumbre del espíritu humano, atalaya del ideal; está Inglaterra fría, serena, libérrima y grande como el vasto mar, "quebrantadora de hierros poderosos"; está Bélgica la heroica, cuyo sacrificio colectivo quedará en la memoria de las generaciones unido a la inmortal infamia que lo provocó; está Rusia que ha borrado su pasado despótico, poniéndose esta vez resueltamente y sin vacilar del lado de la luz y del bien; está Italia, cuna de artistas y poetas excelsos, de paladines y libertadores temerarios y audaces, nido de águilas, que, a pesar de las vacilaciones del gobierno, acabará por levantarse como una tempestad para aplastar a los emperadores ensoberbecidos, que invocan hipócritamente a Dios para justificar o atenuar sus instintos carniceros, no conociendo la misericordia ni la piedad, y no habiendo oído resonar ja-

más en su conciencia, la voz eternamente vibrante de Jesús!

Felicítolo, doctor amigo, por su bello gesto, — síntesis de un vida — que resume en un grito de dolor y de angustia, la protesta indignada de los "salvajes" de la América libre, contra los vampiros de Europa; convencido como usted de que la victoria de los aliados será la muerte del feudalismo, y el digno coronamiento de esta lucha titánica en que se juegan los destinos del mundo y las de la raza que más ha amado la belleza.

Luis Berisso.

Del doctor Wilmart

El Tigre, 28 de Marzo de 1915.

Señor doctor Francisco A. Barroetaveña. — Mi distinguido colega: Felicito a usted y al valiente periodista que acogió sus publicaciones sobre la guerra. Las había leído en las hojas del benemérito "Diario", y las vuelvo a leer en su libro, piadosamente publicado a beneficio de la nación-mártir, de la que pronto diremos: *"Surrexit!"*

... ...

Adversarios inconscientes de la gran idea americana. son esos sedicentes "intelectuales", que se despojan de ese sedimento muy americano de moral social, y, sin advertir con ello su intelecto, pierde base y brújula, elogian como cosa de gran ordenamiento una estructura gubernativa artificial de "mecanificación" de los hombres, de la que Unamuno acaba de hacer justicia. El triunfo de

esa horrible estructura, flanqueada de las inmorales enseñanzas de un general von Bernhardi, sería el mayor peligro para nuestras aspiraciones y para nuestras instituciones democráticas, forzosamente democráticas. Cuando Napoleón III ejercía cierta hegemonía en Europa, puso a raya en México y hubo de demoler la doctrina Monroe, y así convertir en "colonizable" la tierra latino-americana. Y lo que fué entonces Napoleón III, será poca cosa al lado de lo que sería el kaiser si dominara a los que le resisten en nombre de la humanidad, de la justicia y de la moral social.

Un abrazo de su colega y amigo.

R. Wilmart.

Del doctor Rivas

Buenos Aires, Marzo 18 de 1915.

Distinguido compatriota: He seguido con interés sus publicaciones en "El Diario" sobre la guerra que conmueve y devasta al mundo, y no puedo prescindir de enviarle mi aplauso y mi congratulación por la aparición de su libro *"Alemania contra el mundo"*, doblemente interesante, por la defensa de la libertad, de la justicia y del derecho contra los avances de la fuerza sin control, y por el humanitarismo que lo determina — "pro huérfanos belgas", — nobles defensas ambas, que condicen con sus antecedentes de ciudadano de elevados sentimientos y amplio espíritu, donde en íntimo consorcio coinciden la cabeza y el corazón.

... ...

Usted ha tenido la inspiración de estudiar e interpretar con criterio mundial y nacional nuestra situación con respecto a esta guerra en sus relaciones con la civilización, y con energía moral poco común en nuestro medio, nos ha interpretado a muchos. Uno de tantos, que concuerda espiritualmente con sus ideas, que se adhiere y acepta por completo sus conclusiones, le envía su más entusiasta admiración por su libro, defensa brillante de la libertad, la justicia y el derecho en beneficio y amparo del huérfano.

Saludo a usted con mi más distinguida consideración.

José G. Rivas.

Del señor Calder Angel

He recibido su apreciable carta que se ha servido usted dirigirme con fecha de ayer, con respecto a mi traducción de la réplica del doctor Church al manifiesto de los intelectuales alemanes, conjuntamente con el ejemplar de su *"Alemania contra el mundo"*, que con toda gentileza se ha dignado dedicarme.

Ya conocía esta notable producción de usted, primero por haber leído sus artículos en "El Diario", y por haber luego repetido su lectura cuando apareció la primera edición. Los países aliados de la "triple entente", más aún, la humanidad entera, deben a usted una deuda de gratitud por haber difundido con tanta erudición como maestría, esos magníficos escritos, que ponen de relieve toda la verdad de los acontecimientos que desgraciada-

mente se están desarrollando en lo que habíamos llegado a conocer como el centro de la civilización y de la cultura del mundo.

Sírvase aceptar la expresión de mi más distinguida consideración.

James Calder Angel.

Del profesor Elizondo

Corrientes, Abril 1.º de 1915.

Señor doctor Francisco A. Barroetaveña. — Mi estimado doctor: No habiéndome sido posible en mi corta estadía en esa, expresarle mis sinceras felicitaciones por la obra de actualidad *"Alemania contra el Mundo"*, que usted recientemente ha dado a la publicidad, lo hago desde acá, muy complacido.

La oportuna aparición de su obra viene como una primicia, a desvanecer dudas, a destruir prejuicios y a proporcionar al criterio colectivo, una orientación clara y definida sobre los grandes acontecimientos del día, relacionados con la guerra cruel y sin precedentes, iniciada por una nación que alardeaba de culta y civilizada.

Era menester, en este momento histórico, que algunas de nuestras intelectualidades argentinas, dieran a luz el libro que debe difundirse en todos los ámbitos de la República, llevando condensadas en sus brillantes páginas, las más provechosas enseñanzas. Acaba de realizar usted, con la erudición que le es propia, la obra científica, altruista y humana, cuya lectura, al par que abre al pensa-

miento un horizonte vasto, deja en el alma el sedimento de las ideas y sentimientos que, al iniciarla, animaran a su autor.

... ...

Con el poder de su ingenio y su talento, pinta, describe y razona usted en su obra, el proceso del gran acontecimiento que conmueve el espíritu y que traerá, en consecuencia, la caída moral y material de la soberbia germánica.

Lecciones profundas registran las bellas páginas de su libro, el cual, como lo expresan los maestros de maestros, doctor Zubiaur, Fitz Simon y Melgar, debe difundirse en nuestro país y en toda la América, para que llegue en buena hora a manos de los estudiantes, de los maestros y profesores.

Soy siempre su admirador y lo saludo con la más alta consideración.

M. A. Elizondo.

Del doctor Juan Coustau

Buenos Aires, Mayo 17 de 1915.

Señor doctor Francisco A. Barroetaveña. — Mi distinguido amigo: He vuelto a leer el ejemplar de su importante libro sobre la conflagración europea, con que se ha servido usted obsequiarme, y cuyo mérito indiscutible lo consagra el merecido elogio que ha recibido de los más afamados escritores, confiriéndole carta de ciudadanía universal, lo que acusa un éxito remarcable en

estos tiempos de decadencia por el predominio del mercantilismo intelectual.

El crimen de la guerra es algo que abate el espíritu y subleva el sentimiento de los que, como yo, no encuentran solución satisfactoria a esta aberración de nuestras costumbres, en que se castiga al asesinato individual y se glorifica al colectivo.

... ...

Un ilustrado jurista argentino, el doctor Weigel Muñoz, consagraba en una brillante conferencia, este notable pensamiento que debiera grabarse con impresiones de fuego en la mente y en el corazón de todo ciudadano, refiriéndose al poderío y decadencia del imperio romano: "Recordemos que la ciudad del Lacio no es eterna porque sus armas recorrieron el mundo antiguo imprimiendo por todas partes el sello ensangrentado de las glorias marciales,—sino porque sus leyes, como una reverberación fosfórica de las oleadas seculares del tiempo, se reflejan en el derecho moderno.—Los arcos triunfales de la ciudad antigua son menos venerables que las pilastras carcomidas del foro romano. El nombre de Triboniano se destaca más brillante en las páginas del Digesto, que la figura de Escipión Emiliano sobre las ruínas de Cartago".

... ...

Su libro, mi estimado doctor Barroetaveña, refleja valentía de opiniones, erudición vastísima y talento literario indiscutible, así como también acredita el hecho de ser usted el primero que ha abierto la brecha en el camino de la reforma futura y se realice el anhelado propósito de suprimir para siempre la guerra, conforme a lo

que una célebre escritora, en un hermoso gesto de indignación, lanzó el grito de "Abajo las armas".

Con mis felicitaciones por su importante trabajo y el afecto cariñoso de mi amistad invariable, lo saluda su atento amigo y S. S.

Juan Coustau".

Del señor A. Martínez.

Estimado amigo:...

"En virtud de esa conflagración mundial que usted analiza en "El Diario" con profundo espíritu de pensador y de estadista"...

Set. 26 de 1914.

Alberto B. Martínez

Del señor Eduardo Talero

Neuquén, Junio 16 de 1915.

Señor doctor Francisco A. Barroetaveña — Muy estimado doctor y amigo: Hube de enviarle en prosa mi entusiasta comentario a su poderoso libro *"Alemania contra el Mundo";* pero viendo que había de ser tarea muy larga para ser completa — casi otro libro, necesariamente inferior al suyo — opté por el soneto, la forma literaria más sintética. — Aun así, usted ve que la esencia no ha podido reducirse a un frasco sino a cinco.

Se los mando para que, si fuesen de su agrado, los publique donde guste. Sin más por hoy que reiterarle la sinceridad de mi aplauso, lo saluda afectuosamente S. S.

Eduardo Talero.

"Alemania contra el mundo"

El doctor Barroetaveña,
autor del libro profundo
"Alemania contra el mundo",
de los aplausos se adueña

Cuando agitando la greña
de su talento rotundo
clavó su dardo iracundo
en la germánica enseña;

Cuando desmostró que Europa
ha de sacar de la hornaza
limpio el blasón de la raza

Y brillante la áurea copa
donde para siempre vibre
la canción del hombre libre.

—

El doctor Barroetaveña
contra el germánico casco
cala su boina de vasco
sobre su frente porteña,

Desde su guardia cenceña
tírase a fondo, sin asco,
y sin temor al peñasco
de la crítica zahareña.

Reparte finos mandobles
con la bravura y el tino
de recio criollo argentino,

Pero no olvida las nobles
aposturas con germanos
dignos, ilustres y humanos.

—

El doctor Barroetaveña
lanza certero venablo
contra quien leyes de establo
da a los pueblos que domeña.

Luego nos desembeleña
y al decir cuál es el diablo
verdadero que al retablo
de la libertad desdeña,

Con la clara trayectoria
de la verdad en la historia
traza valiente conjuro;

Después, con luz de gusanos,
llenos de ensueños humanos
nos ilumina el futuro.

—

El doctor Barroetaveña
con frases como candiles,
va buscando los reptiles
del error entre la breña.

Allá, sobre la alta peña
de sus visiones gentiles
son sus doctrinas viriles
las ruedas de su cureña.

Y tras la trágica nube
de lenta melancolía
que a las eminencias sube,

Divisa los panoramas
de la justicia que un día
triunfe entre auroras de llamas.

—

El doctor Barroetaveña
pinta al espíritu griego
como pájaro de fuego
augur en torre roqueña;

Pinta a la Francia risueña
dando claridad al ciego
y echando castalio riego
sobre la Rusia abrileña;

Pinta a John Bull en su bote
llevando a remotos mares
oro y leyes ejemplares;

Y al fin devuelve el azote
dado a Bélgica y a Serbia
por la ferrada protervia.

Eduardo TALERO.

Del Emir Emin Arslán.

"Emin Arslan, tiene el honor de acusar recibo al ilustre escritor señor Dr. Francisco A. Barroetaveña de su muy interesante libro *"Alemania contra el mundo",* que ha tenido el placer de leer, admirando su energía y su talento para la defensa del derecho y de la justicia; y le agradece muy sinceramente su dedicatoria muy gentil y honrosa".

26 de Junio, 1915.

Del Sr. M. Portela.

B. Aires, 5 de Julio, 1915.

Mi muy estimado amigo; No podía usted hacerme un obsequio más valioso; su libro "Alemania contra el mundo", será ricamente encuadernado, y en letras de oro llevará en sus tapas, como única inscripción, Doctor Francisco A. Barroetaveña, porque en sus páginas está usted de cuerpo entero. Vibra en ellas su corazón, su alma, su talento, su ilustración y patriotismo; y digo patriotismo, porque su libro le hace más bien al nombre argentino, que sus vacas y sus trigos, que se consumen o que se hayan consumido por los aliados,—en tanto que él perdurará como un monumento levantado en horas aciagas para el mundo, en tierra argentina, a la civilización, en protesta contra la barbarie teutona.

Le saluda con el cariño de siempre S. S. S. y amigo

Máximo Portela

Del Dr. Palomeque.

10 de Agosto, 1914.

"Estimado amigo: He leído sus tres sentidos y pen sados artículos. Su magno pensamiento está magistralmente desarrollado. Por nuestra parte no podemos comulgar con esas doctrinas imperialistas que hacen del hombre una máquina, sin independencia, llamado, como el soldado de Federico el Grande, a no tener en la cadena de su reloj más que una bala, que señalaba sólo una hora: la de morir por Su Magestad!

Parecería que las mujeres no tuvieran más misión que la de dar a luz hueso y carne, y los Emperadores la de convertirlos en autómatas. La lectura de sus artículos reconcilian con la justicia. Poco importa que el mal triunfe, porque su victoria, como lo demostró Quinet, es efímera y transitoria. Hay que predicar la paz, el amor y la concordia, en medio de la guerra, el odio y la desunión. Es el mérito de su obra.

Felicítole y le agradezco me haya enviado "El Diario", para así imponerme de sus ilustrativas producciones, en medio de la soledad en que vive, quien es de usted afmo. amigo y S. S. S.

Alberto Palomeque".

De la profesora señorita F. Jacques.

B. Aires, 24 Junio, 1915.

"Dr. Barroetaveña: Mi deuda de gratitud, ya inmensa por lo que hace usted en nuestro país a favor de nuestra adorada Francia (digo "nuestra", porque ella es de nosotros todos los latinos, los que amamos el ideal, la de-

mocracia, la fina cultura, la nobleza, la caballerosidad, el buen gusto, la luz, en fin!), mi agradecimiento se ha aumentado con la dedicatoria que en el hermoso y valiente libro *"Alemania contra el mundo"*, ha escrito usted para mí.

Ello es un presente de los dioses para esta hija de ese "gran francés" que usted dice,—la cual ha vivido refugiada en su culto como en su único amparo, y que vivirá adorando su memoria de hombre sabio y bueno.

... ...

Aparte de esta comunión de almas en el amor a Francia, y en el odio a los verdugos de Bélgica, me honro en recordar que allá en Santiago, fuí de las primeras en aplaudirlo, cuando desde el *Jardín Florida*, dió usted un sacudón a la juventud argentina.

¿Se acuerda: *"Tu quoque juventud"?*

Fuí también de las de Alem, y como usted, ostento mi divisa de libre pensadora.

Reciba, pues, la expresión de la más intensa gratitud, de la más viva simpatía, del más alto aprecio, de esta su correligionaria en ideas y sentimientos.

Francisca Jacques"

Del señor Alejandro Carbó.

La Plata, 5 Mayo, 1915.

"Mi distinguido comprovinciano y amigo: Le estoy muy agradecido por la cariñosa felicitación de usted y de los suyos (por la presidencia de la Cámara de Diputados); más todavía por haber asociado a sus hijos y a su libro, en la forma tan gentil en que lo hace, colocando en-

tre la dulce ternura de los afectos que recuerda la muñeca de Ema y el cigarrillo de Horacio,—las páginas de su *"Alemania contra el mundo"*, expresión viril de una conciencia honrada, que clama contra la gran injusticia...

Alejandro Carbó."

Del señor Emilio Berisso.

Buenos Aires, Junio 29|915.

Sr. Dr. Francisco A. Barroetaveña

Mi distinguido amigo: Termino en este momento de releer sus vibrantes y concienzudos artículos publicados en "El Diario", y que, reunidos àhora, forman el magnífico volumen *"Alemania contra el mundo"*, cuyo triunfo tan espléndido como merecido, por su propaganda benéfica y por sus fines altruístas, lo confirma el éxito de haber alcanzado a una tercera edición.

¡Con cuánta razón le decía, hace ya algún tiempo, que es usted el paladín de las nobles causas!

Una vez más le veo a usted en el campo de acción, enarbolando el estandarte que es símbolo de cultura, derecho y libertad.

... ...

Desde el primer momento supo usted poner el dedo en la llaga. Felizmente *el sueño del Kaiser*: el predominio universal, ha empezado a desvanecerse, y es de esperar que con la intervención de Italia, que usted había predicho ya, y que acaba de saludar en forma admirable, se desvanecerá del todo, y se precipitará el derrumbe del imperialismo prepotente y militarista de la Alemania.

En estos instantes es cuando mejor se vé, como us-

ted lo hace notar, que las naciones no son grandes por la extensión de su territorio; ni por sus escuadras y ejércitos, sino por las ideas que ellas representan. Alemania, con su pueblo militarizado y sus enormes máquinas de guerra, no sirve sino para demostrar que es una nación bárbara y atrasada, que tendrá que caer imprescindiblemente en la más absoluta desolación,—mientras que Bélgica, destruída e incendiada, ha dado pruebas de que marchaba al frente de nuestra civilización, y de que dentro de su reducido territorio, era más grande, pero mucho más, que la Prusia militarista, por cuya razón renacerá sin duda de sus ruínas.

Usted ha hecho un estudio psicológico y un exponente exacto de las aspiraciones y tendencias de cada nacionalidad; y por lo que se refiere a Italia, no habrá un solo italiano que no reconozca en ellos la interpretación de sus ideales, y no se sienta satisfecho de haber sido penetrado con tanto acierto, hasta en sus más recónditos sentimientos.

Son verdaderamente originales y oportunos los paralelos que establece usted entre Atenas y Francia y entre Alemania y Esparta. Esta repetición de los hechos históricos, la demuestra usted de una manera evidente, debido a los profundos conocimientos que tiene en la materia. No es esta una novedad para nadie, pues ya puso usted de relieve su erudición en historia, cuando se discutió en el Congreso el proyecto sobre el divorcio.

... ...

Pero ya me he extendido demasiado, Doctor, y no está en mi ánimo, ni tengo la pretensión de trazar un

juicio sobre su gloriosa campaña, que ha merecido el aplauso de todos los intelectuales de este país y del extranjero, pues no me guía otro propósito que el de unir mi voz a las del inmenso coro que han formado las de los que lo aclaman.

Lo saluda su afmo. admirador y amigo

Emilio Berisso

Del Comité Patriotique Français.

Buenos Aires, le 4 Avril, 1915.

Monsieur le Docteur:...

Notre Comité dans sa séance d'hier a décidé l'achat de Cent exemplaires (de *"Alemania contra el mundo"*), qu'il se propose de faire parvenir a des personnes qui pourraient n'avoir pas la facilité de se le procurer.

En vous informant de cette décision qui nous permettra de participer également au but philanthropique indiqué par sa dédicace, nous vous prions d'agréer, Monsieur le Docteur. avec nos félicitations pour votre courageuse polémique, l'assurance de nos sentiments de plus sincére considération. — Le Président, *Charles Thays.*

Del señor Enrique Lavalle.

Buenos Aires, Marzo 23 de 1915.

"Mi querido Francisco:...

El presidente de esta Compañía (F. C. Midland) D. Federico J. Wythes, que con gran interés había seguido tus publicaciones en "El Diario", no bien apareció tu libro adquirió un buen número de ellos, muchos de los

cuales están en viaje a Europa y otros repartidos entre la Empresa.

Debo agregarte que en momentos que me disponía a enviar a tu estudio con el mismo objeto, fuí agradablemente sorprendido con la atención del Sr. Wythes, que con calurosas frases de elogio hacia tí y tu obra, me obsequió con un ejemplar.

Al recibir tu nota, el Sr. Presidente me ha encomendado la muy grata misión para mí, de contestarla en su nombre y en el de la Empresa, lo que aprovecho para pedirte quieras aceptar mis sinceras felicitaciones, no tan sólo por tu valiente actitud, sino también y muy especialmente, por el simpático destino que has resuelto dar al producto que se obtenga de tu brillante obra.

Te abraza con afecto

Enrique Lavalle"

De la profesora señorita Lucas.

25 de Mayo, 1914.

Distinguido señor:

Hace mucho que tengo la intención de comunicarle mi admiración por sus bellísimos artículos, tanto antes como después de estallada la guerra. He hablado mucho de ellos con mi colega del Liceo Dr. Zubiaur, y yo que he sido educada en Bélgica, no puedo menos que mandarle mi agradecimiento por las batallas que habrá ganado para ella con sus artículos, que son lecciones nobles de la perfecta ética *práctica;* entrarán sus palabras más hondamente en millares de almas sinceras, que no la lección brutal del militarismo prusiano, porque "The pen is

mightier than the Sword". Ya tengo un ejemplar de su libro, y me haré un deber de adquirir uno todos los meses, para mandarle a lugares donde será apreciado.

Florencia E. Lucas.

Prof. de inglés y francés en el Liceo N. de Señoritas.

Del Sr. F. J. Wythes.

13 Marzo, 1915.

Distinguido Doctor:

Aunque no tengo el honor de conocer a usted, personalmente, hace tiempo que le conozco por sus escritos tan eruditos como interesantes, y por lo tanto ruego me permita tener el gusto de contarme entre sus muchísimos amigos y admiradores.

Por "El Diario" de fecha 10 del corriente, veo con placer que usted ha resuelto publicar en forma de un libro, sus escritos *"Alemania contra el mundo"*, y con su bondad y generosidad asignar el producto de la venta para la ayuda de los huérfanos belgas.

No es posible apreciar de una manera más adecuada una obra tan filantrópica, pero es otra prueba, demostrada de una manera más elocuente, de la cultura argentina tan dignamente representada por usted.

En el deseo de prestar a usted mi ayuda, aunque poca, en su obra simpática y al mismo tiempo hacer llegar al conocimiento de mis amigos en Europa lo que usted ha hecho con tanta distinción, ruego a usted me remita 20 ejemplares de su obra, por los cuales me es grato adjuntarle mi cheque por $ 50.00 m|n.

Saludo a usted con mi consideración más distinguida, S. S. y atto. S.

F. J. Wythes

Del Sr. Varangot.

Marzo 13|915.

Mi distinguido Dr. y amigo:

Le adjunto el importe de los diez ejemplares que le pedí hoy, de *"Alemania contra el mundo"*. Deseo que ellos lleguen lo más pronto posible a mis amigos en Europa, porque su contenido, además de ser una verdadera cátedra de historia, encierra el alma de la noble raza latina, que la lleva a decir siempre la verdad, aun que se llene de enemigos. Suyo afmo.

Carlos Varangot

Del mismo Varangot.

"Considero que el autor de *"Alemania contra el mundo"*, escribiendo como lo ha hecho, con honradez, conciencia, patriotismo y la historia verdadera en la mano, ha honrado nuestra patria ante la Europa (civilizada) entera, evitando que la Argentina caiga vulgarmente confundida entre esos países poderosos, pero pusilánimes y medrosos, incapaces de condenar la violencia, el robo y el asesinato, hasta que el delincuente no esté bien maniatado y seguro. Decir la pura verdad, fué siempre imparcialidad, pero hoy a la cobardía se le llama neutralidad, en vez de complicidad.

"Honrar al doctor Barroetaveña y honrar a "El Diario", que acogió sus artículos con tanto cariño como entusiasmo, es honrarnos a nosotros mismos".

Del señor Cotta.

Dolores, 27 Marzo, 1915.

"Respetable Dr. Barroetaveña:...

"He leído todo su libro *"Alemania contra el mundo"*. Cada vez me es más agradable. Vale mucho su obra y por muchos motivos. Tiene mil fases. Es un prisma perfecto, que descompone los rayos de un sol. Me ilustra. Me sirve. Como profesor de historia, tendré en él un buen amigo.

Soy su atto. y S. S.

Juan Manuel Cotta"

Del Sr. P. Gronssac....

Alta Gracia, 24 Marzo 1915.

"P. Gronssac saluda con la mayor consideración al señor Dr. Francisco A. Barroetaveña y le agradece el envío de su libro *"Alemania contra el mundo"*, de inspiración tan noble y generosa, y que volverá a leer con el interés que merece, en estas sierras, donde acaba de recibirlo".

De Caracoche, Paso y Dickman.

"La obra de Barroetaveña, dice el profesor Caracoche, que se trata de difundir y circular en el extranjero, la admiro más que por su mucho valer intrínseco, por la entereza de carácter,—tan poco común en la época calamitosa que atravesamos,—de que su digno autor, nuestro querido amigo, ha necesitado revestirse para producirla, sabiendo las asperezas a que se exponía".

La sociedad "Nazionale Italiana" dice que "por unanimidad de votos, ha resuelto asociarse al merecido homenaje que esa honorable comisión tributará al noble y genoroso paladín de la civilización doctor Barroetaveña."

El doctor Juan José Passo dice: "Tengo el mayor aprecio por las dotes intelectuales y condiciones de estudioso de mi distinguido y buen amigo el Doctor Barroetaveña, y, aun cuando no coincido en un todo, con su modo de juzgar los hechos relativos a la terrible y sangrienta guerra que conmueve al mundo entero, me apresuro a expresarle mi más entusiasta adhesión al merecidísimo acto que ustedes han tenido la feliz idea de iniciar".

"Quiero, al mismo tiempo significar, dice el doctor Dickman, la admiración que siento por la obra humanitaria e idealista que realiza el doctor Barroetaveña, tanto mas admirable en estos tiempos de dolor universal y universal barbarie".

Del Dr. Joaquín Castellanos.

"Mi querido amigo

"En primer lugar, le envio mis sinceras felicitaciones, y me congratulo yo mismo por el éxito del gran homenaje iniciado en honor de Vd. y que tiene un concepto mas valioso del que surge a primera vista: es un verdadero triunfo espiritual, una consagración extraordinaria que, con motivo de un hecho ocasional, condensa y exterioriza la opinión dispersa, representada en este caso por un núcleo de "élite", para hacer justicia al iniciador de la reacción cívica en el país, que en todos los terrenos, y en todas las oportunidades, ha sido el mejor exponenete de un sano liberalismo, y el paladín infatigable de ideales que la gran mayoría comparte, pero que pocos tienen el coraje de proclamar, y la generosa vibración interna que se requiere para convertirlos en acción militante.

"Con estas impresiones he sentido una gran satisfacción por la iniciativa y el triunfal resultado del homenaje, que honrando a quien lo recibe, honra también a quienes lo tributan, y al país en que se hace posible, en favor de un ciudadano sin investidura oficial, y sin actuación política presente, una manifestación justiciera de esa magnitud.

Su afmo. amigo.

J. Castellanos".

Nota simpática.

Acompañada de una interesante carta del maestro de escuela Don Ladislao Zaragoza, recibió el Dr. Barroetaveña una preciosa comunicación de los niños de una escuela lejana, impregnada de bellos sentimientos de niños argentinos, en favor de los huérfanos belgas. Hela aquí:

Loreto (Misiones), Marzo 20 de 1915.—Al Doctor Francisco A. Barroetaveña.—Distinguido doctor: La sociedad escolar "José de San Martín", que tengo la honra de presidir, en la sesión extraordianria celebrada el día 19 del corriente, ha resuelto, por unanimidad, adherirse a la hermosa iniciativa de usted en beneficio de nuestros compañeritos, los niños belgas. En consecuencia, envío a usted la suma de cinco pesos como suscripción a la obra de que es usted su distinguido autor, obra que se ha resuelto donar a la biblioteca de nuestra escuela, cuyos libros están siempre a la disposición del vecindario. — Saluda a usted muy respetuosamente.

María Lila Zaragoza.

Juicios particulares del extranjero

Del generalísimo José Joffre.

He aquí la carta autógrafa del generalísimo Joffre, que la publicamos en francés, para que no pierda nada de su sabor ático:

"Armées de l'Est.—Republique Francaise.—Le Commandant en chef.—Au Grand Quartier Général 14|4|15.—Monsieur le docteur Francisco A. Barroetaveña. Calle Maipú 234, Buenos Aires, Argentine.—Monsieur le docteur: J'al recu avec le plus grand plaisir votre livre *"Alemania contra el mundo",* et je vous en remercie vivement.

"La sympathie que l'oeuvre de la France et de ses alliés rencontre dans le monde, nous montre chaque jour davantage l'utilité de l'oeuvre que nous poursuivons avec une inebrantable confiance.

"Veuillez agréer, monsieur le docteur, l'assurance de mes meilleurs sentiments.—*J. Joffre*".

Del estado mayor del ejército de Francia.

"Paris, 16 Mai 1915.—Docteur Francisco A. Barroetaveña.—Monsieur: J'ai en l'occasion d'avoir entre les mains votre livre *"Alemania contra el mundo"*—Juicio de Almafuerte sobre la guerra,—et je l'ai trouvé si interes--sant que je ne puis resister au desir de venir vous en demander un exemplaire, qui sera du reste comme une

preuve éclatante des sympathies et de l'amour que notre France a toujours suscités au milieu des neutres, malgré les campagnes infames des teutons.

Vous voudres bien pardoner mon audace; mais soyez sur que ce será de la graine tombée en bonne place.

Veuillez recevoir, monsieur, l'assurance de mes sentiments respectueux et dévoués.—H. Bernier, officier interprete. Etat major de l'armés, 2°. Bureau".

Cumplimientos de varias personalidades extranjeras.

Del Rey de España.

"Madrid, 29 de Abril de 1915.

"Señor Don Francisco A. Barroetaveña.

Muy señor mío y de mi distinguida consideración: S. M. el Rey, Nuestro Señor, se ha dignado ordenarme dé a usted en su Real nombre las gracias por el ejemplar de su obra titulada *"Alemania contra el Mundo"*, que ha tenido usted la atención de enviarle.

"Queda suyo atento seguro servidor Q. S. M. B.

Emilio Mª. de Torres."

"Washington, Mayo 4 de 1915.

"Doctor Francisco A. Barroetaveña.

"Estimado doctor Barroetaveña:

"El Secretario Bryan, en conocimiento de vuestro libro *"Alemania contra el Mundo"*, que habeis tenido la cortesía de enviarle, me encarga que acepteis sus gracias expresivas.

"Vuestro verdaderamente.

E. C. Smelk,
Secretario confidencial."

De *G. Clemenceau* "avec tous ses remerciments".

De"*Aristide Briand,* garde des sceaux, ministre de la Justice, avec ses sentiments pour l'envoi de son libre "*Alemania contra el mundo*".

De *Gabriel Hanotaux,* de l'Académie Francaise, avec ses sentiments cordiaux".

De "*Edmond Rostand,* de l'Académie Francaise, adresse tous ses plus vifs compliments au docteur Francisco A. Barroetaveña pour ce beau livre si genéreux d'asuretés et d'accent, et le prie de croire a se grand sympathie."

De "*Ernest Bergamnn,* senateur, présente a Monsieur le Dr. Barroetaveña ses plus vives felicitations". De Bélgica.

De *Mr. John Barrett,* presidente de la Unión Panamericana.—"John Barrett, director general de la Unión Panamericana, saluda atentamente al señor doctor Francisco A. Barroetaveña y le da las gracias más cumplidas por el ejemplar de su libro "*Alemania contra el Mundo*".

"El señor Barrett aprovecha la oportunidad para ofrecer al doctor Barroetaveña las seguridades de su atenta consideración personal. — Washington 12 de Mayo de 1915. — Señor Doctor Francisco A. Barroetaveña".

"*Institut de France, Académie Française.*—París, le 16 Mai 1915. — Le secrétaire perpétuel de l'Académie a Monsieur le Docteur Francisco A. Barroetaveña.—Monsieur: L'Académie a recu l'ouvrage que vous avez bien volu lui adresser, institulé "*Alemania contra el Mundo*". J'ai l'honneur de vous transmettre ses remerciments.

Cet ouvrage a été déposé dans la Biblioteque de l'Institut. Agréez, Monsieur, l'assurance de ma consideration tres distinguée.—Pour le secrétaire perpétuel, le chef du secrétariat. — *R. Regnier.*"

Del Ateneo de Madrid, comunicación análoga, y dicen: "que leerán con sumo agrado los Socios del Ateneo".

Del Doctor Max Nordau.

"Madrid, le 8 Juillet 1915.—Monsieur le docteur Francisco A. Barroetaveña.—Monsieur et tres éminent confrére: Si je vous remercie aujourdhui seulement de votre trés beau et trés noble livre *"l'Alemagne contre le monde"*, c'est que je l'ai recu avec un trés grand retard. Traité en ennemi a Paris, menacé d'etre envoyé dans un camp de concentration, j'avais, a quitter la France (ce qui n'etait pas facile) et a me réfugier en Espagne. Le gouvernement francais a mis ma maison a Paris et tout ce que j'y posséde sous séquestre, et la poste remet tout mon courrier qui est encore adressé a mon domicile parisien, au sequestre qui garde ou me renvoie ce qui lui plait. Voilá pourquoi votre volume a mis tant de temps a me parvenir.

"Il est impossible d'exposer votre point de vue avec plus de chaleur, plus de vigueur et plus d'eloquence. Un point m'a extraordinairement frappé: moi aussi j'ai vu les principes fondamentaux des civilisations d'Athénes et de Sparte entrer de nouveau en conflict, aprés 2.500 ans, quoique a un autre point de vue, a celui des droits de l'inlividu et de l'Etat. Mon article pour "La Nación"

était ecrit et envoyé quand j'ai lu avec surpris les chapitres correspondants de votre livre.

"Croyez, monsieur, a la haute estime de votre devoué—*Dr. Max Nordau*".

Del señor A. Aulard, profesor de historia en el Colegio de Francia.

"Paris, le 9 Mai 1915.—Monsieur Barroetaveña: J'ai été bien sensible a l'honneur que vous m'avéz fait en m'envoyant votre volume: *"Alemania contra el mundo"*, avec cette aimable dedicace.

"J'avais déjá lu quelques une des articles qui le composent, et j'en avais fait applaudir un pasage par mon publique de la Sorbone.

"Je vous remercie de bon coeur de votre sympathie pour la France. Venant d'un homme d'un tal talent, c'est pour nous un precieux encouragement. Je fait lire autour de moi votre beau livre.

"Je vous prie d'agréer, monsieur, l'expresion de mes sentiments les plus distinguées et trés sympathiques. —*A. Aulard*".

Del mismo profesor Aulard.

... ...

"Ciertamente, ser francófilo hoy que la victoria final de los aliados no es dudosa, no tiene gran mérito. Pero "El Diario" ha predicho la victoria de la Francia en la hora sombría y luctuosa, cuando los alemanes marchaban sobre París.

"En su número del 9 de Septiembre de 1914, cuando

no se vislumbraba la victoria del Marne, "El Diario" se ha pronunciado a favor de Francia, que compara con Atenas, y contra Alemania, que denuncia "sin moral, sin justicia, sin libertad, sin humanidad".

"Después de haber hecho el elogio de la revolución francesa y de nuestra democracia, el escritor argentino saluda a "esta Francia grandiosa, la de las grandes jornadas históricas, que, si se deja deprimir por las catástrofes y los infortunios, se levanta bien pronto, inesperadamente, vigorosa, soberbia y radiante, asombrando a su siglo... ¡Así ella se debate soberbiamente y rechaza al terrible monstruo germánico, ya sobre París! La desolación, la muerte y el incendio en el Noreste; pero ella opone a la formidable invasión de nuevos bárbaros, sus tres millones de soldados ciudadanos, ayudados por los ingleses, por los belgas y por los rusos".

"En el momento en que París se erizaba de cañones y de fusiles para su defensa, el telégrafo anuncia al "Diario", que la ciudad "soberbia y encantadora", verdadera ciudad ateniense, no olvida la salvación del más bello trozo de mármol que ha esculpido el cincel humano: ¡ha blindado la Venus de Milo! ¿No se reconoce a Francia en estos rasgos típicos de Atenas? ¿No se la vé con su Areópago de sabios del Instituto Pasteur, de la Academia, de la Sorbona, de Saint Cyr; con su parlamento, sus artistas, su graciosa hospitalidad y su altruísmo generoso y humanitario?... La Francia de Voltaire y del 89, es la Atenas de Pericles. Su gloria mundial deriva de la Declaración de los Derechos del Hombre, de su bandera tricolor y de su Marsellesa emancipadora de todos

los oprimidos de la tierra. Las primeras palabras de su himno inmortal: "Allons enfants de la patrie", levantan los caídos hacia la libertad, mientras que "Deutschland uber alles", deprime a las naciones"...

Conclusión:

"La causa de Atenas y de la Francia, es la causa de la civilización y del derecho. Es por ello que triunfará entre aplausos unánimes".

Elocuente en sí y por su forma, este acto de fe en nuestra nación, es más elocuente por su fecha; cuando la Francia parecía aplastada, el escritor argentino saluda su vida y predice su victoria.

Este escritor argentino, que tan admirablemente ha tomado el partido de Francia, es el señor Barroetaveña, profesor en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, antiguo diputado, demócrata ardiente y luminoso, porque en todas las naciones latinas, son los hombres progresistas los que simpatizan con Francia.

Estas simpatías argentinas tan noblemente expresadas, nos llenan de felicidad y de estímulo.

A. Aulard".

"El libro del Dr. Barroetaveña."

Leemos en el "Daily Graphic" de Londres, del 7 de marzo último, bajo el título de "Un tributo precioso":

"Las naciones sud-americanas no desconocen los propósitos y procedimientos de Alemania y este conocimiento no las ha inducido a desear más estrecha relación con ella. Entre todas las repúblicas sud-americanas, la Argentina es tal vez la única de donde Alemania habría podido

esperar, no apoyo seguramente, sino una crítica adversa mínima. Es cierto que Buenos Aires es una de las más grandes colonias urbanas italianas; es cierto que la filiación intelectual del argentino es parisiense, tan decididamente como lo es la del americano. Pero podía haberse creído que el extraordinario progreso de la Argentina y la tendencia algo materialista que su civilización ha tomado por eso inevitablemente,iban a alterar el prisma por medio del cual sigue ese país el conflicto de ideales en Europa.

"Ha sucedido lo contrario. Por lo que se refiere a los individuos de nuestra raza en la Argentina, todos ellos han procedido con una lealtad a su sangre notable, hasta en estos días en que hay brillantes ejemplos de ella en los cuatro puntos cardinales, porque según cálculos autorizados, en una población total de 40.000 británicos residentes en ese país, de 8 a 10.000 hombres se han alistado en nuestro ejército. Y ahora nos llega la noticia de que se ha constituído una comisión de argentinos conspicuos y se ha organizado una subscripción pública para hacer circular entre las personas influyentes del mundo entero 10.000 ejemplares de un libro del eminente escritor argentino Sr. Barroetaveña, que hace un análisis de la política alemana tan exacto y magistral, que, a juicio de los compatriotas del autor, es un deber de humanidad hacerlo circular profusamente. He ahí una idea latina realizada en forma latina, que será apreciada en mucho. El señor Barroetaveña está entre las más altas autoridades del foro argentino, es profesor de la universidad de Buenos Aires, y uno de los intelectuales más eminentes de las repúblicas latinas.

"Se ha agregado así otro nombre valioso a la lista, cada vez más larga, de los neutrales que han estudiado y reprobado el caso de Alemania, Mr. Harding Davis, Mr. Palmer, Mr. Eric Wood, Mr. Roosevelt, Mr. Poultney Bigelow, los directores del "Wall Streat Journal" y del "New York Evening Post", y ahora el señor Barroetaveña... sorprende, en verdad, que el Dr.Sven Hedin haya querido ser el único neutral contrario a otros neutrales de la importancia de los nombrados".

"La Nación" 21 Abril 1916.

Del *"Journal des Débats"*. — Paris, 24 Agosto 1915. — *"Alemagne contre le monde"*.

"Ce titre est celui d'un très intéressant recueil d'articles du brillant écrivain argentin Francisco A. Barroetaveña, collaborateur du Diario, qui porsuit à Buenos Aires, sous la direction du sénateur Lainez, sa vaillante campagne pour les Alliés. Le prestige allemand était incontestable en Argentine, avant la guerre; l'instruction tout entière de l'armée, souvent celle des écoles et des universités etaient imprégnées des méthodes germaniques; la faveur des riches passagers transatlantiques allait aux paquebots allemands, celle des hommes d'affaires, aux banques et maisons de commission allemandes. La guerre apprend l'Allemagne au monde, que n'en connaissait que les apparences. "Il ne faut plus de tigres, même en cage", écrit au docteur Barroetaveña le poète Pedro B. Palacios, en le félicitant de son livre; celui-ci est dédié à la jeunesse américaine et vendu au bénéfice des orphelins belges de la guerre: son pogramme tient dans ces deux indications.

"L'Allemagne, ainsi que le démontre l'auteur, est hantée par la folie de la domination universelle; sa rudesse militariste, qui évoque le souvenir de celle de Sparte, s'oppose à l'athénienne éducation française, au culte des Anglais pour les libertés des individus; c'est le tzar de Rusie, prétendu autocrate, qui esquisse, en lutte contre la tyrannie germanique, le geste émancipateur de la Pologne. L'Allemagne d'aujourd'hui continue les traditions prussiennes de Frédéric II, contempteur des traités; l'Autriche au triste rôle de bourreau de nationalités asservies. Cette Kultur n'est-elle pas une provocation qui atteint tout le monde civilisé?

"Les chapitres les plus originaux sont ceux où l'auteur traite de l'opinion américaine en face des violences du germanisme: dès avant 1870, l'un des hommes d'Etat éminents de l'Argentine, Alberdi, dénonçait les dangers du militarisme prussien; le poète Guido y Spano, patriarche de la pensée libérale sud-américaine, flétrissait l'an dernier le manifeste des intellectuels allemands; quand un ami lui reproche d'écrire en pamphlétaire plutôt qu'en philosophe de l'histoire, le docteur Barroetaveña n'a pas de peine à répondre que, sans préjugés contre le peuple et les savants allemands, il ne peut cependant demeurer spectateur impassible et neutre d'agressions qui font reculer l'humanité de plusieurs siècles; il cite, à l'appui de son choix, des ouvrages récents parus en Argentine, *la Guerra europea y la política internacional,* du professeur de droit Enrique del Valle Iberlucea, et *la Bancarrota de la civilización,* du spécialiste des questions pédagogiques Ramon Melgar... De plus en plus, l'Alle-

magne, convaincue d'avoir voulu une guerre de conquête et d'hégémonie mondiale, perd, dans l'Amérique latine, le respec des hommes qui pensent. — H. L."

(*Henri Lorin.*)

"La Dépêche". — Toulouse 27 Set. 1915.

"Les Amis de la France à l'Etranger. — Nous avons reçu la lettre suivante:

"Parmi tous les témoignages de sympathie que la France recueille depuis plus d'un an dans les diverses parties du monde, il en est un qui ne semblera pas le moins precieux, et qui vient de nous être donné par le docteur Francisco A. Barroetaveña, grand avocat argentin à Buenos Aires, et l'un des plus notables rédacteurs du "Diario".

"Dès les premières hostilités, il ne laisse passer aucune occasion de flétrir avec la plus généreuse indignation les atrocités allemandes; il mit sans cesse sa plume au service de la noble cause des alliés qui est, aux yeux de tous les Argentins, amis de la France, la cause du droit, de la liberté et de la civilisation.

"Mais là ne devait pas se borner son rôle et, tout récemment, il publiait un remarquable volume *"L'Allemagne contre le Monde"*, dans lequel il exalte les vertus civiques des Français, qu'il compare aux nobles Athéniens de la glorieuse Grèce antique.

"Le succès que l'ouvrage a resporté, non seulement en Argentine mais dans tous les pays de langue espagnole, a été considérable et c'est une grande joie pour les Argentins résidant à Toulouse, de voir exprimer si éloquem-

ment par leur noble concitoyen, toute la ferveur de leurs propres sentiments.

Samuel A. Rosso.".

"Le Figaro"

Este prestigioso diario parisiense, ha reproducido muchos pasajes de los estudios del doctor Barroetaveña sobre la guerra europea, y referido con muchos elogios su propanga, desde mediados de 1914 hasta fines de 1915. En la sección *"Amerique latina"*, a cargo del distinguido escritor uruguayo don Eugenio Garzón, con mucha frecuencia ha tributado francos elogios a los artículos de nuestro compatriota, advirtiendo al gobierno francés que los intelectuales argentinos hacían innecesaria la propaganda francófila oficial, para contrarrestar las gruesas sumas empleadas por Alemania en favor de su expansión comercial e imperialista; pues los amigos de Francia escribían por amor a los principios y a la justicia. "El Fígaro", ha sido entusiasta, justiciero y generoso con el doctor Barroetaveña y con su libro, diciendo que obraba en justicia y con brillo literario.

"La Razón" de Montevideo de 27 de Marzo de 1915, consagra un extenso editorial al libro del doctor Barroetaveña, con entusiastas elogios. De allí tomamos algunos párrafos:

"El doctor Francisco A. Barroetaveña, distinguido jurisconsulto argentino y escritor de fuste, — como que su vasta obra intelectual ha llenado ya más de dos docenas de volúmenes, — acaba de publicar ahora, guiado por esos móviles, una recopilación de sus brillantes artícu-

los, a la que ha titulado: *"Alemania contra el Mundo"*. En sus artículos Barroetaveña ha volcado su amplia y bella concepción del derecho de las gentes y de las naciones, la simiente fecunda de las enseñanzas de la historia, la lógica de hierro de sus razonamientos, para llegar a proclamar la justicia de la causa de Francia; y de cómo es que está en ella, la causa de la humanidad, de la democracia y de las virtudes de los pueblos. El vasto estudio que el autor hace de las tendencias imperialistas que han desencadenado la hecatombe que, hoy día, ensangrienta los campos de Europa, le lleva a buscar reminiscencias y analogías en las pasiones que burilaron las primeras páginas de la historia. Alemania y Francia reflejan, a través de dos mil seiscientos años, las tendencias, los heroismos, la síntesis misma de Esparta y de Atenas."

"El intelecto de Sud América, latino esencialmente, ha tenido que inclinar sus simpatías fervientes del lado de Francia, centro fúlgido y glorioso de esa latinidad que, a través de períodos milenarios, viene ofreciendo al mundo el fruto de sus gloriosas conquistas, en todos los campos de la actividad terrena. Desde el libro, desde la cátedra universitaria, desde la prensa, que es también cátedra de ideas, la palabra robusta y vehemente, el apóstrofe viril, han surgido."...

"Tal es el libro de Barroetaveña. Merece leerse. Y ninguno mejor elogio que las palabras lapidarias de Almafuerte, refiriéndose a los artículos que contiene."

Del literato señor Enrique Rodó

Montevideo, 9 de Abril de 1915.

Señor doctor F. A. Barroetaveña. — Buenos Aires. — Distinguido señor y amigo: He tenido el gusto de

recibir el ejemplar de su interesante libro con que usted se ha dignado favorecerme. Prosigo su lectura con la simpatía y el aplauso debidos a tan nobles ideas y a tan elocuente expresión. No necesito decirle que comparto, en lo fundamental, su modo de ver las cosas del mundo en este trágico momento. Conozco bien lo mucho que ha contribuído usted en su país a robustecer la propaganda por la causa que juzgamos buena, y por ello le felicito.

Será para mí un grato deber porcurar que su libro circule en Montevideo, y a ese fin haré publicar una información bibliográfica en "El Telégrafo".

Aprovecho esta oportunidad para suscribirme de usted affmo, amigo y S. S.

José Enrique Rodó.

"La Tribuna", de Asunción del Paraguay, de 27 de Abril de 1915:

"Todo es admirable en la obra de Barroetaveña *"Alemania contra el Mundo"*; las citas oportunas y autorizadas; la altiva serenidad con que estudia las complejas cuestiones que evoca la horrenda catástrofe; el cuadro comparativo del pasado, el presente y el porvenir de los pueblos beligerantes; la erudición múltiple que esmalta el libro y hace amena e instructiva su lectura; el estilo terso, nítido, brillante, escultural y elocuente, que revela un alma lírica, sensible, generosa y humanitaria; y, finalmente, el gran fondo moral que satura toda la obra y la hace profundamente educadora.

"La publicación de *"Alemania contra el Mundo"* ha conmovido a muchos corazones y ha hecho resaltar las

grandezas de la raza latina y sajona, así como la conveniencia de abatir el feroz y sanguinario militarismo, que nada humano respeta"...

Del señor Carlos Lelio. — Paraguay.

"Su obra, maestro, ha de trascender y ha de influir sobre el criterio de los países del Plata en relación a la influencia de Europa. El himno que usted canta al redentor Alberdi, ha de repercutir gratísimamente en todo el Paraguay, pues usted bien sabe el intenso cariño, admiración y gratitud que en el mismo se le profesa."

Carlos Lelio.

Luque, 3 de Abril de 1915.

M. Denis, profesor de historia del Colegio de Francia, elogió públicamente los escritos del doctor Barroetaveña en la Sorbona, y pidió al doctor Carlos Madariaga, que trasmitiera su juicio al autor.

M. Leon Polier, profesor de economía política en la Universidad de Toulouse, dirigió esta fina esquela al autor de *"Alemania contra el Mundo"*:

"Señor: Me permito ofreceros por el mismo correo la última obra que he producido.

"Por la lectura de vuestra *"Alemania contra el Mundo"* y por las conversaciones de mi discípulo y amigo Samuel Rosso, he podido apreciar la simpatía que teneis por mi patria y por las ideas que ella representa. Como francés, os lo agradezco. Me complace ver a favor de

nuestra causa, vuestra palabra y vuestro pensamiento. Me sentiré feliz si aceptais mi homenaje, como un reconocimiento conmovido que os ofrezco, por vuestra propaganda francófila, en esta terrible prueba, por los sentimientos de nuestra joven y gloriosa hermana Argentina.

"Confiad, señor, en mis sentimientos de muy alta consideración."

Leon Polier.

La prensa nacional

"Alemania contra el Mundo"

"Se ha editado ya el libro que anunciamos con este título, obra de nuestro distinguido colaborador el doctor Francisco A. Barroetaveña.

"Comprende este nutrido tomo, muy bien impreso, los artículos insertados durante un tiempo en nuestras columnas, en que el ilustrado escritor estudiaba las distintas fases de la guerra europea bajo todos los aspectos que ella ofrece al observador y al filósofo.

"Los artículos del doctor Barroetaveña, que tanta repercusión tuvieron en esta capital y fuera de ella, obteniendo aun en Europa la reproducción por importantes órganos, es lo más completo que se haya publicado como análisis de la conflagración en sus causas y tendencias.

"Era conveniente que esos estudios se fijaran en la vida del libro, menos precaria que la del periódico, y cuantos lean en esa forma los escritos del doctor Barroetaveña, agradecerán la feliz idea del autor.

"Trae el libro un prólogo del poeta Almafuerte, prólogo vibrante, cálido como toda la obra del ilustre vate, digno de servir de portada al espíritu que anima las páginas subsiguientes.

"El doctor Barroetaveña, completando su obra generosa en pro de la justicia y el derecho, se propone destinar, como ya se anunció, el producido de la venta del libro a las víctimas belgas, que tantos socorros reclaman". "El Diario", 15 de Marzo, 1915.

———

"Nada debemos agregar sobre ese libro, ya que un juicio del mismo, sería repetir consideraciones hechas anteriormente. Nos limitaremos pues a transcribir la carta del eximio Almafuerte, que se publica a modo de prólogo del interesantísimo volumen"... "La Argentina", 14 de Marzo, 1915.

———

"Los lectores inteligentes no pueden haber olvidado los interesantísimos artículos firmados por el talentoso publicista compatriota Dr. Barroetaveña en las columnas de "El Diario" sobre temas inspirados en la gran guerra presente.

"El brillante estilo con que borda su pluma los más claros conceptos, ha sabido dar amenidad y belleza, a esos artículos llenos de médula y de ciencia.

"La nobleza del generoso gesto (en beneficio de los niños belgas), el sagrado fin que lo inspira, unido al espíritu de amplia latinidad que informa las páginas de este libro, hacen que se descuente desde ya su merecido y resonante éxito para la obra y para el autor". — "Crítica", 12 Marzo, 1915.

———

"Germania contra il mondo"

..."E como questo volume per la quantita del materiale si divide en ventitré capitoli, in ognuno d'essi noi troviamo il lavoro mentale di esame, di critica e di sintesi fatto dal dottor Barroetaveña ogni settimana durante quel periodo: e chi pensi quanto vari siano i campi ove quest' uomo esplica la sue attitudini intellettauali, ha una nueva prova di una attivitá e di un temperamento singolari e vanto di quest'ottimo cittadino.

..."Quest'opera del dottor Barroetaveña é cosi contemporanea, fatta puol dirsi in collaborazione con il publico interessato a seguirla volta volta man mano appariva in forma d'articoli vibranti di sdegno e di umanitá...

"Ci limiteremo quindi a dire al dottor Barroetaveña il nostro consenso entusiasta all'opera sua, che raccomandiamo vivamente ai nostri lettori; i quali troveranno in essa chiaro, elevato, doto il documento di un uomo di fede e di pensiero alla carneficina scatenata dalla Germania.

"Con quell'anima di sempre, il dottor Barroetaveña ha voluto que il frutto di questo suo lavoro sia destinato al socorso dei bambini del Belgio rimasti orfani per la guerra."

"La Patria degli Italiani" — 16 Marzo 1915.

"Alemania contra el Mundo'... "It gives us inmmense pleasure to find the varius articles written by Dr. Barroetaveña in the leading Argentine journals, brought within the elegant covers of one handsome volume. The time could not be better chosen, nor could the author's

intentions be more altruistic, noble or generous. We sincerely hope tha all who, like our own community, acknowledge a deep debt of gratitude to gallant little Belgium, will rally to the call and purchase a copy of this work. In the course of time it must become invaluable, not merely as an appretiation of facts, but as the work of a great and genial soul, an Argentine gentleman, gifted to a remarkable degree with the power to feel and to express his thoughts in magnificent prose."

"The Standard" — 15 Marzo 1915.

"Germany Condemned — By argentine authors" — 15 Marzo 1915.

"We have received at the hand of the distinguished author himself, Dr. Francisco A. Barroetaveña's book entitled "Germany Against the Worl".

"Dr. Barroetaveña is one of the best known of Argentine writers, and he has frequently discussed the war a high point of view in the columns of "El Diario".

"Buenos Aires Herald".

"Alemania contra el mundo"

"The writer covers a number of subjects, and displays a careful study of each. His historical comparison of Germany with Sparta, and France with Athens is masterly. As to the cause of the war, the chapter, "The Kaiser's Dream", leaves no room for doubt. The attack of Belgium and the resurrection of Poland also form subject matter for to chapters. A minute study of Theo-

dore Roosevelt's expresed opinion is found in chapter 21 together with Guido Spano's indictment. As a sample of German "kultur", Dr. Barroetaveña gives extracts from letters he has received from local exponents, one of whom points out that "if the Argentines had not 100 years ago expelled the English, the latter would to-day be owners of Argentina, as they are of the Transwall". These attacks the author ignores. The chapter describing the sack and burning of Louvain closes with the following poignant paragraph: "Yes; he has burned the culture of centuries; and this stain, as also the innocent blood pilled, cannot be washed off with an ocean of water, nor cant its stench be overcome by all the perfumes of Arabia". The book is on sale at all bookstalls, and the proceeds are destined to the relief of the Belgium children."

"The Buenos Aires Herald". — 16 Marzo 1915.

"L'Allemagne contre le Monde" — 18 de Marzo 1915.

"L'un des meillers parmi les bons écrivains de l'Argentine, le Dr. Francisco A. Barroetaveña, vient de publier sous le titre *"L'Allemagne contre le Monde"*, un volume d'études sur la guerre européenne, recueil des articles paru sous sa signature dans le journal "El Diario"... "Tout le bien que nous pourrions dire de l'oeuvre de M. le Dr. Barroetaveña, serait encore trop faible pour son mérite. Dan une langue châtice d'une exellent tenue litteraire, il a élevé comme un mouvement de protestation energique et couragesse, faissant entendre bien haut la voise des neutres écoeurés de l'impérialisme allemand.

"Ce que M. Barroetaveña a tenu a proclamer avec

une magnifique sincérité en des périodes remarquablement écrits, c'est que la guerre de conquête a la recherche de l'empire du monde est un crime imperdonable, un attentat contre la civilisation, la justice et le droit.

"Parmi les plus beaux chapitres du volume, nous citerons ceux intitulés "Attentat contre la Belgique", où en termes vibrants l'auteur stigmatise la monstrueuse agression que déshonore le peuple allemand devant l'humanité, "La Foi Prussienne", où M. Barroetaveña démontre combien est juste l'appreciation de M. de Rovigo, qui disait en 1815 au fils de Mme. Stael: "Vous ne pourrez jamais faire un honnête homme avec un prussien".

"Il faudrait citer tous les chapitres, et nous croyons mieux faire conseillant a nos lecteurs de lire le volume. Nous sommes heureux qu'il une âme saine et droit, qui ait su apprécier les faits sans se laisser le moins du monde influence par la monstrueuse campagne allemande de mensonge et de calomnie, qu'ils ont essayé de jeter comme un voile sur leurs turpitudes"...

Después de transcribir las palabras de Almafuerte, concluye el editorial: "Nous ne creyons rien devoir ajouter a cet hommage d'un grand poète a un bel écrivain."

"Le Courrier de la Plata".

"Un libro argentino sulla guerra" — 2 Abril 1915.

..."Si svolge in questo libro, dove le singole materia trattate partitamente dagli articoli vengono a trovare un equilibrio mutuo, un accordo di parti e di intenti, una connessione logica compiuta, uno studio analitico dei

vari coefficienti morali che la guerra europea ha posto in lotta fra loro, e poscia si procede ad una rassegna sintetica, ad un colpo d'occhio rapido col fine di agevolare la nostra valutazione e la genesi del nostro giudizio.

"Dopo aver paragonato il militarismo ad una sopravvivenza del culto selvaggio a Saturno (Cap. I), ed esaminato la protasi dell'immane conflitto (II-VI), nel capitolo VIII istituisce un rapporto geniale fra Germania e Sparta, seguido da un non meno felice parallelo fra la Grecia antica e la Francia d'oggi, ponendo in relievo che se la forma delle primme fu "forza e conquista", di queste ultima fu invece "coltora integrale e umanismo".

..."Quanto ai destini della futura Alemagna ed al castigo che le e reservato, l'autore si attarda a descriverne in un quadro fosco, non manchevole peró di forte ed efficace colorito e di un immutevole spirito di elevata giustizia. "Povera Germania", "La Germania di domani", é "Il destino del Kaiser" sono i tre capitoli, diremo cosi, profetici del volume del dottor Barroetaveña. Specialmente ques'ultimo é di una fattura notevole e fornisce al lettore un copioso tesoro di informazioni, alcune abbastanza nuove ed interesanti.

"In antitesi poi al dispotismo prussiano (X), examina e giudica dell'ordine e de la giustizia britannica (XI).

..."La fede prussiana (Cap. XVI), nel quale, con testimonianze storiche e di scrittori politici insigne, come il Macaulay, si prende in exame la malapede caratteristica del governo di Prussia prima e dell'impero germanico dipoi, ai giorni nostri.

"Ma soprattutte a noi piace ricordare il Cap. XX,

nel quale l'autore disamina "la storia dell'Austria", per concludere che questa nazione oltre ad essere stata la piu veemente nemica del concetto e delle aspirazione della nazionalitá e la piú crudele e barbara patria dell'oscurantismo, e non ha il vanto di aver dato i natali ad alcun artista sincero o ad alcun uomo veramente illustre al cospetto della umanitá."

"Giornale d'Italia".

No siendo posible reproducir todos los numerosos artículos y noticias bibliográficas al rededor de *"Alemania contra el Mundo"*, que aparecieron en la Capital y en las Provincias durante 1915, nos tenemos que limitar, a la enumeración de los órganos, donde se elogia el libro de Barroetaveña:

"La Argentina", "Crítica", "Tribuna", "El Nacional", "Ultima Hora", "La Razón", "La Gaceta de Buenos Aires", "Le Courrier de la Plata", "The Standard", "The Buenos Aires Herald", "La Patria degli Italiani", "Giornale d'Italia", "La Vanguardia", "Caras y Caretas", "P. B. T.", "La Ley", "El Argentino" (Chascomús), "El "Debate", "La Juventud", "La Capital", "El Diario Español", "El Argentino" (La Plata), "El Norte de Buenos Aires", "El Mundo Argentino", "El Diario" (de Paraná), "El Noticiero", "La Libertad", "La Prensa de Belgrano", "El Buenos Aires", "Jardan".

Suscripción para la cuarta edición de "Alemania contra el mundo", del doctor Francisco A. Barroetaveña.

Doctor Carlos Madariaga $ 500, doctor Ricardo Pedezert 50, ingeniero Antonio Babuglia 20, señor Camilo Chanau y señora 15, doctor Juan J. Bourdin 50,doctor Juan A. Fernández Beiró 10, doctor Enrique Pietranera 20. doctor Abraham Zenavilla 50, doctor José G. Rivas 20, ingeniero Carlos Sourigues 50, coronel F. Verdier 50, señor Waldemar Galescki y señora 25, señorita Francisca Jacques 5, señor Francisco F. Fernández 10, señor Luis Martín 10, Banco Francés e Italiano para la América del Sur 100, señor Marcelino B. Martínez, 5, don Carlos Thays, presidente del Comité Patriotique Francais 100, coronel Justo Domínguez 20, señor Juan Espil 20, señor Carlos Varangot 50, señor C. Bernaldo de Quirós 50, doctor Alberto Meyer Arana 30, Sra. María deMilhé Mesplé 5, J. J. Miró 5, J. J. Passo 20, Dr. José M. Armendariz 20, señor Rufino de Elizalde 100, señor Alfredo F. de Urquiza 100, señor Carlos Renoz, ministro de Bélgica, 100, señor Federico J. Wythes 100, señor Enrique Lavalle 20, Sociedad Polaca de Buenos Aires 50, doctor Tomás L. Garrone 10, doctor Pedro C. Molina 100, doctor Adolfo Dickmann 20, doctor Víctor E. Míguez y varios veci-

nos de Mercedes 58, señor Carlos Small 20, señor Jorge J. Mac Lean 20, señor Jorge A. Susini 5, coronel Carlos Cigorraga 10, coronel Juan P. Manzano 10, coronel Arturo Lugones 10, señor Julián Paso Viola 10, señor Felipe Boroma 5, teniente coronel Luis Chousiño 5, Sr. Juan Egozene 5, doctor Carlos M. Vico 50, doctor Emilio Marchini 25, miembros del Comité Patriotique Belge 100, señor Alfonso Capdeville 100, doctor José B .Zubiaur 100, sociedad italiana Cristoforo Colombo 20, señor Carlos Rosso 50, señor Raymundo Wilmart 40, señor T. R. Galarreta 10, señores L. Berisso y A. Oneto 10, señor Alfredo B. Grosso 10, señor A. Rayzónico 8, José Solari 50, señorita Valentina Larrague 50, señor Alberto Chovet 50, señor Manuel Lainez 100, señor Humberto Sacconi e hijos 20, señora María Baurda 10, señor Raymond J. Georges Bloch 10, señor Juan Ghirlanda 5, señor Ch. Thays 20, señor A. Pech 20, señor Pinard 10, señor J. Lignières 20, señor Duheno 10, señor J. P. Passicot 10, señor J. Coquienguiat 10, señor A. Stein 10, señor Matteos 10, señor Verniers 10, señor Ch. Chevallier 2, señor Enrique Dinaud 50, señor Teodoro Fourneri 10, señor Paúl Deshayes 20, señores Descours y Cabausi 50, señor C. Bastit Saint Martín 10, señor P. Dufour 10, señor Bodona 5, señor J. Saraff Geroni de Duges 50, señor Emile Lernoud 50, Banco Francés del Río de la Plata 100, señor C. Fouriel Rigolleau 50, señor E. C. Metcgel 20, señora Luzonne Ossoretslay 5, doctor F. B. V. Even 30, señor Georges Duclout 20, señor Bretlles 10, señor G. Guibon 5, señor Bernard Ader 25, señor Charles Dupont 20, señor E. Pérez Catán 10, señor José Markovich 15, señor Armando

Piquerez 10, señor Juan Lavarello 10, señor Luis Lavarello 10, señor N. S. Cernogosrcevich 10, Suscripción recogida por "The Standard" 21, señor E. Stein 50, doctor Roberto Levingston 100, doctor Victoriano E. Montes 100, señor José J. Berutti 100, Sociedad "Jadrán" 100, doctor José León Suárez 20, doctor Norberto Piñero 100, doctor Eleodoro Lobos 50, señor Alfonso Guerdile 50, doctor Julio Fernández 100, doctor José Bianco 20, doctor Alfredo Ferreyra 30, señor Emilio Berisso 50, doctor Juan Carlos Rébora 20, Comitato Italiano de Guerra 500, señor Pedro Caracoche 10, Sres. Salvatori y Vicu 5, doctor Juan Coustau 100, doctor Manuel Dellepiane 10, One Patriotic Englishwomen y cuatro más 14, doctor Juan A. Rolleri 20, señor J. Alazraqui 15, señor Mario Belgrano 50, doctor Pedro Mihanovich 10, doctor Alberto Beláustegui 10, The British Society en the Argentine Republic 525, señor Manuel Sueyro 60, señor W. J. Shilton 10, señorita Florencia G. Lucas 20, señor Alejandro Carbó 20, coronel Cornelio L. Díaz 5, señor Alfredo Demarchi 50, señor Santiago Fitz Simon 20, Sociedad Colonia Italiana 53, ingeniero Orlando Williams 50, Dr. Martín M. Torino 50, The British Society (dos cuotas suplementarias) 445, Sociedad Nacional Italiana 50, Enrique Berduc 100, ingeniero Julián Romero 20, Octavio A. Darnet 20, prof. M. Elizondo 100, Antonio Devoto 100, Pedro B. Palacios 5 (cuota del maestro); suscripción de Gualeguay enviada por el Dr. Martín Pagola 498; doctor José M. Grimau 20.

INDICE

Paginas